

EPISODIOS CONTEMPORÁNEOS

IMPRESIONES Y RECUERDOS.

ARTÍCULOS PUBLICADOS

EN EL

DIARIO DE CÁDIZ



CÁDIZ.

Imprenta de la Revista Médica, de D. Federico Joly y Velasco,
calle Ceballos núm. 1.
1895.



EPISODIOS CONTEMPORÁNEOS.



EPISODIOS CONTEMPORÁNEOS

IMPRESIONES Y RECUERDOS.

ARTÍCULOS PUBLICADOS

EN EL

DIARIO DE CÁDIZ.





CÁDIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA, DE D. FEDERICO JOLY Y VELASCO,
CALLE CEBALLOS NÚM. I.
1895.

Ejemplar N.º 497

Se ha hecho una tirada de quinientos ejemplares, de los cuales se remiten ocho á cada uno de los autores; reservándose el resto el Diario *para cumplir, dentro de lo posible, con deberes de amistad y compañerismo.*



IDEA DE ESTE LIBRO.



Titulándolo *Plan realizable*, publicó el DIARIO DE CÁDIZ en Mayo de 1893 el siguiente suelto de redacción:

"Con idea que, si puede ofrecer en Cádiz alguna aunque escasísima novedad, no la tiene ciertamente en centros más populosos, el DIARIO intenta reunir, é ir publicando paulatinamente, una colección de artículos en que cada uno de los firmantes exponga ó relate un recuerdo, hecho ó episodio de su vida, á ser posible relacionado con sucesos públicos, en la inmensa variedad que cabe dentro de esta denominación.

Al efecto, estamos dirigiendo los oportunos ruegos é invitaciones, en los que sentiríamos incurrir en omisión, que debe considerarse como no habida, y contamos con empezar muy en breve esta série, donde, atendiéndose afanes lícitos del lector y permitiendo la expansión á que todos nos sentimos inclinados respecto á aquéllo que nos fué dado ver y sentir y que ha de satisfacer un justo anhelo de quien escucha, pueden producirse preciosos documentos para la crónica, para la biografía, para la composición (¿por qué no decirlo así?) de cuadros históricos de nuestro tiempo, sumando golpes de vista, relatos de incidentes ignorados, nuevas perspectivas de otros más públicos, aún simples detalles y pormenores, á la obra meritoria de hacer conocer la verdad, la que en las narraciones no produce la emoción estética solamente por las galas del estilo, sino que son parte principal en ello la sinceridad, el convencimiento, la espontaneidad, la expresión privativa de cosa sentida y vivida del que escribe.

Se nos ha ocurrido el contra con el pro de esta imaginación; pero los inconvenientes ceden, á nuestro entender, ante la contemplación más ligera, pues si para algunos puede, á primera vista, ser enojoso

mezclar con el relato la propia persona, aunque solo fuese con el carácter de observador, nada vale este escrúpulo ante el fin de que se trata y la circunstancia de que no se hace *motu proprio*, sino solicitado para ello por quien, si ha incurrido en inoportunidad, hízolo pensando que nada se inventa ni innova, que puede ser natural y conveniente aquí lo que en otras partes mueve interés y aprobación, y que cabe obtener en la realización de la empresa un conjunto en que nada pierda el nombre de los autores ni el de la ciudad de Cádiz.

Si algunos temen que por la condición, no ciertamente restricta, del plan propuesto, y por coincidir, en términos generales, la residencia, los recuerdos y la vida de varios de quienes escriban, puede un mismo asunto atraer su atención, les diremos que sin duda cada cual lo habrá observado de un modo distinto, en situación diferente, bajo impresiones diversas y que, como no hay necesidad de tratar del suceso total, bastando algún incidente ó episodio de él, cada cual revelará y producirá una emoción distinta y cautivará el interés de los lectores. Obras hay célebres en la literatura cuya fama obedece principalmente á diversas descripciones de un mismo sitio, visto desde un mismo punto, en diferentes momentos del día, y hechas por un mismo observador. ¡Qué no se podrá hacer, y á qué temer la repetición, cuando las personas han de ser distintas y el objeto multiforme, vario, animado y vivo en esencia y pormenores!

La simultaneidad de residencia antes citada, explica la elección de un asunto común, sin que puedan jamás suponerse rapsodias ni emulaciones; y en cuanto á la objeción de que, aparte de las líneas generales presentadas, se eche de menos cierta unidad de tendencia, resultando, muy al contrario, considerable y evidentísima variedad, hemos de decir que esta es cualidad intrínseca del proyecto, y que, á no formular en este punto ni siquiera el más mínimo ruego, se avienen, no ya la alta discreción de las personas que nos favorezcan y los gustos del DIARIO sobre el particular, sino los adelantos, la evolución realizada en el periodismo moderno, tribuna abierta á todas las opiniones sinceras y todas las voces autorizadas, sin limitación de procedencia ni de partido, y donde es ya un anacronismo la antigua frase consagrada "la redacción no se hace solidaria de la opinión del autor," porque se entiende que el periódico sabe marcar la suya cuando lo estima oportuno, que no se cree único poseedor de la verdad y, por tanto, al menos respeta, cuando no agradece, los juicios agenos, y porque ni hay que decirle al lector lo que de sobra sabe, ni poner cara displicente á aquel de quien, al recibirse su visita, se obtiene con ella un obsequio.

Un maestro, extranjero, del periodismo contemporáneo, decía recientemente con gran cordura, que nunca, como regla de educación, se insistirá bastante en enseñar á escuchar con paciencia y discreción las opiniones agenas no concordantes con las que sentimos, lo que, en resumidas cuentas, y sea cualquiera el ademán y el rostro de quien oye, viene á ser indefectiblemente el pan de todos los días.

Si esto conviene, dicho sea en tésis general, en todos los órdenes de la sociedad y de la vida, ¿cómo no ha de venir cual anillo al dedo cuanto al contenido de los periódicos, en nuestro tiempo de reportage é información omnilateral, donde cede la antigua vanidad é intransigencia del articulista sectario al deseo de presentar todos los hechos y opiniones, y al respeto que se concede al sentimiento popular y general, para que elija, para que juzgue y para que falle?....

Valga lo que antecede para aclarar algunas dudas que se nos han indicado, y esperemos que, dentro de pocos días, podrán ver en marcha el pensamiento nuestros lectores."

El resultado de esa idea, sugerida por la lectura de trabajos de la clase de que se trata, publicados en otros periódicos, lo han visto los lectores del Diario, y ahora podrán apreciarlo mejor las personas á cuyas manos vaya á parar este libro, donde pretendemos grabar, en forma menos transitoria que la peculiar del periódico, el recuerdo del singularísimo honor por éste recibido.

El Diario de Cádiz, al dar las más rendidas gracias á los autores de los escritos, felicítalos con entusiasmo por su especialísima discreción que, unida á la nunca con mayor motivo ensalzada cultura de nuestra localidad, ha permitido que en un mismo periódico, y tratándose de sucesos contemporáneos, se publique, con entera espontaneidad y libérrimo juicio, relatos, aun de los propios actores, donde seguramente aquilataron éstos su imparcialidad, y opiniones disímiles y aun enteramente opuestas, pero en que ha sido preciso reconocer y alabar por todos, como carácter general, y causa de tolerancia y respeto, la sinceridad y la buena fe.



UN EPISODIO

DE

LA GUERRA CIVIL.



Cuarenta y ocho mortales horas hacía que en la importante capital de..., presa á la sazón de completo desorden, unos cuantos hombres, caldeados por la fiebre de la revolución, se defendían, palmo á palmo, de las tropas del poder central.

Alboreaba una hermosa mañana del mes de Julio. Andalucía, tierra bendita, donde la brisa tiene perfume de azahar y los cielos paradisiacos explendores, contemplaba absorta los estragos de la guerra civil, guerra en la que se luchaba y se moría de la una parte sin honor, en aras de una idea quizás errónea, pero santa como todas las ideas, de la otra cumpliendo extrictamente deberes que la disciplina, bárbara como todo poder absoluto, mas disciplina al fin, impone á cuantos visten el honroso uniforme militar.

Cornetas y clarines, con bélico entusiasmo, tocaban alegre diana, y corrían los soldados de acá para allá en la antes tranquila campiña, cubierta entonces de despojos, caballos muertos, carros de artillería volcados, piezas de armamento y equipo, y á trechos grandes y nauseabundos charcos de sangre negra, ya coagulada, que indicaban donde hubo de caer uno del montón anónimo, uno, no importa el nombre ni lo dice la historia, Juan Pérez, que nació no se sabe cómo y murió sin saber por qué.

Día señalado era aquel para dar un ataque general y decisivo á los débiles obstáculos que detenían la marcha del ejército triunfador. El

Comandante en Jefe P... dictaba orden tras orden, que los ayudantes trasmitían al galope tendido de sus corceles. Acercábase la hora suprema.

Mientras en el campamento reina inusitada algarabía, hija de la confianza del que está seguro de vencer, en las barricadas, por el contrario, nótase silencio sepulcral. Tras de aquellas piras informes de piedra y tierra, y fardos de trapos y colchones en revuelta y abigarrada mescolanza, por los que asoman los cañones sus bocas de bronce pulimentado, que brillan con reflejos amarillosos herido por el sol, vense rostros macilentos, indefinibles, tostados, cubiertos de polvo, de miradas torvas, que llevan impreso algo desgarrador y lúgubre, algo de lo que el Dante escribió en su infierno, el convencimiento de la impotencia.

Hay una barricada, sin embargo, en la que su guarnición parece mas animada. Corónala sucio harapo rojo lleno de boquetes. Tres piezas de grueso calibre la defienden, y al pié de una de ellas, dos jóvenes, dos niños casi, prepáranse á jugarla. Atento está el uno á lo que ocurre en el campo enemigo; el otro sostiene la correa, ya enganchada en la orejilla del estopín, que ha de producir por desgarramiento y fricción estruendoso disparo.

Nada mas simpático que las fisonomías de aquellos dos muchachos, al parecer hermanos, que con valor estóico disponíanse á dar y recibir la muerte, sin conciencia, tal vez, de ello. Morenos ambos, de ojos como la mora negros, rasgados y centelleantes, labios en que apenas sombreaba el bozo y bustos flexibles, acusaban la pureza de la raza andaluza en toda su magnificencia.

Están solos. Para una barricada—¡extraña teoría de las revoluciones vencidas!—bastan dos hombres. Heroismo ó sacrificio, sublimidad ó locura, la revolución, Saturno devorador de sus propios engendros, exije lo sublime, aunque esta sublimidad navegue en mares de lágrimas. Después el olvido, un olvido estúpido, ó desdenes fríos como noche de invierno. Las revoluciones tienen su lógica, que también tiene lógica el crimen. Fórmanse arriba, tempestades de odio, y abortan abajo, en lo abyecto, mezclándose con el fango del arroyo. Como si necesitase el progreso, idea abstracta de una perfección relativa, bañarse en quebrantos y saturarse de miasmas, no dá un paso en la senda política de los pueblos, sin llevar aparejados el cadalso y la matanza, precisamente la noción contraria de lo que representa para el espíritu humano en el tiempo y en el espacio.

Nubecilla blanca salpicada de toques rojos se extiende en lontananza, seguida del horrible estruendo que producen cincuenta bocas de fuego disparando al unísono. La barricada de nuestros héroes queda en-

vuelta en humo denso y pegajoso. Escúchase un grito como de ¡Viva la república!, seguido de terrible detonación, que levanta enorme columna de polvo. Cruzan las balas; rebotan los cascos de metralla; la barricada permanece silenciosa...... ¿qué ha sucedido? Mal cerrado el aparato obturador de la pieza, la carga incendiada salió por la recámara. Al pié del cañón yacen los dos jóvenes con las cabezas destrozadas, literalmente deshechos y carbonizados. El pescante de un farol cercano ostenta como trofeos colgajos de masa encefálica y tripas. Los troncos son informes pedazos de carne chamuscada......

No existen defensores. Avanza á la carrera una columna de infantería. Los momentos son críticos.

Cual si brotase del seno de la tierra surge repentinamente un hombre lívido, con lividez de cadáver, desgreñado, loco. Aparta desdeñosamente con el pié los inanimados restos que entorpecen sus saltos de tigre. Apodérase de una de las piezas útiles y dispara un torrente de plomo, que abre ancho surco en los asaltantes, cayendo á poco destrozada la frente por un balazo recibido á boca de jarro.

Cuando en la noche aquella procedióse, cesada la lucha, á la piadosa faena de recoger á los muertos, confundidos con otros muchos en un carro iban los tres individuos de nuestro relato, el padre y sus dos hijos, y tras el vehículo, perdida en la sombra, sosteniendo la ensangrentada cabeza de su esposo, que oscilaba en el aire con el traqueteo, caminaba una pobre mujer, vestida de negro, á quien la lucha civil dejaba viuda y sin los dos únicos pedazos de sus entrañas.

. . . .

Testigo de este episodio, comparsa en este drama, ni añado ni quito tintas al cuadro. Las galas de lenguaje no pueden añadirle un átomo de grandeza.

El hecho es histórico, aunque tuvo pocos testigos, y heme concretado á relatarlo tal y cual acaeció, que apesar de los veinte años trascurridos permanece fresco entre los cachivaches de mi memoria y dió, sin pensarlo yo quizá, nuevo giro á mis ideas y rumbos menos pesimistas á mis creencias.

J. Larralondo.

25 AÑOS ATRÁS.

Me invita V., Sr. Director, á que le emborrone unas cuartillas, relatándole algún hecho de mi insignificante vida, relacionado con algo de carácter público que pueda interesar la curiosidad del lector; y aunque mi historia es tan descolorida y trivial que ni en romance de ciego vale la pena de ser narrada, en mi deseo de salir todo lo más airosamente posible del mal paso en que la bondad de V. me coloca, entresacaré del fárrago de menudencias que forman su urdimbre, unos cuantos episodios que siquiera merezcan no provocar el bostezo de quien los leyere.

Refiérome á la modesta intervención que hube de tomar por azares de la suerte, en las medidas restauradoras adoptadas en Cádiz por aquel Ayuntamiento de orden que se constituyó aquí en Agosto del 73 á raíz de la derrota del célebre *Cantón* el día 4 de dicho mes y año; y aunque alterando la cronología de los sucesos, relataré algunos hechos anteriores en que también hube de intervenir, si bien muy remotamente.

En cuanto á lo primero, paréceme estar viendo como lo que he hecho hoy, el aspecto que presentaba nuestra población el día en que el clamor general de las campanas y el alborozo pintado en todos los semblantes comunicaba aún á los más indiferentes, la grata nueva de haber por fin tocado á su término aquella orgía de federalismo iniciada y sostenida por el famoso Comité de Salud pública, de que era alma y verbo Salvochea.

Lo que entonces pasó en Cádiz todo el mundo lo recuerda; y solamente los muy jóvenes tendrán noticia por testimonio ageno de espectáculos tan edificantes, como el pronunciamiento de la *Villa de Madrid* en nuestras aguas; la fracasada intentona contra el Arsenal de la Carraca cuyos cañonazos zumbaban de contínuo en nuestros oídos; el ondear de

la bandera roja en los edificios públicos; los paseos militares á caballo del general Eguía con su flamante gorro frigio; la clausura de todos los templos de la ciudad á excepción de las parroquias; el desmantelamiento de San Francisco, que llegó á verse despojado de todas sus imágenes; la interrupción inopinada y brusca de la novena del Carmen (en cuya iglesia por cierto me encontraba yo cuando los guardias del Comité intimaron la entrega de sus llaves); el derribo de las históricas columnas religiosas levantadas en el muelle y frente al Hospicio y Capuchinos; la expulsión de las monjas Descalzas y de Santa María de sus respectivos conventos (ya el de Candelaria había sido derribado meses antes); la proyectada venta en subasta de nuestra magnífica Custodia; la vistosa parada bélica en el Peregil de los voluntarios *paterneros;* el secuestro de los comerciantes en la Aduana; y demás desahogos *ejusdem furfuris*, de que tan pródiga ha sido siempre la *libertad* en todos los tiempos y paises.

Llegó por fin el día en que Cádiz pudiese respirar, libre de aquella plaga; y cuando en la mañana del 4 de Agosto se supo el movimiento iniciado aquella madrugada con el concurso de los bomberos por el 2.º regimiento de Artillería de á pié, el regocijo general no tuvo límites.

Los vecinos pacíficos salíamos á la calle y sin conocernos nos abrazábamos llenos de alborozo; las numerosas familias que, presa del pánico, habían emigrado de la población refugiándose á bordo de los buques extrangeros ó en los pueblos inmediatos, aprestábanse alegres á regresar á sus hogares; y no había en aquellos momentos, incluso entre los mismos republicanos, quien no viese rodeado de un nimbo de gloria—según me decía con su gracia habitual mi donosísimo amigo D. Pedro Ibáñez—á cuantos lucían uniforme de ejército ó botón de ancla.

Pensóse como era consiguiente, en constituir un Ayuntamiento de personas de orden que sin color político determinado se ocupase ante todo y sobre todo en lo que debe ser la tarea única de todo Ayuntamiento; *administrar;* y al efecto se formó una lista de vecinos en la que no sé por qué tuvieron la bondad de incluirme, y de la cual formaban parte individualidades tan caracterizadas como los Señores Aramburu, (D. Juan), en quien recayó el nombramiento de alcalde, Sobrino (D. Ricardo), Soulé, Amusátegui, Chorro, Pardillo, Lahera, Uceda, Ponce de León, Rocafull (D. M.), Benjumeda (D. Federico), Pinillos, Regife, Mora y Conde, y otros más que no recuerdo.

Formada la candidatura, fuimos citados en el edificio de la Comandancia general para ver de organizar el nuevo Municipio, por el entonces Gobernador interino de la plaza D. N. V....., á quien, por las

condiciones especiales de su carácter poco amigo de contemplaciones, se solía llamar en esta tierra clásica de los motes, *Villafiera*. Y á fe que en lo tocante á mi humilde personalidad, el buen señor no dejó hasta cierto punto de justificar su apodo; pues como yo al oir sonar mi nombre, me permitiese exponerle la excusa legal que me asistía para no aceptar el cargo, fundada en la incompatibilidad de las funciones de Regidor con las de Promotor Fiscal sustituto que á la sazón desempeñaba, apresuróse á decirme con la mayor naturalidad del mundo:

—"Aquí, Sr. mío, no hay más incompatibilidades que las que yo establezco. Usted será concejal y fiscal, todo en una pieza, porque yo lo mando; y hágame el favor de no insistir en sus escrúpulos, porque ya sabe V. los procedimientos que se usan en estado de guerra contra....."

No lo dejé concluir; comprendí que peligraba algo la integridad de mi persona y me adelanté á decirle: "No se sulfure usted mi General; seré Regidor y Fiscal y hasta Arzobispo si V. quiere."

Nos reunimos al día siguiente en las Casas Consistoriales, bajo la presidencia del Sr. Aramburu; y una vez constituída la municipalidad, se pensó ante todas cosas en dar una alocución al pueblo — de cuya redacción hubieron de encargarme — significándole el plan y los propósitos del nuevo Ayuntamiento. Y ya se vé; como eran tantos los atropellos y las atrocidades que había que reparar en todos los órdenes de ideas y especialmente en el religioso, natural era que esta reparación, impuesta por las circunstancias, fuese la tarea predilecta del nuevo Municipio, y que en su iniciativa tomase yo alguna parte, dados los sentimientos y creencias que he abrigado siempre.

La primera medida que se adoptó fué abrir las iglesias al culto; y encargado yo de la ejecución de este acuerdo, salí con otro concejal y un portero de la casa, provisto de un enorme manojo de llaves, á fin de desclavar los barrotes que aseguraban por fuera las puertas y realizar la apertura de los templos. No hay que decir la ovación de que fuimos objeto en algunas calles por parte de los varios transeuntes y vecinos que advirtieron el propósito que nos guiaba. Las campanas con sus lenguas de bronce saludaban alegremente la rehabilitación del santuario; y la entrega de las iglesias se hizo en debida forma á los capellanes respectivos.

Á los pocos días presenté y apoyé un expuesto interesando la devolución á Capuchinos de los magníficos lienzos de Murillo y Meneses, que por orden del Comité habían sido llevados á la Academia de Bellas Artes; y aunque el expuesto no dejó de suscitar cierta repulsa en el elemento avanzado, que alguna representación, si bién exigua, conservaba aún en

la casa del pueblo, al fin se ganó la batalla, merced á las cien mil y una razones que se adujeron; y los cuadros fueron restituídos á su natural propietario, que es el templo para el que se pintaron y donde han existido siempre.

Otra moción hubo que presentar á los pocos días—y también me encargué yo de redactarla y apoyarla—para restablecer sin demora el *momenclator* antiguo de nuestras calles y plazas que, como recordará el lector, había sido peregrinamente alterado por los cantonales, bautizando la calle del Sacramento con el nombre de *Lincoln*, la de S. Pedro con el de la *Razón*, la de S. José con el de los *Girondinos*, la del Torno de Candelaria con el de los *Jacobinos...et sic de cæteris*. La moción fué impugnada por algún señor Concejal á quien hubo de antojársele—y así lo dijo en Sala—que con tantas proposiciones y acuerdos de carácter místico, "aquello más que Ayuntamiento parecía una comunidad de Cartujos:" pero el sentido moral se impuso, como tarde ó temprano se impone al fin, y el *momenclator* cantonal vino á tierra.

Aún á riesgo de exacerbar la bilis del elemento rojo ó rojizo del Municipio, hubo que ocuparse en promover la restitución á sus claustros de las religiosas expulsadas, que entretanto habían hallado caritativo albergue en varias casas de familias piadosas: y aprobado que fué este proyecto, por mas señas sin oposición alguna, hube de presenciar en la sacristía de las Dezcalzas el conmovedor espectáculo de ver regresar á sus celdas aquellas atribuladas señoras, palpitantes de emoción y regocijo. Iban entrando una á una por la puerta de la sacristía; y después de orar breve rato ante el altar mayor, penetraban en el convento que había de volver á ocultarlas en perpétua clausura. Los plácemes, las enhorabuenas, los sollozos de júbilo y hasta las aclamaciones á mi humilde persona de que fuí testigo en aquel acto, no se borrarán nunca de mi memoria.

Por cierto que á los pocos días de esta escena, recibí una carta de la Abadesa rogándome que como individuo de la Municipalidad, girase una visita al monasterio, en cuyos tejados se venían conglomerando hacía tiempo ciertos residuos fecales medio envueltos en papeles, que unos vecinitos maleantes de una casa fronteriza de la calle de Comedias se entretenían en arrojar desde su azotea, y que naturalmente al caer se adherían á las tejas, amenazando á las pobres monjas con hacerles tragar un agua cenagosa y fétida, en cuanto empezase la temporada de las lluvias.

Sin pérdida de momento procuré complacer á las buenas religiosas en tan sencilla pretensión; y pedido el necesario permiso para penetrar en el claustro, que enseguida me fué otorgado por el entonces Go-

bernador de la diócesis y actual Obispo de Tuy Sr. Hüe y Gutiérrez, me personé en el convento para girar dicha visita, acompañado de un señor Jimeno, comandante á la sazón de la guardia municipal.

Anunciada nuestra presencia, se nos franqueó las puertas del monasterio; y precedidos de la Abadesa y otra religiosa cuyos rostros cubría totalmente la austeridad de la regla, atravesamos el hermoso patio y subimos á la azotea.

Realmente aquello estaba convertido en un estercolero; expansión natural después de todo, de aquella *clerofobia* radicalesca que nos trajo entre otros muchos beneficios la inolvidable revolución de Septiembre.

Y aquí de la parte bufa de la tal visita. El bueno de Jimeno que, al par que hombre de nobles sentimientos y creencias era un aragonés de pura raza, al ver aquel hacinamiento de inmundicias aglomeradas allí con la más proterva de las intenciones, no pudo contener su indignación; y olvidándose de la presencia de las monjas y encarándose con los autores de la fechoría como si de veras los tuviese delante, comenzó á vomitar por aquella boca tal ración de sapos y culebras en forma de interjecciones y adjetivos, que ya me guardaría yo muy bien de estamparlos en letra de molde. Calcúlese el efecto que haría en aquellos castos oídos tal sarta de improperios zaragozanos; efecto que bien se echaba de ver, ya en los movimientos de las cabezas, ya en la respetuosa distancia á que procuraban colocarse del cráter del volcán, ya en las caritativas y entrecortadas atenuaciones con que hacían por apagarlo. Comprendiéndolo así, abrevié cuanto pude la diligencia, no sin disculpar con las monjas al enfurecido Comandante, en gracia á la santidad y vehemencia de su celo.

Por lo demás, el tejado quedó limpio aquel mismo día; á los autores del desaguisado se les impuso, según creo recordar, una corrección gubernativa, y á los visitantes se nos obsequió por la comunidad con dos lindos escapularios que agradecimos como es de suponer.

. . . .

Recuerdos, amigo Director, de tiempos que ya pasaron, y que han dejado en mi espíritu huella tan indeleble, como aquellos primeros albores de la *Septembrina* en que tan tristes y lamentables escenas me tocó presenciar.

Figúrome estar asistiendo todavía á aquella animada tertulia del café del Comercio (donde hoy tiene su imprenta y casa D. Filomeno Arjona) á la que diariamente concurría con mi inolvidable padre después de comer, y de la cual formaban parte entre otros, el hoy marqués de Santo Domingo de Guzmán, el Señor Ferrer, á la sazón diputado á Cor-

tes, y los ilustres marinos Topete, Llanos, Pezuela, Grandallana, Morán, Ruíz de la Escalera, etc.

Paréceme estar oyendo los comentarios que allí se hacían aquel verano sobre los temores más ó menos verosímiles de que estallase la revolución; y á los cuales daban pábulo entre otros mil indicios, la presencia en Cádiz desde Julio del célebre Ayala, á quien se suponía comprometido con los jefes del movimiento, y la circunstancia de haber desertado de nuestra tertulia el señor Topete desde los últimos días de Agosto.

Imagínome estarme viendo ahora con mis padres y hermano en la casa del Gobierno civil á cargo entonces del respetable patricio señor Belmonte, en aquella memorable noche del 18 de Septiembre en que, pronunciada ya la escuadra y oídos los cañonazos de la *Zaragoza,* fuí testigo ocular de la tribulación y el azoramiento de aquel digno funcionario y de sus atropelladas conferencias con los jefes de la policía; mientras el *¡alerta!*...de los centinelas, apostados de trecho en trecho á lo largo de la muralla, resonaba en nuestros tímpanos con fatídico clamor, haciendo presentir la proximidad del cataclismo.

¡Qué aspecto presentaba á aquellas horas la plaza de San Antonio! Pocas veces he visto reunida más gente de caríz tan siniestro. Fuertes aldabonazos nos despertaron al amanecer; y comprendiendo de lo que se trataba, nos lanzamos á la calle con dirección al Gobierno civil. Subimos las escaleras por entre un apiñado hormiguero de gente de todos los pelages; y desde las ventanas del piso alto, donde tenía sus habitaciones el Contador de Hacienda D. Tomás Sánchez, y en las que provisionalmente hallaron cariñoso albergue el señor Belmonte y su familia, pude presenciar los gritos y aclamaciones de la muchedumbre, la actitud insubordinada y descompuesta del regimiento de Cantabria—á muchos de cuyos soldados vi tendidos borrachos por las calles—la llegada de Prim y demás generales libertadores eñtre los acordes del himno de Riego, el paseo triunfal de los alumnos del Instituto precedidos de una bandera, y el contínuo rodar por la muralla de piezas menores de artillería, que arrastraban militares y paisanos en el más amable de los desórdenes.

Aquel espectáculo, animado por las brisas de la *libertad* y los vapores del amílico me impresionó tan desagradablemente, que si por convicción y aun por instinto no fuera yo refractario desde que nací á estas expansiones liberalescas, aquello habría sido bastante á enemistarme para siempre con la revolución. Cosa que tal principio tiene —decíame yo para mis adentros—no puede conducir á nada próspero; y ahí están los sucesos posteriores que no me dejarán mentir. Entre la gran revolución

francesa con todos sus arroyos de sangre y aquel movimiento militar secundado por unos cuantos díscolos, veía yo la diferencia que media entre un estallido nacional y una cuartelada. Más adelante tomaría la cosa el caríz popular y cívico que al fin le permitió constituir un estado de derecho; pero lo que es su iniciativa, su origen, fué esencialmente pretoriano.

Después vino el derribo de los Descalzos, medida salvadora que convirtió aquel solar por largo tiempo en un delicioso corral de vacas. Vino también la expulsión de los Jesuitas del colegio del Puerto; la escursión *anti-inquisitorial* y sainetesca al convento de Santo Domingo; y vinieron por último á los tres meses los famosos *tiros* de Diciembre, primera demostración en el orden práctico, de cómo el pueblo en su raro buen sentido sabe sacar la punta á las revoluciones, procurando hacerlas para sí, ya que á su nombre y con su bandera se inician y propagan.

Por cierto que en aquellos memorables once días (tres de lucha y ocho de tregua) en cuya feliz terminación cupo tanta parte á nuestro ilustre convecino D. Manuel Rancés, marqués de Casa-Laiglesia, tuve ocasión de apreciar por mí mismo la índole noble y generosa de este pueblo de María Santísima, que enmedio de las barricadas y del fragor de la pelea, no cometió el menor desmán contra las personas y la propiedad agena.

Como entonces tenía 25 años menos y á los 22 ó 23 ni se desconfía ni se teme, entreteníame durante el armisticio, en corretear por las noches con un pariente mío las obscuras y desiertas calles de la población y en recibir el *quien vive* de los centinelas, aun á riesgo de que una contestación mal dada ó un exceso de suspicacia de los voluntarios nos hubiese dejado tiesos en la vía pública: y no dejaba de serme grato ver pegados en las barricadas, junto á los carteles en que el hoy anarquista Salvochea conminaba con *pena de muerte al ladrón*, los números del periódico *El Comercio* que dirigía mi señor padre. La explicación de este fenómeno era bien sencilla: como que en ese periódico se fustigaba entonces con gran fuerza de lógica á los hombres de Septiembre, patentizándoles las tristes é inmediatas consecuencias de su obra, y además se tributaban tan expresivos como justos elogios á la sensatéz relativa de los insurrectos de Cádiz.

Omito relatar á V. porque sería interminable—y además lo tengo minuciosamente narrado en una serie de artículos que remití entonces á *El Pensamiento Español*, excelente diario que se publicaba en Madrid —las escenas emocionantes y trágicas de que fuí testigo presencial en la iglesia de Candelaria, la noche de aquel día en que, agotados inútil-

mente todos los esfuerzos de persuasión y de súplica por parte de las señoras de Cádiz que en imponente manifestación habían acudido el día antes al Ayuntamiento para evitar el derribo, se intimó á la comunidad por el Sr. Salvochea el inmediato desalojo del convento. Aquella mañana había sido ya trasladada S. D. M. á las Descalzas, donde recuerdo que fué presa de un terrible accidente el presbítero señor Fedriani, á la sazón seminarista.

Los ayes y sollozos de las monjas que desde el interior del claustro llegaban á la iglesia, mezclábanse allí dentro con la faena mecánica de extraer las imágenes y desmantelar los altares y retablos—en cuya operación hago memoria de que tomó alguna parte en compañía del que esto escribe el distinguido pintor gaditano Sr. Pastorino—y todo ello unido al clamoreo de las turbas que vociferaban desde fuera y á su incesante forcejeo por abrir las puertas y penetrar en el templo, formaba un conjunto de desolación y pánico que jamás olvidaré.

Sobre un desnudo altar y á la luz mortecina de un cabo de vela, puse un telegrama al señor Castelar, entonces jefe del Gobierno, que como era de temer no dió resultado alguno.

. . . .

. . . .

No concluiré este mal hilvanado articulejo que probablemente por lo largo encontrará pocos lectores, sin hacer mérito de otro suceso que en la serie de mis recuerdos se enlaza con uno de los periodos mas regocijados y alegres de mi vida.

Refiérome á la apertura de aquél Círculo Moderado que en 1869 se estableció en la plaza de S. Antonio, y que hasta poco después de la restauración, en que pequeñeces y trivialidades políticas lo fraccionaron en otros dos, subsistió invariablemente bajo la bandera de un pensamiento común y de una común esperanza: el culto al derribado trono de D.ª Isabel II, y después de la abdicación de ésta, la perspectiva de verlo restaurado en su hijo D. Alfonso.

El conflicto franco-prusiano que tanto excitaba entonces la curiosidad pública; las frecuentes algaradas de los federales, la proclamación de Don Amadeo, la muerte de Prim y la guerra carlista y la de Cuba, eran entre otros mil asuntos, el tema predilecto de nuestras tertulias y comentarios; y siempre recordaré con placer las disertaciones políticas de mi buen padre, las vehementes arengas del Señor Vasallo, que con tanta discreción y denuedo dirigía entonces *La Palma*, los saladísimos discreteos de Ibáñez y Pongilioni, los desplantes de Prieto y Rodríguez Junio, y aquellas animadas partidas de ajedréz, tresillo, malilla y *mús*,

en que derrochaban su buen humor los padres graves de la situación caída, convirtiendo su ostracismo en un perpétuo holgorio

¡Qué banquete aquél en celebridad de los días de D. Alfonso el 23 de Enero del 72! El entusiasmo y los brindis llegaron al paroxismo del delirio; y ante la audacia y el descaro con que celebrábamos aquella fecha con las ventanas abiertas de par en par, á los acordes de una banda que hacía oir sus marciales ecos desde el centro de la plaza, henchida de animación y bullicio, nadie hubiera dicho que festejábamos una esperanza dudosa, sino la realidad de un suceso felizmente consumado.

¿Obedecía aquella tolerancia de las Autoridades de entonces á la amplitud de su criterio ultra-liberal, ó dimanaba más bien de falta de calor y entusiasmo por la causa que defendían? Averígüelo el discreto lector.

Por lo demás, no acabaría nunca si hubiera de reproducir en este artículo la multitud de cuentecillos, anécdotas, *calembours* y golpes de ingenio que brotaban á granel del humorismo de Chorro y de la fecunda y chispeante inventiva de Ibáñez y Pongilioni.

Allá va uno entre ciento que vale la pena de ser referido por la candidéz que reveló en su autor, aguijoneado por la zumba sempiterna del Sr. Ibáñez.

Disputaba un día este señor con el sujeto á que aludo y que por cierto no era socio del Círculo, sobre el interesante tema de si *haya*, subjuntivo de *haber*, se escribe con *h* ó sin ella; é Ibáñez, con toda la formalidad y el aplomo de quien está convencido de una cosa, le sostenía lo segundo, invocando no sé qué acuerdo reciente (imaginario por supuesto) de la Academia de la Lengua, que según él suprimía la *h* por innecesaria.

Atónito su interlocutor ante tal heregía ortográfica, debatíase furioso bajo las afirmaciones de D. Pedro, volviendo *erre* que *erre* por los fueros de la gramática; hasta que al fin Ibáñez, firme en sus trece y viendo que la disputa no llevaba trazas de concluir, hubo de decirle:

"En fin, amigo mío, puesto que ni V. ni yo nos convencemos, basta de alegaciones y vamos á las pruebas: ¿cómo me demuestra V. que *haya* de *haber* se escribe con *h*?"

"Hombre de Dios, muy sencillamente"—repuso el otro—"á ver, conserje, traiga V. el diccionario."

Trájose el diccionario: hojeólo frenético el de la buena ortografía, y clavando la vista en una página, exclamó radiante de triunfo encarándose con su antagonista y metiéndoselo por los ojos cual si quisiera hacérselo tragar:

"Vea V., señor mío, y sírvale de lección para que no vuelva á discutir sobre cosas tan evidentes. Aquí tiene V. lo que dice nada menos que el Código de la Academia:"

HAYA: *árbol frondoso.*

La demostración, como se ve, no pudo ser mas aplastante.

A. G. de Arboleya



POR SILBANTE.



No há mucho tiempo, declarando yo como testigo en cierto juicio oral y público, al hacérseme la pregunta formularia de si había estado preso ó procesado, hube de contestar negativamente y con apresuramiento que parecía tener vislumbres de indignación; mas al punto rectifiqué, por no caer en perjurio, pues del fondo de mi memoria acababa de surgir, como expectro acusador, el acibarado recuerdo de que, efectivamente, me he visto ya encausado y reducido á prisión.

Sí: tengo antecedentes penales. A cuantas personas me tratan y conocen mi natural pacífico y bonachón, se les resistirá creer que mi nombre figure en los registros del célebre Saladero, la antigua cárcel de Madrid, favorita mansión de las ratas y escuela normal de *los ratas*. Y, sin embargo, el hecho es cierto; no puedo ni quiero negarlo; porque, lejos de ser vergonzoso el motivo de tal encarcelamiento, constituye para mí un verdadero título de gloria. Fuí, durante un mes y tres días, huésped forzado del susodicho Establecimiento, no por ningún feo delito contra la propiedad, el honor ó la vida de nadie, sino tan solo.... *por silbante*: esto es, por haber silbado, estrepitosamente, eso sí, al más impopular de los Gobiernos.

Ocurrió el *hecho de autos* allá en los días, ya bastante lejanos, de mi bulliciosa juventud, pues aún no había yo cumplido cinco lustros ni abandonado las áulas de la Universidad Central; y no obstante lo remoto de la fecha, le tengo "hondamente grabado en mi memoria, y aun pudiera decir que en mis espaldas", como rezan unos versos que, con el título de *La Serenata*, me inspiró este asunto, y figuran en mi colección de *Coplas Callejeras*. Hoy vuelvo á narrar, mas no en prosa rimada, sino en lenguaje libre de trabas métricas (*sermo solutus*) aquel episodio, el más

memorable de mi obscura vida, defiriendo á las vivas cuanto honrosas instancias del ilustrado Director de este periódico, á quien consta que tiene, respecto de mí, el derecho de convertir en órdenes sus deseos; y bien sabe Dios que los míos consisten ahora en hacer un bosquejo monográfico que no resulte indigno de ser dedicado á tan modesto como talentudo periodista.

*
* *

Corría, ó andaba á su paso natural, el año de gracia 1865, que para mí lo fué de desgracia. *¡Oh témpora, oh mores!* Quiero decir que eran aquéllos tiempos de Moros ó de Moderados, como que rejía los destinos de España el largo y sangriento espadón de Narváez, convertido en pararrayos contra la pavorosa electricidad de que estaba saturada la atmósfera política; pues ya resonaban por los cuarteles las espuelas del general Prim, que tenía emplazado al Trono, amenazando con la revolución, si *dentro de dos años y un día* no había subido al Poder el honrado y glorioso partido progresista, nunca voluntariamente llamado por la Corona á sus consejos; y Sagasta y Castelar, escribiendo y conspirando contra la dinastía que hoy tiene en el primero su sostén más firme, y recibe del segundo un valiosísimo apoyo, aun cuando no personal y directo, iban contrayendo méritos para aquella sentencia de muerte que pesó luego sobre sus cabezas.

En tal situación, el Ministerio, que olfateaba en todas partes los rastros de la conjura, forzaba naturalmente los resortes de la violencia para inutilizar ó destruir enemigos. El más temible, por su fulgurante acero y su prestigioso nombre, era seguramente el héroe de los Castillejos; mas, por el apostolado que ejercía con su tonante palabra y su ígnea pluma, lo era sin disputa el gran tribuno. Trató el Gobierno de encarcelarle con motivo de la causa que se le formó por haber publicado en su periódico, *La Democracia,* un famoso artículo titulado *El Rasgo,* cuyo recuerdo se ha evocado mucho estos días al tenerse noticia de un regio donativo; pero marró tal proyecto, gracias á la entereza y dignidad con que, jugándose el destino, rechazó las imposiciones de arriba un ilustre magistrado, que há poco descendió á la tumba siendo Presidente del Tribunal Supremo.

Frustrado aquel golpe, se preparó otro con objeto de arrebatar al insigne orador su honrada y gloriosa toga de catedrático; mas para ello era indispensable formarle un expediente. Negóse á tal exigencia, por no encontrar méritos, el Rector de la Universidad, que lo era el Sr. Montalván, é inmediatamente fué destituído por aquellos ciegos y desaforados

gobernantes. Al conocerse tan brutal atropello, acordamos los estudiantes (yo lo era del Doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras) dar aquella misma noche una serenata á nuestro querido y respetable jefe en homenaje de consideración y testimonio de gratitud por su nobilísima conducta. Para obtener el competente permiso, dirijiéronse algunos (entre ellos, si mal no recuerdo, el hoy marqués de Sardoal) al Gobierno Civil, donde, sin parar mientes en la significación del acto, se extendió el oficio concediendo la autorización pedida.

Era el 8 de Abril y esa hora, llena de poesía, en que las sombras caen agigantadas de los montes, según la hermosa frase de Virgilio (*majoresque cadunt altis de de móntibus umbræ*) y comienzan á espesarse en las calles: fuímos los primeros en llegar á la de Santa Clara, donde vivía el Ex-Rector, un amigo inseparable, hoy también catedrático, y el que estas líneas escribe; pero, antes que nosotros, paseaba ya por ella un lucido golpe de gente policiaca, que enseguida nos abordó, dirigiéndonos la palabra el que parecía superior jerárquico, y entablándose el coloquio siguiente:

—¿Son ustedes estudiantes?

—Para servir á V.

—Entonces vendrán á la serenata ¿no es así?

—Así es.

—Pues tengo el sentimiento de manifestarles que no hay serenata: el Sr. Gobernador ha retirado el permiso para darla.

—¿Tiene V. la bondád de exhibirnos esa contra-orden?

—No se me ha comunicado más que en forma verbal.

—Gran fe nos merece la palabra de usted como particular; pero como agente de la autoridad, no podemos prestarle asentimiento si no nos muestra por escrito el mandato superior de que habla, para ver si en efecto anula ó limita la autorización que nos tiene concedida, y en virtud de la cual, si antes no trae V. el oficio de contra-orden, estamos dispuestos á dar la serenata.

En vista de nuestra actitud y del incuestionable derecho que para mantenerla nos asistía, marchóse nuestro interlocutor en requerimiento de la comunicación que se le pedía; mas, entre tanto, iban afluyendo al lugar de esta escena numerosos grupos estudiantiles, que, al enterarse de lo que ocurría, formulaban protestas y hacían demostraciones cada vez más irrespetuosas, no pudiendo ya impedirlas ni contenerlas en modo alguno la fuerza de orden público allí apostada. Las aclamaciones á Castelar y al Rector destituído comenzaban á mezclarse con gritos que pudieran despertar á la *hidra*; y los encargados de vigilarla, corrieron al Gobierno Civil para notificar el adverso caso.

Difundióse con increible rapidéz la noticia por todo Madrid, y con la esperanza de que se armase *la gorda*, acudió bien pronto al teatro de los sucesos una inmensa muchedumbre; mas, cuando ésta era ya una masa imponente y un hervidero de cóleras próximas á estallar, apareció ante sus ojos la famosa Guardia Veterana de caballería, que hasta entonces había sido muy querida del pueblo por los excelentes servicios que prestaba; pero que desde aquella funesta noche, y más todavía desde la de San Daniel, dos días después, se atrajo la execración universal, llegando á decir con su voz de trueno en las Cortes el ilustre Ríos Rosas que aquel antes benemérito cuerpo había *deshonrado su uniforme.*

Bien apuramos su paciencia—dicho sea en honor á la verdad y en descargo de su conducta—pues insultábamos bravamente á aquellos hombres corriendo delante de sus caballos; y cuando despejaban una calle, les silbábamos desde otra, llegando á torearles materialmente. El estrépito de sus cargas y nuestra espantosa gritería debieron estremecer con la vibración de un terremoto los cristales del regio alcázar, por estar muy próximo; y es probable que su augusta moradora, cuando fueran á darle cuenta del suceso, dijera, como su decapitado ascendiente al serle notificada la toma de la Bastilla: "¿Conque es un motín?"—Y, en tal caso, debieron contestarla igualmente: "No, Señora; es una Revolución."

En efecto, aquella asonada escolar fué el primer bramido de la tempestad que luego estalló—también á mis ojos—en la bahía de Cádiz, y derrumbó en Alcolea el trono de la Reina más idolatrada por los españoles algún día; y si nosotros entonces, como todos los liberales, alzamos contra ella, por su desatentada conducta, la soñadora frente juvenil, hoy surcada ya por la mano del tiempo, la inclinamos respetuosa ante la majestad de su desgracia.

Al fin tuvimos que abandonar el campo de batalla á los fieros centáuros con tricornio, y emprendimos la retirada, que, para ser *de los diez mil*, sólo le ha faltado un Jenofonte que la escriba. Nos propusimos recorrer alborotando las calles céntricas y avanzamos por la del Arenal en columna cerrada, pero con la boca siempre abierta para dar salida á los ya roncos gritos, desembocando, como ingente río de encrespado oleaje, en la Puerta del Sol, que fué el aciago término de mi hasta entonces triunfal carrera; pues habiéndome adelantado, con audacia insólita en mí, para ver de cerca á Narváez, que se paseaba tranquilamente, pero con su habitual gesto de vinagre, por la ámplia acera del Ministerio de la Gobernación, un taimado polizonte de la secreta, enarbolando el bastón ó garrote que llevaba oculto bajo el gabán, descargó

sobre mis espaldas tan olímpico trancazo, que por mucho tiempo tuve sobre ellas todo un colegio cardenalicio. Por eso dije en la introducción que esta lamentable historia está grabada con caracteres indelebles en mi cuerpo.

Dí con él en tierra y en no muy académica actitud; pero acudió solícito á levantarme el Miramamolín del tranco, no para ver si me había lastimado mucho, sino con la proterva intención de llevarme, omo lo hizo asiéndome de un brazo, al depósito de los prisioneros de guerra cojidos en aquella tremenda lid, que se hubiera concluído, como alguien dijo entonces, soltando sobre nosotros las bocas de riego.

Fuí, pues, encerrado en un sótano del Principal, donde había ya otros muchos compañeros mártires: dos que estaban á mi lado, fijaron desde luego mi atención, atrayéndome con ese indeliberado y misterioso impulso á que damos el nombre de simpatía; y la que me inspiraron los aludidos consortes de encerrona y vapuleo, se convirtió bien pronto en amistad, que ha durado cuanto la vida de aquellos malogrados jóvenes. Era el uno Alberto Araus, que figuró mucho en el periodo revolucionario y falleció en la emigración, adonde le lanzaron los sucesos cantonales de Cartagena; y era el otro Correa y Zafrilla, el distinguido periodista y consecuente federal que ha muerto al pié de su obra, en la redacción de *La República*, de que era Director. (1)

Permanecimos algunas horas en el húmedo subterráneo, viendo caer en él á cada momento nuevas víctimas y haciendo sobre nuestra situación augurios que nada tenían de tranquilizadores; pues era de temer que el sanguinario hijo de Loja, tan aficionado á fusilamientos y deportaciones, hiciera con nosotros una barrabasada. A mí, sin embargo, en aquellos instantes lo que mayores torturas me causaba, era imaginar las terribles angustias y zozobras que estaría sufriendo mi pobre madre en la incertidumbre de lo que me hubiera ocurrido. Por fin, cuando ya no percibíamos desde nuestra mazmorra ninguna agitación en la vía

---

(1) Al corregir las pruebas, acabo de leer en un periódico de Madrid el siguiente suelto, que me ha llenado de tristeza:

"Familia desgraciada. — Hace poco tiempo falleció D. Pablo Correa y Zafrilla, director de *La República*. Tres de sus hijos le han seguido después, víctimas de la pobreza más que de las enfermedades, y el miércoles fué conducido al cementerio el cadáver de la desgraciada viuda, sin más acompañamiento que dos amigos particulares. Con este motivo dice un periódico carlista:

"Un sólo hijo queda hoy llorando tantas desdichas, y un sólo ser se acuerda de sus padres.

La política en que militó, ingrata como organismo, no les ha tendido una mano. ¿No habrá en el republicano campo alguna alma compasiva que particularmente socorra al ser que sobrevive, y que habita en la calle del Limón, 20 segundo?"

pública, signo evidente de que la revuelta había cesado y el imperio de la ley se hallaba restablecido, sacáronnos al patio del Ministerio, donde el juzgado de guardia se hizo cargo de nuestras criminales personas, dando orden de conducirnos al Saladero. Formóse la cuerda, pero no nos amarraron con ninguna, mandándosenos tan sólo que marcháramos por parejas y unidos del brazo: dí el mío al buen Araus, y, alineándonos en la fila, salimos á la calle.

Afortunadamente estaba desierta, porque era ya muy tarde, y esto nos evitó la vergüenza de que las gentes nos vieran en tal guisa; aunque, por mi parte, más me sentía orgulloso que abochornado de aquella andanza, pues me creía un mártir de la libertad, á quien tal vez algún día se consagraran monumentos y loores. Así, pues, en medio de los civiles que nos custodiaban, mirándonos tan torvamente como Aquiles á Héctor, iba yo *ufano, alegre, altivo* y *enamorado* también, como el pajarillo de la canción de Mira de Améscua, y como tal entré en la jaula dispuesta para las aves que caen en las redes del Código; pero, si Cristo, con ser Dios, experimentó desfallecimientos y quiso apartar de sus labios el cáliz de la amargura, ¿qué tendrá de extraño que yo, espíritu sin alas para lo sublime y heróico, me sintiera profundamente abatido al verme incomunicado en el fondo de un obscurísimo y nauseabundo calabozo?

Cuando penetré en él, creí asfixiarme á los pocos momentos, según era de irrespirable y fétida su nunca renovada atmósfera; mas la ley de adaptación al medio se cumplió en mis débiles pulmones, que bien pronto se connaturalizaron con aquel aire viciadísimo, en términos de que, cuando al tercero día resurgí de aquella tumba, ya me encontraba en ella como el pez en el agua. De igual manera se habituaron mis ojos á ver donde no había luz, llegando á leer las curiosas inscripciones de que estaban adornadas las negras y hediondas paredes de aquel antro. Eran la mayor parte nombres de los ilustres inquilinos que me precedieron en tal vivienda, alguno de los cuales había salido de ella para ocupar una posición muy elevada: el patíbulo; lo cual me puso carne de gallina.

Había también —¿y como nó?—letreros metrificados con más ó menos sujeción á las reglas de la rima; y entre ellos figuraba como más notable una redondilla, no mal versificada, y que, si no estuviese tan por completo reñida con la decencia, pudiera servir en los textos de retórica como excelente ejemplo de aquella figura de pensamiento que llaman *climax* ó *gradación;* porque la tal copla, que todavía recuerdo, pinta de un modo muy expresivo la creciente desesperación del infelíz recluso que ve transcurrir el tiempo sin esperanza de libertad, y exclama frené-

tico: "Pasa un día, pasan dos,—pasan cinco, pasan diez"—...... Los dos versos finales no los admite el papel, pues no hay en ellos una sola palabra que no pertenezca al inmundo vocabulario callejero de las procacidades y blasfemias.

Pero, si los muros de aquel recinto escupían tales asquerosidades, el suelo lanzó á mis plantas, por algún orificio que yo no descubría, una inmundicia viviente en forma de enorme rata, cuyo recuerdo me pone todavía de punta los pocos pelos que me quedan. El animalito, que á mí me pareció tamaño como una bestia feroz, educado sin duda por alguno de mis egregios predecesores en aquel sitio, apareció á la hora de distribuirse el rancho, esperando seguramente la parte que creía corresponderle por derecho consuetudinario; mas, como yo no quise hacer del sucio roedor un comensal mío, hubo de considerarse desairado y desapareció por escotillón, sin dispensarme el honor de nuevas visitas.

En cambio, no se separaron un momento de mí esos incómodos parásitos que tanto abundan en todos los parajes donde la miseria ó el desaseo ejercen jurisdicción, y que convirtieron mi cuerpo pecador en mesa de sus orgías, constriñéndome á repetir la sabida y lastimera exclamación que los romances ponen en boca del último rey godo cuando empezaban á devorarle las sabandijas. Pero creo que esto me convino en algún modo, pues me proporcionó un entretenimiento en mi forzada y desesperante ociosidad: el de andar constantemente á caza de tales piezas; y sabido es que los ejercicios venatorios se recomiendan como higiénicos y agradables juntamente para el cuerpo y para el ánimo.

Así, con una pequeña dósis de Filosofía y un poco de buena voluntad, puede el varón fuerte, y aun la hembra débil, endulzar hasta cierto punto la amarga copa de las humanas desventuras; y, si se le ponen algunas gotas de optimismo, no será difícil llegar á creer que, según reza el prolóquio, no hay mal que por bien no venga. Yo, por ejemplo, considerábame infelicísimo en aquella antesala de la horca, donde por males de mis pecados había caído; pero ¿quién sabe si tal emparedamiento no me libró de más grave percance?

Dígolo porque, mientras yo estaba en tan involuntaria cuanto poco religiosa clausura, habían ocurrido fuera los sucesos luctuosísimos de la *Noche de San Daniel*, tan tristemente célebre en nuestros anales como la de San Bartolomé en la historia de Francia; pues el fuego que nosotros encendimos en la calle de Santa Clara, y que pareció ya extinto, reavivóse con mayor intensidad dos días mas tarde, y el Gobierno ensangrentó las calles de Madrid para sofocarlo, haciendo que sus hombres de armas ejercieran de cafres y mamelucos, y portándose, en fin, de tal

manera, que el mundo civilizado sospechó si correrían por el Manzanares las aguas del mar de los Caribes.

Si, pues, yo hubiera estado libre aquel día de execración, probablemente me hubiera tocado en suerte algo peor que una paliza; porque, si en la primera jornada sólo se emplearon argumentos de leña, en la segunda ya se contestó al silbido de la muchedumbre con el de las balas. Tales noticias, que se dignó comunicarme un amable calabocero, inspiráronme las juiciosas reflexiones que dejo apuntadas, y aun acaricié el vanidoso intento de escribirlas, si el cautiverio se prolongaba mucho, imitando á Boecio, que, habiendo perdido la gracia del rey ostrogodo Teodorico, de quien fué ministro, se vió reducido á prisión; y en ella, mientras se llenaban los trámites para ponerle en manos del verdugo, él hizo brotar de su pluma, á guisa de testamento, el hermoso libro titulado *De Consolatione Philosophiæ*.

El que yo pensé legar también á la posteridad, no llegué á principiarle siquiera, porque antes se nos alzó la incomunicación, verdadera losa del sepulcro donde, vivos, yacíamos enterrados, y subimos al departamento de la Alcaidía, que para mí fué como subir al cielo; pues allí esperaba á mis ojos, ya acostumbrados á las tinieblas, el deslumbramiento de una aparición divina en forma de mujer. ¡Oh poder del amor! Aquella mujer era la que hoy es dulce compañera de mi vida, entonces cándida y tierna paloma que, remontando ligera aunque tímidamente el vuelo desde la casa del Señor, adonde había ido para asistir á los divinos oficios de Jueves Santo, fué á posarse en la mansión del crimen, llevando en su alma pura santo horror para el delito, y en sus ojos fascinadores algunas lagrimitas de misericordia para el delincuente.

Los treinta días que permanecimos en aquellas altas galerías, inundadas de luz y aire relativamente puro, fueron para nosotros una verdadera apoteosis; pues la Universidad en masa, los demás establecimientos docentes, los centros políticos liberales, las redacciones de los periódicos avanzados, todo Madrid, en fin, desfiló por delante de las gloriosas víctimas. En Cádiz viven hoy dos de aquellos visitantes: el uno es mi hermano político, el médico de la Armada y especialista en enfermedades del pecho, D. Eladio López García; y el otro mi amigo el procurador D. Guillermo Díaz Zafra. Entre tanto, cayó el Gobierno liberticida so el peso de la unánime reprobación de su torpe y brutal conducta, y al mismo tiempo se nos ponía en libertad bajo fianza, terminándose poco después la causa por sobreseimiento. Me apresuro á advertir que no establezco entre ambos hechos relación de *causalidad*, sino tan sólo de *simultaneidad*; pues no es mi ánimo dar á entender que el cambio mi-

nisterial influyera de ningún modo en el resultado del proceso. Hijo soy de un juez de 1.ª instancia, y sé muy bien que la balanza de Astrea sólo se inclina al peso de la ley, sin que puedan moverla ni los vientos constantes de la pasión y el interés, ni los variables de la Política.

* * *

Tales son los recuerdos que tiene para mí la efeméride memorable del 8 de Abril de 1865; y ahora, *cum subit illius tristissima noctis imago*, esto es, cuando se alza ante mis ojos el espectro de aquella noche, tan triste como la recordada con lágrimas por el poeta sulmonense, si no el llanto de mis ojos, la melancolía del tiempo cae sobre mi alma. Cuando me asomo al borde de la sima en que se han hundido los 28 años que separan de aquella fecha la presente, ¡qué mudanzas reconozco entre aquellos días y los que ahora corren! ¡Cuántas figuras de las que entonces descollaron, se han desvanecido en la huesa, y qué cambiadas están algunas otras supervivientes! Montalván, el amado Rector, duerme, hace ya muchos años, el sueño eterno: Castelar, el ídolo de aquella juventud entusiasta, vive y muy larga será su existencia, si corresponde á mis deseos; pero *¡quántum mutatus ab illo!* ¡Qué desapacible contraste forman este Castelar de hoy, lleno de vergonzantes concupiscencias monárquicas, y aquél de antaño, que, henchido de cóleras tribunicias y armado con la fulgurante espada de su verbo, parecía el ángel exterminador de los reyes! Sí: era entonces el más fervoroso apóstol de la República, sosteniendo que la institución real, con sus poderes inamovibles é irresponsables que entregan la suerte de las naciones á los azares de la herencia, es absoluta y esencialmente incompatible con la democracia, que es el gobierno del pueblo por sí mismo; mientras que hoy, sin renunciar al ideal republicano, según afirma, renuncia á continuar trabajando por su triunfo, pues crée que con el restablecimiento de los derechos individuales, las libertades públicas, el Jurado y el sufragio universal, la obra del partido posibilista debe considerarse terminada; y que, cumplido ya el programa político, sólo hay que atender por ahora al económico, que afecta á la suerte de la Patria, por cuya salud debe sacrificarse el ideal.

En virtud de tales consideraciones, el implacable enemigo de la monarquía, transige con ella, por creer que á su nombre podrán afianzarse, mejor que con el restablecimiento de la República, las libertades aquistadas, y salvar la Hacienda del cataclismo que parece inminente: el jefe del partido que se ha llamado por antonomasia *republicano-histó-*

rico, disuelve esta comunión política, modelo de abnegación y desinterés, en el seno del fusionismo, y se dispone á dar ministros á la Regencia, si en alguna crísis los necesita Sagasta para sostener con puntales democráticos el ruinoso edificio de la restauración.

Esto significa que el gran orador, si conserva todavía por sus antiguos ideales un amor platónico, ha perdido la fe en su virtualidad, pues considera su realización en el actual momento histórico peligrosa para la libertad y los más caros intereses nacionales. Nadie duda que sean sinceros tales temores y patriótico el móvil de tamaña inconsecuencia; pero, ¡qué decepción tan amarga para los que hemos venido militando bajo la bandera que él tremolaba y que ahora pone por alfombra en las gradas del trono!

Yo he sido el más obscuro ciertamente, pero también el más entusiasta y acérrimo de sus partidarios; porque á la comunión de ideas se juntaban en mí la admiración idolátrica y el cariño entrañable por el maestro. Tuve el honor y la fortuna de contarme en el número de sus primeros discípulos: su palabra, la más elocuente que ha oído el mundo moderno, sonaba en mi corazón como un llamamiento de lo alto y esparcía en mi mente claridades de aurora: cuanto escribo, es un pálido reflejo de aquella luz; y cuanto hablo, una débil resonancia de aquel inspirado acento: leo con éxtasis cuasi religioso todo lo que brota de su pluma ó de su labio; pronuncio su nombre con toda la veneración de un culto, y á loarle he consagrado las más vibrantes notas de mi tosca lira. Pero hay una cosa que está en mi alma por encima de este verdadero fanatismo: la consecuencia política, sin la cual todo prestigio se menoscaba y deslustra. Cabrera, el héroe más hazañoso y admirado del carlismo, mientras permaneció fiel á su causa, fué un tigre hermoso por su fiereza y digno de respeto por su fidelidad; pero cuando arrolló su bandera y la puso como trofeo histórico en manos del rey constitucional, vió desvanecerse toda su gloria, y cayó poco después en la huesa bajo la execración de todos los suyos y el menosprecio de los adversarios.

Grande es Castelar por su maravillosa elocuencia; pero no lo sería tanto si, después de haberla puesto al servicio de la idea democrática, la convirtiera en instrumento de una política retrógrada: entonces quedaría reducido á un nuevo Donoso Cortés, admirable como genio oratorio, pero impotente en absoluto para reavivar en la generación presente el entusiasmo por ideales é instituciones que no anima al espíritu moderno.

Por eso veo con tristeza infinita que la lengua de fuego á quien debe su mayor éxito la propaganda republicana, vibre hoy en los oídos

de sus correligionarios exhortaciones á la unión con los defensores de la monarquía. Tal maridaje político repugna al sentido moral; porque, si en él conservan los posibilistas el carácter de republicanos, es un nefando contubernio; y, si al formarle abjuran de sus ideas, quemando lo que antes adoraban y adorando lo que antes quemaban, nadie verá en ellos más que un pelotón de desertores.

No debe, pues, colocarse en la actitud adoptada por el jefe del posibilismo y algunos de sus prohombres quien se mantenga leal á la causa de la República, fiando á su triunfo, y no al afianzamiento de las actuales instituciones, el bienestar y la grandeza de la Patria. Rindamos culto á las ideas, y no sigamos á los hombres sino en tanto cuanto las encarnen y personifiquen: yo, al menos, cualquiera que sea la conducta de mis correligionarios, repito hoy lo que dije en el banquete del 11 de Febrero último, cuando ya se habían formado en nuestra colectividad impetuosas corrientes de aproximación á la monarquía; esto es, que quien marche con ellas, jefe ó soldado, será sencillamente un desertor de nuestra bandera: en cuanto á mí, pienso llevarla por sudario á la tumba, porque la juré fidelidad inquebrantable desde que comencé á formar opinión política.

Defensor de la república *una é indivisible* era yo cuando el popular tribuno fanatizaba á las muchedumbres cantando las excelencias del régimen federal: hoy, que se despide también del unitario, ó, por lo menos aplaza su restablecimiento para cuando la monarquía, salvada por su concurso de la bancarrota en que corre peligro de hundirse, por gratitud le ceda el puesto, yo continúo en el que siempre ocupé, y en el cual, si Dios me conserva el juicio, espero acabar mis días, sin dejar mi nombre escrito en el ignominioso registro de los tránsfugas.

Ya que la naturaleza me haya negado brillantes dotes, quiero suplirlas con una cualidad, hoy bastante rara, que depende de un esfuerzo volitivo, y que algunos llaman la virtud de los tontos: los sabios no suelen tenerla, porque es propio de la sabiduría mudar de consejo, según dice el vulgar adagio, y la prenda moral á que yo me refiero es la constancia en los principios. Hoy profeso yo los míos con el propio entusiasmo, con igual vehemencia y con la misma convicción que en 1865, aunque no persevere en el modo de propagarlos y defenderlos; pues claro es que ya no descendería, como entonces, á silbar ni á luchar en las calles: lo primero, porque las canas me alejan ¡ay! de toda juvenil travesura; y lo segundo, porque el programa—que yo sostengo íntegro—del partido republicano histórico sustituye los procedimientos de fuerza por los pacíficos y legales que constituyen el método de la

evolución. Pero utilizaré cuantas armas ponga en mis manos el derecho establecido, para combatir sin desfallecimiento ni cansancio por el triunfo de la salvadora idea que iluminaba y enardecía mi mente aquella infanda noche en que, por formularla en silbos, me molieron las costillas: el planteamiento de aquel régimen que, haciendo amovible y transitoria la más alta magistratura del Estado, y permitiendo turnar en ella á todos los ciudadanos sin distinción de clase, constituye el más propio y adecuado organismo de la democracia, porque es el gobierno del pueblo por el pueblo mismo.

Alfonso Moreno Espinosa



BUSCANDO NOVIA.



La guerra carlista había terminado felizmente.

El joven Rey D. Afonso XII había ganado el hermoso título de Pacificador, restableciendo la paz, y preparándose á restañar las heridas que una lucha entre hermanos había inferido á la Patria, cuyos brazos se tendían por igual á ambos bandos combatientes, y cuyo llanto de madre caía del mismo modo sobre los muertos de los dos ejércitos.

La entrada en Madrid había sido brillante.

El Rey volvía del Norte con los laureles del triunfo y la oliva de la paz, y su juvenil figura se engrandecía con la aureola de abnegación y de heroismo que formaba la leyenda de su campaña.

En el Palacio Real de los Monarcas españoles esperaba al soberano una princesa augusta, cuyo talento, cuya caridad, cuya elevación de sentimientos y de miras, la colocan entre las más ilustres princesas de su siglo.

Llevaba entonces el título de Princesa de Astúrias, y era, y es, gala y orgullo de la familia Real española, que ve en la Infanta Isabel el acabado modelo de todas las virtudes que pueden enaltecer á una dama.

Sabido es el cariño entusiasta que el malogrado Rey profesaba á su hermana mayor, hacia la cual sentía una confianza sin límites, y una ternura profunda, al par que reconocía una igualdad de caractéres y una identidad de gustos, que los unía aún más estrechamente que el amor fraternal.

Cuando el gallardo mancebo cruzó las calles de Madrid con la mirada encendida por el entusiasmo, el pecho palpitante de alegría, y temblorosa de emoción la mano que guiaba el soberbio caballo, que

parecía orgulloso de sostener al Rey aclamado y vitoreado por miles de españoles, todo el mundo pensó en que aquél niño tan amado, era ya un hombre en el desempeño de su misión y en el cumplimiento de su deber, y la idea de darle una compañera, el deseo de que una reina compartiese con el gentil Monarca las glorias de su reinado, surgió en todos los pensamientos, y acaso antes que en ninguno, en el de la egregia hermana que lo había seguido con el corazón y con el pensamiento en aquella ruda campaña que ensangrentó las montañas del Norte y arrancó lágrimas de todos los ojos españoles, pues anhelaba rodear de goces puros y tranquilos la vida de aquel niño, que reasumía en su representación augusta el porvenir de una gran nación, asegurando así la sucesión directa de una dinastía que está unida en los últimos siglos á todas las glorias de la Patria.

Este era también el deseo de las damas madrileñas, tan adictas al Rey que habían visto nacer, y al cual devolvieron el Trono de sus mayores formándole dosel con la blonda de sus mantillas y alfombra con los claveles que como símbolo de españolismo les servían de adorno en aquella memorable campaña contra un rey extranjero.

Esas mismas damas que impulsaron la restauración con su patriótica actitud, habían recibido al gallardo Rey Pacificador con delirante entusiasmo, agitando sus perfumados pañuelos como un batir de alas, y enviándole con la punta de sus dedos perfumados, besos respetuosos que caían sobre el Rey como bendiciones maternales.

Es posible que en el brillante Estado Mayor de generales que rodeaba al Rey, en los ministros que le seguían, y entre los cuales se hallaba, por cierto, el hoy doliente de pertinaz enfermedad D. Francisco Romero Robledo, radiante entonces de juventud y de prestigio, en los personajes que formaban la corte, surgiera la misma idea que había brotado en el pueblo, esto es, la necesidad de que se casara D. Alfonso XII, asunto que parece por demás sencillo tratándose de un Rey joven y simpático, pero que entraña por la misma grandeza que reviste, gravedad suma.

Comenzó desde luego la *voz del cielo*, esto es, la del pueblo que le sirve de eco, á buscar novia al Rey, y se citaron varias princesas que estaban en estado de merecer, y que se hubieran dado, no *con un canto en los pechos*, manera muy singular de manifestar alegría, que admitimos en España, no sé por qué, como posible, sino por muy honradas y satisfechas con ser preferidas.

Los que estaban en el secreto sabían que el Rey había elegido novia por sí mismo, y que no se hallaba dispuesto á consentir en que se la

buscara la razón de Estado, encopetada zurcidora de voluntades reales, que maldita la gracia que tiene para que sus zurcidos no se conozcan hasta de lejos.

En esta época acordó el Rey visitar algunas capitales andaluzas incluyendo en ellas á Cádiz, y vinimos para presenciar su entrada muchos de los que gozábamos con sus triunfos, siendo los más caros á su corazón aquellos en que se le demostraba el amor de su pueblo.

Deseando Inglaterra dar á España una prueba de su amistad y al Rey una muestra de su personal estimación, hizo venir su escuadra para saludar á D. Alfonso XII, llevando su atención hasta el extremo de ofrecer al Rey un expléndido banquete, para servir el cual se hizo traer una vajilla de plata de la reina Victoria.

La graciosa soberana del Reino Unido de la Gran Bretaña tenía soltera á su hija Beatríz, hoy Princesa de Battemberg, una adorable niña tan unida á su excelsa Madre como la sombra al cuerpo, y que estaba ya en edad de tomar estado, pues los príncipes tienen necesariamente que aprovechar la vida y no pueden perder tiempo como los simples mortales.

No fué necesario más para que la imaginación, fantaseadora de suyo, del pueblo español se echara á volar, suponiendo que se trataba de casar al rey con la princesa Beatríz, que contaba veinte años, en el setenta y siete, en que esto ocurría.

Yo tuve gran parte de culpa en este error, de la manera más inocente del mundo como voy á referir.

Invitada por la distinguida Sra. de Topete había visitado la escuadra inglesa, en unión de otras varias personas, quedando encantada del estado de sus barcos, los primeros del mundo, y de la galantería y cordialidad de sus marinos, que están en caballerosidad y finura en el mismo rango que sus buques en grandeza.

Imposible me ha sido olvidar, á pesar del tiempo trascurrido, la grata impresión que en mi ánimo produjo aquella visita, y claro está que al volver de ella no había de ocultar mi entusiasmo, ni mi gratitud por los obsequios que se me dispensaron.

—Escríbame V. un artículo para *La Política* (hoy *El Estandarte*) me dijo el Conde de Casa-Sedano, que era y es director de tan importante publicación, y no oculte V. en él todo lo bueno que ha visto en la escuadra.

—Es mucho, y yo tengo poco tiempo.

—Esperaré á que lo escriba y lo enviaré al correo: mañana sería tarde, porque perdería actualidad.

—Escribiré al volver del teatro...

—Convenido; yo esperaré.

Esta conversación tenía lugar en la mesa redonda del Hotel de París.

En el teatro tuve ocasión de hablar con uno de los hombres políticos más importantes que acompañaban al rey, el cual me preguntó con interés si había quedado complacida de mi visita á la escuadra inglesa.

—Más que complacida, encantada!

—¿Lo dirá V. en la prensa?

—Sí; escribiré esta noche una carta para *La Política.*

—Me alegro; no escatime V. sus elogios: el rey está muy contento.

—Mas vale así.

—Decididamente hay que estar bien con los ingleses, pensaba yo al tomar la pluma para escribir la carta que deseaba mi ilustre amigo el Conde de Casa-Sedano.

Había pedido al jefe de la escuadra, al caballeroso Vicealmirante A. R. P. Seymour, una nota de las condiciones de los buques *Minotaur*, *Resistance*, *Black Prince* y *Defence*, que formaban la escuadra, con los nombres de sus jefes y oficiales, y podía darlas á conocer con exactitud técnica, prodigándoles al mismo tiempo y con sincera expresión, todos los elogios que merecían.

Confieso que al escribir no pensé, ni poco ni mucho, en que nuestro amado Rey pudiera casarse con la gentil princesa británica, ni los nombres augustos de Alfonso y Beatríz fueron trazados por mí en aquellas páginas.

Hablaba tan solo el recuerdo de aquellos magníficos buques, donde la fuerza y la belleza se unen para producir el contraste más delicado y más extraño. Recordaba con viva emoción la cámara de aquellos bravos y nobles marinos, donde el retrato de su Reina, el de sus padres, su esposa y sus hijos tienen perenne culto, como si la cámara fuera una reducción sagrada de ese hogar que es el templo de la familia, el lugar venerable donde se nace y se muere, donde se descansa en la dicha y se refugia el pensamiento en el dolor, buscando consuelos y esperanzas.

Describía aquellos barcos, que ostentan la soberanía de los mares en su magestuosa grandeza, y ocultan plantas y flores entre los cañones que representan su fuerza.

El aseo, el *confort*, la precisión, la regularidad en todo, aquel sereno poderío y aquel culto á los más puros sentimientos, merecían calurosos elogios, y no pude ni quise regateárselos, no ya por gratitud hacia las

deferencias que les había debido, sino por justicia al mérito de una armada modelo, y como homenaje al favor de una nación amiga.

"La amistad con Inglaterra, decía yo, es preciosa para España.

Su actividad comercial puede vencer nuestra natural pereza; su recto criterio y su bien entendido realismo, influirá, sin duda, en nuestro carácter soñador y fantástico, resultando de la unión de los dos pueblos de índole tan distinta, un maridaje tan ventajoso para la raza latina como para la raza sajona, pues habrán de completarse, aportando el uno la pasión y el entusiasmo, y enseñando el otro la práctica y los beneficios del trabajo y la constancia para el progreso, ese ideal humano del cual se espera la regeneración de los pueblos, unidos para el bien."

Esto, ó algo parecido escribía yo al final de aquella carta, que fué llevada á toda prisa al correo, sin tiempo siquiera para leerla, y ya lo había olvidado por completo, cuando encontré por azar traducidos al francés sus principales párrafos, á los cuales se daba una intención muy honda, suponiéndolos inspirados por un hombre de Estado, con el propósito de halagar á Inglaterra y preparar la opinión para la eventualidad de un matrimonio regio.

Mi nombre no se citaba en el escrito y esto daba más valor á la sospecha.

La idea no era ciertamente inverosímil; aparte de la diferencia de religión, la princesa Beatríz reunía altas dotes para ser destinada al rey de España, pero éste había elegido ya para su dulce compañera á la bella princesa Mercedes de Orleans, que fué reina por tan breve plazo, y el idilio de los amores reales no era un secreto para las personas que merecían la confianza del rey.

El rumor que había circulado de la posibilidad de un enlace con una princesa de la casa real inglesa, en aquel viaje que se supuso que se hacía *buscando novia*, ¿tuvo origen en alguna negociación secreta que D. Alfonso XII no autorizó, ó fué una de tantas *leyendas* diplomáticas que logran á veces encarnar en el pueblo, creando atmósfera para la realización de un hecho?

Acaso no fué ni lo uno ni lo otro, sino un acto de cortesía de una nación y de agradecimiento por otra, que aprovechó el pueblo para sus murmuraciones, y que sirvió también á la prensa extranjera, tomando por pretexto mi carta y el entusiasmo que la inspiraba, para hacer comentarios que vivieron lo que las rosas, *el espacio de un día*, pues los hechos se encargaron de desvanecer sospechas y disipar misterios.

Y aunque de ello no habrá ya duda para el esclarecimiento de la

verdad histórica, á mí me conviene hacer constar que yo no tuve arte ni parte en el asunto, y que si prodigué elogios en aquella ocasión á los ingleses no lo hice por miras interesadas, sino por leal admiración hacia su valer, y como prueba de mi gratitud y de mi consideración personal.

Patrocinio de Biedma.



LA VISTA DEL CONTADOR.

¡Parece que fué ayer y han pasado cerca de 10 años!

Era yo soltero, y estaba embarcado en el crucero *D. Jorge Juán*, que arbolaba la insignia del Comandante General del apostadero de La Habana.

Época de frecuentes denuncias de planes filibusteros, no teníamos punto de reposo.

Salidas para cruzar días y días, sin saber más que el Comandante (y yo, porque le redactaba las comunicaciones reservadas) á quién buscábamos, ni lo que perseguíamos; idas y venidas á Cayo Hueso, á Puerto Plata, á Puerto Príncipe; tal nos pasábamos la vida.

Tenía yo entónces buena vista, tan buena, que distinguía, sin gemelos, lo que otros casi no veían con ellos.

Si entrábamos en *Key West* (Cayo Hueso) veía primero que nadie la boya blanca que indicaba la entrada de la canal.

Si buscábamos *Port-au-Prince* (Puerto Príncipe) era el primero que señalaba la isla Gonave que nos marcaba el sendero.

En Puerto Plata, triunfé una vez, la primera que estuve, del práctico de costa que llevábamos, el mulato Rodamaker, que decía, cuando estábamos todavía muy distantes, que era el bote del práctico del puerto, nada ménos que la parte alta de la máquina de un vapor casi por completo sumergido.

¡Qué susto aquél día y qué práctico más terco! Por poco nos perdemos.

Cuando supe que mi amigo el teniente de navío Don Rafael Benavente perdió, hace tres años, entrando en Puerto Plata, el cañonero *Cauto*, me dió un vuelco el corazón.

Al verlo de regreso en la Península, absuelto libremente por el consejo de guerra, le pregunté:

—¿Dónde tocó el cañonero?

—En un vapor echado á pique.

—¿Y qué práctico llevaba usted?

—Rodamaker.

El corazón no me había engañado.

La noche era la que más ocasiones me brindaba para mis proezas.

Si recalábamos á La Habana, ¿cómo era posible que nadie viese antes que yo la luz de la farola?

¡Pues y las luces de los barcos!

Cantaba el serviola una luz, buscábala en seguida el oficial de guardia y si no la hallaba pronto, y yo me hallaba en el puente, ¡cuántas veces! se repitió la pregunta: ¿la ve usted Contador?

Y no sólo tenía buena vista, sino el mejor anteojo de á bordo.

Todavía lo conservo, tiene la marca del dueño del establecimiento donde lo compré: G. B. Haase y Comp.ª, Habana.

El oficial de derrota, mi queridísimo amigo D. Angel Varela, quería cambiármelo por uno magnífico de Parkinson que tenía.

No había competencia posible; los nombres que llevaban los buques en los costados, los leía yo, á distancias grandísimas, cuando con los otros apenas se distinguían las letras.

En resumen, que yo era el Argos de á bordo, comparable entónces con aquel famoso Linceo de la antigüedad, cuya vista era tanta que desde el promontorio Lilibeo de Sicilia, que distaba del puerto de Cartago ciento treinta y cinco mil pasos, contaba los navíos de las armadas que salían, sin errar el número.

He dicho Linceo y quizás yerre, por no ser su nombre propio ese, sino apelativo común de las personas de buena vista.

Cicerón, seguramente, no sabía ó no recordaba su nombre, cuando en el párrafo XXV, libro 2.º de las Primeras Académicas, escribió: *At ille nescio qui, in schollis nominari solet, mille et octoginta stadia quod abesset videbat.*

Esto es: cítase en las escuelas, yo no sé qué indivíduo que veía las cosas á mil ochenta estadíos de distancia.

Plinio el viejo, en el punto 21 del libro 7.º de su Historia Natural, le reduce el campo de la visión á lo que yo dije y le llama Estrabón, su verdadero nombre, con el testimonio de Varrón.

Idem, dice, *fuisse qui pervidere* CXXXV. M. *passum. Huic et nomen M. Varro reddidit, Strabonem vocatum.*

Lo cual está bastante claro, con lo dicho antes, para que necesite traducirlo.

—Horacio llámale Linceo en el verso 28 de la 1.ª epístola del primer libro.

Non possis oculo quantum contendere Lynceus.

Que según D. Javier de Burgos, significa:

En vano pretendiera
En vista competir yo con Linceo.

Valerio Máximo le da el mismo nombre en el capítulo VIII del libro 1.º de sus Dichos y Hechos memorables, donde dice:

De Lynceo.

Ne illius quidem parva admirationis oculi, quem constat tam certa acie luminum usum esse, ut á Lilybæo portu carthaginensium egredientes classes intueretur.

"De Linceo.

Mucho admiran los ojos de aquél, cuya vista, según ciertamente se sabe, era tanta que desde Lilibeo veía las naves que salían del puerto de Cartago."

Pero aun cuando eso conste, me inclina á creer que era sobrenombre de todos los que tenían buena vista, como hoy se dice: ser un lince, el ver que Horacio en otra parte de sus obras, versos 90 y 91 de la segunda sátira del libro primero, escribe:

...... *ne corporis optima lynceis*
contemplere oculis ....

Y ese *oculis lynceis,* claro está que significa, ojos de lince.

Y si no fuera bastante, ahí está Cicerón otra vez, que en carta á Varrón, la 2.ª del libro 9.º de las familiares, y refiriéndose á la confusión que había en Roma, escribe: *¿Quis est tan lynceus, qui in tantis tenebris nihil offendat?*

Esto es: ¿Tiene todo el mundo ojos de lince para ver claro entre tanta confusión?

O, al pié de la letra: ¿Quién es tan linceo, que entre tantas tinieblas con nada tropiece?

Mas sea de eso lo que fuere, que ya bastante discutido queda, punto que no lo merecía tanto, hágolo aquí para seguir el relato.

Una de nuestras salidas más precipitadas, fué en la madrugada del día de difuntos de 1884.

Nos mandaron encender y aguardar órdenes á las siete de la tarde de la víspera.

Ya de noche, embarcamos bombas, calabrotes; ¿qué sé yo? cuántas cosas del Arsenal. La cubierta quedó empachada. ¿Para qué eran? nadie lo sabía.

A las doce de la noche, llegó el Comandante con las instrucciones; se avivaron los fuegos, llegaron dos prácticos de costa, de los buenos, y á la una de la madrugada zarpamos, salimos y arrumbamos para el Ueste.

En la mar nos enteramos de que el "Bazán," que había salido dos días antes, con órdenes reservadas, había varado en *Los Colorados*, famosos arrecifes de coral que tiene la costa Norueste de la Isla de Cuba.

El "Jorge Juán," tenía calderas nuevas, y andaba bien, 13 millas sin forzar el tiro, así es que en poco tiempo llegamos al sitio en donde el "Bazán" se hallaba.

¡Pero en qué estado!

Como buque en gradas listo para botarse al agua. Alta la proa, agarrada á la rompiente y fuera del agua, y la popa hundida en aquel mar azul bellísimo y de transparencia tanta, que se veían, sin esfuerzo, los detalles más ínfimos del fondo.

Por la noche llegó el vapor "Guadalquivir," también de guerra, que tiró furiosamente al otro día del vapor varado, hasta destrozarse la popa, sin lograr moverlo un punto.

Todos los esfuerzos de dos días consecutivos, fueron inútiles; por lo que se decidió en la noche del 2.º, el abandono del buque.

Y como las hienas acuden en las selvas á devorar los cadáveres que buscan, así veíanse, á lo lejos, barcos de vela sospechosos, esperando el momento de cebarse en el férreo casco del desgraciado barco.

Dios no lo quiso.

Allá á las once de la noche, empezó un oleaje sordo, con llovizna, que indicaba Norte, viento respetable durante el invierno en aquella costa; y con la agitación de aquellas olas que movieron blandamente la pesada mole, desprendióse del peñasco que la aprisionaba y se deslizó ligera por la empinada pendiente, hasta quedar otra vez flotando en las inquietas aguas.

La mañana que siguió fué tormentosa. La mar del Norte nos comía, y á las nueve se dió orden por el "Jorge," de ponerse cada cual en salvo.

El "Guadalquivir" se quedó tras del arrecife, donde se había metido por un quebrado, para aguantarse allí cual si estuviera en puerto; el "Bazán," se largó para La Habana, haciendo agua, y nosotros, según las

instrucciones, pasamos á la mar del Sur, doblando el cabo de San Antonio.

En las aguas de ese cabo pone la carta el imaginario bajo de Sancho Pardo, que algunos dicen que han visto, y no lo ha encontrado nadie todavía, á pesar de que desde remotos tiempos hasta hoy, muchos han sido los buques que han ido, expresamente, á situarlo.

¡Cuánta broma me dieron mis compañeros con el bajo!

—Contador, ¿ve Vd. á Sancho Pardo?, me preguntaban todos, y yo me desojaba, de buena fé, buscando por todas partes al fabuloso Sancho.

Los ocios de aquellos días los pasé leyendo á Solís, cuya Historia de la conquista de Méjico, había comprado de lance en La Habana, y contemplando, al mismo tiempo, aquellas desiertas costas por donde pasó Hernán Cortés, cuando fugado de Cuba, con un puñado de españoles, acometió la conquista de aquel imperio.

¡Hazaña heróica en tanto grado, que á no existir monumentos tendríase por monstruosa fábula!

El término de nuestro viaje fué Cienfuegos, puerto amplio y segurísimo, con larga y angosta entrada de bellísimos paisajes, que al verlos por vez primera, me recordaron pasados tiempos, cuando hice en El Ferrol mi primera entrada.

Nuestra estancia en Cienfuegos fué un relámpago. Nos repostamos de carbón y víveres y salimos en seguida á la mar para un crucero de quince días, desde allí hasta cabo Cruz, que distaba próximamente ciento treinta millas, entrando cuando fuera posible y conveniente, por dentro del laberinto de los cayos de las 12 leguas.

Se trataba de impedir el desembarco del titulado general filibustero Bonachea, que se encontraba en Jamáica.

Pasarse 15 días seguidos en la mar cruzando no es muy agradable; pero en la cámara toda era gente moza, casi ninguno llegaba á los 25, y procurábamos distraernos sacando recursos de nuestros pocos años.

La carne fresca no faltaba, porque embarcábamos terneras vivas; de conservas y buenos vinos llevábamos lo mejor que había en Cienfuegos; de manera que la confortación de los estómagos nos proporcionaba la alegría necesaria para soportar con paciencia aquel pasar y repasar por los mismos sitios, investigando siempre el horizonte en busca de bajeles sospechosos.

No hay que encarecer lo que yo funcionaría.

El buque denunciado era un pailebot blanco de tres palos, y de noche sobraban los comentarios y discusiones sobre el color y aparejo de los barcos cuyas luces divisábamos en lontananza.

Como de día no se podía parar en cubierta, por el calor del sol que derretía el alquitrán de las costuras y obligaba á regar contínuamente, lo aprovechábamos para dormir, los que no hacíamos guardias, reservando la noche para tomar el fresco en el puente acompañando al Comandante y al oficial de guardia.

¡Pobre D. Constantino Rodríguez, que nos mandaba!

De los jefes y oficiales del *Jorge* en aquella época es el único que rindió su tributo á la muerte.

Conservo una carta suya fechada en El Ferrol, poco antes de morir, en que me llamaba su querido y leal amigo del *Jorge*.

Buen señor, que con su bondad nos proporcionaba sacar todo el partido posible de aquellas fastidiosísimas jornadas.

—Don Constantino, una luz; decía el de guardia.

—¿La ve Vd. contador?, me preguntaba.

—Sí, señor; le respondía.

—Póngale Vd. la proa, le mandaba al oficial de guardia.

—Máquina, toda fuerza; mandaba éste, y al poco tiempo estábamos encima del bajel á que dábamos caza.

—Es un brigbarca, mi comandante.

—Pues nada, á rumbo.

Y esto era un día y otro en lo que nos entreteníamos por las noches, que se activaban los fuegos.

Era nuestro compañero entonces D. Antonio Zanón, hoy teniente de navío embarcado en el *Pelayo*, que me guarda, como yo á él, fidelísima amistad, y á quien dábamos por las noches la pesada broma que voy á referir.

Puestos ya de acuerdo los iniciadores, empezaba ésta con la acostumbrada denuncia.

—Don Constantino, una luz.

—¿Por dónde?

—Por aquí, por la mura de estribor.

—¿La ve Vd. contador?

—Ya lo creo y es barco de vela, porque no lleva farol de tope.

—Pues vamos á aproximarnos.

—Timonel, una cuarta á estribor. Máquina, toda fuerza.

—¿Don Constantino, le parece á Vd. que se llame á Zanón, por si hay que reconocer el barco?, agregaba el oficial de guardia.

—Sí, señor; que lo llamen.

Y, á Zanón, que se encontraba en siete sueños, descansando de una guardia para entrar en otra, le despertaba yo, que tomaba á mi cuenta el encargo.

—Arriba, amigo mío, que hay á la vista un barco.

—¡Por vida de los demonios! ¿Otro barco? ¿Pero hombre, no se les ocurre á los barcos ponerse á la vista más que cuando yo descanso?

Y en un periquete, estaba D. Antonio en cubierta, con el sable colgado y el revólver á la cintura, preguntando por el barco.

—Allí, mírelo Vd., le decía.

—No lo veo.

—Fíjese Vd.; por este lado.

—Demonio de barco, que no lo veo.

Y diciendo y haciendo, asestaba los gemelos buscando por todas partes la luz anunciada.

¿Y cómo había de verla, si la mitad de las veces no había tales carneros?

Una noche tuvo que embarcarse en el primer bote para visitar á un pailebot que venía de Pensacola con madera, porque no hubo forma de convencer á D. Constantino de que aquél no era un buque sospechoso.

¡Y cómo renegaba mi amigo al bajar por la escala de viento!

De Cienfuegos fuímos á Santiago de Cuba, para cruzar desde allí hasta Baracoa, doblando la Punta Maisí.

Los cruceros fueron entonces de diez días, porque no moderábamos la máquina; pero empalmábamos unos con otros.

Las noticias y confidencias eran muy alarmantes; Bonachea se decidía á desembarcar en Cuba con una veintena de aventureros. Y se nos decía, oficialmente, que iba provisto hasta de torpedos para lanzarlos al buque que lo persiguiese.

¡Cuántas veces le vimos la cara al Indio de Baracoa, como le llaman á un monte que domina el poblado y visto desde la mar, así parece!

¡Y cuántas otras desde la Punta Maisí, anuncié que veía el cabo de San Cristóbal en las costas de Santo Domingo!

Apenas lo decía, salían á relucir gemelos y anteojos para confirmar mis dichos.

Por las noches redoblábamos la vigilancia, y cuando había luna, se distinguían muy bien los bultos de los barcos de vela, aun cuando no llevasen encendidas las luces de situación.

Que es costumbre en los buques mercantes pobres, contraviniendo todos los convenios internacionales, el no encender los faroles, las noches claras de luna, sino en caso de necesidad, para ahorrarse el gasto del aceite.

¡Qué noches tan magníficas algunas!

Nada hay tan sublime como la inmensidad del mar en una noche tranquila, cuando no se distinguen los confines del horizonte y brillan sobre nuestra cabeza infinitas las estrellas.

Para despreciar al mundo sus pompas y vanidades, no hay como ese magnífico espectáculo.

¡Cuán sabio se mostró Séneca el Filósofo al decir en el prefacio del libro 1.º de sus Cuestiones naturales: *Tunc consumatum habet plenumque bonum sortis humanæ, quum calcato omni malum petit altum, et in interiorem naturæ sinum venit. Tunc juvat inter sidera ipsa vagantem divitum pavimenta ridere, et totam cum auro suo terram; non illo tantum dico, quod egessit, et signandum monetæ dedit, sed illo quod in occulto servat posterorum avaritiæ!*

"La plenitud, el colmo de la dicha del hombre es pisotear todos los malos deseos, y levantar la vista al cielo para penetrar en los repliegues más ocultos de la naturaleza. Con qué satisfacción, desde en medio de aquellos astros donde vuela con su pensamiento, se ríe de los mosáicos de los ricos, y de nuestra tierra con todo su oro, no sólo del que arrancado de su seno se ha convertido en vil moneda, sino también del que guarda en sus entrañas para saciar la avaricia de las edades futuras."

Gran hombre fué nuestro compatriota; bien se llaman sénecas los sabios; y con qué razón exclama al contemplar al mundo desde las celestes alturas donde se mueven los astros: *Hoc est illud punctum quod inter tot gentes ferro et igni dividitur! ¡O quam ridiculi sunt mortalium termini!*

"Aquel es el miserable punto que tantas naciones se reparten á sangre y fuego! Oh qué ridículas son las fronteras de los hombres!"

Y nosotros cruzábamos por coger á un infeliz que pretendía arrebatarnos nuestro territorio y estrechar más todavía las fronteras de nuestra España.

Al fin cayó en poder de la Marina que lo buscaba, se le juzgó en nuestro barco, y lo fusilaron los del "Bazán" en Santiago de Cuba con sus secuaces.

En aquellos días, y estando una vez, frente al inmenso y desierto puerto de Guantánamo, vimos, de pronto, en lontananza un punto negro de apariencia extraña.

—¿Qué será aquello? preguntaban todos.

Yo estaba avergonzado y confuso; no sabía lo que era.

Fuí á mi camarote por el anteojo, miré, y nada.

Aquello no lo había visto yo nunca.

—Debe ser, dije, una roca, un escollo que vela en la superficie.

—¿Cómo escollo? me dijeron; mire Vd. la carta, aquí no hay nada.

Y, efectivamente, entre Cuba y Jamáica hay profundidades enormes; ni bajos, ni escollos, ni bancos.

—Pues será, dije, una roca nueva que sale por vez primera.

Tan presente estaba en mi imaginación la reciente catástrofe del volcán de Krakatoa, que no dudé un punto en afirmar que aquello era una roca nunca vista, aparecida por efecto de una conmoción geológica.

Y cuanto más lo veía, más lo afirmaba. Tenía el aspecto del bajo de *Los Cochinos* de nuestra bahía visto desde la muralla, cuando está la marea baja.

No era buque entre dos aguas, ni bote desamparado, ni destrozo de naufragio.

Y tanto esforcé mis argumentos, tanto fué mi relatar la formación de los continentes, saliendo poco á poco, del fondo de las aguas, que llegué á producir, no la risa del disparate, sino la sonrisa de la duda.

Y después de todo ¿quién podría contradecirme?

Nadie sabía lo que era.

Nos fuímos aproximando con precaución, y ya las dudas, casi casi iban cediendo á la evidencia. Aquello no podía ser más que lo que parecía, un *cabezo*, un *abre ojo*, un escollo; en una palabra, un peñasco solitario.

Y para probarlo, cargamos los cañones Krupp, que llevábamos montados en la popa, viramos en redondo, y cuando nos disponíamos para hacerle fuego.... ¡valiente *plancha!*

El escollo se movió, lanzó un enorme chorro de agua y enseñó con sus movimientos, al sumergirse, una cola monstruosa que parecía una palmera. Era un cachalote que dormía tranquilo mecido por las ondas.

Y aquí fué Troya. ¡Cuánta algazara, cuánta risa y cuánta broma con la vista y el anteojo del Contador!

¡Pobre de mí! Una sola equivocación destruyó en un momento la reputación adquirida por las victorias de tantos años.

Me ponían las cosas delante de los ojos y me decían con sorna: ¿Contador, qué es esto?

Todavía entrando en La Habana, me señalaron la torre del faro diciéndome: Contador ¿qué es aquello? ¿es un escollo?

Desembarqué á los dos meses y regresé, por enfermo, á la Península.

Me trajo el vapor *P. de Satrústegui*, antiguo *Antonio López*, que lo mandaba D. Fernando San Emeterio, y en él realicé mi última proeza, anunciándole que yo sería el primero de á bordo que vería á Cádiz.

Eran las seis de la mañana del día 13 de marzo de 1885, cuando subí al puente y le pregunté al piloto si se veía nuestra tacita de plata.

—Todavía no, me respondió; estamos muy lejos.

Tendí entonces la vista por el horizonte y al momento le dije: Puede Vd. enmendar el rumbo; allí está Cádiz.

Se le avisó al capitán; subió con los gemelos, díjele por dónde lo veía; escudriñó el horizonte y al cabo de cinco minutos me respondió:

—Tiene Vd. razón y ha cumplido su promesa.

Metimos, no me acuerdo cuántos grados á babor; y á las diez de la mañana dimos fondo en la bahía.



UN RECUERDO

PARA MÍ Y PARA OTROS.



Se dice que los ancianos no tienen otra vida que la que les evoca la memoria y les reproduce la fantasía: esta es la verdad, sobre todo, si los recuerdos é imaginaciones son placenteros y traen aparejados fantasmas deliciosos y sentimientos de goces que no han de volver; porque entonces, no solo es la vida, sino la felicidad. Por eso con la conciencia honrada, pura, sin la mancha de haberse complacido en el mal ageno, con el sentimiento perfecto de no haber hecho mal á nadie, se complace el espíritu con el recuerdo y se entretiene en evocar de entre los resplandores de su brillante pasado esos hechos que aun conservan su sabroso y delicado dejo en la boca, y su aroma y sus harmonías en el alma, interesada en no borrarlos jamás de su fondo tranquilo y transparente.

Había yo venido á Cádiz hacía diez y medio años, con misión humildísima pero transcendental, y me había propuesto conservarme á la altura de mi misión, en cuanto mis fuerzas lo alcanzaran. Fuerte, contra ese injusto desdén con que se mira al obrero de la inteligencia; pero empeñado en hacer observar y sentir el peso de su destino en la esfera intelectual y pese á los soberbios hijos del dinero. Para humilde, el sentimiento de mi posición; pero para fecundidad, mi intervención en toda obra que redundase en menosprecio de la riqueza y en elevación y dignidad de la ilustración general y de la cultura pública.

Con estos propósitos no había habido hasta entónces, ni hubo muchos años después, suceso que tuviese esta significación, que redundase en

honor de Cádiz, que diese idea de su nueva marcha hacia la ciencia y el saber, el arte y la habilidad, en que no tomase parte y parte interesantísima en punto al trabajo. Mas para mí aquéllo era un goce: estaba al servicio de un pensamiento honroso: me habían llamado á colaborar en él mis buenos amigos, en quienes yo suponía un corazón sano y unos sentimientos leales y generosos; mi obra iba á redundar en beneficio de la ciudad que me había dado franco y para mí expléndido hospedaje; tenía, en fin, en mi dorada jaula esas pintorescas y canoras avecillas que se llaman ilusiones, esperanzas, deseos de estimación general, ansia de popularidad amable y respetuosa, y estos eran móviles, fines y premios que yo analizaba y hallaba lícitos y decorosos, para emprender y proseguir mis tareas. Repito que el recordar esto, es hoy todavía un goce para mí y hasta un orgullo, si pudiera un hombre estar alguna vez orgulloso de su obra; pero en fin, satisfecho: si volviera á hallarme en aquellas circunstancias, volvería á hacer lo mismo.

Y no era porque no se me había advertido de los inconvenientes que ofrece el trabajar para el público, entre hombres y sin otra esperanza que ese premio moral de la estimación, el más difícil de lograr, porque tiene por base la gratitud, cosa que debe tener gran peso, según el cuidado con que se libra uno de él y se le sacude cuando se viene sobre la conciencia.

Pero direis que estoy haciendo mis propios elogios y que no es eso lo que debo al público ni á mi modestia: contestaré que estoy narrando las disposiciones con que he verificado un cierto hecho, que son aquellas con que le recuerdo y que verifico un pequeño examen de conciencia, dentro del cual no se puede pedir otra cosa. Es éste un escrito puramente subjetivo, y siempre queda el lector en libertad de hacerme la justicia de creer, ó la ofensa de juzgarme hipócrita; por más que el hecho tuvo tal resonancia, que su reiterada manifestación vendrá en mi apoyo.

En 1874 existía en Cádiz una pequeña sociedad de Cervantistas, fervorosos admiradores de la hermosa cuanto triste memoria del llamado, ya hacía tiempo, *Príncipe de los ingenios españoles*; y ansiosos de prestarle un culto digno de su memoria, respondiendo al llamamiento que hacía España á los amantes de las letras y á la manera expléndida y brillante con que supo siempre Cádiz hacer sus solemnidades y fiestas: ¡que así supiese perseverar en ellas! Presidía esta Sociedad el Sr. Flores Arenas, de inolvidable memoria para esta ciudad, y ejercía de vice-presidente el director del Instituto, y cinco catedráticos más como vocales y de secretario el Sr. D. Ramón León Mainez, acérrimo cervantista y único

mantenedor de un periódico consagrado exclusivamente al autor del *Quijote*. Sobre este núcleo se acumularon unas ocho ó diez composiciones de otros tantos literatos, y dividiendo la totalidad en dos partes, é intercalando un pequeño refresco que les ofrecía á todos el claustro del Instituto, se pasó una noche amena, de la que resultó un folleto que dió á conocer la imprenta misma en que se tira este periódico.

Mas esto no podía quedar reducido á tan modestos límites: ya hemos dicho que cuando en Cádiz se hace alguna cosa, se hace bien, y la fiesta Cervántica, susceptible de grandes desarrollos, había de recibirlos sucesivamente, hasta llegar al más alto grado de explendor y magnificencia. En su virtud, al año siguiente, en que compartí con mi amigo el Sr. Mainez los trabajos de Secretaría, se aumentaron para la sesión solemne del 23 de Abril, el número de los trabajos literarios, el de los invitados al estrado, y el del público, ensanchándose notablemente el local, que el año anterior había sido la Dirección del Instituto y en el de 1875 lo fué el Salón de actos, que ocupa toda la fachada del edificio. Otro folleto dió á luz los escritos que formaron la corona ofrecida al Príncipe de los ingenios.

Tal resonancia dieron á estas fiestas, de un lado la fama y de otro la prensa periódica, su eco fiel, que ya para el tercer aniversario pareció pequeño el local del Instituto y se pensó en celebrar el aniversario en el Salón de Sesiones del Excmo. Ayuntamiento, local espacioso y que no necesitaba otro exorno que la rica iluminación de que se le dotó. El Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, con el también Excelentísimo. Sr. D. Francisco Flores Arenas, Decano de la Facultad de Medicina y nuestro presidente todavía, ocuparon los primeros puestos en aquella memorable sesión, á la que concurrió todo el Cádiz oficial y cuantas personas distinguidas había en la localidad, las cuales rebosaban del salón y se extendían por todas partes. Para esta vez se obtuvo la colaboración musical de la Real Academia de Santa Cecilia, cuyos profesores y alumnos ejecutaron varias piezas clásicas al piano; y el contingente de los trabajos literarios fué tal, que hubo necesidad de dividir el programa general en tres partes.

Aún faltaba trasladar esta solemnidad á lugar más amplio y mejor exornado, si se había de dar el último paso en lo que correspondía al explendor y fama que habían adquirido estas solemnidades, y se pensó en la *Sala del Gran Teatro*. Ya no cabía mayor magnificencia ni mayor publicidad. Las localidades desaparecieron como por encanto y el coliseo resultó poblado de un auditorio numerosísimo, que mantuvo toda la noche una animación y un brillo en él desusado.

También la sesión fué literaria y musical y tomaron parte en ella distinguidas profesoras y alumnas, que ejecutaron piezas vocales é instrumentales con grandes aplausos del auditorio. No escasearon éstos á los literatos, muchos de los cuales tuvieron que repetir sus poesías: y el programa, dividido también en tres partes, acabó de ejecutarse ya pasada la media noche.

Todavía hubo otra fiesta semejante en la *Sala del Gran Teatro,* y todavía fué brillante y al parecer animado el culto que se rindió á Cervántes; pero ya cierto vapor de muerte, cierto olorcillo de agonía pudo percibirse por los que andábamos en aquél manejo. Había muerto Don Francisco Flores Arenas que, apesar de su ancianidad, sostenía á no dudar aquella agrupación, al parecer tan llena de vida: se habían dejado entrar ciertas pasiones á las que no puede resistir organismo alguno, siquiera sea el más sencillo y el más alejado de toda lucha social: el público había cambiado de actitud, se decía cansado de aquellas fiestas y próximo á seguir las variables corrientes de su veleidad natural, sello preponderante de su carácter amante de la variedad y fácil al hastío: es decir, amigo de lo nuevo y en lo general, murmurador de lo que se va haciendo viejo; por último, me había quedado *factotum* de aquella Sociedad de literatos, que empezaban á ser todo lo contrario de lo que había razón para esperar, y la verdad es que yo, que me siento un activo y fiel ejecutor del mandato ageno, soy un pésimo director de los demás, que concluyen por hacer lo que se les antoja; así es, que al nuevo presidente se le antojó extinguir la Sociedad y nadie se le opuso, porque cuanto yo hice, y no fué poco, se tuvo por inútil.

En estas circunstancias y con esta tormenta en los pechos, se verificó la última solemnidad Cervantina el 23 de Abril de 1878. La actitud del público, oculto entre las sombras de lo alto, no fué muy correcta: cansábanle los trabajos en prosa y aun los en verso, cuando no llegaba la voz del lector hasta él: ésto chocaba con los insistentes aplausos con que se hacían repetir otras composiciones que oía y le agradaban, y esto hería el amor propio de algunos señores, personas dignísimas por lo demás y que habían hecho un precioso esfuerzo en honor de Cervántes y de la ilustración gaditana.

Acabó la sesión bien tarde y sin dejar huella, porque no se imprimieron los trabajos leídos: nos retiramos como si saliéramos de un duelo y en los días inmediatos murió el culto á Cervántes, la Sociedad para él establecida y hasta la amistad que había reinado entre sus miembros y la afición *inocente* que había habido á estas fiestas. Os diré cómo murió? ¡Oh, no:! es la parte amarga de este recuerdo: la que empaña su

brillo, la que aminora su goce, hoy que tantas veces evoco aquella memoria para refrescar mi espíritu viejo y angustiado con los dulces recuerdos de la juventud. Bástame traer al presente las glorias de aquéllos días en que Cádiz premiaba con sus aplausos mi adhesión y mi afán por su buena fama, tantas veces, tan incansablemente y con tanto amor mostrados después, como para responder á la generosa hospitalidad otorgada al que no nació aquí, mas aquí tiene abierta su sepultura.

Romualdo A. Espino



MI ÚNICA ALCALDADA

POR

EL DOCTOR THEBUSSEM.



Al Señor Don Federico Joly y Diéguez:

en Cádiz:

Mi excelente y querido amigo: Muy honrosa y satisfactoria para mí, es la carta en que Vm. solicita que escriba cuatro renglones referentes á algún recuerdo ó episodio de mi vida, relacionado nada ménos que con ¡¡SUCESOS PÚBLICOS!!

Y marco las dichas palabras con cuatro signos admirativos, porque su demanda de Vm. equivale á pedir—pongo por ejemplo—que trate de navegaciones quien jamás se ha embarcado, ó de toros quien no ha visto siquiera una corrida, ó de óperas quien no conoce más música que la música celestial.

Sepa Vm. que yo no pertenezco á ningún bando político, ni me he mezclado en asuntos electorales, ni he presenciado sesiones del Parlamento, ni he servido cargos ó destinos públicos. Y por esta causa, por esta antipatía que me produce cuanto se relaciona con la *res pública*, me admira y espanta que haya hombres dispuestos á gastar su tiempo, su salud, su dinero y su paciencia en llegar á Diputados vulgares y del montón, de esos cuyo paso por el Congreso solo contribuye al destrozo de alfombras, que ni hablan ni parlan, ni pinchan, ni cortan, y que, esclavos de todo bicho viviente, son por una parte súbditos de los ministros

y caciques, y por otra de los electores que piden cruces, empleos, honores, ascensos, pensiones y hasta bulas para comer de carne en viernes santo.

Todo esto me aturde y horripila de un modo tal, que no acierto á explicarlo. Es indudable que como en los gustos hay tanta diversidad, los políticos no aficionados á la caza, deben á su vez espantarse y maravillarse de los que corremos liebres por los llanos de la Mancha con el sol de julio, ó matamos lobos en las vertientes del Pirineo en épocas de nieve y fortuna. En fin, haya libertad para todos, y busque cada cual sus placeres donde los encuentre.

* * *

Sentados estos precedentes, figúrese Vm., amigo mío, cuál sería mi sorpresa cuando á las ocho de la mañana del 7 de enero de 1874, recibo un aviso de parte del señor Delegado del Gobernador militar y civil de la provincia de Cádiz, para que inmediatamente me presentase en las casas consistoriales de esta ciudad de Medina Sidonia.

Creyendo que sería equivocación, contesté que me hallaba enfermo y que me era imposible acudir á la cita.

A la media hora llega otro recado para que cumpliese en el acto lo que la autoridad ordenaba, y repetí la anterior respuesta.

Al poco tiempo, viene á mis manos la siguiente comunicación:

"Sírvase V. S. presentarse inmediatamente en estas Casas Consis-"toriales, para darle conocimiento de una comunicación urgente del "Excmo. Señor Gobernador Militar y Civil de la provincia de Cádiz. "Sirva esta orden de *tercer aviso*, sintiendo muy mucho el tener que "proceder á lo que haya lugar, conforme á las instrucciones que tengo "de dicha superior Autoridad, para el caso de no presentarse V. S. *inme-"diatamente*.—Medina Sidonia 7 Enero 1874, á las *once menos cuarto* de la "mañana.—El Delegado del Excmo. Señor Gobernador Militar y Civil "de la provincia de Cádiz, FRANCISCO GONZÁLEZ DE LA MOTA."

Continué haciéndome el sordo á este papel y á la comisión de amigos y convecinos que me suplicaba la asistencia y aceptación de la ¡¡ALCALDÍA!!, pintándome con unos colores más espantosos que los del infierno, los males y perjuicios, tanto personales como públicos, que podían irrogarse con mi conducta y desobediencia.

Contesté que yo carecía de las dotes necesarias para ser autoridad, y que existiendo personas que ambicionarían el cargo con aptitud para

desempeñarlo, á ellas debiera recurrirse por ser harto conocido el refrán de que *Alcalde de aldea, el que lo desee, ese lo sea.*

Juzgábame ya fuera de peligro y de compromiso, pero eché mis cuentas sin la huéspeda, ó sea la benemérita Guardia-Civil. Presentóse en mi casa el joven y bizarro Capitán Don Melquiades Almagro, hoy General y excelente amigo mío desde este suceso, y fueron tales sus razonamientos, su habilidad, su finura, su elocuencia y su tacto, que logró persuadirme á que asistiese á la cita.

Conforme — dije yo — vamos adonde Vm. mande, pero con una condición.

Con todas las que Vm. quiera, respondió gozoso Almagro, temiendo espantar al pájaro que ya estaba en la red.

¿Palabra de caballero?

¡Palabra de honor!, replicó el capitán, muy sério, colocando su mano derecha en el pomo de la espada.

Pues bien: he de ir amarrado codo con codo, asistido de los Guardias que Vm. trae, y por las calles que yo señale.

¡Pero como ni Vm. pretende fugarse ni aquí tenemos cuerdas....!, balbució mi interlocutor un tanto desconcertado por mis extemporáneas exigencias.

No importa: yo las tengo. Manuel—dije á mi criado—trae un cordel al momento.... Muy bueno que es: átame los brazos atrás....; aprieta un poco....; basta ya.... Señor de Almagro estoy listo y cuanto Vm. lo ordene vamos andando.

Y nos pusimos en marcha por las calles más principales de la población, hasta llegar al Ayuntamiento.

***

Conozco que demasiada paciencia y prudencia tuvieron aquellas dignísimas personas á quienes hice esperar cuatro horas mortales.

El salón municipal de Medina Sidonia, amplio y de bellas proporciones, está adornado con sobriedad y buen gusto. Hallábanse allí los nuevos y antiguos regidores, varios militares, el Delegado del Gobernador y muchas personas atraídas por la curiosidad.

El secretario leyó y me entregó la orden, en la cual se me nombraba Alcalde primero de Medina Sidonia.

Pasé al hermoso sillón presidencial, forrado de terciopelo rojo con bordados de oro, y una vez allí me consideré como el ratón que ha caído en trampa de la cual no le es posible salir por medio de la fuerza. Me hallaba irritado conmigo mismo: quejoso de mi propia debilidad:

avergonzado de mi falta de entereza, y de no haber preferido la pena de la desobediencia y aun otra mayor, á la investidura de Alcalde, más horrible y espantosa á mis ojos que la mismísima túnica de Dejanira. Jamás he pasado momentos de mayor aflicción, angustia, congoja y martirio.

Le pedía con toda el alma á la Virgen Santísima de la Paz que me iluminase y socorriese en aquella tribulación. Y la Virgen me iluminó y socorrió. Casual ó providencialmente había recibido el día anterior discreta epístola de mi antiguo amigo el gran Frederick Lemaitre. Con este recuerdo vi el cielo abierto. Tendí la vista por el auditorio y calculé que no pasarían de tres ó cuatro las personas que tuvieran noticia de quiénes eran GARRICK y LEMAITRE. Entonces con toda calma y en medio de un silencio sepulcral, solté la voz á estas ó parecidas razones:

Señores: Ante todo ruego que se me perdone la tardanza con que he acudido al llamamiento del señor Gobernador. Confieso que he defraudado las reglas más vulgares de la educación y de la cortesía, y espero que la culpa se achaque á falta de salud y no á falta de voluntad. Ustedes deben sospechar sin que yo lo jure, y yo lo juraría con la mano puesta en los Santos Evangelios, que no he pretendido el alto, honroso, distinguido y conspícuo cargo de primer Alcalde de esta nobilísima ciudad de Medina Sidonia, con el cual me sorprende la benevolencia, más bien que la justicia, del señor Gobernador de la provincia..... (*Muestras de aprobación en el público*). Deploro, señores, que mi escaséz de salud y de conocimientos administrativos, me impidan servir dignamente la alcaldía. Quisiera poseer en este momento las prodigiosas facultades de Garrick ó de Lemaitre para *representaros* con evidente realidad.... para *representaros* . . . .
. . . .

En este momento (histórico á carta cabal) un síncope cortó la perorata. Por dicha causa, si mi entrada en el concejo fué con el auxilio de la fuerza armada, la salida se verificó con el amparo de los amigos que me transportaron, casi moribundo, á una casa vecina. Cuando yo los escuchaba discurrir y proponer, llenos de pena y de amargura, los auxilios espirituales y temporales que debían suministrarme, les dije: —"Calma, señores, que no ha llegado mi última hora: venga una copa "de Jerez y recado para escribir, que son las únicas medicinas que nece- "sito."—Jamás olvidaré, ni las hubieran olvidado Maiquez ó Talma, las caras de estupor, asombro y alegría, que al escucharme pusieron cuantas personas me rodeaban. Hubo vítores, aplausos y hasta deseos de coronarme. Rechacé semejante idea, y dije que me daría por muy servido si no echaban en saco roto estos versos de nuestro gran poeta:

. . . . *Entre lo hecho*
Y los ojos del mundo, haya una venda
Tendida; la verdad en nuestro pecho
Quede, y jamás el mundo la comprenda.

Y así fué, pues me llevaron á mi casa en silla de manos, y en el pueblo se afirmaba que era llegado mi fin y acabamiento con el tósigo de la alcaldía.

* * *

Tuve yo muy buenas relaciones de amistad cinegética con el Duque de la Torre, adquiridas por mi asistencia á sus cacerías en Sierra-Morena y en Arjonilla. Recordé que el Duque era entonces el tuáutem del Gobierno de la nación; y aun cuando soy enemigo de pedir favores, lo peliagudo del caso me hizo enviarle amplio telegrama con ruego de que me salvase del gran aprieto en que me hallaba. El excelente Duque (Dios se lo pague y aumente de gloria) estuvo tan fino y eficaz en complacerme, que antes de las veinticuatro horas recibí del Gobernador de Cádiz un oficio relevándome del cargo de Alcalde, en vista del mal estado de mi salud, y previniendo que entregase la *jurisdicción* á Don Fernando de Pareja.

No me ocupé de semejante entrega, y sospecho que viéndose abandonada aquella *jurisdicción* á quien dejé virgen, ella misma se entregaría de buen talante y con la mejor voluntad al primero que le alargase la mano.

Tal fué el felice fin y remate de mi fatigada aventura, en las pocas horas que, sin empuñar el bastón, tuve la honrosa y tremenda desgracia de ser autoridad nominal de Medina Sidonia. Yo no sé si hubo abuso de autoridad al tomar la carátula desde el rojo sillón consistorial, ni si fué realmente *alcaldada* la mía; pero sí sé que, fuéralo ó no, toda esta retahila á nadie importa ni interesa. Cargue Vm., pues, con la culpa, ya que la buena amistad de Vm. es la que hace pecar de inoportuno á su afectísimo servidor, q. l. b. l. m.,

Dr. Thebussem.

Medina Sidonia;
Junio de 1893 años.

EL PAÑUELO.

ASUNTO DE COQUETERÍA.

El penúltimo día del mes de Diciembre del año 188... hallábame yo convaleciente de una de esas ligeras afecciones que determina el cansancio corporal y moral y sin fuerzas aún para dedicarme á mis ocupaciones; pero lo bastante bien para poder salir de casa y moverme al aire libre; y como es tan grato al que siempre trabaja callejeando, pasear para distraerse, y tan conforme á nuestros apetitos meridionales lo que los gallegos llaman muy gráficamente *vagar*, decidíme á hacerlo.

Al cruzar el patio de casa miré, por costumbre, la mesilla de avisos y distinguí únicamente sobre ella uno de la Hermandad de la Caridad, á que pertenezco, y en el que se me invitaba, con arreglo á los Estatutos, á acompañar á la sepultura el cadáver de un pobre fallecido en nuestro Santo Hospital. ¡Bonito paseo! dije para mis adentros, pues á mí, aunque me entristece, no me espanta el Cementerio y mucho más éste, que me atrevo á llamar lindísimo, de nuestra población. Cumplo con un deber al que mucho adeudo y hago mi excursión; pero como el paseo era largo y mis fuerzas cortas, envié por un carruage y me hice conducir á San Juan de Dios.

Llamóme desde luego la atención que nadie acompañara el entierro, cosa rara aun para los fallecidos en el Hospital, pues nunca faltan parientes ó amigos que lo hagan. Díjome el Capellán que iríamos solos y púsose en marcha el cortejo en la siguiente forma: iba delante el conocido Julián, llevando la manguilla azul de la Hermandad, coronada por

el Corazón entre llamas de amor y la crucecita; detrás, en el carro de última clase, el féretro de la hermandad con el cadáver, los cuatro faroles á los lados llevados por los semiuniformados cargadores; el capellán de turno de la casa y el que esto escribe.

Así subimos la cuesta, atravesamos por delante de la Cárcel y el Matadero y así llegamos á las puertas; todos de prisa y el capellán y yo hablando de cosas indiferentes: allí ocupé yo solo mi berlina y continuamos nuestra ruta al Campo Santo.

Yo empecé, al hallarme solo en el carruage, por encomendar á Dios el ánima del muerto para mí desconocido, pero realmente mi hermano, primero porque la caridad á todos los hace hermanos, después por haber fallecido en la Casa de nuestra Cofradía; y así que le hube rezado bastante, dí en pensar en el difunto, á lo que me invitaba la soledad, el espectáculo de la conducción que divisaba por el cristal delantero de mi vehículo y la natural curiosidad que excita lo desconocido; pues no solo ignoraba en absoluto quién fuese el muerto, sino que jamás había visto un verdadero entierro de Caridad, ni tampoco sepultar á nadie en la fosa común.

¿Quién será? ¿porqué vendrá solo? tan absolutamente solo.... ¿Será joven? ¿Será anciano? ¡Qué cosa tan rara no tener ni un amigo ni un pariente!, decía yo para mí; aunque bien mirado, no es raro tanto abandono siendo pobre, decía otras veces, y se revolvían en mi ánimo la curiosidad, la compasión, el terror que siempre inspira la muerte y la verdadera Caridad, alternando á ratos y en diversas proporciones.

Llegamos por fin: abandonaron los adláteres de Julián los faroles en el zaguán de la *Gran Casa*, sacaron el féretro del carro y lo llevaron, siempre precedidos de la insignia de la Hermandad y seguidos por el Capellán y por mí, á través de varios patios hasta la fosa común; bajamos al fondo, colocaron en tierra el féretro, lo destaparon, sacaron el cadáver, lo pusieron en lo más hondo de la fosa, terciose al hombro uno de los cargadores el féretro vacío, y echó á andar para Cádiz. Julián con la cruz, el capellán y yo nos acercamos, rezamos el responso y esperamos un buen rato á que pareciese el enterrador.

Mientras díme yo á satisfacer mi curiosidad y á meditar. Hacía un hermosísimo día de invierno; fresco el ambiente, brillando el Sol, lleno de florecillas y aun de violetas el Campo Santo, sereno y azul intensísimo el Cielo y murmurando suavemente el mar á espaldas del Cementerio; todo parecía rebosar vida, todo contrastaba terriblemente con el espectáculo de la sepultura. Fijéme después en el cadáver; jamás he visto uno (y cuenta que he visto muchos) con mejor expresión de cara; era

de un hombre como de cincuenta y cinco años, alto, enjuto, sério, pobrísimamente amortajado con unas alpargatas tan rotas que era irrisorio habérselas puesto; muy rectamente colocado en el suelo, un brazo tendido á lo largo del cuerpo, el otro doblado en ángulo recto, sobre la cintura, los ojos dulcemente cerrados, la boca también cerrada, pero como sonriente; producía este conjunto una impresión de calma, serenidad, dulzura, beatífica tranquilidad, que jamás olvidaré. De aquel hombre hubiera cualquiera jurado que ya estaba en la gloria; preocupado con esto, dirijíme al capellán y le pregunté ¿quién era este hombre? y me dijo: "Era un oficial de albañil muy honrado, no tenía ningún pariente, había ido varias veces al Hospital con enfermedades agudas de pecho y ahora se lo ha llevado al otro mundo una pulmonía grippal; murió muy cristianamente porque era hombre muy bueno y nada más sé de él." Díme por satisfecho con esto, y ya entonces estaba el enterrador cubriendo de tierra el cuerpo: empezó por tapar los pies, las piernas y el tronco, y antes de arrojar tierra alguna sobre la cara, alzó la suya y dirigiéndose á Julián, le preguntó ¿y el pañuelo? No lo he traído, contestó el interpelado; pero toma éste, añadió alargándole el suyo, que yo lo pediré en el Hospital.

Tomólo el sepulturero, lo extendió muy cuidadosamente sobre la cara del difunto é inmediatamente acabó de cubrirlo con paletadas de tierra y la apisonó encima.

Distrájome en esto el capellán hablándome de asuntos diversos, invitéle á volver en mi carruage, hablamos todo el camino, lo dejé en el Hospital y volví á mi casa muy satisfecho de haber cumplido mi deber con aquel pobre tan abandonado y de haber presenciado espectáculo de tanta enseñanza; pero preocupadísimo por averiguar el objeto ó significación del pañuelo.

Un penosísimo y doloroso deber me obligó bien pronto á volver á la Tierra de la Verdad, y cumplido aquél fuime en busca del sepulturero, conocí inmediatamente ser el mismo del famoso entierro y le pregunté de seguida si con todos los cadáveres se hacía la operación del pañuelo; díjome que con todos los que se enterraban sin caja, que las hermanas de la Caridad lo envían siempre para los del Hospital y la familia lo lleva en los demás entierros de pobres, y que él, aunque no sabía fijamente qué objeto tenía, creía que serviría para que *no hiciera ofensa* la tierra en la cara de los muertos.

¡A cuántas consideraciones no se presta esta costumbre para mí hasta entonces desconocida! Resulta siempre amoroso y tierno amparar, aunque con débil tela, el rostro de un pariente muerto; más caritativo aún, si se trata de un desconocido.

Indica también lo connaturalizada que está con el hombre la idea deperpetuación. Es evidente el testimonio de conciencia de la vida eterna después de ésta; pero por otra parte ¿envuelve la costumbre aún, algo de vanidad que se aposenta hasta en el hoyo grande? posible es.

Recordaba yo aquél segundo día, en mi viage de vuelta á Cádiz, meditando en esto, los hermosísimos párrafos de Fr. Luís de Granada, en que dice:"Luego abren un hoyo de siete ú ocho pies de largo, aunque sea para "Alejandro Magno, que no cabía en el mundo y con solo esto se dá allí "el cuerpo por contento. Allí le dan casa para siempre, allí toma solar per-"pétuo en compañía de los otros muertos, allí le salen á recibir los gusanos "y allí lo depositan en una pobre sábana *cubierto el rostro con un sudario...* "Luego el enterrador toma el azada y el pisón y comienza á trastornar hue-"sos sobre huesos y tapiar encima la tierra bien tapiada. De manera que "el más lindo rostro del mundo y más cuidado y más guardado del sol y "del aire andará allí debajo del pisón del rústico cavador, que no tiene em-"pacho de darle con él en la frente y quebrarle los cascos y sumirle los "ojos y las narices, por que quede bien acompañado de tierra. Y sobre el "otro caballero, que cuando vivía no le había de tocar el aire, ni caer un "pelico en la ropa sin que luego anduviese la escobilla por encima echa-"rán aquí un muladar de basura, y el otro que andaba lleno de ámbar y "olores se verá aquí cubierto de hediondez y de gusanos. Este es, pues, "el paradero de las galas y de toda la gloria del mundo."

"Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de "los finados, y le abrazan los polvos de los antepasados, y le convidan "á aquella mesa y á aquella casa, que está constituída para todo vivien-"te. Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, "es echarle encima una capa de tierra y cobijarle muy bien con ella para "que no vean las gentes su hediondez y su deshonra."

¡Ay si en esto se pensara más! ¡Ay si lo que se entrevee de la significación del pañolito se creyera más de veras y se recordara más amenudo! cuán diversa sería nuestra habitual conducta!

Mucho enseña la sepultura; pero el pañolito es una tradición muy antigua que nos indica que más allá de la muerte hay otra vida en que hemos de presentar la cara y precisa que vaya limpia.... porque es lugar de justicia perfectísima y de absoluta igualdad ante un tribunal que aprecia hasta los deseos y las más recónditas intenciones.

Juan M. Pineda

FIERABRÁS

Ó LA FUERZA DEL SINO.



I

EN BUSCA DE UNA GALGUITA INGLESA.

Rebosando satisfacción y alegría su juanetuda y rubicunda cara, acostóse aquella noche Miss Gáteffull. Iba á ver, por fin, cumplido y realizado su dorado sueño, el más vivo y ardiente deseo de su corazón de inglesa, lo que durante dilatados años había sido el *desideratum sublime* de su alma, infantil todavía, á pesar de los cuarenta y seis años y sus polvos que, según malas lenguas, muy á despecho suyo, rezaba su partida de bautismo..... adquirir una galguita inglesa.

¡Misterios del corazón humano! Esta alma tan grande que informa nuestro cuerpo, tan ansiosa de expansión y cariño, cuando no pone su afición en la hermosura infinita de Dios, cuando no la cifra en los seres que son pedazos suyos, los hijos, cuando no la coloca en algo admirable y sublime, déjase arrastrar de innoble pasioncilla, y por irresistible necesidad que sólo puede vencer el golpe de la divina gracia, enamórase de un ser pequeño, y hasta ridículo á veces, con el cual miserablemente se identifica. Y es que el alma necesita, como decía Bossuet, de un muñeco con que solazarse en el mundo.

Jamás había conseguido mi Institutríz el tan codiciado permiso de aumentar el vecindario de nuestra casa con un individuo de la especie canina. Pero... ¡ya se vé! ¡Era tan buena Miss Gáteffull! ¡Sabía llevar con tanta formalidad sus oficios de Institutríz! ¡Había llenado tan cumplida-

mente su delicada y difícil misión de Mentora para conmigo, niña entonces yo de catorce años, que parecía caer de su peso premiar sus enseñanzas, trabajos y vigilias, concediéndola mis padres en los tres últimos meses que le restaban, desde la segunda quincena de Septiembre hasta las próximas Navidades, para concluir su compromiso, cual merecido galardón, la dicha, para ella inefable, de acariciar en su regazo á una galguita oriunda de su idolatrada tierra!

Todo se había sabiamente combinado, sin omitir el menor de los detalles. A las cinco de la mañana partía el tren para Jerez, límite de nuestra agradabilísima excursión. ¡Y cuánto gocé yo, desde una semana antes, idealizando los episodios *nonnatos* de aquella para mí felicísima *Odiséa*! ¡Yo que nunca me había alejado más allá de *San Fernando*, y eso cuando en compañía de mi buena madre íbamos á visitar en el Colegio Naval, á un niño, á mi padre recomendado! ¡Yo contemplando el risueño amanecer del alba entre los esplendores del rey de los astros, yo admirando desde el tren las blancas pirámides de las espumas del mar, y los verdes y aromáticos pinares de *Puerto-Real*, y las floridas orillas del Guadalete, y los jerezanos cortijos, y las renombradas bodegas, y, como digno remate, apacentar mi regocijada vista con las monadas y ejercicios de una colección de perros, de innumerables clases, especies, variedades, estados y condiciones, colores y matices, entre los cuales iba á escojer uno mi séria y antipoética Institutríz!

Mas como en este mundo no hay dicha completa, mi madre, que debía formar parte de la caravana, se indispuso la noche antes, y no pareciendo bien dejar la excursión para otro día, se acordó que yo sola acompañase á Miss Gáteffull, bien entendido que en el tren de las doce y media de la mañana habíamos de regresar á Cádiz.

II

¿EXCENTRICIDAD Ó TALENTO?

Era el conde de***, vecino de Jerez de la Frontera, un personaje graciosísimo. Muy distintas eran las opiniones y juicios del público acerca de su carácter, pues mientras unos lo calificaban de raro y excéntrico, otros lo consideraban como tipo genuinamente clásico de la donosura y gracia andaluza, del cumplido caballero, del maleante fustigador de las ridiculeces de la sociedad, diciendo cada verdad como un templo y realizando los proyectos más inauditos; dando motivo, con la agradabilísima variedad de sus actos, á que cada uno lo estudiase desde

distinto punto de vista. Y la verdad es que todos tenían razón. Yo me abstendré de formar juicio alguno, limitándome al papel de mera narradora.

Y empezaré por decir que Fernán Caballero en una de sus obras asegura que nuestro Conde era de *singular talento, chiste y oportunidad,* copiando como partos de su ingenio estos jocosos aforismos:

"La poca vergüenza es un capital."

"Apuntar antes de pagar, y contar antes de recibir."

"Las potencias del alma son cuatro: memoria, entendimiento, voluntad, y *hacerse cargo.*"

"Las virtudes cardinales son cinco: Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza y *sangre ligera.*"

En la comida y bebida era metódico; citaré como ejemplos que comía el pan pesado, y bebía el agua medida hasta una lista encarnada que tenían sus vasos.

Gran caridad ejercía en sus contratos: vendía relojes, cobrando su importe á razón de *dos cuartos* semanales.

Era aficionado á sostener sus dichos con conocimiento de causa: disputando una vez con un Galeno y habiéndole dicho éste que hablaba de lo que no entendía, tuvo la paciencia de estudiar toda la carrera de Medicina hasta doctorarse, presentándose después á su competidor con el título en la mano y diciéndole: "Conque, no dirá V. ahora que disputo sobre lo que no entiendo. Podemos, cuando guste, continuar la discusión." Efectivamente, cuentan las Crónicas que salió airoso de la disputa, quedando derrotado el contrincante.

Era emprendedor como pocos: existía entonces en Cádiz, en plena calle Ancha, una tienda de comestibles. ¡Todavía no se había aristocratizado hasta el extremo de arrojar de su seno á tan pedestres establecimientos! A la puerta del referido almacén campeaba un dibujo al lápiz, como de un metro de altura, en que aparecía arrellenado en cómodo sillón de baqueta un regocijado señor de mofletudo rostro, gustando los deliciosos sorbos de un exquisito chocolate, y al pie, en caractéres tamaños, esta epifonéma: "*¡Qué rico es el chocolate del Barcelonés!*" Y á la manera del dulcísimo Meléndez, que al entrar por vez primera en una librería y al caer un libro de versos en sus manos, esclamó como inspirado "*¡Yo soy poeta!*", así á nuestro Conde, al desfilar un día por delante de aquel reclamo, pasó por la mente una retozona idea, y díjose: "*Yo haré chocolate.*" Y en efecto, montó en Jerez una fábrica, cuya marca fué "*Chocolate de doña O Pí,*" y al año siguiente, "*Chocolate de Alquiborontifosio Cagüen.*"

Sabía satirizar de lo lindo. Cuando tenía conocimiento de haber arribado á Cádiz algún barco de Santander conduciendo nuevo contingente de Montañeses con destino á Jerez, para servir los establecimientos de vinos y comestibles, enderezaba su paseo á las afueras, y al hacer su entrada los Santanderinos, quitábase el sombrero, y con grandes reverencias y estrepitosas demostraciones de respeto, les gritaba: "Saludo á las futuras autoridades de Jerez." ¡Cinco Tenientes de Alcalde y catorce Regidores eran aquel año hijos de la Montaña!

III.

EL ALEGRÓN DE MISS GÁTEFFULL.

Tal era el personaje histórico á quien íbamos á buscar á Jerez. Excéntrica Miss Gáteffull como buena hija de Albión, había llegado á su noticia —¡Mal pecado!—que el antedicho Conde estaba en cuerpo y alma dedicado á la crianza, educación y urbanidad, digámoslo así, de los perros.

Y dirigiéndole una atenta misiva, propúsole si querría cederle, por su justo precio, algún ejemplar que fuese de su particular afición y gusto. El Conde, que como ya se ha visto, solía divertirse hasta con su propia sombra, contestóle con la galantería mayor del mundo, propia de la hidalguía española, que toda su jauría, desde el perrazo del monte de S. Bernardo hasta la galguita diminuta, y desde el noble oriundo de Terranova hasta la finísima de aguas, pasando por las demás clasificaciones intermedias, sin excepción alguna, se hallaba por completo y de la manera más omnímoda, á su disposición, pudiendo escoger el ejemplar que más le viniera en talante.

Aquél día la Inglesa no probó bocado en la comida. ¡Tan satisfecha habíala dejado la oferta generosa y finísima del primer Coleccionista de perros en España! (1)

(1) Al corregir las pruebas de este artículo, leo en el diario de Madrid *El Siglo Futuro*, correspondiente al día 4 del corriente mes de Julio, la noticia que sigue:

"Las perreras de Inglaterra tienen fama en todo el mundo: el coronel North, un millonario que ha hecho una fortuna digna de Creso en las minas de nitrato de Chile, tiene cincuenta y tantos perros dobles, es decir, cincuenta y tantas parejas, alojados en perreras que parecen palacios: tienen enfermería, comedores, dormitorios, y hasta guarda-ropa para los capotes y mantas que pone á los perros en los días fríos después del baño. Cada capote cuesta cinco duros. En París los perros están muy de moda y son más estimados y caros cuanto son más feos; casi todas las damas llevan en el coche un perro de aguas, al que dejan crecer en el lomo la cifra ó monograma de su dueña: ha llevado esta moda desde Londres á París la célebre *beauty* inglesa Mistress Langetry, que en su último viage ha aparecido con un magnífico perro de aguas negro que luce en el lomo las dos L. L. de su dueña, y que ha vuelto ya el juicio á todas las *misses* inglesas que presumen *de buen gusto y elegancia*."

IV.

LA JAURÍA.

Poco más de las siete serían cuando el tren se detuvo en la estación de la célebre Ciudad de los *cuatro Juanes.*

Era Miss Gáteffull católica á macha martillo, y lo primero que hizo al bajar del *Bombo* en la plaza del Arenal fué inquirir dónde había una Iglesia cercana para oir Misa, y eso que no era día de precepto. Cumplido este requisito, tomamos un ligero *tentenpié* en el café-restaurant de la misma plaza, y antes de las nueve nos encaminamos á la de *Rafael Rivero,* donde vivía el Conde, que nos estaba esperando según anticipado aviso.

Todo cuanto yo pudiera decir ahora, al cabo de tantos años, sería pálido para expresar la asombrosa impresión que aquella originalísima escena produjo en mi ánimo.

Hechos los saludos de ordenanza, aparecieron, á toque de campana formando dos correctas filas, como una treintena de perros, que á la simple voz, y á veces al mudo ademán del Conde, ejecutaron las operaciones más graciosas y los ejercicios más difíciles que nunca más he contemplado en circo alguno de perros y monos sábios. Todo era en ellos acompasado y metódico, todo revelaba el gran tesoro de paciencia y de gracia del que había sabido adivinar hasta los menores instintos de aquellos animales.

Poco después les ordenó sentarse á la mesa, menos á tres que, en justo castigo de ciertas extralimitaciones que el día anterior habíanse permitido, quedaron de plantón en tres rincones de la sala, manifestando con sus mal ahogados ahullidos y apagados sollozos su arrepentimiento, en demanda de un buleto de absolución. Enternecida Miss Gáteffull, abogó piadosamente por los penitenciados, y gracias á su oportuna intercesión, pasaron á sus respectivos asientos, no sin que antes, á un ademán del Conde, acudiesen agradecidos á los pies de su compasiva mediadora, besuqueándoselos de un modo que nos dejó pasmadas.

Poniendo de Bedel á un perro de Terranova, acompañónos el Conde á las demás dependencias que en gracia á la brevedad omito: sólo citaré dos: digna era de ser visitada la *Necrópolis* ó *Panteón nacional de perros ilustres,* en el que leímos las inscripciones epigráficas más graciosas y

originales. (1) ¡Lástima que los Museos Arqueológicos de España no se enriquecieran con aquel valioso tesoro! Lápidas de Egipcios, Asirios, Babilónicos, Fenicios, Cartagineses, Romanos y Godos se encuentran á porrillo en todas partes, pero epitafios de la especie canina, no los he encontrado jamás ni en el célebre Museo del Vaticano, y eso que últimamente lo ha elevado á la mayor altura el inmortal Rossi, el primero de los arqueólogos modernos.

Pasamos después á la enfermería. Allí, lamiéndose el rabo, estaba un encanijado perrazo, cuyas costillas podían contarse, y del que, con más razón que del caballo de Gáula, pudiera decirse *tantum pellis et ossa*... Flaqueábanse temblorosas sus patas, pareciendo que iba á caer al suelo, y en su rostro demacrado revelábase el dolor y acaso la enfermedad que le aquejaba.

V.

FIERABRÁS.

Comprendiendo el Conde nuestra sorpresa y curiosidad al mismo tiempo, díjonos:

Este desgraciado animalito acaba de pasar por una espantosa crisis. Su amo, desgarbado andaluz, deseando buscarse la vida de una manera *honrosa,* ideó un endiablado medio de ganar el pan, dedicándose á la venta de artículos estancados. Para ello, adquirió, há tres meses, este macilento can, todavía cachorro, pero de gran alzada. Ya que lo hubo encariñado á sus mañas, púsole un bozal *ad cautelam*, buscó dos amigos, vistióles el uniforme de carabineros, y encerrados éstos con el malhaventurado animalejo, que incáuto se dejó caer en el lazo sin preveer lo que le amenazaba, la emprendieron con él, atizándole, á mansalva y sobre seguro, una soberana paliza. Terminada la dolorosa operación, y retirados los verdugos, entró cariñosamente su amo, curóle de los golpes, dióle de comer, y el inocente animal, ignorante de quién había sido la causa de tan descomunal é injusto vapuléo, estrechó más y más, á fuer de agradecido, los lazos de fidelidad que á su traidor amo le unían. Poco después sacóle fuera de Cádiz, rodeó su flaco cuerpo de paquetes de tabaco, aplicóle encima una piel de otro perro, perfectamente adhe-

(1) En esto imitaba nuestro Conde al célebre Federico II de Prusia, corifeo y protector de los enciclopedistas del siglo pasado, de quien testifica Chateaubriand, en sus Memorias de *Ultra-tumba,* que había levantado en su quinta-palacio de *Sans-Souci* (*Quita-pesares*) mausoleos á sus galguitas *Diana, Amorosa, Cierva, Soberbia* y *Paz.*

rida, y ¿quién había de conocer á *Fierabrás*? Porque debo advertirles que este es su nombre. Al acercarse á las puertas del muelle, hízole una seña significativa para que entrase: pero lo mismo fué ver el perro á un carabinero, que dijo *Guarda Pablo*, y como alma que el diablo lleva, atravesó la puerta del mar. ¡Tal conservaba el tristísimo recuerdo de la paliza propinada por los carabineros falsificados!

Duró esta defraudación más de un mes, pero al cabo hubo de descubrirse la mistificación: y una tarde, preparados los del resguardo, atraparon á *Fierabrás*, y hételo ya condenado al decomiso. Alguien pretendió que se le diera la fatal morcilla, mas acordándose alguno del benéfico asilo que yo tenía abierto en mi casa, compadeciéronse del desgraciado, y fuéle conmutada la pena con otra nueva paliza dada por dos carabineros de buena ley. ¡Cómo quedaría el pobrete con esta segunda edición, que vino á refrendar la primera, lo están Ustedes viendo!

Atenta Miss Gáteffull á la triste historia de *Fierabrás*, y lleno su sencillo corazón del más compasivo sentimiento, no se acordó más de la tan codiciada galguita su paisana, y, con lágrimas en los ojos, suplicó al Conde le diera posesión *real* y *perfecta*, *corporal vel quasi*, de *Fierabrás*, por el que optaba con preferencia á todos los demás números de su jauría.

A los pocos minutos y atado el perro con una cuerda, por lo que pudiera tronar, nos encaminamos á la estación, pues ya se acercaba la hora de pasar el tren que bajaba de Sevilla.

VI

¡¡¡QUÉ SERÁ!!!

El tren llegó á su debido tiempo: Miss Gáteffull tomó un billete de *perrera*, dejóle en ésta bien acondicionado devorando un soberbio panecillo, y subimos al coche. Llamóme no poco la atención que todos los empleados nos mirasen con extrañeza, y que pocos, muy pocos viageros, venían de Sevilla, no subiendo al tren más que las dos. Al llegar al *Puerto*, nadie absolutamente se nos unió, ocurriendo más tarde lo mismo en *Puerto-Real*. En cambio, continuaban los empleados asomando sus cabezas por la portezuela del carruage, y comunicándose en voz baja las mismas expresiones de sorpresa notadas por mí en *Jerez*. Por último, en *S. Fernando* ocurrió de idéntica manera. ¿Cuál podría ser la causa de aquellas soledad y extrañeza? ¡Cuán cierto es que no se

teme el peligro cuando no se conoce! ¡Qué agenas estábamos del cuadro asolador en que se encontraba nuestra casa, y del horrible sufrimiento que en aquellas seis horas de ausencia devoraban mis padres!

El tren penetró en la estación de Cádiz. Un silencio sepulcral reinaba en ella. En cuanto bajamos del coche, mi padre, que se hallaba en el andén, corrió á mí desalado, abrazóme con toda la efusión de su alma, y al decirle Miss Gáteffull que esperase unos momentos pues iba á recoger el perro, lanzóle el autor de mis días una aterradora mirada de basilisco, contestándole: "¡Señora, deténgase cuanto guste y váyase cuando quiera, que yo sin pérdida de momento vuelo á llevar esta niña á los brazos de su acongojada madre!"

VII

LA GLÓRIOSA.

Una sola frase lo explicará todo.

Era el día 18 de Septiembre de 1868.

Apenas habíamos llegado á casa, y todavía me tenía abrazada mi buena madre, derramando lágrimas de satisfacción y alegría (era la una de la tarde), cuando el estampido del cañón de los buques de la escuadra española, puestos en línea de combate, á la boca del puerto, con la marinería en las vergas, anunciaba á Cádiz que se iniciaba un movimiento revolucionario.

No es mi ánimo describir lo que ya ha hecho en este mismo sitio pluma galana con subidos colores. Solo diré que al grito de Topete, lanzado en la *Zaragoza*, de *Viva España con honra*, parecía responder allá á lo lejos, desde las orillas del Tajo, aquel otro eco, brotando de su bullidora linfa, que anunció al rey Rodrigo

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras.

Cumplióse el fatídico anuncio del insigne Aparici, cuando el día 4 de Julio de 1865, en plenas Cortes, había saludado á la infortunada Isabel II con aquellas dolorosas palabras de Shakespeare "*Adios, muger de York, Reina de los tristes destinos*!"

Aquel trono alzado por la revolución, frente á la vieja idea del absolutismo; aquel trono al cual precedieron los estúpidos cánticos de la *Pitita* y *el Trágala* entonados por *servilones* y *liberales*; aquel trono ilu-

minado al funesto resplandor de los conventos incendiados y arrullado por los ayes tristes de innumerables inocentes víctimas, sacrificadas por el fanatismo sectario; aquel trono á cuyas gradas llegaban los gritos de una desoladora guerra civil en que sangre de españoles enrojecía los valles y las montañas de la desgraciada nación; aquel trono siempre á merced de los vientos de pasiones políticas, siempre minado por pronunciamientos y algaradas; aquel trono tan desdichadamente apuntalado por las postrimerías de Luís Felipe, árbitro (vergüenza para España) de la mano de una inocente niña, juguete de desmedidas ambiciones, contra el pensamiento de la nación entera, representada en el ilustre Bálmes, que tanto hizo por realizar la fusión dinástica, con el recíproco olvido de lo pasado y el proyectado casamiento de la Reina con Montemolín; aquel trono tan trabajado por las lógias, debía irremisiblemente caer y cayó. Y ¡triste coincidencia! *El día 29 de Septiembre* de 1833, moría de un ataque apoplético el rey Fernando VII, á los cuarenta y nueve años de edad; y el *29 de Septiembre* de 1868, á la misma hora, rodaba hecha pedazos por las calles de Madrid la corona de su hija Isabel, al día siguiente de la batalla de Alcolea, en que no hubo ni vencedores ni vencidos. Cuarenta y ocho horas después salía la desgraciada Reina de San Sebastián para Francia. Y ¡justos juicios de Dios! el único que tuvo la hidalguía de acompañarla fué el diputado por Vizcaya, Sr. Aguirre, y éste... ¡era republicano! Al llegar aquí no puede menos de recordarse al Samaritano del Evangelio. ¡Todos los suyos la abandonaron en la hora de la desgracia!

VIII

FIN DESASTROSO DE FIERABRÁS.

En la noche del 22 de Marzo de 1835 estrenóse en Madrid en el teatro del Príncipe el drama del Duque de Rivas, *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, verdadero Edipo de la musa católica, tan original, tan trágico, incomparablemente más bello para nosotros que el del mismo Sófocles, según frase del eminente literato Don Joaquín Francisco Pacheco.

Mas hubo de salir un crítico censurando aquella inmortal obra, por el fatalismo que, á su juicio, campeaba en ella, al que contestó el autor del *Moro expósito* que su drama no tenía de fatalista más que el nombre, pues todos, absolutamente todos los actos, así del héroe como de los demás personajes, fueron altamente libérrimos. Algunos años después, en 1854, vino á decir lo mismo Cañete cuando, en el prólogo

de las obras completas del Duque de Rivas, se expresaba en estos términos: "Si D. Alvaro no hubiese intentado robar una hija á su padre, con más ó menos dignos propósitos, ciertamente que no habría tenido ocasión de hacer uso de la pistola que asesina al Marqués de Calatrava. Si Leonor hubiera abrigado la fortaleza que pudo tener para llegar, no empezando por una prematura falta de obediencia, al término de su disculpable amor, no habría sido causa de la muerte de su padre y de la desgracia y pérdida de todos los suyos. No es, pues, la *fatalidad*, no es el *sino* el que impulsa á D. Alvaro, por un sendero del que no pueda apartarse, á labrar su propia desdicha siendo azote de la familia de Vargas. Entre el mal y el bien, entre el sentimiento del deber y el desvarío de la pasión existe gran diferencia, y D. Alvaro es libre en escoger el camino que más le plazca. Si escoge mal, ¿cómo ha de lograr el bien? Si deja, en todos los trances de la vida, que el arrebato de las pasiones se sobreponga al influjo benéfico de la razón, ¿cómo no había de llegar al término más desdichado?"

Ahora bien, y aunque otra cosa parezca, si no puede negarse que las tristes desgracias de *Fierabrás* caminaban paralelas con las apariciones de carabineros, ó falsificados ó de buena ley, en lo que alguien pudiera ver algo y aun algos de fatalismo, el hecho es que nada más natural que la inventiva de un andaluz, imaginando la manera de hacerle huir de las fuerzas del resguardo, con la sana intención de constituirlo cómplice inconsciente del contrabando, causa primordial de su primera paliza, refrendada en el segundo vapuléo, cuando cayó en el garlito. Veamos ahora cómo la voluntad del General La Serna, Gefe de las fuerzas que, en los azarosos días de Diciembre del mismo año de 1868, se batieron con la milicia gaditana, fué la triste causa del funesto acabamiento del malogrado *Fierabrás*, poniendo así como el sello á aquel fatalismo, por lo menos de nombre.

No hay que narrar aquí los asíduos cuidados y cariñosos mimos de Miss Gáteffull en favor de *Fierabrás*. Desde el día 18 de Septiembre, en que *maternalmente* lo prohijó, hasta el 7 de Diciembre, el can se había rejuvenecido y restaurado tan satisfactoriamente que parecía otro. Ya no era aquél macilento, demacrado y entristecido perro que apenas podía dar paso firme: ya triscaba y corría rebosando júbilo, ya hacía graciosísimos ejercicios que le había enseñado *nuestra* Institutríz: en fin, que se habían llevado uno y traído otro. Pero ¡así pasan las glorias de este mundo!

Al tercero día de empezada la lucha entre las escasas fuerzas del ejército y los dos batallones de la milicia en las calles de Cádiz, dispuso

el General La Serna, llegado veinte horas antes de Sevilla, un ataque al Ayuntamiento, centro general y fortaleza inexpugnable de los insurrectos, con objeto de abrir brecha en su puerta central. A las doce y media de la mañana, el perro, que sufría un obligado encierro de cuarenta y ocho horas á que no estaba acostumbrado, hubo de coger las vueltas al criado que le llevaba la comida al zaquizamí que le servía de albergue, y se echó á la calle, bajando por la de S. Francisco y tomando por la calle Nueva. Tranquilamente, é ignorando lo que ocurría, torció á mano derecha, pasando entre la antigua casa de la *Isleta* y la tienda llamada de *los pájaros* (hoy no existe ni una ni otra por haberse derribado tales edificios) desembocando en la plaza *de S. Juan de Dios*, en los críticos momentos en que el toque de cornetas ordenaba el ataque referido, avanzando en la vanguardia cien carabineros, á bayoneta calada. Verlos *Fierabrás* y huir de ellos, con vertiginosa carrera, en dirección al Ayuntamiento, todo fué uno. ¡Desgraciado! La atronadora descarga del cañón que en una de las ventanas bajas tenían los milicianos, vomitó una nube de metralla, y cayó exánime *Fierabrás*, en medio de aquel sangriento campo. Al día siguiente, y suspendidas las hostilidades, el hijo de la lavandera de casa, que era sargento de la milicia, llevó á Miss Gáteffull en un carrillo de mano, escoltado por cuatro números aquel cortejo fúnebre, los inanimados restos. La inglesa, tras desesperantes y angustiadísimos lamentos que partían el alma, mandó, ya más serena, por un maestro en el arte de disecar, encargándole, costase lo que costara, su embalsamamiento, á lo menos en su forma externa, para no separarse en todos los días de su vida de aquel fidelísimo compañero. Por las Navidades, Miss Gáteffull y *Fierabrás* se embarcaron para Inglaterra, llevando impreso en un cartapacio con letras gordas sobre la peana, la siguiente sentencia (que la Inglesa había aprendido en el colegio de Institutrices de Londres, fundado por el sabio Cardenal Wiseman) y que según aseguraba pertenecía á Virgilio: "*En quo discordia cives perduxit míseros.*" "*¡Hé aquí á donde ha llevado la discordia á los miserables ciudadanos!*"

IX

CUENTECILLO FINAL.

Al terminar este escrito, oigo á alguno que me dice:

Pero GENOVEVA, ¿qué ha hecho V.? ¿Ignora acaso que ese ingenioso Conde por V. retratado, tipo real y positivo, á quien hemos conocido muchos, falleció en época muy anterior á 1868? ¿Cómo se atreve V.

á pintar la escena de la adquisición de *Fierabrás* como ocurrida el 18 de Septiembre de aquel año?

A esta verdadera objeción voy á permitirme contestar, contándole el siguiente sucedido, que pongo por remate, imitando en esto al amigo Arturo.

Queriendo un Señor Prebendado-Fabriquero de cierta Catedral de España construir una habitación para depósito de esteras y alfombras, y existiendo una corraleta contígua al templo, la que también comunicaba con el Palacio Episcopal, parecióle apropósito tomar parte del terreno para allí edificarla. Mas hubo de suscitarse la razonable duda de si aquél era propiedad del Cabildo ó del Prelado. Para desvanecerla, dirigióse á un compañero suyo, el más antiguo en el Coro, el cual era persona bellísima, complaciente hasta lo sumo é incapaz de dar un no absolutamente á nadie. A su pregunta contestó con la mayor seguridad y aplomo: *Efectivamente, ese terreno es propiedad del Cabildo.* Coincidió con esto que á las pocas horas el Secretario del Prelado, ignorando la primera consulta, propúsola en iguales términos al mismo Señor, el cual con idéntico aplomo y seguridad, le dijo: *Pues, ¿quién puede dudarlo? eso pertenece al Prelado.* Abroquelados ya con tan autorizada resolución ambos consultantes, avistáronse muy satisfechos, y cuál no sería la sorpresa de los dos, cuando, cambiando impresiones, se encontraron con que el complaciente árbitro, por no chocar con ninguno, había dado sencillamente la razón á ambas partes. Y cuando cargados por el gracioso *quid-pro-quo*, que maldita la gracia que les había hecho, acudieron juntos á protestar de tan contradictoria solución, y al objetarle uno de ellos, *Pero ¿no me dijo V. que el terreno era....* sin dejarle acabar la frase, les volvió la espalda diciéndoles: *A mí no me metan Vs. en líos.*

Pues esto mismo contesto yo á quien me presente la objeción de que hice mérito arriba. Y si tal explicación no le satisficiese, le diría lo que D. Quijote al chico de Maese Pedro: "Niño, niño, seguid vuestra historia línea recta, y no os metais en las curvas, ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas."

Genovera

UNA BODA TRISTE.



I

Quedaba por casar (después del matrimonio de S. A. la Infanta D.ª Paz de Borbón con el ilustre Príncipe Don Luís Fernando de Baviera) la hermana predilecta de D. Alfonso XII, la joven Infanta Doña María Eulalia.

Todo aconsejaba al Monarca el matrimonio de ésta; la razón de estado y la situación de salud en que él se encontraba, por él, mejor que por nadie, conocida.

Hubo intentos de unir á la Princesa española con el actual Soberano Portugués, entonces Duque de Braganza, y hasta aseguran algunos que, por insuficiencia de algún diplomático, no llegaron á ultimarse las negociaciones, acaso entabladas para dar el primer avance—aunque ahora el enlace de los Reyes no forma la unión de los pueblos—al deseado concierto aduanero, comercial y aun político de dos pueblos hermanos, dignos ambos de su independencia y de sus leyes, pero necesitados también de marchar unidos por los escabrosos senderos del presente á las nebulosidades del porvenir. Pero descartado el matrimonio con el portugués, el más asíduo aspirante á la mano de D.ª María Eulalia Francisca, era su Primo carnal el Infante D. Antonio, primogénito de los Duques de Montpensier y mancebo en quien se aunaban condiciones estimables que, debidamente cultivadas, hubiesen dado frutos excelentes, y una fortuna considerable, elemento secundario, pero elemento al fin, de la felicidad en la tierra.

El Rey D. Alfonso, que guardaba en su alma culto fervoroso é inextinguible á todo cuanto le hablase de su Mercedes, de aquel ángel que idolatró con las vehemencias del primer amor y con las ternuras del alma grande y elevada que es capaz, como él amenazó con serlo, de

abdicar una corona por alcanzar el objeto de su apasionamiento, inclinó el ánimo de la Infanta hacia su augusto Primo, y, tras breves oscilaciones, si nó en la voluntad en los propósitos, se acordó y se hizo público el casamiento de D. Antonio de Orleans y Borbón con su augusta parienta.

Ocupábase S. M. en los negocios de su pueblo con aquella perspicacia, con aquel buen deseo, siempre coronado por merecidos éxitos, que han de reconocerle y le reconocen todos los que tienen fortaleza bastante para separar la ofuscación del sectario de los ojos clarísimos de la razón, y en medio de tales ocupaciones, lleno de ternura y de amor á su hermana y á la memoria de la felicidad alcanzada con la difunta Reina, deleitábase en la tarea de preparar lo necesario para el regio enlace, que él veía con más gusto y con más deseo, seguramente, que cuantos tenían noticias de él. En todo cuanto se relacionaba con tal suceso, claro es que intervenía S. M. la Reina D.ª María Cristina, quien, desde los primeros momentos de su llegada á Madrid para casar con el Rey, reveló que era la única que podía ocupar sin desventaja el vacío dejado por la muerte en el corazón y en el Alcázar del Rey. Este y su egrégia consorte, Crista, como él y su familia cariñosamente la llaman, pensaron en los regalos que habían de hacer á la prometida, la fecha en que debía celebrarse la nupcial ceremonia, en todo, para concluir, lo que lleva consigo ese solemne paso de un estado á otro en la vida de la muger, aunque nazca y viva en las gradas del Trono, y acaso más en estas circunstancias. Convínose, pues, en cuanto fué preciso, se dibujaron, por manos reales, algunos obsequios de los que habían de ofrecer á su hermana D. Alfonso y D.ª Cristina, y se permitió al Infante que visitase á Doña Eulalia con el carácter de *novio oficial* y *prometido*.

Amanecieron malos días para la tranquilidad pública: los partidos avanzados, y algunos que no lo eran, soplaron en las llamaradas de una indignación injustificada, aunque noble, y atreguáronse los preparativos del enlace de los Infantes. La *cuestión de las Carolinas*, llevada insanamente á límites indebidos, hizo precisa la vuelta del Rey á Madrid, y el Rey, abandonando la Granja, donde reposaba con intento de prolongar su vida, entró en la Corte una mañana de Octubre, por la nueva Estación del ferro-carril del Norte, delante de su Cuarto Militar y de unos pocos servidores que acudimos á esperarle. Subió el Rey á un *landeau*, que mandó abrir: montó á caballo el Capitán General de Castilla la Nueva, colocándose al estribo correspondiente, y en medio de la frialdad de la atmósfera y de algunos grupos que, al paso del Rey, gritaban ¡Viva España!, subió la real comitiva por la cuesta de San Vicente y la Calle

Bailén, contrastando, ¡oh frágil memoria de los pueblos!, con otra salida por iguales sitios el día 5, también de Octubre, del año 83, en los que, al regreso de Francia, en cuya Capital se había demostrado D. Alfonso digno de ser Rey de los españoles, con todas sus legendarias bravuras é hidalguías, se agolpaba la multitud, frenética de entusiasmo, en torno de aquel joven que, con lágrimas en los ojos y la mano en el casco de soldado, agradecía á su pueblo que le hiciera justicia llamándole: el primer español.

No se me olvidarán nunca, seguro estoy de ello, ni la entrada á que acabo de referirme, ni la que relato antes como contraste de ésta.

II

Nada se oponía ya á señalar el día del regio enlace, y propuso Don Alfonso que se casara su hermana el día 12 de Febrero, festividad de Santa Eulalia. El equipo de novia era suntuoso; el Duque de Montpensier quiso que todo cuanto fuera posible se fabricase en España, y desde las prendas más insignificantes al velo de encajes para la ceremonia, tejido con castillos y leones y los escudos enlazados de las Casas de Borbón y Orleans, velo que, por cierto, le produjo algún disgusto con el comerciante que lo vendió, todo estaba preparado. Resplandecían en los estuches las joyas; imitaban rompientes de nácar los rasos y los encajes; Presentación Cervera, la modista aristocrática de Madrid, ultimaba sus confecciones primorosas, y la Infanta D.ª Eulalia y su augusto prometido pensaban ya en decorar el albergue donde irían á morar, una vez constituídos en familia.

Pero... ¿quién puede prever lo que Dios decreta...?

Circularon por Madrid y trascendieron á España y á todas partes graves noticias de la salud del Rey. Escondido en el lóbrego palacio del Pardo, edificio que se alza entre olivares y al pié de la Sierra y festoneado de pinos, D. Alfonso XII se sentía morir. Consigné, hace poco, en *La Dinastía*, algunos detalles referentes á este suceso, jamás bien llorado, y no he de repetirlos aquí; baste solo para mi intento manifestar que cuando llegó el luctuoso día 24 de Noviembre del 85, y el Monarca, solo con el Conde de Solms, Embajador entonces de Alemania, y tan cumplido caballero como ilustre diplomático, ultimaba los tratados referentes al asunto de las Carolinas, y se preocupaba con el Duque de Sexto de los detalles para recibir á la Embajada del Emperador de Marruecos (que fué, por cierto, la primera que recibió como Reina Regente S. M. Doña María Cristina), la Infanta D.ª Eulalia, presintiendo la desgracia que iba

á herir á España, encontrábase triste y melancólica, pensando, tal vez, en los cercanos días de su infancia y en las graves cargas que el matrimonio impone.

A su estancia llegó la noticia de que su hermano, el Rey, había empeorado; de su estancia salió, desatentada y amantísima á refugiar su amargura en el corazón de su cuñada y de la Reina D.ª Isabel, y con D.ª María Cristina salió inmediatamente para el Pardo, siguiéndolas, á poco, su excelsa Madre, la Princesa de Asturias y las Infantas D.ª Isabel, D.ª María Teresa y D.ª Luisa Fernanda. Al Pardo fueron asimismo Monseñor Rampolla, Nuncio de S. S. y hoy su Secretario de Estado, y el Cardenal Arzobispo de Zaragoza, Sr. Benavides.

Allí, en la habitación inmediata á la alcoba de S. M., estaba D. Alfonso con la palidez y la demacración de la muerte en el semblante, pero con toda el alma y toda la vida, que se le escapaba por momentos, en aquellos ojos, grandes y encantadores, vivos y claros y llenos de nobleza y de sinceridad.

Agolpáronse á él, abrazó á su esposa, en quien ya pesaba el nuevo vástago que Dios reservaba para el Trono español, besó á su hermana Eulalia, que supo vencer sus amarguras para no dar á su hermano nueva pesadumbre en consolarla, y durante el pasajero alivio que experimentó D. Alfonso con aquella expansión familiar, alivio que fué prólogo de la muerte, la Infanta, cuyo espíritu reune las cualidades más altas de la mujer, se mostró llena de confianza, asegurando al moribundo que en breve recobraría la salud para ir á Málaga, última esperanza del Rey, según me dijo la vez postrera que tuve la honra de hablarle.

El Rey murió. La historia, vencedora de las parcialidades y de las injusticias, colocará el nombre de tan esclarecido Soberano en el catálogo de sus mejores Reyes; sus contemporáneos le conservan piadoso respeto y culto cariñoso; su obra de regeneración de la Patria no puede concluir. Llamado está á seguirla el monarca que lo ha sido antes de nacer, el ángel que hoy ciñe la corona de Castilla y que no ha sentido sobre su frente el beso amantísimo de quien le deseó con toda su alma y por quien ruega desde las alturas eternas á donde le habrá llamado la misericordia infinita de Dios.

III

Se fijó por la Reina Regente para la boda de los Infantes el día 27 de Febrero del año 86. La Infanta aceptó la fecha, y el viernes, 5 de Marzo del referido año, se celebraron los esponsales de los novios en uno de

los salones de S. M. Salió del acto la Infanta sumamente conmovida; sufrió algún sacudimiento nervioso en su delicado organismo, por la solemnidad efectuada ó por el recuerdo de quien no estaba en ella, y cayó enferma.

Presentóse la enfermedad con aparato amenazador: quién aseguraba que S. A. tenía un grave catarro; quién que difteria, quién que solo unas anginas pasajeras. Lo cierto es que hubo necesidad de aplazar la boda, y que D.ª Eulalia, restablecida apenas, decidióse á no hacer esperar más el acontecimiento de familia que se preparaba. Se indicó el día 6 de Marzo para llevarlo á término, y el 6 de Marzo se verificó.

Dió S. M. órdenes para que toda la servidumbre de S. A. vistiese de gala, pero mandó que la suya y la de los demás individuos de la Real Familia no abandonasen el luto. Así se hizo.

Sentada la Infanta D.ª Eulalia en el asiento central del salón de Gasparini, pálida y ojerosa, revelando la enfermedad y la tristeza, era como una imagen de nacar blanquísimo envuelta en ricas telas y costosos encajes. Resplandecía en su cabeza rubia la corona de azahares entre el fulgor de las joyas; oprimía en sus manos, casi diáfanas, un pañuelo de inestimable valor y el libro de Misa, regalo de su Madrina, la Condesa de París, en cuyas tapas de marfil se habían esmaltado en colores los cuarteles del escudo español; nadie se atrevía á romper el silencio penoso que reinaba en aquella estancia; nadie podía pensar que una desposada esperaba el aviso para reunirse con el elegido de su corazón... Dieron las once y acercándoseme—puesto que yo estaba de guardia por razón de mi cargo, en Palacio, con S. A.—el respetable Señor Marqués de Ovieco, Vice-Decano de Mayordomos de Semana, me dijo: S. M. está esperando. Me acerqué á D.ª Eulalia y á la Condesa de París; repetí las palabras por el Marqués de Ovieco trasmitidas, y D.ª Eulalia, levantándose y mostrando claramente el predominio de su voluntad de hierro, dijo: Vamos.

Pendían en los muros de las galerías los magníficos tapices de Palacio, sonaban las músicas retumbando por los enormes huecos de aquella mole de piedra, habitación de nuestros Reyes, agitóse la multitud que contenían apenas las filas de Alabarderos, y llegamos á la puerta de la Capilla, donde estaban SS. MM. las Reinas Doña María Cristina, bajo sólio, y D.ª Isabel II, las Infantas D.ª Isabel y D.ª Luisa Fernanda y el Duque de Montpensier con el duque de Chartres. Este era el único que vestía de frac. Montpensier y el Rey Don Francisco, Padrino de la boda, de Capitán General; D. Antonio, que con este último esperaba á su encantadora prometida en la entrada de la Capilla, de Teniente de Hú-

sares de la Princesa, con la Banda de Carlos III y la insigne Orden del Toisón de Oro.

¡Qué combinación de colores....! ¡Qué lucha de pensamientos, de memorias y de esperanzas..! Luto, luto riguroso en un lado, alegres colores y refulgentes bordaduras en otro; el Altar cuajado de candelabros de plata y de flores escogidas, convirtiendo el sagrado lugar en Primavera anticipada; el sol, ese sol de los hermosísimos días de invierno de Madrid, luciendo en las alturas y tomando parte en la ceremonia... y, sin embargo..., ¡qué tristeza más honda en todos los semblantes! ¡qué ausencia de esa animación con que la felicidad se presenta y se revela en donde quiera que está! ¡Qué falta de risueñas miradas, de palabras de júbilo, de felicitaciones y de enhorabuenas..!

Hizo el Cardenal Fray Zeferino González la pregunta sacramental; levantóse D.ª Eulalia, dirigióse á su Madre, la Reina D.ª Isabel, en cuyos ojos se asomaba el llanto, la besó la mano, tras profunda reverencia; hizo otro tanto con el Rey Don Francisco, no menos afectado, detúvose un instante la contrayente al lado del Trono donde D.ª María Cristina la miraba con entrañable ternura, y volviendo á ella los ojos, y viendo vacío el lugar donde Alfonso XII rezó tantas veces, inclinó la cabeza y volviendo á los pies del Ministro del Altísimo, pronunció el *sí* sacramental que la unía para siempre á D. Antonio. Sonaron las notas dulcísimas de una sinfonía de Haydn, mientras se celebraba la Misa de Velaciones; entonóse por el Cardenal Primado el Te-Deum de rúbrica, descendió de su trono la Reina y apoyóse la Infanta en el brazo de su marido. La Infanta D.ª Isabel, cuyos cabellos encaneció de pronto la desgracia que la afligía desde el 25 de Noviembre; la Duquesa de Montpensier, que recordaba la muerte de sus hijos, algunos de ellos cuando mataban, al sucumbir, sus esperanzas y sus ambiciones realizadas; la Reina Isabel, que pensaba en el Rey de sus entrañas y en las ingratitudes y en la versatilidad de los tiempos; el Rey D. Francisco, que vestía, tras largos años de haberlo abandonado, el uniforme de Capitán General, Montpensier... que recordaba á su Mercedes, flor de un día y ángel de toda una eternidad... ¡cuántos y cuántos pensamientos, cuántas y cuántas ideas, imposibles de transcribir, golpearían en el cerebro y en el corazón de aquellos séres, nacidos en las cumbres sociales y que, de seguro, afirmarán que no existe en ellas ni la felicidad ni la calma...! Ellos hacían que aquella boda de dos jóvenes tomase aspecto triste, conmovedor. El ánima fluctuaría entre las seducciones de la luz y de los esplendores de la comitiva de Doña Eulalia y la negrura de los atavíos de los acompañantes de las Reinas, pero bien pronto iría á refugiarse en los pliegues

de los negros crespones, porque donde se respiran melancolías y no puede mostrarse á ellas el espíritu, place más la sombra que la luz, la soledad que el bullicio...

A buscar la primera fueron los nuevos cónyuges en las hermosas estancias del Palacio de Aranjuéz. D.ª Eulalia, que salió llorando de la Capilla, había enjugado sus lágrimas y en sus ojos azules como los cielos brillaban la fortaleza y la esperanza. En medio de las negras telas de su trage y prendida en el escultural y esbelto talle, destacaba una gardenia. ¡Era la única nota de color que prometía un tiempo de alegrías, de flores, de hermosura y de felicidad..! Hoy, que los Príncipes á quienes me refiero, sostienen tan enhiesto el nombre de la Patria, al recordar las escenas que transcribo, bendecirán seguramente á Dios, que da para cada desdicha un lenitivo y para cada desengaño una esperanza: el lenitivo del tiempo y la esperanza de la felicidad.

J. M.ª de Ortega Morejón

Cádiz, Junio, 1893.

PÁGINAS GADITANAS.

ARTÍCULO AGRI-DULCE.



I

Llega hasta la obscuridad de mi retiro la cortés invitación que me dirige el señor director de este periódico, uno de mis amigos, de mis pocos y contados amigos, pidiéndome un trabajo para la nueva sección que ha abierto en las columnas del órgano mas leído en la provincia y que desde luego llamaré los lúnes y los juéves del DIARIO.

Este recuerdo de don Federico Joly y Diéguez que tanto me enaltece, me pone empero en apurado trance: recíbolo en circunstancias bien tristes para mí por estar sufriendo antigua afección, agudizada al extremo de no pisar la calle durante muchos días. ¿Cómo complacerle sintiendo débil la materia, decaído el espíritu y atormentada la inteligencia por el peso de contínuos dolores? ¡Ah que quien por fortuna no haya experimentado nunca los terribles efectos de prolongada pérdida de la salud, no puede por más que lo intente apreciar las amarguras de una naturaleza enferma.

Yo que en la plenitud de mis facultades físicas jamás supe hacer cosa de provecho ¿cómo acertaré á escribir achacoso y valetudinario? Por otra parte ¿cómo desoir la indicación de persona tan apreciable é ilustrada por sus prendas y por su pluma, al que debo distinciones que no puede olvidar quien sepa agradecer? Siempre le han merecido mis escritos benévola acogida y mi reconocimiento por ello es tanto como la pobreza y ningún mérito de los conceptos emitidos.

Posible es que el móvil de su galantería estribara en hallarse penetrado de la sinceridad y llaneza de mis propósitos y en que sabe que jamás procuré pasar por hombre de ingenio. En el periodismo nunca fuí otra cosa que un mal aprendíz, aunque perseverante y entusiasta.

Repito, pues, que la negativa constituiría un delito de lesa amistad y una ingratitud. Por eso y aun luchando con todos los inconvenientes y todas las deficiencias de mi extraordinaria situación acometo resueltamente el deber que desde luego me impuse y que Dios, Joly y la opinión me perdonen tamaño atrevimiento.

El galano artículo con que el Diario da á conocer el plan de su oportuno pensamiento fortalece un tanto mi ánimo.

"Se nos ha ocurrido, dice, el contra con el pró de esta imaginación; pero los inconvenientes ceden, á nuestro entender, ante la contemplación más ligera, pues si para algunos puede, á primera vista ser enojoso mezclar en el relato la propia persona, aunque solo fuese con el carácter de observador, nada vale este escrúpulo ante el fin de que se trata y la circunstancia de que no se hace *motu propio,* sino solicitado para ello..."

II

Mi vida es harto fecunda en accidentes varios, pero no tanto que resulte revestida de excepcional extrañeza: su historia es la historia de la mayoría de los seres racionales que pueblan el mundo y nacen, se desarrollan y mueren confundidos en la masa del vulgo, de esa obscura colectividad que en nada y por nada se distingue.

Cierto es que en ésta se mezcla el indocto pero honrado plebeyo con el plebeyo deshonrado: los que sin ostentar mérito alguno hereditario ó adquirido, si convenimos en que puede haberlos por herencia, vegetan sin ofender al prójimo, con aquellos otros, los más por desgracia, que parece se han impuesto por divisa el agravio y el daño á cosas y personas como principio absoluto de todas sus acciones.

Dispénsome, no obstante el favor, que algo bueno ha de reservarse uno para sí, de considerarme comprendido entre los primeros y añadiré que durante los cuarenta y cinco años que recorro afanosamente la escarpada senda de la vida, si infecundos en acciones remarcables, en gérmenes de sabiduría, en notorias virtudes y prendas preclaras que me eleven sobre el nivel de las muchedumbres un solo codo, he podido en cambio levantar la visera y descubrir el rostro á cuantos han querido mirarme, sin temor de que hombre alguno me lanzára el reproche del desprecio por acto torpe ó vileza consumada; y bien puedo esperar que así

suceda mientras á Dios plegue tenerme en el mundo de los vivos, días no muy largos en relación con los pasados, puesto *que ya vislumbro los blancos muros de la ciudad de la vejez*, gráfica frase que se aplicaba tiempo há un ingenio gaditano, incomparable por su talento y por su fama de escritor (1). Este es el más grande favor que demando á los cielos, porque concibo la existencia sin salud y sin bienes de fortuna, pero jamás sin honra.

¿Mas á qué viene esa serie de consideraciones apologéticas de mi vida y de mis duelos? ¿Acaso puede interesar al público que mis años sean muchos ó pocos, que sea ó no un ente adocenado y el peor ó mejor concepto que de mi proceder hayan formado mis semejantes? Seguramente nada les supone, porque con respecto á la inmensa avalancha de los habitantes de esta población, circunscribiéndome á los límites del círculo local en que he tenido la gloria de nacer, á mi amada Cádiz, soy un átomo imperceptible, una gota de agua en las inmensidades del espacio, la nada, aunque prefiero sea así á que me adornen con cierta clase de reputaciones que no envidio.

Conviene á mi intento sentar lo expuesto á manera de premisa para deducir lógicamente de aquí que ningún hecho culminante ni relato que revista novedad puede esperarse de una individualidad cuya carencia de aptitudes es axiomática, aun para ella misma, y que me anticipo al juicio de prudente reserva, sinó desfavorable con que ha de acogerse mi relato.

Y basta de exordio.

III

Rebuscando allá en el fondo de mi frágil memoria un episodio de mi pasado que por relacionarse con sucesos públicos me coloque dentro de las condiciones que me ha impuesto la amable dirección del Diario al solicitar mi cooperación, asáltame el recuerdo de aquella jornada sangrienta y luctuosa en la que un pueblo independiente y esforzado, enamorado de su prestigio y celoso de su dignidad, creyó ver atropellados sus derechos y se aprestó á defenderlos á costa de su vida, exagerando quizás la resistencia por medios violentísimos y confundiendo acaso los derechos políticos que atañen á un solo partido, con lo que son y deben ser la honra y la independencia de la patria; mas como pueblo valeroso, al fin, valerosamente se condujo.

Me refiero á los memorables acaecimientos de hace veinte y cinco

(1) El Excmo. Señor Don Adolfo de Castro, mi ilustre amigo.

años en los días cinco, seis y siete de diciembre de 1868 surgidos al ordenarse el inesperado desarme de la milicia ciudadana, y que se realizó por los mismos que tres meses antes abrieran de par en par las puertas de los parques para que el pueblo acudiera, como acudió sin segundo aviso á proveerse libremente de toda clase de armas. Así sucedió en Madrid y otras capitales. En Cádiz se procedió con más regularidad: se distribuyeron las carabinas entre los inscriptos en los batallones de voluntarios que lo fueron todos aquellos que lo tuvieron por conveniente, sin otra limitación, como puede suponerse, que el ingreso previo en el comité del partido ultra-liberal ó republicano.

Más de una vez lo he dicho y no huelga aquí la declaración.

Nunca he pertenecido á fracciones políticas y aunque profeso mis opiniones como cada quisque, porque creo que nadie deja de tenerlas, no me he permitido el lujo de sustentarlas públicamente. Pero al llegar á este punto, la conciencia, ese juez severo é implacable que no puede acallarse, me dice que miento y es verdad y para descargarla del peso que la oprime yo diré porqué me acusa.

Estalló la revolución de Septiembre de ese mismo año 68, apellidada *la gloriosa*, adjetivo que no omitiré para no empañar los timbres con que se la denominára por sus progenitores, inspirados por el derecho con que cada cual califica sus obras como mejor le place y á la manera como una madre llama serafín, creyéndolo bona-fide, al hijo de su amor, aunque haya nacido más feo que *Picio*: pues bien, á raíz del movimiento se constituyó un centro político intitulado *club*, primero, y más tarde *Asociación de la juventud monárquico-democrática*, porque dadas las corrientes anti-monárquicas que ya se acentuaban, las voces *club* y *monarquía* no resultaban congéneres. Fué su fundador y el alma del naciente círculo hasta su disolución, un joven dotado de cuantas condiciones cívicas y morales pueden apetecerse para llegar á ser algo en el mundo social; y no algo sino mucho, todo lo que quiso fué. Supo abrirse paso por propios merecimientos y ocupar elevadas posiciones, así en la esfera privada como en el ejercicio de codiciados cargos públicos, dando ejemplos de vigor y probidad espartana. Era este joven don Enrique del Toro, alcalde de Cádiz á través de los años, que no há mucho bajó á la tumba y al que pago de la única manera que me es dado, no solo una amistad inquebrantable sino agasajos que después mencionaré.

La asociación se congregaba en los salones del vetusto *consulado* en la calle de San Francisco y á ella fuí llevado por Enrique del Toro: de entre sus miembros recuerdo á los hoy doctores Díaz Rocafull y Castillo, aquél también ex-alcalde y catedrático y éste diputado á Cortes por

nuestra circunscripción, á Girau, edil en varias épocas y á otros amigos no menos apreciables.

Yo representaba la tendencia más conservadora y como dominaba otra más avanzada dentro del principio fundamental de la institución monárquica, claro es que muchas veces, sobre todo cuando discutimos el reglamento por que habíamos de regirnos, me encontré solo y enfrente de una pléyade de jóvenes ilustrados y fogosos que me venció por el talento y por el número.

Y que no servía para político lo acredita el siguiente detalle.

Al acercarse las primeras elecciones generales, las que produjeron las Constituyentes del 69, todos los monárquicos *revolucionarios* afiliados en algún centro, fuimos requeridos para trabajar en pro de los candidatos de nuestras opiniones y yo en mi cualidad de vocal de la directiva de la juventud monárquico-democrática, porque olvidaba decir que llegué á vocal, no pude esquivar mi cooperación, aunque no se me ocultaba la impopularidad que iba á arrostrar en mi misión de propagandista.

Reunidos cierta noche en la sala de sesiones del Ayuntamiento por el señor alcalde que era de los nuestros, bien que sin carácter oficial, en concepto de amigos, se repartieron entre los circunstantes pliegos del padrón de vecinos electores para *explorar* los ánimos y recabar sufragios (entonces no regía el sistema vigente de firmas), solo para solicitar adhesiones.

Nos fraccionaron por comisiones de barrios de dos ó tres individuos, correspondiéndome el honor de que me asociaran á un compañero tan poco hábil como yo, y provistos de nuestro pliego decidimos emprender la campaña á la siguiente noche, pues aquéllos á quienes íbamos á visitar eran jornaleros y trabajaban durante el día.

Las ideas republicanas, ya lo he dicho, cundían rápidamente entre las masas y el número de adeptos crecía que era una maravilla. Conquistar un voto para los pícaros monárquicos valía tanto como librar á un judío de los horrores del santo oficio y comentando nosotros la magnitud de la empresa, penetramos en una casa de vecindad no lejos de la basílica, la recuerdo bien, en ocasión en que la mayoría de sus moradores, hombres los más, escuchaba atentamente la lectura de *La Igualdad*, periódico cuyas doctrinas concitaban el odio del pobre pueblo contra los poderes constituídos y contra todo lo que trascendía á monarquismo.

El auditorio numeroso y entusiasmado se agrupaba en derredor del lector que lo era el propio casero.

Nuestra insólita presencia sorprendió á todos é interrumpió la lec-

tura. Quedamos atónitos, porque nos hicimos cargo de la situación nada airosa en que estábamos y observando las instrucciones recibidas requerimos al casero. Este, de carácter algo brusco y un tanto contrariado, nos invitó con insistencia á que expusiéramos el asunto que llevábamos *coram senatu,* quizás prevenido de antemano y deseoso de agravar más nuestros apuros, que no eran pocos: le reiteramos el ruego de que se apartara de la reunión y al fin logramos que nos introdujera en su vivienda.

Cuando le manifestamos nuestro intento, no fué hombre, era una fiera:—Si no quieren ustedes, dijo vociferando, que les lleven al hospital de San Juan de Dios con la cabeza rota, váyanse enseguida y no se acuerden de que existe esta casa. Aquí somos todos más republicanos que D...... ¿están ustedes locos? solo á los locos se les puede ocurrir que los hijos del pueblo voten por la... monarquía (suprimo un enérgico apóstrofe.) Así se expresó el furibundo casero, que aparte de todo era un sujeto apreciable, según me informaron cuando referí el lance á varios de mis amigos.

Los de fuera comenzaban á inquietarse y de vez en cuando aparecía una cabeza por la ventana de la habitación en que estábamos, en comunicación con el patio: indudablemente se apercibieron del discurso, aunque dicho en tonos tan mesurados y con tan exquisitas formas. Por eso nos apresuramos á terminar el incidente, disponiéndonos á partir. A fin de calmar la efervescencia del ofendido demócrata, como para proporcionarnos una retirada si no honrosa fácil, le dimos las gracias por *su atención, conviniendo con él en todo.* Mi compañero sudaba como si estuviera segando trigo, yo sentía sobre mi cabeza algo semejante al desprendimiento de la bóveda celeste. Dios habrá compensado á aquél en la otra vida sus sufrimientos. A mí me los recompensaron con largueza los hombres en la presente.

No necesito consignar que aquí cesó la propaganda. Los pliegos volvieron incólumes al seno de donde en mal hora los habíamos aceptado.

Esto y lo anterior han sido el *alpha* y la *omega*, el *génesis* y el *apocalipsis* de mi brevísimo tránsito por el campo de la política.

Apesar de todo fueron premiados, no diré mis trabajos de muñiduría electoral ni mis servicios, porque faltaría á la verdad, más bien mis angustias de aquella noche, nada menos que con la cruz de Carlos III *libre de gastos,* requisito de mayor merced con que se otorga solo en circunstancias de excepcionalidad con arreglo á los Estatutos de la orden, entonces en suspenso; pero en esto como en otras muchas cosas han cambiado los tiempos.

Entiendo que toda condecoración ha de ostentarse por méritos positivos para que produzca legítimo orgullo en quienes la posean, lo que rara vez acontece, sobre todo con los hombres civiles y no ocurriéndome lo propio, ni la usé ni he podido usarla porque no he adquirido el emblema, la cruz: la he visto muchas veces adornando pechos agenos: en el mío jamás.

No lo hice siendo joven, casi un chiquillo, á la edad en que halaga ese género de estímulos morales y nos pagamos por lo común de vanidades y de coqueterías y aseguro que á la altura de mis años no ha de darme la vena por ahí. Sería un adorno del trage y quién sabe si pábulo á la ironía y á la chacota. Cuando, repito, se han sabido conquistar por notorios hechos, esas insignias reclaman para el que las luce el respeto y la admiración de las gentes.

Don Amadeo de Saboya no llegó á conocer los míos para alcanzarla, ni aun á saber que existía. Yo, empero, se la agradezco, pero la agradezco sobremanera al amigo cariñoso, á Enrique del Toro, por cuya recomendación la obtuve, y como prenda de perenne gratitud por lo mucho que en este sentido vale para mí, conservo cuidadosamente el diploma en un cuadro desde el año 71 á la altura de mi aprecio, teniéndolo en un lugar desde donde pueda contemplarlo al alcance de mis ojos, que nobleza obliga.

IV

Diré algo no más de lo mucho que puede referirse de las sangrientas escenas de que Cádiz fué testigo al finalizar el año de *des-gracia* de 1868, si mis lectores no tienen ya agotada la paciencia y me siguen en el curso de este deshilvanado engendro.

La historia es el libro maestro de la vida, la narración y exposición verdadera de los acontecimientos pasados y cosas presentes: es como el eslabón que encadena á las generaciones por el recuerdo de lo que fué con lo que es y las estimula para lo venidero, debiendo ser para los pueblos lo que es para el hombre la experiencia, y sin ella, en fin, los pueblos serían entidades anónimas. Por esto el historiador ejerce funciones muy elevadas, y grande, tremenda será la responsabilidad moral en que incurra si se aparta de la serena é imparcial región en que debe inspirarse.

Y como la historia aún no registra aquellos sucesos de hace un cuarto de siglo y los menos de hoy fuimos espectadores de lo que pasó, entiendo que los nacidos con posterioridad solo han adquirido una imperfecta referencia debilitada por el tiempo.

Hoy no sucedería así porque el periodismo moderno, el de nuestros días, es muy otro del de entonces y tanto ha cambiado su manera de ser, que en nada se parece á lo antiguo. Auxiliado por el reporterismo traspirenáico, sistema que entraña no escasos y á veces temibles inconvenientes ¿porqué he de ocultarlo? llena un vacío que se dejaba sentir, y de esto se habla y escribe tan á menudo que no incurriré en repeticiones enojosas. Nuestro actual periódico es la hoja diaria de la historia contemporánea, la *fotografía* por decirlo así de cosas y personas en relación con los acontecimientos públicos. Ocurre á veces que el reporter mejor inclinado traspasa el límite que separa lo publicable de lo que no debe serlo, estimulado por rivalidades de la profesión: de aquí su prisma desfavorable, mas en esta materia la discreción salva obstáculos y superando lo beneficioso á lo perjudicial el reporter se impone al extremo de que todo órgano que no siga la senda emprendida ó no pueda seguirla porque el procedimiento es costoso, morirá por consunción.

Yo he sido de los que más han contribuído en la prensa local á cimentarlo. Allá por los años 77 y siguientes y siendo director de *La Palma de Cádiz*, incolora en política á la sazón, inauguré la práctica no interrumpida después de asistir á las sesiones municipales para tomar notas, y á instancias de mi periódico se instaló la actual mesa para los periodistas. Antes de lo que refiero se nos enviaba por la alcaldía el célebre *extracto homeopático* como le denominábamos, deficiente y desprovisto de interés—por cierto que me ocasionó la campaña un serio disgusto de que no tengo para qué ocuparme—y no sé si por economizar trabajo el funcionario encargado de cumplir este servicio ó porque alguna vez conviniera, que la suspicacia también pudo ser factor admisible, es lo cierto que aquellas famosas notas semi-oficiales rara vez eran fiel reproducción de los acuerdos concejiles. Se pecaba mucho más por omisión que por comisión.

Para satisfacer la natural curiosidad de mis abonados resolví que un redactor acudiera á las casas consistoriales los días de sesión, tarea que desempeñó muy bien y por largo tiempo el diligente Escobar, reporter después del Diario y *La Dinastía* y en la actualidad de *La Correspondencia de España*.

El memorable sábado cinco de Diciembre á las tres de la tarde próximamente, se oyeron los primeros disparos de la lucha entablada entre la milicia y el ejército, y á partir de ese momento histórico no cesó hasta el ocho en las primeras horas de la mañana por haberse pactado una suspensión de hostilidades para descanso de los combatientes, sepultar cadáveres, etc. El fuego de carabina no se interrumpió en toda

la noche del cinco al seis, verdaderas salvas sin objeto alguno porque parapetados ambos bandos en sus respectivas posiciones y la densa obscuridad que á unos y otros envolvía imposibilitaba toda agresión. Convencidos de esto no se hicieron fuego las dos noches subsiguientes, pero durante el día era nutrido tanto de carabina como de cañón, porque los milicianos también eran dueños de este género de material de guerra.

Opino que mis paisanos abusaron de la pólvora con evidente daño para ellos pues ocurrió lo que era de suponer: se concluyeron las municiones y no disponiendo del parque ni de los polvorines, custodiados por el ejército, se hacía imposible la contienda é imposible fué reanudarla, tras el armisticio, quizás por aquel motivo providencial. De otra suerte no decae el ardor bélico y el conflicto hubiera degenerado en la más inconcebible catástrofe para la ciudad y sus atribulados moradores.

¿Quién no supo, por ventura, las terminantes instrucciones que traía del general Prim, ministro de la Guerra, el general en gefe del cuerpo expedicionario y capitán general de Andalucía, Caballero de Rodas?

Semejantes á aquellas fatídicas palabras misteriosas que aparecieron en el festín de *Baltasar,* decíase de público que por el telégrafo se le tenía prevenido al caudillo de las tropas que no usara de contemplaciones ni de lenidades, caso de resistencia, y en último recurso se le ordenaba *volar, arrasar, destruir*; con estos tres graciosos infinitivos pagaba el héroe de los Castillejos á los gaditanos su iniciativa en el movimiento setembrino que derrocó el trono, gobierno, instituciones y cuanto halló á su paso dos meses antes, abriéndole las puertas de la patria tras duro ostracismo para que se encumbrara en los más altos puestos de la gobernación hasta que á impulsos de horrible alevosía, sin calificativo posible, perdió la vida. Y que tal era el mandato pruébalo Málaga pocos días más tarde, el 1.º de Enero. Por motivos análogos á la insurrección de Cádiz se hizo precisa la intervención del ejército de Caballero de Rodas, ocurriendo escenas que la pluma se resiste á describir.

Como no me he propuesto trazar el relato completo de lo acontecido aquí, pues habría material para un abultado volumen, ni sus mil y variados episodios, algunos cómicos, otros lúgubres y todos sensibles, citaré un solo extremo.

Cuando, como digo, se estipuló parlamento entre Salvochea y el general Laserna, segundo cabo de Andalucía, por haber quedado fuera de combate por herida el gobernador militar de la plaza don Joaquín de Peralta, el núcleo principal del vecindario se lanzó á las calles ansioso

de inquirir noticias, y temiendo por las que circulaban que el conflicto se agravara al trabarse de nuevo la lucha, solo pensó en poner á salvo las vidas huyendo de Cádiz y abandonándolo todo, casa, negocios, fortuna y cuanto en más estima se tiene. Fué tan imponente la evacuación, que el día ocho salieron más de veinte mil personas, según cálculos prudenciales.

Aprovechóse para ello la facilidad de hacerlo por las puertas del mar con la autorización de D. Fermín Salvochea para que se ausentaran cuantos lo tuvieran por conveniente. Este y otros rasgos generosos del gefe de las fuerzas rebeldes demandan plácemes. Las restantes salidas las ocupaba el ejército y por ellas también marcharon no pocas familias, previo permiso escrito.

Cortadas las comunicaciones por tierra é interceptada la circulación ferro-viaria, no se disponía de otro medio de trasporte que el marítimo: así es que el aspecto que el muelle presentaba por la multitud de personas que á todo trance, aun pagándolo con fuertes sumas, se procuraban barcos, no es para descrito.

No todos escaparon: muchos no se movieron de sus hogares por motivos imperiosos; pero de entre los que permanecieron aquí, una gran parte quiso refugiarse en los establecimientos benéficos, creyendo ¡vana ilusión! que les garantizaban la inmunidad. Suponiendo que el pueblo y el ejército, siempre honrados como españoles, no atentaran contra esos sagrados asilos ¿quién podía fiar en la seguridad de no recibir daño de los cañones de buques y baterías, no obstante la blanca enseña que cual símbolo de neutralidad flotaba sobre sus altas almenas?

Cediendo al instinto de salvación las gentes los invadían en confuso tropel. Yo habitaba con los míos en calle cercana al cuartel general del teatro de los sucesos, la plaza que no sé cómo denominar pues ha llevado tantos nombres, que causan risa. Primeramente se llamó *de S. Juan de Dios*; más tarde *Isabel II*; luego del *Pueblo*; cuando se verificó el alzamiento glorioso, de *Cantabria*, en homenaje á la *fidelidad* de este regimiento que guarnecía la población y lo inició: de *Mil ochocientos setenta y tres* por el período cantonal y de *San Juan de Dios* é *Isabel II*, como en la actualidad, posteriormente. Pueden mis lectores escoger el título que más les agrade, que yo me quedo con el que siempre se le ha dado, el del santo héroe de la caridad cristiana.

Vecindad tan poco tranquilizadora nos proporcionó profundas amarguras, acrecentadas por la injustificada ausencia de un ser querido á quien creíamos muerto y que como otros muchos no pudo ganar á tiempo su hogar. Por eso y por multitud de circunstancias que no caben

en los moldes de este artículo, alguna vez las diré si se presenta ocasión oportuna, sufrimos tanto y tanto, que no es para olvidado. Fueron días tristísimos y noches de prolongadas é indefinibles angustias.

Cuando se pronunció el ¡sálvese quien pueda! y se inició la desbandada de los pacíficos moradores, púsose á discusión entre nosotros, los vecinos todos de la finca reunidos en consejo, cuál determinación debería adoptarse por ser asunto muy importante, el que más interesaba. Eramos sobre treinta inclusos varios niños de corta edad, y por mayoría decidimos quedarnos en Cádiz.

Vivía en el primer piso un abogado gallego, aunque educado en Salamanca por unos tíos, sujeto tan estimable, honrado y capaz que á no sorprenderle la muerte prematuramente hubiera llegado á ser un hombre extraordinario por su talento y por otras cualidades. Nunca he tenido ocasión de mencionarlo en la prensa y ahora no puedo resistir al deseo de hacerlo por lo mucho que valía. A nadie he oído exponer la noción del bien, de la razón, de la verdad y de la justicia como á él y según la sentía la practicaba. Yo le quería con el amor de hijo ó de hermano y mi admiración por sus virtudes, que no he podido imitar, rayaba en el delirio porque aquel ser no estaba revestido de las flaquezas inherentes á la naturaleza humana: tenía de ángel más que de hombre. Ha muerto, repito, y su memoria después de tantos años arranca lágrimas á mis ojos: amigo de sus amigos y cumplidísimo y cristiano caballero, nada dejaba que desear. Si hay tipos perfectos éralo él.

Hallábase afiliado al partido republicano con las más puras doctrinas que llevó al sepulcro su compañero don Julián Sánchez Ruano, gloria naciente de la tribuna y del foro español y dirigía un periódico de su comunión, no recuerdo si *El Demócrata Andaluz*, en su segunda época ú otro, al par que desempeñaba una cátedra como profesor auxiliar de la sección de letras en nuestro Instituto de segunda enseñanza y luego de número en el de Huelva, cargo que no llegó á ejercer por su fallecimiento. No se aprestó á la lid porque condenaba los procedimientos de fuerza: todo lo esperaba de la lucha pacífica, nada de la violencia. Con frecuencia departíamos sobre política y sobre otras materias y aunque distanciados y con opuestos criterios siempre llegábamos á entendernos. Llamábase mi pobre amigo don Pedro Alvarez Montes y no dirá que exagero el elogio, una ilustración literaria, regocijo de las musas y doctísimo maestro con quien le unía cariño fraterno, aludo á don Alfonso Moreno Espinosa.

Pues bien, el Sr. Alvarez Montes nos brindó con que nos fuéramos al Hospicio, porque entonces pertenecia á la junta provincial de bene-

ficencia, de la que aquél establecimiento dependía: aceptada la oferta nos encaminamos todos allá en las primeras horas de la tarde del ocho, habiéndonos provisto de ropas como para una expedición de quince días, que llevábamos en maletas de manos nosotros mismos, porque no había que pensar en mandaderos ni en cosa parecida. Salimos de casa para peregrinar por la larga distancia que nos separaba del lugar de refugio, haciéndose molestísimo y hasta peligroso el tránsito por calles y plazas, á causa de innumerables barricadas que se habían levantado por los milicianos, quienes después de tres días de constante vigilancia en ellas, de agitaciones, de insomnios, de mal comer, ó no comer, inspiraban lástima sus aspectos.

Por entre esas mismas barricadas cruzó durante la tregua la figura más saliente que he conocido en Cádiz desde que mi alma posee la facultad de recordar, mas no para poner á salvo su persona, como nosotros, sino para salvar las de los demás y ejercer una misión de paz, la más grande y augusta de cuantas pueden realizarse. Me refiero al bondadosísimo y santo obispo Fray Félix M.ª de Arriete, cuyas virtudes le habrán conquistado un puesto entre los escogidos del Señor. Tan luego como se suspendieron las hostilidades, se lanzó á la calle fiado en sus grandes prestigios y en el respeto profundísimo que siempre se le tuvo, y sin más acompañante que un familiar se presentó en todas partes, exhortando como padre cariñoso á la conciliación y á que no se suscitara nuevo derramamiento de sangre. Su humanitaria y evangélica empresa contribuyó en gran manera al desenlace de aquellos sucesos; visitó hospitales consolando á los que habían recibido daño en la pelea, y allí donde dejó ver su consagrada y esbelta personalidad se le guardaron atenciones y respetos como no es posible que autoridad alguna los haya recibido mayores.

V

Ya estamos en el Hospicio, establecimiento modelo que honra á la provincia por su bella arquitectura, soberbia y sólida fábrica, y tan hermoso bajo cualquier aspecto se le examine que quizás no tenga rival en España. No me atreveré á sostenerlo así en absoluto, porque siendo muchos, y no habiendo visto los más, incurriría en la misma ridícula hipérbole en que á menudo caen cuantos se imaginan que lo suyo es lo mejor y que más vale. Recordaré á este propósito una frase pronunciada por S. M. la reina doña Isabel II en su visita por Andalucía en Noviembre de 1862.

—"Este es el palacio de la pobreza," exclamó la augusta Señora al

pisar el magnífico patio principal admirada de él y de su severa fachada, obra del arquitecto gaditano D. Torcuato Cayón.

Fué construído el Hospicio á mediados del siglo último, habiendo sido su costo el de doce millones de reales, á los que hay que agregar las considerables sumas que desde entonces se han invertido para ampliarlo y embellecerlo. Si alguna vez llegara á ser yo persona influyente en la política local, antes me veré Papa, uno de mis primeros intentos se encaminarían á procurar la desaparición de todo cuanto se conserva de feo, incorrecto y contrario á la estética en el área exterior de esa santa casa.

Las hijas de la Caridad con su amabilidad característica, nos aposentaron por sexos en algunos salones del cuerpo principal y con holgura dada la escasez del espacio, pues con ser tan vasto el edificio, apenas quedaba ya un palmo de terreno vacante. Para ello fué preciso reducir á la mayor estrechez á los numerosos asilados, y hasta dichas señoras abandonaron su departamento cediéndolo al excesivo número de familias conocidas, que cual nosotros demandaron hospitalidad.

Pero el aspecto más curioso ofrecíalo el patio, repleto de gente que casi impedía atravesar por las galerías que le rodean. En el populoso barrio de la Viña se lanzó la voz de ¡al Hospicio! y en confuso tropel lo invadieron personas agrupadas, no ya por el parentesco ó la amistad, sino vecindarios enteros, dominando las mugeres y los niños.

A más del Sr. Alvarez Montes, que ya se cita, estaba allí otro asilado á *fortiori* é individuo de la Junta, el canónigo D. Domingo González Villanueva, quienes con el Director del Establecimiento D. Daniel Antúnez prestaron servicios muy humanitarios en ese período calamitoso. No solo habían acordado admitir á cuantos pobres cupiesen sino socorrerlos en la medida que lo consintieran los escasos recursos con que contaban. Breves horas bastaron para que se poblaran los anchurosos ángulos del patio y los locales posibles de la planta baja, acomodándose aquellos infelices con sus hatillos y petates. No se podía presenciar ese cuadro, digno del pincel de Goya, sin experimentar profunda emoción.

Escaseaba, repito, el elemento masculino porque la mayoría de los hombres útiles ocupaba su puesto de honor en las barricadas, y entre aquella abigarrada multitud se dibujaban encontradas impresiones. Las más de las mujeres sollozaban por la suerte de sus maridos, sus hijos ó sus parientes comprometidos, no faltando algunas que, enardecidas por el entusiasmo bélico del día vomitaban el veneno de su ira contra los *pícaros inquisidores* del pantalón rojo, cuyo exterminio pedían con destempladas formas, y aún hubo quien se marchó á las barricadas y fué

preciso expulsar á más de una que desconociendo el bien que recibía, y que se hallaba en aguas neutrales, pudo perjudicar con su imprudente propaganda, allí donde tampoco no dejaba de haber entre los asilados permanentes quien pretendía por su valor dar tres y raya al mismísimo Salvochea. Hizo bien la Junta al proceder con energía para conservar, como se mantuvo, el mayor orden.

La cuestión de subsistencia se presentó con carácter pavoroso y para alimentar tantos estómagos, necesitados de ordinario, hacíase preciso que el propio Jesucristo hubiera repetido el milagro que se nos refiere en la domínica cuarta de cuaresma; pero como el Divino Maestro jamás se olvida del desvalido, no solo suministró pan y peces sino un suculento rancho de arroz con bacalao que se distribuía á ración por cabeza á diario, durante los siete ú ocho que duró la temporada, que al terminarse arrancó más de un suspiro de los que no tienen asegurado el sustento cotidiano.

Hasta el anochecer las mujeres se dedicaban á cuidar de sus pequeños, las que los llevaban, otras á coser ó se entregaban al *dolze far niente* comentando los sucesos. Promovíanse diálogos graciosísimos, en que predominaba el derroche de ingenio, la frase aguda y picante y la ocurrente inventiva que brota espontánea en los naturales de esta región. No contribuían poco á distraer el ánimo de los huéspedes del piso alto con su *guasa*. Me valgo de este vocablo pedestre, aunque generalizado por el uso frecuente que de él se hace en Cádiz, porque lo considero insustituible en determinadas narraciones.

Y no es de extrañar que las gaditanas del 68 estuvieran de guasa: todo aquí, aún lo más serio, ofrece su nota cómica guasona que parece imponerse, porque sabido es que de todo se saca partido y se reduce á sustancia. Las gaditanas de la época del sitio de los franceses, hallándose la plaza invadida por los proyectiles que disparaban los cañones extranjeros, también se guaseaban entonando canciones que la musa popular había compuesto ingeniosamente para endulzar las amarguras con que los tiranos se complacían en atormentar á nuestros abuelos; prueba de ello son estos conocidos versos que la historia trasmite hasta nosotros:

Con las bombas que tiran los fanfarrones
se hacen las gaditanas tirabuzones.
Váyanse los franceses en hora mala,
que Cádiz no se rinde, ni sus murallas.

No será difícil que la palabra *guasa*, como *cursi*, gaditana de origen, lleguen á figurar algún día entre las más castizas voces que registra el

Diccionario, porque en materia de lenguaje el uso es juez árbitro, puesto que ya se ha ingerido en nuestra manera de hablar por todas las clases, considerándoselas genuinamente castellanas, á la manera como en cualquiera oficina de farmacia es cosa corriente y moliente encontrar entre los productos más admitidos los frascos de jarabe del *doctor Pagliano* ó las preparaciones de *Leroy* no inscriptas en la farmacopea oficial y que la ciencia médica rechaza, y pues el público lo solicita, no hay más remedio que tenerlos, so pena de que lo adquieran en otra parte con detrimento de los intereses farmacéuticos.

¿En qué nos ocupábamos los asilados de arriba? Pues en aburrirnos largos ratos ó en leer si por fortuna hallábamos á mano algún libro, porque ¡quién pudo cuidarse de llevarlos! Las hijas de la Caridad que repito pusieron á tributo sus bondades para hacer más soportable nuestro infortunio, repartieron volúmenes de su pequeña biblioteca, y siendo toda piadosa no me sorprendió que algún espíritu fuerte, también los había allí, se engullera de la primera á la última página las *Recreaciones filosóficas del P. Almeida,* sabiéndole á poco, por aquello de que cuando falta el lomo.....

Horas enteras nos pasábamos asomados á las ventanas del campo observando los movimientos de los defensores de la inmediata fortaleza de Santa Catalina, ó la frecuente entrada de buques de guerra de gran porte enviados por las potencias para la protección de sus súbditos. Alguna vez se jugaba al tresillo, sin que mediara interés por supuesto por mero pasatiempo.

Así ahuyentábamos el tedio y la preocupación que nos embargaba ante el temor de lo que en adelante pudiera acontecer, y cual otros cautivos de Babilonia esperábamos la hora, que se hacía tarda, de nuestra redención.

Más de una vez se ofreció haber de administrarse los últimos Sacramentos á algún asilado, actos que revistieron solemnidad inusitada porque acudíamos á acompañar con luces S. D. M. desde la iglesia á la enfermería, y que resultaron magníficos al atravesar los ángulos por entre aquella apiñada concurrencia que con el mayor recogimiento se postraba al paso del sacerdote.

Nada he dicho de los capellanes de la casa que también se condujeron admirablemente. Éranlo los ancianos y ya finados presbíteros D. Juan Loustalet, de expresión dulce y evangélica, muy semejante á la del beato Simón de Rojas, y D. Domingo García Blanco, que aunque de gesto un tanto avinagrado y enrarecido por el uso de su bien cuidada peluca, sus cristales ahumados y su nívea dentadura, tan flamante como

si acabara de salir de las manos del artífice, fué también un excelente sacerdote. Dios les haya otorgado, como á todo el personal del Asilo, el bien que de ellos recibimos.

Próximo á espirar el plazo del armisticio y el término dado por el general Caballero de Rodas para que los milicianos depusieran las armas, sin que éstos se manifestaran propicios á efectuarlo, era inminente la ruptura y el empleo de los formidables medios de ataque acumulados sobre Cádiz por el Gobierno. Nosotros que por interés propio seguíamos desde dentro el curso de los acontecimientos, y recibíamos noticias frecuentes y detalladas de la situación, comenzamos á sentir inquietud, profunda alarma y no considerándonos á cubierto de los desastres de la lucha ni á cuantos con nosotros estaban sometimos á la Comisión de la Junta la idea de si convendría oficiar á los jefes de las fuerzas beligerantes exigiéndoles en nombre de sagrados principios la posible garantía de seguridad para el Asilo, y así lo acordaron. Extendidas las comunicaciones fueron enviadas á la Aduana y al Ayuntamiento. Alvarez Montes redactó la de D. Fermín Salvochea y yo la del general, firmándolas el director de la casa D. Daniel Antúnez.

No se hizo esperar la respuesta de ambos, suscrita la de la autoridad militar por el jefe de E. M. á nombre de S. E. y por el Sr. Salvochea la suya y apesar de que venían concebidas en términos los más corteses, lo de la cortesía era lo ménos en tales instantes, y que bien podían tranquilizar el ánimo más apocado, algunos no las tenían todas consigo y temerosos del porvenir recordaban el célebre aforismo médico de

—Los enfermos se curan en los libros y se mueren en las camas.

Por fortuna el aspecto cambió, las nubes se disiparon y depúsose el temor. Dios se había dignado escuchar nuestras plegarias y abriéndose paso la razón por entre las obscurecidas inteligencias de los que sin otros elementos que un valor á toda prueba y probado pretendían luchar hasta morir con igual gloria con que otros habían sucumbido, cesaron en su actitud entregando las carabinas al cónsul de los Estados-Unidos, el honorable general mister O'Farrell, que se recogieron en carros en que ondeaba el pabellón *yankee*, condición impuesta á manera de protesta de que no lo hacían á las autoridades españolas, por los milicianos. La ingerencia del cónsul, muy mal vista por su Gobierno, le valió ser depuesto del cargo que desempeñaba en esta plaza.

Cuando recibimos el aviso del afianzamiento de la paz, nuestra alegría, la de todos, no pudo contenerse y produjo una explosión de entusiasmo. La paloma se nos había presentado con el símbolo de la cesasión del diluvio, porque indudablemente el diluvio había caído sobre Cádiz.

Una sola reflexión nos amargaba: ¿qué habrá pasado en nuestras casas tantos días abandonadas y qué habrá sido de cuanto en ellas dejamos? La mía, ya lo he dicho, situada en el centro de la contienda y á uno de los extremos de la calle, ocupáronla desde los primeros momentos los milicianos por considerarla como un importante punto estratégico. Desde el último piso se comunicaban interiormente á todas las demás, taladrando tabiques, derribando paredes, abriendo huecos en todas las fincas, hasta la última del ala izquierda de la calle, que por cierto no es de las más cortas y por este medio se veían y estaban siempre en contacto á cubierto del fuego enemigo. Allí permanecieron hasta la hora postrera, y durante los tres días de la colisión nos guardaron y acompañaron, prestándonos servicios que no podremos olvidar mi familia ni yo. Valga como muestra el muy señalado de facilitarnos comestibles que compraban por nuestra cuenta en un Ultramarinos á donde no hubiéramos podido enviar á nadie saliendo á la calle sin exponer la vida.

Ha transcurrido plazo tan largo que no retengo el nombre de aquéllos generosos protectores: ó no existen ya ó han cambiado tanto por los años que he perdido los rasgos de sus fisonomías, á excepción del cabo ó sargento que dirigía aquél grupo y que aun vive: es un acreditado industrial con establecimiento en calle céntrica. Cuando nos ausentamos de la casa quedó confiada á ellos sin restricciones, clausura, ni precaución alguna, y tan noble y fidelísimamente se portaron que no obstante ser los dueños y tenerlas por entero á su disposición, ni cometieron abusos ni faltó un sólo alfiler. Como desaparecieron rápidamente por la precipitación del desenlace antes de que las tropas expedicionarias acampadas en extramuros hasta entónces hicieran su entrada en la plaza, dejaron un vigilante para que nos hiciera entrega del depósito, el que no consintió aceptar la más ligera recompensa en premio de su delicado encargo. Y lo que de mi casa digo puede aplicarse á las muchas que se hallaron en igual caso. ¡Loor, pues, á esos honrados proletarios que así supieron conducirse!

¡Desgracia grande pesa sobre nuestros menestrales desde que las utopias más irrealizables se han abierto camino en el pueblo! En la época de mi narración la palabra república significaba lo más avanzado á que se podía aspirar. ¡Cuánto han cambiado después las cosas, y cuántos los hombres! Conmueven hoy al mundo ciertas escuelas con sus depravadas doctrinas imaginándose sus corifeos; ¡sueños de locos! que la clase pobre ha de desaparecer, y nada más inverosímil. Así debiera ser, pero no lo es. La comunión á la cual pertenecemos tantos hombres subsistirá á través del tiempo y de las evoluciones sociales por más radicales que

las forge la fantasía y siendo por otra parte palabras de Jesucristo las de que siempre habrá pobres entre nosotros, no pueden faltar y no faltarán. El trabajador del año 68 aferrado á sus ideales políticos y todo trabajaba tranquilo, y tranquilo dormía. Ahora lo hace inquieto pensando en un mañana que no llega, y duerme inquieto y pesaroso. En aquellos aciagos días del 68 levantaba á la altura de la enseña de su dogma político, por el cual se disponía á morir ó á matar, un célebre cartel donde en gruesos caracteres se leía "*Pena de muerte al ladrón*" El 93 se congrega en asambleas y manifestaciones tumultuosas aplaudiendo el folleto, el libro y el discurso que le dicen "*La propiedad es un robo*" ¡Contraste doloroso y mil veces sensible!

VI

Resulta pues del relato de mi vida de asilado que allí no se pasó mal del todo, y aun me parece injusto decir que no lo pasamos bien. Otros que desempeñaban elevadas funciones llegaron á carecer hasta del rancho hospiciano, y con citar un dato concluyo puesto que habré cansado ya á mis lectores.

Cuando el 5 de Diciembre sonaron los primeros disparos que pusieron en dispersión á la fuerza militar que iba proclamando la orden del desarme, la diputación provincial se hallaba reunida en la Aduana celebrando sesión ordinaria. Presidíala D. José González de la Vega y la componían entre otros los señores Barrocal, Alvarez Jiménez, Moreno Rodríguez, Ministro de la república más tarde y Mancheño, hoy mi próximo y querido deudo. Súpose que bajaba por la calle de la Aduana el Gobernador militar Peralta en trage de paisano; se supone por esto que le sorprendieron los acontecimientos cuando no tuvo tiempo para vestir el uniforme, y como divisa de su gerarquía dicen los que le vieron que llevaba el fagín atravesado al pecho á guisa de banda; detrás de él marchaban unas pequeñas piezas de artillería sacadas del parque y conducidas por soldados del cuerpo, las cuales piezas situáronlas en la puerta del mar para hostilizar á los que se habían hecho fuerte en el Ayuntamiento. Allí recibió el general Peralta la herida en un pié que le obligó á resignar el mando en el coronel más antiguo, porque el brigadier Pazos había salido para el Puerto de Santa María con parte de la guarnición á sofocar el movimiento popular, origen en cierto modo de los desórdenes de Cádiz. Peralta se trasladó por la muralla al cuartel de Santa Elena donde fué asistido por los Doctores y Catedráticos D. Juan Ceballos y Gómez, y Chape, de tan grata memoria entre nosotros.

Como el Presidente de la Diputación era adversario político de los sublevados y contrario por ende al movimiento insurreccional, díjose también que arengó á las tropas desde los balcones de la Aduana para que reprimieran el movimiento pronta y enérgicamente.

Las verjas de la Aduana cerráronse acto contínuo por los carabineros posesionados del edificio, y no permitían la salida ni entrada á persona alguna que no llevase insignias militares. Los diputados, como otras muchas personas de las oficinas altas y bajas, hubieron de estar forzosamente detenidos largas horas hasta que algunos lograron salir al muelle por la puerta de Sevilla y embarcarse como lo realizaron Moreno Rodríguez y Mancheño; pero durante la tarde y noche anteriores los padres de la provincia acosados por el hambre husmeaban los parages donde creían encontrar algo con que alimentarse, y recorriendo las habitaciones particulares y solitarias del Gobernador Civil Don Gregorio Alcalá Zamora, ausente no sé si en el Puerto también ó con licencia, tropezaron con un cesto de ricas bellotas cordobesas, regalo que esta autoridad había recibido días antes del pueblo de su naturaleza. Hallarlas y comerlas fueron actos simultáneos, y mal de su grado hubieron de ingerir en sus enflaquecidos estómagos el fruto de la encina que es usual para ciertos animales del género de los paquidermos.

He concluído. Sin ánimo de ofender á persona alguna de las mencionadas, casi todas han desaparecido ya del mundo de los vivos; sin tener á mano un libro de esos tristes sucesos, porque no le hay, ni documento alguno que los registre, valiéndome solo de mi trabajada memoria por la que han cruzado tantos y tan opuestos recuerdos durante cinco lustros, he procurado bosquejar un cuadro, si imperfecto y despojado de méritos como mío, exacto y verídico. Nada de particular tendría que no lo fuera en cuanto á alguno de sus accidentes, mas por lo que respecta al fondo, á la esencialidad de los hechos puedo afirmar que lo es. A la inteligencia mejor organizada se escapa en trabajos de esta índole algún pequeño detalle.

Réstame enviar un cariñoso saludo á mis amables lectores estimando en cuanto vale su benevolencia. Y nada más.

Manuel Martín de Mora

Cádiz, Junio 1893.

LUCHAS FRATRICIDAS.



Ocurría por el año de 1874, en aquél apartado pueblo de la provincia de Búrgos, algo de lo que se refiere en la tan conocida fábula *El Lobo y los Pastores.*

Ardía la guerra civil en todo el Norte, y desguarnecidas las poblaciones rurales, algunos sugetos cuyo valor cívico me complazco en suponer, armados de fusiles de pistón y calado el képis de gloriosos tiempos, patrullaban de noche por las tenebrosas callejuelas, disparaban sendos tiros, y hasta se permitían tocar á rebato las campanas de una iglesia derruída, á la que bautizaron con el nombre de iglesia civil.

Aquellos absolutistas *per sé,* y liberales *per accidens,* acompañaban sus algaradas con los estentóreos gritos de "que vienen, que vienen los carlistas."

Y los carlistas llegaron. Una sección de 25 caballos, al mando de un oficial, ocupaba la plaza cuyo nombre no pudiera decir á punto fijo; toda vez que poseía dos partidas de bautismo: *Plaza real,* mientras había el temor de hallarse cerca las *mesnadas de D. Carlos,* y *Plaza de la libertad,* cuando desde el pueblo se divisaban las bayonetas de los *tiradores del Norte.* El alguacil municipal, á cuyo cargo estaban las dos distintas tablas, imponía desde el balcón del Consistorio el nombre adecuado á las circunstancias.

Y tan inopinada fué en la madrugada del 3 de Junio de 1874 la presencia de los facciosos, que uno de éstos tuvo que suplir al descuidado *ministro del Concejo* en la tarea de arrancar la lápida, que sin trámites de juicio, fué condenada al horrible suplicio del fuego, en ódio á la idea que simbolizaba.

Comandaba aquella fuerza un hombre rudo, exento de todo antecedente de colegio, y el cual hombre, como los oficiales de la guerra separatista de América, muy bien, si no encontró en su camino traidora bala, pudiera desde la amnistía de 1875 ganar ahora como antes su vida en el honrado tráfico de la carretería. Reunió tal jefe á las autoridades, repartió *sablazos*, en el sentido menos militar de la palabra, exigiendo dinero á quien le parecía oportuno y se dispuso á llevarse rehenes, como en efecto se los llevó, y entre ellos á la respetable señora de una autoridad que, lo propio que los jaleadores de anteriores noches, tuvo la prudencia de no presentarse á tocar las campanas de la iglesia civil, para solemnizar la realidad de lo que tanto y tanto pregonaban.

Yo me había representado siempre en mi imaginación la festividad del *Córpus Christi* como un día de mucha luz, de regocijo interior en el alma, de olor transcendente á rosas en la tierra y á divinas esencias en los cielos. Y si por las vísperas se conocen los días, ¿cómo sospechar al iluminar los primeros fulgores de un sol de Junio el cuadro militar que se dibujaba en la plaza de aquel pueblo, ocupada por caballos y soldados, marciales al fin como españoles, que sombras de sangre y duelo, harían triste, muy triste, la víspera del gran festival de la hermosa religión cristiana?......

Las autoridades conversaban en el Ayuntamiento con el jefe militar, que no transigía más que con la entrega de dinero, de mucho dinero, por parte de aquellos pobres vecinos, que no contaban con ese pedrisco terrenal, digno competidor de otros pedriscos que un año más que otro solían, también por Junio, arrasarles sus cosechas, dejándoles vacíos sus graneros. Los soldados desparramados por las calles, tampoco perdían el tiempo: caballos, raciones abundantes, y hasta una soberbia montura con ricos adornos de plata, propia de un *Indiano* allí avecindado, cayó en su poder. Los escopeteros del pueblo, aquellos que todas las noches retaban á singular combate á las legiones realistas, protestaban, pero tan discretamente, que las precauciones más exquisitas les parecían insuficientes al objeto de que no llegasen á oídos del último de los facciosos, figurándoseles más de una vez que las campanas de la iglesia civil, iban aquel día infausto, á ser anunciadoras de su heróica muerte entre los horrores de un próximo fusilamiento.

De pronto una y otra descarga alarmó de verdad á los conferenciantes en el salón del municipio. Un distinguido funcionaiio auxiliar fiscal, muy afecto en verdad al tradicionalismo, se opuso á los actos de despojo de los soldados, y creyéndolos, más que tales, latro-facciosos de la casta de los que en localidades inmediatas robaban y asesinaban

impunemente, cerró las puertas de su casa, recibiendo con una descarga á quienes intentaban apoderarse de lo ageno en nombre de una idea política. Pronto cayó el infortunado fiscal herido de muerte en el interior de sus habitaciones, y lo que entonces ocurrió no quisiera yo referirlo. Una soldadesca brutal y despiadada penetró en la casa, y profanando en nombre de una religión, toda amor y caridad, aquel sublime cuadro de dolor y de angustia, insultó al cadáver y escarneció el sufrimiento supremo de una viuda sin marido y de unos hijos sin padre. La represalia debía ser tremenda, y arrancado el hijo varón de los yertos brazos del padre, fué fulminada su muerte, que se ejecutaría después de serle prestados los auxilios espirituales... El crímen llena siempre de zozobra el espíritu y provoca la tendencia á la huída. Sonó el toque de botasillas, y llenos de pavor salieron á poco los facciosos con los rehenes, y entre ellos la preciada presa que representaba el triste huérfano, á quien, entre insolentes bromas, aseguraban al llegar á la primera jornada su sangriento sacrificio.

No permitió el Cielo tanta iniquidad.

Una columna de caballería, providencialmente avisada por un pobre labriego, cayó aquella madrugada sobre la partida, que huyó á la desbandada, dejando á sus perseguidores los rehenes y algunos caballos. Y mediada la mañana del solemne día de Córpus, si bien no se percibía por las calles del solitario pueblo el olor al romero que otros años anunciaba el paso por ellas de la procesión suspendida, ni atronaba los oídos el volteo alegre de las campanas de la iglesia prioral, nubes de polvo y brillo de militares arreos anunciaron la vuelta á sus hogares de los prisioneros de la tarde anterior. Allí venía la mujer del funcionario que creyó más conveniente esconderse que salvar de aquellos peligros á la esposa, y allí también venía, extenuado por la sed y atormentado por el dolor impío, el hijo de la víctima de los fanatismos políticos.

. . . .

. . . .

Ya habían pasado muchos meses de aquellos infaustos sucesos, y mi cargo de juez de primera instancia me impuso el triste y penoso deber de indicar á algunos sacerdotes de los pueblos cercanos, cumpliendo en todo órdenes del Gobierno, la conveniencia de evitar ciertos desahogos en el púlpito, desahogos penados severamente en el Código. Si entre aquellas embrionarias inteligencias del *común de vecinos* no hubiesen producido desastroso efecto tales extralimitaciones, confieso que me hubiera reído de ellas; pero yo soy hombre de creencias cristianas y entendía—aparte del daño material producido en las conciencias—que

los frutos de la ignorancia y del fanatismo destruyen las sabias enseñanzas de la sublime fe católica; y que quien enciende la tea de las discordias civiles y lleva á los campos de batalla hombres hermanos, hijos de nuestra madre común la abatida patria española, es un ser indigno de todo respeto y consideración social.

Júzguese por lo dicho de mi grata sorpresa al escuchar cierto día al virtuosísimo y anciano párroco del pueblo donde yo funcionaba, exhortar á los fieles desde el púlpito rogasen á Dios por la paz, aquella paz ansiada por una patria cuyos hijos desgarraban sus entrañas sin piedad. Recordé entonces los tristes sucesos del 3 de Junio, contemplé de nuevo aquella familia sin jefe, aquel dolor profanado por la brutal soldadesca; y cuando tiempo después, restauradas las heridas de las cruentas luchas civiles, brilló para España una era de venturosa paz, confieso que sentí en mi alma algo así como el plácido despertar de un sueño fatigoso é interrumpido por frecuentes pesadillas.

Al emborronar estas cuartillas que me demanda la bondadosa amistad del Director del Diario para referir en ellas un triste episodio de las guerras civiles, ocurrido hace cerca de 20 años, quisiera solo recordar á los que pronto habrán de ser hombres, el horror verdaderamente patriótico que deberán sentir en su alma hacia las tremendas luchas fratricidas. El ayer en la historia es la provechosa lección del mañana; y los hombres se educan y se forman con las enseñanzas del pasado, que les aperciben y aprestan para las contingencias del porvenir.

P. González del Alba

LA GOLETA CRUZ

Y

MENDEZ NUÑEZ EN CADIZ.



Todos los gaditanos que formaban parte del muy extenso círculo de personas de buena sociedad cuyo centro era la casa calle de los Doblones núm. 26, en el año primero de la segunda mitad de este siglo, no pueden menos de asociar el nombre de Méndez Núñez con el de la goleta *Cruz*, formando de ambos un todo de gratos recuerdos.

Efectivamente, en el mando de la goleta *Cruz* y en aquel centro social donde á diario se bailaba, se cantaba y se reía y donde la chismografía y la murmuración estaban prohibidas severamente, fué donde el gran marino Méndez Núñez dió muestras de sus cualidades como tal y como hombre, que tan alto lo han dejado en el concepto de todos los buenos españoles.

La goleta *Cruz* fué un buque que demuestra lo tardío de nuestro país en ponerse al compás de los últimos grados de los adelantos, sobre todo en lo oficial. Cuando en el mundo todo se hacían telégrafos eléctricos, aquí construíamos los ópticos; cuando ya estaba declarado que los buques de vela resultarían sin aplicación para la marina militar, aquí botábamos al agua la goleta *Cruz* el 13 de Mayo de 1850, y es más, la destinábamos precisamente al servicio para el cual el buque de vela estaba ó debía estar en primer término; esto es, á la persecución de embarcaciones contrabandistas en las costas. Si como hecho de relación la goleta era una desdicha, aisladamente era una obra preciosa del arte de la construcción naval de entonces. Construída por planos y bajo la dirección del

Ingeniero Naval Sr. Escudero, resultó un elegante buque en las líneas de su casco, arbolado de una manera magistral para conseguir el gran andar dentro de la mayor seguridad y estabilidad. Con 96 piés de eslora, 27 de manga y 11 de puntal, calaba 12 piés á popa y 10 á proa, montando un cañón de 36 y 6 de 32. Don Casto Méndez Núñez, tomó el primer mando de este pequeño buque en 14 de Abril de 1851 y en él, si no las había dado antes, lo cual no sabemos, dió pruebas de un acendrado amor á su carrera, de una pericia marinera superior y de unas cualidades militares extraordinarias, de rigidez en el cumplimiento de sus deberes y de severo ordenancista.

El servicio que hacía la goleta *Cruz*, era el más penoso posible, y no tuvo ni el más mínimo contratiempo en él; era navegar para no ir á ninguna parte, era lo que se llamaba *cruzar*. La goleta *Cruz*, decía el parte de la Vigía de Cádiz, *salió á cruzar*, *entró de cruzar*, y se necesita tener verdadera afición al mar para encontrar placer, como lo encontraba su comandante, en ese servicio; pero Méndez Núñez estaba enamorado del buque de su mando y humorísticamente lo comparaba á una joven esbelta de gracioso porte que alegraba el espíritu contemplar y agasajar. Esto hacía él con su goleta, que apesar de su escaso desplazamiento de 246 toneladas, estaba de tal modo cuidada y con tal esmero atendida, que resultaba una tacita de plata y un pequeño palacio encantado. Todo lo que debía brillar, brillaba; todo lo que tenía color parecía siempre acabado de pintar; todo lo que debía ser blanco estaba como el arminio. La goleta *Cruz* entraba y salía de Cádiz contínuamente por órdenes del comandante del Resguardo Marítimo, al minuto obedecidas, y tan temida era de los contrabandistas, que el gran cuidado de éstos estaba en no intentar nada mientras se hallara en la mar, y tenían multitud de combinaciones fraguadas para darse aviso de cuando entraba en puerto y no había temor de encontrársela. No sabemos las aprehensiones que hacían porque no era el comandante de la *Cruz* hombre que hablaba fuera de lugar de sus actos de servicio, pero presumimos no fueran muchas, por lo mismo que tanto se le temía.

Dos sitios eran seguros de encontrar á Méndez Núñez cuando la goleta estaba fondeada en la bahía de Cádiz. La puerta de la peluquería de Cortés en la calle Ancha, á las dos horas de haber entrado en bahía y haber dejado todo en orden en su buque, y por la noche en la tertulia de la calle de los Doblones. A la puerta de la peluquería iba porque era el punto de cita de sus numerosos amigos que iban á saludarlo, muchos de ellos después de haber estado contemplando, anteojo en mano, desde la torre, las maniobras de la *Cruz*, siempre precisas, al tomar el puerto

y fondeadero. Por la noche su asistencia á su habitual tertulia era segura, pues sabía era recibido en ella con júbilo por la gente machucha y por el elemento joven, pero sobre todo por la respetable y talentuda Señora de la casa, quien tenía de Méndez Núñez, desde que lo conoció, el altísimo concepto de su valer que después se impuso á todos los españoles, hasta á los que menos lo conocían. Era el buen marino, aunque muy joven entonces, esencialmente serio, pero al mismo tiempo su afabilidad era tan pronunciada, así en el trato de ellas como de ellos, y su tacto social tan exquisito, que á todos atraía: para todos guardaba siempre algo agradable que decir y llegaba hasta á tener verdadera gracia, cuando hacía referencia á lo que debía ser y no era *por ser gallego*, aludiendo al concepto que del gallego se expresa tan injustamente, en general, en Andalucía. Nunca dejaba una mala impresión Méndez Núñez en nada de lo que hacía ó decía, y era tan generalmente estimado que todos lo buscaban, pero él, sin ser retraído, era cauto hasta en lo más sencillo. Sabía que siempre tenía cubierto en la calle de los Doblones y gran gusto de todos los de la casa en que ocupára un puesto en la mesa, y solo usaba de esa libertad con una parsimonia que daba lugar á que lo anonadáran á quejas, pero él salía del paso con una simpática sonrisita, característica suya, que reservaba para cuando no quería ó no tenía nada que decir. Agregaremos á lo dicho de la época en que se hizo tan popular en muchos círculos gaditanos Méndez Núñez, una de esas aberraciones que se ven en el mundo y á que en vano se le busca explicación. En aquella temporada aquel hombre de figura agradable y simpática, de esmerado vestir y modales caballerosos, de gran corazón varonil y tierno para los afectos, estuvo dispuesto á entregarlo á una señorita tan digna de él como él era digno de ella, y, sin embargo, sus aspiraciones no tuvieron éxito. A los demás, que en tanto lo estimábamos, nos parecía imposible ese misterio del corazón humano, cuyas fibras se mueven por impulsos tan inciertos. Volvamos de nuevo la vista á Méndez Núñez, como comandante de la goleta *Cruz*.

Se distinguió en ese mando por lo que se puede llamar una conducta excepcional y peculiar suya, sin ofender á los demás marinos; ni siquiera un solo día de todos aquellos en que durante dos ó tres años conservó el mando del buque durmió en tierra, y esto que hoy sería de poco mérito, teniendo en cuenta que se puede ir á bordo á cualquier hora de la noche, lo tenía muy grande entonces, cuando rancias costumbres hacían que las Puertas de tierra y de la mar, de Cádiz, se cerraran á la puesta del sol y solo se abrían las últimas á las once en punto de la noche, y esto durante pocos minutos, para dar salida á los comandantes ó

capitanes de los buques mercantes que quisieran ir á bordo. Como Méndez Núñez no era hombre capaz de hacer alarde alguno de actos meritorios, era de ver el cuidadoso disimulo con que desde las diez y media estaba pendiente de los minutos para que no le faltaran los siete que calculaba necesitaba para llegar á la Puerta del mar desde cualquier parte de Cádiz, según él decía. Era de ver, cómo jamás se distraía y ya fuera que se estuviera en animada conversación, ya que una preciosa pieza cantable le tuviera extasiado, ya fuera que en cena amistosa de jóvenes como él, reinára el Champagne y la algazara, nunca logramos retenerlo un minuto cuando era el momento de partir, y hasta cuando por broma nos proponíamos distraerlo para ver si lográbamos, ya por puntillo, que una vez siquiera perdiera la ocasión de ir á bordo, nunca lo conseguimos, y la vez que más nos acercamos, atrasando un reloj que estaba á la vista, se formalizó, dando una prueba más de su seriedad de carácter y prudencia, pues al apercibirse de lo que pasaba, comparando la hora con su reloj, nos dijo que solo hubiéramos conseguido fastidiar al capitán de llaves, pues sabiendo que él estaba en tierra lo hubiera esperado, lo cual á él le hubiera contrariado mucho, porque nunca lo había hecho esperar, aun sabiendo que podía contar con esto. Este pequeño rasgo dice, sin embargo, lo que era Méndez Núñez como cumplidor de sus deberes y hasta qué punto llevaba su regularidad y exactitud en todo. No podemos menos de recordar aquí que durante el mando de la goleta *Cruz*, parece que por contraste, tenía á sus órdenes como segundo y como médico á dos simpáticos y conocidísimos jóvenes en Cádiz, por su buen humor y sus ligerezas, tan opuestas al modo de ser de Méndez Núñez; Leonardo García de Leaníz y Antonio Liaño eran los subordinados y compañeros á bordo de Méndez Núñez. ¿Quién diría, conociendo á los tres, que había la más perfecta inteligencia y la más sincera amistad entre ellos? y, sin embargo, Méndez Núñez á bordo era el gefe severo y respetado por sus divertidos oficiales, sin que el servicio se resintiera en lo más mínimo por ese contraste. ¡Cuántas y cuántas veces salió la *Cruz* á la mar con una hora de aviso y, sin embargo, siempre parecían á tiempo García de Leaníz y Liaño, que otros días, cuando no tenían deberes, eran inencontrables en Cádiz ni con galgos ni podencos. Secretos de saber mandar, que sin duda era una de las muchas dotes de Méndez Núñez.

Este gran marino, tan prematuramente perdido para la patria, salió de Cádiz para otros servicios de su carrera, siempre importantes, fuera por su crédito ó por su buena estrella, dejando un gran nombre y extremadamente querido de cuantos tuvimos la suerte de estar en su intimi-

dad; así fué que cuando llegaba la noticia del hecho de armas en Filipinas, de embestir á un fuerte embarrancando su buque para entrar en él por el botalón de foque, hecho en que fué herido el reciente ex-ministro de Marina, Cervera, todos nos decíamos: ese es Méndez Núñez, decisión, arrojo y empuje; cuando aceptó con fruición pasar el Estrecho de Magallanes con el buque de más porte y calado que hasta entonces había penetrado en él, todos nos dijimos: ese es Méndez Núñez, capaz de emprenderlo todo con entusiasmo por realzar á la marina española; cuando le vimos en el duro trance de tomar el mando de la escuadra del Pacífico en las malas condiciones que producían el suicidio de Pareja y con las dificultades aleatorias consiguientes á corresponderle esa posición, teniendo que mandar una escuadra cuyas unidades en su mayor parte estaban mandadas por marinos que habían sido sus gefes, y vimos lo bien que lo hizo, nos dijimos: ese es Méndez Núñez, el hombre de buen alma, de buena intención y de tacto exquisito en todas ocasiones; por fin, cuando contestaba lo que se mereció al osado almirante inglés, que habló de interponerse entre sus buques y el puerto atacable, nos acordábamos de su firme voluntad en todos los lances en que lo habíamos conocido; y se mostró, como militar, valiente y gran patriota.

Méndez Núñez en la sociedad de Cádiz y en el mando de la goleta *Cruz*, dejó ver lo que había de ser como particular y como marino; lástima grande que no hubo ocasión de conocerlo como hombre de Estado ó siquiera como ministro de Marina. Era carácter más noble, más entero, más serio y sobre todo más inflexible en cumplir su deber y más exigente para que cada cual cumpliera el suyo, de lo que se encuentra reunido en general y en nuestro país en particular. Méndez Núñez fué siempre fecundo; lo que se proponía hacer lo hacía; lo que creía que debía decir lo decía sin violencias ni reparos. Quedará probablemente en el misterio para los contemporáneos, hasta qué punto una enérgica comunicación suya contribuyó á derribar un trono. ¿Quién que sepa la parte que en ello tuvo la marina, y tenga siquiera una idea somera del fondo y del tono de aquella comunicación no vé una relación entre ella y la revolución de Septiembre? ¿Fué aquella comunicación ó memoria la gota de agua que hace rebosar el vaso? La historia puede que estudie esta cuestión, que tanto empeño se ha puesto en que no conozcamos los que hemos vivido en la época de esos sucesos. Entretanto, los que creemos en la decisiva influencia de una sola personalidad de gran valer en la suerte de un país, no nos consolaremos nunca de la prematura muerte del Almirante Don Casto Méndez Núñez; del efecto que como su amigo y como patriota sincero que soy produjo en mí, solo sé decir,

que desde su fallecimiento tengo un odio terrible á las corridas de toros, que me explico muy especialmente, por el hecho de que en la capital de España, al mismo tiempo que moría el Almirante á consecuencia de heridas en hecho de armas glorioso y desgastadas sus fuerzas físicas por afanes patrióticos, se mostraba más interés que por su vida y sufrimientos, por los de un torero herido en un lance de la lidia, de lo que se llama la fiesta nacional.

Juan Gómez Herrera



HECHOS HISTÓRICOS.



Sr. D. Federico Joly.

Mi muy querido amigo: lo confieso ingenuamente: cuando leí en el Diario la invitación que se hacía á los escritores de Cádiz para que relatasen algún hecho histórico en que hubiesen tenido intervención más ó menos directa, no creí que el amable *convite* se extendiese hasta mi humilde personalidad, y no me ocupé absolutamente de él. Grande fué, por tanto, mi sorpresa al recibir su cariñosísima carta que no me dejaba lugar á duda: la invitación tenía, ó bien se la daba la bondad de V., una generalidad que yo no pude abarcar. ¿Escritor yo? Solo el particular afecto con que V. se digna distinguirme, lo ha cegado hasta el punto de considerarme colocado en tan alto puesto; afecto que me es muy grato, pero que en la presente ocasión me lastima; porque movido por él V., amigo mío, me coloca, como en lo vulgar se dice, entre la espada y la pared, envolviéndome en el dilema que se encierra en esta corta frase: "ó ingrato ó escritor."

No quiero ser, ni menos aparentar, lo primero: me resigno y acepto el segundo papel como un mal cómico puede aceptar el de protagonista de un drama de Echegaray, con la completa certidumbre de obtener crispante silba como premio de mi osadía forzada: la violencia que se me hace es mi disculpa. Y basta de exordio, no vaya yo, sin quererlo, á unir á lo malo lo parlanchín; entro, pues, en materia, que desgraciadamente tengo mucho que referir. Este desgraciadamente es una palabra con que honestamente descubro mi vejez, é indica además los miedos, trabajos y sudores que voy á sufrir para coordinar mi relato, que dividiré en tres partes, de las que la primera lleva por título

I

UN HÉROE DE LA DISCIPLINA.

Había llegado el anhelado día, aquél que esperaban tan ansiosamente cuantos ambicionaban para la patria española la libertad que dignifica y el progreso que enaltece. Día cuyo advenimiento habían anunciado profecías sanguinarias: tras de 1866 y 1867 había de llegar el 1868, y después de un 22 de Junio un 18 de Septiembre. Van transcurridos cinco lustros, y paréceme que fué ayer aquél día tan preñado de esperanzas y tan lleno de angustias y de entusiasmos.

La capitana de la escuadra surta en Cádiz, disparó dos cañonazos: era la señal convenida para el levantamiento de la ciudad de S. Fernando. El arsenal izó bandera, para indicar á la escuadra y á la ciudad que se había adherido al movimiento. El bizarro teniente coronel de Infantería de Marina D. Agustín Burgos, se lanza sobre la casa de la ciudad al frente de media compañía de Cantabria, los carabineros de la zona y siete soldados de marina. Los paisanos atacamos por el frente, los guardias locales, que defendían el Ayuntamiento, nos hacen una descarga, y no pueden repetir sus disparos porque son arrollados, vencidos y desarmados.

La casa de la ciudad está tomada; pero falta el cuartel de San Carlos, donde la oficialidad tiene encerrado á un regimiento. Nos dirigimos al cuartel.

El general D. Rafael Primo de Rivera y D. Agustín Burgos piden parlamento y se les concede. Penetran en el cuartel, del que salen á los pocos minutos: los gefes y oficiales, aun los que estaban comprometidos, se niegan á tomar parte en el movimiento, y únicamente el valiente capitán Nandín, que no lo estaba, abandona el cuartel para unirse á los revolucionarios.

Momentos de angustias fueron aquellos. Yo tenía en el bolsillo la copia de un telegrama en que se mandaba al gefe de la estación del ferrocarril que tuviese vía libre para dos trenes salidos de Sevilla cargados de tropa. Era preciso evitar una sorpresa que nos hubiera sido fatalísima, teniendo, como teníamos, el enemigo dentro de la plaza y fuera de ella. Se me autorizó por el gefe militar para que adoptase cuantas medidas creyese convenientes para impedir un golpe de mano.

Ya había yo, al medio día, cortado la línea férrea un cuarto de legua

antes de llegar á los puentes, y construído una poderosa barricada con tablones al extremo Norte del grande. Faltaba fortificar el Zuazo y á él me dirigí al frente de unos cuantos paisanos. Era mi pensamiento destruir el suelo de madera que completa el puente Zuazo formando su ojo grande, abriendo de modo tan sencillo un ancho foso muy difícil de franquear, con lo que dejaba la población á cubierto de una sorpresa. Como la madera del suelo era muy dura y se resistía á las hachas, hice amontonar gran cantidad de leña sobre ella y se le dió fuego, á tiempo que desembocaba por la cabeza del puente el ómnibus que en aquel entonces hacía viages diarios entre Chiclana y S. Fernando. Venía subida en ese carruaje una pareja de guardias civiles, quienes, ya bastante próximos, mandaron parar el carruaje y echaron pie á tierra. Estábamos los paisanos escasos de armas, y dos civiles representaban para nosotros dos carabinas, así es que la voz que se oyó no fué la de "ahí vienen los civiles," sino "ya hay dos carabinas." Temeroso de algún desmán del paisanaje, los aquieté, pedí una escopeta, puesto que yo no llevaba arma alguna, y, encañonando á uno de los guardias, dí la voz de armas á tierra: obedeció el uno, desapareció como por escotillón el otro, hicimos un prisionero y obtuvimos una carabina.

En este entretanto habíame enviado el general Primo de Rivera doce carabineros al mando de un sargento para que se pusieran á mis órdenes, y á ellos entregué el prisionero, mandando que, debidamente custodiado, lo presentaran al general, y seguí mi faena de hacer avivar el fuego.

En ella estaba cuando llegó á mí, todo azorado, D. Luís Pando, empleado del arsenal, quien me gritó: ¡Acuda V. que el pueblo ha atropellado á los carabineros, y van á matar al guardia civil! Corrí cuanto pude al sitio de la ocurrencia, y encontré á un grupo, que se compondría como de unos ochenta cargadores de sal, que tenían rodeados á los carabineros y al guardia. Abríme paso, llegué á éste que estaba herido en la boca y barba, y poniéndome ante él, hice ademanes con los brazos para imponer silencio y tranquilizar los ánimos. Entonces al oído le dije al guardia: "Conozco los estrechos deberes que impone á ustedes la disciplina, pero hoy no existe ésta para nadie: este pueblo está en revolución, Vd. es uno y los que le rodean muchos, déles gusto y diga lo que desean: viva la libertad." Hizo el guardia un signo negativo con la cabeza, y rápida como el relámpago ví brillar un arma por encima de mi hombro, y yo tan rápido como el agresor colguéme de su brazo, llegando tan á tiempo que apenas lo hubo para separar la punta de la navaja del pecho de aquel valiente.

Caímos agresor y yo al suelo, la navaja debajo de mi rodilla é hiriéndome muy levemente; pero muy pronto estuve de pie cubriendo con mi cuerpo el de aquel valeroso soldado. Apostrofé á los paisanos, creo que hasta los llamé asesinos, pero á todas mis exhortaciones se respondía siempre con el mismo grito "Pues que diga viva la libertad." Mi situación era muy difícil, porque lo más mínimo, la llegada de otros paisanos, podría aumentar la excitación, y entonces la catástrofe era segura. En momentos de tanta congoja, un paisano que se hallaba colocado un poco detrás de mí, al costado del guardia, sacó un revolver y diciéndome al oído "no tenga usted cuidado que no le hago nada" lo aplicó recatadamente á la cintura del soldado, conminándole para que diese el grito que se le pedía. Entonces aquél, no sé si por la amenaza, si por consideración al peligro en que me veía, se quitó el sombrero y dió el anhelado grito.

Calmóse, como por arte mágica, la furiosa tempestad: aquel numeroso grupo de gente de pueblo, poco antes tan furiosa hasta el extremo de enarbolar la navaja del asesino, trocó su cólera en alegría, y las voces de rabia se tornaron en voces de entusiasta contento.

Libres ya de la tempestad cuyos rayos habíamos sentido tan de cerca, puse en libertad á aquel valiente; pero ordenándole, para evitar un mal encuentro, que se quitase levita y sombrero, liase ambas prendas en un pañuelo y se dirigiese al hospital. "El uniforme que visto, me replicó el guardia, lo he llevado y llevo siempre con honra, y no me lo quito." Pues entonces es V. mi prisionero; y lo entregué al sargento de carabineros, dándole la orden de que al oscurecer, y debidamente escoltado, lo presentasen al general Primo de Rivera.

Mientras tanto el fuego se había propagado en la cortadura del puente y, seguro de su buen resultado, pasé con mi gente en las falúas de la marina á la otra banda del Sanctipetri para explorar los alrededores en dirección de Puerto Real.

Cuando volví traía un pequeño ejército, pues mi pequeño núcleo se había reforzado con los guardas de las salinas de la ribera, que todos procedían de los sargentos expulsados por causa de los sucesos del 22 de Junio.

La voz del ¿quién vive? dada por el centinela colocado en la entrada del puente, nos detuvo, y, avanzando yo solo para darme á conocer, ví que quien cumplía tan correctamente con su deber era ¿quién lo creerá? el guardia civil de mi historia: aquél hombre, mártir de la disciplina, que cumplía ahora como cumplió antes con su deber.

Antes la ordenanza inspiró su conducta digna de un valiente y pun-

donoroso soldado: después esa misma ordenanza, que impone la ciega obediencia al mandato de sus superiores, le obligó á abrazar una causa que tal vez no estuviera en sus ideas; pero siempre fué un soldado digno de admiración y de respeto.

La única noticia que pude adquirir de él fué la de la provincia de su naturaleza: aquél modelo de soldados era asturiano.

II

¿QUIÉN SERÁ NUESTRO SALVADOR?

Han transcurrido cuatro años. Las Cortes Constituyentes habían ordenado que España fuera monárquica, y el trono lo ocupaba D. Amadeo de Saboya, contra el cual se habian desatado las furias de la aristocracia, de los carlistas y de los republicanos. En mi vida, que no es corta, he visto más odios desencadenados. El partido republicano, partido joven, que había tomado parte en la revolución de Septiembre, aportando á ella su espíritu vivificador y sus juveniles energías, no veía con paciencia las decepciones que á cada paso le ofrecían muchos de los que habían sido sus ídolos, y era materia dispuesta para que los políticos duchos en las malas artes, que parecen ser dogma fundamental de la política moderna, encontrasen en él elementos inconscientes para hacerlos servir á sus astutos propósitos. Y si estos no los obtenían, llevaban á cabo los más terribles actos con la certeza de la impunidad, porque estaban seguros de que la justicia habría de buscar á los criminales entre los republicanos, y no entre los verdaderos instigadores del crimen. Todavía es un problema sin solución el asesinato del general Prim; y cuenta que fueron procesados centenares de republicanos.

No negaré que el partido republicano estaba excitado hasta la locura: el elemento joven que, como todo lo joven, siente y no reflexiona, enardecido por las predicaciones de *El Combate*, y por las propagandas de republicanos de buena fe, y de la pillería que otros partidos astutos y expertos habían entrometido en él, estaba en esa época dispuesto á todo.

Era yo en aquel tiempo profesor gratuito de tres centros populares de instrucción, el de Institutrices, el de la escuela municipal de la calle del Arco de Santa María, fundado por mi inolvidable y queridísimo amigo D. Diego M.ª de Quesada, y de otro costeado por el sabio y malogrado rector de la Universidad de Madrid, D. Fernando de Castro. Estas circunstancias me ponían en contacto bastante íntimo con aquella

juventud brillante que, impulsada por sus ideas de libertad y progreso, dedicaba á instruirse el tiempo que robaba al descanso.

Podía decirse de aquella juventud que frecuentaba las aulas, que era lo más florido y selecto del pueblo obrero madrileño. Todos honrados, todos amantes de la ilustración; pero no por ello estaban libres del perturbador espíritu que, cual fuego brotado del averno, todo lo abrasaba, todo lo reducía á cenizas, á la nada: generosos sentimientos, hidalguía, justicia, fraternidad, todo era devorado por aquel volcán que no dejaba en el alma más que rencores, odios y pensamientos de destrucción.

Hallábame enfermo cierta mañana, cuando ví entrar en mi dormitorio á uno de mis discípulos más aventajados, de oficio albañil y natural de Málaga. La gravedad de su rostro y su entrada precipitada indicaban que algo grave acontecía. Sentóse en el borde de mi cama y casi pegando la boca á mi oído, me dijo lo que sigue: "Esta noche quitamos de enmedio á Amadeo, cuando vuelva del paseo ó del teatro: la orden es la de darle un susto mayúsculo para que se vaya con la música á otra parte; pero nosotros hemos pensado que lo seguro es lo comido, que muerto el perro se acabó la rabia, y vamos á tirar á dar, para lo cual hemos tomado nuestras precauciones, y habrá coche atravesado y cuanto se ofrezca: á estas horas hay quinientos hombres en las calles y todos tienen señalados sus puestos: ante cada parroquia se estacionará un pequeño grupo que, al recibir la noticia, subirá á los campanarios y tocarán á rebato y... mañana tenemos la República en España."

Inútil hubiera sido disuadir á aquel joven fanatizado ni aconsejarle que dejara de tomar parte en el sangriento episodio que se tramaba. Yo sabía que pertenecía á los clubs de las gentes más avanzadas en política, y que no era posible arrancarlo del ambiente de fuego en que políticamente vivía. Calléme, y seguí escuchando todos los detalles que con gran minuciosidad me explicaba. La pasión política había avivado de tal modo el entendimiento de aquella juventud que, más que fanáticos, parecían personas amaestradas por larga experiencia en todos los ardides de las conspiraciones y golpes de mano.

Héteme, pues, convertido, cuando menos lo esperaba, en cómplice, encubridor ó como se llame lo de saber que se va á asesinar á un hombre, á un hermano, y no hacer nada para evitar un crimen, que podía ser tanto más enorme cuanto que sabía que, ya fuese Amadeo á la Castellana, ya al teatro, lo acompañaba siempre su esposa y á veces los niños.

Confieso que pasé horas de horribles angustias. Ni siquiera se me pasó por la mente delatar el crimen que se tramaba: solo se me ocurrió

que debía evitarlo y esto se conseguiría si la familia reinante no salía aquella tarde ó noche; pero ¿cómo evitarlo? Yo tenía alguna intimidad con mi compañero de revolución en San Fernando, ya general, Don Agustín de Burgos, que desempeñaba el cargo de ayudante ó jefe del cuarto militar del rey: con D. Juan Topete, el bizarro marino, y con el eximio poeta López de Ayala; podía dirigirme á alguna de esas tres personalidades, quienes, por los cargos que ejercían ó habían ejercido en el gobierno ó en palacio, podían tener influencia para impedir que la familia real saliese á paseo ó al teatro en aquél, para mí, tristísimo día.

Dirigirme á cualquiera de esas tres personas tenía para mí inconvenientes, que juzgaba muy graves, dada mi posición social en aquel entonces, en que estaba atenido á vivir con un ingreso mensual de treinta y una pesetas y veinticinco céntimos, mitad, descontado el alquiler de la casa, de lo que producía la Academia que estableció el egregio sabio, mi queridísimo Eduardo Benot, á raíz de haberse disuelto las últimas Cortes, de cuya academia era yo el profesor de Matemáticas. Tal situación pecuniaria, que me obligaba á hacer de dos días uno, con el sencillo, pero no estomacal, procedimiento de almorzar un día y dejar la comida para el siguiente, ¿no podrían echarlo á mala parte, y suponerse, porque *cosi è il mondo,* que yo daba aquel paso humanitario, con el que á la vez evitaba una gran vergüenza á mi patria y á la preconizada hidalguía española, por miras interesadas y particular provecho?

Imaginar que tal pudiera pensarse hacía subir oleadas de sangre á mi rostro, y separaba mi imaginación como horrorizado cada vez que se me ocurría apelar á ese recurso. Pero entonces me acordé felizmente del Sr. D. Francisco de P. Márquez, mi antiguo gefe, cuando yo pertenecía al cuerpo de astrónomos del Observatorio de Marina, con quien reñí violentamente por aquel tiempo, y al que me volvieron á unir estrechos lazos de amistad. Era Márquez una personalidad que tuvo siempre el buen acuerdo de permanecer alejado del candente campo de la política; pero que por su saber, por su posición social, estaba muy relacionado en Madrid y especialmente con D. Juan Topete, y ví en él el recurso más eficiente que pudiera emplearse en aquella azarosa situación.

A él me dirigí, y exigiéndole solemnemente su palabra de honor de que en ningún caso, y fuera cual fuese la presión de las circunstancias, revelaría mi nombre, le relaté cuanto iba á ocurrir si la familia real salía en aquél día á la calle.

El Sr. Márquez, según me relató al siguiente día, cumplió fielmente su misión, y puso en movimiento á D. Juan Topete, que inmediatamente fué á palacio: no pudiendo disuadir al rey para que suspen-

diese su salida, buscó en persona al gobernador, y al ministro de la Gobernación, los señores Mata y Martos, si la memoria no me engaña, y no quedando tiempo para adoptar otras precauciones, no hubo otro medio que vestir de paisano á un respetable número de policías y apostarlos en todos los sitios donde notaran grupos.

Lo que sucedió aquélla noche de todos es sabido; pero lo que nadie sabe hasta ahora es que, cuando la reina al ver á Topete, que entró tras ella en palacio, y le preguntó ¿quién ha sido nuestro salvador? pudo ser replicada: Señora, un pobrísimo republicano que se oculta entre impenetrables tinieblas, y que ha rendido culto ferviente á uno de los dogmas escritos en su bandera.

FRATERNIDAD.

UN CINCINATO ESPAÑOL.

Han transcurrido algunos meses desde que ocurrieron los sucesos acabados de narrar. Don Amadeo de Saboya había abdicado por sí y sus sucesores la corona de España, y la República había reemplazado á la monarquía.

Existían ya unas Córtes Constituyentes en las que los distritos rurales habían dado brillantes muestras de su tacto político, enviando, con raras excepciones, como diputados, lo más chilloncito y, por consiguiente, lo más huero de las *entidades* que figuraban en el padrón de sus respectivos vecindarios.

Dentro del Congreso habíase establecido algo así como un deslindamiento de campos, figurando en él una derecha cuyo *leader* era Don Emilio, un Centro sin jefe conocido y una izquierda cuyo campeón lo fué el Sr. Pí y Margall.

Fuera del Congreso teníamos la guerra separatista en Cuba, tristísima herencia que dejaron á la República los gobiernos de la época revolucionaria: otra guerra, pero de sucesión, rico presente con que esos mismos gobiernos habían agasajado á la nueva institución y, por último, la guerra cantonal. Sabido es que estos tres horrores eran alimentados por los reaccionarios de todas las categorías, cuyo maquiavelismo llegó hasta el grado de inventar el medio de que el oro de los mismos liberales sirviese para la consumación de sus nefandos planes.

¡Cuántas infelices mujeres, creyendo hacer una obra piadosa, aprontaron el dinero que sirvió para comprar el fusil que tal vez fué el mismo que vomitó la muerte sobre el esposo querido ó el hijo idolatrado!

Los locos de la República, á quienes ayudaban prodigiosamente los agentes de la reacción, consumaban la obra de asesinar la recien nacida institución, exagerando y desquiciándolo todo. El desmoralizar el ejército fué su obra predilecta,y ciertamente que salieron airosos en su obra de maldición.

Había llegado el momento de poner algún remedio al desquiciamiento general, y para ello había que empezar por restablecer la ordenanza militar en todo su vigor, esto es, principiar por fusilar.

Era entonces presidente del Congreso y, por tanto, de la República, el sabio, integérrimo y consecuente D. Nicolás Salmerón, con cuya amistad me honraba y me honro. Todos saben que siempre ha sido acérrimo enemigo de la aplicación de la pena de muerte, y aunque en los paises en que se halla establecida la abolición de ese horrible castigo no se hace extensiva al ejército en estado de guerra, la pureza con que el gran patricio español profesa sus ideales, no le permitía transigir ni un ápice. Así me lo manifestó en el comedor de su casa. *Amigo mío, me dijo, abandono la presidencia; ha llegado el momento en que hay que fusilar, mi mano no firma ni firmará nunca una sentencia de muerte.*

Transcurrieron dos ó tres días, y la noticia de la caída próxima de Salmerón había cundido por todo Madrid: se sabía que en aquella noche, del día á que me refiero, cuya fecha no recuerdo, iba á votarse un proyecto ó proposición en que el gran tribuno iba á ser derrotado por otro gran tribuno que siempre, más ó menos encubierto, había sido enemigo personal de aquél, D. Emilio Castelar. Se tenía la derrota por segura, y los afectos al presidente de la República principiaron á agitarse.

Era al oscurecer de la tarde cuando recibí un aviso del dueño de la farmacia sita en la calle de Hortaleza esquina á la de Bilbao, para que me llegase cuanto antes á su oficina. Acudí presuroso y halléme en presencia de unos dieziseis ó dieziocho señores. Uno de ellos tomó la palabra en representación de todos y me dijo: Hemos llamado á usted, porque creemos que es la persona que en estos momentos puede desempeñar una delicada misión. Deseamos que sea V. intérprete de nuestros sentimientos para con D. Nicolás. Dígale que nosotros, que somos todos comandantes de la milicia, estamos constituídos en sesión permanente: que todas las bandas de tambores y cornetas están repartidas por el casco de la población en lugares convenientes, listas para tocar llamada y tropa en el momento oportuno. Que esta noche, al saberse su caída, caerá toda la fuerza ciudadana sobre el Congreso y al grito de viva Salmerón, abajo Castelar, éste será muerto á bayonetazos. Estos son nuestros propósitos; esto lo que queremos que manifieste V. á D. Nico-

lás, sin que falte punto ni coma. Exigiéronme palabra de que no supriminía nada; salí de allí, tomé un coche de punto y á escape me dirigí al Congreso. Hice llamar por un hugier al ilustre patricio, á quien relaté, sin omitir palabra, cuanto me habían encomendado.

Dígales V. á esos señores comandantes, me replicó, que las Cortes son soberanas, y lo que ellas ordenen se cumplirá al pie de la letra: que en este momento comunico orden al capitán general de Castilla la Nueva para que ponga la tropa sobre las armas y saque la artillería á la calle, y dígales también, añadió, que si intentan llevar á cabo sus desgraciados intentos, yo me pondré al lado del capitán general y á su lado combatiré en defensa de lo que constituyan las Cortes, que son soberanas.

Aquélla noche cayó el Ministerio presidido por este gran hombre, y fué elevado á la presidencia de la República otro acérrimo enemigo de la pena de muerte, D. Emilio Castelar, que probó la firmeza de sus opiniones, firmando la sentencia por la cual habían de ser pasados por las armas dos infelices soldados.

F.co Peña Otero



BAUTISMO POLÍTICO.



Cuando aconteció el gran movimiento revolucionario de Septiembre de 1868, contaba yo 19 años, y me ocupaba tanto de la política como de la gerigonza de los alquimistas de la Edad Media con la piedra filosofal, ó de la cacería con escopeta, cuya distracción aborrecí desde que tuve 16 años, con motivo de un día de hambre horrible que sufrí en una excursión por el campo, la cual tuvo término, gracias á unos canteros conocidos, que me invitaron, ya entrada la noche, á comer unas suculentas sopas de tomate, que en aquélla ocasión saboreé, como si hubieran sido de rico solomillo de ternera.

Por ese tiempo, cuando leía yo algún periódico, era por vano pasatiempo, sin ningún alcance de los enmarañados y complejos artificios de la política, ni de los hombres que la representaban. Yo había oído hablar de Espartero como de un gran liberal, y de Narváez, como terrible reaccionario, y de Prim, como la encarnación de la salvación de la patria; pero todo esto por referencias, porque entónces iban mis aficiones por otra parte. Formaban mi embeleso los bailes de sociedad y las reuniones en donde se destacaban las muchachas jóvenes y alegres. Yo no comprendía de buen gusto reuniones donde no predominaran las mujeres, tanto en las giras campestres, como en las excursiones por la bahía, y en aquellos mismos pontones que sirven de almacenes ¡cuántos bailes se han improvisado, con música de acordeones y guitarras, que tocan admirablemente los hijos de Gibraltar!

Pero todo varía, y la decoración vá á cambiar por momentos.

Era una noche fría del mes de Febrero de 1869, y sin objeto premeditado, transitaba yo por la calle de Cadalso de La Línea. Era la noche obscura, y por aquél tiempo, aun no se había pronunciado el *fiat lux* para los vecinos de la villa. Una sola luz se reflejaba en la calle, cuyo

foco partía de la escuela pública que existía á la sazón. Al llegar yo á la puerta de aquél centro, único al que he asistido en mi vida, en cuyas aulas recibí las cortas nociones que aprendí, observé con sorpresa, que se hallaba ocupado por un número considerable de vecinos, obreros en su mayor parte. A un lado de la pared se alzaba una tribuna, que en aquel momento ocupaba un señor elegantemente vestido, de unos 30 años de edad, y de fisonomía simpática. Explicaba á los oyentes las ventajas de la república sobre todas las demás formas de gobierno conocidas y, con su triunfo, el mejoramiento de la clase obrera, en quien vendría á recaer el beneficio, por el nuevo reparto que habría que hacerse de la propiedad y demás bienes de la tierra. Más tarde comprendí que en aquellas predicaciones había una mezcla funesta de democracia y anarquismo.

Un amigo mío, que se hallaba á la puerta, me invitó á que entrara, y accedí por curiosidad, porque hasta entónces yo sólo había oído predicar en las iglesias, y aquel lenguaje era para mí una novedad que me descubría nuevos horizontes. Con tanta sencillez escuché yo á este primer orador cívico, como si hubiese sido *El Gil Blás* del P. Isla. El orador terminó su arenga entre las aclamaciones del auditorio, y el presidente de la reunión, que era un anciano y honrado carpintero, invitó á la concurrencia á firmar en un libro, como adeptos de la nueva doctrina. Hice yo el número 18 de los inscriptos,y confieso, que en los primeros instantes, no me pude dar cuenta de lo que hacía; pero es el caso que aquel compromiso casual me obligó en adelante, constituyendo mi *bautismo político*.

A los pocos días de este suceso, se designó Comité, del cual fuí nombrado secretario, cuyo cargo me obligaba á escribir y leer periódicos y libros, y de la lectura de éstos, y por los discursos elocuentísimos pronunciados en las Cortes Constituyentes de 1869, y en particular del gran tribuno D. Emilio Castelar, á quien siempre profesé una admiración cuasi idólatra, iba yo entendiendo que la democracia debía de ser una doctrina de una virtualidad intachable, para ponerla, por sus excelencias, en contraposición á lo que creíamos desmanes y vicios en los demás partidos; pero observaba, con disgusto, que aquellos idealismos salvadores eran rechazados en la práctica por una exajerada intransigencia, que mis convicciones rechazaban, y á veces, con amenazas irritantes, por diferencias de detalles.

Una noche, en la cual se discutía sobre cierto problema de derecho, nos sobrecogió de repente un asalto, promovido por una turba armada con palos, estoques y rewolvers, cuya agresión fué rechazada por los de adentro; y parece mentira, que más tarde, en 1873, salieran de aquella

turba los más fanáticos demagogos é intransigentes empedernidos contra los demócratas históricos.

Pero al llegar á este periodo de tiempo, tengo que exclamar con el poeta:

"¿Porqué volveis á la memoria mía,
Tristes recuerdos del placer perdido?"

A las emociones de una política violenta, había que añadir otra impresión más fuerte, la de un cariño cuasi romántico.

Era Elena agraciada morena, de ojos grandes y fascinadores, negros como su cabello abundante, que en forma de bucles le caía por la espalda; su voz armoniosa y timbrada resuena siempre en mi oído como un eco lejano que conmueve mi espíritu, como lo conmovieron cuando existía sus cantos melancólicos. Ambos soñábamos lo ideal é irrealizable, felicidades ignotas, extraños sentimientos y predicciones tristes, que tuvieron realidad. Murió joven, ¿pero quién hubiera resistido á sus encantos, dotada de un espíritu que todo lo embellecía y vivificaba? Nada es más cierto, sino que la primer mujer que amamos influye en nuestro modo de ser y pensar en lo futuro.

Proclamada que fué la república, y luego el cantón con sus Comités de salud pública, se organizaron compañías de voluntarios. Por este tiempo sufría yo las angustias horribles que produce la muerte inesperada de la mujer que amamos, cuando una tarde, de regreso de uno de esos paseos en donde no se sabe ni el lugar por donde se transita, ni la gente que pasa á nuestro lado, y el mundo todo se vé color de luto, triste como nuestros corazones, llegué á mi casa, y observé en un rincón un enorme fusil, viejo y mohoso, largo como una espingarda, y tan pesado como una negra conciencia, á cuyo instrumento de guerra acompañaba un oficio de la Junta de salud pública nombrándome voluntario, con la obligación de asistir á los ejercicios diariamente. Yo, que á la verdad no había pretendido aquel honor, porque era refractario á las milicias y al uso de armas de fuego, y porque en aquella ocasión mi espíritu intranquilo no se amoldaba á aquellas exigencias, resolví de plano, y dirigí otro oficio á la citada Junta devolviendo el fusil, so pretexto de mis escasas fuerzas para tan descomunal instrumento, y porque mis aficiones no me guiaban por el camino de la guerra, cuya resolución me valió una buena reprimenda por parte de uno de los oficiales de la guardia nacional, oficial que fué más tarde conservador acérrimo y convencido.

Aquellos desencantos lleváronme á tener poca fe en la política, y más cuando notaba que, sugetos apreciabilísimos en el trato particular, convertíanse como políticos en intransigentes é insensibles, á pretexto de lo inexorable de las doctrinas. Por otra parte, entendía yo que era funesta y de resultados contraproducentes aquella propaganda ateista con la profesión de fe democrática. ¿Acaso, decían los que conservaban la fe inquebrantable de la doctrina del Crucificado, no es la gran república Norte-americana la nación más creyente del globo? ¿No lo es también la república helvética? Yo sufrí aquel contagio. Con muy poca experiencia de la vida, la lectura de ciertos libros formaron en mi espíritu un vacío inconsolable: más tarde otros libros y la lectura atenta y reflexiva, hicieron que recobrase la fe extraviada su perdido equilibrio, convirtiéndola en firme é inalterable. Si la felicidad de los séres humanos es harto relativa, los que creen son siempre más felices que los que todo lo niegan, puesto que la esperanza es el consuelo de las almas que sufren.

Y llego á la síntesis de este escrito enojoso. La casualidad hízome político, y los desengaños me alejaron de la lucha de los partidos; pero si alguien me interrogara acerca de mis aspiraciones con respecto á mi patria, contestaría sin vacilar que prefiero siempre una democracia cristiana y conservadora, libre de intransigencias y de exagerados pesimismos; prefiero la libertad augusta, cuyo objeto sea el orden y el respeto; alejamiento de todo fanatismo; porque en la lucha de todo cuanto existe, no veo otro ideal más grande, ni que conmueva más el corazón, ni que despierte más entusiasmo que la idea de la patria, la cual prefiero á todo, después de la fe en el Eterno.

Manuel M. Espartal

TOROS AFRANCESADOS.



En el verano del año de gracia de 1873, lleváronme los sucesos cantonales que agitaban á Sevilla al tranquilo puerto de Huelva, mas el reposo y esparcimiento duraron pocos días, trocándose éstos de placenteros en muy acerbos para mí.

Tratábase de uno de los Oficiales de Marina que defendían el Arsenal de la Carraca, suceso gloriosísimo y de ventajosas consecuencias á la patria, no ya porque evitó que en las pecadoras manos de los sublevados cayera tan estratégico lugar y con él las riquezas que en efectos y armas poseía, sino también, y fué lo esencial, distrajo las fuerzas populares unidas á la artillería sublevada de Cádiz, que á no entretenerse largos días en el ataque del Arsenal, hubiéranse esparcido por las provincias de Cádiz y Sevilla, dando mayores proporciones á la revolución y alientos y refuerzos á los sevillanos, dificultando, Dios sabe hasta qué extremos, el triunfo alcanzado al fin por las tropas leales, guiadas de aquél instinto de cohesión que la Providencia puso en los pueblos para evitar en supremos momentos la disolución de la sociedad.

Conducía el Oficial aludido comunicaciones del General de Marina que dirigía la defensa al Comodoro de la escuadrilla inglesa surta en la bahía gaditana, y llevado de su ardimiento para cumplir en breve tan delicada misión, sin esperar el arribo de lanchas cañoneras, embarcóse en una pequeña canoa llevada por marineros, á remos, sin armas ni otra defensa que la bandera blanca de parlamento, respetada en toda ocasión de guerra; el viento y la bajamar hicieron que la pequeña embarcación pasara bajo los fuegos de las baterías de Punta Cantera, servidas por artilleros sublevados y paisanos, los que sin respetos ni miramientos á la insignia parlamentaria rompieron sobre ella nutrido fuego de cañón y

fusilería, y apresándola contra todo derecho, condujeron al Oficial á la Aduana de Cádiz, entregándolo á la Junta Revolucionaria en ella establecida. Era el presidente ó dictador el *ciudadano* Salvochea, quien dispuso la prisión de aquél bajo la vigilancia de contínua y doble guardia, porque siendo cercano deudo del General que defendía la Carraca, pensó sacar ventajas, ya amenazándolo con la vida de aquél, bien proponiéndolo para cange con prisioneros cantonales ó alcanzar alguna ventajosa capitulación, sin contar con la entereza de los que defendían el Arsenal y la del prisionero, que á todo había de negarse con firmísimo y decidido ánimo.

Sabidos por mí estos sucesos y comprendiendo la peligrosa situación de aquél á quien me ligaban estrechos vínculos de sangre, no dudé en seguir lo que el deber me aconsejaba; dejé á mi familia, por entonces segura, en Huelva, y salí en dirección á Cádiz, donde mis gestiones, los muchos y buenos amigos que allí tenía y los recursos que al ánimo presta siempre el afecto, pudieran ser útiles al que en situación tan difícil se hallaba. Como era de esperar, fué mi viage una serie de mudanzas y sucesos no exentos de molestias y peligros; más de una vez me paró en la carretera de Huelva gente armada, apuntándome muy heróicamente con las carabinas, que apenas sabía manejar; detuviéronme y molestaron al entrar en Sevilla; tuve que cruzar la ciudad del Betis, antes mansa y alegre y á la sazón convertida en campo de Agramante, por una red de barricadas que en varias líneas defendían las entradas de la capital, y salir por la puerta de San Fernando, donde había tres piezas de artillería y un enjambre de voluntarios, no sin graves dificultades, logrando al fin ganar la estación de Cádiz y el tren que me conduciría al Puerto de Santa María, notando á mi paso el hervor y acaloramiento de los ánimos en las poblaciones inmediatas á la línea férrea.

Una vez en el Puerto dirigíme á un mi amigo y compañero de Universidad, muerto no há mucho de manera trágica y deplorable, que me presentó al Cónsul Inglés, amabilísima persona, que, enterada de mis deseos, él mismo, en un gallardo bote que para su recreo tenía, condújome á la fragata de la escuadra inglesa *Triunfo,* cuyo comandante, modelo de buenos caballeros, prestóme señalados favores, é inolvidables á la familia del Oficial prisionero, cuando días antes tuvo que acogerse á aquél hermoso barco, perseguida y acosada por los mal llamados voluntarios de la *libertad*. El Comandante de la *Triunfo*, que sabía y noblemente deseaba el pronto y favorable desenlace del asunto que me llevó á Cádiz, puso á mi disposición un bote que, ostentando la bandera inglesa, me condujo al Arsenal de la Carraca.

¡Qué cuadro tan animado se presentó á mi vista! Todo era allí entusiasmo, actividad y nobles propósitos para defender y conservar á la patria tan importante y estratégico Arsenal; las baterías avanzadas, el movimiento de tropas, el contínuo cruzar de Oficiales y ayudantes, las voces de mando y el animoso toque de las cornetas prestaban á aquel recinto el aspecto de plaza sitiada que se defiende de poderoso enemigo. Luego que largamente hablé con el General del asunto que me llevaba y oídas sus instrucciones, volvíme en una lancha cañonera, que por descomposición de la máquina y ser la bajamar nos obligó á cruzar lentamente y á corta distancia de las baterías de Punta Cantera, al buque inglés, dejándome uno de sus botes en el muelle de Cádiz, acompañado del Cónsul, con el que entré en la Plaza.

¡Qué aspecto presentaba la alegre y culta Cádiz, y cuánto podría escribir de aquellos azarosos días!—Solo diré brevemente que me dirigí á la Aduana para ver al *ciudadano* Salvochea, compañero mío de colegio en los primeros años de la vida; reconocióme al punto y le debí de momento el señalado favor de que viera y hablase con el Oficial prisionero, por más que al segundo día revocó la orden y difícilmente me dejaban entrar en el recinto de la Aduana, donde presencié sucesos inolvidables é imponentes algunos; mas ya contaba yo con medios para comunicarme con el que era objeto del mayor cuidado y vigilancia, y aun tuve concertada su evasión luego de una serie de conferencias, precauciones y promesas con un *gefe de pelotón*, que no sin grandes dificultades convínose en tan arriesgada empresa, prevenida al efecto hasta en sus menores detalles.

Pero quiso la Providencia, elemento principalísimo de la historia, y de mayor lucimiento en la nuestra, que aconteciera un suceso favorable en aquella general anarquía, y fué que los soldados sublevados, vueltos á la disciplina ó al orden, dirigiesen las armas contra los cantonales, efectuando una contrarevolución. Aunque de incierto modo sospechábase el suceso, y en espera de él quedéme la noche antes en la casa de un deudo mío, frontera casi á la Aduana, porque en las anteriores, llegado á mi noticia que me vigilaban, tuve que variar de hogar cada día.

En la madrugada de aquella noche, cuando el sol aún no había salido por no presenciar sucesos más propios de las tinieblas, oí los primeros disparos y voces de *no tirar que somos hermanos*; creció el tumulto y el tiroteo se hizo general entre los que defendían la Aduana y los artilleros que á cuerpo descubierto la atacaban, amenazando con cañones apostados en las inmediaciones del edificio. Temeroso yo de lo que pudiera ocurrir al Oficial prisionero en momentos en que las pasiones

ahogan la razón y la venganza impónese á la generosidad, fuíme derecho á la Aduana, crucé por entre los contendientes, ví al General Eguía con algunos paisanos sostener valerosamente el fuego desde una ventana, contra los artilleros, y como todo fuese obra de un momento, cuando subí la escalera retirábanse ya por donde podían los voluntarios, no sin arrojar las gorras y carabinas, en tal número, que cubrían el suelo.

El sol alumbraba la alegre bahía gaditana cuando el Oficial, libre ya, se dirigía acompañado de mí á la fragata inglesa *Triunfo*, y luego que mediaron las frases de gratitud y cortesía con el noble comandante, que en su efusión nos abrazó cordialmente, dispuso un bote que condujese al Oficial español á la Isla de San Fernando, á donde deseaba llegar en breve para que, advertido el General de los sucesos, dispusiera la salida de tropas allí reconcentradas que rápidamente ocupáran á Cádiz antes que se reorganizáran los elementos revolucionarios desconcertados y dispersos; mas al ver que por orden del Comodoro, para más extremar sus bondades, tripulábase la falúa con marinería armada, una ligera insinuación del Oficial español bastó para que con gran viveza se penetrara de que fuerza extrangera no debía intervenir ni aun aparentemente en nuestros asuntos, y desarmada la tripulación nos condujo al muelle de la Avanzadilla, para de allí, en la tradicional calesa, refugiada en aquél hermoso rincón de Andalucía, trasladarnos á San Fernando.

A mi paso tuve ocasión de ver el antiguo Colegio Naval, totalmente acribillado de balazos; el cañón que reventó destrozando á Mota con otros desgraciados; los retratos de antiguos marinos rajados por las bayonetas; el Panteón de Marinos Ilustres profanado en los restos del insigne Valdés, y con dolor supe que el cáliz donde se celebró la Misa antes de la batalla de Lepanto, con otros venerandos objetos, todo había desaparecido, sustraído por el desenfreno y la codicia.

Llegados á San Fernando y advertido el General de lo ocurrido en Cádiz, acogió las oportunas indicaciones del Oficial, y reunidas en brevísimos momentos las fuerzas de que disponía, luego que las arengó partieron para el arrecife á ocupar á Cádiz, y con ellas mi hermano, que no era otro el Oficial de Marina prisionero, en tanto que yo, en dirección opuesta, me dirigía á Sevilla, no poco fatigado de cuerpo y espíritu.

Mas advierto olvidaba el asunto de que iba á tratar, tal vez por ser de menor cuantía, comparado con los que sin darme cuenta he relatado con demasiada extensión para este lugar.

Tiene el bibliófilo algo de monomanía, si bien mansa é inofensiva,

tan pertinaz y pegajosa, que difícilmente la deja en los más árduos sucesos de la vida; digo esto porque en los días que pasé en Cádiz, cuando poca ó ninguna tranquilidad ó reposo cabían en mí, hube de topar con un puestecillo de libros viejos, y verlo y maquinalmente irme á él todo fué uno, y entre distraído y curioso espurgué unos cuantos folletos de la guerra de la Independencia, que ya por aquellas calendas comenzaba yo á reunirlos con igual afán que hoy; y ¿para qué ocultarlo? en aquellos breves momentos se esparció mi ánimo con el interesante diario de *Castrillón* referente al sitio de Cádiz por los franceses; un curioso *Sermón* del inolvidable *Fr. Domingo de Silos Moreno*, pronunciado en 1812 ante la Junta de Soria lleno de noticias del mayor interés; un ejemplar del celebérrimo periódico gaditano *El Robespierre Español* y buen número de *proclamas* y papeles. Cuando con ánimo reposado pude revisarlos hallé entre éstos uno, el más curioso sin duda, por referir un suceso poco conocido que tuvo lugar en Cádiz el año último del pasado siglo, y si en él no se resuelve la cuestión económica que nos aniquila, ni el desarme universal, ó problema alguno científico, en cambio trata de *toros*, que tanto preocupan, entretienen y distraen á gran parte de los buenos y felicísimos españoles, hoy pendientes de la *coleta* del *Maestro*, próxima á caer marchita como la hoja en otoño, ¡caída solo comparable por lo ruidosa y comentada á la del Imperio de Occidente!

El documento á que me refiero es un cartelillo de la *fiesta nacional* redactado en francés, en una hoja en folio, de papel de hilo, orlada é impresa por una cara, desconocido según creo ó presumo de los eruditos Carmena y Millán, al menos yo no recuerdo lo mencionen en sus amenísimas obras de tauromaquia, y por esto téngolo por más raro aún y curioso.

Corría el año de 1799 y recogía España el amargo fruto del tratado de San Ildefonso y de aquella desastrada política que nos trajo la ruína de nuestra marina de guerra, el descrédito al Gobierno, y á la nación males sin cuentos y reveses dolorosos. Habíase ya sufrido el del Cabo de San Vicente, tal vez no apreciado del todo aún ni conocido ó aclarado, mas gracias al valor de nuestros marinos de que siempre dieron muestra y señaladísimas entonces, sobreponiendo el valor y amor á la patria á los desaciertos de los gobernantes, al material deficiente á causa de una ruinosa y torpe administración y á la ofensiva y punible conducta del gobierno para con aquellos ilustres oficiales obligados á vivir en la estrechéz, tocando algunos las lindes de la miseria, por no abonarles las

pagas durante largos plazos, gracias á su pundonor é hidalguía acababan de borrar los contratiempos y reveses con hechos gloriosos en la bahía de Cádiz, derrotando la escuadra que al mando de Nelson bombardeó é intentó apoderarse de aquel puerto, y aún manteníase vivo el recuerdo entre los gaditanos de las proezas de nuestros marinos y de aquellas evoluciones y atrevidísimos ataques de las fuerzas sutiles organizadas y alentadas por el ilustre Mazarredo, que obligaron á retirarse precipitadamente al Almirante inglés, al son de las coplillas que cantaba el alegre pueblo de Cádiz:

—¿De qué sirve á los ingleses
tener fragatas ligeras,
si saben que Mazarredo
tiene lanchas cañoneras?

Y á estas proezas siguió la defensa de Puerto-Rico por el valeroso Brigadier D. Ramón de Castro, que obligó al almirante Harvey á huir precipitadamente con pérdida de la artillería que desembarcó y cerca de tres mil hombres, y el heróico esfuerzo del General D. Antonio Gutiérrez en Santa Cruz de Tenerife, donde salió derrotado Nelson, retirándose con grandes pérdidas de la escuadra y su cuerpo, puesto que allí perdió un brazo, herido en la pelea con bala de cañón.

Si aprovechando entonces tan lucidos y brillantes encuentros sobre las escuadras británicas, hubiérase el Gobierno valido de la sorpresa y desconcierto de los adversarios y dirigido contra ellos nuestras fuerzas, rápida y audazmente, habría, sin duda, alcanzado provechosas ventajas; mas obligado por el *Pacto* á Francia, tuvo que someterse á sus planes egoistas con humillación manifiesta, consignada para rubor nuestro en la célebre carta que el mismo Carlos IV dirigió al Directorio fechada en Aranjuez á 11 de Junio de 1799, conformándose y *sometiéndose en todo á su voluntad.*

Desistióse, pues, de los planes acertadísimos de los más ilustres gefes de la armada, de atacar á Mahón, dirigirse contra Irlanda y traer la escuadrilla de Melgarejo á nuestras costas, y abandonando en Rochefort las importantes fuerzas de O'Farril bloqueadas por los ingleses, sin plan ni concierto, fué preciso, para complacer al *Directorio*, ordenar que la escuadra se reuniera á la francesa al mando del Almirante Bruix en Cartagena, pasaran reunidas á Cádiz en Julio de 1799 para de allí abandonar nuestras costas y dirigirse á Brest, donde á Francia le convenía tenerlas en daño y perjuicio nuestro.

Al comenzar el mes de Julio de 1799, fondeaba en la bahía de Cá-

diz la escuadra aliada y los días que permaneció en aquellas aguas fueron animadísimos, viéndose en la anchurosa bahía más de *cuarenta* navíos de línea, número crecidísimo por más que no llegara al de la inglesa, compuesta de *sesenta y uno*, perfectamente pertrechados y tripulados. Las autoridades de la Plaza esforzáronse en agasajar á los marinos franceses con aquella cortesía y amable franqueza, proverbiales de Cádiz; hubo saraos y fiestas, luciendo las damas gaditanas sus encantos incomparables y aquel donaire y primor que las distinguen; brillaron galas y joyas, donde la riqueza era mucha y el rumbo y bizarría tradicionales; cantáronse *tiranas* y *cachuchas* que hicieron más estragos en la escuadra francesa que los cañones ingleses, y todo eran bailes, serenatas y festejos lucidísimos, acertando así con los deseos del Gobierno, ciego y atado á la voluntad de Francia, nuestra tradicional y funesta enemiga de antaño y ogaño, y para extremar las consideraciones de afecto quiso el Gobernador político y militar de Cádiz, que lo era á la sazón el Conde de Cumbre-Hermosa, celebrar en los días 22 y 23 de Julio dos corridas de toros, de las *doscientas* que con Real Privilegio se concedieron á la Ciudad para aplicar sus productos á las fortificaciones y murallas, con el mayor lujo y ostentación posibles, y á ese fin tomaron en ellas parte la flor y nata de los toreros, publicándose el cartelillo de la función en francés, caso único en España, para mayor obsequio á los ilustres y costosos huéspedes.

El cartelillo, que para que nada le faltara tenía hasta sus *pullas* á la *República* en obsequio del *Directorio*, es como aparece en la plana inmediata, copiado fielmente y á la letra del original.

Pocos años después de tan brillante fiesta, dada en honor de nuestra *aliada*, perecían gloriosamente en Trafalgar, víctimas del egoismo de Francia y de la ceguedad del gobierno español, aquellos poderosos navíos é ilustres marinos que en Cádiz agasajaron tan cortés y bizarramente á la escuadra del *Directorio*.

El cartelillo de toros, *aderezado á la francesa*, conmemora las postrimerías de nuestro poderío naval, y la bahía gaditana, testigo de pasadas grandezas, ya no abrigará en su seno, Dios sabe hasta cuándo, aquél número de navíos temidos aún y respetados.

Manuel Gomez Imaz

Hacienda de Clarevot á 4 de Junio de 1893.

Le Roi Notre Seigneur

(QUE DIEU AYE EN SA SAINTE GARDE)

A bien voulú accorder a sa tres noble ville de Cadiz permission de faire celebrer DEUX CENT FÉTES DES TAUREAUX, á fin que leurs produits puissent etre employés aux œuvręs des fortifications de la Place. En concequeence de la ditte permission, et d'aprés celle de son Excellence Mr. Joachim Mayone et Ferrari, Comte de Cumbre-Hermosa, Gentil-homme de la chambre du Roy avec entrée, Lientenant General de ses armées, Gouverneur militaire et politique de cette Ville, Subdelegé de la Superitendance generale des rentes royales, provinciales, et autres de finances, dans toute sa jurisdiccion, et celle des Couriers et Postes &. on á fixe les jours du landy et mardy 5 & 6 Thermidor *(nouveau stile)* ou 22 et 23 du mois courrant de Juillet *(vieu stile)*, pour celebrer les sixieme et septieme fêtes de la presente année de 1799. Les Sieurs Ferdinand Gragera et Arguello, Chevalier de l'ordre d'Alcantara, et le Conte de Casa-Roxas, ex-Brigadier de la Marine Royal, et Chevalier de l'ordre de St. Jacques, touts deux individus de la Maestrance de Seville et Echevins á vie de cette Ville, y presideront comme Deputés.

Les VINTES TAUREAUX qui doivent combattre les soirées des jours prefixés, seront: la lundy, cinq du Bourg de Rota de Mr. François Trapero, portants leurs divise bleue et rouge, et les cinq autres de la ville de Xerez de Mr. J.n Marín, Licencié, avec devise blanche. Le mardy, cinq de la ville de Xerez des R.ds Peres de S.t Dominique, portans la devise jaunne, et les cinq restanst de la ville de Medina-Sidonia, de Mr. Jean Pareja, avec devise verde.

PIQUEURS.—Laur.t Ortega *(s'il se trouve retabli des coups qu'il reçut aux fêtes de Màlaga)*; Jean Mugnoz, de las Cabezas; Jean de Rueda, de Xerez de la Frontiere; et Christophle Ortiz, de Medina-Sidonia.

Les Taureaux seron tuès par Jean Condé, de Veger, et Joseph Romero, de Ronda, avec leurs auxiliaire Joseph Ximenez, de Cadiz; et tout l'accompagnemet brillant des Lutteurs à pied.

NOTE.—Pour rendre la diverçion plus complette la soyrée du lundy 22 Juillet, on exercera le xixiême Taureau avec des vanderilles a feu, et il sera permis aux amateurs de descendre à la place, et de courir le dernier Toureau, que ne pourra blesser personne, moyemant les boules donton aura garni la peinte de ses cornes. Le mardy 23, aussitó le dernier Taureau tué, on metra le feu a un chateau d'artifice, composé de differentes pieces d'illumination, tant dans les diverses colonnes, comme la varieté des roues &. il representera des jolies fontaines, toute espece d'etincelles, on verra tout d'un coup paroitre huit lustres illumines, il será de figures, qui conserveront leur mouvement tant que le feu durera; en fin le recoultât de tout ce cy devant detaillé, será de presenter aux yeux un jeu de l'aspect le plus agreable.

2.e NOTTE.—Il est defendu á toute sorte de personnes de descendre à la place, ou de rester entre les barrieres, jusques au moment ou l'avant dernier Taureau sera tue le jour 22, et le dernier Taureau le 23 i et on fait scavoir que les fètes commenceront á cinq heures du soir les deux jours egalement.

PRIX COUTANTS DES PLACES.

Balcons á l'ombre		
Premieres places — *Reaux*	20 *Sols*	100
Secondes	10	50
Les communnes	7	35
Balcones entre le soleill et l'ombre		
Premieres places	10	50
Touttes les autres	5	25
Au solell		
Premieres places	5	25
Touttes les autres	4	25

Grades á l'ombre		
Les sillons	20	100
Les primeres aprés des barrieres	20	100
Les places communnes	7	35
Grades entre le soleill et l'ombre.		
Le sillons	10	50
Les premieres aupres des barrieres	10	50
Les places communnes	5	25
Au soleil		
Toutes les places	4	20

EL REINADO DE DON AMADEO.



(RECUERDOS PERSONALES.)

Cuando yo vine á Madrid,—en Septiembre de 1871,—los Reyes D. Amadeo I y su esposa doña María Victoria estaban recorriendo las provincias; lo cual no fué poca contrariedad para un rapazuelo de doce años como era yo entonces, que no había visto reyes más que pintados, y que sentía la natural curiosidad de ver todas las cosas del mundo, curiosidad que nunca se extingue ó apaga en el hombre; pero que en la primera juventud es más imperiosa y exigente que nunca. No era D. Amadeo muy querido en el círculo de mis relaciones íntimas; algunos de mis allegados veían en él la segunda edición de José Bonaparte, el rey extrangero é intruso; para otros era el hijo del excomulgado, del monarca audazmente sacrílego que acababa de poner la mano en el arca de la nueva alianza ó sea en el Patrimonio de San Pedro; para todos constituía un símbolo detestable y detestado: el de la revolución triunfante, con su libertad de cultos, su matrimonio civil, sus clérigos sin cobrar un cuarto, sus iglesias pobres y desmanteladas y su parlamento convertido en blasfemadero público, tribuna de los Súñer y Capdevila, Garridos y otros por el estilo.

Yo participaba hasta cierto punto de estas ideas. Digo *hasta cierto punto*, porque, constituyendo ellas la base de mis pensamientos, sentíalas, sin embargo, muy atenuadas, efecto de la instrucción liberal, de liberalismo sensato y prudente, que se daba en el Colegio de San Felipe Neri, y que yo había recibido durante los dos primeros cursos del bachillerato. No había conseguido aquella instrucción hacerme liberal, eso no;

pero ya empezaba yo entonces con las muletillas, de que luego he abusado tantas veces: *es necesario transigir, los tiempos tienen sus exigencias, hay que tomar lo bueno de lo antiguo y lo bueno de lo moderno, la libertad y el orden*, &,ª, &.ª, &.ª

Y sea lo que quiera, yo deseaba ardientemente ver al rey. Satisfice mi deseo antes de que terminara el mes de Septiembre; á los pocos días entró también en Madrid el entonces príncipe real y hoy rey de Italia, Humberto I; y el 3 de Octubre, ambos hermanos cabalgaron juntos, y pasaron revista en el Prado á la milicia nacional de Madrid, que se llamaba vulgarmente *milicia monárquica*, compuesta de más de 30.000 artesanos y mercaderes, muy bien uniformados; pero sin aire marcial, debido quizás á que la mayor parte de ellos pasaban de los cuarenta años. El marqués de Sardoal era comandante general de aquel verdadero ejército de ciudadanos, y lució en la parada un caprichoso y vistoso uniforme. No eran menos vistosos, ni menos nuevos los que llevaban muchos batallones, compuestos de comerciantes de la calle de Postas y Plaza Mayor, gente rica y generalmente tan cursi como rica, que se distinguía por su ardiente *zorrillismo*. La caballería de los milicianos, poco numerosa en relación con la infantería, estaba tildada de alfonsina; mandaba uno de sus escuadrones el duque de Sexto, y de este escuadrón era soldado el simpático *Frascuelo*, cosa que muchos liberales avanzados no perdonaron jamás al célebre matador de toros; cuando las famosas rivalidades ó competencias entre *Lagartijo* y *Frascuelo*, que poco después empezaron, y que constituyen la edad de oro del toreo moderno, hubo muchos que se afiliaron al *lagartijismo* por odio al batidor del escuadrón del duque de Sexto. Bien es verdad que *Frascuelo* pasaba por demagogo furibundo á los ojos de *Pablito*, el mejor banderillero de los tiempos modernos (toda vez que al *Gordo* hay que considerarlo como matador), y que fué siempre *más carlista que Carlos Chapa*, como le decían con razón en casa del tío Lucas y en el Imperial sus camaradas y admiradores.

*
* *

A los pocos meses de la parada de los milicianos, jugábamos *al marro* veinte ó treinta estudiantes de Psicología y Matemáticas en una de las plazoletas del Campo del Moro. La mañana era hermosa, como suelen ser las templadas del invierno madrileño. Brillaba el sol explendorosísimo sobre un cielo puro, azul celeste, sin un solo celage; y su claridad meridiana marcaba con precisión los elegantes contornos de los árboles desnudos, las figuras marmóreas de las fuentes monumentales,

y allá arriba, la imponente y gallarda mole del palacio real, cuyas innumerables ventanas, embestidas por el astro, resplandecían y fulguraban como si sus cristales fueran de oro, hecho áscuas, ó de todo linaje de piedras preciosas. Reinaba en el bosque el augusto silencio de la naturaleza, solo profanado por nuestros infantiles gritos de alborozo; y allá, muy lejos, por el ruído de la población que la distancia afinaba y melodizaba, convirtiéndolo en algo así como grato rumor de hojas ó manso murmullo de agua corriente......

Embebidos en nuestro juego no reparamos en un caballero que, seguido de un enorme y hermosísimo perro, se había parado, cerca de nosotros, y nos contemplaba jugar. A mí me tocó, perseguido por otro de mis compañeros, el ir á tropezar, con toda la violencia de la desatinada carrera infantil, con el caballero, al que en poco estuvo que no derribase al suelo. El perrazo, que era de los negros de Terranova, quiso tirarse sobre mí, y ¡cuál no sería mi sorpresa cuando, al alzar la vista, descubrí que aquel caballero, tan irreverentemente atropellado, y que á duras penas podía detener al perro que quería vengarle, era el propio D. Amadeo, el rey de España! Me llevé la mano al sombrero, y saludé con respeto no exento de cierto temor; el rey saludó á su vez con una sonrisa, y después con la mano; y, girando sobre sus talones, tomó por una de las alamedas que desembocaban en aquella plazoleta, en dirección al Palacio Real. Hasta que se perdió de vista estuvimos todos los muchachos embobados contemplando su gallarda figura, vestida de chaquet negro, pantalón claro y sombrero de copa alta, que caminaba despacio, muy despacio, seguido del gigantesco can, que constituía en aquel momento toda la guardia de S. M. Llevaba en la mano una flor, probablemente una dalia ó quizás una rosa que habría cogido en los invernaderos de la casa de campo. Lo que perfectamente recuerdo es que, conforme caminaba, la iba deshojando poco á poco, y regando el suelo con las hojitas. Siempre que pienso en D. Amadeo, me lo represento en la imaginación tal como lo ví aquella mañana: solitario, con un perro por toda guardia, la faz melancólica y pensativa, y deshojando distraído una flor de invierno, una flor de estufa, producida artificialmente en la naturaleza como artificialmente se produjo en la historia el reinado de su dueño... Entre aquella flor y el destino del rey, me he complacido muchas veces en encontrar mil analogías misteriosas... Como los pétalos de la flor, fueron cayendo las ilusiones de aquel joven monarca, tan rudamente combatido por sus enemigos, y que sin embargo no fué derribado por ellos, sino por los que se llamaban sus sostenedores y parciales. Brevísimos, fugitivos el reinado y la vida de la flor aquélla, y ambos sin

perfume, ambos pasaron al panteón de las *cosas que fueron* sin dejar rastro, ni casi recuerdo de sí en la memoria de los hombres.

*
* *

Era por aquél entonces Superiora ó vice-superiora (no lo recuerdo bien) de las Hermanas de la Caridad una gaditana santa, Sor Carmen Moreno, hermana del que fué tantos años Penitenciario de la Catedral de Cádiz, D. Salvador, y del médico D. José María. No há mucho que murió (creo que en Valencia) Sor Carmen, la cual escribió en la guerra de Africa y en la última carlista páginas bellísimas en la historia de la caridad cristiana. Siendo entonces, como digo, superiora ó vice-superiora de toda la Congregación de Hermanas de la Caridad, residía en el Noviciado ó casa-matríz de éstas, paseo del Prado esquina á la calle de las Huertas. Con este motivo mi familia y yo visitábamos el Noviciado con relativa frecuencia.

Llegaron los días de Navidad; las Hermanas de la Caridad pusieron el Nacimiento, y por las tardes celebrábanse ante la cuna del Divino Niño piadosos y alegres cultos, en que tomaban parte, no solo las Hermanas, sino también las niñas que asisten á las escuelas gratuitas anejas al Noviciado, y algunas personas invitadas. Yo fuí de éstas últimas una de aquellas tardes.

Y oía embelesado el poético canto de los villancicos que acompañaban místicas zambombas y panderetas. En esto se abrió la puerta de la capilla, y entraron dos señoras, modestísimamente ataviadas, vestidas de negro y con mantos, las cuales, sin que nadie les hiciera ningún caso, buscaron con los ojos asientos desocupados, y habiendo visto dos sillas vacías, dirigiéronse hacia ellas, y delante de las mismas se arrodillaron, y estuvieron rezando largo rato con mucho fervor. Sentáronse después, y no pasó más.

Concluída la fiesta, salimos todos al claustro del Noviciado. Y no fué la última en salir Sor Carmen Moreno, la que dirigiéndose á una de las dos señoras, la más joven y hermosa de las dos, dijo en alta voz:

—Señora, habrá visto V. M. que la hemos obedecido en todo.

—Así me gusta, así me gusta, Sor Carmen, contestó la dama en correcto castellano, y más me gustan aún estas fiestecitas que saben VV. organizar con tanto espíritu cristiano y tanta gracia. Siento mucho haber llegado tarde.

Aquella señora era D.ª María de la Victoria, princesa de la Cisterna por su nacimiento; princesa real de Italia y entonces reina de España

por su matrimonio con D. Amadeo de Saboya. Tenía prohibido á las Hermanas de la Caridad, bajo amenaza de no volver á poner los pies en el Noviciado, que la recibiesen como á reina; porque su gusto más íntimo y profundo era el de pasar en todas partes inadvertida. Pero, como decía Sor Carmen, que además de santa era muger de muchísimo talento natural, dejaba conocer que era reina, y reina cristiana, en la generosidad con que daba limosnas, y en el exquisito cuidado que ponía en que su mano izquierda no supiese lo que repartía su derecha. La misma Sor Carmen y otras hermanas nos informaron de algunos hechos íntimos de aquella desgraciada princesa, digna verdaderamente de la regia corona, si es que la bondad de alma y las virtudes todas bastan como títulos legítimos á la soberanía del Estado.

Era máxima de D.ª María de la Victoria que las personas constituídas en cierta posición social deben hacer algunas limosnas públicas para dar buen ejemplo, y como una manera de satisfacción al pueblo. Pero ella dedicaba al cumplimiento de este deber lo que menos podía. Su afición era la limosna secreta que recomienda el Evangelio. Y secretamente, por medio de las hermanas de la caridad y de otras personas é institutos, era incalculable lo que daba.

La piedad de la reina era profunda; su conocimiento del catecismo completo. Su modestia era tal que asombraba. Como con las Hermanas traía muchos negocios de caridad, cuando hablaba de algo que debería hacerse para un plazo lejano, decía siempre: "si para entonces estamos en España," "si continuamos aquí" y otras frases semejantes, que demostraban claramente la poca ó ninguna confianza que tenía en la duración del reinado de su Esposo, y por lo tanto en el suyo propio.

Acertó. Casi todos sus proyectos de caridad quedaron interrumpidos ó no pasaron de tales. Lo único que quedó fué el Asilo de los hijos de las lavanderas que aún subsiste, y que es el solo monumento que conserva la memoria de aquel fugitivo reinado.

*
* *

Recuerdo la última noche de la estancia en Madrid de D. Amadeo. Deseando yo ver al Rey por última vez, entré en el patio de Palacio, encontrándome allí la guardia real formada en dos alas, á un lado la infantería, al otro la caballería á pie.... Esperaban que bajaría S. M. á despedirse de ellos; una escena por el estilo de la de Saint-Cloud. Pero pasaban las horas, y S. M. no bajaba. Reinaba un silencio sombrío en el palacio; el frío era intenso. Habiendo trascurrido mucho tiempo, se supo

que el rey se había marchado ya. Los guardias rompieron filas, y salieron tristes del Palacio, entre los porteros que también salían, llevando algunos de ellos al hombro los levitones azules con botones dorados, insignias de sus perdidos destinos... ¡La flor, aquella flor de D. Amadeo á que me referí antes, se había terminado de deshojar!

A. Salcedo Ruiz



UN PALACIO VIEJO.



Mi amigo el Director del Diario, ha tenido la amable bondad de solicitar un trabajo mío para la sección que acaba de inaugurar en su acreditado periódico, y si el recuerdo me honra, la manera de realizar el encargo me fatiga y me preocupa. No es mi ánimo ahora producirle cansancio al lector, con escarceos y remilgos vanos de pudorosa modestia, ponderando la carencia de condiciones que en mí se dan, para ser colocado junto á los esclarecidos escritores que colaboran en los números de los Jueves y de los Lunes; yo tengo la conciencia perfecta, de que mi nombre se sale del marco brillante en que figuran tantos paisanos ilustres, tantas eminencias de la política y tantas glorias de las letras. Me resigno, pues, con el juicio adverso que estas cuartillas tienen que merecer, comparándolas con las pasadas y las venideras, y me enorgullezco mucho, no solo con la buena compañía en que voy, sino también con la para mí singular circunstancia de escribir en el diario que me sirvió de pila bautismal para mi ingreso en la vida periodística.

Yo, que á la prensa profeso especial cariño, que por ella siento una de esas simpatías irresistibles á que se es impulsado, ó por fuerzas misteriosas, ó por vocación clara, ó por debilidades del mismo espíritu, no puedo nunca olvidar que en el Diario de Cádiz emborroné las primeras cuartillas que han salido de mi pluma, mohosa siempre, por las torpezas de mi inteligencia, pero franca y leal para decir lo que creo justo y lo que estimo verdadero: dirigía esta publicación el respetado catedrático D. José Franco de Terán y todas las tardes íba yo á la Revista Médica á dar con él clase de Derecho Político, asignatura que entonces se estudiaba en el primer año de leyes: teníamos la lección en un cuartito situado á

la entrada de los talleres, y cuando se cerraba el libro de Colmeiro, empezaba la tarea que para mí constituía el más agradable de los entretenimientos: el actuar de gacetillero; D. José me daba permiso para escribir y mandar á la caja alguna noticia que yo sabía ó que él me dictaba: recuerdo perfectamente el primer suelto que redacté y las bromas que le merecí á otro de los alumnos que íban allí también á estudiar Derecho: á Miguel Guilloto, que entonces, como ahora, no daba reposo á la broma ni al buen humor. Pasando el tiempo, en el Diario fué donde también se insertó el primer artículo que me atreví á publicar: reseñaba yo las fiestas brillantísimas celebradas en el Casino Gaditano para subvenir á las desgracias de las víctimas de Málaga y Granada y hablando de una comida que dieron los socios para solemnizar el feliz éxito logrado, hube de usar las palabras *gourmand* y *gourmet,* que me proporcionaron un *respice* mayúsculo del sabio Dr. Thebussem, quien le dirigió una sabrosa carta á mi querido amigo D. Aurelio Antonio Arana, extrañándose del empleo de las indicadas palabras: obligado á defenderme, apesar del tiempo transcurrido, no se me ha quitado de encima el susto extraordinario que pasé, viéndome costreñido por las fuerzas de las circunstancias, á contender y discutir con tan eximio literato. Por todo esto, el Diario de Cádiz representa para mí el más dulce recuerdo de mis aficiones periodísticas y el mayor apuro de mi vida de polémica y controversia. Al venir hoy de nuevo á sus columnas, saltan en la imaginación todas esas memorias que Zorrilla llamó "del tiempo viejo" y que son siempre brisas frescas que orean las amarguras y sinsabores que con los años vamos recogiendo.

* * *

Los que escribimos con dificultad y con premioso estilo; aquellos para los que un artículo es poco menos que "obra de romanos", tropezamos con dos clases de inconvenientes que surgen en el mismo momento en que tomamos las cuartillas y nos disponemos á llenarlas de letras, renglones y períodos; los unos, como diría Pidal, son inconvenientes *per sé*; la incorrección de la frase, el poco dominio del lenguaje, lo inseguro de los giros, el enlace armónico y artístico de los conceptos; los otros *per accidens*; elegir el tema, hacer el croquis, planear los materiales y modelar el asunto escogido. En este caso concreto existe para mí mayor dificultad; la escasa representación que en la vida social ostento, me impide conocer á fondo sucesos de verdadera y real importancia, que entrañen poderoso interés y que, por lo tanto, mantengan viva la curiosidad del lector. En los años que llevo de vida, es cierto que se han desarrollado hechos de suma trascendencia, pero en ellos, ni he sido actor, ni

testigo; á lo sumo espectador de cuarto piso, asistente á las últimas filas de galería, con el aturdimiento propio de quien por su pequeñez, para ver bien, alce los ojos y para enterarse á satisfacción baraja en su cabeza, revuelto cúmulo de ideas y fisonomías. Tengo, en suma, que abandonar necesariamente el campo fértil de crónicas, incidentes y anécdotas y contentarme con el desfile sencillo, pero real y cierto, de personas y de cosas, que en nuestra época, dentro de nuestra sociedad moderna, han representado y representan principalísimo papel.

Es corriente moderna las tendencias á lo nuevo; un poco de protesta se han encargado de iniciar, en este punto, las *toilettes* femeninas, que mirando con cariñoso recuerdo hacia la época de nuestras abuelas, tratan de resucitar aquellas modas y aquellos adornos; pero sin embargo, la regla puede establecerse como usual y como fija: lo nuevo, es lo hermoso, lo bello, lo luciente, lo que tiene ráfagas de vida, destellos de luz y caractéres de brillo y esplendor; en cambio lo viejo es lo inservible, lo que huele á polvo y anida telarañas y despide basuras. Mas cuando eso viejo es un Palacio que ha influído en nuestra historia política y en nuestra vida social; cuando ha sido cantado por poetas egregios y visitado por ilustres extrangeros; cuando las armaduras que encierra y los cuadros que ostenta, hablan de la patria, de sus días de lucha y de sus jornadas de valor, y pregonan con su mérito las bellezas del arte y las riquezas de la fortuna; cuando allí se han arreglado ministerios, han bailado reyes, han representado actores y han desfilado ilustraciones europeas; cuando toda una época se compendia entre los salones amplios, las chimeneas altas y las galerías tapizadas con sedas de verde damasco; entonces eso viejo, es digno de recuerdo y puede en su misma soledad, en su misma pena, al verse sustituído por lo nuevo, levantar alta su cabeza, con la ejecutoria de sus títulos de pasadas grandezas, y con el auge de su brillante pretérito.

*
* *

Pienso de esta manera, cuando leo ahora en todos los periódicos elogios entusiastas á la nueva morada que en la Corte, y en la Plaza de Colón, está acabando de adornar la Excma. Sra. Duquesa Angela, Viuda de Medinaceli. Cuando todos son encomios para ese magnífico y fantástico palacio, á donde se han reunido maravillas artísticas, caprichos del más refinado y elegante gusto, mármoles, tapices, pinturas y estatuas, creo yo que es de justicia, de rigor, de *estricto jure*, tener un recuerdo de amistad, una frase de despedida para el "Palacio Viejo", para ese caserón amarillento, medio descolorido, con su vecindad de escombros, con

los agravios del tiempo, con sus ventanas sin transparentes, y sus cristales sin cortinas.

Estimo, pues, correcto decirle "Adios", antes que venga por tierra, saludarlo con respeto y refrescar la memoria con el relato de alguna de las escenas que allí se han desarrollado y que retratan á una de las tertulias más brillantes de la sociedad aristocrática madrileña. Es claro, que no tengo la pretensión de contar todos los mil detalles curiosos y de provecho para esta clase de artículos, que allí han sucedido, porque aparte de necesitar un *infolio* de extenso volumen, no quiero que se crea que experimento, ni en poco ni en mucho, la pretenciosa jactancia de saber y conocer al por menor aquella sociedad y á los personajes que allí figuran; no, honrado con la amistad de la ilustre y noble dama dueña de tan tradicional Palacio; habiéndole merecido la distinción de ser uno de sus contertulios, los días en que me he sentado á su mesa y he estado en su casa, pude presenciar conversaciones ingeniosas, conocer á personalidades importantes y apreciar de cerca lo que vale el talento de una dama ilustre y el tacto suyo especial para formar su salón y su tertulia.

* * *

Referiré en primer término aquella fiesta célebre que dió la Duquesa en Febrero del 84, última de las grandes reuniones que se han verificado en aquel memorable Palacio, que hoy se queda vacío y que pronto vendrá al suelo, á hacerle compañía á los escombros y ruínas de San Antonio del Prado: aludo á los "*Cuadros Vivos*" que como alegoría del Carnaval se representaron en el teatro del edificio, teatro famosísimo, donde la noble dueña de tan soberbia mansión, demostró en otro tiempo su gracia y cosechó justos aplausos debidos al talento con que sabía caracterizar los personages sometidos á su desempeño. He oído contar muchas veces los triunfos que alcanzaba haciendo la *Dama Duende*, en cuya obra la acompañaba el chispeante autor cómico Ricardo de la Vega: en dicha obra la aristocrática actriz, en un mismo acto tenía que cambiar de trage tres veces y es curioso oirle referir el procedimiento de que se valía para estar á punto en escena y que no tuviera que paralizarse el curso de la representación.

No hará todavía dos años, cuando una noche se volvió á hablar del teatro; algunos amigos, de los contertulios diarios, después de comer, incitaban á la Duquesa á que se reanudaran las representaciones: acababa de celebrarse en el Español una función brillantísima, de la que se habló mucho, porque había revelado á un actor de empuje; á D. Fernando Díaz de Mendoza, hijo del Marqués de Fontanar, que habiendo hecho

gala de sus aptitudes dramáticas en salones particulares, quiso presentarse á hacer el *D. Alvaro* en la escena del antiguo coliseo del Príncipe, acompañado por Ricardo Calvo, la Calderón, Donato Jiménez y los demás compañeros de estos artistas: la Duquesa, que casi nunca va al teatro, ni al Real, apesar de tener abonado á diario su magnífico proscenio, pues prefiere presidir la amena tertulia que de sobremesa se forma en su palacio, había comido aquella noche de prisa, con la protesta enérgica del insigne Castro y Serrano, que dice y sostiene que negocio tan trascendental é indispensable como lo es, sin género de duda alguno, el de refrigerar y confortar el estómago, debe hacerse con toda calma y sin género de precipitación, aunque sea para oir los versos arrebatadores del egregio autor de *La fuerza del sino*. Aquel espectáculo, lo bien que había estado en todo el drama, haciendo la difícil parte de protagonista, Fernando Fontanar, como en Madrid le llaman, impresionó á la Duquesa, quien sin decir nada, ni en pro ni en contra, permitía y autorizaba que sus íntimos hablasen de la continuación de las temporadas teatrales en su palacio. El Domingo después de este suceso, convidó á comer á otro renombrado actor aristocrático, á su sobrino el Duque de Tamames; estaba Zorrilla entre los comensales y de sobremesa se recitaron los versos del *Tenorio* de manera inimitable por el indicado título; se habló del proyecto, se repartieron hasta los papeles; Grilo se ofreció á hacer de *Estatua del Comendador*, Rodríguez Correa haría de apuntador, y D. José Echegaray se encargaría de la dirección de escena, pero la hermosa empresaria permaneció callada y á los pocos días habló para decir que su propósito era irrevocable: el teatro permanecería cerrado; estaba escrito: su última página brillante tenía que ser aquella á que vengo aludiendo: la fiesta de los *Cuadros Vivos*, que resultó animada como pocas y que concluyó á las once de la noche, con baile, buffet y cotillón; asistieron el Rey D. Alfonso, sus hermanas las Infantas Isabel y Eulalia, el Príncipe Fernando de Baviera y la sociedad más selecta y distinguida de la Corte.

Yo fuí actor en ese festival y conservo como grato recuerdo en mi despacho la fotografía que se nos regaló, con dedicatoria cariñosa, como memoria de tan original como magnífica diversión. Una persona muy conocida en Cádiz tuvo la dirección artística del espectáculo, el malogrado pintor Don Horacio Lengo, á quien la Duquesa le encomendó la formación de los *Cuadros:* de ella partió la idea de que éstos representáran "*El Carnaval de ayer*" (1804) y "*El Carnaval de hoy*" (1884); el uno trasladaba al espectador á la movida época de las manolas, los chisperos y los lechuguinos y el otro ofrecía el abigarrado conjunto de arlequines, *mascottes*, soldados y *merveilleuses*.

Nada tan divertido como los ensayos, elección de trages y orden de arreglo. ¡Bien le quemamos la paciencia á Lengo!: si el público gozó mucho la tarde de la función, los actores habíamos tenido dos semanas antes diversión completa y regocijo inusitado. La mayoría de las bellísimas señoritas que fueron encanto de la sociedad madrileña en aquellos cuadros plásticos, son ya hoy ilustres damas que brillan por su ingenio y hermosura: la Sra. de D. Alvaro Figueroa (Casilda Alonso Martínez); la Condesa de San Luís (Carmen Fontanar); la Sra. de D. Guillermo Osma (Adelita Valencia de D. Juan); la Condesa de Guendulain (Eulalia Campo Sagrado); la señora de Vargas (Isabel Shce Saavedra); y Carmen Medinaceli (la Condesa de Valdelagrana), la elegante hija de la Duquesa en cuyo honor se celebró aquella fiesta: también figuró en el primero de los *cuadros* la linda Enriqueta Santa Marta, que falleció al poco tiempo, cuando llamaba la atención por su gentileza y hermosura.

* * *

Si tuve, pues, como acabo de relatar, el señalado honor de ser *artista mudo* de aquel teatro tan afamado la última vez que ha abierto sus puertas, cúpome la fortuna de presenciar en aquella casa las postrimerías del eminente Zorrilla y de comer con él la última vez en que lo verificó allí el gran poeta.

Zorrilla iba ya poco á aquel palacio; su salud delicada, su genio contrariado por borrascas y contratiempos, y los *lobanillos* de la cabeza, le hacían escusar frecuentemente la amable invitación de la Duquesa. En dicha noche comía también Grilo y á tomar el café acudieron D. Víctor Balaguer, Ortega Morejón, Rodríguez Correa y Castro y Serrano. Zorrilla comía poco y en la mesa hablaba lo menos posible; en ninguna de las dos cosas se parecía á Castelar, que demuestra siempre un excelente apetito y un inmejorable estómago y, sobre todo, que no deja nunca meter baza en la conversación á sus compañeros de mesa. D. Emilio cuando va á casa de Medinaceli tiene siempre preparado su plato favorito, los cangrejos. Ya estoy viendo sonreir á mi respetado amigo Don Alfonso Moreno Espinosa, que con este detalle gastronómico, tendrá una nueva arma para acusar de retrógrado, al que antes era *El* y ahora es "un genio oratorio igual á Donoso Cortés, é impotente para hacer revivir el fuego santo de las libertades modernas."

El *padre* de *Margarita la Tornera* en la noche á que hago referencia, cuando nos levantamos de la mesa, se puso á pasear á lo largo del amplio salón donde está la chimenea: la Duquesa se sentó en el sofá, delante del velador donde Grilo tomaba café: el célebre vate de Córdoba empezó á

recitar trozos de algunas de las inspiradas obras del eximio autor de *Don Juan Tenorio*; allí escuchamos las armoniosas estrofas del sublime poema *La Creación*, y el retrato admirable de la primera muger, salía exuberante de primores de los labios de Grilo, que no declama, sino canta los versos. Zorrilla cada vez más nervioso, al pasar por el grupo que formábamos, dirigió una mirada de terrible mal humor: la Duquesa miró á Castro y Serrano, conviniendo ambos, con la elocuencia de los ojos, que algo pasaba, pero encantados con la magia de la poesía, siguieron oyendo con religioso porte aquellos torrentes de fácil y verbosa inspiración.

Don José ya no pudo contenerse más é interrumpiendo la velada se volvió airado, hasta con casi ademán trágico hacia Grilo:

—Ya te he dicho que no quiero, que no me gusta oir esos versos: los detesto, como abomino todos los que compuse en las proximidades del año 48; recuerdan una época triste de mi vida, venía á España lleno de ilusiones y encontré miserias y quebrantos. Nada; cállate; y tú que lo sabes, te empeñas en atormentarme.

Grilo aguantó la rociada con el cariño que le inspiraba y el respeto que á todos merecía el gran poeta, y conociendo su debilidad, empezó á recitar el acto tercero del *Tenorio*.

—Eso puedes decirlo, es posterior al 48. Y el ilustre viejo serenó sus nervios, dejó de pasearse y se colocó detrás de Grilo para oir los amores de su D. Juan, las ternezas de D.ª Inés y las furias y arrebatos de D. Luís y el Comendador.

*
* *

Todas las noches invariablemente está la Duquesa en su salón: tiene á comer de seis á ocho amigos, que luego se quedan para acompañarla en la tertulia. Castro y Serrano, está abonado á los Domingos; Rodríguez Correa, los Sábados; Navarrete, los Viernes, y Castelar no hace mucho que fijó él mismo los Miércoles. En las demás noches desfilan por aquel comedor el Marqués de Estella, cuya anécdota de "el cubierto y el asistente" está demasiado *fresca* para que yo la refiera; el Marqués de Santa Genoveva; el magistrado del Supremo Señor Lasús; el joven escritor y artista señor Manrique de Lara; el general Barges, cuando está en Madrid; el director de *La Epoca*, Marqués de Valdeiglesias; el poeta Ferrari, el ingenioso *Fernan Flor*, el castizo cronista *Kasabal* y todos los políticos y literatos que en Madrid figuran.

D. Manuel Alonso Martínez era asíduo comensal; la última vez que salió á la calle fué para comer en casa de la Duquesa. Cuando dicho

político era Presidente de la Cámara, estaba un día invitado; la sesión se prolongaba y la hora de la comida pasaba con exceso. La Duquesa, por su parte, extrañaba la ausencia de D. Manuel, porque era en extremo exacto; se abrió la puerta del gabinete blanco, donde se está antes de comer, y el portero de estrados trajo una carta; era de Alonso Martínez y decía, poco más ó menos, lo siguiente:

"Respetada amiga mía: aquí me tiene V. víctima de la elocuencia de nuestros diputados: creo que pronto tocaré el *campanillazo* final. Para poder tener el gusto de comer con V. esta noche, necesito que me autorice á suprimir el *frac* y me permita que asista con la poco elegante levita. Si V. me absuelve, "que vayan echando la sopa", que con estos escarceos retóricos, tengo un apetito atroz. Suyo, &.ª"

Ocioso es contar que la Duquesa dió el permiso solicitado y que al poco rato D. Manuel estaba calentando su estómago con sabrosas cucharadas de rico y confortante *consommé*.

También otro de los contertulios del palacio era D. Manuel Silvela, que hasta sus últimos tiempos continuó yendo á comer allí: mucho sintió su pérdida la dueña de aquella morada, que depositó sobre su féretro preciosa corona con expresiva dedicatoria.

La plana mayor del partido fusionista, empezando por el gefe, desfila con frecuencia por dicha mesa. Cuando la hija del señor Sagasta, hoy Señora de Merino, se vistió de largo, fué obsequiada con una expléndida comida D. Venancio es también asíduo comensal y Moret no deja de ser invitado, pues la Duquesa, muy aficionada á las cuestiones agrícolas, le agrada hablar de ellas con el actual Ministro de Fomento.

Marcos, el criado de confianza de la casa y un modelo de fidelidad para su ilustre ama, es el encargado de trasmitir diariamente la amable invitación para comer: el *menú* sencillo, pero admirablemente condimentado, da muestras de todo el *confort* que allí reina; pocos platos, pero todos buenos; una gran *corbeille* de cristal en el centro de la mesa, con preciosas flores, predominando cuando es tiempo los jazmines, y como nota dominante, una conversación deliciosa, llena de sprit y de ingenio. Como es natural, lleva la voz cantante la Duquesa, que con su talento admirable y experiencia de la sociedad, sabe quitar toda molestia y apartar todo lo que pueda zaherir á sus huéspedes.

El año pasado, el mismo día que el Duque de la Roca hizo la pregunta en el Senado sobre "la lista civil", comió allí por la noche. Uno de los presentes, que no lo conocía, empezó á hablar del asunto para extrañarse de la conducta seguida, y la noble dama, antes que su comensal se diera por apercibido, varió el giro de la conversación, cambiándola

de momento, haciendo que girase sobre un tema de interés, del que nadie podía sustraerse de tomar parte.

Cuando come allí Echegaray, la Duquesa lo sienta á su derecha, así estén allí reunidos todos los más rancios personajes de la nobleza, porque la heroina de este artículo es demócrata por naturaleza, no profesando teorías y utopias irrealizables, sino por la franca y leal y llana manifestación de su amistad y su carácter. Criada en el corazón de Andalucía, le encantan nuestros gustos, nuestras costumbres, nuestros manjares. La *sopa de ajo*, la deleita, *la ropa vieja* bien salpicada con tomates y cebollas, es uno de sus platos predilectos y no olvida el pescado del freidor gaditano, que hace muchos años, según dice, no tiene el gusto de paladear.

* * *

Otro rasgo característico del palacio á que vengo refiriéndome es la partida de tresillo, que todas las noches después de comer se forma: alma de ella es otra dama, la Condesa de San Luís, Remedios, como la Duquesa la llama, y la cual ha figurado por su matrimonio con el célebre político cuyo título lleva, en sucesos de interés de la época moderna.

La Duquesa no juega al tresillo más que cuando encuentra una partida de *chambones*; Castro y Serrano es de este número; mas frecuentemente se distrae con el *bezigue*, pero se cansa pronto y prefiere la tertulia. A las once y media se retira á sus habitaciones y deja á los *viciosos* que se peleen con los *codillos*, las *puestas* y *las entradas*.

En el gabinete del juego hay un silencio sepulcral; de cuando en cuando, la Condesa hace una mala jugada ó dirige una consulta y sus tres compañeros le recuerdan las reglas del libro.

* * *

Sería interminable este artículo, si yo fuera á aprovechar todos los materiales que para la observación, para el aprendizaje de la vida y para la historia de nuestra sociedad actual pudieran entresacarse. Mi objeto creo queda realizado: ponderar como se merece el ingenio y la hermosura de la dama dueña del Palacio, cantado en *Jugar con Fuego*, y dedicar un recuerdo á ese pobre viejo que se queda ahora triste y solo.

UN COMANDANTE DE MILICIANOS.

(PERFIL DE HACE VEINTE AÑOS.)

Uno de los sitios más genuinamente hermosos de la gaditana ciudad, es sin duda, la calle de San Juan de Dios, hacia las inmediaciones del Hospital del mismo nombre. Allí, á lo lejos, enseña el mar Atlántico las azules crestas de sus bravas olas, que en los días de Levante fuerte, después de desgarrarse en hervorosa espuma en las negras rocas que sirven de escollera, saltan sobre la muralla é inundan la ardiente arena del Campo del Sur. En segundo término, ábrese la calle, espaciosa, ancha, como pocas de las de Cádiz y no muy animada, como si toda su vida se concentrase en su arranque, donde á ella se avecinan vías llenas de inusitada concurrencia. Y donde éstas se abren, en el punto donde levanta sus dos fachadas el Hospital de la Caridad, es precisamente donde palpita el nudo vital de la calle, que allí mantienen perpétua, bullidora animación, la calle de Santa María, que asciende estrecha y tortuosa, para perderse en las lobregueces del barrio de su nombre; la calle de Sopranis, que lleva hacia la Puerta de Tierra todo el movimiento de la población, estremecida á menudo por el alegre estruendo de las bandas militares, cuando la recorren en gallardo desfile los batallones acuartelados en Santa Elena; y sobre todo, la Plaza de San Juan de Dios, la plaza célebre en los anales gaditanos, verdadero corazón henchido de luz, de movimiento, de alegría, desde el cual la villa predilecta de Alfonso el Sabio impele á todos sus ámbitos, corrientes poderosas de actividad y de animación.

Allí nos pasábamos sendas horas sentados á la puerta del benéfico

Establecimiento, los humildes novatos, alumnos supernumerarios del Hospital, cuando lo permitía la aquiescencia de nuestros superiores los veteranos alumnos numerarios, que si bien no hacían jamás alarde de superioridad sobre nosotros, insignificantes pipiolos apenas iniciados en los deberes de la práctica hospitalaria, en cambio, solían favorecernos con ciertas *cobas* y guasas, que nos ponían en prudente retirada, obligándonos á martirizar con largos paseos el trozo de plaza comprendido entre el Ayuntamiento y la esquina del Hospital. Verdad es que allí no faltaban distracciones para los ojos, porque por aquel sitio es incesante el desfile del admirable mujerío que albergan los lares del clásico barrio de Santa María; y jamás nos abrumaba el aburrimiento; y podíamos matar gratamente las horas hasta que resonaba en la campana el toque de herido, después del cual, con tanta timidez como diligencia, corríamos á prestar nuestros servicios, y de todas maneras, aunque á veces el calor ó el frío nos molestasen con rigor, es lo cierto que mayor era el que algunos *antiguos* solían usar en las guasas de sus *novatadas*. Prueba de ello es, que persona muy emparentada con el autor de estas líneas, sufrió en aquella ocasión la *pena del potro*, porque inclementemente atada á la camilla de curaciones, hubo de aprender *ad integrum* el diagnóstico del embarazo; y por más señas, que actuó de primer inquisidor un hoy reputadísimo Médico, que ha ejercido cargos de autoridad en una población cercana á Cádiz.

Felizmente, á los quince años la memoria vive muy despierta y el suplicio no fué largo y después de todo, hubo de ser agradecido, porque el supliciado no olvidó ya el diagnóstico de la gestación, y eso menos le fué preciso estudiar, cuando cursó la asignatura de Obstetricia.

* * *

En el año 1873 lucieron días agitadísimos para Cádiz, presa de las zozobras del movimiento cantonal, y aunque dentro de la Ciudad la calma fué siempre relativa, á pesar de las violentas pasiones que amenazaban desbordarse en la prensa, en la calle y en el Club, llegó un momento en que el tronar de los cañones llenó de angustia á la población.

Fué aquél el momento en que las fuerzas cantonales sitiaron el Arsenal de la Carraca, que se defendió con briosa tenacidad; y á nadie parecerá ilógico que, encendida una lucha que debía ser sangrienta, casi á las puertas de la ciudad, ésta aprestára sus establecimientos benéficos para las contingencias del combate. Así se hizo respecto al Hospital de San Juan de Dios, y su ilustradísimo claustro de Profesores y sus alum-

nos constituyeron guardias permanentes, prestas á recibir y curar los esperados heridos: y yo, y otros como yo, fuimos agregados á nuestro turno correspondiente y cumplimos nuestro servicio con rigurosa austeridad, si bien por lo que á mí concierne y apenas iniciado en los rudimentos de la Anatomía, no me era dable llenar otras funciones que las augustas de sostener una jofaina, alargar una esponja ó cuando más, cortar una tira de esparadrapo aglutinante.

Ello fué que las guardias se sucedieron y los heridos no venían, y aquel luctuoso convoy de lesionados que el incesante cañoneo de tantas horas hacía presumir, nunca llegaba: pero como todo tiene fin en este mundo, llegó el de la memorable jornada, y recuerdo, á través de veinte años, la retirada del ejército sitiador, que en su mayor parte entró en Cádiz por la calle de Sopranis. Era el declinar de la tarde: la gente se apiñaba en apretados haces en la Plaza de San Juan de Dios y por la calle antes nombrada descendían, entre torbellinos de polvo, los batallones de milicianos que horas antes habían marchado á la batalla con el alma henchida de bélicos entusiasmos. Venían las filas desordenadas: unos fusiles hacían brillar al sol la virgen bayoneta: otros daban al aire sus culatas. Grupos de mujeres, con la mirada anhelosa, cargadas de lágrimas y de terrores, rodeaban á los expedicionarios que, aún palpitantes con el orgasmo del combate, regresaban á sus lares dispuestos á quemar en ellos el último cartucho que no habían quemado en el ataque de la Carraca; y, detalle para mí inolvidable: la artillería desfilaba también en medio de aquel conjunto, que tenía algo de la fúnebre grandiosidad que ha puesto Zola en los terribles desbordamientos de *La Débacle.* Pero la artillería aquí no eran las caldeadas piezas, arrastradas en el vértigo de la retirada por furiosos caballos, de humeantes narices y flotantes crines, arrebatados por el humo de la pólvora, por el látigo de los conductores ébrios de terror y de ira y por el furioso castigo de la espuela, aplicada al flanco palpitante con loca nerviosidad; la artillería, aquí, hallábase reducida á una hermosa piececita de bronce, brillante y pulida, preciosa miniatura, que un fornido mozo arrastraba de una cuerda, con la misma facilidad con que arrastra un niño un carrito de juguete.

Al fin llegaron los heridos. Uno ó dos coches pararon ante la puerta del Hospital y descendieron varios individuos, no muchos, aunque no recuerdo el número á punto fijo: acaso no llegaran á ocho: algunos de ellos contusos y me parece recordar que varios con extensas quemaduras, producidas, si la memoria no me es infiel, por el escape de gases en una pieza. Rectificadas las curas, fueron instalados en sus camas y allá quedaron en la soledad de las salas las víctimas de aquel furioso

cañoneo que por espacio de tantas horas había recordado á la Ciudad de Cádiz los gloriosos días de sus sitios legendarios.

*
* *

No puedo precisar bien si fué aquella noche ó una de las inmediatas; mas ello es, que importantes personalidades que, sin duda, figuraban en la Plana Mayor de la Milicia, determinaron, cumpliendo un piadoso deber militar, rendir una visita á los heridos; y hé aquí, que ya noche cerrada, resonó en las silenciosas clínicas solemne rumor de suaves conversaciones; tintineo de espuelas; metálico sonido de sables, y que lentamente avanza hacia la cama de un herido, cerca de la cual me encuentro, un numeroso grupo, al frente del cual marcha una figura, que no me es posible reconocer ni detallar en los primeros momentos.

Al fin, el grupo rodeó el lecho: la bujía, que una hermana de la Caridad tenía en la mano, proyectó su luz sobre aquella figura y entonces reconocí, con respetuosa curiosidad, el rostro del gran cirujano Don Federico Benjumeda.

Él era: cubría su cabeza una gorra, roja, de las llamadas *de plato,* en la que se destacaban las divisas de Comandante. Su rostro moreno dilatábase perfectamente tranquilo y la penetrante mirada de sus ojos, llenos de luz, se posaba interrogadora sobre el herido, mientras la palabra, un tanto tarda y premiosa del ilustre operador, vibraba en frases de consuelo. Aquél comandante que en los campos de la ciencia había vertido con su glorioso bisturí más sangre que amenazó verter el ya acabado bombardeo, no vestía de uniforme: recuerdo precisamente que vestía un trage gris, sobre el cual brillaba el charolado correaje de un sable de montar.

Terminó la visita y yo termino aquí este humilde relato. Tengo la pretensión de creer que será curioso para los que en Cádiz ignoren que el gran maestro, orgullo de aquella Facultad de Medicina, llegó á ceñir la espada del militar en un período tan accidentado como el período á que he hecho referencia. Ignoro más particularidades de D. Federico Benjumeda en el campo de Marte, pero me atrevo á opinar que el inolvidable operador no alcanzó en las esferas de la Milicia, ni con muchos codos de diferencia, la talla que logró alcanzar con la talla.. . perineal lateralizada.

Federico Parreño
Ballesteros

Alicante Junio 1893.

UN EXAMEN DE GRIEGO.



(RECUERDOS DE UN ESTUDIANTE.)

¿Quién no recuerda con deleite los días venturosos de la juventud, cuando cada uno figúrase ser un héroe futuro llamado á realizar las más altas empresas, se siente capaz de todos los sacrificios, circula hirviendo en las venas sangre generosa, y existen en el alma solamente emulación, liberalidad, franqueza, amor, pasiones nobles todas, cuya exageración, disculpable y natural en la primavera de la vida, las trueca en vicios en la edad madura? ¡Cuánto daríamos por volver á aquellos tiempos felices, sin canas, reuma, desengaños ni cuidados, en que los más graves disgustos que se sufren pareceríannos hoy levísimas contrariedades!

Al tornar ahora los ojos hacia aquellos días, paréceme que evoco sombras de seres que ya no existen; y en efecto, ¿soy aquél que envuelto en los pliegues de flotante blusa, descubierta la cabeza que negros rizos poblaban, discurría por los anchurosos claustros del colegio, ansioso de franquear sus umbrales como avecilla encerrada en alambrada cárcel? No; no soy el mismo: con los negros cabellos huyeron las ilusiones fustigadas por experiencia dolorosa, y la ciega vanidad, al calor de fáciles triunfos escolares nacida, cedió su puesto al convencimiento de la verdadera insuficiencia.

Bien puedo, pues, hablar en causa propia con el desapasionamiento que lo haría de un extraño, y corresponder á la galante é inmerecida invitación del Diario de Cádiz, narrando un episodio de mi primera

juventud. Si carece de interés este verídico relato, cúlpese á mezquindad del sujeto y torpeza del escritor, que con toda su buena voluntad, no puede dar más que lo que tiene.

Corría el año de 1859 y cursaba yo el tercero del bachillerato como alumno interno en el primitivo Instituto de S. Juan Bautista de Jerez, único provincial en aquel tiempo. ¿Qué ha sido de mis compañeros de entonces? Muchos, ay, han muerto. Arrebatados otros por el torbellino de la vida vagan diseminados por el mundo. Los menos consiguieron llegar á la meta anhelada, y gozan de renombre, honores ó riqueza; los más vejetan confundidos en el ignorado montón. Acaso ha desheredado la fortuna á los mismos á quienes parecía ofrecer porvenir más halagüeño, y acaso también alguno de los que de gracia recibían allí sustento é instrucción, ocupa hoy puesto elevado en la sociedad, que de estas alternativas está llena la memoria de todo viviente.

¡Cuántos de aquellos entonces jóvenes irreflexivos, hoy hombres graves y hasta viejos, si por ventura aciertan á leer estos renglones, sentirán como una oleada de sangre juvenil que corre por sus venas, al recordar el rectilíneo paso de Pedro Díez, los saladísimos cuentos de Paquito Giles, el baile chino del caballeresco Pedro Novo, la descoyuntada agilidad de Adulfo Castro, el roncar tormentoso de Luís Offerrall, las hercúleas empresas del gran Jiménez, el atildamiento de Paco Gamboa, la serena travesura de Pepe Cambas, la pasmosa conversión del vino del Inspector D. Diego Lagos en licor nauseabundo y repugnante, la abierta rebelión contra toda disciplina el día de la victoria de Tetuán, el bonete de D. José Bernal cuya colocación sobre los ojos ó echado hacia la nuca era indicio seguro de la fácil ó laboriosa digestión de nuestro buen Rector, la charla hispano-italo-gala de Angel el conserje, veterano de Jena y de Leipsik á quien su ingénita rudeza no permitió aprender el castellano en cincuenta años, las luchas á cachete limpio bajo el arco, cerrado palenque y fumadero común, adonde Tirios y Troyanos, internos y externos acudían á dirimir lealmente sus contiendas, y tantas otras cosas, hechos y personas dignos de eterna memoria.

Acababa de dictarse un plan de estudios hoy olvidado, que creaba la asignatura nueva de Lengua Griega, dividida en dos cursos que se estudiarían con el tercero y cuarto de Latín. Si fué ó no peregrina aquella disposición, no es este el lugar de ventilarlo. Por lo pronto el Gobierno creó las cátedras de Griego, mas no pudo improvisar los Catedráticos, y como era una sola la asignatura de tercero de Latín y primero del Griego, al fin del curso fuímos examinados de aquél solamente, siendo aprobados en ambos. Ganamos, pues, el primer año de Griego sin conocer el Alfa.

Pasó el verano y con él las vacaciones, y vuelto al Colegio me matriculé en cuarto de Latín y segundo de Griego. Supimos entonces que aquella vez íba de veras. Leíase en el cuadro de horas el nombre de D. Valeriano Fernández Ferráz, que había ganado por oposición la cátedra de Griego, y todos nos dispusimos á saborear las bellezas del clásico idioma, del que solo sabíamos que estaba velado bajo un alfabeto misterioso. En tanto que el D. Valeriano no llegaba, comenzamos nuestro cuarto curso de Latín y el catedrático D. Juan Alonso Gutiérrez, cuyas chisteras monumentales y jesuítica sonrisa no he podido olvidar nunca, nos atestaba la cabeza de *Proginnasmas* de que yo procuraba no enterarme, sumergido durante las horas de clase en la poco menos que mecánica tarea de señalar con lápiz en el tomo tercero de los Padres Escolapios la quantidad prosódica de los versos de Horacio y de Virgilio, ó seguir con mis colaterales Manuel Moreno y Ricardo Tamayo, larga y entretenida conversación.

Continuaron así las cosas hasta Enero, en que vista la tardanza del propietario, resolvióse que explicára interinamente Griego el Catedrático de Historia y Geografía, D. Juan Miró, nacido en Cádiz.

¡Pobre D. Juan! Cuando ya fuera del colegio volví á verle muchos años después, estrechóme con tal afecto entre sus brazos que llegué á conmoverme como si aquél anciano respetable hubiera sido un padre querido.

Procerosa estatura, seco y enjuto hasta lo inverosímil, espalda que encorvó el continuado hábito del estudio, ojos pequeños casi blancos, ocultos detrás de azuladas gafas de miope, contados cabellos rubio-cenicientos en la nuca y del mismo color corta y clara patilla, tal era en lo físico D. Juan. Durante mucho tiempo no pude explicarme porqué todos los colegiales dibujaban con cuatro rasgos el perfil de D. Juan con singular parecido, aunque no hubiesen tomado jamás un lápiz en sus manos. Después he caído en la cuenta de que en aquella fisonomía no había líneas curvas; todas eran rectas y ángulos agudos: de ahí que fuera á todos asequible retratarle.

Eran proverbiales sus distracciones que corrían de boca en boca. Olvidábase de la comida y del descanso sumergido en el estudio de algo que ni le interesaba ni tenía aplicación práctica en la vida; el idioma Chino, por ejemplo, á que por aquellos días se dedicaba con constancia inquebrantable. Era vastísima su erudición. Jamás se le cogía desprevenido cualquiera que fuese el ramo del saber por que se le preguntára, y lo mismo explicaba sus asignaturas que todas las demás del bachillerato y aun de la Escuela de Comercio, siempre que había necesidad de suplir á un compañero, bien que esto lo hacía igualmente el Director del Instituto D. Julián Pérez Muro.

Afable y cariñoso gozaba como un niño cuando un alumno le hacía alguna pregunta aunque fuese del todo agena á la enseñanza, y de tan sencillo artificio se valían sus discípulos cuando ignoraban la conferencia, cosa harto frecuente. D. Juan caía en el lazo, y el resto de la clase se invertía en hablar de las abejas, de las transformaciones del gusano de seda, de la guerra de Africa, tema obligado en aquel tiempo, etcétera, etcétera.

Sus mayores enfados con nosotros duraban dos minutos á lo sumo, sin que de memoria de estudiante se recordase que hubiera en ninguna época impuesto el más leve castigo.

Era un justo y un sabio; pero carecía de dotes para la enseñanza. Con menor competencia en algunas materias, en ciencias por ejemplo, nuestro Director Pérez Muro obtenía mejores resultados de sus lecciones. Es verdad que D. Julián reunía á ilustración profunda eminentes condiciones pedagógicas, y sabía hacer atractivos los más áridos asuntos. Instruía y deleitaba á un mismo tiempo.

No obstante su ciencia, D. Juan no sabía Griego, que no es dado al hombre ser omnisciente. Si aceptó el encargo de enseñárnoslo fué sin duda distraído, sin reflexionar, pensando en otra cosa. Ello fué que desde los primeros días de Enero comenzó sus explicaciones.

La novedad y algo de curiosa atención que prestábamos al asunto, hízonos tomar de memoria el alfabeto que nos leía sacándolo de una Gramática que no sé dónde había adquirido. Eso sí: empezábamos con el *alfa, beta, gamma*, y concluíamos en el *omega* de un solo tirón y sin respirar, con el ímpetu y velocidad inicial de una bala, tomando la cosa como uno de esos ejercicios ó juegos de la gente menuda que llaman traba-lenguas. Esto nos llevó más de un mes. D. Juan, que mientras tanto trabajaba en su casa, leía ya algo, si bien tropezando aquí y descalabrándose allá como niño sin andadores.

Tenía á su final la Gramática (me parece que su autor era Fr. Ciriaco Cruz) unos cortos trozos entresacados de diversos autores griegos, para la lectura y traducción. Un día llegó D. Juan muy ufano y díjonos iba á leer unas líneas. Verificólo en efecto con las dos primeras que dejamos pasar sin protesta; mas cuando al llegar á la tercera le oímos decir con la seriedad que ponía en todas sus explicaciones la rimbombante frase "*Pasón ton aretón eguemón estin e eusebeiá*" que pronunció como el que se lanza al paso de ataque al compás de la marcha granadera, por espontáneo impulso los pies de todos los alumnos marcaron ruidosamente el paso sobre el entarimado, mientras todas las bocas imitaban el redoblado golpe del tambor, prolongándose la marcha luengo rato. Otro que Don Juan nos hubiera en el acto impuesto severo castigo: mas eran tales su

bondad y mansedumbre, que hallando disculpable tamaña irreverencia, sin despegar del libro la naríz que con él tropezaba, (efecto de la cortedad de su vista) contentóse con decir á media voz como el que se hace una reflexión á sí propio: "¡Efectivamente tiene este idioma unas onomatopeyas....!", y prosiguió impasible su lectura.

En tan laboriosas tareas pasóse todo el curso, bien que alguna vez mostrára D. Juan ciertas veleidades pasajeras de explicarnos los principios de la Gramática Griega que por su parte continuaba estudiando; pero validos del consabido artificio de preguntarle cosas agenas á la asignatura, supimos eludir siempre su propósito. Posible es, no obstante, que alguno de mis compañeros más aplicado y provisto de Gramática, llegára á leer las páginas primeras. Si lo hizo, fué por meritorio y espontáneo acto de su voluntad, no porque á ello le obligasen las amonestaciones de D. Juan.

Amaneció por fin el primero de Junio, ese día ansiado que ven llegar los estudiantes con emociones tan contrarias, y aunque todos sentíamos la inquietud y zozobra naturales, solo nos preocupaba el resultado de los exámenes de las demás asignaturas. Tocante al Griego, vivíamos en tranquilidad perfecta seguros de ser aprobados. No obtendríamos buenas notas, eso nó; mas ¿quién sería osado á reprobarnos?

Era por la mañana; los internos con el uniforme de gala luciendo abejas de oro en las solapas y los externos con los trapitos de cristianar, paseábamos juntos por los claustros y el entoldado patio comunicándonos unos á otros nuestros temores ó esperanza, mientras alguno por los rincones, libro en mano, intentaba con febril premura recordar cualquier olvidada pregunta. En las salas del piso bajo funcionaban ya algunos tribunales, y el cuadro de horas señalaba la de las diez y el oratorio como la hora y sitio en que debían verificarse los exámenes de segundo año de Griego, cuyo tribunal formarían el Director y los Catedráticos de Griego y de Latín.

A eso de las nueve entró D. Juan con otro caballero á quien miramos todos con algo de curiosidad pero sin extrañeza, pasando ambos á la Secretaría de donde á poco salieron, encaminándose á la Dirección que estaba en el principal. Bajó de ella el bedel Jacinto, dijo alguna cosa al Oficial de Secretaría D. Pedro Dastis, de quien aún recuerdo la frente incomensurable, y apresuradamente marchó éste también á la Dirección. Descendió por la escalera á breve rato, volvió á subir con porción de papeles en la mano, tornó á bajar y despierta ya entonces nuestra curiosidad con tantas idas y venidas acercósele mi compañero el Jerezano Poggio y habló con él breves momentos. Cuando á nosotros tornó comprendimos en la expresión de su semblante que había algo grave. La cara de Poggio parecía la de un muerto.

En efecto la cosa tenía gravedad. El recienvenido era el Catedrático de Griego, no el D. Valeriano tanto tiempo esperado: éste había hecho renuncia de su cátedra y en su lugar había sido elegido aquél caballero joven, pequeñito, moreno y con bigote, llamado D. Joaquín Sánchez García á quien daban posesión en aquel momento. (Más tarde fué abogado de nota en Jerez.)

Calcúlese nuestra inquietud. Reunido todo el curso en un ángulo del patio celebramos consejo. ¡Pasar sin transición de la tranquilidad del justo á la más horrible incertidumbre! ¿Qué hacer? ¿Qué sucedería?—Aunque esté ahí el nuevo Catedrático, decía yo, el nuestro es Don Juan Miró y este será el que habrá de examinarnos. ¿Cómo conocedor de nuestra situación y de que no sabemos más que el alfabeto ha de consentir que el otro forme parte del tribunal?—Al menos, observaba Pepe Luqué, es preciso que ponga al nuevo en autos explicándole lo que ocurre.—No es culpa nuestra que no sepamos nada, sino suya, porque nada nos ha enseñado, agregaba iracundo con voz de bajo Miguel Bohórquez.—Verán ustedes cómo D. Juan nos deja en la estacada, decía Manuel Moreno con su habitual tono indeciso entre la broma y las veras, y cada cual emitía su juicio y sus temores, y los ánimos se excitaban y enardecían, y mientras proponían unos que se nombrase una comisión que pasara á ver al Director para confesarle francamente nuestra ignorancia, pidiéndole no fuésemos examinados por el nuevo Catedrático, y otros juraban no dejarse examinar por él, D. Juan Miró, sin toga, en trage de calle, inclinado hacia adelante como de costumbre, y como de ordinario cimbrando el cuerpo sobre la pierna que quedaba detrás, apareció en lo alto de la escalera, la bajó muy sereno, atravesó el patio por enmedio de nosotros sin mirarnos y sin vernos, embebecido en alguno de sus cálculos, dirigióse hacia la puerta, salió á la Plaza del Mercado y con gentil compás de pies desapareció de nuestra vista.—¡Se va! exclamé yo con angustia.—¡Se va! gritaron en el mismo tono aquellos de mis compañeros á quienes lo permitió el estupor; y en tanto Angel el conserje sonó la campana y desde una ventana de la sala de dibujo Jacinto llamó al segundo curso de Griego, y mústios, cariacontecidos y llena el alma de mortal congoja, como los reos las gradas del patíbulo, subimos al principal y entramos en la capilla, convertida en tales casos en sala de exámenes.

Hallábame en peores circunstancias que los demás. En aquél tiempo, y no sé si sucederá ahora lo mismo, el orden que se seguía en los exámenes dependía de la combinación del número de matrículas y la nota obtenida en el año anterior, y tocábame á mí comenzar. Yo debía

ser la primera víctima. Los demás sabrían á qué atenerse por lo que el Tribunal hiciera conmigo. Para mí solo había incertidumbre.

Mi situación era horrible porque aun cuando siempre fuí desaplicado, y harto lo he deplorado luego, tenía vergüenza, y á última hora solía darme un hartazgo de estudio para quedar en condición de salir adelante, ya que no con lucimiento: pero presentarme á examen *tamquam tábula rasa in quâ nihil depictum est* como decía nuestro Catedrático de Latín Don Juan Alonso, ni me había acontecido nunca, ni me lo permitía cierta negra honrilla que sentía escarabajearme en el interior.

Nunca me pareció tan fúnebre y tenebrosa la alegre y risueña capilla del Colegio. Formaba ésta la mayor parte del salón principal de la fachada. En el testero de la izquierda, sobre un alto estrado adornado con balaustres de madera formando presbiterio, estaba una mesa cubierta hasta el suelo de rojos damascos y asentados á ella en sendos sillones, serios y rígidos, calados los birretes y envueltos en sus togas que les daban el aspecto imponente de jueces inflexibles, hallábanse los tres Catedráticos que componían el Tribunal. En el centro, presidiendo, el Director D. Julián Pérez Muro, cuyas facciones ocultaba á medias pobladísimo bigote; á su derecha, como más antiguo, el de Latín Don Juan Alonso Gutiérrez, con su sonrisa beatífica como congelada en el rasurado semblante y á la izquierda el de Griego mirándonos con curiosidad ávida como el que de antemano cuenta el número de sus víctimas. A la espalda tenían el altar coronado por un crucifijo, y sobre éste hasta el techo llenaba el lienzo de la pared un cuadro de S. Juan Bautista, obra de un antiguo profesor de dibujo del colegio, cuyo nombre no recuerdo. Ante la mesa veíase escueto y desnudo el fatal banquillo en que momentos después habría de sentarme. Por bajo del estrado y todo alrededor de la capilla corría un zócalo y un friso de madera pintada con asientos adosados del mismo color. Muro y techo forrados de papel claro reflejaban la intensa luz que por el balcón y ventanas se difundía quebrándose en los mil colgantes de la gigantesca araña que del centro estaba suspendida. Trémulos y convulsos permanecimos de pie á uno y otro lado, hasta que á un ademán del Presidente tomamos asiento en los bancos.

Latían mis sienes con desusado movimiento y el corazón saltaba en el pecho con impulso nunca sentido. Apesar de su preocupación propia, mis compañeros, llenos de compasiva solicitud procuraban animarme. Entre tanto el nuevo Catedrático tomó la lista, y equivocándose como todo el que por primera vez lee mi apellido, me llamó en alta voz. Sin contestar, como un autómata, más muerto que vivo, púseme en

pie, subí las tres gradas del estrado, llegué ante la mesa y obedeciendo la benévola señal del Presidente, más bien que sentarme, caí desplomado sobre el banquillo.

Era en aquel tiempo de uso ó de ley, que el examinando extrajese de un globo cierto número de bolillas que indicaban el de las lecciones del programa á que había de contestarse. Como no teníamos programa de Griego, solo había un globo sobre la mesa, el de las preguntas del Latín.—¿Es que no va á tocarse el Griego, ó preguntará á su antojo? me decía con zozobra.

Mientras enjugaba el frío sudor que inundaba mi frente, sacóme de mi orgasmo la conocida voz de D. Juan Alonso mandándome extraer del globo tres bolillas. Hícelo así y tomando los números comenzó á preguntarme, y en tanto le respondía sin apartar la vista de D. Juan Alonso por quien en aquel instante sentía afecto profundísimo, avizoraba con el rabo del ojo con angustioso anhelo al nuevo que respaldado cómodamente en el sillón, en cuyo brazo apoyaba el codo y en la mano la barba, me escuchaba impasible, fija en mí su mirada con importuna insistencia; y alternativamente respiraba con holgura ó me ahogaba sofocado, según me dominaban el temor ó la esperanza. Acercábase el momento crítico: terminadas las preguntas púsome delante Don Juan Alonso un trozo de la Medéa de Séneca, (el mismo que contiene la profecía sobre América tan repetida en estos tiempos), y apenas hube traducido lo de "*última Thule*", á la voz de "*basta*" que pronunció el Presidente, volvióse D. Juan Alonso al Catedrático de Griego, é inclinándose con su melíflua sonrisa.—"Ahora usted, compañero," le dijo, y quedé yerto, sin voz, sin pulso, sin vida.

Barajábanse revueltos en mi mente mil ideas confusas y ruídos extraños. La felonía cometida con nosotros, el bochorno que me aguardaba, la resolución de no volver á mi casa con el vergonzoso estigma de *suspenso*, la más firme aún de tomar venganza de aquella traición, todo mezclado con el martilleo incesante de mis sienes, el tumultuoso latir del corazón y el murmullo que hasta mí llegaba de mis indignados y medrosos compañeros.

Habló algo en esto el nuevo Catedrático; yo no le oí y necesitó repetir su pregunta: intenté responder y no pude; tanta era la amarga sequedad de mi garganta. Jamás he sabido lo que me preguntó: fué algo sobre los verbos griegos. Con esfuerzo sobrehumano procuré recuperar mi sangre fría, y creyendo que sería peor callar, comencé á hablar del verbo. ¿Qué dije? No lo sé. Escuchóme atentamente y me interrumpió diciendo:—"Todo eso está muy bien, pero es que le he preguntado á

usted por el verbo griego y no por el latino."—Demasiado lo comprendía yo, mas ¿qué le contestaba? Pugnaba por salir de mis labios una frase revelando lo ocurrido y pidiendo compasión, pero al mismo tiempo parecíame vergonzosa aquella especie de denuncia; constábame que todos los catedráticos antiguos y el mismo Director conocían nuestra ignorancia y no obstante no ponían remedio á lo que sucedía; luego era cosa resuelta mi pérdida, y de nada me servía acusar á D. Juan.

—Veamos, me dijo con bondad el D. Joaquín: serénese usted, y dígame cuántas conjugaciones hay en Griego.—Dije un número cualquiera y sin duda acerté como el burro de la fábula. Preguntóme entonces por los modos y los tiempos y al hablar de éstos, que lo hice como si de los latinos se tratára, desaprobó secamente mi respuesta.—¿No hay más tiempos que esos?, me decía. Repasé mentalmente mi memoria y seguro de no haber olvidado ninguna de las diversas formas del presente, el pasado y el futuro, respondí con un *nó* victorioso.—¿Y el aoristo, hombre, dónde me lo deja V.? exclamó airado D. Joaquín. ¿Qué le ha hecho á usted el aoristo?—Tentado estuve por decir que no conocía á aquel caballero: me callé porque supuse con razón que sería un tiempo desconocido de las conjugaciones griegas. Con desabrido tono continuó el Catedrático.—"Está bien, creo excusado preguntarle nada de Sintáxis: gracia que conozca los primeros rudimentos de la Gramática. Declíneme usted el adjetivo *Pas, pasa, pan*.—¿Que decline el adjetivo *Pas, pasa, pan*? le pregunté balbuceando y tragando saliva para ganar tiempo.—Eso es, sí señor, dijo D. Joaquín. ¿Es que no lo sabe usted tampoco? Y á propósito ¿sabe usted al menos lo que es declinación? añadió con sarcasmo.—Se lo dije humildemente.—Está bien, contestó.—Dígame usted ahora cuántos números hay en griego.—Dos, me apresuré á contestar. —¡Dos solamente! exclamó hecho una furia D. Joaquín. ¡Con que dos nada más!—Y daba golpes sobre la mesa y se revolvía en su asiento como un poseído, sin que pudiera yo comprender la razón de tan extraordinario enojo.—¡Pues cuántos números quiere que haya! pensaba yo aterrado.—¿Estará loco este hombre?—El exceso de sufrimiento hízome atrevido y exclamé de nuevo con coraje é insistencia.—No hay más que dos números, singular y plural.—Creí que D. Joaquín Sánchez me acometía: trémula la voz y con acento sibilante, pronunció estas palabras que aún parecen resonar en mis oídos:—¡Con que hasta ignora usted que en Griego existe el número *dual!*" Parecía que se ahogaba. Sacó el pañuelo y enjugóse el sudor para calmarse. Aquel fué el último golpe. Quedé de todo punto desconcertado. ¿Quién había oído hablar nunca de un número *dual*? ¡Acaso podía ser eso! Hasta inventaban se-

mejantes absurdos para fastidiarme más. Y reaccionado por la cólera, daba al diablo mentalmente el Griego y los libros y el Colegio y hacía intervenir cielos y tierra y se las juraba á todos los don Juanes y don Joaquines del mundo.

Hubo un momento de silencio durante el cual noté que el Director habló algo al oído del de Griego.—¡Vaya usted con Dios! me dijo éste sin guardar siquiera las formas. Levantéme como pude y sin saludar al Tribunal bajé tropezando las gradas. Oí al Director que dijo algo en voz alta y tocó la campanilla: levantáronse al punto mis compañeros saliendo de la sala, cuyas puertas cerró el bedel detrás de mí.

Dijéronme entonces que el Director había suspendido por veinte minutos el acto. Diéronme un vaso de agua é intentaron consolarme. La cosa no tenía ya remedio. Ninguno de los demás se presentaría á examen. Pero aquél D. Juan que nos dejaba en las astas del toro, aquél que nos había vendido de modo tan ruín, ese sufriría el castigo merecido. No sabíamos cuál, pero era preciso tomar cruda venganza.

Mi aflicción y coraje excedían á los de todos: ellos podían abstenerse de entrar en examen, evitando de esa suerte la vergüenza que yo apuraba hasta las heces. Vagaba por mi mente la idea de fugarme del colegio y sentar plaza de soldado, porque pensar que yo volviese á mi pueblo cargado de calabazas, era pensar en lo imposible.

Algunos, más sesudos, reflexionando en la extraña suspensión del acto, apenas comenzado, emitieron la opinión de que acaso el Tribunal se estaría ocupando de nosotros. ¿Quién sabe? ¡A todos no nos han de suspender! Este razonamiento hizo nacer algunas esperanzas en los demás. Yo no les escuché siquiera. En efecto, ¿qué me importaba ya lo que con los demás hiciesen? ¿Qué podía yo aguardar después de mi examen y de la destemplada despedida del Catedrático?

Sonó en esto la campanilla, abrió Jacinto las puertas de la sala y llenos de incertidumbre, cabizbajos, volvieron á entrar mis compañeros. Desde la puerta escuché la voz de D. Joaquín Sánchez que llamaba á examen á Manuel Moreno Rodríguez que tenía el número dos, y solo y desesperado subí al segundo piso, atravesé la sala de estudio sin contestar á los demás internos que allí estaban, entré en el dormitorio y me arrojé de boca sobre la cama. Allí lloré largo rato; mientras estuvieron presentes los demás, el amor propio, la soberbia humillada, me hizo devorar las lágrimas: solo ya en el dormitorio las dejé correr abundantes.

Un cuarto de hora después llegó Manuel Moreno contento y satisfecho: acababa de examinarse de Latín porque el Catedrático de Griego no le había hecho una sola pregunta. Tras él llegó Pepe Sola, Robles, Lozano,

Poggio, Curro Ponce, internos también de nuestro curso. Todos decían lo mismo: ellos saldrían bien de seguro: yo era solamente el desgraciado.

Levantéme cediendo á sus instancias y bajé con ellos al patio: allí estaban los demás compañeros. Allí Pepe Luqué, Bohórquez, Tamayo, Pina y otros muchos radiantes de júbilo expresáronme su afectuosa conmiseración. Hacíame daño su alegría y quise volverme al dormitorio, cuando terminaron los exámenes de Griego. Cerráronse las puertas de la sala y permanecimos todos mudos y llenos de inquietud durante los diez minutos que estuvo cerrada. Abrióse al cabo y salió por ella el Tribunal, grave é imponente, llevando en su mano el catedrático de Griego unos papeles. Eran las calificaciones: allí estaba mi sentencia. Dirigiéronse á Secretaría, salió de ella el oficial Dastis con un cuadro en la mano y lo colgó de un clavo en los corredores. Mis compañeros se precipitaron á leer la lista: yo permanecí en un rincón, ¿cómo atreverme á mirar mi nota? Oí primero un murmullo de asombro, luego exclamaciones de sorpresa y alegría. De repente sentí que me cojían de ambas manos y me arrastraban hacia el cuadro. Eran Manuel Moreno y Miguel Bohórquez que habían venido en busca mía.

Abrí entonces los ojos y leí la lista comenzando por el fin porque no me atrevía á leer mi nombre en el principio. Todos mis compañeros ganaban el curso con la nota de *Bueno*. A la cabeza de ellos estaba mi nombre con la de *Sobresaliente*.

Más tarde supe de boca del mismo Director D. Julián, que sin malicia alguna y solo por un efecto de su distracción habitual, embebido en las combinaciones á que se prestaba una máquina para componer *mecánicamente* versos latinos que traía por entonces en proyecto, Don Juan Miró olvidó hablar de nuestra especial situación al nuevo Catedrático de Griego, á quien nada dijo tampoco el Director en la creencia de que ya estaría prevenido por Miró, y no sabiendo que fuera nuestra ignorancia tan completa. Apercibido de ella á costa mía D. Julián, suspendió el examen y dió cuenta de todo al Catedrático, quien lleno de deferencia accedió á aprobar á todos aquellos infelices que no podían ser culpados de lo que era una imprevisión del Gobierno, y para indemnizarme en algún modo del rudísimo cuarto de hora que me hicieron sufrir, otorgáronme la más alta de las calificaciones.

Hé ahí de qué manera conseguí mis notas de Sobresaliente en Griego.

Miguel Mancheño

Arcos, 13 Junio 1893.

UN RECUERDO HISTÓRICO.



I

Con inusitado entusiasmo fué celebrada en Cádiz la visita de sus Reyes en 1862.

Una serie no interrumpida de triunfos y aclamaciones, reveló el gran cariño de esta ciudad invicta á la monarquía constitucional, no menos que su respetuosa adhesión hacia sus esclarecidos representantes. Todo pareció poco para tributar á los monarcas el homenaje de su fidelidad. Contadas veces se habrá visto en casos análogos tanta alegría popular, tanta unanimidad de pareceres, tanta y tan señalada emulación en todas las clases para agasajar á sus Soberanos.

Cádiz conserva vivísimos recuerdos de aquel viaje regio, no solo por los explendores de la ostentación, sino por los beneficios obtenidos por la munificencia de los monarcas. Cádiz no olvidará nunca que Su Majestad la Reina D.ª Isabel II donó generosamente los seis mil duros necesarios para concluir la magnífica urna de plata del Santo Entierro. Cádiz no olvidará nunca que S. M. repartió cuantiosas limosnas para alivio de los desgraciados. Cádiz no olvidará nunca que S. M. colocó solemnemente la primera piedra para la erección de ese precioso tabernáculo de nuestra Basílica, y que, sabiendo que no había fondos reunidos para emprender y llevar á efecto las obras, resolvió por un acto espontáneo de su generosidad, costearlas.

Todas las fiestas verificadas entonces en Cádiz para tributar á los Reyes los más rendidos afectos de respeto y amor, fueron espléndidas; todas tuvieron el sello del buen gusto; en todas se demostró el extenso júbilo que dominaba. Lo mismo en el baile oficial que la ciudad ofreció á S. M. en la casa-palacio del Sr. Moreno de Mora, que en los talleres de la fábrica de tabacos; lo mismo en la visita de nuestros más notables edificios, que en la efectuada á los hospitales y casas de Caridad; lo

mismo al entrar y salir de nuestra Basílica, que en los solemnes actos palaciegos efectuados en la Casa-Aduana, convertida entonces en mansión regia; tanto en los paseos públicos, como en la distribución de premios en la Academia de Bellas Artes, se notaron y vieron claramente repetidas pruebas de aquel inmenso general regocijo, con que Cádiz acogía la presencia de sus Reyes, justificando con demostraciones verdaderas del corazón, su acendrada fidelidad monárquica.

Pero entre tantos actos hubo uno que fué especialmente estimado y encarecido, y agradó sobre manera á todas las clases sociales por su significación y finalidad. Nos referimos al acto gratísimo de ingresar el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias D. Alfonso de Borbón, después Rey de España, en las filas del ejército.

Era aquél un espectáculo harto interesante para que no fijase la atención de todos los gaditanos, despertando patrióticas y nobles ideas. Cádiz recordaba con orgullo los triunfos recientes de nuestro ejército en Africa. En Cádiz estuvieron los hospitales de sangre, donde fueron amorosamente acogidos y cuidados los gefes y soldados heridos en aquella gloriosa guerra, que tan alto dejó nuestro nombre, reverdeciendo laureles de inmortales victorias, con recuerdos santos para la regeneración de la patria. La reina Isabel, cuyo nombre querido había sido aclamado con fervor en los combates contra los moros, estaba dentro de nuestros muros. El caudillo de aquel ejército victorioso, el ilustre O'Donnell, la acompañaba como primer Ministro de la Corona, á quien profesaban gran cariño el pueblo y el ejército, aquél porque veía en él al hombre de soberano prestigio para dar á su patria días de gloria, y éste porque conociendo bien su valor y su maravilloso ascendiente, le idolatraba como el primer héroe de sus proezas.

El ejército estaba legítimamente orgulloso de su influencia en la opinión y correspondía al aprecio general con fraternal afecto. Nunca como entonces había existido tan profunda corriente de simpatía entre el pueblo y el ejército. Cuando los triunfos de las huestes liberales que afianzaron el trono de D.ª Isabel II, las expansiones y los regocijos nunca fueron tan unánimes como después de la guerra de Africa. Y es que entonces el amor patriótico, puramente nacional, inundaba todos los corazones. No era ya la victoria de una lucha fratricida de unas fuerzas de la nación sobre otras, también españolas, la que se celebraba, sino la supremacía de nuestros bravos soldados sobre el fanatismo musulmán, la gloriosa satisfacción conseguida de nuestro honor nacional mancillado. Eran aquellos momentos de esos en que los pueblos como el español, tan amante de sus prestigios militares, la manifestación de los entusiasmos

populares por nuevos recientes hechos de armas, se acrecienta poderosamente al calor de las más puras y grandiosas ideas de independencia y dignidad.

II

Compréndese bien, dadas tales favorabilísimas disposiciones en la opinión, cuán perfectamente acogida fué la resolución soberana de Doña Isabel II para que su augusto hijo, el heredero del trono, ingresase como simple soldado en las filas del ejército.

Veíase éste altamente honrado con aquel acto: era una satisfacción para su concepto militar que el Príncipe de Asturias entrase á formar parte de sus batallones, para adiestrarse en las artes de la milicia, y ser al mismo tiempo que el Generalísimo del ejército español, el compañero también del soldado.

Significaba su deseo patriótico S. M. la Reina, diciendo en la Real Orden que con fecha del 28 de Septiembre de 1862 dirigió el Ministro de la Guerra al Director general de Infantería que "quería que el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias figurase desde su más temprana edad en las filas del ejército español, á fin de que, familiarizándose con sus glorias, valor y lealtad, pudiera un día conducirlo por la senda del honor."

Fué designado el 1.º de Octubre para cumplimentar lo dispuesto. Elijióse con mucha discreción el primer batallón del regimiento de infantería del Rey para que se filiase el Príncipe como soldado en la compañía de granaderos. Aquél batallón era el más antiguo del arma, y el número de sus victorias le habían dado siempre una aureola de respetabilidad inmensa entre el ejército y el pueblo.

Los recuerdos de sus proezas se referían con complacencia. Era título preciado de su renombre bélico haber hecho cejar atemorizadas, ante su empuje y denuedo, las tropas del príncipe de Condé, á las que obligó á refugiarse en Francia. Eran citadas con orgullo sus heróicas victorias en los campos de Cataluña, de Portugal y de Italia. Su campaña de penalidades y valor en América se ofrecía como dechado. Su participación en la batalla de Albuera, se mentaba como modelo de heroicidad para el soldado. En la guerra de Africa había acrecentado su renombre, con actos de incomparable denuedo. El batallón del Rey era, pues, por su fama y su antigüedad, el más apropósito para acoger en sus filas de valientes, al Príncipe que más tarde sería la primer figura, la genuina representación de su ejército y de su país.

El capitán general de Andalucía había dirigido una orden al Gobernador militar de Cádiz para la celebración del acto, con instrucciones minuciosas para que éste se verificara con el esplendor debido.

La solemne ceremonia se efectuó en el patio del cuartel de Santa Elena á las diez y media de la mañana del día citado. Presentóse el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias con su Augusto padre, que llevaba el uniforme de Capitán General, acompañándoles los Sres. Ministros de la Guerra, Estado y Marina y los Sres. Capitán General de Andalucía, Gobernador militar de Cádiz y el Campo de Gibraltar, y los comandantes generales de Artillería é Ingenieros.

El Príncipe fué acogido con entusiastas aclamaciones.

Hallábase el regimiento favorecido formado en masa ocupando el centro del patio y á sus flancos estaban con sus respectivos coroneles y oficialidad, ochenta números del tercer regimiento de artillería de á pie con bandera y música, é igual fuerza del de infantería de Sevilla número 33, además de una sección del escuadrón de caballería de Lanceros de Santiago con su estandarte y dos secciones montadas, en representación, toda esta fuerza, de los cuerpos de la guarnición é institutos del ejército, que tan señalada honra iba á recibir con el ingreso del Príncipe Soberano en sus filas.

A alguna distancia del regimiento del Rey y frente á él, habíase colocado una lujosa tienda de campaña dedicada á S. M. y A. En el centro había una mesa, sobre la cual estaba la filiación del nuevo soldado, que éste debía firmar en unión de sus egregios acompañantes.

Este documento, sumamente curioso por su significación, es el que á continuación copiamos:

"Regimiento infantería inmemorial del Rey núm. 1.—Primer batallón.—Compañía de Granaderos.—Filiación de S. A. R. el Príncipe de Asturias, D. Alfonso de Borbón y Borbón, hijo de S. M. la Reina Doña Isabel II y de S. M. el Rey consorte D. Francisco de Asís, natural de Madrid, parroquia de Palacio de Madrid, avecindado en Madrid, juzgado de primera instancia del distrito de Palacio, provincia de Madrid, Capitanía general de Castilla la Nueva, nació en 28 de Noviembre de 1857 de oficio..... edad cuando empezó á servir, cuatro años, diez meses y dos días, su religión (C. A. R.), su estado soltero, su estatura... pies... pulgadas... lineas..., ó sean... metros... milímetros... sus señas éstas: cejas... ojos... naríz... barba... boca... color... su frente... su aire... su producción... señas particulares... Ha acreditado saber leer y escribir. Fué voluntario para servir á S. M. por el tiempo de ocho años, según Real Orden de... Tuvo entrada en... Ingresó en este regimiento en 30 de Setiembre de 1862. Queda filiado en virtud de la presente para servir en clase de soldado por el tiempo de ocho años, que empezarán á contársele desde el día en que entró en este regimiento, con arreglo á

instrucciones y órdenes vigentes. Se le leyeron las leyes penales, según previene la ordenanza y Reales Ordenes posteriores, y quedó advertido que no le servirá de disculpa para su justificación en ningún caso el alegar ignorancia de dichas leyes. Lo firmó siendo testigos el Excelentísimo Sr. Ministro de la Guerra Duque de Tetuán D. Leopoldo O'Donnell y el Excmo. Sr. Capitán General de Andalucía, Teniente General D. Genaro de Quesada, que también firman en Cádiz, fecha ut supra.—Alfonso. —Leopoldo O'Donnell.—Genaro de Quesada. —El segundo comandante, Juan Segura."

La concurrencia que presenciaba el acto, tan numerosa como escogida, estaba verdaderamente conmovida y entusiasmada. Los vivas y las aclamaciones repetíanse sin cesar. El despejo del Príncipe, sus frases dichas con viveza y donaire, sus maneras desenvueltas, que daban claros indicios de su penetración inteligente,todo contribuía á aumentar las señales del general regocijo.

Había ciertamente mucho de excepcional y conmovedor en aquella sencilla ceremonia. Las ideas de la patria unida á su Rey, y del niño augusto llamado á dirigir sus destinos algún día, santo consorcio de voluntades regias y populares para defender la dignidad, fomentar el valor, enaltecer al país, se despertaban en todos los ánimos, comunicándole todas las seducciones de lo grandioso, lo puro y lo magnánimo.

Cuando el Príncipe firmó su filiación, cuando quedó efectuado su ingreso en el ejército, cuando ya podía decir que era soldado del inmemorial y glorioso regimiento de infantería del Rey, fué inmensa la explosión de júbilo y alegría. Miles de voces daban vivas á los Reyes, al Príncipe, á la infanta y al ejército. Circulaban profusamente poesías que celebraba el feliz suceso. Las damas, que en gran número asistían al acto desde las galerías, saludaban con los pañuelos, dando libertad á multitud de palomas adornadas con cintas de los colores nacionales. En medio de aquel ferviente contento, S. M. el Rey tomó de la mano al Príncipe, conduciéndole al puesto que debía ocupar en la compañía de granaderos del regimiento, presentándole á éste como á las demás secciones que allí se hallaban en representación de todas las fuerzas del ejército. Las muestras de respetuoso cariño al Príncipe, se duplicaron entonces

Vestía éste con mucho donaire su uniforme de soldado, llevando el correaje y la carabina que su compañía le tenía dispuestos. Desfiló con su regimiento, el primero, por delante de la mesa colocada para el acto de pasar la revista administrativa. Concluída ésta, trasladóse el nuevo soldado con su Augusto padre á la tienda de campaña, desde donde presenció el desfile de las tropas, llamando la atención de todos la gra-

cia encantadora con que saludaba, al pasar las banderas militares, emblemas del honor y de la grandeza de la patria.

Acompañado de S. M. el Rey se dirigió S. A. desde la tienda de campaña hasta el lugar donde se hallaba la compañía de granaderos dispuesta para tomar el rancho. Esta había tenido la feliz idea, prontamente ejecutada, de mandar hacer una fiambrera de plata para ofrecerla, como recuerdo grato del acto, al augusto soldado. La fiambrera era de igual forma y dimensiones que las otras, con la diferencia de ostentar las iniciales P. A. debajo de una corona real.

Este delicado y oportuno presente fué muy elogiado por cuantos presenciaban la ceremonia.

Recibió el recién filiado granadero la porción de rancho que le correspondía en su lujosa fiambrera y tomó dos cucharadas, probándolo también S. M. el Rey y el Sr. Duque de Tetuán. Este, advirtió al primer sargento de la compañía que S. A. quería hablarle. Ya en su presencia, el Príncipe le entregó un precioso bolsillo, lleno de monedas de oro, cuya cantidad según se dijo ascendía á más de diez mil reales, y al efectuarlo pronunció S. A. estas palabras con sin igual desenvoltura: "Repártelo entre mis compañeros para que beban á mi salud."

Visitó luego el dormitorio de su compañía: S. M. el Rey señaló el sitio donde había de colocarse la cama del Príncipe, poniéndose en el muro su retrato, para indicar que aquella le pertenecía, lo cual se efectuó según fué dispuesto; y después de recorrer otras dependencias, se dió por terminado el acto.

III

Al día siguiente presentáronse en el Palacio de la Casa-Aduana á SS. MM. y AA. el Sr. Brigadier del Regimiento y los oficiales de la compañía de granaderos, con objeto de entregar al Príncipe de Asturias el nombramiento é insignias del empleo de cabo segundo, siendo la entrevista sumamente afectuosa y quedando con ella más firmes los lazos de cariñosa correspondencia entre los monarcas y el ejército.

El acto de ingresar en él D. Alfonso XII como simple soldado fué un caso nuevo en los fastos españoles, que llamó poderosamente la atención entonces, y quedó consignado en la historia como recuerdo gratísimo para la leal y nobilísima ciudad de Cádiz.

E. Gutiérrez Arriaza

RECUERDOS

DE TIEMPOS MEJORES.



Atendiendo á la honrosa invitación que mi antiguo discípulo y amigo el director del DIARIO se dignó hacerme, y aprovechando algunos ratos de descanso, concluídos los exámenes, escribo estas líneas, que se refieren á asuntos gaditanos, en los que más ó menos directamente tuve participación.

I

MI CARRERA ESPIRITISTA.

La insignificancia de mi personalidad, hace el que los sucesos que he de narrar no tengan interés, y por eso mismo, no sabiendo á cuál debo dar preferencia, anoto un número tal vez crecido, del que V., Señor Director, puede eliminar los que tenga por conveniente; aunque á mí me parece que fuera lo más acertado suprimirlo todo, dando por no recibidas estas cuartillas. De tal modo cumpliría yo con V. y no aburriría á los numerosos lectores de su acreditada publicación; además de no exponerme á las críticas, más ó menos justificadas, de los numerosos censores que toda publicación encuentra.

Acababa de publicar la obra *Estudios sobre la evocación de los espíritus*, en la que combatí las, para mí, absurdas creencias de las mesas giratorias y los parlantes palanganeros, muy en boga en Cádiz en aquella fecha, donde había numerosas personas dotadas de buena instrucción y clara inteligencia, que creían en tales prodigios.

Era gefe de una de esas logias, santuarios ó congregaciones, que no sé el nombre que tenían, el respetable anciano marqués de Gracia Real (q. s. g. g.), el que me honró iniciando polémica en los periódicos en contra de mi libro, la que yo acepté.

Pero es el caso que el director de *La Palma*, que fué el periódico elegido por el Sr. Marqués para atacar mi libro, aterrado ante los artículos *semikilométricos* que les enviábamos y que iban inundando todas las columnas de aquél diario, se negó á insertar uno mío.

Entonces yo, joven y novel autor, que creía de buena fe estaba haciendo un bien á la humanidad, al mismo tiempo que entendía se vulneraban mis derechos de escritor, dirijíme nada menos que al Gobernador civil en demanda de su amparo, el que dictó orden para su inserción al director de *La Palma*, que tuvo que tragar mi colosal artículo, no sin protestar; pues como decía, y no sin razón, su periódico que era político, se había convertido en una publicación espiritista; aparte de que si la ley concedía el que pudiese cada uno contestar en un artículo que fuese cuádruple que el que debía impugnar (así lo disponía), cuya inserción debía ser gratuita, podría llegarse á muy poco que se repitieran las réplicas á una contestación tan extensa como la Biblia, con la que el pobre é inocente director del periódico quedaría arruinado.

No llegó este triste caso, porque pronto se acabó la polémica, sucediendo lo que sucede siempre, que cada uno creyó haber anonadado al contrario con irrebatibles argumentos. ¡Flaquezas humanas!

Pero en el curso del debate había asegurado el marqués que yo era incrédulo por falta de conocimientos y experiencias prácticas, y que habría de salir de mi error luego que tuviera esa práctica, llegando su buen deseo y caballerosidad hasta el extremo de invitarme á presenciar algunas de las sesiones espiritistas que en su casa se celebraban: acepté la invitación y prometí publicar un artículo confesando mi error, siempre que me satisfacieran algunas de las pruebas á que yo había de someter á los espíritus que evocados habrían de aparecer (según ellos) en las sesiones que presenciara.

Conformes en todo, fuimos dos amigos y yo una noche á casa del Sr. Marqués, debiendo de advertir que uno de aquellos era *neófito*, como yo, aunque de naturaleza *más blanda* y de conocimientos muy limitados.

Cuando penetré en el local destinado á estas fraternales comunicaciones entre los vivos y los muertos, me encontré, con sorpresa, con amigos y conocidos, ya iniciados y creyentes.

Excuso decir la recepción tan solemne que me hicieron y solo indicaré que á manera de sermón doctrinal, varios de los concurrentes

pronunciaron discursos encomiásticos de aquellas doctrinas y de los sorprendentes fenómenos que iba yo á presenciar. A nada repliqué, esperando mi desquite en los *fenómenos sorprendentes*.

Además de los santos varones que con sus discursos *premonitorios* intentaban disuadirme de mis errores, que decían lamentaban con toda su alma, había algunas señoras, siendo precisamente una de éstas el *medium* que había de manipular, esto es, el espíritu vivo, que había de traer al espíritu del muerto, ó de los muertos, al palanganero.

Mi programa era muy sencillo, se reducía á que un espíritu, cualquiera que fuese su dignidad y categoría, acertara una frase que llevaba yo escrita en un papel cerrado y lacrado, el que se debía de abrir después para que todos los testigos comprobaran la verdad del hecho. No era mucho exigir, me parece, á esos espíritus cantantes, golpeadores y adivinos, que no solo conocen el presente y el pasado, sino también el futuro, y que ven á través de los muros y los espacios; pues mi escrito no tenía más cubierta que la del simple papel del sobre que le envolvía.

La que hacía oficios de *medium*, sin negar mi petición en principio, daba rodeos para eludirla, hablando, no ella, sino los espíritus (al decir de la misma) de la vida futura, de los planetas, de la incredulidad, de los mundos habitados, de los espacios luminosos, del éter, de los arcanos del otro mundo ¿qué sé yo? de todo, menos de lo que me interesaba.

Pero como yo á manera de *ora pro nobis* de la letanía, siempre contestaba como la frase: todo eso está muy bien; pero yo he venido invitado por el Sr. Marqués para que se ejecute la prueba que crea necesaria para salir de mi error, y esa prueba es que diga el espíritu lo que está escrito dentro de este sobre; la medium cada vez se iba desconcertando más; y sin duda el espíritu que con ella comunicaba se iba enfadando, porque empezó una especie de filípica contra los incrédulos y las penas que habían de sufrir en el otro mundo por no haber querido ver la luz de la verdad; filípica que á otro menos despreocupado hubiera puesto los pelos de punta.

Yo seguía aguantando el chaparrón, pero sin cejar ni un ápice.

Hasta que toda airada soltó el trípode con que estaba manipuleando y dijo: nada, está visto que este caballero no crée, y debía cuando menos tener la galantería de ver que es una señora la que está haciendo las experiencias.

—Señora, la contesté, si estuviera V. cantando un aria, ó tocando una fantasía en el piano, yo la hubiera dicho que lo hacía mejor que la Lagrange ó que Litz; aunque cantára como una matraca, ó tocára como un gato que saltase sobre el teclado, porque hasta ese punto puede llegar

la galantería; pero cuando he venido á buscar una prueba de mi equivocación, según me han dicho, prometiendo confesar en público mi error, el único acto de galantería que puedo usar es no poner en los periódicos de Cádiz que no se me ha dado prueba ninguna, y se me ha querido entretener con otras cosas que yo las había leído antes de venir aquí.

Así acabó mi desgraciada carrera espiritista, en la que creo no llegué ni á la condición de neófito.

El otro amigo que en calidad de tal fué conmigo, que había estado absorto escuchando y viendo aquellas cosas con algún terror, se dirigió á la *medium* y la preguntó si podía decir el espíritu *la hora que era en su reloj*.

Ella dijo que sí. Y hecha en forma la pregunta, después de las evocaciones preliminares, contestó el espíritu; pero examinado el reloj del demandante aparecieron 25 minutos de diferencia.

Yo creí que esto era un nuevo fracaso; pero la medium, interpretando sin duda al espíritu y queriendo satisfacer al del intérprete que se hallaba muy perplejo, dijo á seguida:

—*Los meridianos nuestros son otros, la luz de las altas esferas nos alumbra*, y por este orden seguían otras frases simbólicas, con lo que mi compañero quedó convencido de que el espíritu había acertado la hora de su reloj, no obstante los 25 minutos de diferencia.

El tal sujeto fué después espiritista acérrimo. ¡Infeliz naturaleza y mezquina razón humanas!...

Después de aquella remota fecha he sufrido con paciente silencio multitud de veces objeciones verbales, y por escrito, á mi obra; pero ya no tengo aquellos bríos de los 25 años, y he publicado más de una docena de libros que me han ocupado el tiempo, y algunos no han sido más provechosos que el de la *Evocación de los espíritus*, con que inicié mi carrera literaria, y que apesar de sus muchos defectos, obtuvo artículos laudatorios de la prensa de Cádiz, Madrid, Barcelona, Sevilla y otras poblaciones, siendo notables los tres artículos que dedicó á él mi distinguido amigo y egregio literato (q. s. g. g.) D. Francisco Flores Arenas, en *La Moda Elegante*.

No quiero dejar este asunto sin relatar un hecho verdaderamente singular que me ocurrió con un Sr. D. J. R., de unos 60 años, persona de instrucción y talento, médico, que había ejercido muchos años en Filipinas, en donde contrajo una oftalmia que le produjo la privación completa de la vista. Hará unos 15 ó 16 años de lo que paso á narrar.

Este señor, al que yo no conocía antes de la fecha á que el suceso se

refiere, presentóseme un día acompañado de un sobrino que le servía de lazarillo; pues ya dige que estaba ciego. Pidióme con mucho encarecimiento una conferencia reservada para un asunto de la mayor importancia, despidiendo al que le acompañaba.

Cuando nos quedamos solos, me relató muy conmovido, lo siguiente:

Que él no creía en los palanganeros y mesas giratorias; pero que tenía un sobrino que evocaba los espíritus, al que muchas veces reñía para que no se ocupara en estas cosas.

Que el muchacho le había dicho varias veces "pues mire V., tío, hágalo V. y verá como crée."

Que un día, estando aburrido, por entretenerse y poder contestar á su sobrino, puso sus manos en el palanganero y con extrañeza y hasta con miedo, vió que se movía, repitiendo muchas veces la experiencia, y siempre dando igual resultado, por más que él creía fuese una ilusión suya.

Entonces se resolvió á consultar el caso con su confesor, que era el señor Chantre (el inolvidable sabio, modesto y virtuoso señor Moreno Labrador) y éste, después de enterado perfectamente del asunto, le dijo: mira, eso no puede ser nada, y si es algo, *es cosa del demonio*; no vuelvas á tomar el palanganero.

Con esta idea volvió á su casa y aquella noche no pudo dormir pensando en ella, y así siguió inquieto algún tiempo; hasta que se decidió á cerciorarse, conviniendo en formular un alfabeto, mediante el cual pudiera preguntar al espíritu que venía al palanganero, caso de que así fuera.

Hízolo, y al preguntar todo convulso durante la experiencia, quién era el espíritu que había acudido al llamamiento, dijo el palanganero: ¡EL DEMONIO! Quedándose entonces casi sin sentido y no atreviéndose en aquel momento á repetir la experiencia, pero que la curiosidad, la ansiedad, el deseo de ver si se había equivocado, siendo víctima de una ofuscación, le indujo á los dos ó tres días después á repetir el hecho y que siempre había dado la misma fatal respuesta, añadiendo y DONDE QUIERA QUE TÚ ESTÉS Y ME LLAMES, ACUDIRÉ.

Con lo que ya no había tenido ánimo de volver á repetir lo hecho; pero tampoco un momento de reposo; pues ni comía apenas, ni dormía y tenía el temor de volverse loco. Tal fué la confesión que me hizo, debiendo advertir que era persona, como he dicho, de instrucción, y que razonaba perfectamente.

Daba lástima ver aquél señor, que por su carrera había visto tantas cosas, todo convulso y lleno de terror, el que se aumentaba, sin duda, á causa de la ceguera que sufría, por la que privado de la impresión del

mundo exterior, su pensamiento se concentraba más en las profundidades de la conciencia.

Le pregunté qué deseaba. Me contestó que esperaba de mí la curación; porque me conocía de oídas, sabía que hacía años había escrito una obra que había leído, y confiaba en que yo inventase algún medio de curarle de la enfermedad moral que padecía; pues él estaba seguro que todo ello sería una ofuscación de su alma, pero que le hacía sufrir mucho y no hallaba medio de sustraerse de ella.

Le pedí dos días de plazo para pensar el medio y quedó en volver, como lo hizo, acompañado de su sobrino (el espiritista) como yo le había encargado.

Mientras tanto había concertado mi plan de acuerdo con los Catedráticos del Instituto Sres. Alcolea, Sanjurjo, Fontecha y Franco (no recuerdo si algún otro).

Consistía éste sencillamente en tener un alfabeto convenido, del que no había de tener conocimiento el interesado; pero sí el sobrino á última hora, cuando fueran á empezar las evocaciones.

Estas se verificaron en el local de la dirección del Instituto, en donde todos nos reunimos, sirviendo de trípode uno del gabinete de Física.

Comprendiendo nosotros que el golpe decisivo era se convenciera aquél señor que el demonio no venía; pues que lo que más le había aterrorizado fué el que al final de una de sus solitarias y lóbregas experiencias (no olvidar que era ciego) le había amenazado el espíritu de las tinieblas con aparecer donde quiera que él le evocase; preguntamos al palanganero, en el que estaba el interesado haciendo oficios de *medium* con la faz alterada y todo convulso, cuando ya el aparato se movió, según dijo, y él creyó, por un espíritu.

—¿Hay un espíritu?

—Sí.

—¿Está dispuesto á contestar lo que se le pregunte *con el alfabeto que tenemos aquí convenido y escrito?*

—Sí.

Pues vamos á preguntar.

Gran momento de espectación. En él hicimos sabedor al sobrino de la clave del alfabeto, para que hubiera una persona de la confianza del Sr. R. que le pudiera hacer comprender la verdad de las contestaciones que se anotaran; pues cada uno teníamos una copia de él, un papel y un lapiz, porque sin aquella condición todo nuestro trabajo era perdido.

Yo con la seguridad del triunfo me adelanté diciendo: una vez que está conforme el espíritu á contestar lo que se le pregunte y con arreglo al alfabeto que aquí tenemos, dime ¿Quién eres?

El palanganero empezó á moverse y señalar golpes con cada una de las patas, y nosotros (los cinco ó seis presentes, incluso el sobrino) anotábamos las letras con arreglo á la clave, mientras el que hacía de *medium* sufría horriblemente esperando el resultado, como el que espera una sentencia de muerte.

En reposo el palanganero, es decir, concluída la contestación, resultó que teníamos todos anotados una palabra por este orden, que sin duda no pertenece á ningún idioma.

Kptohmrt.

Repitióse cuatro ó cinco veces las experiencias, es decir, se volvió á preguntar después de la evocación correspondiente ¿Quién eres?

Y salieron distintas palabras; pero sin ningún sentido; cosa así por este estilo: *Rpoatyz*, *ptzikt*, *struprsx*, &.ª

Aquel respetable anciano, perplejo, sin acertar á comprender aquella descripción, temeroso y desconcertado, no sabía qué hacer, ni qué decir.

Para que no surgiera la más pequeña duda en su ánimo, resumimos cuanto había pasado y le propusimos que otra vez volviera al trípode, para ver si todavía estábamos equivocados y cuando nos avisó que *sentía otra vez el esfuerzo del espíritu que movía el palanganero*, le preguntó á raja tabla: ¿Eres el demonio? Contesta por el alfabeto y al contestar no salió ni sí, ni nó, ni qué sé yo; es decir, salieron dos letras cualquiera que no formaban dichas sílabas.

Con lo que consideramos terminada la experiencia, que no pudo ser más concluyente, quedando el demonio en las profundidades del infierno, como un grandísimo embustero; pues que había dicho que donde quiera fuese evocado por aquella persona, acudiría.

Sin contar otras peripecias de este asunto, sepa el lector, si es que hay quien sufre este pesado relato, que la sesión tuvo por resultado el calmar, creo que para siempre, el ánimo de aquél atribulado señor.

II

EL ENOJO DE UNA DIVA.

La especie de fiebre periodística que padecí en los primeros años de mi permanencia en Cádiz, originaron una multitud de artículos que yo enviaba indistintamente á los periódicos *La Palma*, *El Constitucional*, *El Peninsular*, *El Eco de Cádiz* y *El Comercio;* cuyos directores bondadosamente me facilitaban las columnas de sus respectivos diarios, en época en que ser periodista no era sinónimo de saber leer y escribir.

¡Qué campañas aquéllas!; pues bien merecían este nombre. *De la creación del Instituto*: treinta ó cuarenta artículos: *De la traída de aguas á Cádiz*: quince ó veinte. *El alumbrado de gas*: otros quince ó veinte. *Los puentes del ferrocarril*: catorce ó diez y seis. Y así por el estilo, brotaban de la punta de mi pluma raudales de esos signos que de polo á polo llevan la idea; artículos que solían ser tan numerosos porque muchas veces salían paladines que en singular combate me emplazaban, controvertiendo cuanto yo dijera. Por eso dije que podía llamarse verdaderas campañas.

Aunque aseguré que indistintamente dirigía mis escritos á todos los periódicos, no es del todo cierto, porque siempre mostré preferencia por *El Comercio,* que dirigió tantos años el honrado, bondadoso é inimitable periodista D. Fernando García de Arboleya (q. s. g. g.) con el que, con tal motivo, trabé amistad firme, y duradera cuanto su vida.

Y tal fué la confianza, aunque inmerecida, que llegué á inspirarle y su benevolencia conmigo, que tenía orden dada al regente de la imprenta (un tal Emilio) para que mis escritos fueran compuestos en el momento de presentarlos, reservándoles siempre lugar preferente, distinción que dejo al buen juicio de los lectores, tratándose de un periódico de la significación que en aquella fecha (de 1860 al 65) tenía *El Comercio* y de un carácter como el de su dignísimo director Sr. Arboleya.

En 1863 tuvo que ausentarse de Cádiz por algunos meses dicho señor y me rogó quedára al frente del diario. Compromiso grande fué para mí, porque las circunstancias eran críticas y había necesidad de ocuparse de política palpitante; por más que D. Fernando me enviaba artículos para el periódico; pero á veces llegaban con retraso, y yo tenía que estar en la brecha en aquellas elecciones en que salió diputado á Cortes por primera vez el Excmo. Señor D. Manuel Ruíz Tagle, que tanto favoreció después con sus gestiones al Instituto, y el Excmo señor D. Antonio Ríos y Rosas.

Hago este relato para que se comprenda cuál era mi situación respecto al susodicho diario, y puede apreciarse mejor lo que sigue:

Concurría á la redacción del *Comercio* el cumplido caballero, de carácter franco y bondadoso, Sr. D. E. J. de M., político consecuente, conocido de todo Cádiz, que también tenía sus arranques de periodista; pero era de condición tan irresoluta, que sus escritos los corregía multitud de veces, consultando frase por frase y palabra por palabra, cuanto redactaba, hasta el extremo que cuando no tenía á mano otra persona tomaba por consejero al regente de la imprenta, al que le daba unos solazos mayúsculos. No fueron pequeños los que yo sufrí. Dios se los

haya perdonado; pues por lo demás era excelente persona, digna y honrada, como la primera.

Mis aficiones á la música, la que aprendí desde pequeño, (me sé de memoria muchas Operas de las que tengo las partituras, que medio *chapurreo* al piano) y á las producciones literarias, unidas á circunstancias del momento, originaron el que D. Fernando me encargase durante algunos años de las revistas de teatros, en el mencionado periódico; misión que cumplí lo mejor que pude, dando semanalmente revistas formales, con análisis de las obras nuevas y juicio crítico detallado de los artistas que las ejecutaban.

Desde un principio me propuse no visitar en sus cuartos á los actores ó cantantes, como era y es costumbre de muchos revisteros; lo que me atrajo algún desvío de esos amigos permanentes de todas las compañías líricas y dramáticas, que andan entrando y saliendo en los cuartos de vestir de los actores, á los que, dicho sea sin ofender á nadie, suelen molestar con sus exageradas alabanzas y obsequios; pero que sufren pacientes y hasta placenteros tales asedios, á trueque del elogio que esperan recibir en los periódicos; el que ha de formar parte de su fama y, por tanto, aumentar la cotización de sus contratas futuras.

Una de las bondades más salientes del Sr. J. de M. era su pasión por las artistas. Las visitaba todas las noches en los entreactos, las ensalzaba, las llenaba de todos los humos de su exagerado entusiasmo y no podía comprender, y me reñía cariñosamente porque yo no iba con él á rendir aquella especie de tributo *al genio artístico*, como él decía.

Como en las revistas mías, aunque tratase con alguna indulgencia á todos, solía haber sus pequeñas censuras, el bueno de D. E. pasaba muy malos ratos, porque propalando él en las *camaretas* de los artistas su influencia en *El Comercio*, venían en su daño los enfados ó desdenes; pues que al verdadero autor no les era fácil mostrar su disgusto, el que procuraba aquél subsanar trayendo un artículo laudatorio, por todo extremo, pero que pugnaba con lo que yo había dicho; por lo que tomé por sistema firmar mis revistas con la inicial de mi apellido, no queriendo yo aparecer, en el orgullo de mis pocos años y creyendo estaba desempeñando una misión casi sagrada (arranques generosos é ilusiones juveniles!) que rectificaba mi juicio, y acaso por móviles nada honrosos.

Es claro que hubiera yo podido, durante algún tiempo, rechazar los sueltos que traía al periódico, pero el cariño que le profesaba, el respeto á sus buenas cualidades y el conocimiento de los pueriles móviles (pues en el fondo era como un niño) que le hacían rectificarme, en cierto modo, me lo impedían. Todo lo contrario hacía yo, me consul-

taba las frases y palabras de sus escritos y yo siempre se las aprobaba; entre otras cosas, para despachar pronto, porque como dejo dicho era su juicio vacilante y apocado, y él mismo se rectificaba cuanto escribía.

Por cierto que debido á tal cualidad ocasionó una escena grotesca y un tanto picante, que voy á procurar describir, entre él, otro amigo de *El Comercio,* D. P. S. y L. y el que esto escribe.

Actuaba en el Teatro Principal una compañía dramática, en la que había una actriz que no gozaba el concepto de la casta Susana; pero á la que dirigía elogios ditirámbicos, como á todas, nuestro buen D. E., visitándola y felicitándola, por supuesto, todas las noches.

Era el tiempo en que accidentalmente había yo quedado encargado de *El Comercio*, como dejo dicho, y me encontraba en la redacción escribiendo á toda prisa un artículo, hallándose allí también el otro amigo Don P. S. y L., cuando entró D. E. muy presuroso con un papel en la mano y se entabló un diálogo por este estilo.

—Buenas noches, señores. Adios D. P. Servidor de V. D. V. Me alegro mucho encontrarlos reunidos, porque traigo aquí un suelto referente á la función que pusieron en escena el jueves pasado. ¿Pero han visto Vds. qué muger, qué artista, qué genio?...

Por este orden siguió diciendo cuanto se le ocurrió, mientras que yo seguía escribiendo y el otro callado. Después continuó:

—Voy á leerles lo que he escrito, á ver qué les parece y para que me lo corrijan.

Era la tarabilla y el tabardillo de siempre, por lo que D. P. dió un suspiro y yo debí alzar los ojos al cielo, pidiéndole resignación y misericordia.

—Vamos á ver, siguió D. E., aquí digo: *el astro radiante* ¿qué les parece á Vs., ¿está bien dicho?

—Muy bien, muy bien, dije yo para abreviar.

—Sin embargo, arguyó como de costumbre, pues nunca se conformaba, ¿no estaría mejor decir *la estrella refulgente*? porque al fin es una señora, y le cuadra mejor el femenino estrella, que no el masculino astro.

—Pues es verdad, le contesté.

—También podría decirse *la estrella oriental*, porque ella ha nacido al Oriente de Cádiz.

—Muy buena idea.

—Pero esto de estrella oriental parece cosa de los Reyes magos, de modo que sería mejor decir: *este hermoso luminar del arte,* porque así también se alude á su hermosura.

—Perfectamente, muy bien pensado.

—Lo que tiene que me pueden decir que eso de luminoso parece cosa de farol ó araña. Nada, es mejor decir: *eminente artista*, ó *incomparable genio que conmueve*, y ¿no sería mejor llamarla *encantadora maga del arte dramático*?

El Sr. D. P., que había permanecido mudo, se levantó y le dijo con una entonación indescriptible:

—Mire V., D. E., llámela grandísima p....., y le habrá dado el nombre que mejor le cuadra.

Pero á todo esto no he dicho nada del suceso que promueve este apartado II de mi escrito.

Estábamos en los felices tiempos del año de 1864, digo, felices para mí, porque tenía menos cuidados, era más rico aun no teniendo capital, tenía muchos menos años y el carácter franco, decidido y alegre, propio de la edad juvenil.

Actuaba en el Principal una compañía de ópera de *primo cartello*, en la que se encontraban nada menos que la Penco y Nicolini, con Bertolini y Rodas. Continuaba yo en mi cargo de revistero en *El Comercio*, siempre alejado del trato de los artistas, que creía conveniente para obrar con la mayor independencia en mis juicios y apreciaciones; no sin gran pesadumbre de D. E. J. de M., que varias veces me invitó á que visitara cuando menos á la Penco, y hasta llegó á decirme, creo que inventado por él, con el mejor deseo, que esta distinguida artista había mostrado deseos de conocerme, en atención á las revistas mías, las que había leído, y en las que, como es natural, tratándose de notabilidades, no habían escaseado las alabanzas. Pero yo firme en mis trece.

Entre la Penco y Nicolini había ciertas rivalidades, como sucede casi siempre entre los artistas, y el público mismo se mostraba dividido, habiéndose dado el caso de que al cantar éste en *Il Trovatore* el aria

"Ah si ben mio coll'essere
tu mia sarai, io tua consorte,"

y habiendo sido extraordinariamente aplaudido, obligándole el público á la repetición; la Penco, con un gesto airado, se retiró de la escena y dejó que el trovador hablara con las bambalinas, no sin algunos rumores del público, especialmente de los partidarios de Nicolini, que eran, por ende, no muy devotos de la Penco. Cosas que tienen su origen en intriguillas y rivalidades, nacidas de los apasionados del arte y de los artistas.

La numeración de las butacas eran en aquella fecha seguida, así que en la temporada á que yo me refiero, ocupando el número 4 de la

fila 8, me hallaba muy cerca de las plateas de la izquierda, habiendo á mi alrededor muchos abonados partidarios de Nicolini, entre los que recuerdo á la Sra. de Salvochea y su hoy difunto esposo (q. s. g. g.)

Pues bien, por desgracia mía, tuvo la mala ocurrencia la Penco de poner en escena *La Traviata,* y al hacer yo la reseña de la función, después de elogiarla cual se merecía, pues cantó el aria del primer acto admirablemente, escribí lo que copio á continuación:

"La Sra. Penco admirable en los tres primeros actos de la ópera, como cantante y actriz, no pudo en el cuarto vencer á la naturaleza que le ha dotado de un desarrollo y una complexión inmejorables. Así es que al dejar la cama y presentarse en escena se notó un poquito de rumor, nada más que un poquito (porque esta artista es muy apreciada del público y no estaba en su mano el adelgazar) que indicó la sensación de los espectadores al ver la envidiable cara de aquella tísica."

"La Sra. Penco ha tenido suficiente talento para comprender que no le convenía acompañar de toses y extertores la ejecución de su papel, porque estos accidentes tal vez hubieran causado alguna hilaridad, á pesar de la sensatez del público."

En fin, á nuestro entender, la muerte que representa la señora Penco no es la de una consunta, es más bien la de una muger que fallece fulminantemente."

"Por cierto que no será propio; pero casi nos hemos alegrado, porque no es agradable ver morir á una tísica con todos los accidentes de semejante enfermedad. Para ver morir así... tan prosáicamente, se va uno al hospital, no al teatro."

"El público, con un rasgo extremado de galantería, en el que demostró su cultura, aplaudió al terminar la ópera estrepitosamente, haciendo salir á la Sra. Penco tres ó cuatro veces á la escena. De este modo la quitó cualquier remordimiento que pudiera tener por no haber muerto *según arte.*" (1)

He copiado textualmente esta parte de mi revista, porque ni entonces ni ahora, después de 29 años, ni nunca, me ha acusado la conciencia de haber faltado en lo más mínimo á la eminente artista, como creo juzgarán los que tengan la beatífica paciencia de leer estas líneas.

No lo creyeron, sin embargo, así, ó fingieron no creerlo muchos de sus admiradores, los que alzaron contra mí una especie de cruzada; y en el Casino, en la prensa, en el teatro y hasta en mi domicilio, me ostigaban para que rectificase mi escrito, que como pueden ver, era

(1) *El Comercio,* núm. 7411, correspondiente al 4 de Agosto de 1864.

irrectificable, porque ¿de qué manera podía yo decir que la Sra. Penco no tenía formas hermosas y redondeadas?

El asunto, como se ve, era harto ridículo. Pero tan en serio lo tomaron algunos, que fueron á ver al director de *El Comercio*, con la pretensión de que cesára yo en la tarea de revistero, y hasta amenazaron con borrarse de la suscripción; pero el para mí tan querido D. Fernando, que unía á la bondad de corazón, la firmeza de carácter, los despidió como debía.

Entonces intrigaron con la empresa para que retiraran á *El Comercio* la localidad y todavía, pareciéndoles poco, prepararon una escena en el teatro, pero *extra-foro, semi-bufa*, *semi-trágica*, que paso á narrar.

Como dejo dicho, ocupaba yo una butaca muy cerca de las plateas de la izquierda; se daba aquella noche una ópera en la que no trabajaba *La Penco*, y á poco de empezar la función, se abre la puerta de la platea que se hallaba en línea con la fila de mi localidad, aparece la artista, acompañada de unos cuantos caballeros,se sienta de espaldas á la escena y frente por frente á mí.

Al pronto no comprendí nada y solo admiré las esplendentes formas de la diva, como lo hicieron otros muchos, pues por algún tiempo todos los gemelos se dirigieron á ella; pero á poco observé, y me hicieron observar, la insistencia con que me miraba y la expresión de su semblante.

Entendí entonces, ó al menos me sospeché, la intención con que había sido llevada allí, y no era difícil adivinarla porque me recordaba su fisonomía la que ponía en la escena final del primer acto de *Lucrecia*, que de una manera tan magistral sabía interpretar la artista; pues nunca he vuelto á ver esta escena ejecutada con tanta arrogancia é intención, á las que ayudaban sus amplias formas y el fuego de su mirada.

Sostuve yo con toda la energía de mis 28 años, aquella airada y fulgurante que como dos dardos se clavaban en mí, y con tanta insistencia lo hice que al fin bajó la vista. Pero concluído el primer acto y cual desquite de aquel mudo desafío, empecé á hablar muy alto de Nicolini, alabando muchas de las piezas en que cantaba, haciéndome coro varios de los que cerca estaban.

A poco de esto, fuese que la diva la molestara oir estos elogios, fuese que viera inútil el propósito de que yo abandonara mi asiento, pues tal creí era el suyo, se levantó y salió airada y con la majestad de una reina ofendida.

Volvióse á los pocos días á poner en escena *La Traviata*, é insistí yo en mis apreciaciones; pero mi situación era delicada, porque enterado

gran parte del público de estos incidentes, cualquier juicio que yo emitiere en adelante se prestaba á comentarios. En efecto, si alababa á la Sra. Penco, dirían que era por miedo ó por otras razones, que no habrían de interpretarse á mi favor. Si la trataba con menos bondad que antes, habían de decir que lo hacía despechado, y si nada decía de ella, sobre ser un desprecio, privaba á los lectores de una parte importante de las revistas.

Por otra parte, lo he de decir con franqueza, yo deseaba vengarme, no de ella, que tal vez era víctima de sus obcecados admiradores, sino de la ofensa que tan injustamente había recibido; pero ¿de qué modo? imposible parecía encontrar medio digno, que no quebrantára el concepto de caballero que con mi conducta siempre he procurado sostener.

Al cabo de pensar mucho, lo encontré. En mi afán de saber de todo, había leído hacía tiempo, en un periódico francés, las revistas teatrales que en París escribía M. Scudo, uno de los críticos más reputados en asuntos de espectáculos líricos; pero al mismo tiempo muy exigente y bastante duro en juzgar á los artistas. Por fuerza, me dije yo, ha de haber apreciaciones para la Penco, que varias veces había cantado en aquella capital.

Y, en efecto, tuve la paciencia de leer todas las revistas de M. Scudo referentes á diez ó doce años, en las que encontré todo un arsenal de armas para mi propósito; pero de las que no quise hacer uso, á fuer de caballero, más que en lo extrictamente necesario, como voy á demostrar.

El 1.º de Septiembre de aquel año se puso en escena la *Semíramis*, en la que la señora Penco desempeñó el papel de la protagonista. Hice la revista de la función sin emitir juicio alguno mío de la artista; pero puse los párrafos que copio á seguida:

"Respecto á la ejecución de *Semíramis*, un sentimiento de delicadeza, que los que sepan la causa apreciarán, nos prohibe emitir nuestro juicio referente á la Sra. Penco, y para que se juzgue de nuestra imparcialidad, vamos á recurrir al juicio de M. Scudo, que ha visto ejecutar esta ópera á todos los cantantes de *primo cartello* que durante muchos años se han sucedido en Europa, inclusas las Sras. Malibrán y la Grisi, y al que no se podrá tachar ni de parcial ni de ignorante."

"Esto tiene, en medio de sus ventajas, el inconveniente ó, mejor dicho, la incomodidad personal de tener que registrar papeles para escribir una revista, á la manera que un notario público tiene que buscar en sus protocolos los títulos de propiedad de una finca, pero ¿qué hemos de hacer? á tal punto hemos llegado:

.......A tal mi traggi
donna per me funesta,

como dice el conde de Luna en *Il Trovatore.*

"Dice la reseña publicada por M. Scudo en Febrero de 1859:

"Se ha repetido el 4 de Enero la *Semíramis,* de Rossini, con la Sra. Penco, encargada del papel formidable de la reina de Babilonia, la Sra. Alboni del de Arsaces y un nuevo cantante, Sr. Badiali, encargado de la parte de Azur..." El cuarteto que sigue entre Semíramis y los otros personajes, *Di tante regi e popoli,* es bello, espléndido y de un vasto horizonte, y el alegro de esta hermosa pieza concertante:

"Trema il tempio infausto evento,"

no ha sido bien interpretada por la señora Penco, cuya vocalización es seca (*maigre*) y falta de fuerza y homogeneidad."

"Si la Sra. Penco no tiene el físico ni la potencia de vocalización que sería menester para representar el personaje temible de Semíramis, suple lo que la naturaleza le ha negado por la inteligencia, y por una sensibilidad *demasiado viva* para una reina de Babilonia, que no se parece á una heroína de las novelas modernas." (1)

La impresión que estos parrafitos causaron fué tremenda; porque nadie esperaba esta importación de París á Cádiz, de una autoridad como la de M. Scudo. La diva sufrió en su amor propio lo que no es decible y mi amigo el Sr. D. E. tal vez casi tanto; porque vino á rogarme, en nombre de ella, así dijo, aunque á mí me pareció que era un paso oficioso, que me agradecería como un favor especial el que no transcribiera más juicios críticos de los formulados á orillas del Sena; añadiendo que me creía bastante caballero para acceder á los ruegos de una dama, y que me estimaría mucho la acompañase á almorzar un día.

Contesté á mi amigo la dijera en mi nombre que ella sabía me había limitado á lo más preciso respecto al juicio formado por M. Scudo, y que como pronto concluía la compañía sus trabajos, creía no había necesidad de hacer más uso de mis datos, porque ninguna obra nueva iban á poner en escena. Que respecto al almuerzo, declinaba tan inmerecido honor.

En efecto, á poco marchó á Madrid, y días antes, como era mi costumbre, hice un resumen de los trabajos de la compañía, y me despedí de todos los artistas en el periódico, diciendo de la Sra. Penco lo que sigue:

"Ya vemos que algunos lectores preguntan ¿y de la Sra. Penco no

(1) *El Comercio* núm. 7740 del 3 de Septiembre de 1864.

se despide V., señor revistero? Ah! ¿Puede V. blasonar de imparcial y justo, cuando debía ponerla en primer término por su categoría artística y su cualidad de señora? ¿Será cosa que le guarde algún rencorcillo?

"A lo que nosotros contestamos: nos despedimos de la Sra. Penco, deseándole que en Madrid obtenga tantos triunfos como en Cádiz, y aconsejándole que no cante *Traviata*, ó que si lo hace suprima el último acto, ó que ruegue á Verdi y al autor del libreto varíen el final, muriendo Violeta dándose una puñalada en el corazón en un rapto de locura, ó por algún tóxico que se propine llorando su perdido amor."

"No le guardamos á la Sra. Penco rencor alguno, porque ningún agravio nos ha hecho, y caso de haberlo recibido, tendríamos bastante generosidad para olvidarlo."

"Por lo demás, si hemos dejado á la señora Penco en último lugar para despedirnos, esto prueba el deseo de prolongar el momento de la separación. Mucho tiempo ha de pasar sin que volvamos á ver *Norma*, *Trovador* y *Lucrecia* tan bien cantadas; véase el pesar que nos aqueja al ausentarse la Sra. Penco, á la que no tenemos la satisfacción de conocer, pero sí deseos de servir en todo lo que podamos: *no quita lo cortés á lo valiente*. (1)

Así concluyó este pequeño conflicto entre la eminente artista y este pobre é inocente revistero. ¿Cesó el enojo de la diva contra mí? Ni lo supe, ni traté de averiguarlo nunca.

III

LA SUPERIORIDAD NUNCA SE EQUIVOCA.

¿Á que no creen Vds. el que haya habido un mortal tan afortunado, ó tan poderoso, que haya visto declarado de texto en los periódicos oficiales, un libro que ni había escrito, ni pensó escribir? Sin duda, no lo creen, porque yo tampoco lo creería, si no fuera porque tengo de ello completa certeza.

Digo como que ese mortal á que aludo, que por cierto ni es afortunado, ni poderoso, acaso todo lo contrario, es el mismísimo que escribe estas líneas; y una de sus desgracias, aunque no muy digna de lamentarse, es la que al parecer fué suerte nunca vista.

Pues, sí señores, yo he leído en letras de molde y puede ver todo el que quiera en la *Gaceta de la Habana* del 4 de Octubre de 1874, puesta

(1) *El Comercio* núm 7748, correspondiente al 11 de Septiembre de 1864.

en la lista de obras de texto que habían de servir en aquella isla en el trienio de 1874 á 77, una obra de *geometría para la primera enseñanza,* de D. Vicente Rubio y Díaz, y como no había, ni hay que yo sepa, otro de iguales nombre y apellidos, y como en la misma *Gaceta* venían inclusas otras obras que ciertamente eran mías, y ya habían servido de texto otros trienios en aquella región; supuse, y creo que lo hubiera hecho cualquiera, que era una equivocación de aquel documento oficial; tanto más cuanto que tales declaraciones no se hacen, sino es después de examinar las obras por las Corporaciones que han de dar su dictamen.

Había la circunstancia que años anteriores habían declarado de texto, entre otras obras mías, la de *Aritmética para la primera enseñanza,* la que ahora, en 1874, no venía en la lista, y esto corroboraba mi sospecha de que, solo una equivocación material había producido el error; pues con solo variar la palabra Geometría en Aritmética, todo quedaba perfectamente bien; pues de otro modo salían tales enormidades y absurdos, que yo no podía admitirlos.

Muy confiado, pues, dirigí respetuosa solicitud al Excmo. Sr. Gobernador General de la Isla de Cuba, explicándole con toda claridad el caso, que es como dejo relatado, y haciendo resaltar que no teniendo yo ningún libro de Geometría para primera enseñanza y sí para segunda enseñanza, no podía ser éste el que se mencionaba en la *Gaceta,* que por otra parte señalaba á aquél determinadamente entre los textos aprobados para dicha segunda enseñanza.

De suerte que para mis cortos alcances no había más que estas dos soluciones racionales:

1.ª Que se sustituyera en la lista la palabra *geometría* por *aritmética*, era lo que pedía, lo más lógico y lo más favorable para mí.

2.ª Que se excluyera de la lista una obra que no existía, ni había existido jamás: esto, aunque raro y perjudicial para mí, tenía al menos sentido.

Pues no sucedió ni lo uno ni lo otro, y yo daría de plazo un mes para ver si había alguien que acertara la resolución gubernativa; mas para que salgan Vds. de dudas, va copiada á continuación:

"En vista del expediente promovido á instancia de V. S., solicitando se rectifique el error padecido al formar las listas de texto para el presente trienio, excluyendo el tratado de Geometría *que no existe* y colocando el de Aritmética, esta Dirección general, de acuerdo con lo informado por la Excma. Junta Superior de Instrucción pública, se ha servido resolver le manifieste á V. S. que sus obras *se tuvieron en cuenta* en la elección de textos y fueron algunas de ellas aceptadas, sometiéndose á la aprobación

del Gobierno Supremo, no siendo posible *introducir variación ninguna,* sino por orden de dicho gobierno.—Lo digo á V. S. para su conocimiento y en contestación á su instancia de 8 de Noviembre último. Dios guarde á V. S. muchos años.—Habana, &.ª Sr. D. V. R. y D."

He subrayado algunas frases para que se fije el lector. De suerte que con tan peregrina resolución, quedó probado, al menos según el decir de la *Gaceta:*

1.º Que yo había publicado un tratado de Geometría para la primera enseñanza; la que ni entonces ni después he publicado. Esto se llama, dicho sea con el mayor respeto, una falsedad.

2.º Que tan imaginario libro se había declarado de texto, lo que supone que algunos lo vieron y examinaron, siendo esto absolutamente imposible, y por tanto falso también: siempre dicho con la mayor reverencia.

3.º Que por algo se dice: *miente más que la Gaceta*; pues creo no haya prueba más gorda de este apotegma.

4.º Que por lo visto *la Superioridad no puede equivocarse nunca*; pues con haber deshecho el evidente error, todo hubiera quedado en su verdadero lugar y yo libre del ridículo de ser autor de pega, se entiende por lo que hacía al tal librito.

Ya ven mis lectores que ni fortuna, ni poder, tuve en este original asunto.

IV

LOS SALVADORES DE CÁDIZ.

Aquí donde Vds. me ven ó donde no me ven, he sido yo calificado nada menos que de salvador de Cádiz, si bien en comandita, y aunque les parezca absurdo he de probarlo sin dejar la más leve duda.

Para ello necesito hacer ciertas reflexiones preliminares y evocar recuerdos ya remotos.

Y no va de cuento.

Desde que no sé á cuál espíritu sutil y revolucionario, se le ocurrió la, al parecer, irrealizable idea de transformar las barras de oro y plata en papelitos de color con numeritos, letras y muñecos, alcanzando el mayor prodigio de los tiempos modernos; son muchos los pueblos y naciones que fabrican por miles de resmas este que llamaremos *oro subli-*

mado; aunque en su esencia no sea más que trapos viejos en forma de papel.

Ese oro moderno tuve siempre mis dudas de su buena ley, pero no quiero ocuparme de tan espinoso asunto, porque temo que algún avinagrado economista me enderece una zurra; lo que no me extrañaría porque ellos (los economistas) se vapulean también, de lo lindo, divididos, como lo están, en escuelas y sectas y en contínua controversia, cual si el espíritu de las mentiras se paseara por sus inteligencias.

Cuando vine á este famoso puerto, me encontré ya establecida la fábrica de oro sublimado, en forma de unos papelitos de color llamados *Billetes del Banco de Cádiz*; es decir, que ya gozaban sus afortunados habitantes de este progreso.

Por cierto que procedente yo de la también famosa Hispalis, donde andábamos más atrasados, me produjo cierta impresión no definible, cuando ví que me pagaban la primera mensualidad de mis tareas y afanes académicos con dos pedacitos de papel coloreados, que no pesaban cuatro adarmes, ni valían (valor intrínseco) dos cuartos. Entonces no estaban en uso el sistema métrico decimal, ni la nueva ley monetaria.

Después me acostumbré, y hasta me pareció muy cómodo, como indudablemente les parecería á todos, especialmente á los comerciantes, que se ahorraban el cargador y el indispensable talego, para cobrar sus cuentas y giros.

Mas fué para mí siempre admirable esa transformación ultra-alquimística; hija de los prodigios de la ciencia y de las luces de la civilización.

Gozaba Cádiz, en aquella fecha un bienestar envidiable, no solo con el *oro sublimado* de su Banco, sino también con el de otros laboratorios; parecía como si un hada protectora con su varilla mágica tocando á caudalosa fuente de riqueza, hubiera derramado sobre la hermosa ciudad raudales de sus escondidos tesoros; lo que no evitaba el que hubiera muchos pordioseros por las calles.

Siguieron así algunos años venturosos; pero empezó cierto susurro de que el *oro sublimado* encontraba algunas dificultades para cambiarse en oro monetario ó metálico, al que llamaremos *oro vil ó vil metal*, como le llaman los iracundos poetas que no alcanzaron á poseerlo. Creciendo el susurro, empezó algo de desconfianza en los tenedores de los papelitos de color, y de aquí el que acudieran en mayor número al laboratorio de los alquimistas, para ver si ya habían perdido la receta que transformara uno en otro, produciendo el cambio.

Aumentaba el rumor y, por tanto, la desconfianza; por lo que el

agio, siempre atento al lucro, estableció oficinas donde sin ninguna dificultad se cambiaban las viñetas bancarias, por vil metal, contante y sonante; con la única diferencia de que el dueño de la agencia se quedaba con parte del valor que pregonaba el billete en claros y artísticos números. Un pequeño tanto por ciento era el descuento que al principio se estableció; pero como ya en casinos, cafés, teatros, escritorios y oficinas se hablaba de algo que impedía al Banco satisfacer las demandas del cambio de sus papeles por efectivo, fué creciendo la dificultad y con ella el precio de la agencia, y al mismo compás el número de los tenedores de papel moneda que acudían á la hoy plaza de Castelar, á convertir el oro sublimado en pasta sólida y acuñada.

En fin, el conflicto creció y creció y el Banco tuvo la temible cola que cada día engrosaba, signo precursor de la muerte de estos establecimientos. El billete perdía ya el 10 ₒ/ₒ, empezaba el pánico, y los señores accionistas y el Consejo del establecimiento vieron que se venía encima la avalancha, teniendo que pedir protección á las autoridades, que enviaron fuerza pública de caballería que, sable en mano, se hallaba dispuesta á dar un linternazo al que quisiera extralimitarse, pretendiendo cambiar sus papelitos en cosa de más peso y valor intrínseco.

La cuestión se hizo de orden público, la ciudad se hallaba consternada, los comerciantes atemorizados, las autoridades prevenidas, los tenedores de billetes desconcertados, tristes y mustios, y todo Cádiz esperando que el pueblo se levantara en masa contra quienes juzgaban que eran causa de su ruína; á lo que no contribuyeron poco algunos periódicos de oposición al gobierno, que sacaban partido, para el suyo, de tan alarmantes circunstancias.

Estábamos en Junio de 1866 y aquí empieza mi cuento, aunque este no lo es, sino historia y muy verdadera. El Gobernador Civil, que lo era el Sr. D. Enrique Cisneros, tomando cartas en el asunto, convocó á una reunión de autoridades y vecinos de Cádiz, que había de celebrarse el día 24 en el salón del Museo de la Academia de Bellas Artes. Asistieron unas quinientas personas, y yo como uno de tantos, muy lejos de creer que había de representar papel en aquella que aunque no era comedia, sino más bien un drama trágico, tuvo también sus escenas cómicas.

El Sr. Gobernador, que presidió el acto, nos pintó en tonos patéticos la situación de Cádiz, la ruina de su comercio, la tribulación de los pobres tenedores del papel bancario, la pérdida del capital de los accionistas y la necesidad de *salvar el crédito* y *el prestigio mercantil de esta ciudad*, como tenía confianza había de hacerse, contando con el apoyo de las personas allí reunidas; y así por este orden siguió su discurso. Concluído

el cual, y después de hacer uso de la palabra los más aficionados á ejercitarse en la oratoria, se acordó por unanimidad designar una comisión de vecinos que propusiera los medios más convenientes *á fin de que los billetes de Banco quedaran completamente garantidos*.

Empezóse á proclamar nombres y con sorpresa y disgusto, ví que era el mío uno de ellos, por lo que me resistí cuanto pude, pero ahogó mi voz la de los concurrentes, que como dejo dicho, eran muchos, y no tuve más remedio que resignarme con mi suerte.

La comisión nombrada la componían, además, los Sres. D. Antonio de Zulueta, D. Agustín Blázquez, D. Pedro Luís Lacave, D. Gregorio Tovía, D. Bernardo M. de la Calle, D. Félix Beyens, D. José M.ª Uceda, D. Eduardo Benot, D. Pablo Tosso, D. José F. Gayón, D. Narciso Campillo, D. Longinos Ramos, D. Pedro de la Sierra y Villar, D. Evaristo Piélago, D. Hiscio González, D. Erasmo Echave, todos los directores de los periódicos locales y no recuerdo si algún otro individuo.

Quedamos en reunirnos al día siguiente, pero yo, muy preocupado aquella noche con el cargo, ó carga, dormí poco y al fin decidí no acudir á la reunión, aunque me tacharan de informal y de egoista.

Leí al día siguiente, temprano, los periódicos de la plaza, los que reseñaban la sesión del día anterior y en su mayoría daban títulos pomposos á la comisión nombrada, asegurando que ya estaba conjurado el peligro, afirmado el crédito, tratándose de personas tan respetables como las que habían designado los vecinos; y por este estilo continuaba hasta llamarnos *salvadores de Cádiz*.

Este título acabó de decidirme para no asistir á la reunión; porque en mis cortas luces, yo creía y sigo creyendo que no había más salvación posible que dar dinero ó prestar sólida garantía; perdido como estaba el capital de los accionistas y algo más, y en completo descrédito el establecimiento, desde el momento que no hacía efectivos sus billetes.

Yo no tenía en aquella fecha capital; mi firma valía poco; luego mi concurso era inútil y hasta podía ser ridículo. Nada, decididamente no concurriría, dijeran lo que dijesen.

Pero Dios dispuso las cosas de otro modo, porque cuando salía de mi casa para irme muy lejos de donde la comisión de *salvadores de Cádiz* había de reunirse, me encontré á D. José M.ª Uceda, que me dijo, á boca de jarro:

—¿Tan temprano va V. á la reunión?

—No, no iba allí, voy á *otra parte*..... No pude decir voy á la Facultad, voy al Instituto, porque era día de fiesta.

—Pues ya no falta más que media hora.

—Sí, es verdad; pero yo quizás no vaya hoy; porque tengo que hacer y no puedo.

—Hombre, no haga V. eso. ¿No ve que todo el mundo lo va á extrañar?

Entonces le confesé mis miedos y mis escrúpulos, los que me hacían retraerme de acudir á donde yo había de hacer un papel poco lucido. Le causó este modo de ver mío alguna impresión, y después de un largo discurso, muy grave, como él solía hacerlos, me dijo casi riéndose:

—Pues, nada, véngase V. conmigo y no tenga *cuidado que no hará V. el papel desairado que teme*; palabras que no entendí por el momento; porque yo creía que se iba á abrir una suscripción, ó á levantar un empréstito, ó cosas así por el estilo, en las que todos los capitalistas darían miles de duros; y, por ende, en primer término deberían dar los que éramos nada menos que *salvadores de Cádiz*.

En esto llegó la hora y mi amigo, casi á remolque, me llevó al local de la reunión, que era también el de la Academia provincial de Bellas Artes. Se constituyó la comisión, nombrándose presidente á D. Antonio de Zulueta y secretario á D. Pedro de la Sierra y Villar. Esto ocurrió en la sala de la presidencia de la Academia, y en la contigua, ó sea la de la Secretaría, estaban unos cuantos de los Consejeros del Banco que tal vez esperaban lo que después diré.

En la junta celebrada por los vecinos se dió conocimiento de una *propuesta del Banco de Cádiz*, acordándose quedara para resolver, sometiéndola á la comisión de vecinos (los salvadores de Cádiz). Tal documento fué el primero que el Sr. Presidente presentó al examen de ella, y ligeramente discutido, fué unánimemente desechado, pues, como decía el D. Antonio de Zulueta, con aquel espíritu analítico que era una de las fases de su gran talento: "el Banco no puede legalmente seguir. Perdido su capital y algo más, no poco del público, el seguir operaciones hará á su junta de gobierno incurrir en el caso 5.º artículo 1005 del Código, y siendo público oficialmente el hecho, es dudoso que el Tribunal de Comercio dejara de tomar parte en este asunto, denunciando la infracción de ley y pidiendo su castigo."

"De todos modos, añadía, la situación de la Junta de Gobierno es insostenible, y no es de presumir que las personas que la componen, apreciables y de recta intención (por más que hayan sido desgraciadas en su gestión), quieran seguir en ella, sin fin útil para sus accionistas, arruinados ya."

"Errores lamentables, continuaba diciendo, fomentados por la irresponsabilidad práctica, han hecho en este, como en otros muchos casos,

precipitarse por una senda deslumbradora á hombres que hubieran retrocedido asustados, si hubiesen previsto." (1)

Esperando el acuerdo de la Comisión sobre este particular, entiendo que estaban los Consejeros del Banco; pues habiendo sido negativo, se retiraron del local, y no volvieron más en los días que estuvo funcionando aquélla.

Retirada, ó no admitida, la propuesta del Banco, ya estaba yo esperando, con temor, el que el Sr. Presidente nos dijera lo que debíamos hacer; cuando sacó del bolsillo un voluminoso escrito, diciéndonos era un proyecto presentado por un individuo de la Comisión, proyecto que sometía á la deliberación de la Junta y que él creía aceptable.

Su autor, que era persona de conocimientos mercantiles, de arranques oratorios, proyectista por naturaleza, muy apegado á sus opiniones, y terco como pocos, nos explicó *en casi una hora* las ventajas de su proyecto, asegurando que con él se salvaba el crédito de Cádiz.

En sustancia, se reducía á emitir treinta millones de reales en *billetes hipotecarios* con interés al portador, que habrían de amortizarse por sorteos trimestrales en efectivo metálico, destinándose, lo menos, dos millones cuatrocientos mil reales al año para este objeto, de los valores que se realizaran de la cartera del Banco, siguiendo éste funcionando en las operaciones de descuento y giro, como hasta entonces; debiendo admitirse el *billete hipotecario* como moneda efectiva en toda clase de pagos ó entregas que hiciera el ayuntamiento, y que además lo había de admitir el comercio, la industria, la Tesorería, el Estado, los particulares, la provincia y el municipio.

Leído el documento y apoyado en principio por el Sr. Presidente, y con un discurso de una hora por su autor, todos permanecieron callados.

Yo allí, considerándome pequeño entre tantos capitalistas y concurrentes, también callaba, pero sufría mucho, por parecerme todo una utopia.

Porque si el Banco estaba en descrédito y no podía recoger su papel, cómo iba á lanzar á la calle otros papeles que habían de salir, si alguien los tomaba con una depreciación espantosa? ¿Ni quién podía imaginar que habían de tomarse como efectivo metálico sin tener siquiera sus poseedores la esperanza de cambiarlos por moneda? ¿Ni quién tenía poder para decretar que como tal los admitiese todo el mundo? Todas estas cosas las creí ilusiones de un buen deseo en una mente acalorada.

Estas reflexiones me hacía yo, cuando el Presidente preguntó: ¿Se aprueba el proyecto en totalidad?

(1) Informe de la comisión de vecinos de Cádiz.

Casi todos lo aprobaron, dos ó tres se reservaron para la discusión por artículos y yo dije rotundamente: *no*; lo que oído por alguno de aquellos señores, dijo con cierta entonación que me quiso parecer desdeñosa: aprobado por todos menos por el Sr. R., que afortunadamente no tiene autoridad en estas materias.

Sentí el latigazo y yo, que tímido y persuadido de mi pequeñez había llegado, me encontré fortalecido y no sé qué espíritu me engrandeció, creyéndome ya iluminado por explendores intelectuales y capaz de discutir aquél proyecto; y hasta el arreglo de la deuda del Japón. (¡Arranques vanidosos de la juventud soñadora y orgullosa!) Desde aquél momento me propuse no dejar pasar ni un artículo del proyecto, sin decir cuanto mi inteligencia me sugiriera en contra, y digo en contra porque yo, desde su lectura, lo creí una ilusión de su autor, en alas de su buen deseo.

El Sr. Presidente hizo otro discurso en apoyo de aquel documento y se pasó á la discusión por artículos.

No es posible me acuerde de lo que allí se dijo, ni habría de decirlo si me acordara, pues se necesitarían veinte números completos del Diario para relatarlo.

En el salón del Museo nos constituímos en una especie de sesión permanente, y estuvimos cuatro días, á diez horas al día, en dos sesiones; pues no había artículo que yo no impugnara, auxiliado de los señores Benot, Uceda y Ponce de León, que á poco de empezar la discusión se vinieron á mi favor: pero perdíamos todas las votaciones, porque con el Sr. Presidente y el autor que sostenían el debate, votaban todos los demás.

Los periódicos empezaron á murmurar de que no presentamos dictamen para conjurar el conflicto, y algunos ya amostazados y dispuestos á desautorizarnos, preguntaban ¿qué hace esa comisión? Lo que hacíamos era sudar de día y de noche en el salón del Museo, con el calor que hacía, y enardecidos con aquella inacabable discusión, capaz de aburrir á todos los santos.

En fin, al cuarto día de ella salí unos minutos de aquel local para un asunto indispensable; y al volver al salón escuché que estaba diciendo el presidente al autor del proyecto:

—Desengáñese V., su plan es irrealizable, yo lo he apoyado por deferencia á V. y porque no había otro mejor; pero los argumentos del Sr. R., lo han pulverizado artículo por artículo.

Excuso pintar mi sorpresa y más que la mía la del desgraciado autor que creía, de buena fe, que ya Cádiz estaba salvado con su obra.

La escena que después ocurrió fué indescriptible y tras un diálogo

nada amistoso entre aquél y el presidente, quedó desechado el proyecto por unanimidad, menos el voto, como era natural, de su autor, que se retiró con el aire y el desaliento que es de suponer.

De manera, que una solución del conflicto que había sido aceptada en principio por todos los votos (más ó menos explícitamente) menos uno, el mío, quedó después desechada por todos también, menos uno, el de su autor. ¡Oh, cambios de las creencias humanas!

Pero los salvadores de Cádiz quedábamos en una situación comprometida, porque nada útil habíamos hecho hasta entonces, y el tiempo apremiaba; así que cuando se serenaron las olas de aquella tempestad, nos preguntamos ¿y qué hacemos ahora? Yo creía que lo que debíamos hacer era irnos á descansar á nuestras casas, que bien lo habíamos merecido, pero el Sr. D. Antonio de Zulueta nos anunció que tenía redactadas unas *Bases para la salvación de la crisis del Banco de Cádiz*, cuyo documento pondría á discusión al siguiente día, que habíamos de reunirnos otra vez en el mismo local.

Al volver á mi casa aquella noche, me encontré un sobre grande, dirigido á mí, en cuyo interior encontré el anunciado documento y una carta de su autor.

Las bases redactadas por el Sr. de Zulueta, estaban perfectamente razonadas, como todo cuanto salía de su pluma; pero tenía, á mi entender, por fundamento, casi un imposible; y era el que el Ayuntamiento recaudaría, estableciendo nuevos arbitrios, 2.000.000 de reales anualmente, por el número de años que fuera necesario para hacer efectiva la garantía del Banco, formándose una *comisión liquidadora* elegida por votación secreta, y con otras formalidades muy bien pensadas y detalladas.

Como se ve, lo que se quería era que el público de Cádiz pagara los vidrios rotos; pero no se contaba con la huéspeda, que era la Administración, la que jamás consentiría tal injusticia.

En la carta que acompañaba al documento decía su autor que me lo remitía para que yo le hiciera las observaciones y correcciones que estimase oportunas; es decir, que quería prevenirse contra otros cuatro días de luchas y de sudores.

Así lo entendí al menos, y como yo tampoco tenía el mal gusto de desearlos, ni había más proyectos, y estábamos en peligro de pasar de salvadores glorificados á víctimas estropeadas, porque ya descaradamente se murmuraba de nosotros, le devolví el proyecto con una carta cuyo borrador no tengo, porque no los uso, pero que recuerdo y que debió decir, poco más ó menos, lo que sigue:

"Muy señor mío y de mi consideración: he leído las *Bases* que se ha dignado remitirme, que me parecen muy bien combinadas, aunque no realizables, por los obstáculos invencibles que han de oponer, á mi juicio con razón, los centros administrativos; pero como no tenemos medios eficaces de resolver el conflicto que serían, ó capitales ó sólidas garantías, nada he querido modificar ni anotar en ellas; ni he de hacer ninguna oposición en el seno de la junta, á fin de que, buenas ó malas, sean aprobadas y podamos salir del pantano en que nos han metido, y gracias si salimos con los huesos sanos! De V. quedo afectísimo, &.ª"

En efecto, al siguiente día se leyeron las bases y con algunas pequeñas objeciones, quedaron aprobadas en la Comisión por unanimidad; conviniéndose en que para defenderlas en la Junta general de vecinos, que habría de convocarse, se nombraran turnos, debiendo consumir el primero el Sr. Presidente, autor de ellas, el segundo el que esto escribe y el tercero, me parece, que D. Eduardo Benot, pues este no llegó á turnar, como luego diré. El autor del anterior proyecto no concurrió á esta Junta, pero sí á la general de vecinos que se celebró la noche siguiente, 29 de Junio de 1866, en el mismo salón del Museo de pinturas, á la que asistieron multitud de personas. Pero dejemos que lo diga un periódico de aquella fecha:

"A las siete y media, con una concurrencia acaso mayor de quinientas personas, en que estaban, sin duda alguna, representadas la propiedad, el comercio y la industria, todas las clases sociales, en fin, de la sociedad gaditana, el Ilmo. Sr. Gobernador civil, que ocupaba la presidencia con el Sr. Alcalde D. Hiscio González, el Sr. Comisario regio del Banco y el presidente de la comisión directiva del círculo denominado Unión Mercantil, D. Antonio Zulueta, declaró abierta la sesión, disponiendo se diera lectura al dictamen de la comisión nombrada el sábado anterior, para que propusiera los medios más convenientes á fin de que los billetes del Banco, hoy en circulación, quedasen completamente garantidos. Al efecto, el Sr. D. Pedro de la Sierra y Villar, secretario de la comisión antes citada,leyó el proyecto discutido y aprobado por aquella, etc., etc. (1)

Tal proyecto, como comprenderán los lectores, era el de D. Antonio Zulueta, ya aceptado por todos, menos uno de los de la comisión.

Concluída su lectura, el autor desairado del primer plan de salvación para Cádiz, pidió la palabra para impugnarlo y consumir el primer turno en contra, empezando de este modo:

(1) *La Palma de Cádiz*, número 3996, correspondiente al 30 de Junio de 1866.

"Señores, para tratar del asunto del Banco y su remedio, he hecho lo posible por alzarme del globo terrestre y colocarme á cierta altura, donde no llegan pasiones de ningún género. Observé que Cádiz no podía vivir sin crédito, y presenté un proyecto que precisamente había de dárselo," etcétera.

Siguiendo por espacio de más de una hora, desenvolviendo y explicando las ventajas de su obra y haciendo resaltar la idea de que sus compañeros que la apoyaban lo habían abandonado. (Yo no, porque siempre lo combatí). Era tal el entusiasmo y la firmeza que tenía en sus apreciaciones, que exclamaba en una especie de arrobamiento apostólico, enseñando á los circunstantes los papeles de su proyecto:

"Señores, créanlo Vds., estas son barras de oro, barras de oro que han de levantar el prestigio y el crédito de Cádiz."

Según lo convenido, el Sr. Zulueta consumió el primer turno en favor del dictamen de la comisión y en su discurso, fluido, suave, pero cortante y decisivo, como todos los suyos, rebatió el del autor de las barras de oro, haciendo de ellas *la rebaja del tío Pepe,* como vulgarmente se dice.

Concluído éste, pidió la palabra D. Alejandro Miñano, el que consumió el segundo discurso en contra del dictamen; pero no tan solo hizo esto, sino que presentó otro proyecto, pretendiendo que cada billete perdiera la quinta parte de su valor y que el 80 por 100 restante se pagara por series, empezando por la de 500 reales, que había de ser pagada á los seis meses, y así con igual intervalo las demás series, hasta consumir la emisión; es decir, en dos años.

Tocóme á mí echármela también de economista y hombre capaz de salvar este y todos los conflictos financieros; porque me correspondía consumir el segundo turno en pro del dictamen de la comisión. Difícil sería que yo me acordara de todo lo que dije, y como lo dije, sí recuerdo que la mayor parte del tiempo lo invertí, no en defender el dictamen de la comisión, sino en combatir aquel plan de *última hora,* que con perdón sea dicho de su autor, me pareció absolutamente irrealizable, pues recuerdo comencé en estos términos:

—¿Tendría la bondad de decirme el autor de este proyecto con qué se iban á pagar los 46.000.000 de reales á que aproximadamente ascienden los billetes que hoy tiene el Banco en circulación, y que habían de ser recogidos en dos años?"

Tal pregunta no fué contestada, aunque la repetí dos ó tres veces, con lo que yo seguí diciendo cuanto creí oportuno.

Concluída mi *perorata* se preguntó si alguien quería hacer uso de la

palabra para consumir el tercer turno (eran las once y media de la noche) nadie la pidió y puesto á votación el dictamen, quedó aprobado; acordándose dar un voto de gracias á los señores de la comisión por su eficacia y patriotismo en *dar solución á un asunto tan grave y complicado*; es decir, que nos mandaban á nuestras casas: ¡ya era tiempo!

Por cierto que entre otras escenas cómicas, que no refiero, hubo una que no tengo inconveniente en relatar, porque á mí se refiere.

Estaba entre los concurrentes el que era discípulo mío y que ahora puede muy bien ser mi maestro, D. Augusto T. Arcimís, pues que actualmente es nada menos que director del Observatorio Mareológico de Madrid, y cuyo carácter vivo, entusiasta é impresionable conocen todos los que le tratan.

Entusiasmado con mi larga perorata, en la que hablé no sé de cuántas cosas, al salir á la calle me estaba esperando, cogióme en brazos, y dando grandes vivas llevóme, *en tal guisa y manera,* desde la puerta de la Academia hasta casi la esquina de la calle del Tinte: no con poca admiración de los muchos que, cansados y probablemente aburridos, salían de aquella larga sesión, en la que gran parte, si no todos, habían sudado la gota gorda, porque hacía un calor espantoso.

¿Tendré que decir que nada de aquello que se propuso se realizó? Los accionistas se quedaron sin su dinero, los tenedores de billetes que no anduvieron listos, con aquellos papelitos, y Cádiz nada perdió aunque sí algunos de Cádiz y de fuera de esta población se encontraron con menos capital del que tenían; pero aunque me vuelva á exponer á los latigazos de los economistas, creí y creo que en absoluto no se perdió nada, no hubo más que un *trasiego de riqueza*: pasó el capital de unas cajas á otras, de unos bolsillos á otros, y nada más. Los billetes se convirtieron en lo que eran, en papel; no en valor fiduciario, sino en papel grabado ó litografiado, es decir, vinieron á su propia esencia sin nada convencional, ficticio, ni representativo: salieron de la nada y á la nada volvieron. Si Cádiz parecia quedar arruinada y pobre, como decían los sabios en estas materias, era porque antes había hecho el papel de población rica de pega; como esos que no tienen un céntimo y parecen capitalistas porque se les ve que visten bien, se abonan ó parecen abonados al teatro y son socios de los círculos aristocráticos, pero llega un día en que se hace patente su disimulada pobreza y viene el fracaso.

Tal fué la efímera y accidentada vida de aquellos *salvadores de Cádiz,* como tan pomposamente nos habían llamado, si bien algunos con esa gracia que para poner motes á cosas y personas tienen los gaditanos, nos calificaron de *Comisión de salvamento de náufragos.* No pudimos, sin

embargo, evitar que el Banco zozobrara, arrastrando en su naufragio á otros establecimientos más ó menos conexionados con él.

El único *salvamento* que creo hicimos fué el de las costillas de algunos de los infelices tenedores de papel al por menor, que pretendían cambiarlo rápidamente por el vil metal de los atrabiliarios vates, porque retirada la guardia civil de caballería que custodiaba el Banco, desde que se nombró la Comisión á que, como salvador mancomunado tuve el honor de pertenecer, ya no fué posible que los desnudos sables cayeran sobre las espaldas de aquellos desdichados.

Y aquí doy por concluído este trabajo, aunque podría seguir refiriendo sucesos acaecidos en el Instituto Provincial, en la Facultad de Medicina, en el Monte de Piedad, en la Academia de Bellas Artes, en la Real Academia de Ciencias y Letras, en la Cooperativa de gas y en otras corporaciones en los que tuve participación más ó menos activa; pero con lo dicho basta y sobra para que los sufridos lectores del Diario estén cansados y deseen, con justa razón, de que las columnas del periódico queden libres y se destinen á más interesantes asuntos.

Pido á todos perdón y á V., Sr. Director, doy las gracias; por más que sea V., en parte, el causante de la *desgracia* que en estos días han sufrido los suscriptores.

V. Rubio y Díaz

LOS PRELUDIOS DE LA GLORIOSA.



I

El escándalo fué terrible.—No se borrará tan fácilmente de mi memoria.—Aquél día y aquella noche del 17 de Septiembre de 1868, no son para olvidados.

Por la mañana, en la plaza de las Flores, algunos grupos, á lo que da atrevidamente el ejemplo D. Atilano Valledor, rompen el bando fijado en la esquina, en que se declaraba la ciudad en estado de guerra: la policía se mostró indiferente: ni quiso ver ni entender.

Durante el resto del día llegan de Jerez ochenta valientes paisanos que vienen á iniciar el movimiento revolucionario, jugándose la vida como héroes en compañía de los de Cádiz. Se les distribuye entre la tienda del Colmado, el café de Iberia, que ya no existe, y otros establecimientos.

Procúrase hacerles pasar desapercibidos, pero llaman sin embargo la atención donde quiera que se presentan.

Los jerezanos están armados de revólvers y el acero que cada cual trae apercibido en el bolsillo, por si aprieta la ocasión y se estrecha demasiado la distancia de los combatientes.

II

Cuando llegó la noche, las plazas de Mina y San Antonio estaban llenas de gente; pero sobre todo esta última: á eso de las once no se cabía en ella.

Era el punto de cita.

Declaro que nunca he sabido, ni podido calcular el objeto de

semejante reunión. Acudimos allí unos y otros, salvo los curiosos, obedeciendo la consigna dada.

Los curiosos abundaron indudablemente, porque éstos se encuentran en todas partes, así se repartan balas sin sobre ó dirección. Si los campos de batalla tienen sus curiosos, no es extraño que los motines y las revoluciones los tengan de igual manera.

Pero, volviendo á la plaza de San Antonio, diré que se veían cruzar como fantasmas en uno ú otro sentido, tal cual agente de policía.

Discurría la muchedumbre de aquí para allí; menudeaban los grupos, algunos bastante numerosos; los asientos estaban literalmente ocupados. Mucho cabildeo; ansiedad, espectación; cálculos de éste, augurios de aquél; impaciencia ó temor del de más allá.....

Un zumbido de colmena agitada llenaba el espacio.

III

Encontrábame con varios hacia la puerta del café de Apolo, haciendo comentarios sobre aquella citación, cuyo objeto principal no adivinábamos, y que nos parecía una locura, cuando sentimos rumor y golpe de gente en dirección á la próxima calle de Murguía.

Acudimos al punto, en averiguación de lo que ocurría, y al momento salimos de dudas.

Un numeroso grupo venía por la calle de San José, como de la Plaza de Mina. Varios jerezanos de los que habían estado en el café de Iberia, y á los cuales por esa circunstancia conocía, estaban á mi lado.

Observamos que unos cuantos guardias civiles, bayoneta calada, traían un preso.

—Ese es uno de nuestros compañeros, exclama un jerezano que estaba á mi izquierda, dirigiéndose á los suyos y á los conocidos que presenciábamos el incidente.

—Nosotros no podemos consentir que se prenda á ninguno de nuestros amigos, añadió con mal talante y, metiendo mano al bolsillo de la chaqueta, sacó el revólver disponiéndose á hacer fuego sobre los guardias.

Ví en aquella acción una locura que podía costarnos bien cara.

Me arrojé á él y le detuve el brazo, haciéndole comprender lo imprudente de aquel acto que pensaba ejecutar y que acaso comprometería el éxito de lo que allí nos reunía, con otros razonamientos que lo apaciguaron.

Después supe que la causa del incidente fué, que habiéndose man-

dado á varias parejas de guardias para que despejaran la Plaza de Mina, el jerezano que vimos conducido por los civiles, negóse á levantarse del asiento en que se encontraba, por lo que hubieron de prenderle.

No pasó de ahí la cosa por el pronto.

IV

Serían como las doce, no lo recuerdo con exactitud cronométrica, se fué corriendo la noticia á *sotto voce* de que nos retiráramos, porque aquella noche *no se podía hacer nada.*

Yo me quedé *tragando saliva*, como se suele decir, porque de seguida se me ocurrió lo que *debía* suceder en el resto de la noche y la siguiente mañana, si las autoridades no hubieran sido presa de un pánico espantoso y cumplieran con su deber. Yo ví inmediatamente que, cuantos nos habíamos significado algo, ó por demócratas y progresistas se nos conociera, íbamos á ser presos, ya por la guardia civil, ya por la policía; mas también supuse, dado el espíritu que reinaba en los revolucionarios, que se darían algunos choques sangrientos al llevarse á cabo las prisiones.

Por mi parte me resigné á lo que sobreviniera, decidido á secundar cuanto determinaran los que conmigo estuvieran, al jugarse el lance ya previsto.

Me retiré al café de La Iberia, en espera de los acontecimientos.

La puerta, como es consiguiente, estaba cerrada. Pregunté al mozo si había ocurrido algo y supe que nada de particular.

Poco después empezaron á llegar los amigos jerezanos.

Reunímonos, al fin, unos veinticinco ó treinta hombres: les expuse la situación y lo que podía ocurrir.

Todos á una convinieron en que no se entregarían sin resistencia.

Convinimos en que durante la noche estuviera uno de guardia en el cierro que daba á la calle para dar la voz de alarma si observaba algo sospechoso ó fuerza enemiga.

Falto de sueño tendíme, como los demás, en una banqueta; el revólver á la mano sobre un taburete y una escopeta apoyada en la cabecera; los cartuchos en los bolsillos del gabán.

Dormí, apesar de todo, como un lirón. Los pocos años y el mucho sueño que me embargaba hiciéronme olvidar temores, riesgos y esperanzas: el más justo, el más impecable, el más inocente de cuanto se tramaba no hubiera dormido con más placidez ni confianza. La inexperiencia y la ignorancia son una gran cosa para ciertos asuntos.

V.

Amaneció: un murmullo sordo llegó hasta mí, despertándome, sin que tardara un momento en darme cuenta de la situación que atravesábamos.

En el patio del café encontré, haciendo comentarios, á todos mis compañeros. Supe con satisfacción que la noche había pasado sin el menor incidente.

Se aproximaba la hora en que el establecimiento á cuyo frente estaba solía abrir sus puertas y dispuse que todos pasaran al piso alto, donde tomarían café y copas, encargando se hiciera el menor ruído posible.

Y decía yo mientras tanto para mí: la noche ha pasado bien, pero ¡lo que es el día!.... Por fin, ya veremos en lo que esto para y hasta dónde van á llegar las chispas......

Los jerezanos fueron deslizándose hacia la calle, unos tras otros, impacientes por conocer el caríz que presentaba la situación y tomar noticias respecto á lo que tan vivamente interesaba.

A cosa de las dos trajéronme la grata nueva de la sublevación de las fragatas y que se ponían en facha á la entrada del puerto. ¡Gracias á Dios!

Corrí á la muralla para cerciorarme por mis propios ojos, saliéndoseme el gozo por ellos cuando ví aquellos cinco hermosos buques en que ondeaba la bandera de la libertad.

La muralla estaba llena de curiosos....y de interesados.

VI

Empezaron á acudir los amigos al café demandando órdenes, ó consejos, respecto á lo que debía hacerse.

Yo no tenía orden ninguna.

Algún *íntimo*, no recuerdo quién, vino á decirme dónde podía ver á Guillén Martínez.

Tomé el revólver y á continuación el camino de la calle del Rosario.

Llegué al número 5: allí vivía Ricardo Barra.

Llamé al portón; abrióse el ventanillo y asomó la cabeza de Pedro Bohórquez.

—¡Ah! ¿eres tú?, exclamó al verme, facilitándome inmediatamente la entrada.

Cuatro hombres y Perico, armados con escopetas y las cananas al cinto, hacían la guardia.

—¿Dónde esta Rafael? le pregunté.

—Sube al entresuelo.

Enderecé escalera arriba sin detenerme. En ella, tirado por los escalones, encontré algunos valientes dormitando.

El piso era un campamento. Unos comían, otros rendidos al sueño, en los sillones y butacas, yacían recostados, y aun por el suelo, sobre la misma alfombra, descabezaban algunos el sueño como podían; no pocos charlaban, Guillén, entre ellos, que se vino á mí deseoso de averiguar el objeto de mi llegada.

Hablamos.

Ellos esperaban la señal de que el regimiento de Cantabria se echara á la calle para, de seguida, lanzarse á carrera tendida sobre la Comandancia General y apoderarse del gobernador á todo trance, impidiéndole ordenar cosa alguna al cuerpo de artillería. Sabían los revolucionarios que el coronel de este regimiento no se movería en pró ni en contra del movimiento proyectado si del General no recibía órdenes terminantes.

Era, pues, indispensable que el General enmudeciera para evitar una lucha terrible en las calles.

Pero, afortunadamente para nuestros buenos amigos, nada de esto sucedió. Ellos creían no encontrar en la Comandancia más fuerza que la ordinaria, á la que sorprenderían con un golpe audaz; mas estaban equivocados: había también un fuerte piquete de guardia civil. Imaginemos lo sangriento que hubiera sido el choque y la mala parte que en él llevaran los demócratas.

Los paisanos que tuvieran armas debían secundar el movimiento de los que se encontraban en la calle del Rosario.

VII

Vuelto al café y entregado á mis ocupaciones, aunque puesta toda mi alma en la cuestión que se debatía y esperando de un momento á otro escuchar los gritos y la ruptura del fuego, serían como las tres ó poco más de la tarde, cuando ví entrar á mi amigo Vicente Castelao, uno de los congregados en la casa de la calle del Rosario, cuya presencia y aspecto, al parecer no muy tranquilo, me dejó sorprendido.

—¿Qué tenemos?, le pregunté, ¿cómo estás aquí?

—Pues nada; que hemos abandonado el puesto en vista de que los de Cantabria no se deciden.

Confieso que me produjo tan mal efecto la noticia, que me hizo lanzar algunas frases nada cultas, expresión del estado violento en que mi espíritu se encontraba.

Sabido es que había en la ciudad personas muy comprometidas por su particular situación, como que algunos estaban sentenciados á muerte, y esas personas pudieran ser descubiertas y presas, lo cual era grave.

Yo, que sabía todo esto, me puse dado á todos los demonios y hube de echar pestes contra los que por su vacilación ó *exceso de prudencia*, podían ser motivo de lances muy desgraciados.

VIII

Entre los paisanos comprometidos reinaba un descontento grandísimo: la situación era por demás violenta; un acto de energía por parte de las autoridades, podía muy bien ahogar el movimiento en sus principios.

Los jerezanos vagaban de acá para allá sin saber qué hacer de sus personas. A la caída de la tarde un buen número de ellos se encontraban en el café de Iberia esperando alguna determinación: estaban, como si dijéramos, resignados á su suerte, aunque siempre animosos y decididos.

El tiempo se enturbió un poco; empezó á llover. Parecía que la naturaleza tomaba parte en nuestros asuntos.

Poco después de oraciones vino un emisario al café y me dijo, que con la mayor cautela fuera mandando á los de Jerez, con amigos que los guiaran, á la fábrica de algodones; es decir, al edificio que hoy ocupan las Hermanitas de los Pobres.

Así lo hice, quedando á poco instalados en el dicho local.

La medida no me satisfizo; parecióme que solo tenía por objeto el quitar á los forasteros de la calle para que no llamaran la atención.

Por mi parte iba ya perdiendo la confianza en que se llevara á cabo el alzamiento. A las doce y pico, sin ninguna otra noticia á que atenerme y rendido al cansancio, decidí acostarme, ya casi por completo descorazonado. Ya imaginaba que las fragatas sublevadas tendrían que levar anclas y marchar á otro punto que mejor respondiera á sus designios.

Un amigo relojero, asíduo concurrente al café, tomó á empeño el quedarse con nosotros, persuadido de que aquella noche se verificaría el alzamiento. Yo, con menos fe que él y abatido el espíritu y el cuerpo, me desnudé y eché en la cama, aunque siempre, llevado por lo que pudiera tronar, puse las armas á mi alcance.

Reclinar la cabeza en la almohada y quedarme profundamente dormido, fué todo uno......

IX

Los gritos de mi buen amigo el relojero y de uno de los sirvientes, que no habían pegado los ojos, hablando del vital suceso, me hicieron despertar sobresaltado.

Me incorporé aturdido; no entendía lo que me decían: tal era lo profundo de mi sueño.

Por fin, me dí cuenta de que la ansiada revolución había estallado.

Rumores lejanos llegaban hasta nosotros. El relojero afirmaba que había oído tiros y vivas.

Me vestí como pude en medio de mi aturdimiento.

Nos *echamos los tres á la calle*, dos armados con escopetas y el otro con el revólver.

Indecisos al pronto aguzamos el oído para determinar el rumbo que habíamos de tomar.

Decidimos marchar hacia la plaza de San Juan de Dios por el lado de la calle Nueva.

Eran sobre las dos y media de la madrugada.

A buen paso y actitud prevenida, como si el enemigo hubiera de salirnos en cada esquina ó revuelta, dimos con nuestras personas en la calle Nueva.

—¡Quién vive!, nos gritó un centinela avanzado apenas hubo de apercibirnos, y á nuestra respuesta de ¡Paisanos armados!, gritó de nuevo: ¡Adelante!

El centinela era un soldado de Cantabria.

X

La plaza de San Juan de Dios hervía de gente. El regimiento de Cantabria había tomado posesión del Ayuntamiento, de las casas, Puerta del Mar y de la muralla que la corona.

A mis ojos, y en los primeros momentos, la plaza se me representó como la imagen de la confusión: órdenes y más órdenes, gritos, agudas interjecciones, movimiento de mar revuelto y levantado; y todo esto confundido en la semioscuridad que reinaba debido al escaso número de las farolas encendidas.

Sentí por la muralla el andar acompasado de nueva tropa: era la fuerza de carabineros que venía pronunciada á unirse con las demás.

Desalojáronse las casas y se formaron dos columnas, una por la muralla, otra, paralela, por la calle de la Aduana: detrás formamos los paisanos armados.

Nos pusimos en movimiento, marchando hacia la Aduana, donde, como es sabido, se encuentra el Gobierno Civil.

Muy pronto hicimos alto. Sonaron repetidos golpes de aldabón, ó cosa así: poco después se oyeron cuchicheos y, acto contínuo, media vuelta y á la plaza otra vez.

Un piquete había tomado posesión de la Aduana, sin que al señor gobernador, Belmonte, se le ocurriera hacer la menor resistencia, y eso que el buen señor había dicho, todo descompuesto y con la mayor imprudencia á Rafael Guillén, Vicente Castelao y á otro amigo nuestro, que no recuerdo, meses antes, y sin motivo justificado, en su mismo despacho:

"Que á los democratitas los íba á hacer correr por las calles de Cádiz á zapatazos;" y después vino á resultar que......

Hago caso omiso de toda consideración.

XI

Los paisanos, que llegaban en crecido número, pedían armas; pero como no las había era imposible dárselas.

Uno vino á decirme que en la celaduría de vigilancia de la calle de las Escuelas había lo menos un ciento de escopetas.

Busqué á Guillén y le trasmití la noticia, invitándole á ir allá. Aceptó.

—¡El que quiera armas, grité á los paisanos que nos rodeaban, venga con nosotros!

Más de un ciento nos siguieron.

Por el camino iba yo diciendo á Guillén:

—¿No te parece que debiéramos ir ya imprimiendo carácter á la revolución gritando ¡viva la República!, para que el pueblo se penetre bien del espíritu que nos anima?

—Estoy contigo; pero......

—Pues tú que eres el más caracterizado, le repliqué sin dejarle concluir, debes dar el grito ahora mismo.

Guillén, otro paisano armado y yo, marchábamos á la cabeza de aquel desordenado pelotón. Nos encontrábamos en la calle de la Vireina: hicimos alto un momento y, volviéndonos hacia nuestros acompañantes, gritó Guillén con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Ciudadanos, viva la República!

Aquella masa de hombres dió un paso atrás instintivamente como si le diera miedo el grito que acababa de oir.

Solo cuatro ó seis contestamos con un enérgico y entusiasta ¡viva!

El mutismo y el retroceso de aquella gente me causaron una impresión más que penosa.

Miróme Guillén, vagando en sus labios amarga sonrisa.

—Ya lo ves, exclamó.

—¡Dios de Dios!, rují yo por lo bajo, esta gente no tiene conciencia ni de que existe.

—¡Adelante, sin embargo!, dijo Guillén.

—Sí, vamos por las escopetas......

XII

Forzamos á culatazos la puerta de la celaduría; quedóse en ella guardando la entrada el ciudadano armado que nos acompañaba; encendimos un cabo de vela que había en una mesa y nos internamos hasta el fondo del local en el que, efectivamente, hacinadas en un rincón vimos algunas treinta ó cuarenta escopetuchas, que á lo sumo pudieran servir para los comparsas de un teatro. Aquello era leña y hierro viejo.

Nos volvimos mohinos por la decepción á nuestro *cuartel general* de la plaza de San Juan de Dios.

XIII

La vaga luz del nuevo día comenzaba á alborear en el horizonte: las fuerzas de Cantabria se extendían por la plaza, en su lugar descanso.

Varios de nuestros amigos repartían por las filas vasos de aguardiente, procurando con sus palabras excitar el ánimo de los soldados para meterles en el cuerpo, al par del espíritu alcohólico, el democrático, á ver si lograban hacerles vitorear la república, como forma de gobierno que respondía á todas nuestras aspiraciones.

Nada, todo fué inútil.

XIV

Encerrada la artillería en sus cuarteles con la guardia civil y el gobernador militar, Bouligny, en actitud espectante, el pueblo y las fuerzas sublevadas ocupando toda la ciudad, saltaron á tierra el general Prim, Topete y oficiales de marina con algunas compañías de desembarco.

La Puerta del Mar fué su arco de triunfo. Encamináronse directamente al Gobierno civil, entre las aclamaciones rutinarias del pueblo y al son del Himno de Riego......

Ya que no otra cosa, los republicanos de Cádiz imprimieron un carácter esencial á la revolución, contestando al ¡Viva la reina!, dado por el brigadier Topete en la *Zaragoza*, con el de ¡Abajo los Borbones!; grito que los excluía, lo mismo á los unos que á los otros, de la suprema gefatura del Estado.

La iniciación revolucionaria se había llevado á cabo con toda felicidad y sin que á nadie costara la vida.

Pasados los momentos de peligro, yo me retiré á casa disgustado al ver que el pueblo seguía gozándose en vitorear personas, más que principios, lo cual probaba que su conciencia política no había adelantado gran cosa desde el movimiento del 54.

Puede, en efecto, asegurarse que desde aquel momento es cuando empezó algo seriamente la educación política del pueblo español, según después se ha venido demostrando con hechos bien patentes.

R. García Rojas



EL PAN DE LA EMIGRACIÓN.



I

UNA TRILOGÍA.

Deuda de amistad y compromiso de honor había yo contraído con el Director de este DIARIO, al contestar afirmativamente á su muy atenta, y para mí honrosa súplica, de que escribiese un artículo para su curiosa y variadísima colección de los Lunes y Jueves, en las columnas del gaditano papel.

Mas es lo cierto que accedí á su galante invitación sin saber todavía cómo relacionar algún episodio de mi vida con un acontecimiento público, cosa de suyo difícil y sobremanera espinosa. —Esperaré, me dije, á ver lo que otros ingenios produzcan, y según el caríz que tome el asunto, y conforme á los derroteros en que dirijan su rumbo privilegiados talentos por las serenas aguas de amena literatura, tenderé mis velas, no á alta mar donde el naufragio es seguro, sino al abrigo de la costa, en que pueda hallar auxiliador refugio, si las olas se levantasen contra mi frágil barquichuelo.

Y como lo pensé lo hice. Y leídos los trabajos de mis amigos Moreno Espinosa y Thebussem, grité lleno de satisfacción: *¡Eureka!* El primero, zampado de cabeza en el Saladero, y paseado el segundo, atado codo con codo, por las calles de Medina-Sidonia y rodeado de la guardia civil, me sugirieron la idea de completar esta singular y penitenciaria Trilogía, con el tercer término, ó sea, con el episodio de un expatriado. Y ese soy yo. Porque, no lo duden los lectores, yo, que por mi índole pacífica, por mi condición y carácter, parecía haberme hallado siempre libre é inmune de toda aflictiva pena, ¡asómbrense con-

migo! he merecido ocupar un puesto al lado de tantos patricios ilustres que, en azarosas épocas de revueltas políticas, han comido, en extrangera tierra, el duro y negro pan de la triste emigración. Y ahora, al cabo de diez y siete años, cuando evoco tan amargos recuerdos, consuélame la esperanza de que aquellos dos ingenios, compañeros míos en la desdicha, sabrán de mí compadecerse; que es la escuela de la desgracia el más vivo acicate para moverse á misericordia, según la conocida sentencia expresada por la Fenisa Dido al piadoso hijo de Anquises y de Venus,

Non ignara mali, miseris succurrere disco,

bien entendido que hoy, ya libre de todo peligro y pena, prodúceme grata satisfacción traer á la memoria aquel acontecimiento de mi pasada vida. ¡Cuán profunda filosofía encierra el otro pensamiento de Virgilio, puesto en los labios del mismo Eneas, al consolar á sus Troyanos náufragos, acogidos á las playas de la Libia, con estas palabras: "¡Día llegará en que os agrade el recuerdo de los actuales sufrimientos!"

¡Forsan et haec olim meminisse iuvabit!

II

LA JUNTA SOY YO.

El día 20 de Agosto del año de gracia de 1876 fuí llamado al Palacio Episcopal por el inolvidable Padre Félix, dignísimo Obispo entonces de la Diócesis Gaditana. Ya en su presencia, medió el siguiente diálogo:

—Te he llamado para encargarte de todo cuanto haya que hacer, á fin de conseguir que tome parte en la próxima proyectada Peregrinación á Roma el mayor número posible de fieles de la Diócesis.

—En ese caso, Señor Obispo, convendría crear una Junta ó Centro, como se está practicando en las demás Diócesis de España, en la cual Junta entren varios Señores Sacerdotes y seglares.

—Todo menos que eso. Mira, no estoy por el parlamentarismo en nada, ni en estas cosas. En nuestra patria, donde quiera que se hace ó se quiere hacer algo siguiendo ese sistema, como á lo que se tiende es al nombramiento de personas caracterizadas que le den realce y sombra, resulta que, por punto general, éstas suelen ser ineptas para el caso, y los resultados prácticos no corresponden al fin propuesto. Tú, y solamente tú, lo has de hacer todo.

—Es decir, que puedo parodiar, aplicándomelo, aquél famoso principio de Luis XIV, *El Estado soy yo.*

—Justamente. Si te se ocurren dudas, acude á mí. Con buen deseo y mejor intención, conseguirás más, muchísimo más, que con toda la inútil charla y más inútil discusión de los puntos dudosos ó que ofrezcan dificultad.

—Conforme. Pero debo advertirle, Señor Ilustrísimo, que cabalmente ha pensado en el menos apropósito para la empresa: pues sabe muy bien que las circunstancias *financieras*, que hoy por hoy atravieso, no son las más boyantes para embarcarme en un viage como éste, y ya comprenderá que vamos á tener aquello del Patrón Araña, *embarca, embarca... y el patrón en tierra.*

—Escúchame: acuérdate del dicho del Patriarca Abrahám, *Dios proveerá*. Ahora te diré que te elijo porque para eso de viajes te pintas solo. Tú has estado ya otra vez en Roma.

—Sí, Señor: en 1870, cuando el Concilio Vaticano. Yo alcancé la dicha de recibir la última bendición que, *Urbi et orbi* ha dado el Papa desde el balcón-galería de *San Pedro*, sobre ochenta mil católicos que llenábamos la inmensa plaza, el Domingo de Resurrección. Yo tuve la gloria de asistir á la última sesión pública del Concilio, interrumpido por la guerra franco-prusiana.

—Pues lo dicho, no hay más que hablar, y manos á la obra, con la bendición de Dios.

A los tres días fijábase en las puertas de los templos un edicto del Prelado recomendando la Romería, y empezaba yo á publicar en los periódicos más leídos de la plaza una larga serie de artículos, poniendo por las nubes las facilidades, rebajas de precios, y cristianas impresiones de la próxima Peregrinación á la Roma de los Pontífices.

Y puedo asegurar que tomé con gran empeño el salir airoso de tal empresa:y debo decir que no descansé un momento en aquellos días para que el éxito coronase mis trabajos. Nunca olvidaré la frase con que casi diariamente me saludaba el entonces alcalde de Cádiz, D. José de la Viesca, de cuya virtuosísima Señora Madre era yo Capellán. *¿Cómo va el banderín de enganche?* Probado hoy por penosas dolencias y aun más por la pérdida temprana de su angelical hija María Teresa, toda su jovialidad se ha convertido en luto y lágrimas, que solo hallarán lenitivo en la cristiana resignación y cariño de su angustiada familia.

Más de cien católicos de la Diócesis se decidieron á emprender aquel penoso viage: el mismo Ramón Nocedal, iniciador de tan fecundo pensamiento, en el Prólogo que más tarde escribió para la obra de Villamil, *La Peregrinación Española en Italia*, consignó estas frases encomiásticas de mis trabajos preparatorios "Cuantos siguieron con atención

los varios sucesos de la pasada Romería, saben cuánta parte tomó en organizarla, y que nadie trabajó más que él, y no todos hicieron tanto, para vencer obstáculos y dificultades." Si cito estas palabras referentes á mi persona, es porque más adelante han de servir de explicativa clave en el asunto de mi expatriación.

Cumplióse la profética palabra de Fray Félix. Aquel mismo Sr. Don Francisco González de la Mota, que como Delegado del Gobernador Militar y Civil, metió en calzas prietas, en 7 de Enero de 1874, al Dr. Thebussem, obligándole, mal de su grado, á empuñar por breves horas (gracias á un paraxismo bien manejado) la vara de Alcalde de Medina; yacía, dos años después víctima de la terrible enfermedad que había de llevarle al sepulcro bien pronto, y movido de la nobleza de corazón que constituye el distintivo de todos los miembros de su familia, suplicóme fuese á verlo á su casa, y me manifestó que no pudiendo él asistir más que en espíritu á la Romería, me rogaba fuese yo en su lugar á postrarme á los pies del Pontífice, para lo cual quería tener el gusto de entregarme el importe de mi viage. Consigno aquí este recuerdo de gratitud á su buena memoria.

III
ESPAÑA EN ROMA.

Que fuímos á Roma sobre ocho mil Españoles; que Italia no había presenciado nunca espectáculo tan grandioso; que nos dimos á respetar del gobierno de Víctor Manuel que acababa de arrancar los últimos restos del poder temporal al Padre Común de los fieles: que consolamos grandemente el magnánimo corazón de Pío IX; y, por último, que el gobierno español, de quien no había solicitado auxilio ni favor alguno diplomático la Peregrinación, no hubo de ver con buenos ojos aquel movimiento espontáneo de virilidad y catolicismo, propio del carácter del nobilísimo pueblo español, manifestado en aquella inmensa avalancha de fieles, solo comparable al que excitó las Cruzadas, cosas fueron todas que no escaparon á la vista de ninguno, aunque no alcanzara la del erudito Contador Carpio, verdadero *Lincéo* de los tiempos modernos en España.

Los Cardenales, las órdenes religiosas, el clero todo, las asociaciones, academias y centros católicos, los príncipes de la antigua nobleza romana, el pueblo que respiraba todavía al calor del entusiasmo por la Roma Papal, el verdadero pueblo romano, no el que había amasado el

famoso plebiscito realizado por los carbonarios de Italia venidos de provincias (que de sobra sabemos los españoles, maestros en el arte, cómo se manipulan los sufragios y votaciones populares de todo género, en favor de los que tienen la sartén por el mango): todos estos elementos católicos, repito, nos recibieron en Roma con cariñosa alegría y no sin mezcla de asombro. En cambio, la Italia oficial, recelosa, sobrecogida y sin atreverse á declararnos la guerra, como há dos años la declaró á la Peregrinación francesa, hasta se propuso aparecer como favorecedora de la Romería, y el día mismo de la Audiencia de los Españoles, coronó de fuerzas de gendarmería la plaza de *San Pedro*, con el objeto de evitar el menor desorden ó desacato contra los Peregrinos, para que una vez más se cumpliera aquello de *Salutem ex inimicis nostris.*

IV

LA CONSIGNA DEL PAPA.

Fijado el día 16 de Octubre para la Audiencia general del Papa á los Españoles, surgió la dificultad, hasta entonces no ocurrida desde que hay memoria de peregrinaciones, de no haber salón alguno en el Palacio Vaticano, capaz de contener á tan crecido número de Romeros, disponiendo Su Santidad que la recepción se verificase en la misma Basílica de *San Pedro.* Y por primera vez, desde el año de 1870 en que las tropas italianas batieron la *Puerta Pía* de la capital del orbe católico, iba á darse el caso de bajar al templo mayor del mundo el Padre Común de los fieles. A este fin, habían de permanecer cerradas las puertas de la Basílica para todos menos para los Españoles, los cuales entrarían por la llamada de bronce, del Vaticano, en que se halla apostada la guardia suiza, puerta que da paso al atrio inmenso del templo dedicado al Príncipe de los Apóstoles.

Tres días antes de la recepción, el 13, fuimos citados todos los Presidentes de Centros Diocesanos á una reunión preparatoria, pedida por el Camarero Mayor de Su Santidad, Monseñor Machi, que hoy viste la púrpura cardenalicia. Verificóse tal reunión en el *Albergo de Roma,* Plaza de "la Minerva", en las habitaciones que ocupaba el insigne y acaudalado católico de Jerez de la Frontera, Don Rafael Rivero, que, á pesar de su ancianidad respetable, supo sobrellevar con gusto las molestias del viage á Roma, para rendir un tributo de amor y veneración al inmortal Pontífice Pío IX. Allí nos manifestó el Mandatario de la Corte Romana el designio de Su Santidad, diciéndonos que la entrada en San

Pedro quedaría aquella mañana encomendada exclusivamente á nosotros, con la especial consigna de que *no habían de asistir á la Recepción más que los Españoles Peregrinos, inscritos como tales en los Centros Diocesanos*, y á los cuales entregaríamos anticipadamente volantes con este título "*Peregrinación Española.*"

Pero veinticuatro horas no habían corrido, y cuando ya teníamos distribuídas las contraseñas, vendíanse públicamente por las calles de Roma papeletas idénticas, al precio de tres *bayocos*.

Entonces se ideó que en el término de la extensa Galería, y ante la puerta de comunicación del Templo con el Vaticano, nos situásemos los Representantes de las Diócesis, con el fin de proceder al reconocimiento personal de todos y cada uno de los Romeros inscritos. Darían principio esta inspección y entrada á las ocho de la mañana, terminando á las doce menos cuarto, pues el medio día era la hora fijada para la Audiencia.

V
CONFLICTO INESPERADO.

Cumplióse en todas sus partes la disposición de Su Santidad. Los Españoles inscritos, y nadie más que ellos, entraron, aquel memorable día, por la puerta cuya custodia se nos había encomendado, en la primera Basílica del mundo católico.

No pocos intrusos fueron rechazados, entre éstos uno con el disfráz de eclesiástico, y otro que se mentía de Cádiz el que, al interrogarle yo—*¡Cómo! ¿Usted de Cádiz?* contestó con la mayor frescura del mundo: —*¿Pues no he de ser de Cádiz?* á lo que repliqué:—*Nó, Señor, ni Usted es de Cádiz, ni se ha inscrito en el Centro de Cádiz.* Y entregado por mi al brazo seglar de dos catalanes fornidos, fué puesto de patitas en la calle.

A la noche supe que el tal individuo, natural de Málaga, era empleado de la Embajada Española cerca del Gobierno de Víctor Manuel en el Quirinal, y que en el Palacio de la misma se había despachado á su gusto, poniéndome como digan dueñas, todo por haber cumplido lo preceptuado por el Padre Santo.

Narro este hecho al parecer insignificante, por la resonancia que para mí tuvo. Aquella misma tarde salía por el correo una enconada correspondencia, escrita en la Embajada por el intruso, y dirigida á un diario ministerial de Madrid, denunciándome como uno de los gefes de la Peregrinación, que se habían opuesto á la entrada del Embajador en San Pedro, y pidiendo se me impusiera severo correctivo.

Tocante á este último episodio, debo declarar que lo ignoré absolutamente, y por tanto, que no tuve parte alguna en él. Dejo á Ramón Nocedal, organizador de la Romería, la narración de lo ocurrido, tal como lo hizo en una correspondencia publicada en su periódico *El Siglo Futuro*: decía así:

"Otra cosa ha sucedido completamente inesperada, que á nadie le podía haber ocurrido que sucediese, que aun después de pasada, sigue siendo inverosímil. El Excelentísimo Sr. Conde de Coello, Embajador del Gobierno Español en el Quirinal, se presentó á eso de las once en las puertas del Vaticano. Pasó la de bronce, porque sin duda llevaba papeleta. Al llegar á la segunda puerta se encontró con los comisionados, que no podían dejar pasar á ninguno que no conociesen como peregrino incorporado á alguno de los Centros. Parece ser que el Señor Conde insistió con algún empeño en entrar. Cuando me avisaron de lo que pasaba y acudí, le ví de lejos: pero cuando llegué á la puerta ya había desistido de su empeño, y salídose por la que conducía á la calle. ¿No sabía que la Iglesia de San Pedro no era hoy un sitio público, sino que estaba cerrada como un salón del Vaticano, y que el Papa nos recibía allí por no tener en su Palacio sitio donde cupiésemos todos? ¿No sabía el Sr. Conde que el cuerpo diplomático del Quirinal *no tiene entrada en el Vaticano*?"

Tal fué el delito gravísimo que cometimos, por el cual se nos impuso, más tarde, severa pena. Pero interrumpo la narración de este episodio, para dar lugar á otro de muy distinto género, y originalísimo, que me ocurrió en San Pedro.

VI

EL PATRÓN ARAÑA.

En la preciosa perla literaria que con el título de *El Criterio*, escribió el insigne Bálmes, hay unas palabras que deberían esculpirse en mármol y en bronce, por la gran verdad que encierran. "Cosas hay, dice, en que el silencio es prudente y hasta obligatorio: y por lo mismo, bien se puede perdonar á un escritor el que no haya dicho todo lo que pensaba, con tal que no haya dicho nada contra lo que pensaba."

Pues bien, tanto la materia de este número como el de los dos siguientes, merecieron un absoluto silencio en mi *Album de la Peregrinación*. Hoy que por el Director del Diario se me pide galantemente un episodio personalísimo de mi vida, voy á revelar tales hechos.

Es el primero, que á semejanza de aquel regocijado y talentudo escritor, que desde el recinto de su gabinete de Madrid, supo encantar á los Españoles con preciosas y curiosísimas correspondencias que se suponían recibidas del Egipto, al inaugurarse la apertura del Canal de Suez, así yo (no sé si por la fuerza del sino, que diría *Genoveva*), me ví obligado á narrar (y en esto me diferencio de Castro y Serrano, en mi falta de galanura) en mi obrita, la Audiencia de Su Santidad, en el capítulo XXII páginas 138 á 156 (¡pásmense los lectores de la revelación que voy á hacerles!), sin haber asistido á tal Audiencia. Extraño sobremanera parecerá el hecho, y sin embargo tiene naturalísima explicación.

Después de haber estado cuatro horas, desde las ocho hasta las doce menos cuarto, en la galería citada, autorizando la entrada de los Peregrinos de Cádiz, y cuando nos dirigíamos todos los Presidentes de Centros á ocupar el sitio preferente que nos estaba reservado al pie mismo del Trono de Su Santidad, en el brazo meridional de la gran cruz griega que forma la Basílica, salió á mi encuentro afligidísima Señora, rogándome encarecidamente acudiera á prestar los auxilios espirituales á otra Señora que, según ella, se había puesto á la muerte. Ya comprenderán los lectores que ante tan aflictiva súplica no había lugar á excusa ni espera; y acudí á la Capilla (fronteriza á la del Trono, en el brazo septentrional de la Cruz) donde se encontraba su enferma compañera, la cual me pidió la absolviese, pues se sentía muy mala, y en brazos de su amiga, no cesaba de rezar creyéndose á las puertas de la muerte, víctima de unas angustiosas fatigas que aseguraba le iban quitando la respiración.

Entretanto oía, allá á lo lejos, los vivas y aclamaciones al Pontífice, que acompañado de la Corte Pontificia penetraba en San Pedro. No me atreví á abandonar en aquel estado á la pobre enferma, y allí me pasé, auxiliándola, todo el tiempo que duró la Recepción.

¡Y qué fija quedó en mi memoria la perspectiva de aquella Capilla del templo! ¡Paréceme que estoy viendo los tres grandiosos altares dedicados al martirio de los Santos Proceso y Martiniano, de S. Erasmo, y San Wenceslao, rey de Bohemia! ¡Allí las notables hornacinas con las colosales estatuas de San Jerónimo Emiliano, San Cayetano, San Bruno y San José de Calasánz! ¡Allí el altar de la *Navecilla,* así llamado por el mosáico que representa la barca de San Pedro, próxima á zozobrar, hasta que despierta Jesús! ¡Allí el notabilísimo sepulcro marmóreo de Clemente XIII, obra admirable del inmortal Canóva! ¡Cuánta vida en aquellas estatuas del Pontífice arrodillado, de la Religión, del Genio de la muerte, de la Caridad y de la Fortaleza! ¡Y cuánta verdad y cuánta nobleza en aquellos dos recostados leones, como para indicar que allí

reposa, en el silencio de la tumba, el cuerpo que animó tan gran espíritu! Pero... ¿á qué seguir describiendo los tesoros de arte cristiano que tal Capilla encierra?

Y en verdad que el caso no podía ser más original y estupendo.

Preparar en Cádiz la Peregrinación, conseguir llevar á Roma tan gran número de fieles Gaditanos no obstante la pequeñez de la Diócesis, y en el momento de ir á gozar el fruto de tanto trabajo, verme relegado á una lejana Capilla de San Pedro, para auxiliar á una enferma, era ni más ni menos que sufrir el suplicio de Tántalo, que veía sediento las aguas, que casi tocaban á sus labios, escapársele fugitivas,

Tantalus a labris sitiens fugientia captat
Flumina . . . .

Y acudían también á mi memoria aquellos otros versos del poeta de Mantua

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores,
Sic vos non vobis nidificatis aves:
Sic vos non vobis vellera fertis oves:
Sic vos non vobis mellificatis apes:
Sic vos non vobis fertis aratra boves (1).

Y dirigiendo la vista á los dos leones del sarcófago, y elevando la cosa á guasa, por no enfadarme conmigo mismo, por la soberana plancha que estaba haciendo, muy cristiana, si se quiere, muy evangélica y caritativa, pero al fin, plancha, repetía lo de D. Quijote "*¿Leoncitos á mí! ¿A mí leoncitos, y á tales horas?*" Y casi enfadándome de veras, recordaba aquél verso de un poeta español,

¡Fiero León, sacude tu melena!

Terminada la Audiencia, que á mí me pareció un siglo, y habiéndose retirado el Papa, fuí á buscar á D. Antonio Quiles y al Doctor Creus, hoy Catedrático de la Facultad de Medicina en la Central, quienes acompañados de otros amigos, sacaron en una silla á la enferma, conduciéndola á un coche que la llevó al Hotel.

Tranquilícense los lectores. La enferma se encuentra hoy rebosando salud. Siquiera, para vengarme, ya que dicen que la venganza es el manjar favorito de los dioses, voy á revelar los nombres de la enferma

(1) "Compuse yo estos versitos y otro se llevó la gloria: Así vosotras, aves, haceis nidos no para vosotras: así, ovejas, llevais lanas no para vosotras: así, abejas, fabricais la miel, no para vosotras: así, bueyes, no para vosotros, llevais el arado."

y su acompañante. Era aquella la muy virtuosa Señora de Ramón Nocedal, D.ª Amalia Mayo: era la segunda la no menos digna de loa por su caridad hacia los pobres, Señora D.ª Isabel Mac-Crohón, hoy esposa del General Chinchilla, Capitán General de Andalucía actualmente.

VII

MI EXPATRIACIÓN.

Para poder apreciar, con conocimiento de causa, el efecto producido en el Señor Conde de Coello al no ser recibido por la Comisión en Sán Pedro el día de la Audiencia, deben recordarse las relaciones, algún tanto difíciles que á la sazón existían entre ambos Embajadores, el del Romano Pontífice y el del Quirinal. El Palacio de la Embajada, en la plaza de España, así llamada por esta razón, había tenido que dividirse en dos compartimientos, desde que el Gobierno de O'Donnell reconoció el reino de Italia. Y como los intereses que ambos Ministros representan son diametralmente opuestos, de aquí que, á pesar de los mejores deseos, ocurrían rozamientos que no podían evitarse. Hoy ya, aleccionado por la experiencia el Gobierno Español, ha tomado en la *Piazza Colomna* Palacio distinto para la Embajada del Quirinal. Ahora bien, ¿cómo no había de producir mal efecto en el Señor Coello saber que antes que él se había dado entrada en San Pedro por los Comisionados de la Peregrinación, al Excmo. Sr. Cárdenas, Embajador cerca de Su Santidad, inscrito como Peregrino? Todos los plenipotenciarios de las naciones católicas ante el Papa tuvieron su tribuna diplomática aquel día en la Audiencia, penetrando por la puerta de la Sacristía de la Basilica, pero el Sr. Cárdenas, como buen español y buen católico, optó por aparecer en la Recepción como Peregrino con preferencia al sitio que como tal Embajador le estaba reservado; y como en la Peregrinación no se había perseguido nunca ningún fin político, no hubo inconveniente, antes por el contrario, con gusto se accedió á la cristiana pretensión del Señor Cárdenas. ¿Mas cómo había de darse entrada como Peregrino católico á quien en Roma representaba la política de Víctor Manuel, es decir, el despojo de los Estados y el Poder Temporal del Pontífice? No vió el Señor Coello la razón que asistía para negarle la entrada: solo consideró que su compañero la había alcanzado y de aquí sus iras y su enojo: *Inde irae.*

Y como alguien había de ser víctima de su repulsa, pusiéronse á

meditar sobre quién había de descargarse el golpe, que tanta ira cabe en pechos celestiales, como cantaba Virgilio

........¡Tantaene animis coelestibus irae!

Y escogieron los siguientes individuos, porque sí, y sin más razón ni causa que la de haber sido los que, según el Sr. Coello y el Gobierno Español, habíamos bullido más, y más activa parte habíamos tomado en la organización de la Romería. Ramón Nocedal, Roca (por Cataluña), León y Domínguez (servidor de ustedes), Camacho (miembro de la Junta de Madrid) y Orti (Corresponsal de *La España Católica* y *La Correspondencia de España*). Copio los nombres tales como aparecimos en los periódicos de Madrid y de provincias como condenados al destierro por el Gobierno Español. Véase La Revista Religiosa *La Cruz*, de Madrid, que reprodujo todos los documentos referentes al asunto, y allí pueden leerse nuestros nombres en el Tomo II de 1876, página 619, bajo el título de *Expatriación decretada por el Gobierno.* Lo gracioso del caso era (así son las cosas de nuestra España) que ni uno siquiera de los cinco tuvimos conocimiento de lo ocurrido con el Sr. Coello, sino terminada la Audiencia, si bien cuando nos enteramos de la pena en que habíamos incurrido, unánimemente aceptamos la responsabilidad de lo hecho con tan justa razón por nuestros compañeros, en cumplimiento de la disposición de Su Santidad.

Igualmente se prohibió la entrada en España al Excmo. Sr. Arzobispo de Granada, que había pronunciado, como Presidente de la Romería, el discurso á nombre de todos los Peregrinos, en la Recepción de San Pedro.

El periódico diario de Madrid, *La España Católica*, escribía lo siguiente, apenas se hizo público nuestro destierro: "La expatriación de estos Señores (los cinco citados) se atribuye á no haber dejado entrar al Señor Conde de Coello, Ministro Plenipotenciario de España cerca de Víctor Manuel, en el Vaticano, en el día de la Recepción de los Peregrinos Españoles, y solo para los Peregrinos Españoles, según la orden explícita de Su Santidad, por cuya razón la Audiencia fué en San Pedro, del Vaticano, por primera vez desde que hay Vaticano á puertas cerradas. Es de advertir que no consta que los Señores expatriados fuesen los mismos que impidieron la entrada al Sr. Coello, si bien es cierto que siendo orden de Su Santidad, todos aceptarían la responsabilidad, cualquiera que fuese, tratándose de obedecer al Papa."

La primera noticia de mi expatriación la tuve en Roma, á mi vuelta de Nápoles, donde había pasado tres días, visitando esta antigua

capital española, el Vesubio, Herculano y Pompeya. Mas como tenía ánimo de recorrer las principales ciudades y santuarios de Italia, no me di mucho cuidado en tomar la cosa á pechos, y antes al contrario, en Roma mismo, en una reunión, díme á fantasear en qué había de emplear mis ocios en extrangera tierra; y recordaba á aquellos buenos amigos, entre otras, la expatriación de Chateaubriand, de Martínez de la Rosa (*Rosita la Pastelera*) y el Duque de Rivas; el primero, huyendo de la Revolución Francesa á los bosques americanos, de donde nos exportó más tarde su *Atala* y su *Chactas*, cuyas patéticas canciones fueron las delicias de nuestras bisabuelas: el segundo, dedicando su elegiaca epístola al Duque de Frías, que empieza así:

Desde las tristes márgenes del Sena,
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo y de tristeza el alma,
Salud te envía tu infeliz amigo.

Y el tercero cuando cantaba, á la vista de Cádiz, con altisonante estro, al marchar expatriado desde Gibraltar,

"Cádiz allí, la esclarecida roca
Do se estrelló la bélica fortuna
Del gran Napoleón: templo algún día
De Pluto y de Citeres,
Emporio de riquezas y placeres,
Pompa y escudo de la patria mía."

Y continué visitando, como he dicho, la Italia, cerca de un mes. Por cierto que no me arrepentí de mi demora en tornar á España. Ortí (Vicente) se apresuró á entrar y llegó á Madrid, mas apenas se enteró el Gobierno, decretó su salida, y el pobre se vió obligado á tomar billete de *re-vuelta*, para Hendaye, pues para él no existía tierra española. Al saber el percance, no pude menos de recordar á aquel alcalde de monterilla (más liberal que Riego), que á raíz de la *Gloriosa* decretó el matrimonio civil en un edicto que empezaba: "*Queda anulado el Concilio de Trento.*" Y veníame también á las mientes el consuelo que iba dando cierto abogado á un infeliz á quien en cada esquina aplicaban diez azotes á que le habían condenado, diciéndole: "Mira, no te apures, que todo eso se va á declarar nulo." Así anularon el viage de retorno de Orti, por haber precipitado su vuelta, y yo escarmentando en cabeza agena, esperé, paseándome por Italia, á que se disipase aquella tormenta ciclónica, que tales son las cosas de España, acostumbrada á dar palos de ciego.

Sin embargo, *ad cautelam*, cuando llegué á Génova, en cuya ciudad

habíanme dicho se hallaba detenido el Sr. Arzobispo de Granada, me presenté al Cónsul Español, el cual, al visarme el pasaporte, díjome que el día anterior habíase recibido la noticia de que ya podía volver á España, y entonces me atreví á imitarle, suponiendo, como sucedió, lo que decía aquel andaluz: "*Señores, aquí no ha pasado nada.*"

Y efectivamente, me acerqué á la frontera, me pidieron el pasaporte, y nadie se atrevió á decirme "*Esta boca es mía.*" ¡Loado sea Dios! me dije al pasar el Bidasoa, y aquí se acabó el cuento.

VIII

LA FAMILIA DE ADÁN.

Pero no, no se ha acabado, que aún queda el rabo por desollar. Recordarán los lectores que en Cádiz no se había creado Centro ni Junta de Peregrinación. Esto dió lugar, el último día de mi estancia en Roma, á una escena cuya pintura dará término á este artículo.

Desde que llegó á la Capital del orbe católico la primera expedición de Peregrinos, andaba sitiándonos por todas partes un cachazudo Reporter, hijo de Albión, capaz de quemar la sangre á un santo (perdóneseme lo atrevido de la frase), yendo á caza de los Presidentes de Centros, para tomar nota de todos y cada uno de los individuos que los constituían. Sabedor yo del caso, y vista la natural dificultad de darle nombres que no habían existido, avisé á los criados del Hotel que no estaba visible nunca para aquel *chinche*.

Ya creíame horro de tal compromiso, cuando una hora antes de salir de Roma, nos hallábamos comiendo á la mesa del Hotel, Ramón Nocedal, su Señora (ya más aliviada) y algunos otros Peregrinos que habíanse quedado rezagados. Amenísima era la conversación, y Amalia estábame diciendo:—"Vea Usted, allá en Andalucía tienen un pecado menos de que confesarse."—¡Señora, le contesté admirado, explíquese!" —Pues bien claro está, el pecado de la mentira, porque como todo lo que Ustedes los andaluces dicen, es ya valor entendido que son puras guasas y bolas, nadie se dá á engaño, y por tanto no hay mentira alguna."

Iba á replicar á esta nueva y graciosa explicación de moral de mi hija espiritual *per accidens*, cuando ¿quién imaginan los lectores que penetró en el salón dejándome más frío que un carámbano? Pues el dichoso Reporter inglés, que dirigiéndose á la mesa, preguntó en francés chapurrado:—¿Monsieur le President du Comité Gaditain?

—¡Me partiste! exclamé por lo bajo, mientras todos, á una, gozán-

dose en mi apurado trance, contestaban, señalando á mí:—El Señor.

—Lárguele Usted un quedo andaluz, díjome por lo bajo también Ramón.

No había escapatoria. El pastoso Inglés colocóse detrás de mi asiento, y sacando una descomunal cartera, y enristrando un lápiz, que casi me pareció una lanza, me suplicó le fuera dictando los nombres de los *Venerables* (sic) miembros del comité, hasta entonces *non-nato*.

Tuve en aquel momento una inspiración: tendí mi vista sobre mi enemigo, y al ver su facha, exclamé, *Eres mío,* á la manera del célebre Rey de Polonia, Sobieski, que al acudir ante los muros de Viena, cercada por los Turcos, y al ver el campamento de los infieles, exclamó: "*Es mío: están mal acampados.*" Y continué diciendo quedito, pero de modo que lo entendieran mis regocijados comensales. *¡Ya verás la que te pescas!*

Y en seguida díjele en tono alto:

—Escriba (Fariseo, me vinieron ganas de decirle, con aquel personaje del *Dómine Lucas*). La operación iba á consistir en ir llenando los claros de un impreso que me enseñó, mientras él iba leyendo los encabezamientos, según yo le relatase.

PRESIDENT DU COMITÉ.

MONSIEUR JOSÉ.

Membres.

Monsieur María
Monsieur León
Monsieur Domínguez
Monsieur Presbítero
Monsieur Sacerdote
Monsieur de Misas
Monsieur de La Academia
Monsieur de los Quirites
Monsieur de Roma

Secretaire Général

José M.ª León y Domínguez, Presbítero, Sacerdote de Misas, de la Academia de los Quirites de Roma.

Excusado será advertir que mientras que yo, con olímpica gravedad, iba soltando nombres, mis compañeros de mesa no podían aguantar la risa. Pero lo que vino á poner el colmo fué, que encarándose conmigo el Reporter, y con tanta boca abierta, me preguntó admirado:

—¡¡¡Hélas!!! ¿Est-ce que vous etes tout ensemble de la mème famille?

—Oui, Monsieur: tous nous sommes de la famille d'Adam: le contesté impávido.

—¡C'est très original! ¡Très original! repuso, y enristrando de nuevo el lápiz, continuó poniendo lo siguiente que pronunciaba al escribir:

—Note explicative: Tous ces Messieurs appartient à la même famille, c'est à dire, à la famille d'Adam, issue des anciens chevaliers Romains, à Cadix.

Ya entonces estalló la mina; una carcajada inaudita, estentórea, monumental, resonó en todo el comedor, y creo llegaron sus rotundos ecos hasta el mismo *Colosséo*, y eso que el Hotel se hallaba en la *Via Condotti*.

Y previendo el trueno gordo, y temiendo que el hijo de Albión, al sentirse objeto de la burla, cayese sobre mí, autor de tal desaguisado, solté el racimo de uvas riquísimas abellotadas, propias de la romana campiña, que estaba comiendo, y levantándome sin despedirme de mis queridos comensales, abandoné aquel sitio, corrí á mi cuarto (ya tenía pagada la cuenta), empuñé la maleta de viage, me precipité al zaguán, y viendo un coche parado á la puerta, metíme en él, mientras gritaba al automedonte: *¡Súbito, súbito, á la Ferrovia!*

Media hora más tarde partía el tren que había de conducirme á Florencia.

. . . .

Tres semanas después regresaba á Cádiz, y al recorrer la correspondencia aquí detenida, me encontré con una carta de Londres, en que uno de los Zuluetas con quienes había pasado nueve días en 1872, visitando aquella Babilonia, me decía lo siguiente que leí con espantados ojos: "Aquí ha sido regocijado pasto de la Colonia Española la lectura de un periódico inglés, en que aparece la *Crónica de la Peregrinación*, escrita por un Reporter á quien hemos puesto el mote de *Mister Pósmaton*, en la que se leen los extraños nombres de los miembros del Comité Gaditano. Supongo que en ello habrá andado la mano de Usted."

Estaba visto: la explicación filosófico-moral de Amalia respecto á los diez Mandamientos, era completamente ignorada por el hijo de Albión, y había creído á pié juntillas lo de los famosos nombres del Gaditano Comité.

José M.ª León y Domínguez

EL VAPOR "FERROLANO."



Á MI BUEN AMIGO DON NICOLÁS PÉREZ MERCHANTE.

Pobre *Ferrolano!* ¡Qué de recuerdos no tiene para mí este buque! Cuando hoy lo veo arruinado ya como inútil para el servicio, tengo presente que fué el primer barco en que navegué, se agolpan á mi memoria los hechos, no solo de su antiguo historial cuando Yacht de recreo de S. M. que se llamaba el *Isabel II* y recorría con ella los bellos puertos del Cantábrico durante la estación veraniega; ó cuando convertido en verdadero buque de guerra con su puente y sus reductos blindados, sostenía casi diariamente un combate en la Ría de Bilbao allá por los años de 1873-74.

Como hecho histórico relacionado con aquella memorable campaña, y cediendo á la amable invitación que me hace el Señor Don Federico Joly y Diéguez, molesto hoy á los lectores del Diario refiriéndoles algunos sucesos de la misma en que tomé parte durante el tiempo que estuve embarcado á su bordo.

Allá á fines del 73 la navegación por la Ría se hacía poco menos que imposible para los buques de cabotaje, á causa del contínuo peligro á que se veían expuestos por el incesante fuego de los carlistas, que desde ambas orillas y perfectamente á cubierto en sus trincheras de mineral, disparaban sobre todos los buques que entraban y salian de Bilbao; y esto, apesar de ir convoyados particularmente si llevaban tropas y pertrechos de guerra, por el *Ferrolano*, el *Gaditano* y el *Aspirante*, que contínuamente cruzaban la ría prestando este servicio ó el de estación en alguno de los puntos estratégicos de la misma.

La traición de un Gefe hizo comprometida la situación de estos buques, particularmente la del *Aspirante* en Río Galindo, pequeño afluente del Nervión, y la desgraciada muerte de su comandante, herido gravemente en aquel combate, hizo comprender al Gobierno la necesidad de dotar á los dos primeros de Médicos, en vista de las contínuas desgracias que ocurrían abordo de los mismos por la índole del servicio que prestaban.

En estas circunstancias fuí nombrado médico del *Ferrolano*, llegando á embarcarme en él la noche del día en que se verificó el bombardeo de Algosta y de Santurce, y que presencié desde el buque mercante que me conducía, manteniéndonos sobre la máquina en la extensa abra del puerto, y esperando allí el desenlace ó terminación del fuego para poder entrar en la ría.

Así lo verifiqué ya anochecido, bajo la impresión del contínuo chapoteo de las balas que desde que entramos en la ría disparaban los carlistas sobre el vapor, y que gracias á su improvisado blindaje garantizaba la vida de sus tripulantes y pasageros; llegando así al país que tanto gusto tenía de conocer, por haberlo idealizado mi imaginación desde niño, con la lectura del cantor de las Encartaciones, del eximio poeta popular vizcaino Antonio de Trueba.

Mi llegada al *Ferrolano* á las ocho de la noche, casi al mismo tiempo que éste fondeaba y se amarraba al muelle, no dejó de tener algún incidente cómico, pues como quiera que yo no era entonces muy ducho en cosas de barcos, al pasar la plancha y encontrarme sobre cubierta, equivoqué el camino, y en vez de dirigirme hacia popa lo hice á proa, queriendo abrirme paso á empellones.

Todos saben, si han navegado, lo que son las últimas faenas de fondeo y amarre de un buque cuando rinde un viaje, máxime cuando como sucedía en éste, tenían que arreglar el buque después de un bombardeo; así que toda la proa estaba llena de gente cada cual dedicado á su faena; y como quiera que la noche era oscura y yo iba de paisano, tomóme por desgracia el Contramaestre por un curioso impertinente, y me largó un rebencazo de los de padre y muy señor mío, y obligándome á volver por el camino que había traído.

¡Eh, ¡que soy el médico!... exclamé, cuando ví que iba á repetir la suave indicación que me había hecho. Entonces aquel cancerbero, fijándose un poco, vió brillar los botones del abrigo que entonces usábamos y comprendió su equivocación, dándome mil excusas y acompañándome hasta la bajada de la cámara; pero aquella noche todo se volvía en contra mía, pues al bajar la escala me pisé el *raglán* por falta de costumbre de

bajar por tan estrechos y húmedos escalones, y rodando por ella caí hecho un ovillo dentro de la cámara, delante del comandante y del segundo, que se levantaron sorprendidos al ver mi aparición de una manera tan intempestiva.

Como ven mis lectores, no podía entrar con mejor pié en el buque de mi destino, y si por la muestra se conoce el paño, auguré desde aquella noche las peripecias que me habían de ocurrir en el primer buque en que me embarcaba de nuestra Armada Nacional.

Recibiéronme con gran alegría tanto el Comandante D. Guillermo Lobé y Lobé, como su segundo D. José Sanjurjo, y desde aquella noche nació entre nosotros la más franca y cordial amistad, que no se entibió ni un momento, y que hizo de nosotros tres hermanos, que juntos sufrimos los mismos peligros y disfrutamos las pocas horas de alegría que tuvimos en aquella campaña, y sin que hubiera discrepancia alguna en nuestros gustos y pareceres.

El servicio encomendado á este buque, así como á los otros, era bastante penoso, pues no solo se trataba de vigilar y defender la ría, sino mbié n la de hacer los relevos de los destacamentos, convoyar á algún vapor mercante de los que entraban ó salían de Bilbao, y todo esto bajo un fuego tenaz de fusilería, y siempre expuestos al menor descuido á perder la vida; pues existen puntos tan estrechos en la misma, por ejemplo en Zorroza y Olaveaga, en donde los carlistas tenían sus trincheras de mineral en la misma orilla y otras escalonadas en la falda de los montes, y desde las que nos tiraban á boca de jarro y por alto, de modo que no dejaban nunca de hacer algún blanco, apesar de las precauciones que tomábamos, produciéndonos bajas sensibles, bien en la dotación del buque ó cuando conducíamos algún trasporte de tropa, en cuyo caso, como quiera que no todos los soldados cabían en el sollado, tenían que ir sobre cubierta sin más defensa que unas planchas de hierro que se colocaban en la obra muerta, y por arriba el toldo, que casi siempre llevábamos agalerado, y cuyas cenefas ocultaban á la vista de los carlistas á los soldados agachados sobre cubierta.

¡Pero vaya Vd. á tener quieta á esta gente, cuando sienten el fuego y oyen silbar las balas sobre sus cabezas!, máxime cuando muchas veces eran hijos del país y por lo tanto paisanos de los que les tiraban! Así es que apesar de nuestras recomendaciones y de gritarles "¡muchachos, quietos, no tirar, agacharse!", no hacían caso, y alzando la cenefa del toldo y descubriéndose contestaban con una descarga, á los tiros y provocaciones de sus paisanos.

Inútil era mandar tocar *alto el fuego* con la corneta, pues entre el

ruído ensordecedor de los cañonazos, las descargas de fusilería y la barahunda que armaban los combatientes, ni se oía la corneta ni mucho menos la voz del comandante; y aquello terminaba cuando pasados de aquel sitio nos desenfilábamos de las trincheras enemigas y ya con más tranquilidad observábamos entonces el teatro de la lucha.

Sin contar los heridos que durante el fuego curaba en el sollado, siempre quedaban algunos más ó menos graves sobre cubierta y en los reductos, adonde se repartía la dotación del buque para tenerla á cubierto; pero no bastaba esta precaución, pues como los sirvientes de las piezas tenían necesidad de levantar las portas para hacer fuego, aprovechaban los carlistas aquel momento para disparar, y no faltaba nunca algún herido, así que aun apesar de tener á mi practicante con un botiquín de urgencia á popa, para poder yo atender á mi vez al reducto de proa y á los heridos de cubierta, había siempre necesidad de ir de uno á otro lado bajo el fuego enemigo, y exponer la vida desgraciadamente.

Otras veces iba en el reducto, y jamás he sentido mayor entusiasmo ni me he batido más á gusto. Si teníamos algún herido allí mismo lo curaba, y embriagado por el humo de la pólvora, condensado en aquel recinto cerrado, los gritos de la gente y el ruído de los disparos, cogía maquinalmente una carabina (porque el valor es contagioso), y disparaba mi arma por una aspillera como cada *quisque*, sin tener en cuenta que mi misión era la de curar heridas, no la de causarlas; pero en aquel momento se sobreponía en mí al espíritu profesional el entusiasmo de batirme por la santa causa de la Libertad contra la odiada bandera del carlismo.

Esto se repetía tres ó cuatro veces por semana y cuando llegábamos á Bilbao nos esperaban en el muelle el ínclito Brigadier Castillo, el Comandante de Marina Señor Catalá, y buen número de militares amigos y de paisanos, ansiosos de saber algo de lo ocurrido.

Desembarcábamos los heridos, y después de limpiarnos y acicalarnos un poco, bajábamos á comer en tierra, y luego asistíamos á algún baile con que nos obsequiaban las bellas bilbainas; únicas horas agradables que pasábamos y que se aprovechaban hasta el alba, en que nuevamente desatracábamos del muelle para volver al punto de nuestra estación, que era el *Desierto*, situado en la orilla derecha del Nervión, frente á la fundición de los Sres. Ibarra y C.ª y frente también del pueblo de Baracaldo.

Allí permanecíamos, mortalmente aburridos, hasta que llegaba una nueva expedición y sin poder siquiera asomar la cabeza por ninguna parte, particularmente de noche, pues no faltaba una bala que le hiciese á uno recordar que estábamos en país enemigo, y esto apesar de estar fondeados al abrigo del fuerte del *Desierto*.

En Portugalete se encontraba la *Buenaventura*, con cuyos oficiales pasábamos también algún buen rato, cuando íbamos á dicho punto. Bajábamos algunas veces á la población sin peligro alguno; pero llegada que era la noche los carlistas, aprovechándose de la oscuridad, llegaban al parapeto del muelle de las *Arenas* y hacían fuego á los dos barcos. Tenían además los carlistas, por la parte de Sestao, una trinchera que llamábamos del *cazador*, y donde oculto siempre un buen tirador, espiaba con cuidado la presencia de algún marinero en el portalón de la *Buenaventura*, hiriéndolo ó matándolo á mansalva y sin que pudiéramos castigar su osadía.

Más abajo de Sestao tenían también un cañón de la primera guerra, al que llamaban el *Abuelo* y que tenían zunchado y empotrado en tierra, por temor de que reventara y enfilado al medio de la canal, único tiro que podía hacer; y grandemente nos reíamos cada vez que al pasar nosotros hacía fuego, y su proyectil esférico pasaba maullando por encima de nosotros sin hacernos nunca blanco.

Contar una por una las escenas que cual las referidas se repetían casi á diario, sería tarea de no terminar nunca; así, pues, me limitaré á relatar algunas de las más principales, particularmente la última, que encierra un hecho histórico relacionado íntimamente con el sitio de Bilbao y con nuestra salida del Nervión el día 6 de Enero de 1874.

Un domingo había música en el Arenal; las bellas bilbainas lucían sus mejores galas y la tarde serena de Otoño hacía agradabilísima la estancia en el paseo. A las tres, desatracábamos del malecón del muelle en lo más álgido de la modesta diversión que se nos ofrecía, andando moderadamente, pues eran muchos los paseantes que nos acompañaban por la orilla hasta pasar por *Campo Volantín*, donde nos daban el último adios. Detrás de dicho campo se encuentra un punto elevado denominado *la Salve*, adonde los carlistas tenían una trinchera, y apenas pasamos por su frente nos hicieron una descarga, que inmediatamente fué contestada á cañonazos.

En mi vida volveré á ver lance más cómico que el que presenciamos; sorprendidos los paseantes por aquel fuego intempestivo, los hombres corrían hacia la *batería de la Muerte*, que defiende aquella entrada de la ciudad, los chiquillos lloraban, las señoras y jóvenes, ó caían desmayadas ó algunas más intrépidas seguían á los hombres en su carrera haciendo molinetes con las sombrillas creyendo de este modo desenfilarse; y nosotros, para terminar con aquella situación, que de prolongarse, hubiera causado algunas desgracias, dimos toda fuerza y bien pronto perdimos de vista á Bilbao, tomando la vuelta de *Olaveaga*.

Cuando estábamos fondeados en el *Desierto* nos aburríamos soberanamente, como ya indicamos, pues si bien de día podíamos estar sobre cubierta, con los toldos hechos y no presentando por lo mismo blanco alguno, por las noches era completamente imposible, pues apenas distinguían los carlistas una luz, aunque fuera solo el resplandor de la mecha para encender un cigarro, ya teníamos una bala abordo. La única distracción era la de jugar al ajedréz y la de oir los insultos que nos dirigían en castellano ó vizcaino, y á los que respondían los marineros, hasta que la cosa iba subiendo de punto, y tras de la provocación venía una descarga. Si continuaban haciendo fuego cargábamos con metralla los dos cañones, y cuando más acentuaban ellos sus insultos y denuestos en vista de que no contestábamos, disparábamos hacia el sitio donde se oían las voces. Si no respondían, estábamos seguros de haber hecho carne, y si por el contrario lo verificaban, ya estábamos seguros de pasar una noche toledana.

Habíamos notado que los Domingos, día consagrado al descanso como ordena la Religión, después de la misa de doce que se decía en Baracaldo, y cuando más tranquilos estábamos creyendo que por la santidad del día no tendríamos necesidad de hacer fuego ni menos de que nos lo hicieran, nos veíamos sorprendidos por un tiroteo que duraba un par de horas desde que la gente del pueblo salía de misa, y al que teníamos que responder ayudados por la guarnición del fuerte que dominaban más que nosotros por cogerlo de flanco, el camino que conducía desde *Baracaldo* á la barriada de obreros de la fábrica de Ibarra, y detrás de cuyas pilas de carbón nos tiraban impunemente.

Esto se repetía todos los Domingos; hasta que supimos por un prisionero cogido por el destacamento, que el Cura de Baracaldo después de la Misa, dirigía una plática á sus feligreses recomendándoles con la mayor unción evangélica, que atacaran á los *guiris*; de aquí que aquellos hombres fanatizados por aquellas exhortaciones tan contrarias á una religión que solo predica la paz y caridad, venían en tropel hacia la villa, llegando en algunos el fanatismo de la idea hasta el punto de encaramarse sobre una pila de carbón, completamente al descubierto, y dispararnos su arma al grito de ¡Viva Carlos VII!

Quisimos terminar con esta algarada dominical, y lo conseguimos. Un domingo enfilamos nuestra artillería á la puerta de la Iglesia y al campanario de la misma desde bien temprano. Por la tarde debíamos conducir á Bilbao al valiente batallón de Forales (Chapelgorris) que mandaba nuestro paisano el Teniente Coronel Aguilar, distinguido Gefe que tanta gloria alcanzó en aquella campaña.

Esperamos con alguna ansiedad que diera la campana de la Iglesia el último toque, y cuando comprendimos que la misa había terminado y la gente se disponía á salir, disparamos las dos piezas al mismo tiempo; y aunque esto parezca horrible, las leyes de la guerra son muy crueles y tal era la nota característica de aquella campaña, ¡ó *guiris ó carcundas!*, en cuyos calificativos se encierra toda una historia de odios y de venganzas.

Como decíamos, á una sola señal hendieron el aire los dos proyectiles dando perfectamente en el blanco, pues las alzas se habían medido rigorosamente á la distancia deseada, y no había lugar á error, pues se apuntaron las piezas en aquella dirección, y como no había balances ni movimiento alguno, no podía desviarse la puntería. Después del estruendo producido por los dos cañonazos, sentimos poco después el estallido de las granadas cuyas espoletas eran de tiempo, y al disiparse un poco el humo vimos salir, no solo por la puerta, sino por la ventana de la Iglesia, á los buenos feligreses. Sin embargo, no quisimos hacer más fuego creyendo, con razón, que les habíamos castigado bastante, y aunque comprendimos que algo había pasado, solo lo supimos al llegar á Bilbao aquella tarde.

En el momento de embarcar á los forales les empezaron á hacer fuego, siendo un milagro no ocurriera una desgracia mientras se verificó el embarque, y ya todos á bordo emprendimos nuestro viage á Bilbao. El barco iba abarrotado de gente. Yo, por un exceso de confianza, me había quedado en el puente con Lobé y el Teniente Coronel Aguilar, los dos timoneles y un corneta, protegidos por el fuerte blindaje del mismo. Apenas llegamos á *Zorroza*, aquello fué un diluvio de balas que no acallaban ni los frecuentes cañonazos que lanzábamos, ni el fuego de fusilería que hacían los chapelgorris.

Por tirarnos lo hacían hasta con piedras de mineral, y por último tenían preparado un wagón en el ferrocarril aéreo cargado de mineral también, con la idea de lanzarlo sobre nosotros al pasar por el frente del mismo embarcadero; pero tuvimos la fortuna de que cayera por nuestra popa con gran estruendo, salvándonos de irnos á pique de un modo milagroso. Por el enjaretado del puente ví correr la sangre y escuché los lamentos de los heridos... me lancé á la puerta y aunque me sentí detenido bruscamente por la mano del Comandante, y oí su voz que me decía *¡que lo van á matar!*, el sentimiento de mi deber era más poderoso, y desasiéndome de la mano que me sujetaba, abrí la puerta..... y, francamente confieso, que no sé lo que pasó. Solo recuerdo una descarga horrible, y cuando quise darme cuenta me encontré que me tiraban

de una pierna y que me ayudaban á bajar la empinada escala de la máquina, adonde me encontré con cuatro heridos graves en la cabeza, y á los que hice la primera cura con estopa y un lienzo que me dieron los maquinistas.

El fuego, sin embargo, no cesaba, y oía llamarme por todos lados. Dejé á mis heridos en la máquina y corrí hacia proa; en el reducto estaba mi practicante con otros heridos; á popa también pedían auxilio y sobre cubierta se lamentaban otros. No puedo decir el término de aquella lucha, pero sí que al llegar á Bilbao y subir sobre cubierta en mangas de camisa, apesar del intenso frío que se sentía, ví al brigadier Castillo, que alarmado por aquel fuego que distintamente se oía desde Bilbao, esperaba con ansia nuestra llegada acompañado de los auxilios necesarios; pues había llegado á sus noticias que el cura de Baracaldo había sido muerto por una de nuestras granadas que reventaron en la Iglesia; y de aquí que sospechara lo que aquella tarde debía de sucedernos, comprendiendo entonces nosotros la rabia insana con que nos habían hecho fuego durante el viage.

Diez y ocho heridos graves conduje aquella noche al Hospital Militar, diez ó doce leves sin contar los contusos, que fuimos casi todos, pero cuyas lesiones no ofrecían ninguna gravedad; tal fué el resultado de aquel combate, del que me acordaré toda mi vida.

Aquél fué también el último día que estuvimos en Bilbao antes de que se cerrara la ría á la navegación; y ¡qué ajenos estábamos nosotros al salir al día siguiente, de que no volveríamos hasta el 2 de Mayo del siguiente año, cuando se levantó el cerco de la invicta villa!; pero antes diremos con la mayor brevedad que podamos, de cómo salimos de la malhadada ría y que será el final de este primer artículo.

Pocos días después del suceso referido, cortaron los carlistas la parte de la ría comprendida entre Zorroza y la orilla opuesta, con grandes gabarras cargadas de mineral y echadas á pique; coincidiendo esto con la llegada del Marqués de Valdespina que estableció formalmente el cerco. La navegación para Bilbao se hizo desde aquel momento imposible, y los vapores encargados de abastecer á la población, así como los refuerzos que el Gobierno mandaba, tuvieron que volverse, como nosotros, ante aquel obstáculo insuperable para los medios de que podíamos disponer para vencerlo.

Nuestra situación era, además, crítica, pues terminada nuestra quincena de víveres no teníamos adonde reponerlos más que en *Portugalete* y para eso no los había abundantes tampoco, y en el mismo caso se encontraban los destacamentos del *Desierto* y de *Puente Luchana*, el primero con 200 hombres y el segundo con 100.

Por otra parte, no teníamos más que el carbón necesario para hacer viage á Bilbao, y esto era imposible. Utilizar el que nos quedaba para ir hasta Portugalete y tomarlo del *Gaditano* ó de la *Buenaventura* era nuestro único recurso, pero no lo podíamos hacer sin orden del comandante de Marina de Bilbao. Nuestras municiones de cañón eran escasas, pues solo contábamos con seis granadas, si bien teníamos diez cajas aún de cartuchería Remington; y nos encontrábamos perplejos sin saber qué hacer, sin recibir noticias de Bilbao, ni tampoco del exterior, pues desde que se supo oficialmente que la ría estaba cortada, dejaron de entrar barcos.

Una mañana sentimos gran algarada en el *Desierto,* toques de corneta y música que nunca habíamos escuchado hasta entonces.

En el primer momento creímos que era el ejército de Moriones que había rebasado las líneas de Somorrostro y las formidables trincheras de San Pedro Abanto, y que llegaba en auxilio de Bilbao; pero nuestra decepción fué grande cuando supimos que era Dorregaray, que con seis batallones venía á reforzar al ejército de Valdespina apoderándose de paso de Portugalete, al que ya tenía asediado, y acampando con sus fuerzas en el Desierto para apoderarse del fuerte y de nosotros. Por una confidencia que nuestro práctico tuvo, supimos que los carlistas nos habían cortado la retirada por el mismo procedimiento; es decir, echando á pique gabarras cargadas de piedra y unidas unas á otras, entre *Aspe* y *Sestao*, y cambiado la boya que marcaba la canal, para de cualquier modo que intentáramos salir quedáramos embarrancados; pues todo su mayor deseo, al menos el de la gente de la localidad, era apoderarse del barco, al que habían bautizado con el nombre del *Perro malo.*

Desde que llegó Dorregaray no volvimos á sentir un disparo y al siguiente día, muy temprano, vino abordo el Comandante del fuerte y por la expresión de su rostro, comprendimos desde luego que era mensajero de malas nuevas. Así era, en efecto. Dorregaray, en una lacónica esquela, intimaba la rendición al destacamento y al buque, en vista de la imposibilidad en que nos encontrábamos de prolongar la lucha, y sabiendo el verdadero estado de nuestra situación; añadiendo que para evitar el derramamiento de sangre nos entregáramos á discreción, prometiéndonos conducirnos hasta las líneas de *Somorrostro,* adonde se encontraba el general Moriones; y que si no aceptábamos sus condiciones nos batiría con la artillería de tiro rápido que traía consigo.

Nos reunimos en la cámara, y Lobé preguntó al Comandante del fuerte qué había contestado. Este señor dijo que, nada, todavía, y que por eso venía abordo para ponerse de acuerdo, pues él se encontraba

en una situación desesperada; ¡y no era para menos como verán nuestros lectores!

El armamento de los soldados del fuerte era Remington y al hacer el recuento de la cartuchería que le quedaba, se encontró con que las cajas que tenía eran de cartuchos Berdan, y por lo tanto, completamente inútiles careciendo de esta clase de carabinas. ¿Quién tenía la culpa de aquello?.. ¡Vaya V. á averiguarlo!, pero el hecho era cierto por desgracia, fuera la culpa del Parque de donde habían venido ó del Oficial encargado de recogerlas; de cualquier modo que fuera, la fatal equivocación obligaba al Comandante del fuerte á tener que rendirse, pues aunque le quedaban cápsulas Remington eran éstas insuficientes, porque solo se habían entregado á cada soldado 100 cartuchos cuando se verificó el relevo del destacamento, y todo el mundo sabe lo que es un armamento de tiro rápido y la necesidad que había, casi diariamente, de consumirlas.

Dorregaray conocía esta situación, según supimos después; luego no cabe duda que tenía connivencias con nuestros enemigos de dentro de Bilbao.

Acordamos contestar á Dorregaray pidiéndole veinte y cuatro horas para reflexionar, íntimamente persuadidos nosotros de que fuera como fuera, la Diosa Casualidad vendría en nuestro auxilio.

Así se hizo, y aquella tarde obtuvimos la contestación concediéndonos las veinte y cuatro horas pedidas, cuyo plazo terminaba á las tres de la tarde del siguiente día

Por la noche llamó Lobé al valiente Cabo de Mar Gerónimo Martínez, valiente gallego, cuyas proezas eran legendarias á bordo, y le dijo:

—Gerónimo, ¿te comprometes con media docena de hombres escogidos por tí, y con el mayor sigilo á traernos de las pilas de carbón que están ahí enfrente el necesario para salir mañana de la ría y sin que se aperciban los carlistas?

—Está bien..... sí, señore..... déicheme, que ya arrejlaré yo esu.....
Tal fué la contestación de aquel hombre.

Nosotros no dormimos en toda la noche: tal era el estado de ansiedad de nuestro espíritu, hasta que no vimos al noble Gerónimo más negro que un carbonero, y conduciendo una pequeña balsa que improvisó abordo y con la que, y á remolque del *chinchorro* de la gente había estado acarreando carbón toda la noche, en las barbas mismas de los carlistas, sin que éstos se apercibieran de nada; permaneciendo durante toda la faena, él en tierra con dos hombres que llevaban el carbón hasta la orilla, donde lo tomaban los otros, que lo embarcaban en la balsa, y por una

espía que tendieron desde el barco halaban sin ruído conduciéndolo al costado del *Ferrolano.*

El 6 de Enero de 1874, muy temprano, fuimos sorprendidos por algunos disparos que se sintieron por la parte de Luchana; y poco después vimos venir corriendo un hombre por el camino de las Arenas. Le enviamos un bote y bien pronto se encontró á nuestro lado.

Después de reposar un poco y de tranquilizarse del peligro que había corrido, sacó de una alpargata un pequeño papel en el que lacónicamente nos ordenaba el Brigadier Castillo saliéramos inmediatamente de la ría, y comunicáramos con el general Moriones; haciéndole ver la situación angustiosa de la ciudad que, según el parte, solo podría sostenerse 15 días más, por falta de víveres y vituallas. Sin embargo de esto, todo el mundo sabe que la invicta y leal villa sostuvo con tesón el cerco y formidable bombardeo hasta el 2 de Mayo del mismo año, es decir, cuatro meses más.

En vista de aquella orden apremiante, desapareció el último escrúpulo que podía quedarnos de abandonar á nuestros compañeros de armas á su triste suerte; pero también era muy doloroso permanecer allí cuando podíamos intentar algo que redundara en provecho de todos; y digo esto, pues nuestra salida fué objeto de crítica para algunos, que decían que si nosotros no hubiéramos salido de la ría, el destacamento no hubiera caído prisionero. Si mis lectores han seguido paso á paso esta larga relación, comprenderán que no tenían razón los que así nos criticaban, pues hemos dicho, que los soldados del fuerte no podían defenderse contra un verdadero tren de sitio como el que traía Dorregaray, y de que escasamente hubieran podido sostener el fuego media hora.

Bajamos á tierra y comunicamos al Comandante A... nuestra resolución, anunciándole que saldríamos dos horas antes de terminar el plazo concedido por el general carlista. Desde lo alto del fuerte dirigimos la vista hacia Portugalete, á quien estaban bombardeando, presenciando el incendio de algunas de sus casas, y descubriendo desde aquella altura las baterías de asedio del enemigo, particularmente una situada en las Arenas y frente, por lo tanto, de la desgraciada villa, á cuyo fuego contestaban la *Buenaventura* y el *Gaditano.*

El Comandante del fuerte nos dió una carta para el general Moriones, y después de despedirnos con sentimiento de todos ellos, les entregamos seis cajones de cartuchos, reservándonos nosotros los restantes, por lo que pudiera ocurrirnos. Volver abordo y mandar levantar vapor, fué cuestión de minutos. Los carlistas, que vieron salir humo por las chimeneas y sintieron el movimiento precursor de la máquina, se

asomaron á los parapetos, gozosos de presenciar el espectáculo que se les ofrecía, pues nunca pudieron creer que nos escapáramos.

Lobé estaba serio y febril, pues grande era su responsabilidad en aquellas circunstancias, y no dejaba de ser temerario forzar las líneas enemigas y arrostrar la pérdida del barco tratando de vencer el obstáculo que nos habían puesto en la ría.

Nos llamó á Pepe Sanjurjo y á mí á la Cámara, y se acordó allí enterar á la gente del peligro que íbamos á correr, á cuyo efecto se mandó formar las brigadas á popa. Una vez reunida toda la dotación sobre cubierta, y habiendo mandado izar el pabellón nacional, sonó la pitada de atención y Lobé, con voz entera, dirigió una breve y patriótica alocución á la gente que inflamó el espíritu de nuestros valientes marineros. Un penetrante y entusiasta grito de ¡Viva la República! sonó en el espacio y que debió oirse hasta en Baracaldo, y á este siguieron los de ¡Viva España! ¡viva el *Ferrolano*! ¡viva nuestro Comandante! ¡á la mar!...

El primer maquinista anunció que la máquina estaba lista, y entonces se mandó tocar zafarrancho de combate. Cada uno marchó á ocupar el puesto designado por la ordenanza. Un estrecho abrazo nos unió á los tres antes de separarnos, y á poco sentimos levar y oímos la voz de Lobé mandando desde el puente "*¡avante, poco á poco!....*" las anchas paletas cayeron sobre el agua y un ligero movimiento nos hizo comprender que estábamos en marcha. Por los portillos del sollado veía yo á los carlistas subidos sobre sus parapetos y trincheras, presenciando atentos nuestra marcha, y sin hacer demostración alguna de intentar hacernos fuego.

A poco oímos nuevamente la voz del Comandante enérgica y terrible, gritando "*¡Avante á toda fuerza! ¡¡Fuego!!...*" Una formidable detonación, seguida de un golpe que nos hizo estremecer, máxime al ver que el barco caía sobre una banda, nos dió á comprender que había llegado el momento del peligro. Esto fué rápido como el pensamiento, y en menos tiempo del que he tardado en escribirlo. Subí sobre cubierta y ví con alegría que habíamos salvado el obstáculo: pues conociendo el práctico el punto vulnerable del mismo y apesar de habernos cambiado la boya que indicaba la canal, embestimos á toda fuerza sobre las gabarras echadas á pique y como quiera que la marea era alta, tuvimos la gran suerte de romper las cadenas que unían á dos de ellas, y aunque casi nos montamos sobre una, bien pronto la sacudió el barco, si bien con algunas averías en las paletas de estribor y el bacalao del tambor correspondiente, que se hizo pedazos.

Los carlistas, á los que habíamos llamado la atención con los dos

cañonazos, no se repusieron de su sorpresa; lo que nos dió tiempo de desenfilarnos y navegar sin cuidado. Era imposible, sin embargo, permanecer sobre cubierta, pues los toldos estaban hechos y el buque tenía que pasar todavía por entre los cruzados fuegos del enemigo al dar vista á Portugalete, así que permanecí en mi puesto mirando por las portillas de luz. Al pasar por Sestao, el simpático *Abuelo* nos lanzó un proyectil que pasó, como siempre, maullando sobre el barco, y al llegar á Portugalete y al frente de la *Buenaventura*, su comandante D. Tomás Olleros, apesar del peligro á que se veía expuesto, salió al portalón de la misma, gritando *Lobé! ¡no salir! ¡mire la barra!...*

Nosotros no escuchábamos nada, ni era posible tampoco; pues al ver los carlistas que estaban en las Arenas que nos escapábamos, y al pasar por enfrente de sus baterías dispararon sus cañones sobre el barco al mismo tiempo que disparábamos las cuatro granadas que nos quedaban. Y la gente, encerrada en los reductos, hacía un nutrido fuego de fusilería.

El aviso del Comandante de la *Buenaventura* era bien cierto, pues al desembocar en el Abra vimos que el puerto estaba cerrado; fuera, reinaba un espantoso Noroeste y una mar embravecida amenazaba sepultarnos entre sus ondas. Nada, sin embargo, arredró al intrépido Lobé. Al llegar á la barra un furioso golpe de mar se encapilló por la proa del *Ferrolano* arrollando á los que se encontraban en ella, destrozando el reducto y tumbándonos la colisa... Un grito angustioso de la máquina anunció que ésta se hallaba inundada, y el buque se detuvo!... nuestra pérdida parecía segura, pues el segundo golpe de mar empezó á atravesarnos en la barra. Rápido como una exhalación ví correr á Sanjurjo, que hacha en mano y seguido de algunos marineros comenzaron á destrozar la obra muerta para dar salida al agua que habíamos embarcado; y al llegar el tercero y último golpe de mar, no sé cómo se puso la máquina en movimiento, lo recibió el barco con valentía y aunque el ímpetu de la ola nos arrojó rodando sobre cubierta llenándonos de arena hasta la boca, caímos fuera de este nuevo peligro y del que solo nos salvó la Providencia infinita.

Un grito entusiasta de ¡Viva España! nos reunió á todos al lado del puente, adonde se nos unió el comandante, á quien abrazamos con efusión, y éste, apesar de aquella mar embravecida y de los riesgos que aún teníamos que pasar, mandó sacar vino para la gente y bajo aquel cielo pizarroso y sombrío y ante aquel desenfrenado vendaval, se brindó por Lobé y por el *Ferrolano* con la misma tranquilidad que si estuviéramos en tierra celebrando un banquete, sin cuidarnos ni poco ni mucho

del estado del tiempo ni del fuego que aún nos hacían los carlistas. Lobé nos confesó luego que antes de salir del Desierto había observado el barómetro, que había bajado mucho, pero no quiso decirnos nada para no hacernos perder el entusiasmo.

Se remediaron las averías como mejor pudimos, pues el barco estaba destrozado, y poco tiempo después fondeábamos, aunque con gran trabajo, en Castro-Urdiales. A poco fondeó á nuestro lado la *Consuelo*, que capeando el tiempo, tuvo lugar de presenciar nuestra salida y heróica tenacidad, y digo esto, porque nuestra conducta fué aprobada por el Gobierno con este calificativo, y en la *Gaceta* se publicó el hecho realizado, dándonos las más expresivas gracias y manifestando al país que habíamos merecido bien de la patria.

Aquella noche se conferenció con el general Moriones en Somorrostro, y se le dió el parte del brigadier Castillo y la carta del Comandante del fuerte del Desierto; y á la mañana siguiente nos llevaron á remolque, primero á Santoña y luego á Santander, adonde quedamos para componer la máquina y el barco, mientras se organizaba la escuadrilla de operaciones del Cantábrico, que al mando del malogrado Sánchez-Barcáiztegui había de operar sobre las costas enemigas en aquella segunda etapa de la campaña.

Encontrándome un poco enfermo á consecuencia de los malos ratos pasados en el Nervión y viendo que el barco tardaba en componerse y no sentándome muy bien las aguas de Santander, solicité del Brigadier un mes de licencia que me fué concedida inmediatamente, saliendo para Cádiz en el Ferrocarril del Norte, y tocando antes en Madrid. Después de presentarme al Sr. Ministro y al Gefe de mi cuerpo, á los que referí los acontecimientos de nuestra campaña en el Nervión, pasé á saludar á varios amigos del Ministerio, y uno de ellos, distinguido gefe de la Armada, al referirle aquellos sucesos, me preguntó ingenuamente: "*¿Pero Sievert, es verdad que allí tiran los carlistas?...*"

¡Huelgan los comentarios!, y desde entonces comprendí que había dos Marinas por desgracia, la *Triunfante* y la *Militante,* y de que á mí me había tocado en suerte servir en la segunda. Salí del Ministerio sin despedirme y llegué á Cádiz el primer día de Carnaval, triste y sin esperanza. Me repuse enseguida de mis dolencias y bien pronto me encontré en condiciones de poder volver á mi querido *Ferrolano,* adonde hice mi segunda campaña hasta el levantamiento del sitio de Bilbao.

J. Sievert Jackson

REMITIDO.

SEÑOR DIRECTOR DEL «DIARIO DE CÁDIZ.»

Presente.

Muy Señor mío y distinguido amigo: Encarecidamente le ruego, aunque sin títulos para ello, que haga estampar por cabeza del adjunto articulejo que le envío esta que me atrevo á bautizar con el nombre de atenta carta, habida consideración á que en ella no se dice ninguna grosería, ni se falta á la persona á quien va dirigida ni á ninguna otra.

Su objeto se reduce á suplicar, casi con lágrimas en los ojos, á las dignísimas personas que me honren leyendo la improvisación que hoy les ofrezco, que la reciban sin *prevención* alguna.

Será señalado favor que siempre le agradecerá su afectísimo amigo y S. S.

Q. B. S. M.

J. Huerta

S/c. Sagasta 66.

Por economía se han suprimido desde 1.º de Julio el teléfono y el ascensor.

CADIZ EN 1868.



EL SERMÓN DEL CIUDADANO GARRIDO.

Correspondiendo á la atención del Director del DIARIO al invitarme á escribir unas cuartillas, y en la creencia de que mucho más hacía el Sr. Joly teniéndome por colaborador que yo en engrosar las filas de los que llenan las columnas del primer periódico de provincias, y *también* de entre muchos de Madrid, hubiera ya dado á la estampa mi pensamiento si fuerza mayor no me lo hubiese inoportunamente impedido.

Las proyectadas reformas de justicia por un lado, y el haber comido ostiones en concha por otro, dieron por resultado una fórmula que me produjo *cólico* de relativa importancia, pues poco faltó para convertirse en *caso* y para atraerme la execración del vecindario, que siempre prefiere sacar el premio gordo de la lotería de Navidad. El haber, pues, estado luchando con los ostiones y las reformas por espacio de unos cuantos días, con sus noches, es la causa *única* de llegar con retraso, como el tren correo.

Y ahora viene el momento histórico del grande y grave apuro, cual es el de la proposición del tema que, á decir verdad, me ha tenido suspenso como lo estuvo D. Quijote cuando después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginación, al fin vino á llamar Rocinante á su caballo.

Sin calificar de *atrevido* el pensamiento de estas cuartillas, porque eso se reserva para los que se dedican á hacer el amor, he resuelto *inspirarme* en los acontecimientos del año de 1868 que dieron no poca

animación á Cádiz, alguno de los cuales acontecimientos han descrito de mano maestra, aunque con tendencias retrógradas, á mi juicio, mis muy distinguidos y consecuentes amigos los Sres. D. Arturo García de Arboleya y D. Manuel Martín de Mora.

II

En las primeras horas de la mañana del día 19 de Septiembre de 1868 entró en esta Muy Noble, Muy Leal y Muy Heróica Ciudad de Cádiz, por la puerta del mar, el renombrado caudillo de las huestes liberales D. Juan Prim Prats, y detrás del caudillo, y precisamente por la misma puerta y no por otra, al son del himno de Riego entraron *también* (yo las ví) botas de vino y de aguardiente (léase sin pagar derechos) *quas dinumerare nemo poterat.*

A partir de esta fecha, y habiendo quedado por gobernador civil de la provincia el actual presidente del Consejo de Ministros, Excelentísimo Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, era de ver la frecuencia con que se congregaban los que hoy resultan padres de los socialistas y abuelos de los anarquistas para tener sus sesiones al aire libre unas veces y en lugar cubierto de techumbre otras. Quiero decir que en las plazas ó en los teatros era donde se juntaban los hijos del pueblo para recibir de *frente* la propaganda que sin cesar se hacía de las ideas en que dijeron que se había inspirado la Revolución de Septiembre.

El programa supongo yo, y no aventuro mucho en ello, que debe ser bien conocido de mis lectores, puesto que hoy está vigente y aunque tengan escasa memoria recordarán que fué planteado y consolidado en toda su extensión en los primeros albores de la Regencia que motivó la prematura muerte del Rey D. Alfonso décimo segundo y la menor edad de su hijo y sucesor el Rey D. Alfonso décimo tercero.

Hélo aquí sin quitar ni poner punto ni coma y tal y como nos lo trasmitieron los autores de tan arriesgada empresa. (1)

Soberanía Nacional.	*Libertad de Asociación.*
Sufragio Universal.	*Libertad de Enseñanza.*
Libertad de Cultos.	*Matrimonio Civil.*
Libertad de Imprenta.	*Jurado en causas Criminales.*

Otra institución marchaba siempre al lado del partido liberal formando parte, en cierto sentido, del anterior programa.

(1) Se alude al pronunciamiento militar de 1868.

Me refiero á la Milicia voluntaria.

Y no á humo de pajas se han evocado sus Manes, que bien sabido es que durante el exordio del sermón de Garrido desempeñó un papel de no escasa importancia la Milicia Ciudadana recién reorganizada en Cádiz desde el día 18 de Septiembre del mismo año, en que se sublevó la escuadra á la vista de sus murallas.

Al menos fué la causa eficiente. (1)

Claro está que como la Milicia se componía de patriotas dispuestos sin discusión á derramar hasta la última gota de su sangre por el afianzamiento del gobierno provisional, que había de llevar á las esferas gubernamentales todos y cada uno de los adelantos que el general Prim trasplantaba de la emigración, en todas las grandes y pequeñas reuniones que con el nombre extrangero de *club* constituían el pasatiempo de las primeras horas de la noche, tenía muy cumplida y acreditada representación.

Unas veces iban en trage de paseo los milicianos, es decir, con la gorra de color rojo en la cabeza y sin armas á la vista; otras llevaban el fusil, bayoneta y municiones á lo que demostraban *amore*, sin duda por no habérseles olvidado aquellas palabras con que empezaba el manifiesto de Ayala (el autor de *Consuelo* y de *El Tanto por Ciento*), que por más señas se imprimió á mi presencia (2) en la calle de San José esquina á la de Armengual, y que decían así:

Á las armas ciudadanos, á las armas.
Basta ya de sufrimientos.
La paciencia de los pueblos tiene sus límites en la degradación
. . . . *etc. etc.*

III

Ha dicho un autor muy grave que tradujo la epístola de Horacio á los Pisones y que dedicó al inclito Mecenas y muy ilustre Señor, el Señor Don Nicolás Francisco Cristóbal del Campo, Cuesta y Saavedra, Rodríguez de las Varillas de Salamanca y Solís, que verdad es indubitable y contestada igualmente por los ingenios más hábiles de todas las naciones, que la obra de traducir es difícil empresa, ingrata fatiga, árduo empleo y trabajo ímprobo, y además de no ser la más gloriosa y acreedora á la estimación y aplauso, está más expuesta á la crítica y censura;

(1) De la reorganización de la Milicia y otros excesos.
(2) Histórico.

pues si alguno se digna de leerla es para extender sobre ella la vana Censoria, que como vara de justicia la condena, si falta en un ápice, hasta la última pena y á su primer autor absuelve de toda culpa.

Yo quisiera traducir en mi propio lenguaje y con absoluta fidelidad todo cuanto ocurrió en la noche del sermón de Garrido, para no exponerme á que me quiten el pellejo, por no haber dado felice término á la empresa descriptiva.

Y para no incurrir en omisiones, empezaré diciendo que el gran Club al aire libre se verificó en una de las primeras noches del mes de Octubre de 1868 en la plaza del mercado de esta ciudad, que es uno de los sitios más espaciosos, más alegres y concurridos, y para decirlo de una vez, era el único que llenó la indicación, por ser muy adecuado al objeto á que accidentalmente se le quería destinar.

Esta plaza se denomina de la Libertad, tiene de extensión 1163m67 superficiales, midiendo sus dos lados de E. y O., que son los mayores, 101m98 de línea y 54'33 los de N. y S.

Tuvo de costo 148.579'165 escudos.

En los cuatro frentes y en los arcos de otras tantas portadas que comunican con el interior viniendo del de Garaicoechea y mirando hacia el nuevo Parque de Salud, se leen otras tantas inscripciones que dicen así:

PLAZA DE LA LIBERTAD.

EL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL

LA PRINCIPIÓ EN ABRIL DE 1837

LA TERMINÓ EN DICIEMBRE DE 1838.

Está edificada esta plaza en terreno que fué huerta del convento de Franciscanos descalzos, cuya huerta se derribó en la época constitucional de 1820 al 23.

Era muy próxima la puesta del sol y ya se advertía en el interior de la plaza una extraordinaria concurrencia que había empezado por sentarse con relativa comodidad en las gradas que sirven de base á las columnas de la galería y los que no tuvieron la suerte de llegar á tiempo para encontrar gradas vacías, se resignaron á estar de pie en los diferentes grupos que ya paseaban, ya estaban parados departiendo amigablemente con los amigos y conocidos.

Claro está que en estas aglomeraciones de personas de todas las

clases de la sociedad, de todas las ideas, de todos los gustos, de los caractéres todos, nunca se pierde el tiempo y por mucho que tarde en empezar el espectáculo que allí los congrega, siempre el rato se pasa pronto.

En corroboración de esta verdad, voy á citar dos episodios ocurridos aquella noche momentos antes de empezar su discurso Don Fernando Garrido.

En el centro de un grupo formado por unas cincuenta personas que se situaban frente al despacho de recova de Toro (proveedor de la Real Casa) había un hombre como de 60 años, alto de cuerpo y con cara de tener muchas pretensiones (1) que improvisó (según dijo después) el siguiente ovillejo:

¿Qué busca el más vocinglero?
Dinero.
¿Cuál es su mayor deseo?
Empleo.
¿Y su constante afición?
Turrón.
. . . .
Pues triste revolución
si tras afanes prolijos
solo te piden tus hijos
Dinero, Empleo y Turrón.

No hizo mucha gracia la al parecer improvisada poesía, atreviéndose á decir por todo comentario uno de los que la escucharon, la siguiente frase: "este *tío* á la fuerza, tiene que ser *neo*."

El protagonista del segundo episodio fué una muger.

Estaba sentada en el suelo increpando duramente y á voz en grito á un hijo suyo que apenas tendría año y medio, á juzgar por la dificultad é inseguridad con que andaba. Parece que el origen del *disgusto* fué que el chico se separó del lado de la madre en un momento de distracción de ésta, y cuando se apercibió y se puso á buscarlo le costó mucho trabajo dar con él. La pobre muger pasó un rato bien amargo, y cuando encontró al pequeñuelo, para desquitarse, agotó el diccionario de las maldiciones, que siempre empiezan por la de la *leche*, sin duda porque lo primero que se hace cuando se viene al mundo es la lactancia. He dicho lo primero y es verdad; pero esto no quiere decir que la regla general carezca de excepciones y me fundo en haber oído, no sé con qué motivo,

(1) Eso abunda mucho.

pero casi tengo la seguridad, por más que esta no sea absoluta, de que se referían á personas adultas, "ea, ya se acabó la mamadera", lo cual puede muy bien constituir una excepción de la general regla ya indicada.

En resolución; agotadas las fuerzas de sus pulmones y no teniendo insultos que decir al chico, hizo un supremo esfuerzo (la madre á que vengo refiriéndome) como para soltar el último, el mayor, y el que los condensase *todos*. Y lo halló con gran éxito, pues hizo estallar un nutrido aplauso entre los que la escuchaban.

Este último improperio fué decirle...... MONÁRQUICO...... y quedó archivado á perpetuidad.

Al llegar este momento histórico, querido lector, una turba de adolescentes invadió la plaza.

Era la vanguardia de los oradores.

Los más venían provistos de escobas en el último tercio de su vida. (1)

Más bien que cantar gritaban desaforadamente y con admirable compás el siguiente himno cuya música no sé si es de Mozart ó de Beethoven ó de algunos de sus discípulos, en fin, de algún *músico* debe de ser.

No . . . . . . te . . . . . . med
No temed milicianos valientes
Al . . . . . . com . . . . . . ba
te al combate seguros marchad,
gue . . . rra . . . á . . . muer . . .
te á los tiranos
guerra, guerra, guerra, guerra, guerra
Unión libertad . . . .
. . . .

Establecido el orden, subió Garrido á una tribuna preparada de antemano, ofreciendo entonces la plaza un aspecto muy agradable por encontrarse rebosando de auditorio y por haberse llenado todos los balcones y azoteas inmediatas, que no son pocas, de curiosos que pudiéramos llamar *previsores*, al colocarse en los tendidos para que, llegado el caso posible y probable de la bronca, su posición estratégica les permitiese conseguir la hartura de la risa.

Eran las siete de la noche.

Reinaba fuerte viento del Este.

(1) De las vidas de las escobas.

Todo el aparato atmosférico hacía temer el descenso de un aguacero de los que mojan.

Pero la tempestad estalló antes en la tierra que en el cielo.

Y dividida en dos partes, fué como sigue:

Uno de los comisionados para organizar la reunión trató de encender un farol (1) y como el fuerte viento hacía fracasar todas sus intentonas, lo detuvo Garrido diciendo al mismo tiempo en muy alta voz estas palabras. (2) "*Republicanos de Cádiz, para oir no se necesita más luz que la de la inteligencia,*" y le replicó un desconocido que estaba cerca de la tribuna, en el mismo tono de voz "*cuando lo que se dice es la verdad,*" en cuyo momento recibió en el rostro la más descomunal bofetada que han conocido los siglos. Justo castigo de su temeridad. Este incidente, tan inesperado como grotesco, produjo alguna alarma, empezándose á temer que fuese el exordio de alguna muy cumplida ración de *madera* que no andaba muy lejos.

En efecto; al poco tiempo de entrar en materia Garrido, ponderando en correcta forma los desastres que había acarreado á la nación y á su erario el sin número de funcionarios públicos de pingües sueldos, y cuando ya iba á proponer los medios para extirpar de raíz esta familia de sanguijuelas, el Diablo, que nunca duerme, se introdujo en un personaje anónimo, y tan anónimo que hasta el presente no se ha podido averiguar su alcurnia.

Idea diabólica fué, no me arrepiento de la dureza del calificativo, la del audaz desorganizador del club que, parapetado no se sabe dónde, se puso con posma y ahinco *á tocar un tambor,* como si batiese marcha, lo que el público tradujo por ingerencia del elemento militar para disolver á estacazo limpio la reunión.

¡Nunca hubiera sonado el fatal instrumento!

Ocho entradas tiene la plaza que estando dentro se convierten en salidas; pues aunque hubiese tenido diez y seis y treinta y dos, no las considero suficientes para desalojar la muchedumbre que se agolpaba en los ocho huecos, arrollando todos los obstáculos.

Allí hubo un gran pánico seguido de extraordinaria confusión y después heridas, síncopes, catalepsias, rozaduras, contusiones, caídas sin consecuencias, gritos, coces, cachetes y empellones, blasfemias, maldiciones y amenazas, callos machacados (con dolor del propietario), sombreros, relojes y pañuelos perdidos, levitas sin faldones, camisas sin

(1) En lo alto de la tribuna.
(2) Textuales.

puños y señoritos sin corbata y hubo, por último....., su poquito de desorden.

Los milicianos se arrancaron las barbas de desesperación, sin poder contener la inesperada fuga del pueblo.

¡Qué verdad es que la peor de todas las cosas del mundo es perder el equilibrio!

No á otra causa obedecen las fracturas conminutas.

IV

Ahora bien: ya me parece oir al paciente lector dirigiéndome esta categórica pregunta: ¿Y Vd., Sr. D. José, qué arte ni qué parte tuvo en el suceso que acaba de describir? porque hasta ahora no le hemos visto la punta......

Es muy sencillo.

Yo estuve allí...... de *comparsa.*

Como suena.

Y comparsa he sido hasta que mi amigo D. Federico Joly y Diéguez me invitó á escribir sobre algún suceso ocurrido en Cádiz, nuestra querida patria. Desde este momento dejé de serlo para convertirme en algo más.... en cronista. De manera, que sin haber hecho yo nada en la noche del club más sonado de la época, vengo á posteriori á sobrepujar á todos los que tomaron parte activa en el suceso, resucitándolo con mi pluma, ayudada de mi férrea memoria, que lo ha conservado y custodiado por el respetable espacio de veinticinco años sin cobrar intereses.

¡Quién me lo había de decir! Estaría escrito.

. . . .

No terminaré esta *primera parte* sin lamentarme de todo corazón del final tan desastroso que cupo en suerte á uno de los clubs más entusiastas que se pudieron reunir en Cádiz en Octubre de 1868. Con decir que no pudo ejecutarse más que una parte del primer número del programa, se comprenderá que casi tuvo, aunque sea mala comparación, los caractéres de un aborto.

Pero este no es motivo suficiente, á mi juicio, para prescindir de lo que se llama la *moraleja*, imitando á los historiadores que después de haber relatado un hecho le dan su barniz de sana crítica, y si el historiador es liberal desuella á los retrógrados, y si es retrógrado desuella á los liberales, empeñándose *todos* en que ha de prevalecer su opinión, porque sí.

Perdonen Vds. si yo me atrevo á hacer un *estudio crítico* de los acon-

tecimientos políticos de 1868, que será la materia que, con el favor de Dios, ha de ocupar las columnas del DIARIO en la siguiente y última parte de este modestísimo trabajo.

Yo también tengo mis pájaros, aunque no tantos como otros.

Y me despido hasta luego.

V

Mucho cuidado con escandalizarse de lo que á continuación voy á consignar.

La Revolución de Septiembre no merece el nombre de tal.

Más claro; no fué una Revolución.

Fué solo...... una rebelión militar.

Voy á demostrarlo.

Consiste la revolución en trastornar radicalmente la manera de ser y de regirse los pueblos; y esto no lo hizo la *Septembrina*; esto lo hizo más tarde Pí y Margall y su partido, si bien con poca fortuna por no haber conseguido arraigarse.

Antes del 19 de Septiembre de 1868 imperaba el gobierno representativo y la Monarquía Constitucional, y lo propio quedó establecido en el período mal llamado revolucionario.

Hay más; aun al proclamarse la República tampoco se alteró más que la forma de gobierno que, en esencia, se parece tanto á la Monarquía Constitucional que es solo una pequeña variante de la persona que ejerce el Poder Ejecutivo dentro del sistema parlamentario. La República no implica revolución.

Lo único que puede admitirse dentro del gobierno representativo, que comenzó á ensayarse en 1812, es que en algunas épocas y entre ellas la que nos ocupa, se dió mayor expansión política y se abrió la mano á todas las concesiones, con la sola limitación, represiva y no preventiva, de los *garrotazos* que repartió D. Nicolás María Rivero, que consiguió, no sin gran trabajo, eclipsar á todos los absolutistas de las pasadas edades.

Luego todo quedó reducido á...... "*quítate tú para ponerme yo.*"

La verdadera Revolución se hizo en España en 1812. Cuando el sistema representativo se impuso al absolutismo; y en Francia el 93.

Estas son Revoluciones y lo demás es...... *música*.

Ahora bien; partiendo de esta indiscutible base, resulta una enormidad política la Revolución de Septiembre, que vino á desprestigiar el Gobierno representativo, que tanta lucha, tanta sangre, tantos vaguidos de cabeza y tantas indigestiones de estómago nos había costado á nosotros sus secuaces.

Vinieron á destruir su propia obra, alzándose en armas contra sus correligionarios.

Esto es original.

Pero aún queda otra observación más desconsoladora.

Atención.

81 años hace que se planteó el gobierno representativo con sus diversas formas de Monarquía y República, que viene á ser lo mismo sin diferencias esenciales, con la sola excepción que sustentó D. Francisco Pí y Margall en 1873, aunque brevemente ensayada, y puede decirse que al arribar el 1893 nada queda del programa liberal que no esté llevado á la práctica. Pues bien; al llegar nuestros principios á la plenitud de su desarrollo *resulta* que hemos engendrado y amamantado, siquiera sea con *biberón*, á dos *cachorritos*, de esperanzas poco tranquilizadoras para los apegados á la *substantia hujus mundi*, que son *el socialismo y la anarquía*.

Es una verdadera desdicha que hace estériles los nobles y laudables esfuerzos de hombres de tanto talento como honradez y probidad, y que me obliga á exclamar con el poeta latino

"Ut turpiter atrum
"Desinat in piscem mulier formosa superne;"

¿Qué resta del patriótico entusiasmo constitucional? Solamente el temor de que se desplome el edificio al menor impulso, por asemejarse hoy á la famosa estatua que vió en sueños Nabucodonosor, Rey de Babilonia.

¿Es verdad todo lo apuntado?

¡Ojalá no lo fuera!......

EPÍLOGO.

Debo una aclaración á mis lectores para evitar interpretaciones que pudieran perjudicarme, si por acaso alguno piensa que este artículo se ha inspirado en sentido político-retrógrado.

Nada menos que eso.

Pertenezco de antiguo al partido liberal, pero sin grandes entusiasmos ni exageraciones. Creo que en política hacen falta tres componentes, á saber:

CONCIENCIA, PATRIOTISMO Y CUTIS.

Con estos elementos acepto *todo* lo que hay que aceptar en política... hasta el *nihilismo*.

Pero sobre todo lo que más me molesta es la discusión sobre estas materias; y para evitarla, en lo que sea posible, he ideado un medio que no sé si agradará al lector, pero sí que me produjo éxito desde los primeros momentos.

Hélo aquí:

En la Biblioteca que está contigua á mi despacho (y de Vds.) he colgado dos cuadros, el uno reproduce la última entrevista de Isabel de Inglaterra, la hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, con María Stuart su víctima, y el otro, el momento de subir á la guillotina Luís XVI.

Pues bien; cuando se promueve discusión sobre política, enseño los dos cuadros señalándolos con una caña, que fué de escoba, y digo al mismo tiempo:

El primero representa la tiranía de *arriba*.

El segundo la tiranía de *abajo*.

Nada tienen que envidiarse, ni reprocharse unos á otros.

Están en paz.

J. Zurita

Cádiz Agosto 1893.

BRAZO DE MAR.



Al romper el alba de aquella hermosa mañana de Mayo, el batallón, á los alegres acordes de su música, se alineaba simétricamente en el patio del cuartel de Dolores, de Ferrol, para emprender la marcha á la campaña del Norte. En las calles, una muchedumbre entusiasta y conmovida esperaba el desfile, y á través de la débil niebla que cual nube de tristeza envolvía á la ciudad, veíanse cuajados los balcones y los miradores de hermosas mujeres, de ancianos, de niños, que ansiaban enviar el saludo de despedida á aquellos marinos, que una vez más iban á prestar en tierra los sangrientos servicios que la patria devorada por la guerra civil exigía de ellos.

El momento llegó. Al toque de atención del corneta de órdenes, los oficiales desenvainaron las espadas; luego, la tropa armó las bayonetas; después, con las armas presentadas y á los ecos de la marcha real, recibió la bandera que iba á flamear ante el hermano convertido en enemigo, y á seguida, el batallón desfiló y el cabo de gastadores, erguido, arrogante, electrizado por la impresión nerviosa propia del momento, asomó, fijando todas las miradas, á la puerta del cuartel.

La muchedumbre batió palmas, los hombres se descubrían, lloraban las mugeres, y hombres, mujeres y chiquillos formaron cortejo al batallón, que atravesó la ciudad, llevando tras sí los corazones de los habitantes de Ferrol. ¡Como que en nuestros departamentos es inmensa la solidaridad entre la población y los marinos!; ¡como que después de todo el que no es marino tiene en la marina sus parientes ó los ha tenido ó hace proyecto de tenerlos! El botón de ancla es el lazo común, y ¡ay! del que así no lo entienda.

La salida, pues, de un batallón para campaña es en San Fernando, Ferrol ó Cartagena un acontecimiento hondo, temible, imponente; fuera

del amor á la patria y del sentimiento del deber, que eso íntegro lo lleva á campaña el batallón, lo demás todo se lo deja en el Departamento; familia, afectos intereses, esperanzas, ideales, recuerdos; la esencia de la vida, en suma. La población, guardadora fiel de estas reliquias, sigue anhelosa la suerte de aquél puñado de hombres y sufre con sus sufrimientos, vive en sus alegrías, comparte sus sinsabores, padece su hambre y su sed y sus fatigas, hace suyos los laureles, siente el dolor de las heridas, cuenta como suya la sangre que en la lucha se derrama, y llora sus muertos ¡oh! sus muertos, que dejan vacíos irreemplazables, de lo que es fiel testimonio el luto de aquellos padres, de aquellas viudas, de aquellos hijos, de aquellos hermanos . . . .
. . . .

Y así, entre aclamaciones, lágrimas, apretones de manos, abrazos, el batallón, con sus filas un tanto quebrantadas, porque en esos momentos solemnes la severidad militar se suaviza por imperio irresistible de los hechos y porque pretender lo contrario sería un imposible, la fuerza llegó al embarcadero y á seguida de embarcarse en el vapor de guerra *Colón*—donde 48 horas después halló gloriosa muerte el valeroso Sánchez Barcáiztegui—se hizo á la mar con rumbo á Castro-Urdiales, primer punto de etapa.

Cuando la silueta de la pintoresca costa ferrolana fué hundiéndose en el mar, perdido el interés fuera del buque, se animó el interior, formándose grupos donde las conversaciones y los comentarios procuraban desvanecer las penosas impresiones de la despedida. Alféreces de una misma hornada por la gracia de Dios y nuestros trabajos, éramos los cuatro que formábamos uno de los corrillos. Enriquez, muerto algunos años después en Filipinas, por lo cual bueno será decir que navegábamos en el *Colón* en 1875, (todo no se puede contar de una vez), Martínez Monge, gallego como Enriquez, y Medina y yo andaluces, apesar de lo que, á gallegos y andaluces nos unía un espíritu de confraternidad capaz de resistir hasta cierto proyecto de reformas, ácido el más disolvente de los conocidos hasta hoy.

Enriquez, Medina y yo sermoneábamos cariñosamente á Martínez Monge por haber emprendido la marcha en las fatales condiciones que lo hizo, movido por su excesivo pundonor. Desde que concluyeron los exámenes para el ascenso á oficial, estaba enfermo, al extremo de no haber abandonado la cama hasta el mismo día de la salida á campaña;

su estrella de alférez no pudo lucirla antes. Los que conocimos su decisión de incorporarse á su compañía cuando supo que el batallón salía, agotamos en vano todo género de recursos y razonamientos para hacerle desistir de su propósito, y aquella mañana Martínez Monge se presentó en el cuartel. Aún me parece que veo á su madre y á su hermana, transformado el rostro por el dolor, agitar el pañuelo saludándonos desde el balcón de su casa, ante la cual desfilamos, y recuerdo bien que este incidente me hizo tanta impresión, á pesar de ser igual á otros muchos ocurridos durante el desfile, que si es verdad que los pelos se erizan hasta ponerse de punta alguna vez, afirmo que una de ellas fué esta, porque creí que el ros se me caía al suelo, de modo tal, que sentí la necesidad de afirmarlo en la cabeza con la mano; ¿se ríen ustedes? bueno; no niego ese derecho á mis bondadosos lectores; pero insisto en mis trece, que no llegarán á ser catorce, porque cosa parecida jamás me ha vuelto á ocurrir ¿fué un presentimiento? ¡Quién sabe! Los andaluces tenemos mucho de árabes; por otra parte, bueno será advertir que en aquél entonces usaba yo el pelo largo.

Dentro de la primera y única singladura anclamos en Castro-Urdiales, sintiéndonos ya con alientos para conquistar el mundo, entiéndase bien, el mundo todo, no el mundo solo de las bellas. Cuando se acaban de abandonar las aulas militares, se ostenta la divisa de oficial é incontinenti se lanza á la juventud á los campos de batalla, Alejandro, Pirro, César, Napoleón y otros más, se quedan tamañitos al lado de los ímpetus y de los ensueños de gloria y prosperidades del recién ascendido. Tal á fé puede decirse que era la situación de ánimo con que por tomar posesión de algo, principiamos por posesionarnos en Castro-Urdiales de un alojamiento y luego de las calles, de las plazas, de los cafés, de las casas donde alojaban los amigos, y satisfechos, orgullosos de la misión confiada, mirábamos desde la altura de nuestro protectorado á todo el mundo, como diciéndoles: "estad tranquilos; por fortuna vuestra estamos aquí los cuatro dispuestos á todo: podéis confiar en la salvación de la patria."

A pocas horas de llegar, tratábamos ya en el inolvidable Castro-Urdiales á todos y á todas; en esto último pusimos gran diligencia con éxito completo, gracias á la bondad de aquellas encantadoras y hospitalarias familias y con ello nos sentíamos completamente felices, olvidando las incertidumbres del mañana. La idea del próximo peligro, he

observado que se desvanece cuando hay mucha gente ocupada ó preocupada con el que va uno á correr, y entonces lo que ocurre es, que el afán de multiplicarse aumenta. Se desea en efecto, multiplicar vertiginosamente los conocimientos, las horas, las ocupaciones, las distracciones y sobre todo el número de amigas; cuantas más se tienen, más se desean ¡curioso fenómeno! Cualquiera diría que en previsión de ser poca la vida de que se dispone, se quiere repartir toda la que se pueda y repartirla bien y dulcemente.

Una tarde, á hora en que no conceptuamos prudente entregarnos á nuestros habituales visiteos, y al tercero ó cuarto día de llegada, nos paseábamos los cuatros consabidos por el muelle ¡qué aburrimiento! había que hacer algo sin remedio y lo hicimos! ¡vaya si lo hicimos! Pasearemos por el mar, pensamos. Aquí hay botes, falta solo que aparezca el dueño de alguno. Aquél debe ser el propietario que buscamos. En efecto, y dice que no quiere venir en el bote, pero lo alquila; valiente falta nos hace su compañía! Debe ser carlista á juzgar por lo hosco y desconfiado; quiere paga anticipada; ahí vá ¿hay algún bajo ó rompiente cerca? preguntamos. No, los carlistas allá en frente, pero nada más.

Deliberemos para saber hacia donde hemos de dirigirnos. Hacia la izquierda, la alta mar; realmente allí nada teníamos que hacer; á la derecha y algo á lo lejos unas posiciones carlistas; pues no hay que darle vueltas, el paseo instructivo es hacia ese lado; pasaremos lo más cerca que se pueda, atisbaremos algo y luego al regreso obsequiaremos á los compañeros con algunos datos acerca de nuestros enemigos ¡y poco tono que nos daremos nosotros! verdad es, que estos carlistas suelen pegarle un tiro al lucero del alba vestido de liberal cuando lo ven cerca; pero ¡bah! no van á dar blanco enseguida. Está decidido, hagamos nuestra excursión... ¡Eh, buen hombre! ¿Como se llama aquello? (la parte de costa hacia donde nos dirigíamos). *Brazo de mar*. Vaya pues, embarquémonos; uno cualquiera al timón y los demás al remo y alternaremos ¡proa á *Brazo de mar* y avante! ¡Buen viaje! gritó el retorcido botero. ¡Diablo de hombre! ¿pues no parece que lo dice con cierta sorna?

Nuestra excursión empieza muy bien; sin embargo esta mar, al parecer tranquila y manejable, es más hosca que el botero, pero todo es cuestión de tardar más de lo que pensábamos. Así como así, no tenemos gran prisa. ¿Llama aquel ordenanza? Sí á nosotros es; al muelle

pues á ver qué ocurre. Una orden para Enriquez sobre un servicio urgente... Vaya, adios chico, que te diviertas, nosotros nos volvemos á nuestra excursión. La tarde se echa á perder á lo que se vé, nubes, algo de viento, caríz sospechoso en suma; no importa ¡proa á *Brazo de mar* y avante!

¡Ah, la fuerza del destino!

Avanzamos lentamente y á cada momento va siendo más preciso redoblar los esfuerzos; quitémonos las levitas para mover los brazos con más libertad y ¡á remar!

¡Un día tan hermoso como estaba y ahora rápidamente parece que se echa encima alguna tormenta! ¡Qué viento más duro y qué nubarrones más densos! Llevamos casi una hora de bogar y apenas si estamos á la mitad del camino; la mar se encrespa ¡vaya si se encrespa! ¡qué tumbos! ¡como está *Brazo de mar!* ¿No decía el botero que no había rompientes ni bajos por aquí? ¡Pues apenas si hay oleage y rompen y espuman las olas! ¡Buenos chapuzones nos esperan!

Pero ¿veis, dice uno de los tres, la multitud que se reune en el muelle? ¿qué pasará allí? ¡cuánta gente se asoma á los balcones y agita los pañuelos! ¿pañuelos? ¡sábanas enteras han de ser para que á esta distancia se vean! decía otro.

Así era, en efecto. Había corrido la voz por la ciudad de que nos dirigíamos derechos á *Brazo de mar*, y comprendiendo nuestra ignorancia del peligro que corríamos al acercarnos tan decidida como temerariamente hacia un sitio tan peligroso, de donde jamás se había salvado nadie, nos llamaban primero á gritos y con los pañuelos y después sacando sábanas por balcones y ventanas; la gente corría al muelle; nuestros compañeros, apercibidos de lo que pasaba, hicieron lo propio, y todos seguían con ansia nuestra ruta, desesperados de ver que no hacíamos caso alguno de tanta algarada, señales y vocerío.

Convencidos de que los de Castro-Urdiales nos llamaban, no creíamos que era por razón de nuestro rumbo peligroso á *Brazo de mar*, sino por acercarnos á sitios dominados por carlistas, y embebidos en esta idea y ocupados en mirar hacia Castro-Urdiales, no nos dábamos cuenta de que íbamos siendo vertiginosamente sorbidos hacia el centro de un espantoso torbellino. Habíase cerrado por completo el horizonte, la lluvia empezaba á mojarnos, el rugido del mar ensordecía, el bote, juguete de la violencia de las olas, cabeceaba con furia; á pesar de gritar para

hablarnos apenas nos oíamos, y en esta situación, que en honor de la verdad sea dicho, no había alterado nuestro espíritu, conversamos brevemente acerca de lo que habíamos de hacer.

Nos llaman, decíamos, porque creen que vamos á ser víctimas de los carlistas, pero por eso mismo no podemos retroceder ¡qué dirían luego de nosotros nuestros compañeros y esos mismos que ahora nos llaman! Tal vez nos hayamos metido en alguna mala aventura, pero hay que terminarla y salir de ella como se pueda; lleguemos pues á tierra, desembarcaremos y después nos volveremos tranquilamente á Castro-Urdiales y en paz. Que nos ocurre algo al desembarcar ¡y qué le hemos de hacer! pero volver á Castro sin pisar antes la costa ¡eso nunca!

Lo malo es, añadíamos con algo de filosofía, que la mar está fea y es posible que nos pongamos hechos unas sopas.

Así hablábamos todos y como síntesis, Martínez Monje, dejando un momento el remo, se levantó exclamando en medio de nuestras risas, coreando la suya:—"Adelante, pues, y venceremos á los carlistas y á los elementos unidos!

Y no dijo más, porque un violentísimo tumbo dió con él al fondo del bote, cayendo cuan largo era; vuelto á su sitio, quedamos, Medina al timón, Martínez Monje en el centro, yo á proa y ambos al remo.

Lo que pasó después fué rápido como una exhalación. Estábamos ya en plena rompiente; no había medio de gobernar ni de remar, embarcábamos el agua por todos lados y la que faltaba nos la mandaba el cielo; el furor del mar era inmenso, parecía irritadísimo de nuestro reto; el baile era infernal; de pronto veo que Martínez Monje y Medina me miran señalando á mi derecha; lo que se venía sobre nosotros no era ola, era una montaña de agua de una altura que me pareció, y lo era en efecto, incomensurable.

Con espantoso rugido se echó sobre el bote, lo recogió, lo puso vertical sobre la proa donde yo me encontraba, lo hizo girar en semicírculo y luego lo dejó caer quilla arriba.

Me encontré en el agua aturdido por el golpe y como es natural hice por volver á la superficie, pero ¡cuál no sería mi sorpresa al tropezar con el bote que estaba sobre mí á manera de sombrero de tres picos ó mejor dicho de dos picos, porque el tercero ni al bote ni á los sombreros llamados de tres se lo he encontrado nunca, por mas que lo he buscado cuidadosamente; creí llegada mi última hora, porque no podía quitarme de encima aquel peligrosísimo é inesperado suplemento; y por fin, merced á esfuerzos enormes, de esos enormes esfuerzos que se hacen para salvar la vida, pude verme libre del incómodo techo.

Cuando el agua me dejó abrir los ojos y darme cuenta de la situación, el espectáculo era desolador. Medina nadaba á alguna distancia, Martínez Monge se agitaba á distancia también, procurando llegar hacia el bote, que vuelto del revés bailaba sobre el agua; los remos y el timón andaban esparcidos acá y allá; el ruído era infernal, no se veía la costa ni Castro-Urdiales ni nada ¡aquello era horroroso! ¡Al bote!—les grité—con intento de que agarrados á él nos hubiésemos sostenido algún rato; pero en este instante nuevos y furiosísimos golpes de mar, hicieron desaparecer de mi vista á los compañeros, al timón, los remos, y el bote.... me había quedado solo.

Por el momento no creí aún que corría riesgo inminente, pero no tardé mucho en comprenderlo así; de no llegar pronto á tierra, aquel colosal combate con las olas, tenía que acabar mal. Apenas podía respirar, tan violentos eran los golpes y tan súbito el descenso de la cresta á la onda de las olas, para volver á empezar enseguida: me sostenía con el movimiento de las piernas; las manos las ocupaba en taparme la boca y la nariz á cada movimiento de descenso, porque la velocidad era tal, que sin esta precaución el agua, penetrando con gran rapidéz por las fosas nasales, me producía violento dolor en el cerebro, y como las subidas y bajadas eran incesantes, sentía con la falta de respiración las primeras angustias de la asfixia.

Llegó el momento inevitable, la solución se venía encima á paso de gigante, porque las fuerzas me iban faltando; rápidamente desfilaron ante mi imaginación mis recuerdos todos, y como no tenía ganas de morirme, me pareció cruel, muy cruel, acabar tan impensada y estérilmente; ¡si al menos fuese sobre el campo de batalla! pero allí, en tonto, como término de un paseo por el mar.....; no podía consolarme ni tampoco hallaba resignación posible á eso de morir bebiendo agua ¡qué cosa más vulgar y mas fea! ¡qué muerte más incómoda! Y no había remedio, porque la costa, cortada á pico, no ofrecía amparo visible, ni yo podía hacer más por ella.....

De pronto sentí que tocaba con los pies en algo; instante de emoción inmensa, incomprensible para quien no haya pasado por ello; apenas quería creer cosa tan extraordinaria. ¿Sería posible que á aquella distancia hubiera fondo? Si por fortuna era cierto, ya no había que pensar en morirse ¡á vivir! allí estaba yo dispuesto á quedarme de pié hasta la consumación de los siglos.

¡Vano empeño! el furioso oleage no me dejaba estar quieto! había que seguir andando en medio de tumbos, chapuzones y latigazos que me ponían el cuerpo verde; pero en cambio era cierto que el agua bajaba ¡estaba salvado! todo era cuestión de seguir adelante hasta quedar en seco.

¡No es mala sequedad! Apenas había adelantado tres metros, ví con indescriptible sorpresa que de nuevo me faltaba pié; creí que sería ilusión, pero seguí andando y me encontré á flote, ¡qué era aquello! me volví para buscar pié, pero como la marea crecía y el oleage venía de aquel lado, me era imposible resistirlo de frente, por lo que tuve que dejarme llevar de nuevo por las olas; me hallaba precisamente sobre la parte más alta de la rompiente y por tanto la de mayor peligro.

Confieso que tenía ya ganas de acabar, porque perdí toda esperanza. La costa cortada á pico y la mar inabordable no permitían pensar en auxilio. Dos vapores de la carrera de Bilbao y dos lanchas, una de marina y otra de carabineros, con doce remeros cada una, intentaron llegar á nuestro socorro, pero tuvieron que retroceder; no había visto esta maniobra, pero comprendía que allí no podía entrar embarcación alguna; mis fuerzas con el combate del mar y las múltiples emociones iban de capa caída; enfilé, pues, mi cuerpo hacia la costa, y después de nueva despedida, me lancé, reuniendo todas mis fuerzas, hacia el acantilado, á donde me arrastraba con vertiginoso impulso el oleage y la marea; de abrirme la cabeza estaba terminado el incidente.

Cerca, muy cerca de aquella mole de piedra, con la cual iba á trabar conversación íntima, nació en mí un último rayo de esperanza, porque á través de la vacilante luz crepuscular, disminuída por la furiosa lluvia que caía, me pareció ver algo así como una hendidura en la roca, no mas ancha de metro y medio y que muy bien pudiera ser un resquicio por donde fuese posible llegar á tierra. Haciendo grandes esfuerzos, para evitar el riesgo de destrozarme la cabeza con más prisa de lo que ya en aquel momento deseaba, me dejé acercar un poco más para reconocer bien el terreno. Era en efecto, un camino abierto en la roca, tal y como me lo figuraba, aunque no veía bien si tenía salida ó nó; pero como era preciso, me decidí á meterme por allí.

Los esfuerzos que tuve que hacer para defenderme fueron muchos, pero conseguí verme sentado sobre un pedazo de roca, aunque á pique de ser arrancado de ella á cada segundo.

El sitio no era cómodo ni las circunstancias habían dejado de ser

graves; de un instante á otro me iba á arrancar el agua de mi refugio; había pues que resolver. No divisaba á Castro-Urdiales, me lo impedían el oleage y la lluvia, la noche se echaba encima; por la superficie del agua no se veían ni vestigio de los compañeros, ni de nuestra embarcación. ¡Sabe Dios qué habría sido de ellos! Volví la cabeza para examinar mi retaguardia y ví una especie de pozo de cuatro ó seis metros de longitud por uno y medio de ancho; el agua pasando por encima de mí formaba un rugiente remolino ¿era aquello un camino de salvación ó una sepultura? No quedaba otro recurso que enterarse personalmente. Me puse de pié sobre la roca, me estiré cuanto pude y me arrojé á lo largo de aquel callejón, sin saber si iba á ser sorbido ó salvado. El momento fué supremo pero el peligro pasó. Cuando me encontré en el extremo opuesto, y andando un poco más, completamente en seco, lo dudaba.

Trepé como mejor pude por una pequeña altura y á poco ví gente que hacia mí venía. ¡Ya tenemos aquí los carlistas! dije para mis adentros; pero aseguro que me importaba muy poco; todo lo que no fuera volver al agua, lo demás me tenía sin cuidado. Quien primero puso mano en mi creyendo que me caía al suelo fué una mujer, que se esforzó en prodigarme consuelos. Mire V. —le dije—yo estoy consolado ya, lo que me hace falta es, que avisen á Castro-Urdiales para que vengan á recogerme, porque esto creo que está lleno de carlistas y eso no me conviene. Calle V. por Dios, me dijo la pobre mujer con aire de susto y no diga V. que es militar. No importa que yo no lo diga—le contesté señalando á unos hombres que muy cerca de nosotros estaban—¿Crée V. que esos no van á ver la franja de mi pantalón? ¡Ay Dios mío, todo sea por Dios! exclamó la muger.

El prefacio, pues, de ésta mi llegada á tierra no era muy tranquilizador, pero lo tenía descontado. Acercáronse los hombres y ni me hablaron ni les hablé. Había divisado una casita y á ella me dirigía y á ella por lo visto nos dirigíamos todos, porque tras de mí venían la mujer y aquellos hombres.

Cerca de la casa encontramos otro grupo, en el centro del cual iba Medina, el que había sido sacado exánime de la orilla, y creí al pronto que era Martínez Monje; ambos nos hicimos la misma pregunta y ninguna nueva podíamos comunicarnos.

Al llegar á la casa, procedieron á desnudarnos entre todos los que venían, teniendo que arrancarnos la ropa casi á pedazos. Sentia un frío inmenso, y cada vez que me tocaban parecía que me partían el cuerpo: me tendieron en una cama y los más corpulentos de aquellos hombres

diéronme unas friegas que me arrancaron el pellejo de puro bien dadas; bebí sangría casi hirviendo y me envolvieron en mantas. Escusado es decir que á Medina le practicaron igual operación. Aquellos carlistas de ambos sexos eran, pues, unas excelentes personas. ¡Dios se lo pague!

Á poco de esto nos anunciaron que venían tropas, y la mayor parte de aquella gente se fué: muy luego vimos tomada la casa militarmente y el cuarto en que estábamos se inundó de compañeros. Medio batallón había venido á recogernos y el otro medio quedó en las trincheras de Castro-Urdiales.

Yo no cesaba de preguntar por Martínez Monje, á quien me digeron que estaban buscando; pasado algún rato sentí gran ruído en la escalera, pregunté de nuevo y uno de los compañeros que entró en aquel momento me dijo, procurando disimular su emoción: ¡no preguntes ya por él!

¡Ah! tocóle á él ser la víctima. ¡Pobre Martínez Monje! Después de mucho buscar lo hallaron casi enterrado en la arena cerca de una hendidura de la costa.

La autopsia demostró que no había muerto por asfixia, sino estrellado contra las piedras. ¡Infelíz compañero! ¡Que Dios le haya acogido en su seno!

Era preciso volver á Castro-Urdiales. El jefe del medio batallón dió la orden. Se armaron las camillas y en ellas nos colocaron desnudos y envueltos en mantas; dividida la fuerza en vanguardia, centro y retaguardia, se emprendió la marcha.

Á las puertas de Castro-Urdiales estaba la población en masa y en las trincheras, como ya he dicho, el otro medio batallón preparado á todo evento. Según pasaban las camillas, que eran descubiertas, por lo cual nos habían tapado la cara con pañuelos, la gente se avalanzaba á ellas para vernos el rostro. ¡Este está vivo también! gritaban unos á otros, cuando me tocó á mí el turno de la requisa.

Llegado á mi alojamiento, al tiempo de subir la camilla, oí gritos desgarradores y llanto de la patrona—anciana muy bondadosa de la que conservo grato recuerdo;—lloraban también varias personas de su amistad que en la casa estaban aguardando.

No me expliqué dolor tan excesivo, y mi curiosidad me hizo preguntarlo. Muy luego supe la causa. El marido de la patrona, marino mercante durante mas de treinta años, hizo una pequeña fortuna al abrigo de la cual se retiró á vivir modestamente; pues bién, este hombre que

había salvado de grandes peligros en todas las latitudes, fué un día en bote de vela á voltegear por cerca de *Brazo de mar*; le sorprendió una tormenta como á nosotros, iba solo en el bote, y bote y tripulante quedaron entre las olas. La pobre anciana, al ver llegar á su casa una camilla con una nueva víctima — aunque mas afortunada — de *Brazo de mar*, sintió reverdecer la intensidad de su dolor, por la pérdida de aquel ser querido, única afección que le ligaba á este mundo. ¡Qué coincidencia!

Al día siguiente del suceso pude levantarme, si bien no nos dejaron salir de nuestro alojamiento á Medina y á mí hasta pasado el entierro de nuestro desgraciado compañero; y durante el tiempo que permanecimos en Castro-Urdiales hasta nuestra salida á campaña, fueron infinitas las pruebas de consideración y afecto recibidas de aquellos hospitalarios moradores, que sin duda querían hacernos olvidar con sus halagos, la negra hazaña de *Brazo de mar*.

Andando el tiempo volví á Castro formando parte de la escolta de S. M. el Rey D. Alfonso XII, á la terminación de la guerra. Apenas entré en aquella Ciudad fuí reconocido y los chiquillos de quienes me ví rodeado, gritaban: ¡el ahogado! ¡el ahogado!

La gente corrió á ver el fenómeno de un ahogado que andaba y respiraba. Hacía yo aquel día guardia de prevención y allí estuvieron á visitarme innumerables personas. Aquello no fué una guardia, sino las "cuarenta horas."

Han pasado muchos años, y el recuerdo de mi infelíz compañero de *Brazo de mar* y del hospitalario Castro-Urdiales, jamás se ha separado de mí.—Hoy que mi vida militar terminó y en que la ocasión se me presenta, pues que se trata de evocar tiempos pasados, al elegir como tema el fúnebre drama de *Brazo de mar*, termino pidiendo una oración para el desgraciado Martinez Monje—al propio tiempo que envío el testimonio perenne de gratitud á aquellos inolvidables habitantes de Castro-Urdiales, cuyos vocingleros chiquillos, por esforzar sus simpatías, me concedieron á mi último paso por aquél punto, honores y prerrogativas de ex-muerto.

Juan de Madariaga

Madrid-Agosto 1893.

LOS TIROS.

I

El recuerdo del placer es tan pasajero como breve éste; pero el del dolor se graba para siempre en la memoria. Cuando yo era muy niño, allá por los años de 1829 ó 30, oía hablar á mis padres, como de acontecimiento de nefasta y perdurable memoria, de los horrores que ocurrieron en Cádiz en el famoso 10 de Marzo de 1820.

Frase vulgar se hizo para expresar lo trágico y pavoroso de un acontecimiento, la de "fué un 10 de Marzo "

Aun recuerdo los malos grabados, que años después vi en algún baratillo, representando la plaza de San Antonio, con paisanos muertos y heridos, atravesada por el sacerdote, que iba á administrar los Santos Oleos, á los moribundos esparcidos en ella. No fué león el pintor, ni Murillo.

Cuarenta y ocho años después los sucesos del 68, conocidos por el pueblo con el nombre que pongo de epígrafe á este artículo, vinieron á borrar el recuerdo de aquel nefasto día, en la memoria de la generación que lo había conocido, ó de la de aquellos á cuya noticia, como leyenda pavorosa, había llegado.

Y razón había para que lo borrasen. Entre los muchos y notables acontecimientos, de que ha sido teatro nuestra ciudad, en el siglo que está para terminar, ninguno, en el orden interior de ella, ha tenido el carácter é importancia que éste, por más que el llamado *Cantón*, años después, la tuviera mucha.

Solicitado por la inmerecida benevolencia de V., Señor Director, voy á corresponder á su honrosa invitación, escribiendo algo, aunque

poco, sobre los episodios de que puedo decir fuí testigo, en aquellos días inolvidables, consignando antes, que no tomé en ellos parte alguna digna de ser narrada, y que no me propongo formular juicio alguno propio sobre los hechos que refiera.

II

—¿Cuál fué la chispa que produjo el incendio?—

Una disposición, justificable dentro del criterio gubernamental, pero para cuya práctica y eficacia no se contó, como la experiencia probó después, con los elementos necesarios, fué la chispa que produjo ese incendio, que convirtió en campo de lucha y muerte el casco de nuestra ciudad, en los días 5, 6, 7 y aun parte del 8 de Diciembre del año 1868.

El general Don Joaquín Peralta, comandante general de la plaza de Cádiz, queriendo dar los primeros pasos para restablecer el orden material desquiciado por la revolución, que echó á rodar el Trono donde se habían sucedido tantas dinastías, consideró, como primer paso en esa senda, recojer las armas de que se había posesionado el pueblo, en los primeros momentos de aquella revolución.

El día 5 de Diciembre, sobre las cuatro de la tarde, angustiado el corazón presintiendo acontecimientos funestos, ví pasar por la calle Ancha el fuerte piquete de artillería encargado de la publicación del bando por el que se ordenaba la entrega de esas armas.

Recogí apresuradamente á mis hijos, á la sazón pequeños, y me retiré á casa aguardando el resultado fatal que preveía.

Después supe, que al llegar ese piquete cerca del Arco del Pópulo, fué recibido por las descargas de los milicianos apostados por aquellas esquinas, que costaron la vida á no pocos de los infelices soldados.

Casi al obscurecer de esa tristísima tarde, pasaba por delante de mi casa, por la Alameda, en profundo silencio, la pequeña columna, que mandada por el mismo general, y con dos cañoncitos de poco calibre, marchaba á tomar posición, á cuerpo descubierto, en el trozo de muralla que da frente á la plaza de San Juan de Dios, donde rompió el fuego contra los insurrectos; posición que se vió obligada á abandonar, ante los cruzados de mas de mil carabinas y fusiles de los milicianos y pueblo, que coronaban los balcones y azoteas de las casas, que forman la calle de la Aduana y aquella plaza.

La retirada de la columna á los cuarteles de Puerta de Tierra, se hizo indispensable.

Entre las muchas bajas que tuvieron que lamentar las tropas en aque-

llos momentos, hubo la importantísima del mismo general herido en un pié.

Los tres días que siguieron fueron de un contínuo tiroteo, ya por parte de los soldados que ocupaban los puntos defendibles del recinto, ya por parte de los insurrectos, que dueños de toda la ciudad los hostilizaban.

Gran alarde de valor hicieron unos y otros, y nuestros paisanos, tenidos por algunos por poco animosos, dieron prueba irrecusable de que, si no son sanguinarios como los de otras provincias, son personalmente tan valientes como los de las que más.

¡Lástima grande que tanto arrojo y tanto valor, se emplearan en una lucha imposible de hermanos contra hermanos!

Los episodios que caracterizaron esos combates, son innumerables; pero ninguno tiene la importancia, por lo sangriento, atrevido y acaso poco conforme con las reglas tácticas, como el ataque dado de frente al inexpugnable, y bien defendido, cuartel general de los sublevados, Ayuntamiento de nuestra ciudad; ataque fundado en razones militares, que no se nos alcanzan tratándose de una posición erizada de formidables defensas, que acaso no hubiera sido tan costoso tomar por la espalda.

Es también digno de mención, la verdadera lluvia de balas, que, durante los amargos días del combate, silbaban sobre nuestras cabezas, caían en los pisos altos de nuestras casas, y horadaban las puertas de madera de nuestras ventanas, lluvia acompañada del zumbido especial de las granadas, disparadas por un lado, desde el Parque de Artillería, y por otro, desde los cuarteles de Puerta de Tierra, que batían el Convento de Santo Domingo, ocupado por los insurrectos.

Una de esas granadas, hizo blanco en el piso segundo de la casa de la plaza de San Antonio esquina á la calle Ancha, en cuya casa se encuentra hoy establecida la Cervecería Inglesa, y otra—de este hecho fuí testigo, por habitar entonces en la que hace esquina á la Alameda y calle de Fernán Caballero—y otra, decía, vino á estallar en el Salón alto cerca de la escalinata Sur, que da frente á la linea de las casas, produciendo un hoyo que permaneció visible durante muchos meses, y las roturas que causaron los cascos, en tres ó cuatro sitios de la verja de hierro, que servía de respaldo á los asientos de piedra, roturas que se conservaron hasta la reciente destrucción de ese paseo.

La embestida al Ayuntamiento frustrada hizo renunciar á todo movimiento y ataque militar, y cada cual ocupó á la defensiva sus posiciones, mientras llegaban las tropas que al mando del General Caballero de Rodas venían sobre nuestra ciudad.

Suspendidas las hostilidades, llevóme el deseo de saber noticias

al Casino Gaditano, donde me sorprendió un espectáculo tan extraño como imponente.

Socios, y no socios, se apiñaban en el ancho patio, mientras que en los corredores se asomaban centenares de cabezas, y fusiles de los combatientes en las barricadas; peroraban detrás de una gran mesa y desde otros lados, varios de los asistentes, entre las manifestaciones ó censuras de la galería alta.

El pensamiento expuesto por los promovedores de aquella reunión, era el de encontrar medio eficaz de apaciguar los ánimos, y terminar honrosamente la lucha fratricida.

Uno de los concurrentes, para mí desconocido, formuló la propuesta del nombramiento de una comisión, que acercándose al Cuartel General del Gobierno, y al de la insurrección, viese de ajustar una tregua, que facilitase el camino de la paz.

Añadió el proponente que se designase para presidir esa comisión á un gaditano ilustre, cuyos títulos y méritos enalteció, saliendo de sus labios el nombre de mi querido amigo el Sr. D. Manuel Rancés y Villanueva (hoy Marqués de Casa Laiglesia), con tanta sorpresa del designado como mía, no solo porque nos era desconocido el designante, sino porque los muchos años de ausencia del nombrado, hacían más singular el hecho.

El acierto de esta indicación lo probó el tacto y claro juicio con que llevó á cabo éste su cometido.

Para los que conocen las condiciones singularísimas de diplomático, y hombre de negocios políticos, que concurren en el que iba á ser presidente de la comisión, condiciones de que ha dejado recuerdo honroso, en los muchos é importantes puestos, á que lo llevaron sus méritos, fué evidente la oportunidad de ese nombramiento.

El Señor Rancés aceptó el encargo, dispuesto á sacrificar su tranquilidad y exponer su persona por la ciudad de Cádiz, como con patriotismo y abnegación no comunes, lo hizo después en el periodo cantonal.

Pero en medio de las vociferaciones y gritos de la excitada galería, declaró que *solo llevaría á cabo su cometido, si se le autorizaba á no admitir para hacerlo, más que sus propias condiciones, y de modo alguno imposición agena,* palabras que produjeron violenta y general manifestación de desagrado en la misma galería; repetidas cuando apaciguado el tumulto volvió á decir el Señor Rancés que solo bajo ese concepto aceptaba el encargo y *si no, no.*

Contestó este al tumulto, repitiendo las mismas palabras con resuelta energía, y por uno de esos accidentes que con tanta frecuencia ocurren

en las multitudes, cesaron las protestas, y el nombramiento quedó tácitamente aceptado por los insurrectos.

Vino tras de lo que pudiera llamarse la sesión pública, la privada de la comisión, que reunida en una de las salas del Casino estaba compuesta de algunos miembros, que fuimos nombrados por el presidente, y de otros, que se nombraron á sí mismos. Recuerdo entre aquellos á nuestro paisano Pepe Mora, como lo llamamos sus condiscípulos y al distinguido escritor Don Antonio M. Segovia (El estudiante) Cónsul general de larga carrera, y que á la sazón se hallaba en Cádiz.

La sesión fué brevísima, reduciéndose á aceptar todos la condición del presidente, de que las gestiones que se habían de practicar, lo habían de ser exclusivamente por él, ó por persona á quien él mismo designase.

Esto convenido, y después de amonestados los quince, ó veinte individuos que formábamos la comisión, con el más prudente silencio, se emprendió la marcha para el Ayuntamiento, en cuyas cercanías se dejaban ver muchas de las desolaciones, consecuencia natural de la batalla, así en las fachadas de las casas, en el destrozo de ventanas, balcones y farolas de alumbrado, como en la cantidad prodigiosa de cristales rotos que cubría el pavimento; por cierto que no pudo menos de admirarse la perfección, al parecer profesional, con que estaban construídas algunas de las barricadas.

Entre los muchos incidentes ocurridos en el trayecto, entre nosotros y los combatientes populares, hay uno que considero, por lo característico, digno de mención.

Ocurrió el hecho hácia el centro de la calle Nueva, donde se hallaba colgado un enorme lienzo blanco, sobre el cual en letras de gran tamaño, estaba escrito: "Viva la República;" allí nos salió al encuentro un grupo de hombres armados, que, en el estado de mayor excitación, se encararon con los comisionados, y especialmente con el presidente que iba delante, vitoreando y queriendo que vitoreásemos á la República; uno de ellos apoyó su deseo poniendo la bayoneta, casi tocando el rostro de Don Manuel Rancés, quien con sorpresa y admiración de todos, incluso del entusiasta republicano, siguió su camino, apartando con la mano la bayoneta que le amenazaba, y pronunciando al hacerlo estas palabras, que no es fácil olvidar.

¡Hombre no sea V. bruto! ¿No vé V. que me puede lastimar?

La naturalidad con que fueron dichas sin detener el paso, debieron influir sobre el ánimo del miliciano, de tal modo, que dejó pasar á la numerosa comisión sin insistir en su deseo.

El frente del Ayuntamiento que dejábamos á nuestra izquierda es-

taba bien fortificado, defendiendo la puerta de ingreso del edificio, al aspecto de cuya fortificación se comprendía cuán caro había costado á la columna del general Laserna, el frustrado intento de derribarla.

Una vez dentro, se ofrecieron á nuestra vista las señales del sitio vigorosamente sostenido; había soldados prisioneros de artillería ocupados bajo la guardia de los sublevados, en llenar sacos de metralla; había provisiones de pólvora y de armas, había, y esto era sorprendente, un gran cañón de 24 de los que en aquellos tiempos se hallaban en la muralla del Sur, colocado en batería en una de las ventanas del frente, el cual, por fortuna para el edificio, que se habría derrumbado al primer disparo, no llegó á hacer jamás fuego y había, en fin, en la puerta principal una defensa que consistía en muro sólido que la tapaba, ante el cual quedaron burlados los esfuerzos de los soldados de Laserna, cuando abierto un boquete á hachazos en las hojas de madera, bajo el mortífero fuego que de los lados y de las ventanas se les hacía, se encontraron con una verja fuerte de hierro y el muro de que hemos hablado.

Nuestro presidente preguntó por Salvochea, quien no se encontraba en el edificio, ni ninguno de sus lugar-tenientes.

Subimos sin embargo, por indicación de algunos de los insurrectos á sus salones, pero tampoco encontramos en ellos nadie con quien entendernos.

Quiso la casualidad, cuando desesperaba la comisión de cumplir de algún modo su cometido, que se apareciese delante de ella Eduardo Benot, que sin ser jefe de combatientes, gozaba de gran prestigio entre los republicanos, por su carácter, su saber, y sus ideas.

Antiguo lazo de íntima amistad lo unía al presidente de la comisión y al que esto escribe.

Recuerdo y recordaré mientras viva, el singularísimo deleite con que nos reuníamos en su modesta casa de la calle de San Vicente, allá por los años de 40 al 41, para oir las lecciones de filosofía que nos daba el campeón del sistema ecléctico, el estudioso y distinguido abogado Don Tomás García Luna, á cuyo objeto habíamos formado una sociedad literaria en la cual escribíamos un periódico dominical, leíamos memorias sobre los ramos del saber á que cada cual se dedicaba, sosteníamos controversias y hacíamos cuantos ejercicios literarios consentía el estado elemental de nuestros conocimientos.

Componíamos esta sociedad entre otros, los dos que quedan expresados, Guillermo Mac-Pherson, Laborde, Felipe Gallo, Federico Uhthoff, Conte, Fesser, ordenado mas tarde y muy estimado de los jesuitas en cuya Compañía ingresó, y Paco Gil, músico y compositor notabilísimo,

muerto en Madrid hace muchos años, después de haber adquirido allí envidiable renombre, así como se distinguieron los demás, que con mejor ó peor fortuna salieron de lo adocenado en las diversas profesiones que cada cual abrazó.

Séame permitido este recuerdo, y copiar las palabras que con otro motivo me escribía en el seno de la intimidad amistosa uno de los citados, refiriéndose á aquellos tiempos.

"Aparecen mezclados en mi memoria, recuerdos tristísimos vestidos de luto y otros alegres de las esperanzas con alitas de oro, que entonces revolaban á nuestro alrededor, anunciándonos con vaguedad encantadora é indefinida, sueños de lo que nos reservaba el porvenir."

Pero volvamos al hilo de nuestro relato.

Nuestro presidente impuso en breves términos á Benot del objeto de nuestra visita al Ayuntamiento y de la necesidad que había de llevar á cabo nuestro cometido, por lo que le rogó; que asumiese la representación de los sublevados y diese carácter por decirlo así, oficial ó autorizado, al acto que estábamos encargados de realizar.

Negóse en su modestia por no aparecer usurpando derechos que no tenía, pero, invocando nuestro presidente la gravedad de las circunstancias y el peligro á que podía dar ocasión el mezclarse otros en el asunto, llevado aquél de su excelente corazón, se decidió al fin á coadyuvar á nuestro objeto.

Entretanto, habían empezado á subir algunos insurrectos á los que siguieron otros, y empujados por todos, nos encontramos dentro de la sala de sesiones del Municipio, que iba á ser en breve teatro de una escena de Convención en miniatura.

Sin perder un instante, vencida la resistencia de Benot, le impelió Rancés para hacerle ocupar la presidencia, recomendándole diese la réplica en el mismo tono y espíritu en que él iba á hablar.

Así lo hizo, contestando á los lugares comunes patrióticos, humanitarios, y por decirlo así, gaditanos y de circunstancias, que con la voz mas reposada que pudo el presidente expuso á la consideración de la concurrencia, para exhortarla á deponer rencores, á cesar en un combate en que se derramaba la sangre de nuestros paisanos, y á estar dispuesta, á perseverar en la suspensión de hostilidades, á fin de que hubiese tiempo de buscar solución pacífica al conflicto pendiente.

Es imposible hablar con más sentimiento y con más prudencia y tacto, que lo hizo en igual sentido el presidente accidental de aquella improvisada asamblea.

La sala se había llenado completamente de gente armada, que oyó

en silencio estos discursos, cuando uno de los que allí estaban vestido de levita y con sombrero de copa alta, aunque llevaba su indispensable fusil, tomó la palabra y en términos pedantes aunque correctos de dicción, mostróse muy indignado por la *brutalidad*, con que según él, había sido tratado el pueblo.

Estas palabras excitaron los ánimos de los concurrentes, produciendo una tempestad de voces y exclamaciones: apaciguada ésta, por las que siguiendo las acertadas indicaciones de Rancés, pronunció Segovia y secundó Benot, hubo un momento aprovechado por aquél, congratulándose por la buena disposición demostrada á favor de la tregua, esperando encontrar la misma en el cuartel general de las tropas con lo cual se llegase pronto á la pacificación definitiva, aspiración de todos los buenos hijos de Cádiz.

Quiso nuestra mala estrella que algunas palabras de paz y concordia dichas innecesaria é imprudentemente en tono altisonante en el momento de salir, por uno de los individuos de la comisión, produjeran tal confusión de voces, de expresiones ágrias y de otras muestras de violencia, que milagrosamente pudimos alcanzar ilesos la plaza de San Juan de Dios, no sin oir el silbido de algunos disparos que so pretesto de defensa hicieron, con riesgo de nuestras personas, los que guarnecían el Ayuntamiento.

La entrevista con el general Laserna fué corta, hallándolo dispuesto á prolongar la trégua, mientras recibía instrucciones del Gobierno, mandando enarbolar la bandera blanca en el edificio de la Aduana, para calmar en lo posible las angustias de la población.

Con esta seguridad quedaba satisfactoriamente terminado nuestro empeño.

Esta tregua, que no podía durar mucho tiempo, se aprovechó por los vecinos de Cádiz, temerosos de nuevos y más graves acontecimientos, para trasladarse á puntos próximos, donde no corrieran los peligros que pudieran correr, permaneciendo en la ciudad.

Así trascurrieron las veinticuatro horas siguientes, pasadas las cuales empezó á circular la noticia, de que la tregua terminaría en breve, porque se dirigía á Cádiz una división al mando del General Caballero de Rodas, y así se anunció por la autoridad militar su terminación en plazo perentorio.

Con esto el pánico creció de punto y el exodo se hizo general.

Llegó en efecto á poco, el general Caballero de Rodas, y estableciendo su cuartel general en San José, dirigió un ultimatum á los insurrectos. Estos, después de algunas vacilaciones, se rindieron al fin, y algunos

fueron á entregar sus armas á Puerta de Tierra; otros, y entre ellos los jefes, las entregaron al cónsul de los Estados Unidos.

Volvimos los fugitivos, llegando algunos á tiempo de entrar en la ciudad, casi con el General y sus tropas.

Mi amigo Rancés, que fué de este número, lo encontró en la Alameda seguido de su Estado Mayor y aquél después de saludarlo le dijo:

—He recibido un telegrama del Gobierno, para que ruegue á Vd. se encargue de el de la provincia, en ausencia del Gobernador Alcalá Zamora, que en efecto había desaparecido, á raíz de los sucesos.

No pudo mi amigo rehusar este compromiso de honor y estuvo por algunos días al frente de ella, constando en los periódicos de la época, y señaladamente en *El Comercio*, cómo desempeñara el cargo.

Por más que mi amistad hacia él coarte mi libertad de escritor, para hacer el elogio de sus actos, no debe ser éste motivo bastante para dejar de decir que tanto en esta ocasión, como después en el periodo cantonal de Cádiz, dió notoria prueba de su entereza de carácter, de su gran experiencia de negocios, y de su acendrado amor al pueblo en que había nacido, por cuya tranquilidad supo, sobre todo en esta última ocasión, arriesgar la vida.

A sus simpatías personales se debió realizar una suscripción, que reunió cuantiosa suma, cubierta por las personas más notables de esta ciudad, con la que pudo personalmente, socorrer á los heridos, militares y paisanos, que estaban en los hospitales y fuera de ellos; entregando como sobrante una cantidad respetable al Prelado de la Diócesis, para que remediase algo la miseria producida entre los pobres, por la desolación de aquellos días.

III

Aun cuando el asunto ofrece ocasión para prolongar este trabajo, lo doy por terminado en este punto, pues ya que no otro, deseo tenga el mérito de la brevedad posible.

Si es un lunar entre los interesantes y bellísimos, que forman la colección de los publicados hasta hoy en el Diario, no me culpe V., señor Director á mí, cúlpese á sí mismo, que al honrarme con su invitación, no tuvo presente que en el largo espacio de tiempo que he vivido separado de las verdaderas tareas literarias, he olvidado hasta el modo de tomar la pluma, rebelde hoy en una mano que empieza á estar temblona.

HISTÓRICO.



Era por el mes de Julio del año de 1873. Cádiz se levantaba en armas proclamando el cantón andalúz. Los pueblos más próximos á la capital y á San Fernando, foco y elemento principal de la revolución, no tenían mas remedio que secundar el movimiento y máxime cuando les era simpático. Chiclana estaba en este número y allí se proclamó el cantón, nombrándose por libérrimo sufragio universal su correspondiente Comité de Salud pública. No podía darse elección más acertada; todos sus miembros eran hombres honrados, de intachable conducta y de inmejorables antecedentes.

Don Ramón Bochar fué designado para presidente, Don Sebastián Benítez vice, y Secretario un señor Bonachea, cubano que residía en dicha villa. Los primeros pasos del Comité de Salud pública fueron explorar el ánimo de las personas que representaban autoridad ó ejercían cargo público, por si estaban ó no conformes en reconocer la legalidad que por entonces se imponía. Hizo algunos nombramientos, dejó cesantes á algunos empleados y tomó acertadas disposiciones para el mejor orden y régimen á fin de llevar la tranquilidad y la confianza al ánimo del vecindario, en extremo alarmado, efecto de algunos pequeños excesos, cometidos por el abuso que los menos circunspectos hacen en momentos tales del vino y del alcohol.

Esto no obstante, los forasteros emigraban y no había manos bastantes, en la Secretaría del Ayuntamiento, para firmar y sellar pases.

Recordamos las gracias que el señor Marqués del Mérito y su señor hermano vinieron á darnos en nuestra oficina, por la eficaz cooperación que el Comité les había prestado para conseguir trasladarse á Jerez.

De esta clase de peripecias podíamos referir un ciento.

*
* *

Desarrollábanse los sucesos; la lucha de los de San Fernando contra la Carraca era cada véz más tenaz y empeñada; de esta última ciudad emigraban á centenares las familias que venían á refugiarse en Chiclana; pasaron de ochocientas personas.

Se formó un campamento en el "Coto de la Isleta" y allí se establecieron aquellas familias á cuya subsistencia y custodia subvenía el Comité de Chiclana, con solicitud verdaderamente paternal.

Escaseaban los recursos, pues el Ayuntamiento contaba con pocos fondos y era necesario cubrir sagradas atenciones y la urgentísima y preferente de raciones y socorro á los voluntarios de la República que prestaban servicios en el puente del Duque de la Victoria, al mando de los capitanes Aguilar y Noble y los tenientes Gandiaga y Canales (D. J.)

El conflicto era grave. ¿Qué hacer?

Acordó el Comité recurrir á los mayores contribuyentes, para que á cuenta de sus respectivas cuotas anticipasen alguna cantidad.

Así se hizo, anticipando D. Ramón Bochar 1.600 reales de vellón, D. Francisco Puerto 4.000, D. Francisco González Obregón 2.000, D. Francisco Domínguez Alvarez 4.000, una multa de 200 y el donativo de 1.000, de que haré mención, con cuya cantidad se cubrieron las necesidades durante la efímera vida del Cantón.

Vivía en Chiclana el Excmo. Sr. Vice-almirante D. Manuel de Quesada y Badalonga, cuyo ilustre marino, espontáneamente, se presentó en el Ayuntamiento y al autor de estas lineas entregó en efectivo 1.000 reales de vellón, no á título de empréstito, sino como donativo.

Consigno este hecho, como merecido tributo á la memoria de tan esclarecido patricio, así como en loor del digno Comité que tal confianza inspiraba á persona tan eminente.

*
* *

Precipitábanse los sucesos.

El Comité de San Fernando exigía raciones y dinero, que no teníamos en Chiclana.

Infinitas comunicaciones habían mediado entre uno y otro comité, pero el de San Fernando no daba crédito al de Chiclana y envió á ésta, entonces villa, una columna compuesta de doscientos hombres de infantería, al mando de uno que se titulaba comandante, dos capitanes y ayudante á caballo.

El oficio de que era portador el jefe, exigía una fuerte suma en metálico, raciones de carne, pan y vino, y caballos para el servicio de aquella plaza.

Reuniéronse en aquel momento en mi despacho, Secretaría del Ayuntamiento, los individuos del Comité, Bochar, Benítez, dos ó tres más, y el comandante de la milicia Soro.

Á presencia de los citados jefes, se dió lectura al mencionado documento.

Para deliberar nos retiramos á la sala de sesiones, y allí acordamos negarnos en absoluto.

Así lo hicimos presente, y los dos capitanes, trataron de hacer armas contra nosotros; huyeron algunos y quedamos en nuestros puestos Bochar, Benítez, Soro y el que esto escribe.

Seguidamente fuimos á la estación telegráfica y llamé á Salvochea, nos contestó Rivera que estaba en junta y que á las once de la noche hablaríamos.

Hasta entonces aplazamos la contestación definitiva á los de San Fernando, que mientras tanto tomaron al pueblo como país conquistado, cometiendo toda clase de exacciones y atropellos, infundiendo un terror pánico á todos los vecinos.

Llegó la hora convenida y pude hablar con mi querido amigo de toda la vida, D. Fermín Salvochea.

Díjele, que lo que hacía el Comité de San Fernando era un atropello, que no tenía autoridad sobre el de Chiclana, y que si no mandaba retirar aquella fuerza, el pueblo se armaría para rechazarla.

Pidió tiempo para consultar con San Fernando y contestó que á la mañana siguiente abandonarían el pueblo las fuerzas invasoras, lo que comunicaron á los jefes de las mismas el presidente Bochar y el comandante Soro. Efectivamente, á la mañana del siguiente día se retiraron con gran contentamiento de toda la población.

* * *

Antes de continuar el relato de este episodio de mi vida, he de mencionar algunos hechos que lo merecen. Dióse orden por el Comité de que se entregasen todas las armas, y la orden se cumplió, recogiendo hasta las de carabineros del destacamento de Sancti-Petri; faltaban solo el trabuco, escopeta, sable, pistola, etc., del *Quico,* jefe que había sido de los municipales de la villa.

El pueblo se amotinó á su puerta y lo hubiera pasado mal si el jefe de los serenos Canales (D. J.), no se hubiese arriesgado á entrar en la

casa, y en mi nombre prometerle que yo custodiaría las armas, como así fué.

Después se verá cómo correspondió el *Quico* á esta acción.

*
* *

Cuando algunos exaltados pretendieron que las monjas abandonaran el convento, sostuvimos una empeñada contienda, hasta conseguir desistiesen de su propósito, contentándolos con pasar oficio al Arcipreste prohibiendo el toque á muerto y que en los entierros se usase de la cruz ú otra clase de atributo religioso, ni acompañamiento del clero.

*
* *

Otro episodio original fué la presentación de un teniente de carabineros con seis de caballería, que se adhirió al Cantón, tomó raciones y alojamiento y anocheció y no amaneció.

*
* *

El acto de baldiar los cotos también proporcionó serios disgustos al Comité, así como el intento de agresión al Juez por parte de un empleado público, cuyo conflicto pudo dominar el que habla y que por cierto *fué noblemente* recompensado por aquella autoridad, como se verá más adelante, al enunciar siquiera sea en compendio estas peripecias que podíamos calificar de historia.

*
* *

Paso á continuar la narración de los episodios por uno de relativa importancia.

Serían como las once de la mañana del día 20, cuando una agitada muchedumbre invadió la casa capitular y mi despacho, donde á la sazón se hallaba el presidente Bochar. Preguntada la causa de aquel tumulto, el más adelantado manifestó que exigían una orden para ir á Medina, que el Alcalde de aquella población permitiese la busqueda de D. Juan Galindo y que una vez hallado, lo traerían á Chiclana para formarle causa.

Bochar y yo nos resistimos cuanto fué posible, pero no hubo más remedio que acceder en evitación de una catástrofe mayor. Extendí el borrador del oficio (que conservo en mi poder) y puesto en limpio y firmado se lo entregué al cabo de voluntarios A. G. de A.

Había concebido una idea, pues tenía el presentimiento de un mal resultado.

Salimos á la calle Bochar y yo, él se dirigió á su casa y yo al telé-

grafo; la estación de servicio limitado estaba cerrada; mandé al ordenanza que avisase inmediatamente al gefe y vino en efecto: enterado del caso se avisó telegráficamente á Medina, para que Galindo se escondiese; nos constaba que estaría en su casa, pues tenía una hija gravemente enferma. El resultado fué, que los voluntarios volvieron sin el preso.

El telegrafista, que aún existe y hace poco estaba en la estación de Cádiz, que me ayudó á realizar mi pensamiento, se llama D. Ramón Estiquín; él dirá si es verdad lo relatado.

*
* *

Aunque sea alterando el orden cronológico, es decir, anticipando los sucesos, voy á narrar uno de los más interesantes de esta verídica historia, puesto que se está en el periodo de los episodios.

Dejaremos para su lugar el relato de las causas que motivaron mi fuga; pero ello es, que mi buena y honrada y sufridísima esposa, estaba en Cádiz, con mis tres hijos pequeños; acababa de regresar de Sevilla, á donde había ido á impetrar la libertad del padre de aquellas criaturas.

La pasión política ciega, y si el que administra la justicia se ofusca por ella, entonces son terribles sus consecuencias......

En el Juzgado de Santa Cruz de esta Ciudad se recibió un exhorto del de Chiclana en el que se ordenaba, que á la señora esposa del Secretario de aquel Ayuntamiento, se le citase á la judicial presencia y que declarase dónde se hallaba su marido, y caso de no hacerlo, que fuese conducida por *tránsito en calidad de presa, á Chiclana.*

Mi esposa no cometió la villana acción de delatarme, que se le ordenaba; el Juez señor Ruíz Crespo y el actuario, señor Gorrity, se negaron á cumplir esa parte del exhorto.

Mi recuerdo de gratitud á aquél, la memoria de éste, siempre será para nosotros venerada.

*
* *

Hora es ya de continuar el relato principal de este histórico acontecimiento.

Continuaron las cosas como en la parte del relato anterior se explica con pequeñas variantes, que si fuéramos á relatar se haría interminable este artículo, y aun queda mucho y muy importante que decir.

Sabíase ya la noticia de la llegada de Pavía con tropas, y el día 2 de Agosto dimitió el presidente y demás individuos del Comité, volviendo á funcionar el Ayuntamiento bajo la presidencia del primer dignísimo Teniente Alcalde, señor D. Pedro Tenorio Chaves, pues el Alcalde pri-

mero D. Francisco Gómez no parecía por el mundo de Dios, por más diligencias que se practicaron para su busqueda y por más telegramas que se pusieron á todas partes.

Corta fué la permanencia en sus puestos de estos dignos ciudadanos, pues en la mañana del día tres llegaron como unos doscientos hombres de infantería del ejército al mando de un Teniente Coronel; se posesionaron sin dificultad del pueblo y el jefe estableció su cuartel general en mi despacho.

Se destituyó el Ayuntamiento y se nombró otro, compuesto de todos los matices políticos, siendo su presidente el respetable propietario señor Don Francisco González Obregón; primer Teniente de Alcalde, el pundonoroso Teniente Coronel retirado de Artillería, señor D. Luís López de Sigüenza y me parece que entre los demás figuraban el modelo de honradez señor D. Francisco Manjón y mi amigo D. José Guerra Arroyo.

El primer acuerdo de la nueva corporación fué, un voto de gratitud en nombre de todo el vecindario, para los dignos patricios que formaron el Comité, por su conducta durante las azarosas circunstancias que acababan de pasar, y como testimonio de esa gratitud, se nombraron concejales á los señores D. Ramón Bochar y D. Sebastián Benítez, presidente y vice del Comité, confirmándome en mi cargo de Secretario, que yo había venido desempeñando sin interrupción, puesto que nadie se ocupó de quitarme ni de ponerme.

* * *

Aquí entra la parte que relato cediendo á la presión que sobre mi ánimo ejerce el predominio de la verdad.

Existía entonces en Chiclana un Juez de primera instancia, que vino á petición mía (habíamos predicado República juntos en Sevilla) á quien se le facilitaron recursos y que me tuteaba, diciendo que era para él más que un hermano. ¡El Juez á quien libré de las consecuencias de un motín! Pues bien, este señor vino á mi despacho y amistosa y confidencialmente me suplicó le facilitase los apuntes de las actas del Comité, que yo tenía en mi poder, para ponernos de acuerdo en la forma que habían de redactarse en definitiva y de este modo evadir toda responsabilidad.

¡Inocente de mí que caí en el garlito!

Y eso que no quise entregarle los documentos que me pidió, que conservo en mi poder.

Sin ellos fuímos 54 los procesados y no sé cuantos pagaron con su vida los sucesos cantonales; con ellos hubieran sido cientos ó miles! Una

tarde, estando en mi oficina, llegó el Alcalde y me dijo:—Canales véngase V. conmigo, yo lo acompañaré á V. á su casa, pues hay orden de prenderlo, lo que no se llevará á cabo mientras yo sea Alcalde.

¡Efectivamente! No habían transcurrido dos horas cuando el *Quico* con cuatro de la partida registraban mi casa.

Tuve que arrojarme de una altura de cinco metros á la casa del concejal D. Juan Pineda, donde permanecí perfectamente tratado hasta aquella noche, pues yo estaba preparando mi fuga.

Aquel conato de prisión había sido un ensayo. Cuando acababa de comer y me estaba preparando para tomar el coche que me esperaba en los carriles, el *Quico*, con el *Merenguero*, el *Carbonero*, el *Buey*, y otro título de la partida, todos completamente ebrios, asaltaron la casa de Pineda ¿Á qué obedecía este rigor? ¿Era yo acaso un criminal? Luego supe (así se me dijo) que estando en plena sesión el Ayuntamiento, *mi amigo*... ..el señor Juez...... había ido diciendo que no se me había querido prender y que iba á procesar á todos si no se procedía á mi prisión, pues positivamente se sabía que estaba en casa de Pineda.

Cuanto se me dió aviso de la aproximación de la partida, me subí al tejado de la casa y me escondí en un rincón, no sin que el *Carbonero* me viera y gritase "aquí está el Secretario, que corre mas que un gato:" el *Merenguero* "pégale un tiro."

Traté de arrojarme á un patinillo de la calle del Marqués, pero cuando ya iba á conseguirlo, después de haberme roto la ropa y ensangrentado las rodillas y las manos, el *Carbonero*, sable en mano, me intimó la rendición y sucumbí.

Al salir de mi casa me encontré á mi esposa tendida en la calle desmayada y con un terrible flujo de sangre; á mis hijos llorando, que querían abrazarme y no se lo permitieron, y últimamente el oficial de Secretaría D. Manuel Zamora, quiso darme su chaqueta, pues iba en mangas de camisa y no lo consintieron tampoco.

Así fuí conducido por las principales calles hasta dejarme en la cárcel y en un calabozo, que luego presentaré á la consideración de mis lectores.

Por el camino le dije al *Quico* ¿tienes valor de hacer esto conmigo? ¡déjame escapar! ¡No puedo, me dijo, tendría que irme de Chiclana; V. no sabe quién es ese Juez: tengo 20.000 rs., encima los llevo, tómelos V. y compre su libertad, no puedo hacer más.

*
* *

Llegué á la Cárcel; ya estaba allí el anciano ex-concejal maestro

Vecino, Sebastián Benítez, el honradísimo hijo del pueblo y unos cuantos más.

La impresión de verme por primera vez preso, después de 48 años de una vida honrada, en un calabozo, me causó tan hondo disgusto que fué necesario avisar al Doctor Suardias, que me recetó un calmante.

De mi casa me mandaron un catre, una almohada y una manta y me instalé en mi calabozo.

¡¡¡La vindicta pública estaba satisfecha, la justicia había cumplido su altísima misión, estaba preso el hombre, que según sentencia posterior había sido *honra de la población y cuyo carácter y energía había ahorrado muchas lágrimas y sangre!!!* En esta cuestión se había trocado sin duda el sentido moral. ¡Al que le debían gratitud y un premio, se le recompensaba metiéndolo en un hediondo é inmundo calabozo, entre un ladrón y un homicida!

También participaba de estas demostraciones de *gratitud y de justicia* Sebastián Benítez, el hombre robusto, el atleta que llegó á morir tísico, á consecuencia de estos sufrimientos......

Á veinte años de distancia de aquellos sucesos, aún late mi corazón á su recuerdo y mis ojos vierten llanto, también del corazón, al recordar aquellos mártires de las luchas fratricidas de la política.

El calabozo que se me dió por prisión estaba en la parte interior del edificio exconvento de San Telmo, donde al par de la cárcel, en la parte alta, se hallaban instaladas las escuelas municipales, las oficinas de telégrafos y antes y después de estos sucesos, el Ayuntamiento.

Era mi prisión estrecha y corta, tenía dos ventanas altas cerradas de gruesos barrotes de hierro; una daba á un corral donde se arrojaban las aguas sucias y que producían mosquitos como gorriones, y la otra, al lugar escusado donde todos los presos hacían sus necesidades corporales.

Tenía el tal calabozo su historia, bastante negra por cierto; dos desgraciados que lo habían habitado anteriormente, uno falleció en él y otro al poco tiempo de haberle sacado.

Era conserge de la cárcel Pepe Limaestre. Á este Limaestre lo destituyó el Comité de Salud pública de Cádiz, pero yo me guardé el oficio y no le dí curso; pues bien, Limaestre desde que entré en la carcel no dormía, toda la noche se llevaba en vela con la linterna recorriendo el edificio, por temor á que me fugara; esto no obstante, cuando fuí puesto en comunicación permitió que mi mujer y mis hijos entrasen en el calabozo mientras comía, que por la noche pudiera conservar luz hasta cierta hora, mientras leía y le predicaba moral á aquellos desgraciados presos por delitos comunes, que me dieron por compañeros.

También consentía que todas las mañanas me visitase el caritativo y digno Sacerdote D. Sebastián Bernal; por la tarde me sacaba al patio durante la visita que el honradísimo y digno por todos conceptos señor D. Francisco Manjón, de grato recuerdo, se dignaba hacerme, así como algunas noches me sacaba á su despacho, para tomar café, una copa y un habano, con mi inolvidable amigo de la infancia señor D. Agustín Blázquez, que no se desdeñaba de ir á la cárcel á llenar los deberes de la amistad para con aquel, que en su conciencia, conceptuaba no haber delinquido.

Á todos ellos, á los vivos, el testimonio de mi gratitud, á los que han fallecido, mis preces desde lo más recóndito de mi alma, pues estoy seguro que la Suprema Omnipotencia les habrá dado el premio que por sus obras han merecido.

*
* *

Vengamos á los primeros pasos en el camino del proceso.

Habíamos recusado al Juez por su manifiesta parcialidad y ensañamiento contra nosotros, y fué nombrado Juez especial de nuestra causa, el fiscal del Puerto de Santa María, señor Parraverde, giboso de cuerpo, pero de alma noble y de inteligencia clara.

Se instaló en la sala de audiencia de la cárcel, empezando las actuaciones por mi humilde persona.

Entré en el Juzgado á las once de la mañana, estuve hasta la hora de comer; volví hasta las altas horas de la noche, en que terminó el interrogatorio en la forma que explicaré; antes se me ha de permitir narrar un hecho.

En los días que llevaba de incomunicación no había podido ver á mis hijos; cuando estaba declarando acertaron á bajar de la escuela pública establecida en el mismo edificio; pedí permiso al Juez señor Parraverde, me lo concedió, los llamé á través de la reja, me abrazaron y besaron; al retirarme de la ventana vi correr una lágrima por el severo rostro del Juez; este hombre, dije para mí, tiene corazón.

Continuó la inquisitoria; todo el afán del Juez era que yo declarase haber actuado como secretario del Comité de Salud pública para procesarme por delito de lesa nación y por exacción ilegal y arbitraria en lo del anticipo de contribuciones, absurdo sin igual, pues no ejerciendo jurisdicción, mi firma en el documento significaba únicamente la toma de razón. Por fin, después de doce horas de lucha y cuando ya me faltaban las fuerzas, declaré que había actuado como secretario del referido Comité.

Continuaron los procesos, haciéndonos salir á cada momento al patio de la cárcel para formar rueda de presos y para los careos.

Á las altas horas de la noche hacían salir de la cuadra principal de la cárcel á algunos presos, de los cuales no se volvía á saber; entre ellos recuerdo á Pedro Sabater, jefe que fué de la milicia, muy recomendado por la familia de un señor marino, á la que con todo miramientoy atención acompañó á San Fernando, por orden de aquel Comité.

En la cárcel se decía el destino que se les daba á los presos; yo no me atrevo á repetirlo, solo diré que si es cierto, caiga sobre la conciencia de los culpables el castigo que la Divina Providencia tiene reservado á los fratricidas.

*
* *

Un detalle de relativa importancia hemos de consignar.

Á raíz de la llegada de las tropas del ejército y destitución del Ayuntamiento lejítimo, éste elevó una sentida y notable exposición al Gobierno (cuya copia conservo) en que se relataban los hechos, acompañada con certificaciones que justificaban los asertos.

Este importante documento fué remitido con sentida carta á nuestro Diputado á Cortes, señor Jiménez-Mena (también conservo la copia) de quien esperábamos correspondiese á las manifestaciones de aprecio de aquel pueblo, que tanto se había esforzado por honrarle con tan alta investidura.

Resultado cero, á pesar del gran interés y gestiones de nuestro Diputado. Continuó funcionando el Ayuntamiento impuesto por las bayonetas y volvió á encargarse del Juzgado la autoridad *protectora* que habíamos recusado, tratándonos, según se nos dijo, como á los sublevados de Cartagena.

Aberraciones y ensañamientos de la política, que conceptúa hoy criminales á los vencidos, que ayer eran héroes!

¡Cruel decepción que colma de desengaños al que honradamente y de buena fe se sacrifica en aras de sus ideas políticas!

*
* *

Mientras tanto, yo continuaba en mi calabozo, aumentándoseme el padecimiento del estómago que empecé á contraer, padecimiento que se exacerbaba por momentos, llegando al extremo de infundir graves temores al facultativo de la cárcel.

La agravación de la enfermedad me hizo pensar si sería facil mi escarcelación bajo fianza, lo que conseguí dado mi estado de salud, gracias

á la bondad del señor D. Francisco Díaz Alcalde, que se prestó generosamente á fiarme.

En libertad provisional, pues, mejoró algo mi salud, pero sin sueldo, porque fuí declarado cesante, por causa del proceso; me faltaban los recursos para mi subsistencia y la de mi familia.

Mi modesto ajuar había desaparecido y no estaba en el caso de importunar constantemente á mis amigos. Pensé venir á Cádiz, donde creía encontrar ocupación y medios de subsistencia; pero se presentaba un obstáculo insuperable; mi fiador no quería serlo al salir yo de Chiclana. Un hombre generoso, cuya memoria permanecerá indeleble en mi corazón, uno de esos seres verdaderamente honrado y cristiano, se ofreció á serlo. El señor D. Ramón Martínez de Castilla, procurador de los tribunales de la nación, firmó la fianza y salí para Cádiz.

No cesó por eso mi martirologio. Al poco tiempo y hallándose mi buena esposa en Chiclana gestionando mi completa libertad, una noche, que según costumbre estaba con mis pequeños hijos en mi casa, á la madrugada vinieron á llamar á la ventana. Era mi buen amigo D. Manuel Zamora, que andando desde Chiclana, venía á anunciarme, de parte de mi esposa, que á la mañana siguiente, una pareja de la guardia municipal procedería á mi prisión, siendo nuevamente conducido al calabozo de Chiclana.

Me vestí en aquel momento, dejé á mis hijos durmiendo, eché la llave, fuí á casa de mi señora madre política, le dije lo que ocurría y seguidamente tomé el tren de las cinco y cuarenta, marchando á Sevilla.

Cuanto llegué, la primera operación fué afeitarme la barba, acudí á casa de mi familia y á poco un vigilante preguntaba por mí.

¿Dónde guarecerme, pues?

Recorrí las casas de mis amigos y todos estaban proscriptos ó vigilados.

Manuel Merino, un artista todo corazón, me llevó á la calle de Guadalquivir, donde el humanitario Don Francisco Caraballo, que no me conocía, me dió albergue y plato.

Allí también llegó la policía y tuve que refugiarme en la cripta del convento que había existido en su establecimiento polvero.

Permanecí en dicho local sin saber de mi familia y de mis hijos, hasta que por conducto del señor Caraballo escribí á mis amigos D. Rafael Genda, D. Serafín Jordán y D. Federico Rovira, para que arreglasen de manera que pudiese ingresar en el hospital civil, á fin de evitar los procedimientos que contra mi fiador había empezado el *buen* Juez de Chiclana.

Por las afueras de la ciudad y completamente disfrazado me trasladé á la casa del jefe de estación de la vía férrea, (cuyo nombre siento no recordar para hacer público mi agradecimiento) donde se me trató como á un hermano, y en el tren de aquella tarde, metido en la garita del guardafreno, llegué á Cádiz.

En la estación me esperaba mi bueno é inolvidable amigo D. Victor Chabrier; salí por la puerta de la brigada de operarios y en un carruage me condujo á su Hotel de Europa.

Allí me esperaban mi mujer y mis hijos, que no me conocieron; tal era el disfraz que me cubría.

Permanecí en la fonda hasta que acompañado de los amigos antes citados, pasé á la sala de presos del Hospital Civil.

Ya era tiempo, pues el *Boletín Oficial* me citaba á comparecer y de no hacerlo en aquella fecha, se declaraba la rebeldía.

*
* *

Mi estancia en el Hospital fué desde Abril hasta Noviembre.

Al principio se me miraba con prevención; luego fueron endulzándose las asperezas.

Mucho tengo que agradecerle al entonces profesor clínico señor D. Francisco Meléndez y Herrera, que á su fraternal solicitud debí, no solo un esmerado trato y asistencia en mi padecimiento, sino el que no se me arrancase de aquel asilo de la desgracia, para ser conducido á Filipinas.

Entro ahora de lleno en el capítulo de gracias, de gratitud y reconocimientos por los favores recibidos.

Era contador del Hospital el señor D. Domingo Sánchez del Arco y guarda almacén su hermano D. José, los que olvidando rencillas políticas, acudieron á hacerme más llevadera tan triste situación por cuantos medios puede sugerir la más esquisita delicadeza, favores que conservo grabados en mi alma y que borraron para siempre pasados antagonismos.

Era por aquel tiempo director del establecimiento el señor D. Manuel Gaona de los Reyes, á quien también merecí señalados favores. Cuando entré en el hospital, se les había hecho creer á las hermanas de la caridad que yo era *un foragido, un mónstruo,* cuando menos, y se asomaban por la reja de la prisión, para observarme.

Mi conducta y la visita diaria de mi esposa y mis hijos, pronto las convencieron de lo contrario.

Poco á poco, aquellas virtuosas mugeres comprendieron que era compatible ser republicano-cantonal y honrado padre de familia.

Yo, por mi parte, comprendí asimismo que, si bien hay quienes miran con prevención á estas hermanas, sin negar que entre ellas puedan existir algunas que no merezcan serlo, como acontece en todas las clases sociales, las del Hospital civil eran de ver á las altas horas de la noche por aquellas tétricas galerías y claustros, donde el silencio era solo interrumpido por el aye del enfermo ó el estertor de la agonía del moribundo, socorriendo á aquél y auxiliando á éste, sin que en su semblante se retratase ni el miedo ni la repugnancia.

Muchas veces recuerdo á Sor Juana, superiora, á la incansable Sor Paulina, vicesuperiora, y á las hermanas Sor Francisca, Sor Rosario, Sor María y Sor Pepita, á quienes mi esposa, mis hijos y yo llegamos á tomarle cariño; tanto fué este desinteresado afecto, que al salir de mi reclusión unos y otros lo expresamos con copioso llanto nacido de lo mas interno del corazón.

*
* *

Por entonces el señor Juez de Chiclana accedió á mi libertad provisional, exigiéndome diez mil reales de fianza, en metálico ó en fincas. No los tenía, pero un excelente amigo mío, una de esas almas nobles y generosas, el señor D. Víctor Chabrier, depositó 84.000 reales en papel de la Deuda, que al tipo de 12 por ciento que se cotizaba, hacían la cantidad exigida por el Juez.

Gracias á este nobilísimo rasgo, gocé de libertad, si bien con la condición de *acudactu* mientras duró la causa, que fué resuelta á mi favor, probada mi inocencia y consignados los pronunciamientos mas honrosos.

Así concluyó este triste episodio de mi vida.

Por ocho meses del empleo de Secretario de Chiclana, entre calabozo y prisión en el hospital más de un año y dos de causa, para resultar inocente.

¿Y quién me resarció á mí de tantos sufrimientos y quebrantos y á mi mártir esposa é inocentes hijos?

Debo consignar mi gratitud á los Excmos. señores D. Eduardo J. Genovés, D. Cayetano del Toro, D. Fernando de los Ríos Acuña, D. Francisco González de la Mota, D. Carlos Fernández y algunos otros más que no recuerdo á tan larga distancia, por el interés que se tomaron por mi libertad y los favores que les merecí en tan angustiosas circunstancias.

*
* *

Cuanto queda escrito lleva el sello de la verdad mas pura......

En la postrimería de nuestra existencia, cuando vemos alborear la aurora de la muerte y poseemos un tesoro de desengaños, ingratitudes y experiencia, cuando están muertas las pasiones y el ensañamiento no es posible, no hay mas remedio que decirla, porque ante la inminencia de la proximidad del tribunal que ha de juzgarnos, no cabe, no, ni la ficción ni el engaño.

Repetimos que hemos dicho la verdad, sin recargar de negros coloridos el cuadro de las ingratitudes, ni de tonos de adulación los del agradecimiento.

Pedro Canales y Brassetti

Cádiz Agosto 1893.



MI ENTREVISTA CON MARGALLO.



Señor Don Federico Joly.

Querido amigo: lo prometido es deuda. Este antiguo refrán habría V. de recordármelo si dejase de cumplir mi palabra empeñada. Obrando con una ligereza que no me perdono y acaso impelido únicamente por el deseo de corresponder á la franca amistad y exquisita galantería con que hubo de invitarme, hice á V. formal promesa de enviarle un articulo para su excelente DIARIO, donde reflejase alguna impresión de esas que dejan en la memoria rastro imperecedero.

Se me hacía imposible, cada vez más, llevar á la práctica mi ofrecimiento, y bien sabe Dios que me ha venido mortificando durante mucho tiempo, la idea de parecer á los ojos de V. como informal y olvidadizo.

Pero han sido muchas las razones que se oponían al cumplimiento de mi solemne compromiso.

La primera de ellas era la falta de asunto, y creo que no hay que pasar adelante; es decir, que basta con la primera.

Si se tratase de hacer versos de encargo con piés y hasta con brazos forzados, el problema estaba resuelto enseguida, porque si el cacumen no se prestaba á muchas labores, con acudir al socorrido romance y hablar un poco de política y otro poco de tauromaquia, podía darse por solucionado el conflicto; pero coordinar en quince ó veinte cuartillas las sensaciones violentas, agradables ó desastrosas, de algún hecho no-

table de mi vida, me resulta tarea más que difícil y empresa casi imposible.

No ser político, militar, marino, hombre de ciencia ó audaz periodista; y sobre todo, no ser viejo y tener algo curioso que relatar, es cosa poco frecuente.

Mi vida vulgar, tranquila y rutinaria, reducida casi por completo á la labor cuotidiana de la oficina, poco se ha prestado á grandes aventuras y á lances extraordinarios.

La casualidad y solo ésta, ha venido sin embargo á favorecerme con sus notas y detalles de oportunismo; y pues la ocasión se me presenta de traer aunque incidentalmente á la memoria un percance de mi vida de soltero, ó mejor dicho, de mi época de mozalbete, no quiero desperdiciarla y allá van cuatro lineas tan desprovistas de interés como llenas de verdad y rigorosa exactitud.

Sepan ustedes de qué manera pude conocer personalmente y apreciar las condiciones de carácter y el temple ordenancista del hoy bizarro general D. Juan G. Margallo, y hace algunos años, allá por los de 78 ó 79, severo y pundonoroso jefe de infantería en el Regimiento de Canarias, de guarnición en esta plaza.

Haré historia, buscando el origen del incidente que voy á relatar, que empezó por ser cómico y que pudo acabar de una manera *trágica*.

En la época á que me refiero contaba yo dieziocho años próximamente, y con buen humor aunque pocos cuartos, salud inmejorable y menos quebraderos de cabeza que hoy, siempre estaba dispuesto á todas clases de bromas y diversiones, con tal de que estas no acabaran en tormentosas, borracheras ó en lances comprometedores, porque dicho sea de paso, como hombre pacífico, nunca he sido partidario de aventuras que puedan acarrearme detrimentos en el cutis, aunque sean de menor cuantía.

El invierno de 1878 se me presentaba sumamente aburrido y desesperante; para concurrir al teatro ó al casino todas las noches, tomar café y una copa, &c , necesitaba disponer de un par de pesetillas diarias, y como precisamente lo que menos había era dinero, el problema de pasar la noche agradable y económicamente quedaba sin solución posible.

Mis amigos de la infancia Manolo Sadulé (ingenioso poeta, pero muy holgazán) y Paco Larrahondo (modesto y laborioso empleado provincial,) también andaban bebiendo los vientos para averiguar de qué

modo y manera podrían valerse, á fin de matar el tiempo en las crudas noches de invierno sin recurrir á sus exhaustos bolsillos, que como el mío sentían de tarde en tarde el contacto de una moneda de plata.

No recuerdo cuál fué el alma caritativa que se ofreció á presentarnos en una distinguida reunión de confianza para jugar á la lotería, bailar con corrección y finura y decir trabalenguas, acertijos y adivinanzas.

Aceptamos la invitación, y puestos de acuerdo con quien había de servirnos de introductor de embajadores, ofrecimos nuestros respetos á los bondadosos jefes de la casa, que nos recibieron con la mayor afabilidad, colmándonos de atenciones y pruebas de afecto.

Como entre todos los asistentes á las *soirées* que se celebraban á diario, casi nunca llegaban á reunirse en caso de apuro más de dos pesetas, habíase acordado que solamente los Domingos y fiestas onomásticas de los contertulios se hiciese música y se sirviesen vinos, licores, pastas y confites.

Más de una vez recuerdo haber contratado á un hábil italiano que hacía prodigios en el arpa y que por la módica cantidad de cuatro reales de vellón no daba descanso por un solo instante durante la noche á las vibrantes cuerdas de su armonioso instrumento.

En aquellas grandes solemnidades el *bufett* hallábase bien surtido de provisiones y mientras las señoras y señoritas mojaban bizcochos y bizcotelas en *Marrasquino* y *Luisa* de la fábrica de Sánchez Lamadrid, el sexo fuerte escanciaba sendas copas de *rapilizo* y medias cañas del paisano de José Redondo, es decir, del *Chiclanero.*

Como es de suponer, en nuestras alegres veladas había verdaderos derroches de ingenio, gracia, travesura, sagacidad, en una palabra, de todo menos de dinero.

No tardaron mucho en establecerse corrientes de mutuas simpatías entre *ellas* y *ellos,* y como es natural estas corrientes produjeron preferencias, predilecciones y afectos que más tarde acabaron por hacerse ostensibles á medida que cada *quisque* espetaba á la *primera de sus ensueños* el consabido *espiche* amoroso, que era recibido siempre con un signo afirmativo ó una promesa de favorable é inmediata realización.

Yo también hube de designar para *reina de mis pensamientos* á una joven simpática que no asistía diariamente á las brillantes *soirées* que celebrábamos, porque vivía en un pabellón del Cuartel de San Roque, y en las crudas ó lluviosas noches de Diciembre y Enero, no se atrevía á salvar la distancia que la separaba de nuestro insigne centro de reunión.

Cuando obtuve el deseado *sí,* previo el permiso de la autoridad

competente, ó sea de la mamá, decidí concurrir todas las noches de nueve á once á su propio domicilio, establecido como he dicho antes en el Cuartel de San Roque, donde se alojaba la fuerza del Regimiento de Canarias.

Para franquearme la entrada habíame advertido mi cara amiga que á la voz de ¡quién vive! del centinela debía contestar sencillamente ¡Gente de pabellón!

Así lo hice las tres únicas noches que asistí á *pelar la pava*: una vez libre la entrada, atravesaba el inmenso patio del cuartel, subía la anchurosa escalera que daba acceso á una lóbrega é interminable galería alumbrada entonces por un farol de aceite ó un quinqué de petróleo, y me detenía bajo una ventana abierta con honores de aspillera, que comunicaba á las habitaciones de la Dulcinea, quien á los pocos momentos aparecía asomando la cabeza como el ventero de la posada en que pidió albergue San José.

Las dos primeras noches pasaron sin novedad; entraban y salían individuos de los pabellones contíguos; unos, cumpliendo con las reglas de la cortesía y otros sin cuidarse de tales detalles.

En la tercera entrevista ocurrió un pequeño incidente origen ó causa determinante del grave disgusto que más tarde me esperaba.

Salía de su departamento una mujer de alguna edad conduciendo cierta mercancía para depositarla en sitio apartado, y acaso por la escasa claridad que se percibía ó por el mal estado del pavimento, tropezó y vino á dar con su cuerpo en tierra, haciéndose mil añicos el recipiente que llevaba en sus manos y extendiéndose por el suelo su abundante contenido.

Una explosión de risa estalló entre nosotros dos, únicos testigos de aquella escena, sin que pudiéramos evitarla ó reprimirla.

¿Quién acude al lugar del siniestro? dije yo de momento, pues tardó poco en incorporarse la pobre mujer, que felizmente no debió hacerse daño alguno.

Aún estaba formando comentarios de lo ocurrido, cuando siento pasos lejanos y veo destacarse por el fondo de la nave, la silueta de tres sugetos vestidos de uniforme, que se dirijían resueltamente hacia mí. En efecto, eran un cabo y dos soldados que traían la consigna de llevarme á presencia del señor Teniente Coronel. ¿Á qué ocultarlo? Aquella intimación produjome un efecto desastroso. Vamos enseguida, contesté afectando serenidad y sangre fría; y me puse en marcha sin tener lugar de despedirme de mi amiga, que al ver aquél aparato de fuerza, había desaparecido de la aspillera como por encanto.

Con paso poco seguro y el ánimo un tanto abatido llegué hasta las habitaciones que ocupaba el jefe en cuestión, permaneciendo algunos instantes en un gabinete de recibo, hasta que el cabo pasó parte de que el paisano reclamado estaba presente.

Á los pocos momentos presentábase á mi vista la respetable figura del señor García Margallo, quien sin rodeos ni cumplidos empezó por decirme:

—¿Cómo se ha permitido V. tres noches seguidas sorprender á la guardia y permanecer varias horas en este edificio militar, donde está prohibida la entrada á los paisanos?......

—Yo no he sorprendido á la guardia señor mío; yo he venido á ver á una familia que está......

No me dejó concluir.

—Usted ha venido—añadió—á *pelar la pava* y á molestar á las demás familias que no necesitan tener testigos de vista que vigilen sus actos.

—Está V. mal informado—repuse—no he sorprendido á nadie.

—Le digo á V. que sí...... ya castigaré debidamente á quien le ha permitido la entrada y por lo pronto si me sigue V. replicando haré que pase la noche en el cuartel, pero dentro del calabozo.

Aquellas palabras me hicieron el efecto de una ducha de regadera; balbuciente y trémulo solo se me ocurrió decir:

—Yo le suplico á V. que me deje salir, bajo promesa formal de que no volverá á verme por estos contornos; no he avisado en casa que me quedo esta noche fuera y la familia estará alarmada.

Esta sincera declaración hizo deponer en parte su actitud al señor Margallo, quien después de echarme una filípica morrocotuda que yo tuve á bien sufrir sin la menor protesta, dió orden de que se me permitiera la salida de aquel recinto, en donde creí por un momento que iba á quedarme encerrado para toda la vida.

Cuando llegué á mi casa, aquella misma noche, bajo la primera impresión del percance, y antes de que pudiera arrepentirme, escribí á mi amiga una epístola que en síntesis venía á decir lo siguiente:

"Apreciable Fulanita: Tu Teniente Coronel ha estado á punto de meterme en un calabozo por sorprender á la guardia dando la señal que tú me habías indicado. Le he prometido que no volveré á pisar el cuartel en lo que queda de siglo.

Te lo advierto para que no te canses en esperarme."

Y así sucedió; ni yo he vuelto á ir por el cuartel de San Roque, ni

he visto más á la joven de la aspillera, ni he oído una palabra referente al señor Margallo, hasta que los belicosos acontecimientos de Melilla han sacado á relucir su nombre, para orgullo del ejército y honra legítima de la nación española.

Manuel Grosso y Romero

Cádiz Octubre 9-93.



LA NOTICIA.



La época más luminosa de mi vida, aquella que se presenta siempre á mi imaginación más llena de encantos, es la que transcurrió desde la Revolución del 68 hasta la restauración de la monarquía en la persona de Don Alfonso XII. Y no porque yo sintiera entusiasmo alguno por la realización de determinado ideal político: mi espíritu frío y desconfiado jamás ha podido comprender que una nación sea más feliz con esta forma de gobierno que con la otra, y aunque mi alma rechaza con horror toda idea de despotismo, proceda de lo alto ó de lo bajo, en todo tiempo he creído, que la verdadera libertad ha de tener necesariamente su base en las buenas costumbres. Moralizad á los pueblos y los hareis trabajadores, libres y felices.

Á pesar de que pienso de este modo desde niño, la revolución me produjo, si no entusiasmo, una especie de embriagador aturdimiento: y es natural que un acontecimiento tan importante causára en mí esa sensación: tenía yo entonces dieziocho años, y estaba por lo tanto en la edad en que todo nos presenta un aspecto riente. Ávido de emociones leí los periódicos que relataron la batalla de Alcolea, y, ansioso de ver con mis mismos ojos sucesos notables, presencié bulliciosas manifestaciones, asistí á reuniones abigarradas de políticos improvisados, y escuché, siempre que pude, á cuantos redendotes de oprimidos pueblos hablaron á las masas en Jerez, en Cádiz, en mi pueblo. ¡Dichosa edad aquélla en que el miedo me era desconocido, y en que, cual si yo fuera el más ardiente neófito, acompañé á los republicanos de mi pueblo á la primera reunión que tuvieron, que se efectuó en un espacioso aunque

no llano corral, donde se pronunciaron los más extraños y graciosos discursos que he oído en mi vida, y de donde tuve que saltar por las bordas para librar el pellejo de algunos de los estacazos que empezaron á repartirse antes que los asistentes tomaran ninguna resolución importante.

Este peligro que pasé entonces no me retrajo luego de meterme donde había más bulla. Arrastrado por mi juvenil curiosidad quería estar en todas partes y gozaba con enterarme de lo que sucedía en la España entera. Sentía un placer inmenso en saberlo todo, en recibir estupendas noticias y en darlas yo á mi vez. Es verdad que algunos hechos y noticias me impresionaron dolorosamente; pero la inconstancia propia de la edad borraba pronto las impresiones desagradables.

Hubo, sin embargo, sucesos que dejaron rastros indelebles en mi alma, y uno de ellos fué la muerte del general Prim. Un día, recuerdo que en una mañana hermosísima, corrió por Grazalema la siguiente noticia: han asesinado á Prim. ¿Quién llevó á mi pueblo aquella noticia? En los periódicos que se habían recibido el día antes no se decía nada de ella; en los que se recibieron el mismo día tampoco; y los que al día siguiente llegaron no hablaban ni una palabra de un crimen tan repugnante. Solo al tercer día de haber yo oído en Grazalema que Prim había sido asesinado, ví confirmada la noticia en los periódicos. En esa misteriosa tragedia hubo la particularidad extraña de que en el mismo día que era herido en Madrid el héroe legendario de la guerra de Africa, una voz desconocida publicaba en un extremo de España, á cien leguas de la corte, su fin desastroso y sangriento.

Otro suceso más sencillo, pero á mi ver más dramático, relataré con objeto de concluir el artículo que me ha pedido el amable Director del Diario.

La cronología de los sucesos menudos de la Revolución no existe para mí. Todos los incidentes que yo presencié aparecen á mi imaginación como formando escenas de un mismo cuadro. Pudiera después de algunas investigaciones, fijar el año, el mes y el día de la historieta que voy á referir, pero prefiero escribirla tal como mis recuerdos me la presentan ahora.

Estudiaba yo en el Instituto de Jerez y estábamos próximos á unas vacaciones ó habíamos entrado en ellas, (creo que eran las vacaciones de Semana Santa) cuando en aquella hermosa ciudad, ó en sus cercanías, hubo tiros y á consecuencia de ellos algunos muertos. Entre los desgraciados que sucumbieron se contaban dos ó tres paisanos míos de la clase jornalera, cuyos nombres y apellidos oí en casa de mis tíos, punto donde yo me hospedaba. Mi memoria, entonces bastante felíz, retuvo tenaz-

mente aquellas lamentables señas, aunque yo no conocía á las personas á quienes correspondían. Á aquel tiroteo siguió un levantamiento del pueblo jerezano y como consecuencia natural la formación de barricadas. En aquella ocasión fué cuando yo ví por primera vez á Paul y Angulo, que montado en un caballo blanco y con una bufanda obscura liada al cuello, iba de las barricadas al ejército y de éste á las barricadas, no sé si procurando evitar la sangrienta colisión ó con otro objeto menos pacífico.

Por orden de mis padres estaba yo condenado á pasar las vacaciones en Jerez, cosa que me traía de un humor de todos los diablos. Esta condena me la habían impuesto á causa de unos amores que yo tenía en mi pueblo, y que mis padres no veían con buenos ojos. Había imaginado antes mil medios para eludir tan tremendo castigo, pero ninguno me había parecido bueno y estaba ya casi resignado á mi aciaga suerte; cuando el levantamiento de Jerez me brindó un motivo razonable para irme á mi casa y para volver á ver la novia, sin que mis padres lo tomaran á mal.

Ocurrióseme este pensamiento y ponerlo en práctica fué todo uno. Acudí á mi tía para que me facilitara dinero para mi viaje y apenas me vi con él, tomé la diligencia de Arcos. Todavía no había salido yo de Jerez cuando se trabó la sangrienta batalla, cuyos primeros tiros llegaron á mis oídos al montar en el coche.

Yo fuí el único viagero que aquel día salió de Jerez para Arcos, lo cual, la verdad sea dicha, me alegró, pues quería ser el primero que llevara á mi pueblo la noticia de las desgracias que había habido en Jerez.

En Arcos empleé gran parte de la noche en buscar un arriero que me condujese á Grazalema, llegando casi á perder la esperanza de encontrar una persona que se encargara de mi traslación, pues, lo que es natural en los tiempos alborotados, nadie se atrevía á salir de su casa. Al fin pude conseguir que un paisano mío me prestase un burro muy ligero, en el cual, á guisa de Sancho Panza, pero Sancho Panza sin su Don Quijote, salí caballero en dirección á la Sierra á las siete y media de la mañana del día siguiente.

Montado en mi rucio, llevando por delante unas alforjas bien provistas de cosas correspondientes á la bucólica y de una botita de vino, y con la esperanza de abrazar aquella tarde á mi madre y de pelar la pava aquella noche con mi novia, no se me daban tres ardites de todos los levantamientos y revoluciones del mundo. El explendoroso día que hacía y algunas copitas que había tomado en Arcos antes de salir, prestaban á mi imaginación ideas tan risueñas, que en aquel momento no me hubiera yo cambiado por el mismo Preste Juan de las Indias. Endiablado músico soy yo, pero tan contento iba, que habiendo pasado el puente, no pu-

diendo contener la alegría que rebosaba á grandes oleadas de mi pecho, me puse á cantar no sé si malagueñas, ó seguidillas ó serranas, ó una música especial improvisada por mí que abarcara los tres géneros. Cuando más engolfado estaba en mis gorgoritos, la aparición repentina de un hombre bastante andrajoso cortó mi canto é infundió en mi ánimo un espanto terrible. El aparecido no era para tranquilizar á un muchacho de dieziocho años, que en su corta vida había oído relatar bastantes historias de rateros. Vestía el tal rotísimo pantalón oscuro, alpargatas de esparto, camisa negra á fuerza de estar sucia y chaqueta viejísima de paño rubio, que colgábale del hombro izquierdo. El espanto llegó al pasmo cuando acercándose á mi cabalgadura, le cogió el cabestro, la paró y pidióme una limosna con entonación y ademanes bruscos. Obedecíle inmediatamente, entregándole parte de mis víveres. Entonces el mendigo dejó libre el jumento, y, después de enterarse á dónde yo iba, se empeñó en acompañarme, pues casualmente Grazalema estaba en la ruta que él pensaba seguir. Al pronto sentí tener por compañero á aquel sospechoso personage, que me parecía algún furibundo republicanote escapado de Jerez; pero luego, desvanecidos mis temores con las explicaciones que me dió, me alegré de que viajára conmigo, tanto porque de ese modo se me haría mas corto el camino, cuanto porque pude disfrutar todo el día del gusto de satisfacer las primeras necesidades de un hambriento. Aquel infelíz había ido á la campiña en busca de trabajo, y paralizadas las labores de campo á causa del levantamiento, no había encontrado acomodo en ninguna parte, y volvía á su tierra que era Toloz, sin siquiera haber trabajado un día, y sin un ochavo con que comprar un pedazo de pan, por lo cual hacía 24 horas que no comía. ¡Siempre son los pobres las primeras víctimas de los motines y revoluciones!

Mucho antes de llegar al Bosque habíamos consumido entre los dos todos mis víveres. A bien que éstos fueron lo suficientemente abundantes para que en el resto del viaje no nos volviéramos á acordar de que teníamos estómagos, los cuales solo nos pedían de cuando en cuando algún trago, que pudimos darles siempre, porque rellenamos varias veces la bota en las ventas que encontramos en el camino. Con esto se mostró tan agradecido y servicial mi compañero, que no me hubiera visto mejor servido, si hubiera contratado de escudero al mismo Sancho Panza, honra y prez de todos los escuderos andantes del mundo.

Dejamos atrás á Benamahoma y en sazonado coloquio entretuvimos el tiempo mientras trepábamos por la abrupta sierra, en cuya falda culebrea el sendero que conduce á mi pueblo. Serían las cuatro de la tarde cuando acabamos de atravesar los encinares que empiezan en el

Bosque, y suben, suben, cubriendo á modo de negra vestidura el inmenso dorso de aquél gigante secular quc se llama Peñón de San Cristóbal. Desde aquel punto el camino sigue una línea casi horizontal, trazando grandes revueltas en los ángulos salientes y entrantes del empinado Pico.

Cuando llegamos á aquel sitio descubierto, las sensaciones que percibí fueron gratísimas. El sol descendía rápidamente hacia el horizonte, y al esconderse detrás de las rocas bosquejaba sombras prolongadas y de caprichosas figuras; el ambiente estaba sereno y nos embriagaba con los miles aromas que las plantas silvestres despedían; y á nuestros piés los cerros iluminados y las lóbregas cañadas, destacándose en un fondo compuesto por la verde-obscura campiña y por un cielo de un azul brillante, casi plateado, formaban un cuadro bellísimo, grandioso, imposible de describir.

Ante aquel panorama enmudecí de pronto y me olvidé de aguijonear á mi cabalgadura, que menos romántica que yo aprovechó mi descuido avanzando perezosamente y deteniéndose de vez en cuando á morder la menuda hierba que al paso encontraba. Faltábanos poco para trasponer el puerto Boyal, límite de la ascensión y principio de la rápida pendiente que hay que bajar para llegar á mi pueblo, cuando en uno de los recodos se presentaron de improviso dos mugeres que marchaban en dirección contraria á la nuestra. Cifraría la una en los cincuenta años y la otra en los veinte. Por su aspecto se conocía claramente que pertenecían á la clase pobre, y hasta se podía asegurar que eran lavanderas, pues ambas llevaban sendos líos de ropa sucia, la más vieja en la cabeza y la más nueva debajo del brazo derecho. Recuerdo que la segunda me pareció guapísima.

—Juanito,—dijo la primera reconociéndome al momento y deteniéndose ambas delante de mi burro, que instantáneamense paró.—¿De donde vienes?

De Jerez—respondí yo, queriendo cerciorarme al mismo tiempo de que las conocía, pero no consiguiendo mi objeto.

—¿Y qué sucede en Jerez?

—La mar de cosas,—repliqué contentísimo por encontrar una persona á quien soltarle las sorprendentes nuevas que llevaba conmigo.

—Juanito, explícate, insistió aquella mujer, picada su curiosidad, pero sin demostrar ninguna alarma. La joven, en tanto, había soltado su lío encima de una piedra y me miraba también con gran curiosidad, pero muy tranquila.

—Pues en Jerez, al tiempo de salir yo, estaba armada la gorda: la gente moría como chinches.

—¿Y ha muerto alguno de Grazalema?

—Algunos han muerto.

—¿Y sabes tú quiénes són?

—Fulano, Mengano, y Sutano.

—¡Hijo mío! ¡Hermano mío! exclamaron las dos mujeres al oir el tercer nombre, que con sus dos apellidos pronuncié sin vacilación alguna. Mi tenaz memoria los había conservado tales como había llegado á ella.

El cuadro que se desarrolló á mi vista en aquel momento fué desgarrador. Aquellas dos infelices, tan indiferentes y tranquilas antes, se arrojaron al suelo presas de horribles convulsiones y gritando con voces espantosas ¡hijo mío! ¡hermano mío! Pretendí consolarlas diciéndoles que tal vez yo me habría equivocado cambiando los nombres y apellidos de los muertos, pero ellas ni me atendieron siquiera. La verdad era que no había verosimilitud en que yo me equivocase, inventando el nombre y los dos apellidos del hijo y hermano de aquellas dos desgraciadas.

Convencido de que eran inútiles mis esfuerzos para consolarlas proseguí tristemente emocionado mi camino, y poco después me encontraba en los brazos de mi madre, quien, como yo sospechaba, alabó mi resolución de abandonar á Jerez.

Presenté mi compañero de viaje á mi madre, y esta, agradeciendo muchísimo, como todas las madres, los insignificantes servicios que me había prestado durante el día, y que se reducían á requerir alguna que otra vez el aparejo del burro y á ayudarme á bajar y á subir cuando yo pretendía variar el medio de locomoción, le dió posada y suculenta cena en mi casa aquella noche, y á la mañana siguiente, al tiempo de despedirlo, lo avitualló tan bien, que probablemente llegaría á su pueblo sin tener necesidad de asustar á otro viandante.

Desde aquel día no he vuelto á dar noticias tristes á ningún desconocido.

Juan Gallardo Lobato

Sr. Director del Diario de Cádiz:

Muy apreciable Sr. mío y amigo: he tenido mucho gusto al recibir su grata en que me recuerda el ofrecimiento que le hice de algunas cuartillas de original para su ilustrado periódico; cuartillas que formarán parte de una especie de exposición de trabajos de hijos de la provincia sobre asuntos de esa comarca; y que, si era posible, se refirieran también de algún modo á la vida del escritor.

He demorado el cumplimiento de la oferta por motivo de males; y por ellos la debería abandonar completamente; porque las dolencias que me inutilizan no tienen compostura, ni alivio, por lo que se ve; y precisamente son de tal naturaleza que imposibilitan en absoluto toda labor del entendimiento.

Apesar de todo me decido á borronear á vuela pluma algunos renglones, y salgan como salgan.

Solo que con la espera he tenido ocasión de reflexionar; y se me ha ocurrido que su propósito debe ser presentar á los lectores del Diario algo así como un ramillete de flores del suelo gaditano; y ha tenido la mala idea de acordarse de mí, que aunque nacido en esa hermosa y bendita tierra, soy un *cardo* de esos que se dejan ver solo porque se colocan en las orillas escuetas de los caminos de mucho tránsito, pero que no debe figurar en ningún ramo de flores privilegiadas, si tiene buen gusto el que lo confecciona.

Pero también al mismo tiempo se me ha ocurrido que está en mi mano elegir una materia de tanto bulto y explendor, por lo que á esa provincia se refiera, que llene los ojos de luz y no sea posible fijarse en el miserable cardo ingerido entre las flores.

Y al buscar la materia ha saltado en mi memoria la revolución de Septiembre de 1868, que es uno de los diversos blasones de esa provincia; y sin duda el más precioso y brillante de su historia.

No relataré lo que los viejos recordarán y los jóvenes habrán leído en libros y periódicos, sino algo menudo é insignificante, por referirse á mi persona; pero que al fin está en los pliegues de aquel acontecimiento extraordinario; así como, aunque es mala comparación, una pulga escondida en la rugosa piel de un elefante.

PRECEDENTES.

Corría el año 1868. Reinaba Doña Isabel de Borbón. Habían muerto poco antes Narvaez y O'Donnell. González Bravo estaba en el gobierno y en conspiración Prim y Serrano.

La situación se asemejaba *en algo* á las presentes, porque la inmoralidad y las tropelías rayaban en lo insuperable *al parecer;* aunque andando el tiempo se ha visto que había un más allá que estamos tocando.

He dicho que se asemejaba aquella situación á la presente *tan solo en algo,* porque entónces había alguna grandeza en los personages, si bien monstruosa, cuando hoy todo resulta enclenque, chico y degenerado.

Pero volvamos á la revolución de Septiembre de 1868.

No es del caso recordar que los demócratas, así nos llamábamos entonces los republicanos, traíamos desde 1866 trabajos de consideración en el regimiento de Cantabria de guarnición en Cádiz; trabajos que pusimos patrióticamente á disposición de los Unionistas, que habían entrado recientemente en la conjuración, aunque con la mira de hacer tan solo un pronunciamiento al estilo de nuestra tierra.

Y apropósito de la denominación de demócratas ¡cuánto han cambiado los tiempos!

Tampoco es del caso relatar las vicisitudes de la conjuración, ni cómo los republicanos ingerimos en ella á D. Juan Prim á despecho de los unionistas, ni el fracaso de Agosto; todo lo cual acaso escriba alguna vez, si quiero y puedo.

Pasaremos de un salto á los días próximos ya al 18 de Septiembre.

Guarnecían á Cádiz: el regimiento de Cantabria, otro de artillería, guardia civil, carabineros y la reducida escolta de caballería del general que mandaba la plaza.

La conjuración contaba con los carabineros, con la oficialidad de Cantabria, de capitanes abajo, y con la mayoría de sargentos y cabos de este cuerpo.

Esto en cuanto á fuerzas de tierra, porque D. Juan Topete ofreció sublevar la escuadra.

El regimiento de Cantabria era por consiguiente el elemento más poderoso siquiera en el sentido de hacer cundir en tierra la revolución. Pero los oficiales conjurados reclamaban como indispensable para dominar á los jefes en el momento crítico, que se pronunciáran primero algunos paisanos, cayeran sobre el cuartel y les dieran el aliento del alboroto.

Se decidió por consecuencia armar un numeroso pelotón de hombres del pueblo y recibí el encargo de sacarlos de Jerez.

DÍA 17 DE SEPTIEMBRE.

Durante él estuvieron pasando de Jerez á Cádiz en todos los trenes viageros con sus correspondientes armas escondidas.

Yo me trasladé en el tren último, ya bien entrada la noche y cuando los demás habían llegado á su destino.

Desde este momento abandonaré el relato de los sucesos principales, para ceñirme á los menudos, que me tocaron de cerca.

Llegó á la estación de Cádiz el tren que me conducía. Los pasageros fueron saliendo como siempre, de sus coches y apiñándose en montón á la puerta de salida.

Al través de ella, abierta de par en par, distinguí en el andén exterior una fila de guardias civiles con bayoneta calada y el corazón me dió un vuelco, como si le punzara un peligro.

Seguí adelante y al salir por la puerta de enfrente una voz con grito recio soltó mi nombre, ordenándome que me detuviera.

Instintivamente me hice cargo de que me iban á prender. En el apiñado montón de los que suelen estar fuera esperando á los pasageros, veía á muchos de los que de Jerez habían llegado poco antes, y temí que se me acercáran al mismo tiempo que la policía, y quedaran también presos con fatales consecuencias para la conspiración.

Pensé por lo tanto arreglar mis movimientos de una manera que si me prendían vieran todos el percance y no se acercaran; y á este fin me hice sordo al llamamiento, taladré el grupo de curiosos hasta un

sitio en claro que había más allá de los carruajes y allí me detuve cuando me llamaron con imperio segunda vez.

Y en efecto me prendieron; pero de modo tan visible que ningún amigo se acercó.

Conducido al Gobierno Civil y á uno de sus salones de la planta baja, comenzaron las idas y venidas de los agentes al despacho del gobernador, descubriendo en sus ademanes que estaban aturdidos y aun consternados; lo cual era un buen síntoma, aunque por lo mismo algo peligroso.

Pasé allí más de una hora, sin determinaciones, y por cierto poco vigilado, porque me dejaban pasear libremente por la sala desde el fondo á la puerta y en esta me detenía de cuando en cuando mirando al exterior.

Más de una vez me asaltó el pensamiento de escaparme.—Por fuera reinaba absoluto silencio. Las sombras de la noche rellenaban los contornos. Dentro los inspectores y agentes iban, venían, se hablaban por lo bajo, inquietos, aturdidos, sin ocuparse de mi persona; de suerte que se me figuraba fácil empalmar con uno de mis paseos cuatro brincos desde la puerta y escabullirme, inadvertido acaso, ó perseguido con tardanza, por entre las tinieblas de la noche.

Pero pensé que la fuga ocasionaría la persecución; y que podía acontecer que buscándome tropezáran con mis jerezanos y todo se perdiera.

Y me resigné, puesto que me había tocado la desgracia.

Recuerdo una peripecia de aquel momento, que tiene gracia.

En uno de mis paseos del fondo de la sala á la puerta pasé rozando con un inspector nombrado Don Bartolo, que también paseaba aunque en contrario sentido; é inclinando ligeramente la cabeza hacia mí, gruñó algunas palabras roncas y marcadas diciéndome sin detenerse:—"Nos ha...... fastidiado V."—

El participio fué más enérgico y chabacano, aunque con acentuación bromista. Por lo que más adelante supe aquel inspector era un conjurado y consideraba su fastidio la pena de prenderme y me la reprochaba; lo mismo que si un garrote dirigiera sentidas reconvenciones al hueso que hacía pedazos.

Las incertidumbres vinieron á parar en que me trasladaron á la cárcel.

Un empleado de esta me recogió, dió me orden de seguirle y abrió el *golpe*; así llaman á una fuerte verja de hierro, con llave y cerrojos que cierra la entrada al interior de las prisiones. Por cierto que la tal verja, según he tenido ocasión de notar otras veces, gruñe hostilmente cuando se abre ó se cierra; y el rechinamiento de los goznes, el chasquido de

las llaves y el choque de los cerrojos, forman una especie de castañeteo estridente, como si la verja tuviera dentadura para clavarla al engullir.

Subimos una escalera, atravesamos algunos callejones apestosos y entramos en un salón con camas alineadas á lo largo de las paredes, que después supe era la enfermería de la cárcel.

De esta pieza pasamos á una especie de desván desmantelado que estaba á la derecha; y mi conductor dijo lacónicamente:

—¡Aquí!

De seguida trajo un catrecillo de hierro, y puso sobre él un jergón, que fué como obsequio extraordinario; y quedé sólo.

Aunque la noche había llegado á sus altas horas no tenía sueño, ni me sentía estropeado, porque en verdad nada había hecho. Así, pues, recurrí, como distracción, á pasearme y á pensar. Para pasearme servía la claridad mortecina de una luz, que llegaba de la enfermería. Para pensar tenía de sobra con el resplandor de la empresa en que estaba metido, avivado por las esperanzas.

Debo decir, que aunque la situación no era agradable, me sentía perfectamente tranquilo y aun gozoso; no por bizarría, pues jamás he sido intrépido, sino porque instintivamente consideraba aquel conflicto como insignificante y como tránsito para la satisfacción más completa.

Para estar más tranquilo ignoraba yo entonces que aquel desván donde me colocaron, era el sitio donde se depositaban los cadáveres de los presos que morían en la cárcel.

Paseé largo tiempo; y aun se me figura que en la madrugada dormí algunos minutos sobre el camitrazgo.

18 DE SEPTIEMBRE.

Amaneció por fin este día memorable. En pié desde muy temprano, enredé conversación, cuando pude, con el ayudante de la farmacia, encargado á un tiempo mismo de los enfermos y de las drogas.

Era al parecer un buen chico, escaso de entendimiento, aunque curioso y charlatán. De política no entendía una palabra. Salía y entraba en la cárcel á su voluntad.

Como yo aguardaba en aquel día el gran acontecimiento, me dí trazas para inspirarle indirectamente una curiosidad sostenida y punzante, que le hizo estar entrando y saliendo de contínuo para ver lo que sucedía. Sólo que al volver de cada expedición me relataba, con algo de

lo que habia visto, mucho que no veia, pero que su imaginación ó su extraviado juicio le desfiguraba; de modo que por más que hice, nunca pude enterarme con verdad de lo que estaba sucediendo.

Y fué lo peor que las adulteraciones resultaban siempre apropósito para ir desvaneciendo paso á paso mis esperanzas.

Díjome, pongo por ejemplo, que los barcos, se habían situado en el canal, frente á las murallas del lado de la bahía, pero sin el menor síntoma de rebelión; antes por el contrario, enviaban á tierra de tiempo en tiempo lanchas con algunos oficiales de marina, que conversaban amistosa y tranquilamente con los ayudantes del Comandante general, como recibiendo instrucciones, y volvían á bordo.

Me dijo que entre las diez y las once de la mañana se había publicado un bando, con mucho aparato de fuerza militar, declarando la plaza en estado de sitio; pero que la población estaba absolutamente tranquila y sin dar señales de protesta, puesto que tan sólo un señor, alto de estatura, y seco de carnes, con acompañamiento de varios chiquillos, había hablado fuerte en la Plaza de las Flores y arrancado con cólera de la esquina un ejemplar del bando; pero que el personage había desaparecido como por escotillón, sin conmover á los transeuntes.

Tales noticias iban enfriando mi ardimiento.

Llegó la noche. La última confidencia del practicante fué que acababan de encerrar en la cárcel y estaba abajo, un cabo de carabineros á quien habían sorprendido en el Campo del Sur con un uniforme de oficial liado en un pañuelo.

Preguntándole por las señas del preso, me dijo que era de estatura mediana, pelo rubio, con bigote y pera largos.

Esta última noticia me heló la sangre por completo y se llevó los resíduos de la esperanza que á duras penas había podido retener hasta entonces, porque aquel cabo se había comprometido á recoger los carabineros de servicio en las murallas, concentrarlos y engrosar con ellos el pelotón de paisanos armados, que á las órdenes de un jefe resuelto, tenían que presentarse en el cuartel del regimiento de Cantabria, para alentar á los oficiales comprometidos.

Todo en mi opinión se había deshecho. La escuadra no se habia sublevado; antes bien, se había puesto á las órdenes del comandante general, acaso después de una tentativa fracasada; el pueblo permanecía tranquilo é indiferente; y hasta el pobre cabo de carabineros había caído en las garras de la autoridad.

Así como anteriormente hasta las quimeras me sonreían, desde entonces, todo apareció oscuro y temeroso en mi pensamiento.

Era ya más de la media noche. A ratos paseaba inquieto: en otros me dejaba caer sobre el jergón agitado y con el desconsuelo en el alma.

Entonces, prescindiendo de todo, concentraba mis ideas en el fondo de un egoismo seco, y me decía: Héme aquí cogido y encerrado, para ser la víctima, única quizás, de este siniestro. Más valiera que me hubiera escapado anoche y allá se arreglaran los demás.

Un momento me quedé dormido poco antes de amanecer; y no tengo que decir que en sueño continué pensando en lo mismo con la fermentación tumultuosa de la pesadilla. Me veía encadenado y camino de Fernando Póo, cementerio entonces de patriotas. Á veces me figuraba estar en trance más apretado todavía.

19 DE SEPTIEMBRE.

Sentí de pronto que me sacudían un brazo. Abrí los ojos y distinguí á mi lado una figura de pié, tan alta que me pareció tocaba al techo; y alumbrado irregularmente por la luz de un farol que llevaba en la mano.

Habló el fantasma y dijo:

—Levántese V. y venga conmigo.

Su entonación era bronca y desapacible; bien que á mí me lo pareciera por la agitación de mi espiritu, ó porque en realidad aquella persona llevara á mal lo que en aquel instante estaba sucediendo en la población.

Como no me había desnudado, me incorporé sin tardanza y seguí maquinalmente al que no era un fantasma con farol, sino hombre de carne y hueso, empleado en la cárcel.

Atravesamos la enfermería, salimos á los corredores, bajamos la escalera, callado él, y yo con un hervidero de ideas espantosas en la cabeza.

—¿Me irán á embarcar de noche?...... ¡Me llevarán á uno de los fosos de la cercana Puerta de Tierra, para......!

Y mis miembros se sacudían de espanto.

Llegamos al golpe, que el carcelero abrió con un rechinamiento más estridente todavía que al entrar.

Y salimos á la galería de ingreso.

De súbito ví la decoración cambiada: todo varió de un golpe, situación, ideas, circunstancias. La galería estaba llena de gente en ebullición; y entre la gente, mis queridísimos amigos Guillén y Salvochea, que corrieron á abrazarme exclamando:

—¡La revolución principia, vámonos!

Y salimos.

El tránsito fué tan brusco que paralizó mis facultades y aun hoy, no puedo expresar con palabras lo que sentí. Pasaba inesperadamente del calabozo á la libertad, de la muerte á la vida, de la Roca Tarpeya al Capitolio; que no siempre se ha de hacer el viaje de la vida á la muerte, ó del Capitolio á la Roca Tarpeya.

Descendimos por las tortuosas callejas del barrio de Santa María, hasta desembocar en la plaza de San Juán de Dios.

Las sombras de la noche rellenaban el espacio todavía, aunque por el Oriente asomaban ya las desleídas ráfagas de la aurora.

Por el camino me fueron explicando la situación; pero no caí de lleno en la realidad, hasta que entrando en la plaza, salió de entre las tinieblas un grito impetuoso diciendo:

—¡Alto! ¡Quién vive!

—¡España! respondió mi amigo Guillén.

—¡Qué gente!

—¡Revolución!

—¡Viva! ¡Adelante!

La situación era en aquel momento la siguiente: Cantabria sublevado tomaba posiciones en la plaza de San Juán de Dios con los paisanos en armas.

El Gobernador estaba en la Aduana con la Guardia civil y el Comandante general en sus pabellones con un regimiento de Artillería.

. . . .

. . . .

Suprimo los pormenores de la jornada.

Desembarcó Don Juán Prim.

Los Gobernadores capitularon.

Y se nombró una junta revolucionaria de que formé parte.

. . . .

. . . .

Horas después me dirigía á la Aduana para asistir á la primera sesión de la Junta. La mañana, aunque de Septiembre, era fría.

Arrimado á la pared del edificio encontré un hombre que vestía un saco corto de alpaca y tenía frío al parecer, porque estaba encogido, ceñidos los brazos al cuerpo y hundidas las manos en las faltriqueras.

Lo reconocí al llegar junto á él. Era un antiguo redactor de *La Iberia* de Calvo Asensio, á quien traté en Francia y en Bélgica poco hacía, estando emigrados los dos.

Venía en el séquito de Don Juán Prim. Conversamos alegremente algunos minutos. Media hora después, aquel redactor de *La Iberia* fué elegido primer Gobernador civil de Cádiz por la Junta revolucionaria. Se apellidaba Sagasta, y es al presente, ya torcido y apolillado, uno de los puntales que sostienen á la dinastía restaurada.

Ramon de Cala



CURADO RADICALMENTE.



Desde los primeros tiempos de mi juventud, sentí tan decidida afición y ardiente entusiasmo por la nacional fiesta taurina, que hubo de hacerme alcanzar lugar distinguido entre los más renombrados inteligentes de aquella época, al propio tiempo que estrecha y franca amistad con algunos de los toreros mas en voga en Madrid donde entonces residía, dedicado á Estudios preparatorios, indispensables para el ingreso en una de las academias militares.

En los meses de vacaciones, volvía indefectiblemente al hogar paterno; y como quiera que durante éstas, quedaba exceptuado de concurrir al aula y dedicar al estudio las horas necesarias, podía ocuparme sólo del toreo, dando así cumplida satisfacción á mis incorregibles aficiones taurófilas.

A tal extremo llegaba mi entusiasmo, que el acto de asistir á una corrida, no era ciertamente bastante; se hacía de todo punto indispensable, presenciar la prueba de caballos, el encierro de los toros, examinar previamente las condiciones de éstos durante permanecían en la corraleta, para discutir luego con los demás aficionados, con perfecto conocimiento de causa, y en posesión de todas las circunstancias que concurrían en las reses, anticipando juicios sobre la futura lidia, que generalmente solían resultar equivocados.

Al terminar la corrida, era de rúbrica hacer la crítica de ésta, censurando hasta la acritud, ó aplaudiendo hasta el delirio, según lo ocurrido, sin perdonar, por supuesto, acto ni persona alguna, presidente inclusive. Cuanto expongo, escribir cartas tauromáquicas, consagrando todo el tiempo restante á la lectura de *El Enano, La Lidia, El Látigo* y

cuantas otras publicaciones estaban dedicadas exclusivamente al toreo, era en aquéllas fechas mi única ocupación durante el verano. Cuando la temporada de toros terminaba, al espirar el otoño, volvía á Madrid, asistiendo á las novilladas de invierno con una constancia digna por todos conceptos de mejor causa, consolado con la esperanza de las próximas corridas y resignándome con las modestas lidias de invierno, que á falta de pan, buenas son tortas.

No obstante, en ocasiones dadas, sufría extraordinariamente al presenciar ciertos incidentes propios de las corridas. El entusiasmo desaparecía entónces, para dejar paso franco á emociones y sentimientos que atormentaban mi espíritu, por ser opuestos á la malhadada afición que por completo me dominaba; permitiéndome aquella anormalidad, ver, aunque rápidamente, en toda su horrible desnudéz, el salvagismo antihumanitario de esos espectáculos, en abierta oposición con el progreso y las corrientes civilizadoras del siglo.

Cuando he visto foguear á los toros por resistirse á entrar á la vara; aquellas materias explosivas aplicadas á las carnes de la pobre res, ardiendo y explotando á intervalos sobre las heridas que hubo de inferirle el hierro de las banderillas al clavarse; los perros haciendo presa en el toro, cuando éste, gastadas ya sus fuerzas en la lidia no puede ni aun intentar defenderse, siendo condenado á tan doloroso suplicio, por no obedecer sus condiciones á la reglamentación estatuída para estas fiestas unas veces, ó por culpa y deficiencia otras de los diestros lidiadores; aplicar al toro la media luna, cortándole los corvejones, como castigo impuesto al matador que no cumplió su deber dentro de los preceptos del arte; la espantosa agonía del hermoso cornúpeto, creado sin duda alguna para más nobles fines, arrastrando sus patas traseras desarticuladas traidoramente, hasta que el cachetero lo remata, luego de atravesarlo con la propia espada con que el lidiador debió darle muerte, con arreglo á la escuela por el mismo seguida y aceptada... Estos hechos, cuando tenían lugar; las sangrientas escenas al verificarse la suerte de vara; los tumultos y colisiones entre el público, tan frecuentes en todos los tiempos, venían á producirme los efectos ya expresados, causándome su recuerdo amarga tristeza que difícilmente desechaba. Pero cuando por desdicha presencié la cojida de algún diestro, entonces, tanto el triste siniestro cuanto las causas que hubieron de producirlo, venían á grabarse en mi memoria con caractéres tan indelebles, que jamás he podido relegarlos al olvido. A efectos de estas anomalías, tan contrarias á mi

entusiasmo por el toreo, para mí entónces inexplicables, debo sin duda, el recordar con todos sus tristes detalles, la muerte del picador Carlos Puerto, en la antigua plaza de toros del Puerto de Santa María.

Aún me parece ver aquella señora que desde su palco y valiéndose del abanico como telégrafo de señales, ordenaba al gobernador Señor Foronda, que presidía la corrida, lo que cuadraba más á su capricho, y que aquél, afanoso de complacerla, mandaba ejecutar, sin ocuparse de las consecuencias que su galantería para con la exijente señora pudiera tener. Aún veo al guardia municipal fustigando el caballo para que avanzara hasta los medios del circo, donde indefenso el ginete, fué herido mortalmente al ser acometido por el toro.

¡Carlos Puerto, con la faz cubierta de esa palidéz cadavérica que originan las angustias de la agonía; los labios cárdenos y el cuerpo inerte, conducido casi espirante á la enfermería en brazos de los mozos de caballos; el cántaro lleno de agua, lanzado desde los tendidos del Sol, viniendo á estrellarse á los pies del presidente; el tumulto que produjo en la plaza el trágico fin del picador; los deprimentes insultos y duras diatribas dirijidas á aquélla autoridad, causante del siniestro, por la irritada concurrencia, representan escenas de tal índole, que hubiera de recordarlo siempre, al no quedar en mi memoria grabados, conservando su pristina pureza!

De igual manera me ocurre, cuando recuerdo la muerte del matador Pepete, acaecida en la plaza de toros que se demolió en Madrid, para construir en el terreno que ocupaba hermosos edificios, pertenecientes al nuevo barrio de Salamanca, y cuantos detalles tuvieron lugar en aquella memorable tarde, antes y después de la catástrofe. La cojida de Manuel Domínguez con la pérdida de un ojo en la plaza del Puerto, y la que sufrió en Cádiz en la última de las corridas que se verificaron para festejar á Doña sabel II en su visita á nuestra ciudad; y muchos otros sucesos de esta especie, que sería prolijo y hasta monótono enumerar, viniendo á reconstruirse aquellas sangrientas escenas, para mostrarse evocadas al conjuro del pensamiento, con su natural colorido y exactitud más real, como en el instante en que hubieron de acaecer. Y es, sin duda alguna, que lo creído efectos de la afición y entusiasmo, con la cándida buena fe de los pocos años, sólo era, el resultado del natural influjo sobre mí ejercido, por el pernicioso espíritu de la época.

———

Apaciguados los consiguientes trastornos que naturalmente hubieron de surgir al iniciarse la gloriosa revolución de Septiembre; y después

de terminadas las peripecias que originan esos cambios políticos radicalísimos por las circunstancias anormales en que colocan á los pueblos, fué convocado el cuerpo electoral, para que designara, usando por primera vez el sufragio universal, los nuevos Municipios llamados á sustituir los interinos, en que vinieron á convertirse casi todas las juntas revolucionarias; decreto de convocatoria, que como es sabido, dictó el Gobierno provisional que en aquellas fechas regía los destinos de nuestra patria.

Debido á la bondad y buenos deseos de mis numerosos amigos, que por aquélla vez, tuvieron necesariamente que hacer caso omiso de mi escasísima valía y ningunos méritos, eligiéronme—desde luego inmerecidamente,—para formar parte de aquel inolvidable cuanto honrado Ayuntamiento, á quien con tanto entusiasmo concedió sus votos el pueblo gaditano.

Al anunciarse las corridas de toros, vino á sorprenderme agradablemente un acuerdo de la Corporación municipal por el cual se me designaba para presidir las fiestas que habían de celebrarse en nuestro circo taurino. A su debido tiempo dieron éstas comienzo, y sin incidente alguno extraordinario, fueron correlativamente verificándose la penúltima inclusive, con aplausos de una parte del público, que veía con sumo gusto la desaparición de las fuerzas del ejército de la plaza de toros y las fuertes y acres censuras, de los que por sustentar contrarias opiniones, estimaban peligrosa la innovación decretada cuerdamente por el Municipio republicano, que creyó inútil y deprimente, la asistencia de la escolta, cuando el orden estaba por demás garantido con la proverbial cultura de nuestra ilustrada ciudad.

Se anunció por fin la última corrida de la temporada, preparándose con antelación toros de ciertas condiciones imposibles para la lidia, con el siniestro objeto de que se produjera uno de esos escándalos, que sólo se verifican en las plazas de toros, al propósito de demostrar de esta manera, lo absurdo del acuerdo municipal prohibiendo la asistencia de la fuerza armada á las fiestas taurinas.

La empresa, instigada por los enemigos del Ayuntamiento y por su antagonismo político hacia los innovadores, cedió, preparando aquél conflicto que pudo haber tenido fatales consecuencias.

Pero antes de relatar las graves ocurrencias habidas aquélla tarde, se hace de todo punto indispensable referir un hecho que figuró quizás como principal factor en el radicalísimo cambio de ideas y de actitud que entónces realicé, por haber adquirido convicción absoluta del lamentable error en que estaba, viniendo á determinar distinta línea de conducta de la que hasta entonces seguí.

Cierto amigo mío desde la infancia, (cuyo nombre reservo por ser persona conocidísima) hombre de desahogada posición en aquél tiempo, consumado ginete y entusiasta admirador del toreo, acostumbraba pasar en nuestra ciudad la estación del calor, por convenir al mejoramiento de su salud la benignidad de este clima. De carácter en extremo alegre, franco y generoso hasta lo indecible, gozaba de la estimación de cuantos cultivaban su trato y amistad, siendo extensísimas las relaciones de que disponía en todas las distintas clases sociales. Como había de permanecer en Cádiz hasta terminar el verano, hizo venir á la ciudad sus carruajes y su magnífico caballo de silla. Era este hermoso animal, uno de los ejemplares más perfectos de la raza española, que admiraban los inteligentes por su preciosa estampa, gran alzada, regularidad de proporciones y cuantas circunstancias reunía. De pelo alazano, bi-albo, lucero; luciendo el hierro de famosa ganadería y domado por el célebre maestro rondeño, llamaba poderosamente la atención del público por su nobleza y gallardía, cuando por las tardes paseaba por la antigua alameda de *Las Delicias*.

La noche del sábado anterior á la corrida, obsequió mi amigo con una expléndida cena á algunos de los diestros que habían de trabajar al siguiente día. Consecuencia sin duda alguna del entusiasmo que por la tauromaquia sentía mi amigo, entusiasmo que hubo de acrecentar la excitación que naturalmente producen los vinos de esta privilegiada región andaluza, ofreció á uno de los picadores de tanda el caballo que á rasgos bosquejamos, con la loable intención de que aquel diestro luciera sus méritos de ginete sobre el brioso alazano; méritos y facultades taurinas que eran generalmente desconocidos, á causa de las míseras cabalgaduras que los contratistas de caballos obligan á montar á los picadores.

Bajo los mejores auspicios, con una tarde expléndida cuanto apacible, y en medio de la general alegría, dió principio aquélla memorable corrida de toros.

El aspecto de la plaza era bellísimo, dando animación y vida al abigarrado conjunto que formaban los espectadores, la confusa profusión de vivísimos y variados colores, que adornaban los vistosos trajes de nuestras graciosas paisanas.

Al ocupar los picadores sus respectivos puestos, observé, causándome verdadero pesar, que uno de ellos montaba el caballo alazano de mi amigo. Su dueño, presenciaba la corrida desde uno de los palcos principales. Al verificarse las primeras suertes de vara, el noble cuanto

hermoso caballo fué herido; y dando una formidable huída de costado, arrojó al ginete á respetable distancia; luego, se lanzó á escape alrededor del circo, aumentando la velocidad de su vertiginosa carrera, espantado del inmenso vocerío del público y á causa también de haber perdido en la huída el pañuelo con que acostumbran taparle los ojos. Al intentar detenerlo los sirvientes de la plaza, volvió sobre sus patas traseras con admirable agilidad y presteza, atravesando el redondel como una flecha lanzada del arco con supremo esfuerzo, y atraído por la querencia de la cuadra, á la cual llegó saltando prodigiosamente el callejón de la barrera, único obstáculo que existía, por estar abierta en aquellos momentos la puerta que da ingreso á las mismas.

Un cuarto de hora después, pisaba nuevamente el circo aquel pobre caballo. ¡Ya no se daba al piafe ni se encabritaba caracoleando graciosamente, mal contenido por la mano del ginete, tascando el freno con bríos y verdadera sangre española! ¡Cubierto de sudor sus finos lomos y la boca de sanguinolentas espumas, sufría impasible los espolazos del picador, y los golpes con que los mozos de la plaza trataban de avivar su penosa marcha, haciendo más odioso y horrible el lento suplicio del hermoso y noble animal.

El maestro veterinario de ciudad, explicaba á uno de los concurrentes la rápida transformación de aquel caballo, con las palabras siguientes, que jamás he podido olvidar:

—"Al llegar á la cuadra le han sacado dos cubos de sangre para quitarle fuerzas y aplomarlo; luego le rellenarían de estopa las orejas, y ya tranquilo, le habrán cosido la profunda herida que le causó el toro en los ijares."

Cuando las mulillas arrastraban al pobre alazano, comencé á explicarme satisfactoriamente el valor de una frase que hasta entónces la estimé impertinente, por considerarla injusta. Hoy, y desde aquella fecha, declaro que tuvo sobrada razón el sabio escritor al decir:

...¡Si la historia del hombre hubieran de escribirla los animales!......

Mi amigo abandonó el palco en el momento en que moría su caballo.

La corrida continuó sin accidente alguno notable, hasta que saltó á la arena el quinto toro.

El público, tomó repentinamente una actitud espectante. Corto intervalo de tiempo reinó el más absoluto silencio. Todas las miradas se dirijían ansiosas al toro, que con alarmante cuanto desusada lentitud,

se encaminó hacia el centro de la plaza. Uno de los diestros le arrojó el capote con intención de correrlo, mas la res huyó, aproximándose á la barrera. Hasta entónces, sólo se pudo observar que tenía desflorado el cuerno derecho; pero al pegarse á las tablas se vió de manera clara y precisa, que carecía de un ojo; lo cual, unido á la falta de condiciones para la lidia, produjo la consiguiente tempestad en el público, que con espantosa gritería, pedía fuera conducido aquel toro al corral.

La exijencia era justa. Pero al complacer á la excitada concurrencia, surgía indefectiblemente uno de esos problemas llamados con verdadera razón insolubles.

Faltándose abiertamente á lo estatuído, sólo se trajeron para la corrida seis toros, no encerrándose el de reserva al par de éstos, como está prevenido, para suplir, caso de inutilizarse alguna de las reses, su falta.

Pero la tempestad crecía, haciéndose indispensable adoptar una resolución. Y no habiendo otro camino, cedí á la popular exijencia. El toro fué llevado á la corraleta.

La empresa autora de aquellos sucesos, había al fin conseguido su objeto, provocando al pueblo al presentar en la plaza un toro sin condiciones de lidia, para que surjiendo el consiguiente escándalo, fuera la autoridad presionada primero, para luego hacer recaer sobre ella el mayor desprestigio posible, tratándose de demostrar con tan deleznable procedimiento, lo absurdo de verificar las corridas de toros, sin el auxilio de la fuerza armada; y no cayó ciertamente en la cuenta, de que aquel triunfo momentáneo, efímero y pecaminoso, que pudo haber tenido incomensurables consecuencias, vino también á causar á nuestro pueblo, inocente de toda culpa, el peor y más grave de los males que hubiera jamás de ocurrirle; puesto que dió lugar al cometer los excesos á que se le impuso en aquella tarde inolvidable, á que se dudara justamente de su proverbial y reconocida cultura.

Restablecido el orden—si es posible que reine en las plazas de toros —se dió salida al sexto, último de la corrida y de aquel año último también de la temporada. No se hizo esperar por cierto, volviera á recrudecerse nuevamente el conflicto. Bastó la presencia del toro en el circo, para que estallara de la manera más formidable y espantosa. Las gigantescas proporciones que llegó á revestir, me inclinan á creer, que si las fuerzas de costumbre hubieran concurrido á la plaza, el conflicto se trueca por desdicha en una de esas catástrofes, que forman las páginas más tristes y sombrías de la historia de los pueblos.

El toro era burri-ciego, completamente mogón de un asta, y con la

otra astillada. El pobre animal se aculó como pudo á la barrera y comenzó á defenderse. La cuadrilla, tuvo necesidad de retirarse, porque una parte del público se lanzó al redondel con intenciones de matar al toro, valiéndose para ello de las armas y medios de que disponía, tales como facas, navajas, cuchillos, estoques, palos y demás; mientras la otra, destruía la plaza arrancando tablones y barandas que arrojaban al circo, en medio de la más atronadora gritería que jamás he oido. Los que se ocuparon en matar al toro, al terminar su obra, desfilaron acto seguido con los pedazos del animal á sus iras inmolado, sujetos en las puntas de palos y bastones, que á manera de trofeos, pasearon por la ciudad, mostrándose alegres y satisfechos de su vituperable proceder.

Cuando después de conseguido el despejo de la plaza pudieron penetrar las mulillas, sólo arrastraron escasamente medio toro; y aquí omito comentarios, por estimar—como llevo dicho—exentos de toda culpa á los que perpetraron el hecho.

Desde los primeros momentos del conflicto, el Señor Salvochea, auxiliado por algunos amigos cuyos nombres—y lo siento—ha borrado de mi memoria el largo espacio de tiempo que media entre aquellos sucesos y el presente, se lanzó enmedio de la irritada multitud, y escudado con sus indiscutibles prestigios, que originaba su merecida cuanto honrosa popularidad, logró calmar algún tanto los ánimos, consiguiendo con sus persuasivos consejos fueran abandonando el circo paulatinamente todos los espectadores, no cesando en su empresa hasta no haber obtenido el despejo total de la casi destruída plaza de toros.

No hubieron de terminar aquellos sucesos sin el natural y justo desagravio á la justicia.

El veterinario de ciudad fué destituído por el Ayuntamiento, vistas las certificaciones de otros profesores, en las que se evidenciaban las enfermedades de los toros, causa del conflicto y su consiguiente inutilidad para la lidia, como resultado de la autopsia practicada á las reses por los mismos. La empresa, fué castigada con el máximum de la multa. El alcalde interino—por estar ausente el propietario Sr. Guillén Estévez—y el concejal de toril, advertidos por la autoridad superior civil. El jefe de día, amonestado por la Comandancia general, por su insistencia en querer despejar la plaza á viva fuerza, contrariando las órdenes terminantes de la presidencia. Finalmente, multas y suspensiones á varios empleados, por faltar á sus respectivos deberes.

Al aparecer en el lugar de la ocurrencia el entónces gobernador civil

de la provincia Don Manuel Somoza, decía, manifestando un verdadero y profundo pesar, luego que terminé de referirle lo acontecido:

—Es indudable, amigo mío; en nuestra querida pátria, ni aun los Reyes dominan en las plazas de toros. La autoridad queda siempre, al menor incidente que ocurra, vejada y escarnecida. ¡Oh! ¡Cómo se elevaría España si desaparecieran de sus costumbres las corridas de toros!

Aquel inteligente y probo funcionario, tan ilustrado como enérgico; notable escritor y patriota hasta el fanatismo, demostró su horror á la fiesta nacional en un notable escrito que con posterioridad dedicó á la Sociedad gaditana protectora de animales y plantas, de la que fué decidido y entusiasta admirador, ocupando en ella el lugar distinguido á que por su talento y relevantes méritos era acreedor.

Luego de reflexionar sériamente sobre lo ocurrido; de evocar recuerdos y de discutir hasta la saciedad conmigo mismo, una vez que hube adquirido el completo y absoluto convencimiento de que estaba *radicalmente curado* de aquella especie de fiebre taurina que hasta entónces vine padeciendo, decidí, en justo desagravio y creyendo cumplir santos deberes, trabajar cuanto me fuera dable para conseguir descartar de nuestras costumbres las corridas de toros.

Contribuir con mis exíguas fuezas á esta obra de regeneración y de progreso, fué desde entónces mi constante deseo.

Rendir el debido culto á Don Gaspar Jovellanos, ilustre y valiente escritor á quien la escasa cultura de su época no arredró ni fué óbice para que su galana pluma fustigara con la energía propia de su varonil entereza, las populares fiestas taurinas; admirar al no menos ilustre Pontífice romano, por su humanitaria cuanto filantrópica obra, condenando las propias fiestas de toros, con esa elocuencia y grandes é irrefutables raciocinios, peculiares á las inteligencias privilegiadas, y, finalmente, á cuantos otros trabajaron con idénticos fines, fué en aquel entónces una de esas necesidades sentidas de tal manera, que no me era posible prescindir de ella.

Intimo amigo del inolvidable Don Ambrosio Grimaldi, erudito escritor y profundo filósofo, ventajosamente conocido en la república de las letras, de ideas avanzadísimas y filántropo hasta lo indecible, me uní á él, excitando su entusiasmo por el progreso jamás desmentido, ayudándole á vencer las dificultades que generalmente dificultan la marcha de cuanto se separa de lo normal, hasta conseguir la creación de la Sociedad gaditana protectora de animales y plantas, por desdicha extinguida.

Casi al constituirse aquella asociación progresiva y benéfica, vino á separarme de mi buen amigo Don Ambrosio, ciertas diferencias surgidas á causa de disparidad de criterio, sobre particulares, á los que dí entónces gran importancia, tanto por error crasísimo de concepto, que motivaron las circunstancias anormales de la época, cuanto por condiciones de carácter aun no dulcificadas por la edad y la experiencia, evitándome muy apesar mío, tomar una parte directa en los trabajos de la Sociedad y también la de haber sido partícipe, aunque inmerecidamente, en los honrosos triunfos por ella obtenidos. No obstante, tras la Asociación caminé por cuantos senderos siguió, aplaudiendo sus victorias con entusiasmo, y haciendo míos sus actos con la inquebrantable fe del más ardiente de sus admiradores.

Entre mis libros conservo con religioso cariño, y ocupan y ocuparán siempre el lugar más preferente, la Memoria contra las corridas de toros, premiada en acto público y solemne en Cádiz á expensas y por iniciativa de la ilustre dama francesa, viuda de Daniel Dulfú; la segunda con el mismo objeto agraciada en el propio acto con el accésit concedido por la Sociedad; el Boletín; los Almanaques; los acuerdos municipales recaídos á sus instancias y cuanto de ella dimana y con ella se refiere.

Cuatro años consecutivos permaneció cerrado nuestro circo taurino gracias á la activa propaganda de la humanitaria Asociación. Las bestias dejaron de maltratarse en la vía pública á efectos de acuerdos del Municipio, que honran á la Corporación que los adoptó.

Hoy todo se ha relegado al olvido. Todo fué inútil; las costumbres en nada se modificaron, volviendo á caminar por el antiguo sendero.

Sólo se pedía á la actual sociedad, compasión para los irracionales. Cuando pareció haberla concedido, se ajigantó, elevando su cultura al nivel de los pueblos civilizados.

He terminado, deplorando haberlo hecho de manera tan desaliñada y deleznable. Cumplo como puedo, contestando con estas pobres cuartillas al llamamiento del Señor Joly en las columnas de su ilustrado y popular Diario. Malas y deshilvanadas, aunque verídicas, si ven la luz pública, realzarán el indiscutible mérito de los trabajos que hasta el presente lleva insertos el Diario, donde se admiran verdaderos derroches de inteligencia, purismo de lenguaje, belleza de conceptos, originalidad de pensamientos é inimitables filigranas.

Septiembre de 1893. J. Mª Luque

LA TOMA DE PUERTO PLATA

1863.



Después de un número de años que empiezan ya á pesarnos algo más de lo que buenamente puede soportarse, no es fácil que retenga la memoria todas las circunstancias de un suceso ocurrido en los comienzos de la vida ó en los alegres años juveniles, en que apenas se fija el pensamiento en conservar las enseñanzas del pasado para formar ese caudal que se suele llamar experiencia.

Hay ruegos, sin embargo, que no es posible desoir, y por esta razón ensayaré, no obstante aquélla circunstancia, á coordinar ideas y á rehacer en mi memoria el hecho apenas conocido que me propongo relatar y que elijo entre otros, no ya por su importancia histórica, sino por ser suceso en que figuran muchas personas conocidas de los lectores del Diario.

Corría en su promedio el ya lejano año de 1863, y hallábase la gran Antilla, la entónces floreciente Cuba, en la prosperidad y la abundancia que hacían verosímil el sabido cuento de los que habiendo tropezado á su llegada con algunas de aquéllas ahora fabulosas *peluconas*, no quisieron tomarse la molestia de inclinarse hacia el suelo para recojerlas, por ser cosa que, según se decía, habían de encontrar por todas partes: y excusado es decir que no volvieron á encontrar ninguna, aun cuando el cuento se refiere á un tiempo en que se puede asegurar que las había.

Consecuencia de aquella riqueza y también en gran parte, de los recelos que inspiraba la guerra separatista de los Estados Unidos, el estado intranquilo de Méjico, y la naciente y no bien asentada dominación española en la parte oriental de la isla de Santo Domingo, era tener constantemente en las Antillas una respetable Escuadra compuesta

entónces de las fragatas *Lealtad*, *Carmen*, *Blanca*, *Petronila*, *Princesa de Asturias*, *Berenguela*, corbetas *Santa Lucía*, *Cortes*, *Mazarredo*, vapores *Isabel II*, *Francisco de Asís*, *Pizarro*, *Blasco de Garay*, *Vasco Núñez*, *Bazán*, *Guadalquivir*, *Churruca*, *Austria*, *Lezo*, *San Francisco de Borja* y otros varios, los cuales se encontraban constantemente en movimiento, alternando en diversas Estaciones ó ejercitándose en cruceros sobre las costas de la isla, bajo la inteligente dirección del almirante Rubalcaba.

De todos estos buques, sólo nos queda hoy la *Princesa de Asturias*, que antes había ostentado en la primera guerra con Marruecos la insignia del que fué luego Conde de Bustillo y que después de haber prestado otros servicios importantes, dejó de ser *Princesa* en 1868, titulándose *Asturias* á secas hasta que el general Beranger, que hoy da nombre á la calle principal de San Fernando, cargó en ella el Colegio naval y se lo llevó á Galicia á fin de aclimatar marinos para los trópicos y aprovechar las notorias ventajas de aquel sombrío cielo para ejercitar á los alumnos en las observaciones astronómicas. También resiste todavía la vieja *Lealtad*, sirviendo trabajosamente de Escuela de marinería en Cartagena.

De los demás buques mencionados han desaparecido por naufragio la *Petronila* en Mariel; el *Francisco de Asís*, llamado luego *D. Fernando el Católico*, echado á pique por los cantonales cerca de Cartagena en 1873, y el *Pizarro*, sumergido en el Occéano cerca de las Bermudas en 1878, navegando desde la Habana á la Península, por un exceso de aprovechamiento de nuestro viejo material flotante. El resto ha terminado su trabajosa vida por la acción destructora del tiempo, que no respeta privilegio alguno ni hojas de hechos tan gloriosas como las de la *Blanca* y *Berenguela* en el Callao.

Tristeza da considerar la incesante labor de los años, que á la vez que destruye tantos buques, ha extinguido la vida de los que entónces ejercían su mando.

Era Don Pedro del Castillo el jefe de la *Lealtad;* Morgado de la *Blanca*; Martínez Viñalet mandaba la *Petronila*; Don Federico Santiago la *Princesa de Asturias*; Don Juán Romero la *Santa Lucía*; Don José Rodríguez de Arias la *Berenguela*, y el veterano vicealmirante Polo, el único superviviente ahora de aquellos capitanes de navío, gobernaba con gran lucimiento la *Carmen*.

* * *

Entre los buques de esta Escuadra, hallábase fondeado en la Habana un gran vapor de ruedas que en aquel tiempo se llamaba *Reina Isabel II*,

y que después de la revolución del 68 fué conocido por el nombre de *Cádiz*. En él había llegado pocos meses antes, procedente de España, el nuevo capitán general de la isla D. Domingo Dulce, marqués de Castell-Florit.

Era su comandante un joven capitán de navío de 38 años, que aunque ya distinguido por su valor y sus conocimientos, no había alcanzado todavía la celebridad que años después le hizo ser admirado en todo el mundo con el nombre de Méndez Núñez.

El segundo comandante era un teniente de navío, que no llegó á hacer gran carrera por haber obtenido muy joven su retiro, y si por esta causa no fué como su jefe, vencedor en campañas guerreras, ganó en cambio batallas electorales que algunos estimaban más difíciles que las de Chile y el Perú. Vive cerca de Cádiz y se llama D. Francisco Miranda y Hontoria.

Seguíanle en categoría D. Faustino Alvar González y D. Pedro Aznar, uno y otro muy *amantes* de Cádiz, ya que en Cádiz amaron y se hicieron amar por las que habían de ser las compañeras de su vida.

Hallábanse además como oficiales D. Rafael Delgado, ya difunto; D. Juán Vilá y Rigall, buen piloto al servicio de la Armada, que hoy vive retirado en Cataluña; D. Diego Jorge de los Ríos, médico ya también difunto, y D. Manuel Fernández Chao, teniente entónces de Infantería de Marina, muerto después con el empleo de coronel del Cuerpo.

Entre los guardias marinas figuraban Antonio Núñez de Haro y D. Eugenio Fernández Fragua, jóvenes de esperanzas que fallecieron prematuramente; D. Miguel Pascual de Bonanza, que hoy vive en Alicante; D. Enrique Santaló, muy conocido en Cádiz y el actual diputado por la circunscripción que hoy relata el suceso en las columnas del Diario.

* * *

Entre los Estados americanos que han heredado nuestro inquieto carácter, había tocado el turno de sus discordias intestinas á la República de Venezuela, cuyos partidos y partidas se disputaban el poder encarnizadamente.

El Gobierno español, atento á protejer los intereses de sus súbditos á la vez que á ayudar en lo posible toda tendencia á la concordia, dispuso que pasara á aquéllas costas uno de nuestros buques, y el comandante general designó para aquélla comisión al *Isabel II*.

A este fin, emprendimos viaje desde el puerto de la Habana, y el día 2 de Junio llegó el buque español al de La Guayra, en cuya rada en

más de una ocasión fué terreno neutral y hospitalario en que se celebraron conferencias entre los jefes de uno y otro bando.

Pero estas conferencias no dieron resultado favorable á la paz, y el comandante Méndez Núñez, brindó el buque español al expresidente venezolano D. José Antonio Páez, á fin de que pudiera trasladarse á donde fuera necesario en concepto de mediador, para llegar á una concordia y devolver la paz á la República.

Aceptó el Señor Páez, anciano respetable, y el día 30 de Junio nos trasladamos á Puerto Cabello, en donde nuestro buque volvió á ofrecer neutral asilo para nuevas conferencias que algo contribuyeron á la paz, aunque no pudo conseguirse de momento.

Asegurada ésta durante el mes de Julio, y siendo ya por esta causa innecesaria la presencia del buque español en aquéllas aguas, salimos de La Guayra el 2 de Agosto; hicimos breve escala en Puerto Rico para tomar carbón; pasamos á la rada de Santo Domingo para tomar y remolcar hasta la Habana una vieja goleta de vela, último y expresivo resto de la fuerza naval dominicana, y en la noche del 20 de Agosto dimos fondo en el puerto de Santiago de Cuba.

Allí hicimos carbón con el propósito de proseguir nuestro viaje hacia la Habana, y estando ya dispuestos para salir el 24, recibióse la orden de detener nuestro viaje y preparar el buque para embarcar algunas tropas de trasporte.

Durante la noche del 24 circularon por la ciudad noticias estupendas de todo género, muchas contradictorias y ninguna cierta, como sucede siempre que se pretende ocultar la verdad, sin poder ocultar al propio tiempo que algo ocurre anormal ó extraordinario.

Los que tenían por costumbre practicar el oficio de adivinadores, afirmaban como cosa probada, que una nueva intentona de los filibusteros había puesto en peligro la isla, y que el embarque de las tropas tenía por objeto reforzar otros puntos más amenazados; pero los adivinos dieron por acabada su tarea, con no poco descrédito de su aptitud para el oficio, cuando én la mañana del 25 se supo que en efecto había estallado un movimiento separatista; mas no en la gran Antilla: Santo Domingo, la isla española de Colón, arrepentida de haber vuelto los ojos y tendido los brazos á la madre pátria, había alzado de nuevo la bandera de su emancipación en las montañas del Cibao y sus milicias harapientas habían sorprendido á las escasas guarniciones españolas de algunos puntos de la costa. Una goleta costera, recien llegada á Cuba, había traído la noticia de haber visto ondear la antigua enseña de los dominicanos sobre el fortín de Puerto Plata.

Nuestra expedición tenía, pues, por objeto reconocer los puertos de la isla dominicana, reforzar guarniciones en donde fuera necesario, ó rescatar las plazas que se hubieren perdido.

Con tal fin embarcaron el 25 por la mañana 432 soldados de infantería de línea de la guarnición de Santiago y una batería de montaña, á cuyo frente se encontraba otra persona queridísima en Cádiz y que no há mucho tiempo falleció en la Habana con el más alto cargo de la isla: me refiero al entónces capitán de Artillería D. Alejandro Rodríguez de Arias.

El mando de la expedición habíase confiado al bizarro coronel Arizon, del Cuerpo de Ingenieros.

*
* *

La travesía desde Cuba hasta avistar las costas de Santo Domingo fué tan afortunada, que ni aun las amarguras del mareo vinieron á abatir los belicosos ánimos de los marciales pasajeros que, no pensando sino en la escasa resistencia personal que podrían ofrecer los enemigos, hacían alegres cálculos sobre un fácil triunfo y sobre el próximo regreso á su querida Cuba, donde no pocos juveniles corazones habían quedado pesarosos de aquel primer efecto que en sus amores producía el patriotismo intempestivo de los dominicanos.

En la anochecida del 28 de Agosto se avistó el alto monte llamado *La Isabela de Torres,* cuya cresta se eleva 2.500 pies sobre el nivel del mar, y á poco de cerrar la noche llegamos á la vista del fondeadero de Puerto Plata.

Los arrecifes que se destacan de ambas puntas de la entrada del puerto y la inseguridad de si en la plaza dominaban amigos ó enemigos, eran motivos suficientes para que el comandante Méndez Núñez navegase con toda precaución, moderada la máquina y con gran vigilancia.

Todos los oficiales del buque y los jefes de la expedición militar, se hallaban sobre el puente haciendo esfuerzos de visión para descubrir algo que diera indicio al menos de lo que en tierra ó en el puerto había. No contaban entónces los buques con el moderno y eficacísimo auxiliar de los focos eléctricos que nos permiten hoy escudriñar lo que sucede á gran distancia entre las sombras de la noche.

Como á las ocho de ella destacáronse de su negrura una série de breves destellos de luz producidos metódicamente por artificio humano, que indicaban sin duda una señal que no podía dirijirse sino al buque; pero al lado de aquella certeza, deslizábase luego una sospecha: ¿sería

esta señal hecha por mano amiga para avisar de algún peligro en la derrota ó por mano enemiga para atraernos engañosamente sobre los arrecifes?

Méndez Núñez detuvo la marcha del buque; mandó encender una luz de bengala para reconocer las cercanías y simultáneamente un fogonazo y el estampido de un cañón, dieron á conocer el sitio en que se destacaba el fuerte de la punta del Este.

Algunos de los que estaban sobre el puente creyeron haber visto al resplandor de aquel disparo, una bandera enarbolada, mas no estaban conformes en la designación de los colores. Todos, no obstante, convinieron en que ni el fogonazo señalaba puntería hacia el mar, ni el proyectil había pasado sobre el barco.

Se tocó zafarrancho de combate, y cuando todo estuvo ya dispuesto, volvió á avanzar el buque lentamente en dirección al sitio de donde había partido el cañonazo.

Poco después se percibió á menor distancia el mismo pestañeo de la luz de señales y al azulado resplandor de una nueva bengala se percibió no lejos del costado un pequeño cayneo tripulado por un sólo hombre que remaba afanoso en dirección al buque.

Un segundo y un tercer cañonazo sonaron en el mismo instante: el vapor no sufrió daño alguno: la bandera del fuerte que en efecto se hallaba arbolada, parecía que ondeaba y se plegaba alternativamente; pero la brisa tropical era tan ténue á aquélla hora, que apenas daba tiempo á que en las perezosas ondulaciones de la enseña pudieran descubrirse los colores.

¡Ah del bote! gritaron de á bordo.

¡Piloto! contestó el remero á la vez que picaba la boga.

El vapor se detuvo de nuevo; atracó el del cayneo; se arrió una escala y apareció sobre cubierta un hombretón fornido, mulato, casi negro, con los ojos brillantes, un machete sin vaina á la cintura, la linterna apagada en la mano y preguntando por el jefe.

Llevado á su presencia y después de inquirir si era buque de guerra español, manifestó en criollo afrancesado, como el de algunos haitianos, que era conocedor del puerto; que los dominicanos del partido independiente se habían alzado en armas contra España y habían obligado á la pequeña guarnición á refugiarse en el cercano y derruído fuerte, donde llevaban varios días sitiados y no muy abundantes de víveres y municiones; que la población estaba en poder de los dominicanos, y que él, aunque insular también, permanecía fiel por gratitud á España y venía á ofrecer sus servicios al buque.

Si la versión de aquél aparecido hubiese sido acompañada de signos que inspirasen confianza, la conducta del comandante Méndez Núñez estaba ya trazada: avanzar por donde él indicase á buscar el abrigo del fuerte que se hallaba en poder de los nuestros, desembarcar la tropa aprovechando las tinieblas de la noche y sorprender á los rebeldes.

Pero surgía una duda aterradora. ¿Y si el relato fuera falso? ¿Y si el fingido práctico era enviado por el mismo enemigo para inspirarnos confianza ó para fondear el buque donde pudiera ser cañoneado á su sabor? ¿Y si el fingido amigo era algún héroe dominicano dispuesto á dar la vida por su pátria y traía el maligno propósito de utilizar su condición de práctico para guiar el buque hacia los peligrosos arrecifes y hacerlo embarrancar en sitio en que quedase perdido para siempre? ¿Qué hacer entónces de una fuerza quebrantada, física y moralmente, por las fatigas del naufragio, aislados en tierra enemiga, sin víveres, ni municiones, ni probabilidades de socorro?

Méndez Núñez se hizo seguramente cargo de estos varios supuestos: vaciló un momento entre creer al negro bajo palabra de incógnito dominicano á fondear fuera del puerto para esperar el nuevo día; pero sus irresoluciones fueron siempre muy breves, y llevándose aparte al sospechoso amigo que había surgido de un cayneo entre las sombras de la noche, le dijo entre mohino y cariñoso, cual requerían las dudas de su ánimo:

"No sé en este momento si eres amigo ó enemigo: sube al tambor y guíanos al puerto: yo estaré á tu lado y ten por cierto que en el momento en que toquemos una piedra ó se dispare al buque un cañonazo, tendrás el pago que tu acción merece."

Y amartillando su rewólver dijo con voz enérgica ¡Avante! y ten cuidado que aun el error puede costarte caro.

Oyó el mulato la amenaza con aparente indiferencia, indicó el rumbo con la mano y permaneció inmóvil, mirando de reojo al comandante.

Poco tiempo después, á la vista del fuerte y en sitio al parecer franco del arrecife, se volvió á Méndez Núñez y dijo secamente:—"Puede V. fondear: el buque está seguro y cerca hay playa donde poder desembarcar."

El fuerte disparó otro cañonazo; pero ya á la distancia á que nos encontrábamos, pudo apreciarse bien que dirigía sus fuegos hacia tierra y que la enseña que ondeaba era española.

La última duda que quedaba era la posibilidad de una estratagema fraguada por los rebeldes dominicanos, en cuyo ánimo quizás no pesaría demasiado el derecho de gentes.

Méndez Núñez resolvió, sin embargo, fondear con la cadena indispensable, dejándola engranada al cabrestante y conservar dispuesta la máquina y la artillería.

Acto contínuo se arriaron los cuatro botes de pescantes y se embarcó en ellos cuanta tropa permitió su cabida, correspondiendo en turno al que había de ser luego diputado gaditano, el modesto servicio de guardia marina de retén.

No obstante la sospecha que aun infundía á todos el práctico desconocido, nos dirijimos instintivamente á la playa de fácil acceso que él nos había indicado al Oeste del puerto, donde casi á la vez embarrancaron suavemente sobre arena las cuatro embarcaciones.

Los soldados, ansiosos de pisar la tierra, se lanzaron al agua sin esperar aviso, en tanto que los oficiales eran llevados á hombros por la marinería de los botes.

El fuerte disparaba de vez en cuando un cañonazo, siempre hacia el interior; pero nadie salía de él ni á hostilizar, ni á recibir á los recien llegados.

En tanto que la tropa que había llegado á tierra tomaba sus disposiciones para el avance en dirección al fuerte por terreno desconocido, tres de los cuatro botes regresaban á bordo llevando la noticia del felíz desembarco, mientras el otro se quedaba en espera á fin de mantener las comunicaciones necesarias. En dos viajes más quedó desembarcada toda la expedición.

Emprendióse la marcha con las debidas precauciones, y movido mi ánimo de juvenil curiosidad, como el que halla deleite en todo aquello que reviste carácter misterioso, mientras la gente de los botes continuaba el desembarque de la impedimenta, seguí maquinalmente al jefe de la expedición, que á su lado llevaba á Rodríguez de Arias, formando yo detrás de ellos segunda y democrática pareja con el corneta de órdenes.

El avance hasta el fuerte no ofreció dificultad alguna. Por su aspecto exterior, más bien que fortaleza parecía derruído torreón de esos que todavía se ven por nuestras costas como vestigio indefinido de pasadas dominaciones. Defendía su acceso una rudimentaria barricada cónstruída con ruedas de carreta, piedra, sacos de arena y otros efectos que indicaban la precipitación con que había sido necesario apercibirse á la defensa.

Ya próximas á él las avanzadas de nuestra columna, se destacó del fuerte una patrulla que, previas las formalidades de mútuo reconocimiento, confirmó plenamente la lealtad de nuestro negro y sus verídicas noticias sobre el estado de las cosas.

Comunicáronse entónces los jefes del fuerte y de la expedición, y después de muy breve conferencia, colocáronse guías conocedores del terreno entre las avanzadas de nuestra columna, y ésta emprendió la marcha silenciosamente, amparada por la oscuridad de la noche, con el propósito de hacer la acometida simultánea por distintas entradas del pueblo.

Serían las dos y media de la madrugada: el fuerte había cesado de hacer fuego: no se veía un enemigo, ni se oía una voz en uno ni otro campo; nuestras avanzadas tocaban ya por varios lados á las primeras casas de la ciudad de Puerto Plata, que parecía dormir el más profundo y sosegado sueño.

El coronel Arizon se detuvo un momento; miró hacia todos lados con semblante de extrañeza y al buscar con la vista á su corneta, se apercibió de mi presencia ydijo cariñosamente:

—"¡Hola! Caballero guardia: V. aquí? ¿Tiene V. orden de seguirnos?"

—"No, señor (dije tímidamente como muchacho sorprendido en travesura.) Venía á preguntar qué se hace con la impedimenta que ha quedado en la playa."

—"Dejarla allí hasta nuevo aviso, dijo sonriendo; pero vuélvase V. á los botes que allí puede hacer falta. Aquí lo que se puede V. encontrar, innecesariamente, es un balazo por la espalda. Estos negros no son de fiar y no es buena señal este silencio."

Aun no había concluído de pronunciar estas palabras cuando sonaron en distintas direcciones dos nutridas descargas de fusilería seguidas de animado tiroteo. Mi compañero el corneta, fijos sus ojos en los de su jefe y traduciendo el pensamiento en su mirada, dió la señal que estaba convenida para el ataque simultáneo; las tropas avanzaron á la bayoneta por diferentes calles para ir á concentrarse en la plaza del pueblo, donde estaba acampado el núcleo de la fuerza rebelde: el tiroteo fué breve y el ataque tan impetuoso, que duró escasamente una hora.

Puerto Plata quedó sometida: la victoria fué nuestra; pero el bizarro jefe que la había alcanzado, no tuvo ni el consuelo de Nelson, de bendecir á Dios por ella y de apagar sus ojos ante los resplandores del triunfo.

Una bala perdida le había herido en mitad del corazón, arrebatándole una vida tan llena de esperanzas y privando al Ejército y á España de un jefe inteligente y de un soldado valeroso.

El cadáver del jefe fué conducido al fuerte y la noticia de esta pérdi-

da amortiguó en la tropa las alegrías del triunfo. Cuando al rayar el nuevo día comentábanse en torno del exánime caudillo los incidentes de la noche y se hacía el balance de ganancias y pérdidas de la jornada, el capitán Rodríguez Arias, amigo cariñoso del vencedor de Puerto Plata, exponía friamente su juicio en las siguientes frases que he conservado como máxima para ocasiones semejantes.

"La gloria es nuestra, pero no el provecho: el coronel Arizon valía más que los cuarenta negros que han quedado tendidos en las calles."

R. Auñon

Capitán de Navio.

Madrid 15 de Octubre de 1893.



DOS PÁGINAS DE MI VIDA.



¿Cómo se reveló en mí ese sentimiento que impulsa á cultivar la poesía y á ser entusiasta adorador de la literatura?

No puedo precisar la época, pues desde que empezó á desenvolverse la razón hubo algo en mi alma que indicábame el difícil camino.

El maravilloso conjunto de la Naturaleza fascinaba mi infantil entendimiento hasta un grado superlativo: era para él lo que luz explendorosa iluminando de pronto concavidad sombría...... Manifestación constante y permanente de un poder absoluto; poder que mueve la débil hoja del árbol, da su canto al pajarillo y sus misteriosas evoluciones á la idea. ¿Qué significaba aquél algo que encarnábase y crecía? La intuición de lo bello; intuición que puede haber sin que denote inteligencia de superior calidad.

Vivía arrastrada por no sé qué extraña corriente. ¿A dónde iba?

Como no podía hacer en mi ignorancia razonables definiciones, caminaba hacia adelante cual ciego sin lazarillo; pero vislumbrando entre las sombras la hermosa estela de una suprema esperanza.

Creerá el lector que con este prematuro desarrollo del *sentimiento innato* desarrollábase también el afán al estudio; mas grandemente se equivoca.

Refractaria á los libros, ni aun aprendía aquellas sencillas lecciones de la primera educación; así es, que merecí en justicia de mis maestras el vergonzoso calificativo de *torpe*.

En resumen: mucha filosofía de mi propia cosecha; es decir, mucho meditar sobre los *elementos y la formación* de las cosas, pero nada de gramática ni de escritura; nada de números ni de historia.

Mi inolvidable padre que, no obstante de mi desaplicación, no me tuvo nunca por torpe, avergonzóme un día ponderando mi *inutilidad* y dando delante de un amigo testimonio de ella.

Abro aquí un pequeño paréntesis para en memoria suya dar á conocer algo de su personalidad.

Hombre de excelente inteligencia reconcentraba el pensamiento para antes de expresarlo poderlo analizar: matemático profundo y tan buen trasmitidor de esta ciencia que pocos discípulos no le honraron: admirador entusiasta del genio y tan sencillo como estudioso.

¿A qué no decir la verdad? Era un sabio que por falta de suerte no se había colocado entre otros compañeros de menos *condiciones*.

Quien lo haya tratado íntimamente verá que no miento, y verá también que no exajera mi filial cariño.

Con estas cualidades ¿cómo mostrarse indiferente á mi desaplicación ó mi torpeza?

Reprendióme con tanto ahinco que sublevó mi dignidad; esa dignidad que puede albergarse en un alma de once años no cumplidos.

Fué una trasformación súbita la que experimenté.... La revelación completa de aquel sentimiento indefinido.

—¿Nada valgo ni nada puedo ser?—me preguntaba.

La exaltación nerviosa crecía de la misma manera que la blanca espuma que en la playa forma el oleaje.... Crecía tan imponente que á mí misma me anunció que estaba efectuándose una laboriosa crísis.

Cual fantasmagórico cuadro comenzaron á pasar por mi inteligencia esos mil personajes de la historia que tanta admiración causaban á mi padre; personajes que yo veneraba en silencio cuando le oía hacer comentarios, siempre gloriosos para sus nombres; tuve entónces un arranque de desbordado orgullo y en extremo ridículo si lo tuviera ahora, pero gracioso y original en aquel período de inocencia é ignorancia.

—¡Seré como *todos esos!*—me dije recreando la vista intelectual en la fantástica procesión.

Y empecé á escribir, leer y estudiar con la constancia de un consumado maestro: mas aprendía según mi capricho.

Mi impetuoso afán no me dejaba seguir las reglas establecidas; no es extraño, pues, que mi letra resulte *tan bien* configurada.... Cuando quisieron modificarla era tarde, toda vez que habíala ya formado y tenía el exclusivo privilegio de *invención*.

Sin conocer en absoluto el arte poético hice un romance dedicado á mi padre que, convirtióse desde aquél día en mi mentor.

Parecióme que atesoraba la belleza y la galanura de los más celebrados vates y, sin embargo, hízole reir y decirme:

"Deja lo que no entiendes é instrúyete en lo que más necesitas."

Era mucho martirio no escribir lo que sentía; pero como la prohibición fué absoluta, contrarresté mis aficiones de la misma manera que se contrarresta el más precioso elemento de nuestra felicidad.

Nutriéndome en el rico pan de su amor y su enseñanza, aprendí una filosofía pura y racional que era la filosofía de su carácter, modesto por naturaleza.

"El poderoso debe ser digno, pero humilde y el sábio, sin orgullo ni vanidad.... ¿Quién puede vanagloriarse de no empobrecerse y de saberlo *todo?*"

Con habilidad suma inculcaba en mi corazón esta doctrina y daba á mi entendimiento nuevos y más diáfanos horizontes; mas apenas recogía el provechoso fruto de ella, vino el *mandato eterno* y hundió al mentor en los abismos de la muerte.

Con el supremo dolor de la orfandad, desbordóse el sentimiento de la poesía y....

Entoné como el ave de la selva
un canto no aprendido. (1)

¿Cómo decir al que sufre y ama, ahoga y no expreses esos acentos que pugnan por manifestarse?

La santa poesía tendrá siempre que existir, porque nace por impulso natural y es don exclusivo del espíritu humano: es fuente preciosa donde han bebido todas las generaciones y todas las razas; lámpara divina donde se muestra el progreso moral: manifestación de lo infinito, pues con razón pregunta Lamartine: "Si el arte no es el profeta de Dios, ¿qué será, pues, el comediante del hombre?"

. . . .

Poco tiempo después dábase mi nombre á la publicidad y asistía por vez primera á una Velada literaria celebrada en esta localidad: Velada que no señalo ni describo por no despertar recuerdos ni herir susceptibilidades.

Fuí á ella acariciada todavía por los encantadores ensueños de mi niñéz y *orgullosa* por haber sido invitada á figurar entre la brillante congregación de ilustres inteligencias.

La sala donde efectuábase tenía un aspecto hermosísimo, y más que hermoso deslumbrador.

Parecióme el receptáculo del genio, y cada uno de sus espectadores un espíritu puro dispuesto á postrarse y á orar ante la bendita reli-

(1) De mi composición *Luz y sombra.*

gión del talento; pero cuál no sería mi sorpresa y mi asombro viendo desencadenarse la crítica grosera entre las mismas que alabaron y aplaudieron....

Lo confieso sin miedo y con esa noble franqueza de la verdad. Vi cómo se rendía culto á una personalidad y que después á esa misma personalidad se ridiculizaba tan indignamente que parecía en los lábios la torpe risa de la burla y del desprecio.

Acostumbrada á las sencillas creencias de mi familia, hízome tan mal efecto aquélla despreciable comedia, que tuve un momento de suprema angustia. Quería retroceder, marcharme y arrojar también el desprecio sobre aquellos necios aduladores.

Algunas figuras que me fueron simpáticas en el comienzo de la Velada, las comparé más tarde al *demonio* de la injusticia: sin embargo, debo decir en honor de la humanidad que, muchas se mostraron dignas y puritanas y en el absoluto dominio del talento.

Desde aquella noche memorable cobré á esas reuniones una especie de terror, pero como estaba en esa edad en que todo se embellece y en que la triste realidad aun no es comprendida, las seguí frecuentando creyendo de buena fe que lo sucedido sólo era una excepción.

¡Ojalá pudiera afirmarme en esta idea, pues la excepción es únicamente cuando se impone la verdadera unidad de las inteligencias!

Ahora pregunto: ¿Qué alcanzaré en esta lucha suprema del sentimiento que, á todo trance quiso entrar en el vastísimo campo de la literatura? Hay algo en mí que no se atreve á retroceder y me grita que avance.

¿Iré torcida en mi camino?

Voy con mi conciencia, que despide la luz de los grandes ideales y voy con Dios, que es el principio inmortal de la vida, el verbo sustantivo de ella....

¡Qué importa que mi nombre no pase á la posteridad y quede olvidado como humilde silueta, si después que el cuerpo descanse en el polvo y el espíritu penetre en el *día eterno*, no debe sentirse ni la satisfacción de la gloria ni los aplausos de esa posteridad!

Rosa Martínez de Lacosta

Octubre 27-1893.

EN REHENES.

Sr. D. Federico Joly y Diéguez:

Medio año hace, querido compañero y amigo, que estoy en deuda con tu persona.

Desde que te prometí, accediendo á tu galante invitación, enviarte un trabajo para la série que pensabas publicar, mis ocupaciones y mi idea preconcebida de ser de los últimos, lo han dilatado hasta ahora.

No creía natural que mi nombre figurase en primer término entre tantos de valer como iban á dar muestras de su ingenio en lo que se ha hecho.

Y como sabes, no padezco la terrible enfermedad del siglo que llamó Carlyle, *insinceridad*.

De entre mis recuerdos elegí éste, que puede tener interés, por no ser de todos conocido, y por referirse á época de gran movimiento en nuestra pátria historia.

Entro, pues, en materia, no sin antes dedicar este trabajo al Excmo. Señor don Manuel Rancés y Villanueva, Marqués de Casa La-Iglesia, exembajador acerca de S. M. B. y otras cortes, etc., etc.

Al que le ruego se sirva admitir esta dedicación por la buena amistad que de muy antiguo unió á nuestras respectivas familias, por la respetuosa que le profeso, y por la señaladísima parte que tomó tanto en aquellos días, como en otros, en bien de la ciudad de Cádiz, su tierra natal.

* * *

El día no pudo estar más hermoso: apesar de ser el comienzo de la Canícula, no se hizo sentir el calor.

Desde primera hora, los criados que habían ido á la compra, y los madrugadores, traían noticias alarmantes del estado de la ciudad.

Las puertas estaban guardadas por fuertes pelotones de Milicianos que no dejaban salir más que á los extranjeros, ó aquellas personas que iban provistas de una salvaguardia del *Comité de Salud pública.*

Varios de aquéllos habían ido á refugiarse en los buques de su nación anclados en nuestra bahía; ésta presentaba un animado aspecto. Unos cuantos buques de guerra extranjeros, estaban fuera de la línea de los mercantes; al día siguiente los reforzó una fuerte escuadra inglesa, de las mejores de las que tenía Albión en aquella época. Decíase que un joven comerciante, vestido de marinero francés, había pasado por la Puerta del Mar entre un grupo de aquéllos, yendo á refugiarse al *Jeanne d'Arc*, acorazado que entónces nos visitó.

Aseguraban otros, que un ilustre diplomático había sido detenido en la Puerta del Mar, en el momento en que llevaba á su familia, en compañía del Jefe de las fuerzas navales alemanas, á embarcarse para el Puerto de Santa María. (1)

Y lo que sí se afirmó por todos, era que mal trechas las fuerzas cantonales, derrotadas las de Sevilla, y restablecido el orden en dicha capital, se dirigía á la nuestra una fuerte columna bajo el mando del general Pavía, y que muy quebrantado el espíritu de algunos de los que

(1) Con posterioridad hemos sabido el relato exacto de este hecho, que referimos por restablecer la verdad, y como curioso dato.

El diplomático acompañaba á su numerosa familia, con la que iban también algunos deudos suyos. Fué con ellos el jefe alemán, y su proyecto era embarcarla para el lugar indicado, regresando él de nuevo á la ciudad, en aguardo de que sus servicios pudieran ser útiles.

El oficial de voluntarios de facción en las puertas de mar los detuvo, tratando de impedir el que salieran.

Dicha personalidad arengó á la fuerza dándose el peregrino caso de que ésta, atendiendo á lo que se le dijera, con gran acento de verdad, se sublevase contra su comandante.

Aprovechéronse de ello los que emigraban y salieron.

Momentos después, y una vez embarcados los suyos, regresó el diplomático.

Con verdadero asombro vieron los cantonales la vuelta, inexplicable para ellos en momentos en que todos trataban de huir.

Comprendiendo la estupefacción que producía su presencia, el animoso señor á que aludimos, les dirigió de nuevo la palabra demostrándoles como él no era hombre que faltaba á la suya, y que había asegurado regresaba, decidido, como estaba, á no dejar la ciudad en momentos de peligro tal.

Hay que advertir á más, que en la tarde anterior había tratado también esta familia de salir de Cádiz, no pudiendo lograr su primer intento.

nos gobernaban, habían acordado hacer entrega de la ciudad al Comercio, para lo cual se provocaría una ámplia reunión, en la que depondrían sus poderes los individuos del *Comité*.

Se provocó aquélla, mas bajo aspecto bien diferente del que le atribuyera el rumor popular.

Ya bien entrada la mañana, se presentaron en mi casa un cabo y un soldado de aquellas tropas que el gracejo popular bautizó con el nombre de *botellitas lacradas*, aludiendo con ello á los cubre-cabezas que usaron: iban armados con fusil y bayoneta, é hicieron saber al criado, que les recibiera, la orden terminante que llevaban de hacer entrega del oficio, de que eran portadores, á la persona á quien iba dirijido, la cual había de firmarles el sobre.

Era la de mi padre, y como éste se hallaba enfermo en cama, hubieron de entrar en su habitación: cumplidas las órdenes se retiraron, llevándose el correspondiente recibo.

Se trataba de una comunicación, que á la letra, decía:

"Comité de Salud pública de la provincia de Cádiz.

Ciudadano:

El Comité ha dispuesto que sin excusa ni pretexto alguno, se presente V. en el Salón de Sesiones ordinarias de la Casa Aduana, para asuntos de verdadero interés general de la población, á las once en punto de la mañana de hoy.

Salud y República Federal.—Cádiz 2 de Agosto de 1873."

Como el espíritu siempre se inclina á lo más agradable, que lo fuera en aquél caso la cesación de tal estado de cosas, y como la ambigüedad misma con que estaba redactado el oficio, parecía ser confirmación de lo que de público se decía, creímos se trataba de provocar la anunciada reunión para declinar los poderes.

Para cosa bien diferente fué, confirmándose una vez más lo inexacto de los rumores, que si fundados en algo de la verdad, no la abrazan á toda ella.

La verdad á medias, es la peor de todas las mentiras.

Había reunión, como aseguraron, mas ni los ánimos estaban decaídos, ni se trataba de entrega alguna; por el contrario, se procuraba recabar medios para hacer más enérgica la defensa. Llegamos á la Aduana en el momento en que el oficial de Marina retirado, y acaudalado banquero D. Francisco de Aramburu y Fernández, en pie, con ademán decidido y voz enérgica decía: *nó, nó, de ningún modo*.

Esta era la contestación que el Comercio de Cádiz daba al oficio del *Comité de Salud pública*, á que diera lectura el ciudadano Pérez Lazo,

si mal no recordamos. En dicha comunicación se exigía una gruesa suma en concepto de anticipo de guerra, que habían de satisfacer los representantes del Comercio y de la propiedad de Cádiz, allí reunidos

Si nuestra memoria no nos es infiel, en vista de la hostilidad de los congregados, se les concedió un plazo para que poniéndose de acuerdo contestáran acerca de lo que se les pedía.

Aproveché el tal momento, para avistarme con los Señores. D. Antonio de Zulueta y D. Santiago Mendaro, hoy difuntos, y decirles, de parte de mi padre, que les facultaba á que obrasen en su nombre, estando conforme á más, en hacer lo mismo que ellos hicieran.

Dado lo angustioso de las circunstancias, no había por allí curioso alguno, no siendo, por otra parte, permitida la entrada en aquél lugar más que á las personas citadas, para lo cual hube de exhibir el oficio de convocatoria, manifestando al propio tiempo el objeto que me llevaba, pues por mi corta edad, comprendíase desde luego que no era de los citados.

Transcurrido el breve plazo concedido para que se pusieran de acuerdo aquellos á quienes se exigió el anticipo, quedaron detenidos á disposición del *Comité de Salud pública*, hasta tanto procediesen á hacer entrega de lo que á cada uno le correspondiera de la suma total.

Cumplida mi misión, debí retirarme, puesto que allí nada tenía que hacer, y por otra parte debía llevar noticias á mi casa.

La natural curiosidad de ver lo que ocurriera me hizo quedar, creyendo ingénuamente, con la sencilléz propia de la falta de experiencia de la vida, que aquéllo habría quizás de resolverse en breve plazo, y sin contingencia alguna; á mas me enorgullecía ser el único joven que allí hubiese entre tantas personas, para mí tan respetables bajo todos conceptos.

La reunión se celebró en la Sala en que de ordinario se congrega la Comisión provincial, y desde que fué conocida la decisión formal de no obedecer lo que se mandaba, se colocaron ocho hombres con fusil y bayoneta en la galería que da acceso al local donde estaban detenidos los contribuyentes, que es el del ángulo inmediato á la Puerta de Sevilla.

Como por mi edad no estaba entónces en situación de alternar con aquéllos señores, en su mayoría amigos de mi padre, ó personas á quienes le oía con frecuencia nombrar, me salí al vestíbulo que da acceso al referido local y otras oficinas, y apoyándome en el quicio de una puerta, bien pronto comencé á aburrirme; aquéllo no tenía lance, no tenía con quien hablar ni nadie me dirigía la palabra; mi imprudencia,

sin embargo, me hizo ser uno de los pocos que vieron lo que paso á relatar, proporcionándome á la vez la ocasión de estar preso, por única vez en mi vida (y en buen hora sea dicho) á los 15 años.

Los ayudantes del Comité iban y venían llevando órdenes, pasando por el Archivo de la Diputación, en cuya proximidad debían sin duda estar constituídos los que formaban aquél.

* * *

Actuaba en aquella época en Cádiz como cónsul inglés Mr. Thomas Fellowes Reade, persona que desempeñó el cargo cuatro ó seis años, captándose en ellos generales simpatías, apesar de las difíciles circunstancias por que entónces atravesábamos: dicho señor, se connaturalizó tanto con nuestras costumbres, que llegó á ser gran aficionado á las corridas de toros. No desdeñaba tampoco el uso de la capa, y en invierno era frecuente verlo con esta prenda y un monumental sombrero de copa, blanco; mas la característica de la indumentaria de mister Reade, eran los chalecos: ya mahones, bordados; ya de grandes cuadros; ya, en fin, con botones de oro.

Este señor, ayudó mucho al finado D. Agustín de la Viesca, primero en la formación del *Jockey Club* de Cádiz, luego en la organización de algunas *reuniones,* en las que fué *Handicapper.*

Era querido en todas partes, y concurrente asíduo del Casino Gaditano, de la casa de D.ª Carmen Verges, (donde comía con frecuencia) y de otras de las más distinguidas de la ciudad.

Su esposa, que era una señora muy bella y muy agradable, era también muy apreciada entre las damas de Cádiz, y sus hijos, pequeños entónces, se educaban con los que forman la generación actual.

Pocos días antes de estos hechos que narro, había tenido ocasión de conocer á dicho señor, por asunto también relacionado con los sucesos que se desarrollaron entónces.

Inmediato á nuestra casa, habitaba un entonces capitán de infantería, hoy jefe retirado del Ejército, que no sólo no quiso adherirse á lo creado, sino que por el contrario, sus deseos eran salir de la ciudad incorporándose á las tropas del gobierno Central.

Más ó ménos fundadamente, sospechó pudieran molestarlo, como hicieron con algunos oficiales de la Armada, ó con sus familias, y con este motivo deseó la protección del cónsul inglés, al fin no sólo de evitar lo segundo, sino de lograr lo primero también.

Como la obtuvo por mediación de alguien de mi casa, fui el en-

cargado de llevarlo al Consulado Británico, y presentárselo al cónsul; así lo hice, á hora algo avanzada de una noche del mes de Julio, recibiendo cariñosa hospitalidad el oficial español, de parte de los señores de Reade, que en el segundo piso de su casa le tenían dispuesta una buena habitación, y le agasajaron y trataron á cuerpo de rey.

Tenía el cónsul su domicilio en la casa de la calle de San Alejandro, donde está en la actualidad la fundación piadosa llamada "Rebaño de María."

No recuerdo el desenlace que tuvo aquéllo, y si el oficial llenó sus deseos; mas ésto no hace al caso, y si lo cito es por narrar el modo como conocí al cónsul de S. M. B.

* * *

No tardó en presentarse éste en el local de la Aduana donde nos hallábamos detenidos, y si bien cubría su cabeza la tradicional castora blanca, su trage lo era uno azul con botones dorados; una especie de distintivo para su fatigosa labor de aquellos días, dado lo grave de las circunstancias que atravesábamos. Franqueó sin obstáculos los primeros centinelas, mas al llegar á los últimos, que estaban á ambos lados de la puerta, sobre cuyo quicio me aburría yo, ya no pudo pasar adelante, y como los increpara, se promovió un altercado, al ruído del cual acudieron algunos de los detenidos dentro, y otros de los que estaban en las habitaciones que comunicaban con el lugar donde se hallaba el *Comité de Salud pública*.

De éstos fué el Sr. Rivera, perteneciente á una antigua familia de Cádiz, y que entusiasta (como algunos otros jóvenes conocidos) de las ideas por que se luchaba, tomó las armas para defenderlas.

Desempeñaba un cargo en el *Comité*, y su uniforme era el de ordenanza en tales días.

Al organizarse la columna expedicionaria que fué á batir al Arsenal de la Carraca, se vistió á los voluntarios que la formaban con *trages de rayadillo*, de los que había una gran cantidad en el Depósito de Bandera y embarque para Ultramar, cosa no extraña, si se atiende á que estábamos en el periodo álgido de la campaña separatista de Cuba, y Cádiz era el principal punto de envío de fuerzas.

Llevaba, pues, el susodicho, el trage conocido vulgarmente, por de *Soldado de la Bandera*, y cubría su cabeza la gorrita colorada en que orlaban las tres esterillas de plata, símbolo de su empleo en la milicia cantonal: ¿fué enviado allí por su jefe, que enterado de la pre-

sencia de los Cónsules Extranjeros, (que al Británico acompañaban algunos otros) deseaba tener noticias de lo que ocurriera; ¿ó fué quizás sólo por curiosidad, y llamado por el ruído que allí se hizo? lo ignoramos.

Mister Reade ordenó á los voluntarios que ya que no lo dejaban entrar, permitiesen al menos la salida de los cónsules y extranjeros allí detenidos, algunos de los cuales, habían acudido al escándalo que se produjo con las primeras palabras.

Se obstinaron los centinelas en guardar su consigna, y el inglés, cogiéndolos por las solapas los apartó con violencia, dejando franco el paso, y ordenando á los extranjeros que salieran.

Rápido uno de aquéllos, el del lado derecho, que era un hombrecito del pueblo de estatura y fuerzas medianas y ya anciano, se echó atrás é hizo por el cónsul, cuyo pecho, sin duda, trataba de herir.

Mas veloz estuvo el Señor Rivera, que asiéndolo por detrás por ambos brazos, le hizo girar sobre los talones, evitando con ello el que pudiera consumarse el atentado.

No fué dificil al Sr. Reade el lograr su intento,pues hombre alto y bastante fuerte, atropelló con facilidad á los voluntarios, á favor de lo cual salieron de allí no sólo cuantos debieran salir, sino algunos otros que habilidosamente se mezclaron entre ellos.

Pude ser uno de tantos, mas aumentada mi curiosidad me quedé, viéndome obligado á permanecer detenido hasta lograr evadirme.

Pasada la impresión del momento, se restableció el servicio, aun con mayor vigilancia que la que antes hubiera, y como por otra parte el viejecito que no había terminado su facción permanecía en ella, no era cosa de arriesgarse á que cumpliera las *obligaciones del centinela*, que puede que no le fueran desconocidas por haber servido en sus primeros años, ó quizás las ejecutara por instinto y por celo por la causa cuyos ideales defendía.

A las cuatro de la tarde logré convencer á uno *de los entrantes*, pues el relevo ya se había hecho, hacía rato, que mi detención allí era casual, que sólo fuí á cumplir una comisión, y que ni por mi edad ni condiciones, era de los que allí debían permanecer detenidos á responder de lo que se les exigía.

No me fué difícil el logro de mi intento, que entre otras cosas probaban mi aspecto y mi edad.

Mentira me pareció cuando respiré el aire de la calle de la Aduana, después de aquéllas cinco horas de aburrido cautiverio, que desde que ocurrió el suceso que he relatado, se puso aquéllo de lo más monótono

é insoportable para quien como yo era allí exótico, bajo todos conceptos.

Volé rápido á casa á dar tardía cuenta de mi misión, narrando al par cuanto viese.

¡Poco que me pavoneaba yo aquella noche con otros *caballeretes* de mi edad, una vez pasado el miedo, de haber estado detenido con las personas más importantes de Cádiz!

El Sr. Rivera (y permitido sea el inciso, congruente por haberme de él ocupado,) emigró á Francia al terminar aquéllos sucesos, de cuyo país no ha vuelto, que sepamos al ménos.

*
* *

Aquélla noche fué de gran terror: ha sido una de las veces que hemos visto la ciudad más solitaria; sólo el pasado 1.º de Mayo del 91, es cuando la vimos más.

Regresaron de San Fernando precipitadamente y en mal orden, las fuerzas expedicionarias, y con ellas vinieron mezcladas algunas de las otras que se levantaron en defensa de la idea cantonal.

Fué de éstas la caballería de Paterna, formada por gentes de quienes se decía profesaban ideas muy avanzadas con respecto á la propiedad.

En la plaza de Mina presenciamos el paso de esta tropa, que entró en Cádiz poco después del toque de Animas.

Formaban un escuadrón de unos noventa hombres, que llevaban en cabeza uno ó dos clarines.

Montaban buenos caballos, requisados en su mayoría á los labradores de la provincia, en la parte que llaman del *Obispado,* y formaba su indumentaria á más del trage de *soldados de la bandera,* anchos sombreros de palma ó fieltro.

Estaba en boga entónces la lectura de las obras de Mayne Reyd y de Gustavo Aymard; impresionado mi ánimo con ellas, pues sabido es lo que sugestiona la lectura, el paso de aquel tropel me pareció una escena de las narradas en tales novelas, referentes á las perennes luchas y revoluciones de las repúblicas hispano-americanas.

*
* *

No consiguieron sus deseos de quebrantar el ánimo de los rehenes, y éstos á las once fueron puestos en libertad, visto que nada se obtenía de ellos, y quizás también no atreviéndose á proceder con mayor violencia, ante la enérgica actitud de los cónsules extranjeros, cuyas potencias

estaban autorizadas por el Gobierno Central, para intervenir en España; ¡á tal extremo llegamos en aquélla época!

Nunca hemos visto una cantidad tal de banderas y de salvaguardias con pretexto de extranjería; sin duda que pasarían de quinientas las de otros países arboladas en la ciudad, y sabido es, que á tanto no monta el número de cónsules y extranjeros que suele haber en ésta: fué que todo el que tuvo ocasión de acojerse, aunque momentáneamente, bajo un pabellón extranjero, lo hizo.

El terror aumentó al siguiente día, en que llegó á la cifra de 30.000 el número de los que de Cádiz habían emigrado. Muy próximo el ejército contrario, con la probabilidad de lucha, se permitió abandonarnos á los ancianos, mujeres y niños; no se impidió tampoco la salida de aquéllos comerciantes ó propietarios que para hacerlo quisieron abonar la cuota de contribución que les correspondía, según lo acordado por el *Comité de Salud pública*, y que fué, si mal no recordamos, el importe de un semestre. De ellos fué el banquero Don Santiago Mendaro, nuestro paisano, hoy difunto; señalada su boda para aquél día no quiso aplazarla, celebrándose ésta en familia, marchando los contrayentes enseguida al Puerto, exhibiendo para lograrlo en las puertas, el correspondiente salvo conducto.

Como dato curioso, apoyo además de lo que pasamos á decir, insertamos los nombres y clasificación de los buques extranjeros que estaban en nuestra bahía en aquel entónces.

En el día que nos detuvieron, formaban la Escuadra combinada, los siguientes buques:

Ingleses. — Fragata *Triumph*, (15 cañones); cañonero *Pigeon*, (1 cañón)

Austriaco.—Corbeta *Helgoland*, (6 cañones.) Esta fué relevada á la mañana siguiente por la *Velebich*, (4 cañones.)

Brasileño.—Corbeta *Nichtheroy*, (24 cañones.)

Americano.—Corbeta *Shenandoah*, (14 cañones.)

Franceses.—Vapor *Lamothe Piquet*, (4 cañones,) corbeta blindada *Jeanne d'Arc*, (4 cañones.)

Alemán.—Corbeta *Elizabeth*, (14 cañones.)

Portugués.—Corbeta *Infante D. Henrique*, (11 cañones.)

Aquélla tarde recaló del Estrecho la Escuadra acorazada inglesa que mandaba el vicealmirante Sir Hastmgs R. Jelverton. La formaban la fragata de 18 cañones *Lord Warden*, (buque insignia) la corbeta *Pallas*, (8 cañones) y la fragata (de 6 cañones) *Invincible*.

En un total doce buques, en su mayoría de alto bordo, un aviso, y 142 cañones.

El *Triumph*, fué el buque encargado de entenderse por el telégrafo de señales con el Consulado británico. De la fragata se trasmitían los avisos á los otros barcos extranjeros.

*
* *

Se hallaba situado el Consulado Inglés en el bajo de la casa de nuestro convecino, hoy también difunto comerciante, D. Daniel Mac-Pherson; allí fuimos al día siguiente. El objeto de mi padre, á quien yo acompañaba en aquélla ocasión, fué el de celebrar entrevista, acerca de cuanto venía ocurriendo, con el cónsul inglés.

Calmó éste por completo nuestros ánimos, diciéndonos en reserva, que al menor desmán que se cometiera, saltarían á tierra 2.000 hombres de la escuadra combinada, y se apoderarían de la ciudad, estableciéndose en ella, entendiéndose por desmán, cualquier atentado al derecho de gentes; esto es, que estábamos en vísperas de ser tratados como una cualquiera de las ciudades asiáticas ó africanas, en que los europeos han intervenido para garantir vidas y haciendas. Aquella declaración, llevó á mi ánimo la certeza de la causa por lo cual ocurrió lo de la tarde anterior, así como la de porque no se extremáran los rigores con los rehenes, llegando hasta el triste caso de sacrificar alguno de ellos para obtener lo pedido, de los demás, como se ha hecho en más de una ocasión en nuestras guerras civiles, en lo que pudo sin duda influir también el jefe del pueblo en aquélla como en otras ocasiones, ciudadano Fermín Salvochea, hombre si exaltado, humanitario y caballeroso de suyo.

Si nuestro relato tuviera otro fin que narrar lo ya escrito, diríamos cuanto se fraguó aquél día para hacer una contrarevolución, y la energía y actividad con que se trabajó y se allegaron recursos para el logro del desenlace que todos conocemos.

Fuerza es decirlo; se atacaron las ideas, se ofendió á las creencias, se atropelló el libre ejercicio del culto, y la propiedad de la Iglesia, y nada se hizo: hubo necesidad de un asomo de atentado contra el indivíduo para que con energía se intentara algo.

¡Una prueba más del positivismo moderno!

No terminaremos, sin embargo, sin recordar rumor en boga entónces. Díjose que si en Jerez se realizaba la idea de atentar á la propiedad *quitando los tapones de las botas* (bestial expansión anunciada más de una vez y que perjudicaría entre otros á los que la tuvieran) una fuerte guarnición inglesa vendría á esta región á fin de garantir los intereses de sus súbditos tantos y tan acaudalados.

De otra parte, la autorización del poder central parecía dar pábulo á lo que decimos.

Si los soldados de la casaca roja por una ú otra causa, hubiesen venido á esta región, ¿no hubiese sido para ellos *otro Egipto?*

Cádiz 1-XII-93.



¡QUINCE MIL DUROS!



Un episodio de mi vida ligado con sucesos de interés general, me pide para su excelente DIARIO mi buen amigo Federico Joly. Agrego una condición al tema: que sea Cádiz el escenario del episodio, y por tanto, del hecho importante con el cual se relacione. Más todavía. El acontecimiento ha de ser la Revolución de Septiembre.

Antes de llegar al episodio, hemos de caminar un buen trecho y porque los lectores que me honren con su compañía no se aburran, seguiré las inspiraciones del arte moderno, entreteniéndolos con varias circunstancias menudas, curiosas y no muy conocidas, de aquél gran suceso histórico.

Uno de los secretos del arte, redúcese á mostrar, desde puntos de vista bellos, los pormenores de las personas y de su actividad, de las cosas y de su situación y de las combinaciones de las personas con las cosas.

Las generalidades, las abstracciones, el divagar de la fantasía, todo eso no es sino charlar con el pensamiento, con la lengua, ó con la pluma, sin decir nada. Matar ese vicio, (que ha sido por cierto el cáncer de la obra revolucionaria del 68,) es la misión del naturalismo, progreso colosal del arte.

Se trata, v. gr., de cualquier indivíduo célebre por sus talentos, por sus virtudes, por sus crímenes, por la dignidad de que se halla investido, y nada excita la curiosidad, ni recrea el espíritu tanto, como los detalles íntimos de su vida, minuto por minuto.

Vivimos anhelosos de conocer la realidad de las personas y de las cosas y de los sucesos. Estamos ahitos de chachareros, por muy floridos

que sean los aluviones de frases con que nada nos digan, ó nos hablen de historias que maldito si nos interesan; y entiéndase que mi realismo, que mi naturalismo, no se ciñe á lo tangible, sino que soy de igual modo realista, naturalista, en cuanto atañe á las actividades de la inteligencia que piensa y rige y del espíritu que siente y mueve, que tocante á la de la materia que hace y produce.

La obra de arte no es perfecta si no deleita la razón con una enseñanza, el espíritu con un movimiento de simpatía, de admiración, de ternura, ó entusiasmo, y, de algún modo, los sentidos corporales. Ventura colmadísima del ser humano, por obra del arte, fuera la posesión de una mujer dotada de la inteligencia de Madama Staël, del espíritu amoroso de Julieta y de la hermosura de Phryné.

*
* *

Los seis años, del 62 al 68, pasados en Cádiz, salvo breves temporadas en Sevilla, cuentan entre los más felices de mi larga existencia.

Los escenarios de aquéllas dichas fueron los pabellones de Artillería, la redacción de *El Peninsular*, el Casino Gaditano, la villa de las Canteras, la ciudad del Guadalete y el pueblo de las dos playas; y no es que yo los mirase con el cristal de color de rosa de la edad en que todo se ama y en todo se cree, sino que un cuarto de siglo después, no encuentro á ese rincón de mis idolatrías más competidora sino aquélla divina costa que va de Monte-Carlo á San Rafael y en la cual se asienta el emporio de las rosas y las violetas.

Por eso sintetizo las mayores hermosuras del mundo en estos dos nombres: Niza y Rota y pongo á Niza delante por deber de cortesía.

Había yo hecho por los años del 63 al 65 la campaña de Africa y era capitán graduado, ayudante del tercer regimiento á pie de Artillería, que se alojaba en el cuartel de Candelaria.

Me precio y me glorío de haber llevado bombas en el cuello, y anteponiendo la verdad á la modestia, en haber gozado de aura popular entre mis compañeros, debido acaso á la simpatía y al afecto que mi carácter alegre y comunicativo les inspirara y á la seguridad que tenían de ser correspondidos, con creces, por mi amistad. ¡Cuántos nombres de queridísimos jefes y camaradas *que se fueron*, suben de mi espíritu á mis labios en este instante con tal ternura, que de seguro me bendicen *desde arriba*, ellos que leen el pensamiento y sondan el corazón! ¡Ruíz Jiménez, Enrile, Jácome, Córdova (Juán de Dios,) Pepe Arcos, Bolaños, Temprado, Pazos, Pantoja, Quesada, Iribarren......!

A los veintitantos años gustaba yo todavía de farolear, y en las tardes veraniegas, cuando después de un novenario de Levante salía la gente á pasear por el Peregil y á respirar con delicia el Poniente suave y fresco que llega de la costa frontera, recogiendo emanaciones salinas en aquélla inmensa bahía cuyas olas revientan en las playas de Rota, el Puerto y Puerto Real, en aquellas deliciosas tardes sin nubes en el cielo, ni arrugas espumosas en el mar, previo el necesario permiso del coronel, sacaba yo al paseo el regimiento con armas, y allí, después de tomar el mando el capitán de cuartel y de ocupar sus puestos en las compañías los oficiales de semana, se pasaba la lista, cuyo acto amenizaba la notable música creada por el inolvidable D. Silverio López Uria.

Muchas amigas mías, del señorío más pingorotudo las unas, modestas viñeras las otras, deliciosos ejemplares todas de la hermosura y del garbo gaditanos, venían al Peregil á ver la formación, y á *rezar*—decían ellas—con los artilleros.

¡Ay si la prudencia no sujetara mi pluma, cómo podría citar los nombres de algunas cuarentonas, suculentas todavía, de las que bonitas y lozanas como capullos de rosa, bailaban lanceros y valsaban en la *Tienda del Casino y de los Artilleros* el primer año de la *Velada de los Angeles*, y *rezaban* frente al cuartel de Candelaria las tardes que había lista con armas!

Explicaré lo del rezo:

En corroboración de que la vida real, incluso la cotidiana de la tropa, si se buscan sus fases artísticas, ofrece cuadros bellísimos, hay en el servicio interior un acto solemne, que me produce siempre una sensación inefable. Aludo al toque de oración por la banda de cornetas, sobre todo cuando, según acontecía las tardes aquéllas, se pasa la lista formado el regimiento con armas delante del cuartel.

Concluída la lista, los oficiales de semana mandan á las compañías *en su lugar descanso*, van á dar *el parte* al jefe y vuelven á sus puestos. El jefe, capitán, ó comandante, ó el propio coronel si está presente, da la voz de *¡firmes!* hace al tambor mayor una señal, y las cornetas comienzan el toque.

Los oficiales y soldados que no están en filas, hacen alto, al oirlo, donde les coje, se cuadran y llevan la mano derecha á la visera; los paisanos que presencian el acto se descubren; las mujeres bajan los ojos y mueven los labios, y aquéllas notas que vibran lentas, gratas, magestuosas, en medio de aquel respeto profundo, de aquel religioso silencio, parecen evocación sublime á los genios y á los héroes de otros

tiempos para que nos iluminen y nos fortifiquen y no decaigan nuestra razón ni nuestro ánimo en el servicio de la Pátria.

* * *

El partido progresista puro, el de la gloriosa campaña de *La Iberia*, el de Prim, Calvo Asensio, Sagasta, Carlos Rubio, Asquerino y Ruíz Zorrilla, el que hizo la Revolución de Septiembre, aliado, por la izquierda, con *el único definidor de la democracia en España*, D. Nicolás María Rivero, el fundador de *La Discusión*, uno de cuyos redactores fué aquella gala del periodismo español que se llamó Roberto Robert, y por la derecha, con la Unión Liberal, representada luego en el Gobierno Provisional por el duque de la Torre, Topete, Ayala y Lorenzana, ese partido tenía en Cádiz, como en todas las provincias, un Comité y un periódico.

Presidía el Comité un antiguo artillero, de aristocrática familia, D. José de Sola, caballero sin tacha, cuyo dogma era la Constitución de 1812, su idolo el general Espartero, y el mote de su escudo político: á "retaguardia, ni un paso; á vanguardia, sin límites."

Ese mismo era el lema del periódico *El Peninsular*, que dirigía D. Manuel de Sola y Albareda, hijo del presidente del Comité, del cual eran vocales: D. Toribio Noriega, D. Antonio Angel de Mora, D. Manuel María Puelles, D. Juán José Junco, D. Pedro de la Cruz Romero, D. Pedro White y algún otro que no recuerdo.

En Rota, organizó el partido progresista un gran amigo mío, liberal á majamartillo, D. Manuel Ruíz Mateos y Bejarano, abuelo del distinguido militar y escritor D. Andrés Ruíz Mateos, que ha dado tantas veces, en las columnas del Diario de Cádiz, gallardas muestras de su claro talento.

Todos los miembros del Comité de Rota que presidía D. Manuel, dieron ya sus cuerpos á los gusanos: Delgado y Cisneros, Sañudo, Rubín, Benítez, Acosta, Puyana y Ramírez, Pazos.

Amigos de corazón míos, seguían en todo y por todo mis inspiraciones, y por luchar con ellos el año, creo, de 1864, en pro de la candidatura para diputado provincial de D. Manuel Ruíz Mateos (hijo,) que tantas veces ha sido luego alcalde dignísimo de Rota, *yo sé quien* pidió al Ministro de la Guerra que me mandase á Canarias.

El Ministro dió la orden telegráfica y urgente al Gobernador Militar de Cádiz, general Garrido; pero como yo *nací de pies*, la víspera de mi marcha cayó el gabinete González Bravo, y la primera resolución der

general O'Donnell, á petición de mi queridísimo coronel entónces López Domínguez, fué telegrafiar á Garrido diciéndole: "quede sin efecto el embarque del teniente Navarrete;" con cuyo motivo aquélla tarde me fuí á Rota, y, para que rabiaran los contrarios, agarramos los miembros del Comité y el indultado una chispa...... *que yo entiendo.*

Cuando yo estaba en Rota, se celebraban en mi casa, la de la marquesa de Villarana, en mi novela *María de los Angeles*, las sesiones del Comité, y *se humedecían* siempre con amontillado fino y tintilla superior, sacado á pulso el líquido con sabrosas bizcotelas.

Un día, fué á verme á Cádiz D. Manuel y me pidió una felicitación, con no sé qué motivo, para el general Espartero.

La escribió Luís Vidart, y tanto levantó el vuelo, que uno de los párrafos, bellísimo por cierto, decía:

"Pasan los siglos, y mientras el maestro Luís de León escribe los "*Nombres de Cristo*, pasmo de la ciencia contemporánea, y mientras "Arias Montano funda la *Filología comparada*, unos obscuros frailes "que se llaman fray Tomás Torquemada y fray Pedro Deza, atizan las "hogueras de la intolerancia religiosa, y á sus siniestros resplandores, "se ve desaparecer el genio científico de nuestra Pátria."

Seguro es que al héroe de Luchana y á los vocales del Comité de Rota, les aconteció en vida lo que á mí me sucede todavía; que no leyeron nunca la *Filología comparada*, de Arias Montano.

* * *

¡Con qué cariño recuerdo aquélla redacción de *El Peninsular*, en el cual colaborábamos casi diariamente Luís Vidart y yo; aquél piso bajo sito en la esquina de las calles del Oleo y de la Torre, frente á la iglesia de San Antonio, desde cuya sacristía solía excomulgarnos cierto clerigón, de la cantera de aquél de Lope, que

á Dios no llamaba bueno
sino después de comer:

Desde la puerta de la calle, alcanzaba la mano los pestillos de las vidrieras del pequeño cancel que daba paso á la reducida sala central de la redacción. Frente al cancel, junto á la pared, estaba la mesa, con doble pupitre, donde trabajaban *vis-á-vis* el redactor insustituíble para la brega diaria D. José Pereira y el administrador don Julio Grimaldi.

Comunicaba este saloncito, por la izquierda, con el despacho del Director, y por la derecha, con un gabinete, sobre cuya mesa, junto á

la ventana, escribían, el redactor D. Ambrosio Grimaldi, anciano demócrata cuyo superior talento revelábase con lucidez en sus artículos, fundador de la primera *Sociedad Protectora de los Animales y de las Plantas,* que hubo en España, y el noticiero Morera (Guillermo), los epígrafes de cuyas donosas gacetillas parecían vocabularios de onomatopeya: Pim, pam, pum... *Dilin, dilón... Miau, miau... Piiiii... Rataplán, plam, racataplam... Qui qui ri quí...*

También fué gacetillero de *El Peninsular,* el célebre poeta gaditano Víctor Caballero y Valero.

Luís Vidart y yo sostuvimos animada polémica literaria, en las columnas del diario progresista, con el distinguido abogado de Cádiz D. Manuel García de Meneses, sobre un punto de crítica del drama *Historia de un día,* original del hoy jefe ilustre del partido posibilista y excelente amigo mío Abarzuza (Buenaventura.)

El Comité, presidido por Sola y *El Peninsular,* gozaban de las mayores simpatías en los otros partidos liberales, así como en el unionista, cuyos jefes primero y segundo eran dos gaditanos de imperecedera memoria: D. Juán Valverde y don Eduardo J. Genovés, como en el republicano, exuberante de vida en aquel tiempo, con un brillantísimo estado mayor donde figuraban glorias científicas como Eduardo Benot, Augusto Arcimís, Fernando Garrido; pensadores y escritores y oradores como Ramón Cala y Abarzuza (Ventura;) literatos como Narciso Campillo y Moreno Espinosa; jurisconsultos como Alfredo Arcimís y José Jiménez-Mena; profesores como Alvarez Espino, Cuenca, Rioseco, Franco, Campe, Arizmendi, y en representación de la Banca, de la Industria y de la Fuerza, Manuel Francisco Paul, Francisco Viesca, Zamudio, Landa, Julio Grimaldi, Gumersindo de la Rosa, Rafael Guillén, Rojas, Barra, Salvochea......

*
* *

El 17 de Septiembre de 1868, á las nueve de la noche, conversábamos alegremente, paseando por las azoteas del Parque de Artillería, Luís Vidart, Adelardo López de Ayala, D. Antonio María Segovia, el comandante del tercero á pie Diego Martín Bolaños y yo.

El alumbrado celeste no era muy expléndido. No hacía luna y vagaban por el ancho cóncavo espesos nubarrones que velaban la claridad de las estrellas. Soplaba un SO. fresco y en el mar hacía borregos el oleaje.

Ayala, estimulado por mí, que recitaba con entusiasmo, maravillas

de *El tejado de vidrio* y de *El tanto por ciento,* nos dijo, del modo incomparable que sabía él hacerlo, un soneto que le rebosaba del corazón entónces, por las dulces causas que dirán las breves líneas que consagraré al estreno de una *Loa* de Ayala en el teatro de San Fernando de Sevilla. Reproduzco los cuartetos por pagar á los lectores, con usura, el aguante de la vil prosa de mi artículo:

Quisiera adivinarte los antojos
Y de súbito en ellos transformarme;
Ser tu sueño, y callado, apoderarme
De todos tus riquísimos despojos;
Aire sutil, que con tus labios rojos
Tuvieras que beberme y respirarme;
Quisiera ser tu alma y asomarme
A las claras ventanas de tus ojos.

D. Antonio María Segovia, el secretario perpétuo de la Real Academia Española, escritor insigne y el hombre de conversación más amena del mundo, nos hechizó con sus donaires sobre los sucesos del día. (1) Vidart nos dió la nota triste con ciertos pesimismos que por nuestro mal han resultado profecías.

—¡El *Brillante*!—gritó de pronto Ayala, señalando con la mano una luz que apareció en el horizonte y avanzaba en demanda del puerto, sirviéndole de faro el del castillo de San Sebastián.—¡Ahí está—volvió á exclamar—el remolcador *Brillante,* donde vienen de Gibraltar Prim, Sagasta y Ruíz Zorrilla!

El vapor llegó á la gran bahía sin tomar práctico, pasó frente á nosotros, desapareció por nuestra derecha, fondeó en el puerto y se trasbordaron los tres ilustres pasajeros á la fragata blindada *Zaragoza,* que mandaba el capitán de navío D. José Malcampo.

Bolaños se despidió de nosotros y

—Voy—dijo—á darles la bienvenida.

*
* *

El viernes 18 amaneció frío y nebuloso.

Á mediodía, cuando se pusieron en movimiento los barcos de la escuadra, nubes pardas y blanquecinas dejaban lucir á ratos su zafiros al cielo y sus rayos á la estufa de los pobres.

---

(1) Están muy bien descritos en el DIARIO DE CÁDIZ, por el Sr. García Rojas, con el título: *Preludios de la Gloriosa.*

Á la una y minutos, los buques insurgentes, formados á partir de la boca del puerto, en línea por la extensión de la bahía, hicieron una salva de 21 cañonazos y las tripulaciones, subidas en las vergas, dieron vivas á la libertad y aclamaron á los jefes de la Revolución, espectáculo que contemplaba un gentío inmenso desde las murallas de Cádiz.

Eran esos buques, además de la *Zaragoza,* que lucía la insignia almirante, la fragata blindada *Tetuán,* mandada por otra gloria nacional: el capitán de navío que con fuego cerca de la Santa Bárbara, desafió el peligro de volar con el buque, *antes que mojar la pólvora,* en el combate del Callao, D. Victoriano Sánchez Barcáiztegui, muerto años después como un héroe, sobre la toldilla del vapor *Colón,* por una granada de los carlistas; las fragatas *Villa de Madrid* y *Lealtad,* los vapores *Vulcano, Isabel II* y *Ferrol* y las goletas *Edetana, Ligera, Concordia* y *Santa Lucía,* cuyos comandantes eran respectivamente, los capitanes de navío D. Rafael Arias y D. Fernando Guerra, los de fragata D Adolfo Guerra y D. Florencio Montojo, y los tenientes de navío D. Isidoro Uriarte, D. Buenaventura Pilón, D. Vicente Montojo, D. Manuel Vial y D. Francisco Pardo. Por último, los trasportes urca *Santa María* y vapor *Tornado,* y fuerzas del resguardo marítimo.

*
* *

El mismo día por la tarde, á eso de las cuatro, un caballero alto, de 32 años, gallarda presencia, hermoso color, bigote negro, aspecto distinguido, simpático y varonil, militar seguramente, salió de Cádiz por la Puerta de Mar y fletó un bote para ir á la *Zaragoza.*

Una vez á bordo de la fragata blindada, se hizo anunciar á los generales Prim y Topete, los cuales salieron á su encuentro y lo abrazaron con efusión al recibir la cordial enhorabuena que les daba la visita en voz muy alta y con el acento inconfundible de la ciudad clásica del oloroso y del palo cortado.

El general Prim le previno la necesidad de que la guarnición secundára pronto el movimiento, y el recién llegado le respondió, que así el teniente Melgares, como los demás subalternos de Cantábria, le habían prometido sacar el regimiento á las dos de la madrugada, sin otra condición sino que los paisanos protegieran la salida, y que, con tal fin, á dicha hora estaría él con varios amigos leales y los ochenta hombres armados, de toda su confianza, que había traído de Jerez, frente al cuartel de San Roque, donde á la sazón se hallaba oculto el

coronel Merelo, el cual tomaría el mando del regimiento. Los ochenta jerezanos estaban escondidos en la fábrica de algodones del Balón.

Recibió el amigo de los jefes de la Revolución, del general Prim, una carta-orden para el secretario del duque de Montpensier, D. Rafael Esquivel, cuyo señor debería entregarle QUINCE MIL DUROS; y del brigadier Topete, un *quedan*, por el cual le abonarían en casa de los Sres. Alcón, del comercio de Cádiz, DIEZ MIL DUROS, no sé si de la misma ducal procedencia.

—Usted gasta lo que necesite de los VEINTICINCO MIL DUROS—le dijo Prim y asintió Topete—y el resto me lo entregará cuando nos veamos.

—No necesito absolutamente nada, mi general,—respondió, con viveza, el distinguido jerezano,—y aquí encaja completar, con el moral, su anterior bosquejo físico, diciendo que su don de gentes, su caballerosidad y su valor son proverbiales en España.

En el mismo bote que lo llevó á la *Zaragoza,* volvió á Cádiz, saltó en tierra, encaminóse á la *Fonda de Blanco,* donde vivía D. Rafael Esquivel, dióle la carta y recibió, á toca teja, los *trescientos mil reales*, en TRES MIL MONEDAS DE CINCO DUROS, las cuales guardó en un saco de mano. De allí se dirigió al escritorio de los Sres. Alcón, los cuales, al recibir el *quedan*, pusieron á su disposición los DIEZ MIL DUROS en oro; pero como los quince pesaban mucho, les rogó que los tuvieran en su poder, y que, si los necesitaba, iría por ellos.

Ya estaba el sol puesto cuando llegó al Hôtel de París, donde vivía, y mandó por un coche para llevar el dinero á casa del amigo de más confianza que tenía en Cádiz, el cual si aquélla noche moría él en la empresa revolucionaria, se los entregaría seguramente al marqués de los Castillejos.

*
* *

En los Pabellones, en el Parque y en el cuerpo de guardia del cuartel de Candelaria, en los dominios artilleros en suma, comentábase, cual en todas partes, la sublevación de la Escuadra, y esperábase con ánsia el desarrollo y el desenlace de tan grave suceso inicial.

El General Gobernador Militar, D. Joaquín Bouligny y Fonseca, era también artillero. Todos los capitanes y la mayor parte de los tenientes de guarnición en Cádiz en 1868, habíamos sido sus discipulos de física, química y mineralogía, en aquel *Gabinete de Ciencias Naturales,* situado en la plazuela del Alcázar de Segovia.

Militar de gran mérito, cultivaba también la literatura y escribió muchas poesías festivas con el donaire de Serra y de su compañero Munarriz. A una señora de su amistad, madre de un cadete desaplicado, á la cual decía en una carta que su hijo, aprobado con dificultad de una de las asignaturas, la de matemáticas, le faltaba para ganar el semestre y ascender á subteniente alumno, el examen de química, le agregaba:

Ahora mi amistad la exhorta
á que le obligue á estudiar,
no se nos vaya á quedar
metido en una retorta.

Yo no soy nadie para juzgar la conducta, frente á la Revolución de Septiembre, de aquél respetable Jefe y Maestro, que ya dejó de ser *aquí abajo*. No hizo nada, porque no contaba más que con unos cuantos artilleros (algunos de los cuales simpatizaban con la Revolución) y con un coronel y un capitán de ingenieros, hoy general, D. Rafael Cerero para combatir con la Escuadra, con el regimiento de Cantábria, con su propia escolta, con el pueblo y la provincia de Cádiz, con la Nación y con la Providencia.

*
* *

En el Cuarto de Banderas del cuartel de Candelaria, estaban, de orden del General, el coronel Pazos y todos los demás jefes y oficiales del tercer regimiento á pie, uno de cuyos tenientes era un héroe de bendita memoria: Eduardo Temprado, el capitán, gloria del Cuerpo y de la Pátria, que batiéndose cuerpo á cuerpo con los carlistas, sólo contra mil, murió acribillado á bayonetazos sin entregar las piezas de su batería.

*
* *

En el Parque nos encontrábamos el Coronel Director, D. Federico Ruíz Jiménez, el capitán del Parque de San Fernando, Ramón Rodríguez Rivera, y yo, que lo era de labores del de Cádiz.

El peón de confianza, el antiguo portero Francisco Alcalde y el escribiente del coronel, á los cuales enviamos á distintos puntos de la población en busca de noticias, nos trajeron algunas importantes: la vía férrea, de Cádiz á San Fernando, estaba destrozada; el telégrafo cortado; de los dos batallones del regimiento de Bailén, que habían

salido por la mañana de Sevilla para Cádiz, en un tren especial, nada se sabía, y corría la voz de que se habían sublevado en el camino.

*
* *

Aprovechando una clara, pues el tiempo seguía lluvioso, salí del Parque á las seis de la tarde, á dar una vuelta por la ciudad. Estaban las calles solitarias. El aspecto de Cádiz era triste. En la plaza de San Antonio, me detuve á la puerta del Casino para saludar á dos amigos queridísimos, que ya se fueron, los dos, *arriba*: Paco Cerveró y el marqués de Casa Recaño. También hablé con otros señores, afiliados algunos al partido moderado, los cuales me afirmaron *que la calaverada de los marinos no encontraría eco ni en Cádiz ni en ninguna parte.*

—Así lo dudo—les contesté,—y seguí mi camino, con rumbo al muelle, por la calle de San José, plaza de Mina y calle de San Francisco, en la cual, á la puerta de la Fonda de París, comienza el episodio de mi vida, enlazado con la Revolución de Septiembre, con cuya petición me honra mi amigo el director del Diario de Cadiz.

*
* *

Á la puerta de la Fonda de París estaba el coche que había mandado buscar el militar jerezano, el cual inclinábase ya para franquear la portezuela, llevando en la mano el saco guardador de las tres mil monedas de cinco duros, cuando llegué yo y le grité:

—¡Manolo!

Al verme, retiró el pié del estribo, enderezóse y con marcada satisfacción exclamó:

—Me vienes de perilla, José.—Á buscarte iba con este saco.—Alguna vez habías de llegar á tiempo. Sube á la carretela.

El que tal me decía contaba conmigo como consigo mismo. Entonces, el año de 1868, éramos amigos hacía veintitantos y continuamos siéndolo en 1894, sin que durante medio siglo, á partir de la escuela de D. Domingo Farto en el Puerto de Santa María y siguiendo por el Instituto de San Juan Bautista en Jerez, el Colegio y la Escuela de Aplicación de Artillería, en Segovia y Sevilla, casas de huéspedes, fondas, pabellones, campamentos y otros excesos, donde juntos aprendimos á leer, perdimos el tiempo estudiando latín, nos educamos militarmente, peleamos contra los marroquíes y gozamos de lo que da de sí la tierra que cae bajo el piso principal de la Gloria, sin que durante cincuenta y

pico de años, vuelvo á decir, haya empañado nuestra fraternal amistad el más ligero celaje. De Manuel no me han separado nunca, ni una *cuenta* ni un *cuento*, y dígolo porque no es frecuente que tal acontezca en la familia originaria del Arca de Noé.

Subí al carruaje y me vino muy bien, pues arreciaba la lluvia, é hízolo después mi amigo, diciendo al cochero:

—A los Pabellones de Artillería.

—Pero ¿qué hay Manolo?—le pregunté.—¿Cómo vá la cosa?

—No perdamos el tiempo—me respondió.—En este saco hay quince mil duros en oro, que me acaba de dar el secretario de Montpensier, para el General Prim. Tengo mucho que trabajar esta noche y estoy muy expuesto á que *me agarren*. A Ramón Cala lo han preso esta mañana en la estación, al llegar de Jerez y está en la cárcel. ¿Qué me hago yo con este dinero? No lo puedo llevar á la espalda como una mochila...... y si tenemos que andar esta noche á tiros......

—Podíamos hacer con él una cosa muy sencilla—le interrumpí—fundándonos en un sabio principio.

—¿Cuál?

—Repartírnoslo, que no deja de hacernos falta. *En la guerra el que aferra, aferra*. Yo te guardaré tu parte y seré tu heredero si......

—Mira, José, no seas *músico*, que no está el tiempo para *coplas*. Oye con formalidad. Me guardas este saco en tu pabellón, y si á mí me lleva el demonio, se lo entregas al marqués de los Castillejos. ¿Estás conforme?

—La pregunta huelga entre nosotros; pero te voy á pedir una gracia.

—Venga.

—Que me permitas contemplar siquiera el dinero. No he gozado nunca de tan soberbio espectáculo. ¡Tres mil monedas de cinco duros! ¡Tres batallones á mil plazas! ¡Tendrán que ver sobre una mesa! Por supuesto que yo no creo que haya quince mil duros, ni en Cádiz, ni en parte ninguna. En la Mitología si acaso, en casa del rey Midas, ó en las aguas del Pactolo. A ver, déjame tomarlos en peso.

En ese tono continuamos el diálogo, hasta que ya en la plaza de Méndez Núñez, mirándome, moviendo la cabeza y riéndose, me apostrofó así el hombre de confianza del general Prim en aquel gran suceso de nuestra historia, como del Duque de la Torre lo era el autor inmortal de *Consuelo*:

—Mentira parece, (*aquí una interjección aragonesa*), que á los treinta y tantos años y con la cabeza llena de canas, sigas siendo tan *trompeta* como cuando éramos cadetes. Toma, José, toma el saco, que ya llegamos.

Bajé yo primero y recuerdo que á la puerta de los Pabellones no había ningún ordenanza; pero sí andaba por allí el cabo cartero, el cual me dijo al verme:

—Aquí tengo, mi capitán, un pliego para Vd.

Y entró á buscarlo en el cuartito que tenía destinado en el zaguán, cuyo momento aprovechó Manuel, salió del coche y subió, sin ser visto, el primer tramo de la escalera.

En realidad importaba poco que lo vieran en los Pabellones, donde todos sus antiguos jefes y compañeros lo estimaban de verdad, y digo antiguos porque Manuel, que pone sello de honradez á todos los actos de su vida, pidió su separación del servicio antes de afiliarse á la Revolución y conspirar por su triunfo.

Mi pabellón, el número 21 del 2.º piso, el del capitán del Parque, descrito está, con lujo de pormenores, en mi novela *María de los Angeles*. Tenía un gabinete de *toilette* con una gran ventana, sin reja, que daba paso á las azoteas del Parque, de las cuales bajábase al Establecimiento por una escalera de madera que yo mandé construir y colocar con permiso del Coronel Director. Había en el gabinete, frontero á la ventana, un gran armario adosado á la pared, la cual constituía su cara trasera. En ese armario ú alacena, en un canasto que pocos días antes había venido á Puerto Real desde Sevilla lleno de flores, se guardó el saco del dinero. Manuel se puso furioso porque quise darle la llave del armario, y, para desenfadarlo, dije á Cristóbal, mi asistente:—Saca una botella de amontillado del barril de D. Carlos Haurie y llévala con dos copas, al comedor.

A duras penas conseguí que bebiera conmigo una copa. Estaba preocupado, é impaciente, con razón, pues la empresa de la noche, que ya comenzaba, y en la que tan importante papel tenía destinado, era de las que figuran entre los aniversarios más gloriosos de la historia de un pueblo.

—Á tu salud, Manolo, le dije chocando con la suya mi copa llena del suave, transparente, oloroso y dorado caldo jerezano; — á tu salud y por que mañana temprano vengas loco de alegría en busca de las tres mil monedas.

Le dí un estrecho abrazo y bajé con él hasta el coche, al cual subió, no sin que antes se juntara de nuevo con el mío el pecho nobilísimo de aquél cumplido caballero, cuyo nombre no puedo estampar aquí porque me lo ha vedado, y de obligación me toca obedecerlo, como jefe, cuyas insignias son nada menos que dos entorchados.

Sospecho sin embargo que los lectores del Diario lo han cono-

cido. Tal es el episodio de mi vida con que respondo á la invitación de Federico Joly, mi excelente amigo: Haber sido una noche *cajero* de la Revolución de Septiembre; y haberse necesitado una Revolución para que sin haberlos nunca poseído, visto ni tocado, sepa yo *lo que pesan* quince mil duros en oro.

* * *

Antes de relatar los sucesos que acaecieron la noche del 18 al 19 y para completar el cuadro demostrativo de la situación de los principales actores de *la Gloriosa*, en aquellos momentos, diré que con rumbo á Cádiz iban, en el vapor *Buenaventura*, el duque de la Torre, sufriendo muchísimo del mareo, y los generales Serrano, Bedoya y López Domínguez. El vapor entró en bahía el 19 al anochecer lloviendo á mares.

De Londres, en el vapor *Clifton*, habían salido el 7 de Septiembre los emigrados militares Milans del Bosch, Gaminde, Pavía, Hidalgo, Lafuente, Campos, Barbáchano, y el paisano D. Antonio Pérez de la Riva, para las islas Canarias, á las cuales llegaron el 14. No encontrando allí á los generales deportados, se hicieron de nuevo á la mar el día 15 con rumbo á Gibraltar, para recojer al general Prim, el cual, antes de la llegada del *Clifton*, se había embarcado, con Sagasta y Ruiz Zorrilla, en el remolcador *Brillante*.

* * *

El coronel D. Federico Ruíz Jiménez y Salaverría, director del Parque de Cádiz, además de un jefe dignísimo, era uno de los hombres más bondadosos del mundo. En su casa, entre su adorable familia, estaba yo como en la mía, y con placer indecible consagro á todos ellos este recuerdo cariñoso, en el que incluyo al ilustre general D. Eusebio Ruiz Jiménez y Salaverría, gobernador militar que fué de Madrid, hermano del coronel y con el cual me unían, además de los lazos del respeto y de la más cordial amistad, los de la comunidad de ideas tocante al Gran Invisible, del que forman ya parte los dos hermanos. Un hijo de D. Federico, teniente de caballería, era, no hace mucho tiempo, en Cádiz, ayudante del general Cubas.

También fué D. Eusebio Jefe de Estado Mayor de la Capitanía General de Castilla la Nueva.

* * *

Cuando bajé al Parque, después de dar á mi asistente la orden de que no saliera del pabellón con ningún motivo, me preguntaron el coronel y Rivera:

—¿Qué novedades trae Vd.?

—Ninguna—les respondí.—La paz de los sepulcros reina en la ciudad, incluso en el muelle y en la bahía.

D. Federico era completamente ageno á la política. Rivera y yo deseábamos, de todo corazón, el triunfo del movimiento iniciado por la Escuadra.

En el Regimiento, simpatizaban algunos jefes y oficiales con la Revolución. Afiliado á ella estaba sólo el comandante Bolaños, el cual no había vuelto desde por la mañana, ni á su pabellón, ni al cuartel.

A las nueve de la noche, con la boca seca de charlar acerca del tema del día, rogamos Rivera y yo al coronel que se fuera tranquilo á descansar á su pabellón, seguro de que, á la menor novedad, subiríamos, uno de los dos, á llamarlo. Así lo hizo y

—Mi querido Ramón—dije á mi compañero—ha llegado el instante de prepararnos á pasar en claro la noche, fortificando los estómagos. Tengo hambre y como esta es mi casa, lo convido á Vd. Le voy á dar mi cena de verano, clásica, elegante, artística, y lo que más nos conviene, sabrosa. Hé aquí la lista de los manjares:

Huevos pasados por agua. Los tengo fresquísimos, llegados hoy de mi casa de Rota. Nos los hará la mujer del portero Alcalde.

Pescadilla del freidor. La traerá mi asistente.

Al Casino mandaremos por esquisito *gazpacho* con hielo y por *dulce de batata*.

Todo ello, muy abundante, será rociado con el *amontillado* finísimo de Haurie.

Por excepción, pues yo no lo gasto, y para estar despabilados, tomaremos café, con una, ú dos, copas de tintilla y un buen cigarro. Creo, compañero, que pedir más fuera gula, sobre todo en tiempos revolucionarios.

Rivera presentó al proyecto una enmienda, que, sin discusión, fué aceptada. Que los huevos, en vez de pasados por agua, fueran fritos y acompañados de unas lonjas de jamón.

Media hora después, con excelente humor y mejor apetito, convertida en mesa de comedor la mía de trabajo en la oficina de la Dirección, cenábamos los dos capitanes, dándosenos un ardite de lo que sucediera en aquellos momentos en la Presidencia del Consejo de Ministros y en la fragata *Zaragoza*.

Después de la cena salimos al paseo del *Perejil* á dar una vuelta, sin alejarnos del Parque, á cuya puerta mandamos sacar dos butacas. Yo hice bajar de mi pabellón abrigos para Rivera y para mí, pues la noche tiraba más á fin de Otoño que de Verano.

Entre las mil materias sobre que conversamos, sin abandonar el tema del día, recuerdo que referí á mi colega que pocos días antes me había mandado llamar mi amigo el comandante secretario del Gobierno Militar, el inolvidable Vicente Izquierdo, tan querido y tan popular en Cádiz, para decirme:

—Han venido á contar al general que desde los pabellones de Artillería se hacen señales con banderas, que deben serlo de inteligencia con los revolucionarios que habrá en algún buque ó punto de la costa. Yo respondí á Bouligny que recordaba que usted me habló tiempo atrás de un telégrafo de señales, por medio del cual hablaba con su familia de Rota, y el general, sin dar al asunto importancia, concluyó: "pues diga usted á Navarrete, que para evitar murmuraciones, suprima el telégrafo."—

Hé aquí en qué consistía. Tiene mi casa de Rota una gran azotea baja, desde donde se descubre la inmensa bahía que remata en el caserío de Cádiz, sobre cuyas blancas paredes brillan los cristales, como planchas de oro, al Sol poniente. Con un buen anteojo montado sobre un trípode, veían, desde Rota, mi madre, mis hermanos y otras personas queridas, pasear la gente por la muralla, y á mis amigos y á mí en los balcones de mi pabellón, como nosotros les veíamos á ellos, sin necesidad de anteojo, con unos magníficos gemelos.

Con dos banderas oscuras mi familia y con una yo, hablábamos perfectamente, sirviéndonos del alfabeto Morse. Puesta mi bandera sobre la pared, á la derecha del balcón, ó izada una sola en la azotea, significaba *punto*. Puesta sobre la izquierda del balcón, en Cádiz, ó izadas las dos en Rota, debía traducirse *raya*. Mis compañeros de telégrafo eran, el difunto coronel tarifeño Arcos y los coroneles vivos Teodoro Bermúdez Reina y Luís Pidal.

¡Cuántas risas, cuántas lágrimas, cuántas cosas hay detrás de tan sencillo recuerdo!

* * *

Hablamos luego de Adelardo Ayala y de sus trabajos en Sevilla, donde habitaba en una casa de pupilos de la calle de la Cerrajería, trabajos no reducidos por cierto á preparar el movimiento revoluciona-

rio en aquélla capital con el general D. Rafael Izquierdo, con los brigadieres D. Joaquín Peralta y D. Manuel Laserna y con los señores marqués de la Motilla, Sánchez Silva, Candau, Federico Rubio, Díaz Quintero y el sábio rector que fué de la Universidad, D. Antonio Machado, sino que rompiendo su preclaro ingenio y su gran corazón artístico las sombras de la conspiración, rendía culto también á la poesía, el amor y la belleza.

El autor de *El tanto por ciento*, consagrado ya entónces como gloria nacional, iba todos los días al teatro de San Fernando, en el cual trabajaba una excelente compañía, dirigida por Amalia Gutiérrez, tan encantadora mujer como actríz notabilísima, y por Joaquín Parreño, uno de los mejores actores que han pisado la escena española, para la comedia de costumbres y para el sainete. Nadie ha superado á Joaquín Parreño en el desempeño de ciertas obras, como *Mujer gazmoña y marido infiel*, *Un matrimonio á la moda*, *Como marido y como amante* y *Los diamantes de la corona*, en cuyo ministro de Portugal hacía las delicias del público.

No creo pecar de indiscreto al reproducir, veintiseis años después, mi presunción de aquel tiempo de que Adelardo se moría por los pedazos de Amalia; de que para ella hizo el divino soneto de cuyos cuartetos han gozado los lectores del presente trabajo y cuyos tercetos decían:

Quisiera ser la música que en calma
Te adula el corazón; mas si constante
Mi fe consigue la escondida palma,
Ni aire sutil, ni sueño penetrante,
Ni música de amor, ni ser tu alma .....
¡Nada es tan dulce como ser tu amante!

y de que para ella fraguó el pensamiento de solemnizar el aniversario del nacimiento de Calderón, escribiendo, con tal fin, una loa,—*La mejor corona*,—trabajo admirable cuya *figura* hizo Amalia Gutiérrez. La loa estaba precedida de un himno, letra de D. José Lamarque de Novoa y música de D. Emilio Arrieta. Fueron colaboradores de Ayala, escribiendo *parlamentos* para que lo recitaran los personajes de las obras de Calderón varias eminencias literarias, que citaré después. Cuando se imprimió la loa, le puso un prólogo D.ª Cecilia Boll (*Fernán Caballero*)

Se representó por vez primera, con extraordinario éxito, el 17 de Enero de 1868, fecha del aniversario, alcanzando, con el autor, un gran triunfo *La Gloria*, personificada por Amalia, que salió al palco escénico

muchísimas veces cogida su blanca mano por la que trazó las escenas de *El tejado de vidrio.*

Seis días después se celebró un banquete al cual asistieron, con Ayala, y con el primer actor—Parreño—todos los colaboradores de la loa, cuya lisonjera enumeración hizo Luís Vidart en un brindis, un romance delicioso, del cual hé aquí algunos versos:

El gobernador Cisneros
de un alcalde trazó el tipo,
que si entrara en Zalamea,
en tumulto los vecinos
exclamáran á una voz:
"¡Pedro Crespo ha revivido!"
....
....

Aquel personaje bufo,
Don Lorenzo Cuadradillos,
que vale por mil engendros
de los presentes BUFIDOS,
pidió prestada su lira
al buen poeta Campillo
....
....

Adios quedad, buen Don Pedro,
hasta que el sol en sus giros,
concluyendo nuestras vidas,
haga que todos unidos
hablemos de aquesta loa,
y escuchemos vuestro juicio,
en la tranquila mōrada
donde habitais há dos siglos.

Además de D. Enrique Cisneros, gobernador entonces de Sevilla y de Narciso Campillo, escribieron, con Ayala, el gobernador que fué de Cádiz D. Fernando de Gabriel (*El Caballero Español*), el catedrático D. José Fernández Espino (*Segismundo*), D. Juán José Bueno (*Autos sacramentales*), Mercedes Velilla (*La Niña de Gómez Arias*), D.ª Antonia Díaz de Lamarque (*La Dama española*), Gonzalo Segovia (*La Dama duende*), Pascual Vincent (*Luís Pérez el Gallego*), José Velázquez y Sánchez (*El gracioso*), José Velilla, Cayetano Ester, Carlos Placer y Vidart. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda debió escribir para la loa; pero se arrepintió por no sé qué quisquilla y en su lugar lo hizo el actor D. Antonio Campoamor.

Ayala brindó el último con la siguiente décima improvisada:

Honrásteis á Calderón
Y el aplauso os remunera;
Daros yo las gracias, fuera
Ridícula presunción;
Solo anhela el corazón
Que de aquél vate eminente
Hoy resucite y aliente
De los siglos á despecho,
Su virtud en vuestro pecho,
Y su ingenio en vuestra mente.

En su periódico *La América* dió cuenta del banquete á que asistió á los postres, Eduardo de Asquerino, recien llegado á Sevilla para conspirar con Ayala.

* * *

—Parreño y Amalia Gutiérrez hicieron, en el teatro de San Fernando, mi comedia en un acto *Cuantas veo tantas quiero,* estrenada en Cádiz por Pepita Rosas y por Ceferino Guerra. Estoy muy orgulloso de haber escrito esa pieza, nó por lo nada que vale, sino porque un génio de la escena española, de quien fuí amigo, cuya memoria venero y cuyas obras son mi regalo, puso al pié de uno de los dos ejemplares manuscritos que le mandé con arreglo á la ley:

"Examinada esta comedia (escrita con mucha gracia) no hallo "inconveniente en que su representación sea autorizada. El censor de "teatro, *Narciso Serra.*"

Esto decía yo á Rivera y era de media noche, la una tal vez, cuando interrumpió mi discurso, me cogió por el brazo y exclamó:

—¡Novedad tenemos, novedad tenemos! El regimiento sale del cuartel.

* * *

Es tan corta la distancia del Parque al cuartel de Candelaria, que no solo veíamos, Rivera y yo, salir al paseo las compañías del tercer regimiento á pié, sino que oíamos el son acompasado de la marcha de los artilleros, y aunque dadas bajo, las voces de mando de los oficiales. Detrás de las compañías que con escuadra de gastadores, música y bandera, formaron en batalla frente al cuartel, sacaron unos cuantos arti-

lleros, *brazo á vanguardia*, la batería de cuatro piezas de montaña de que habían dotado al regimiento.

Los capitanes y tenientes, después de mandar á las compañías *en su lugar descanso*, salieron de filas y formaron grupos delante de la tropa.

Mi colega y yo nos encaminamos allá, nos acercamos al primer grupo que formaban el coronel Pazos, el teniente coronel Anchoriz y el comandante Bennaser y les preguntamos qué ocurría de nuevo.

—El general—contestó Pazos—nos ha ordenado que lo esperemos aquí, para marchar, con él, no sabemos á dónde.

Momentos después, por el lado del Gobierno Militar, vino una escasa fuerza de carabineros, que formó á continuación del regimiento, y con breve intervalo, llegaron unos cuantos guardias civiles que hicieron lo mismo.

El tercero á pié tenía pocas plazas. Un batallón escaso. El resto estaba destacado en Sevilla y San Fernando y en Ceuta, Melilla, Peñón y Alhucemas. Además había muchos indivíduos destinados, como plantones, en las baterías del recinto y los fuertes exteriores de Cádiz.

—El General viene, mi coronel—dijo á Pazos un teniente del grupo inmediato.

Los oficiales entraron en filas y mandaron *firmes* y *tercien*; los jefes fueron á recibir al General, y Rivera y yo nos volvimos al Parque, desde donde vimos á Bouligny, con su ayudante, los dos á caballos, sin escolta ninguna.

Las compañías se numeraron, y *por cuatro á la derecha* y á la sordina, emprendieron la marcha en dirección del *Campo de los cañones*, seguidas de las cuatro piezas y de los carabineros y guardias civiles.

Al emparejar con el Parque, adelantóse Bouligny hácia nosotros y nos preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—El capitán del Parque de San Fernando y un servidor de Vd., mi General—le contesté; y nos acercamos á él Rivera y yo.

—¿Y Ruíz?

—Ha subido un momento á su pabellón; pero bajará inmediatamente, si V. quiere.

—No hay necesidad. Díganle ustedes que yo me voy, con estas fuerzas, al Castillo de Santa Catalina; que suceda lo que quiera, el Director, los capitanes y los demás empleados del Parque, permanecerán ustedes, con arreglo á Ordenanza, en sus puestos, al cuidado de los intereses de la Pátria, que les ha confiado el gobierno de S. M. Se lo dicen ustedes así al Sr. Coronel.

—Está muy bien, mi General.

*
* *

Como se lo anunció al General Prim, en la *Zaragoza,* el ilustre jerezano, el regimiento de Cantabria salió del cuartel á las dos de la mañana, mandadas las compañías por los subalternos, el más caracterizado de los cuales era el teniente Melgares. Al verlo al frente de la fuerza sublevada, le dijo mi amigo Manuel:

—Así cumplen su palabra los hombres que tienen corazón y vergüenza.

No insisto en el relato de un suceso tan conocido. Llenos están de sus pormenores, no ya los números del Diario de Cádiz de aquella fecha, sino los artículos publicados, en esta sección, de poco tiempo á esta parte, uno por cierto precioso, como cuanto él escribe, de mi querido amigo Ramón de Cala.

Mi objeto en este trabajo, es referir lo que no ha sido nunca del dominio público.

*
* *

El revolucionario que llegó primero al Parque, á las seis de la mañana, fué D. Manuel de Sola y Albareda.

Lo saludé y

—Vengan noticias frescas—le dige—ya sabemos que se ha tocado diana con el himno de Riego. ¿Han desembarcado los generales?

—Nó,—me contestó con amarga ironía.—Los generales no han desembarcado aún. Lo que desembarcan, ó mejor dicho, lo que alijan en estos momentos, es......

—Me dá Vd. miedo,—le interrumpí, adivinando la cosa.—Siga Vd. D. Manuel.

—Es el contrabando de tres grandes vapores, que al amor de la Revolución han entrado en bahía esta noche, cargados del sollado á los penoles. Vienen de Gibraltar, donde aguardaban la noticia de la sublevación de la Escuadra. En cuanto los carabineros han dado *el grito,* han empezado los botes á traer á tierra fardos de tabaco y cajas de géneros.

—¡Qué lástima—exclamé—que haya Vd. matado *El Peninsular!*

Omito los comentarios de Sola, digno hijo de su honradísimo padre, y sus conclusiones en deslustre del movimiento revolucionario,

semejantes, en el fondo, á las tan grotescas como graciosas, del picador de toros *Caito*, el cual llegó aquella mañana, de no sé donde, á caballo, á Cádiz; se apeó en no recuerdo qué calle; ató el animal á una reja; entró en una tienda de montañés; salió una hora después, *por debajo de cincuenta cañas de manzanilla*; no encontró la bestia, ni ha vuelto á verla más; se hizo esto y lo de más allá en una porción de cosas, más ó menos santas; se mesó barbas y cabellos; y al fin vomitó la rabia, la indignación, y el despecho que le producía la pérdida del corcel, en estas frases:

—¡Ni en Cádiz *(aquí una interjección de grueso calibre)* hay *cutis*, ni esto es Revolución, ni esto es *ná!*

Lo cierto es que ni el antiguo director del *Peninsular*, ni el picador de toros tenían razón.—Los defraudadores del Tesoro público y los hurtadores del jaco de *Caito* ya contaban muchos años de servicio el 19 de Septiembre de 1868; y el que hicieran de las suyas, aprovechando los momentos en que suspenso el funcionar de los antiguos poderes públicos, no estaban todavía organizados los nuevos, no puede amenguar el brillo de la Revolución de Septiembre.

Hay que ser justos y recordar la deliciosa poesía del posibilista catalán Tomás Salvany:

Siempre en el fondo del estanque el fango,
siempre un gusano en la gallarda flor,
siempre en fatal consorcio inseparable
la dicha y el dolor.

*
* *

Ya se despedía del coronel Ruíz, de Rivera y de mí, el amigo Sola, cuando el centinela de la puerta del Parque gritó:

—Cabo de guardia: pelotón de gente.—

Nos encaminamos todos allá, salimos á la calle y vimos que desembocaban en ella, por la plaza de Méndez Núñez, el brigadier Topete y varios jefes y oficiales de marina, rodeados de una turba que voceaba:

—¡Viva Prim! ¡viva Topete!

Algunos agregaban:

—¡Muera la Artillería!

Pero al oir este grito, se indignaban el brigadier y los oficiales y apostrofaban y aun hacían ademán de acometer á los vociferadores.

*
* *

El general Prim y el brigadier Topete desembarcaron en Cádiz,

entre los vítores y aplausos de la multitud, el sábado 19, á las seis de la mañana; fueron al Gobierno Civil; volvió á subir, al poco rato, el valeroso jefe que mandaba la *Blanca* en el Callao, y acompañado de los tenientes de navío D. Pedro Pastor y Landero y Don Angel Oreiro, los dos muy amigos míos, y de otros oficiales, encaminóse al Parque, á cuya puerta estábamos, cuando llegaron, el coronel Ruíz, Rivera y yo.

El brigadier D. Juan Bautista Topete me honraba también con su amistad. En 1868 hacía ya bastantes años que nos veíamos con gran frecuencia, en el paraiso cuyo demonio único es el *gallumbo*. El trato de Don Juan era encantador, expresión fidelísima de su alma noble y generosa. Como todos los grandes hombres tienen alguna debilidad, la suya era ser aficionado á las *peleas de gallos*. Su *gallera* de la calle de Vaqueros, en la citada villa de Puerto Real, me sirvió de modelo para escribir contra esa fiesta odiosa, el trabajo que figura en mi libro *Norte* y *Sur*.

Mi afecto á D. Juan Topete me condujo sin embargo á cometer un conato de apostasía. Fuí su corredor en la compra que hizo, en Rota, de un pollo, celebérrimo entre los aficionados, cuya *filiación* está en el mencionado libro. Salió tan valiente como indicaba su nombre: *Patas de fuego*.

* * *

Al vernos, se apresuró el brigadier á venir á saludarnos cordialmente, pues conocía también al coronel Ruíz y á Rivera y nos dijo:

—Vengo por el Regimiento. Es necesario que los artilleros se adhieran inmediatamente á la Revolución.

Entraron en el Parque, con nosotros, los marinos, y á duras penas pudo la guardia impedir que lo hiciera también el gentío que los aclamaba. Dos de los oficiales, los señores Pavía, (no recuerdo si eran guardias-marinas ó alféreces de navío), subieron corriendo á los pabellones á saludar á la esposa y á las dos hijas, Rosa y Paz, del coronel Ruíz, de quien eran sobrinos.

En la oficina de la Dirección, nos dijo D. Juan con su simpática franqueza:

—Estoy, señores, en ayunas y mi estómago no puede más. Me van Vds. á permitir que mande al café de Apolo por café, ó por chocolate, ó por cualquier cosa.

Más que con ricos manjares, he solido regalarme, hoy como cinco lustros há, en dulces ilusiones; pero no he dejado nunca de tomar buen

chocolate, á ser posible con migas, resabio del Colegio de Artillería. Si no he podido pagar la tarea casera, no lo he saboreado nunca más barato que de diez y seis reales la libra.

—Va Vd á ser pronto y bien servido, mi brigadier—respondí á D. Juan, subí á mi pabellón, me municioné con dos ó tres tabletas, bajé á casa del coronel, restregó la cocinera el molinillo con las manos, y en la vajilla y con los demás menesteres que proporcionaron las señoras, sirvieron, poco después, los asistentes á los marinos sublevados un chocolate con bizcochos, pan y manteca, tan exquisito como pocas veces lo habrían sorbido en los buques de la Escuadra.

*
* *

Concluído el desayuno, en el cual reinó la mayor alegría, nos rogó el brigadier, al coronel Ruíz y á mí, que lo acompañáramos á Santa Catalina, pues quería conferenciar con el general Bouligny. Accedimos gustosos, y en un carruage, (apesar de lo cortísimo de la distancia), fuimos los tres á la fortaleza, en la cual entramos sin el menor obstáculo, é inmediatamente fué recibido el brigadier por el general, y concertaron, de acuerdo con los jefes del tercer regimiento á pié, lo que han llamado algunos *la capitulación del Castillo de Santa Catalina*.

El general Bouligny resignó el mando de la plaza y volvió al Gobierno Militar, acompañado por el brigadier. El regimiento, con armas, bandera y música, volvió al cuartel de Candelaria, y á la una de la tarde salió de Cádiz para Puntales, donde á bordo del pontón que un tiempo fué fragata con el nombre *Almansa,* permaneció hasta que al día siguiente domingo fueron á sacarlo de allí, adheridos á la Revolución, los generales duque de la Torre y Serrano Bedoya y el actual Ministro de la Guerra D. José López Domínguez.

*
* *

Estaba yo en el cuarto de aseo de mi pabellón, ocupado en la limpieza y acicalamiento de mi persona, que bien lo necesitaba después de la mala noche, cuando escuché una voz conocida, que preguntó á gritos:

—¿Está el señorito?

—Entra,—grité yo más fuerte y dí un abrazo y otro y otro á Manuel, que no cabía de gozo y lo condensó en estas tres palabras, dirigidas á mi asistente:

—Cristóbal: trae vino.

Acompañábalo un amigo fraternal de los dos, Carlos Haurie, de cuya casa era el topacio líquido con que nos regalamos los tres mientras me refirieron, con pelos y señales, los sucesos de aquella madrugada; pero yo molí un rato á Manolo, pidiéndole un tanto por ciento de almacenaje de los *quince mil duros*, á propósito de lo cual tuvo saladísimas ocurrencias contra los usureros, los contrabandistas y los traficantes políticos y concluyó así:

—Ni tú ni yo tendremos, en nuestra *tal* vida, una *cual* peseta; pero consuélate José, con que á muchos Cresos, para encontrarles algún mérito, había que cogerlos por las patas y *sonarlos*, mientras que nosotros, si es verdad que *nacimos para ochavos*, en cambio somos... lo que la modestia no me permite declarar.

Media hora después, en el despacho del Gobernador civil, cargo para el cual fué nombrado por cierto el fogoso tribuno de las Constituyentes del 54, director de *La Iberia*, D. Práxedes Mateo Sagasta, devolvía el hoy dignísimo general y diputado por el pueblo de los elíseos prados, el *quedan*, á Topete y entregaba las *tres mil monedas de cinco duros* á D. Juan Prim.

*
* *

El mismo sábado 19, á mediodía, recibimos en el Parque, del marqués de los Castillejos, la orden cumplimentada en el acto, de hacer, á unos oficiales de marina, entrega de diez mil fusiles Berdan y las correspondientes cajas de cartuchos metálicos, armamento y municiones que fueron embarcados en la *Zaragoza*, que debía salir á la mar con rumbo á las ciudades costaneras del Mediterráneo, para proclamar en ellas la Revolución.

A bordo de la fragata irían Prim, Hidalgo, Milans del Bosch, Barbachano, &.ª y en calidad de cronista, un joven escritor, hoy brillantísimo jefe de infantería, honra de la región del vino blanco y de los ojos negros: Federico Madariaga.

Tambien salió del Parque de Cádiz, bajo mi dirección y custodia, el tren de sitio que llegó por el ferro-carril á Córdoba el día de la batalla de Alcolea y sólo sirvió para poner espanto en el ánimo del jefe de estación Sr. Chacón, al verme con aquel tren inmenso de cureñas, carros, afustes, cajones de pólvora y proyectiles cargados, junto al cual, por la inmediata vía, era contínuo el ir y venir de las locomotoras dejando nubes y rastros de humo, ceniza, chispas y brasas ardiendo.

*
* *

El domingo 20 por la tarde zarpó de Cádiz un vapor, en el cual, con el duque de la Torre, D. Juan Topete y D. José López Domínguez, Coronel de ejército teniente coronel de Artillería, íbamos D. Federico Ruíz y yo. A corta distancia de Puntales detúvose un momento el vapor para que á él subiera el teniente general Serrano Bedoya, que, con el general Prim, nos esperaba en una falúa de la Capitanía del puerto en la cual se quedó el héroe de los Castillejos.

Atracamos al costado de la *Almansa* y á ella nos trasbordamos, siendo recibidos los generales, que vestían de uniforme, con la mayor cordialidad, así por el coronel Pazos, que aguardaba la visita, como por los demás jefes y oficiales del tercer regimiento á pié. La tropa estaba sobre cubierta.

Invitados por el duque y por el brigadier Topete, bajamos á la cámara todos los oficiales, menos López Domínguez que permaneció arriba. El general Serrano Bedoya hizo lo propio.

Algunos sargentos divisaron desde la borda de la fragata pontón á D. Juan Prim en la falúa y empezaron á vitorearlo, sin que á ello pusiera reparo el general; pero López Domínguez, al oirlos, fué allá y les impuso silencio, mandándoles que aguardaran la decisión de los jefes.

A Serrano Bedoya no le sentó bien la cosa y llamó aparte al coronel, para decirle:

—Me ha dado Vd. una lección;—pero como ni tal había sido su ánimo, ni hay nadie mejor educado, civil y militarmente, que D. José López Domínguez, ni la corrección hecha dejaba de ser oportunísima en aquellos instantes, con pocas explicaciones quedó satisfecho y convencido el ilustre teniente general.

*
* *

Lo que sucedía en la Cámara es de fácil adivinación. Á sus grandes talentos y virtudes, unía el duque de la Torre una cualidad preciosa; la que más lo caracterizaba: ser un encantador irresistible. La mejor divisa de su escudo hubiera sido el verso de Victor Hugo:

Maintenant je sais l'art d'apprivoiser les âmes.

Habló al corazón de los artilleros, como sabía él sólo hacerlo; añadió algunas palabras D. Juan Topete, cuyo carácter, antes definido, tenía tanta semejanza con el de D. Francisco Serrano; y, seguros ambos del triunfo, se marcharon, para que resolviésemos con entera libertad.

Sin más debate que algunas frases elocuentísimas del teniente coro-

nel López Domínguez, el capitán que mandaba ocho años antes la batería de montaña que fué la más preciada de las glorias del Ejército de Africa, decidimos unánimes adherirnos á la Revolución y tuve la honra y el placer inmensos de ser designado por mis compañeros para publicar, en nombre de todos, en el Diario de Cádiz, un comunicado que vió la luz pública en el número del miércoles 23 de Septiembre de 1868, explicando los móviles nobilísimos de nuestra conducta.

*
* *

Subimos á cubierta, recibimos plácemes y abrazos de los generales, dieron los capitanes, de orden del coronel, á sus respectivas compañías, la de formar para el trasbordo al vapor donde íbamos á volver á Cádiz, y en aquellos momentos, Pazos, que me tenía en un concepto muy superior á mis pobres merecimientos, me hizo la consulta que un hijo suyo, Diego, entonces un chiquillo, excelente jefe de un batallón de cazadores hoy, me recordaba dos años há en el Café Suizo de Bilbao.

Expúsome las frases que pensaba dirigir á la tropa, y "daré,—añadió —á la... un viva; ¡otro á el...; y otro, ¿á qué le parece á Vd.?"

—El más oportuno en este momento, mi coronel—le respondí— es......

Se lo dije al oído, miróme sonriendo, me dió un apretón de manos, murmuró algo entre dientes y mandó al regimiento "¡firmes!" pronunció la más discreta y breve de las alocuciones y dió estos tres gritos, que fueron contestados con entusiasmo por los artilleros:

¡Viva la Libertad!

¡Viva el duque de la Torre!

¡Viva la Disciplina Militar!

Navarrete.

Niza 23 de Febrero de 1894.

LAS TRES PLUMAS.



SR. DON FEDERICO JOLY Y DIÉGUEZ.

Mi querido amigo y muy estimado Director:

Hace una eternidad que me honró V. pidiéndome el relato de algún suceso político en que yo hubiese tenido intervención.

"Buen pretexto," me dije yo entonces, "para poner en práctica la seguidilla,

Estamos en un tiempo
tan miserable,
que si uno no se alaba
no hay quien lo alabe."

Y en el acto, el demonio de la vanidad se me pegó á la oreja, diciéndome con melosa voz que debía de ser de sirena seductora (no lo aseguro, porque yo nunca he oído á las sirenas): "mira, cuenta esto;" "y, si nó, cuenta aquello;" "y, vamos, ¿tan mal estaría lo otro?"

Por fortuna, algún ángel velaba por mí; y, para no dejarme caer en la tentación de la Soberbia, me envió quehaceres tan apremiantes que me partieron por el eje; y hoy, pasada la primera fervoretada, veo con claridad (como lo vengo viendo desde hace ya muchos meses) que no hay asunto de que me sea lícito tratar. ¿Cómo voy á hablar yo de cosas concernientes á los partidos militantes? Del *mío* no me corresponde decir "esta boca es *mía*." De los otros no debo revelar secretos. Sobre flaquezas y miserias más vale echar un velo tupidísimo y...... ¡ojalá

bastara! ¡De abnegaciones hay tan poco!..... Y aquí me tenía V., Sr. D. Federico, como el que se murió de hambre dentro de una cocina de oro. Pero este símil es muy malo, y, así, lo revoco y anulo desde luego; porque hace pensar en las muchas peluconas que podrían salir de tan portentosa cocina; y no es cosa de que nos vayamos todos á desmayar. Por lo cual, antes de que se me alarguen las narices como la codicia, será mejor comparar mi situación con la de Sancho ante los suculentos manjares que tocaba la prudencia en la forma de aquella vitanda varilla de ballena que manejaba con tanta expedición el famoso Doctor Pedro Recio de Tirte Afuera.

Pero no vaya V. á creer que, como el Caballero Mulato, pensaba yo dar á V. la callada por respuesta. Nó: jamás pensé en acudir á la estratagema de la fuga, pues muchas son las atenciones con que me tiene V. obligado. Pero, lo confieso, no me iba mal en el *Statu quo*, recurso obligado de quien no los tiene. Juzgue V., pues, del repullo que me habrá causado la papeleta de apremio que V. me envía por medio del Sr. D. José M.ª Carpio, mi amigo y dueño, ilustre colaborador de esa gloria del periodismo, en el siglo conocida con el nombre de DIARIO DE CÁDIZ y palenque generosamente abierto á cuantos saben escribir

Y, como "*intelecto apretado discurre que rabia*," el rejonazo recibido me sugirió un asunto aéreo, leve y vagaroso, como lo indica el título de esta carta, LAS TRES PLUMAS. Asunto que tiene de bueno el no tenerlo, que no puede ofender á partido alguno por rozarse con la política como la sombra con el cuerpo, que encaja perfectamente en el programa impuesto por V., porque sin mi intervención no habría acontecido; y que, por último, no carece del incentivo de lo maravilloso, por haber tomado cartas en el particular un espíritu guasón (sin duda sería gaditano) que vivía encerrado dentro de un despertador estrepitoso, además de un pícaro león, si es que el tal ente lo era, pues todavía no he podido averiguarlo:

¡Asunto portentoso para puesto en latín!

Regularmente los secretarios particulares de los Ministros son mozos de chispa, listos y de expedición. ¡Como que ellos han de estarles siempre al quite, y han de saber escribirles esas cartas irisadas con cambiantes de esperanzas, según lo están de colores las pompas de jabón, vacías por dentro!

El mío daba quince y raya á todos los de su clase, como andaluz de

los finos y de la provincia de Huelva, que le cuentan los pelos al demonio; (lo que en verdad, se me hace duro de creer). Era burlón y abogado, cosas que no se compaginan. Me lo recomendó un diputado amigo mío muy querido; quien ponía en el séptimo cielo las raras dotes del onubense. Cuando éste se me presentó, rechazó en el acto la oferta de 24.000 reales que le hice, y me dijo que él no *podía* ponerse á mis órdenes sino con el sueldo de 26.000.

Mucho hubo de chocarme aquella *imposibilidad*, que más bien parecía careta de una imposición; pero accedí, por complacer al recomendante y porque *había antecedentes*, pasaporte de todos los abusos.

Yo no estuve mucho tiempo en los...... abismos que se llaman alturas del Poder; y, pasados ya muchos meses, hube un día de topar con mi exsecretario y de entablar jovial conversación con él. Y no sé cómo el giro del diálogo hizo natural esta pregunta:

—Pero, hombre, ¿porqué exigió V. determinado sueldo, cuando, por lo que luego supe, le era á V. indiferente la cantidad?

—Pues es claro.

—Turbio veo.

—Toma! porque yo no iba tras los perros chicos, sino tras la pluma.

—¿La pluma?

—¡La pluma! Sí, señor. ¡No sabe V. lo bonito que me andaré yo con ella el día que me la ponga! ¿Qué apuesta V. á que doy golpe? Así, —así,—á puñados, (y el muy tunante juntaba en cucurucho los cinco dedos de cada mano) á puñados han de venirse los corazoncitos tras de mí.

Yo miré entonces fijamente á mi exsecretario, temiendo que se le había ido la cabeza. Pero nó. La tenía en su sitio, y ¡burlón él como siempre, si nó un poquitito más! Sin embargo, púseme muy en guardia, y preparéme muy bien para rechazar toda brusca acometida; pues á veces las apariencias engañan y hombre prevenido vale por dos.

—Pero, hombre, hable V. con formalidad. ¿Qué pluma es esa?

—Pues la de mi sombrero de tres picos.

—¡Vaya! V. está loco.

—Nó, señor. En mis cinco sentidos. Con el sueldo de 24.000 reales no se puede llevar sombrero de tres picos, y con el de 26.000, sí. ¡Y con pluma!

—¡Nunca creí que fuera V. tan tonto!

—¡Tonto...! ¡Discretísimo! Vamos: V. no sabe la fuerza de una pluma.

—Menos que la del viento.

—Pero, señor, ¿V. ignora que quien puede llevar una pluma en el sombrero es Jefe de Administración Civil de tercera clase?

—No lo sabía.—Pero ¿eso sirve para algo?

—Pues ahí es nada lo del ojo, digo yo. ¿Es acaso moco de pavo que á mí en mi tierra ningún Alcalde, ni delegado, ni alguacil, ni guindilla pueda detenerme por causas políticas ni cometer conmigo una tropelía? ¿Sabe V. lo que escuecen las coces de las bestias? Gracias á mi pluma no me puede ya molestar sino quien tenga más categoría que yo. Y en la provincia de Huelva ningún Alcalde, ni cacique, ni delegado, ni zupia es probable que la tenga.

Entonces yo miré de hito en hito á mi interlocutor para admirar su sabiduría y pasmarme de lo muy errado (sin *h*) que anduve yo al juzgar demencia ó vanidad lo que era un rasgo de profunda cucología.

—Veo que entiende V. la aguja de marear.

—¡Como que me despeché con lapas y camarones!

—Es V. el hijo de la dicha, pues ya nada le falta.

—¡Que no me falta? Ay! ¡Quién tuviera las tres plumas de V.! ¡Tres nada menos! ¡Tres!

—¿Que yo tengo tres plumas?

—Pero, señor, no ha visto V. nunca de uniforme á los ministros? Ya sé que V. no quiso hacérselo; pero......

Efectivamente, nunca he asistido á ninguna sesión del Congreso ni del Senado en que un ministro haya aparecido *en grande tenue,* y menos á esas carnestolendas de bordados y de bandas en que los hombres formales aparecen disfrazados de Asirios y Sátrapas de Persia.

—De modo que mis tres plumas valdrán más que la de V.?

—¡Juy, Dios mío y la maresita de mis entrañas! ¡Como que nadie puede meterse con V. si no tiene otras tres plumas! ¡Y eso, ya ve V.!, solo el gobernador de Madrid;.... ó acaso el de Barcelona.... Pero de los otros.... ¡quiá! Ninguno.

—Pues, mire V., bueno es saberlo.

Algún tiempo después del Golpe de Estado del General Pavía, me trasladé á Lisboa para dirigir el *Europa,* periódico que allí se redactaba en castellano con destino á las Repúblicas del Sud-América. Ni un solo número se puso á la venta en Portugal ni menos en España.

El *Europa* era bisemanal. Una vez salía en 4 páginas, y, á la inmediata, en 20; de éstas las 16 contenían poesías, artículos de costumbres,

modas, apuntes científicos, noticias comerciales, precios corrientes, cambios (que entonces no estaban por las nubes) y el resto era una Revista del estado político de Europa y con especialidad de España. Colaboraron en ella con preciosos artículos y profundos trabajos Víctor Hugo, Naquet, Pi y Margall, Figueras, Julio Vizcarrondo, y todos los diputados Constituyentes que á la sazón se hallaban en Lisboa, Ramón de Cala, Fernando Garrido, Nicolás Estévanez y Gumersindo de la Rosa. El *Europa*, naturalmente, era un periódico de ideas avanzadas; pero en nada exagerado ni intransigente. Y así tenía que ser, como V., Sr. D. Federico, habilísimo periodista, comprenderá mejor que nadie. Los periódicos se adaptan á su público, ó perecen. ¡Buena higa para los negociantes de Buenos Aires y Montevideo que hubiesen echado espumarajos de rabia por el golpe de Estado del General Pavía!

Durante cuatro meses todo marchó á las mil maravillas. El *Europa* petaba á los americanos, los números se vendían muy bien, y la publicación parecía ser un buen negocio. Pero el diablo, que nunca duerme, quiso que un día, cuando menos nos lo esperábamos, la policía se presentara ante la redacción para prender á Garrido que había ido allí con el perverso intento de almorzar conmigo; pero Garrido se les escabulló, porque la casa, como de dos puertas, era mala de guardar. A poco Gumersindo de la Rosa y yo recibimos una orden del gobierno portugués, expulsándonos del Reino, en la cual además se disponía que nos embarcásemos inmediatamente para Londres. Fuí al ministerio de la Gobernación, hablé con el Sub-secretario (quien tenía cara de pocos amigos y no muchas ganas de charla, pues estaba con dolor de muelas) y allí supe que se me consignaba á Inglaterra, porque yo conspiraba y mi presencia en la Península era una gran perturbación. Quedéme con tanta boca abierta sin acertar á volver de mi *apoteosis*, como el portero de "Pepa la Frescachona," y como le habría acontecido al hombre de más redaños en el mundo; pues no me parece á mí que un trabucazo sea modo de anunciar á nadie que es inmensa su importancia, cuando la tranquilidad de dos Estados depende de que uno deje libre el campo y se vaya con la música á Albión. No bien recobré mis cinco sentidos, comprendí la falsa situación en que me hallaba, lié el petate, y aquella misma noche tomé el tren para Madrid. "*A juir, que azotan,*" dije á Gumersindo; pero éste no me quiso hacer caso; por lo cual al día siguiente (según supe bastante después) lo llevaron preso al acorazado *Bartolomeu Días*, y seguidamente me lo empaquetaron para Londres.

Llegué sin novedad á la estación de Badajoz al mediodía siguiente. Los compañeros de viaje se fueron, me quedé solo, y, en mangas de camisa, todo tiznado de polvo de carbón, me acosté, apoyada la cabeza en el semibrazo contíguo á la portezuela que daba al andén.

En esto oigo que seis ó siete coches antes del mío alguien preguntaba:

—"¿Viene aquí el Excmo. Sr. D. Eduardo Benot?"

¿A que ese pícaro quiere prenderme? Y en el acto me acordé de las tres plumas.

—Pues como no traiga tres plumas ese gachó que viene por mí, no me dejo poner la mano encima.

Inmediatamente oí la misma pregunta algo más cerca. Yo tengo un horror invencible á los tratamientos; porque, fuera de los casos puramente de ley, son una humillación impuesta al que los da, y un acto de fatuidad en el que se los deja dar. Pero yo, que me descanillo y siento escalofríos cuando me dan Vuecencia, me dije muy resuelto:

—Pues lo que es á ese caribe no le apeo yo el tratamiento. Es preciso hacerle sentir todo el peso de mis plumas.

En esto oigo la misma pregunta de antes, pero mucho más cerca.

Luego en el coche de junto.

Al fin en el mío.

—¿Qué hay? contesté indiferente y sin moverme.

El hombre me miró abriendo dos ojos tamaños así; y, al ver mi facha negra, la juzgó sin duda fusilable, subió audazmente al estribo, y con voz en que sólo quedaba un remanente de respeto, me preguntó:

—¿Es Vuecencia el Excmo. Señor Don Eduardo Benot?

—¿Qué hay? repetí con mucha flema.

—Tengo orden de llevar detenido á Vuecencia.

—¿Y V. quién es?

El hombre extendió el brazo, y me enseñó el puño de un bastón, cuya contera se quedó sujeta del lado del estribo.

—¿Qué mojiganga es ésa?

El hombre, al desencajar el bastón, por poco me salta un ojo. Yo no le hice caso, y él me repitió:

—He dicho á V. E. que tengo orden de llevarlo detenido.

—Venga la orden.

—No la traigo, dijo muy contrariado el policía.

—Pues hasta que V. traiga una orden, escrita, de quien tenga la categoría indispensable para molestarme á mí, mi Vuecencia no tiene por conveniente moverse de este sitio.—¿Es V. sordo?—Puede V. retirarse.

—No me haga V. E. llegar á una extremidad.

—Retírese V.

—No me haga V. E. llegar á una extremidad, repitió, alzando algo la voz.

—Quítese V. ahora mismo de mi vista! dije incorporándome de un brinco. Fuera!! Largo de aquí!! troné con la voz formidable con que yo asustaba á los niños de San Felipe en las grandes ocasiones.

El hombre se tiró de espaldas desde el estribo al andén. Se detuvo un momento, y enseguida valientemente echó á correr hacia otros hombres, parados hacia la cabeza del tren, junto á una oficina de la estación. Allí gesticulaban unos levantando los brazos en aspa y abriendo enormemente las piernas para no caerse, de modo que propiamente remedaban *equis:* otros, poniendo horizontales los brazos parecían cruces desproporcionadas, y todos haciendo contorsiones figuraban verdaderos mamarrachos. Pronto hubieron de tomar una resolución; pues mi polizonte cruzó casi á la carrera el andén; yo pasé al otro lado del coche y le ví tomar el camino de Badajoz.

—¡Oh! poder de mis tres plumas! exclamé. Cuando ése vuelva, si es que vuelve, ya el tren me habrá llevado á muchos kilómetros de aquí.

Y, efectivamente, el tren empezó á llenarse de viajeros, y á poco partió camino de Madrid. Dos labradores habían entrado en mi departamento; y, después de acomodados á su gusto, dijo uno:

—Pues no te quede duda, se les ha escapado.

—Pero él ¿quién era?

—Un grandísimo bribón.

—Éste lo dice por mí, exclamé para mis adentros.

—Un pájaro de cuenta.

—Nó, hombre, de tres plumas, rectifiqué en mi interior.

A la mañana siguiente llegué temprano á Madrid. Mi primer cuidado fué asearme y enseguida me encaminé á ver al gobernador. Éralo entonces D. Juan Moreno Benítez, hombre fino, de agradable trato, vivo como una centella, gracioso y decidor. No se puede afirmar que fuésemos amigos, pero sí conocidos que nos profesábamos estimación bastante. Dada la hora, temí que no estuviese levantado. Sin embargo, no bien me hice anunciar, fuí recibido.

El Gobernador se hallaba en su despacho, de pie entre su sillón

y su mesa de escribir. Le saludé desde la entrada con una inclinación de cabeza, á la que él correspondió con otra. Yo no sé porqué la risa me retozaba en el cuerpo, ni porqué razón me acordé de aquel Alcalde de Cádiz que, al dar cuenta al Ayuntamiento de una comisión que éste le había encomendado, empezó diciendo: "Entré en el despacho de Su Señoría, le hice mi correspondiente *genuflexión* con la cabeza, y procedí. á manifestarle etc."

Me acerqué enseguida hasta quedar la mesa entre los dos.

—Acabo de llegar de Portugal.

—Lo sé. Tome V. asiento.

Y nos sentamos los dos. El Gobernador, distraído, cogió de la mesa un objeto que á mí me pareció un pisapapeles en figura de león. Yo creo que era león; pero, si me tomasen juramento, no lo juraría, porque con la prisa del vestirme hizo Patillas que se me olvidasen unos quevedos, sin los cuales yo no distinguía bien. En fin, llámelo V. *hache*, ó león, si no lo há por enojo.

—El gobierno portugués me ha expulsado de Portugal.

—Lo sé. (*Y el gobernador hizo dar una voltereta al león*).

—Y me mandó embarcarme para Londres.

—Lo sé. (*Nueva zapateta del león*).

Yo estaba admirado de ver un gobernador que tanto sabía, y la pícara asociación de las ideas me trajo á la memoria unos versos de nuestro paisano Víctor Caballero y Valero, que años atrás habían dado la vuelta á todos los periódicos:

Diga V., Señor Zorrilla,
V. que todo lo sabe,
lo del pez y lo del ave,
de la tierra y de la mar,
diga V. á las naciones
dónde están los dos millones
de la Caja de Ultramar.

Y continué diciendo.

—Pero yo, tomé antiernoche el tren y me he venido á Madrid.

—Y ¿porqué no se embarcó V. para Inglaterra? (*El Gobernador suelta el león*).

—Porque nada tengo yo que hacer allí. Ni aun aprender inglés. (*Pausa*).

—Y V. ¿para qué me quiere?

—En primer lugar para hablar al Sr. D. Juan Moreno Benítez, como á particular y caballero, y para asegurarle bajo palabra de honor

que yo no conspiraba en Portugal, y que tampoco conspiran ni han conspirado los constituyentes que allí residen, Fernando Garrido, Ramón de Cala, Nicolás Estévanez, Gumersindo de la Rosa, ni mucho menos las otras personas significantes de la situación caída el 3 de Enero.—Y, en segundo lugar, para pedir al Señor Gobernador de Madrid que, si se me ha de expulsar también de España, me conceda un par de días para vender los libros y trastos que aquí me quedan, porque no tengo dinero. (*Pausa otra vez*).

—Y V. ¿qué querría?

—¿Yo? Irme á Cádiz.

—No puede ser.

—Y ¿no podría yo quedarme aquí en Madrid?

El Gobernador vuelve á coger el león, lo coloca solemnemente frente á sí, se queda inmóvil, y en el mayor silencio se pone á contemplarlo.

En esto llegaron á mis oídos unos golpes acompasados como de muchas bandas distantes de tambores. Presté atención, y entonces percibí que todo aquel estrépito salía de un ruín despertador que á mi izquierda estaba al borde mismo de la mesa, reflexionando si se tiraba al suelo ó nó. Era de los de moda entonces: la caja de metal en forma de cilindro acostado horizontalmente; una de las caras circulares servía de muestra, y en la otra estaba la llave para dar la cuerda. Miré la hora, y me puse primeramente á considerar el porqué llamaban despertadores á tales trebejos, cuando para despertar á uno es preciso que antes se haya dormido, y aquellos cachivaches no dejaban nunca dormir. Luego el pensamiento se echó á discurrir sobre la falacia de los sentidos. ¡Vaya V. á fiarse de unas orejas que toman por bandas de tambores los tamborilazos de un despertador!...... En estas consideraciones se me fué un primer minuto.

Pero ¿qué hace este gobernador?—¡Pues no sigue mirando al león como si estuviese temiendo que le soltase una garfada! Pero ¡calle! ¿se ha dormido? ¡Cá! es que está leyendo. ¿Será algún despacho cifrado y por eso echa tanto tiempo? ¡Si le contarán en él la hazaña de mis plumas?...... Pero ¿duerme? ¿lee? ¿mira al león?...... En esto se pasó el segundo minuto.

Seguí mirando al reloj y se me antojó entonces que, además de sus tremendos tamborilazos, salían del interior palabras á compás.

—¿Quién habla ahí? dije mentalmente.

—*Yo, yo, cons-pi-ra-dor, per-tur-ba-dor, cons-pu-ri-dor, cons-pi-ro-dor, Lon-dón, Lon-don, lan-dón, To-lón, te-lón, cons-pi-lon-dón......*

—Calla, y no digas disparates, mequetrefe, repetí mentalmente al

duendecillo que estaba dentro. Él siguió diciendo necedades,.... y así se me pasó el tercer minuto.

Entramos en el cuarto minuto, y el gobernador, con una seriedad impropia de su carácter, seguía inmóvil, mirando siempre al león, ó dormido, ó leyendo; cuando en esto el reloj pierde el habla de repente y el león empieza á decirme los mismos desatinos que anteriormente el despertador.

—¡Tú también, Bruto? Y se lo dije en español por temor de que, de insultarlo en griego ó en latín, no me comprendiese bien.

—*Cons-pi-ra-dor, lon-don,* etc., seguía diciendo el animal.

Pero esto sin duda es
ilusión de los sentidos,
el mundo que anda al revés,
los diablos entretenidos
en hacerme dar traspiés.

Entonces se calla el león y el despertador vuelve á tomar la palabra...... Yo seguramente estaba mareado......

Válame Dios y qué respingo me hizo pegar el Gobernador cuando al finalizar el quinto minuto se vuelve á mí de repente con el monosílabo.

—Bien.

Ya no me acordaba yo de su autoridad, ocupada toda mi atención en averiguar si el león hablaba, ó si desatinaba el despertador, ó si yo había perdido la cabeza.

—Bien, repitió la autoridad.—Puede V. permanecer en Madrid.— Si es preciso que V. salga de la Península, yo le ofrezco á V. avisarle con cuarenta y ocho horas de anticipación.

—Gracias, muchas gracias, Señor Gobernador.

Púseme de pie, y con mucha suavidad empujé el despertador hacia el centro de la mesa y dije con cierta sorna:

—Me debe V. un reloj. Porque este imbécil estaba aquí al borde mismo de la mesa pensando en tirarse de cabeza al suelo, y ya ve V. con qué compasión tan grande le acabo de salvar la vida.

—Pero ¿quién ha traído eso por aquí?

—¿Y á mí me lo pregunta V.?

El gobernador se sonrió con su gracejo habitual, me tendió la mano, yo se la estreché lleno de gratitud, le hice mi correspondiente *genuflexión* con la cabeza, él me hizo otra, y yo dejé el Gobierno Civil admirando el verme en libertad, gracias al alcance y poder de mis tres plumas.

Aquí terminaría yo esta carta, Sr. D. Federico, á no ser porque siempre conviene sacar zumo, aunque sea de un esparto, y es mucha la moralidad que puede extraerse de esta relación, pues tiene miga.

La cual prueba, en primer lugar, que nadie es tan pobre nunca de dinero como lo es siempre de conocimientos; porque, si mi exsecretario no me revela tan donosamente la potencia formidable de mis plumas, yo me dejo prender en Badajoz; y, si no doy con mis huesos en Madrid, no ha lugar á la famosa *interview* que dejo fotografiada; la cual podrá no servir para fomentar la pesca del atún ni para cosa ninguna de las conocidas; pero ¿quién sabe si podrá distraer á los lectores del Diario, considerando lo mucho que puede contribuir al descubrimiento de algo que duerme todavía oculto en el fecundo seno de lo desconocido?

En segundo lugar, mi relato evidencia la absoluta necesidad que existe de adicionar la *Lógica* de Aristóteles con las reglas á que obedece el siguiente modo de raciocinar:

V. dirige un periódico.

Este periódico no se pone aquí á la venta.

Luego V. conspira.

Luego V. debe embarcarse inmediatamente para Londres.

Y en tercer lugar..... ¡Ah!..... ¡Oh!.....

Ya han pasado veinte años de estos acontecimientos, y ahora no puedo menos que mirar las cosas friamente. Figúrese V. que en este instante estamos bajo cero y que yo estoy bajo la nieve de mis 71 años cumplidos.

Pero no puedo menos de horrorizarme al contemplar todas las plagas que habrían llovido sobre el reino lusitano si el gobierno portugués me permite continuar en Lisboa ganando con mi laboriosidad los garbanzos. Porque eso sí; yo allí comía olla á la andaluza, almorzaba sardinas, y tomaba plátanos de postre.

¡Admirable sujet á mettre en vers latins!

¡Oh!..... ¡Ah!..... Yo me horrorizo considerando que, si no me expulsan por la posta, el Tajo se habría quedado en seco, ó se hubiera abierto nuevo cauce. Y ¿qué habría sido de Lisboa sin aquella encantadora ría, formada por las Gracias mismas de la antigua Grecia? Pero no nos paremos en Lisboa: ¿qué habría sido de Portugal entero, si llega á desaparecer aquel emporio del Comercio del Mundo, visitado sin cesar por buques de todas las Naciones? ¡Qué horror!

¡Pues qué decir si me dejan volver á mi querida Cádiz! Créalo V., Sr. D. Federico. Me horripila el pensar que al poner yo las plantas en

la plaza de San Juan de Dios, la airosa torre del Ayuntamiento se viene de seguida al suelo; las murallas se caen por tierra; el flujo y el reflujo de las mareas pierden su rítmica regularidad; los gaditanos dejan de ser dechados de cultura y de caridad; y las gaditanas, con el susto de tanto cataclismo, se ponen feas, y para siempre desaparecen del mundo la gracia y el salero. ¡Ah!..... ¡Oh!..... ¡Uf!

Pues ¿y si la furia me da por limpiar la bahía y me dejan despacharme á mi sabor, sin expedientes, Juntas consultivas, ni demás embelecos?

De seguro que ya no existiría ni una sola tonelada de fango en toda la ribera; los buques podrían entrar y salir á cualquier hora en La Carraca; habría sitios de sobra para el dique seco; estarían represados los miles y miles de caballos-vapor que representan esas mareas; y, transformada constantemente en electricidad su inmensa fuerza motríz, no se conocería la noche ni en Cádiz, ni en San Fernando, ni en Puerto Real, ni en el Puerto de Santa María, ni en Rota, ni en Jerez, ni en Sanlúcar, y hasta si V. me apura ni en Huelva ni en Sevilla.

Pero, afortunadamente, me quedé en Madrid; y, como no soy hombre peligroso sino en las poblaciones á donde llega el agua del Océano, no he podido ejercer aquí mis malas artes, por lo cual Madrid se ha seguido ensanchando y embelleciendo con edificios suntuosos y barriadas magníficas.

Yo, pues, ahora que soy viejo, me alegro de no tener sobre mi conciencia tantos estragos como pude hacer, y deseo con toda mi alma que los Gobiernos continúen, sin menoscabo ninguno, en su vista perspicaz.

Amén.

Y con esto y un bizcocho, hasta las ocho.

De V. con el mayor afecto

amigo y servidor

Q. L. B. L. M.,

A. Benot

Hoy 25 de Enero de 1894,
en Madrid.

CARTA CONFIDENCIAL



Sr. D. Federico Joly y Diéguez.

Si la pequeñez valiera la pena, y si Vd.—que tan lejos está de ello—fuese capaz de lo que sería una puerilidad, pudiera Vd. jactarse de haberme puesto, aunque sin pensarlo, en un verdadero aprieto, con su amable invitación para que tomara parte en el concurso que abrió meses hace en las columnas del Diario, que con tanta habilidad dirige.

Vd. (sorprendiéndome por cierto muy agradablemente) me juzgó digno de participar en ese concurso y se sirvió pedirme que lo hiciera; y yo—que recibía su atento convite en momentos de ausentarme—sin atender á otra cosa que á mi deseo de corresponder á su cortesía y de mostrarle mi gratitud por su favor, lo acepté, aplazando para oportunidad más propicia, mi ofrenda al Diario de Cádiz.

Pero cuando ahora, en vísperas de nueva ausencia, he deseado aprovechar algunos momentos para desempeñarme del compromiso contraído, me encuentro—examinado el caso—ante la mortificante sorpresa de que ofrecí lo que no sé cómo cumplir; esto es, me he hallado con que, por razones y motivos, preocupaciones é idiosincracia infortunada—si Vd. quiere—no hay cosa en el mundo que me haya repugnado más, á la cual haya sido más opuesto siempre y por eso no haya practicado nunca, que la de presentarme *voluntariamente* ante las gentes para hablar de mis hechos propios; siendo mi opinión resuelta y firme en el particular, que solo es eso lícito ó disculpable en legítima defensa ó en cumplimiento de un deber impuesto por el público interés.

Tan añejo es este modo de ver en mí, que en los tiempos muy remotos de los principios de mi vida pública en que empezó á iniciarse en nuestro país esta moda y espíritu moderno de la *exhibición personal* practicada, ya por intermediarios en la prensa, ya por los interesados mismos, tuve ocasión de combatirla y rechazarla en Madrid, cuando en mi provecho quisieron ensayarla los que entonces introducían la novedad, imitándola del país donde el arte periodístico del *humbug* (que aquí se denomina—creo, del *bombo* y aun oigo algunas veces decir en Cádiz del *pisto*) tuvo primero su cuna y donde floreció, hasta el extremo de propagarse por el mundo entero.

*
* *

Es curioso, y hace á mi propósito recordarlo—porque ha de ser al mismo tiempo tema y explicación de esta carta—cómo se desarrolló semejante uso ó abuso de la prensa periódica. Originado en el sistema de anuncio con que los tenderos y comerciantes al pormenor ponderaban la excelencia de los géneros que expendían, sagaces traficantes de otro orden, observadores del resultado mercantil del pensamiento y conocedores de la humana flaqueza, cayeron en la cuenta de que la aplicación de igual sistema al artículo *hombre*, con el objeto de hacer valer ante el público personalidades ávidas de vanagloria ó ansiosas de ser cotizadas en el público mercado, podía ser mina de fácil explotación, de lucro recíproco y de resultado seguro.

Y en efecto lo fué. Una vez echadas las bases del ingenioso negocio, su desenvolvimiento fué inmediato y progresivo, dando lugar á la nueva literatura que está exprimiendo las lenguas modernas hasta dejarlas sin jugo ni sávia—tal es la tormentosa presión á que las condena—y por sus pasos contados aunque rápidos, ha llegado ya hasta lo que se conoce en el día con el nombre de *interview*, que es, ora producto de la iniciativa del periodista industrial, ora de la del codicioso negociante de celebridad que la procura en su provecho.

Y si no ha llegado aun á su último desarrollo y entera finalidad la industria de que se trata, puede verse ya claramente que le falta tan poco para ello, que estamos tocando con la mano el momento en que, prescindiendo de *pudorosas* ficciones que á nadie engañan, cada interesado redactará por sí mismo su propio panegírico, seguro de hacerlo más á su gusto que lo pudiera su mejor amigo, y lo que es más, lo firmará con su nombre, para darle así la mayor posible autoridad; induciendo todo á creer, por último, que el público, ya tan bien preparado por la educación anterior, concluirá por aceptar y aplaudir esta realiza-

ción de un ideal en que se cifra la satisfacción completa de la universal aspiración.

*
* *

Entretanto, no se puede dudar que vamos entrando en la verdadera plenitud de los tiempos, puesto que no hay autoridad ó funcionario del montón, de quien no se diga que reune á las más altas dotes de mando, habilidades y carácter de primer orden; ni empleados de *pane lucrando* que no merezcan á todo momento, recompensa por el simple desempeño de sus cargos; ni casa con cuatro trastos que no sea museo de objetos de arte; ni modesta refacción ofrecida por sus dueños á cualquiera de sus amigos que no sea comida espléndida y además, por supuesto, perfectamente servida, ni en la que los honores se hayan hecho con más distinción; ni actor ni actríz ó cantante de mérito dudoso que no se levante todos los días ó todas las noches hasta los más altos ideales del arte escénico; ni individuo particular de quien no se celebren, con cualquier pretexto, las bellas prendas y las de sus hijos y parientes más lejanos y de quien no se cuenten sus entradas y sus salidas y hasta sus resfriados; ni escribidor de renglones en mejor ó peor rima que no sea tenido por poeta eximio y transcendental; ni hablador de bajo vuelo, de tribuna, de tertulia, de estrados, de casino ó de café que no se califique de orador, cuya profundidad y elocuencia deban ser legítimo asunto de pasmo para las gentes; ni señorita á quien no se regalen requiebros atrevidos, con los calificativos de bella, simpática y otros indistintamente aplicados á todas; ni záfio soez, de quien no se ponderen la finura y el ameno trato; ni artistas que no lo sean de los que roban á la eterna belleza sus secretos; ni artesano que no sea artista; ni faraute que no sea respetable; ni felón que no sea caballero; ni hombre de negocios que no sea banquero opulento y generoso; ni advenedizo que no obscurezca en toda clase de distinciones á cualquier aristócrata; ni militar, tocado de ambición política, que no se haga proclamar por dóciles afiliados colmo de bizarría ó portento organizador ó verdadero trasunto napoleónico ó moltkiano, ó todas esas cosas á la vez; ni escolar pedante que no esté destinado á eclipsar á los mayores sábios; ni caso que—por poco que sea—toque al sentimiento, que no dé lugar á un estado enfermizo, causa de entusiasmos *delirantes*, de escenas *desgarradoras* y de toda clase de arrebatos espasmódicos; ni criminal que no merezca que el menor de sus antecedentes y de sus dichos sea conocido del público, aparentemente como ejemplo digno de admiración y envidia; ni padre que no sea congratulado en letras de molde, porque uno de sus vástagos se examinó de

gramática; ni visitas particulares de que no se lleve público registro; ni ligera indisposición que no se mencione y compadezca; ni asunto doméstico cualquiera que no se tenga por digno de memoria; ni pésames, ni plácemes que no se prodiguen; ni Municipalidad ó ayuntamientillo—según ahora en general se estila—que, á más de practicar las virtudes por las que será esta época célebre, no pretenda, usurpando atribuciones y atropellando intereses legítimos y verdaderos derechos, levantar con generosidad ilimitada monumentos *imperecederos* á la gloria de parientes, paniaguados ó cualquier otro *objecionable* ó insignificante individuo, por medio de algunos azulejos colocados en las esquinas de las calles; ni zascandil—concejal ó no—que prevaliéndose, como sucede á menudo en Madrid, de la facilidad con que se obtiene, por virtud de uso tradicional, una audiencia del Soberano, no se aproveche de la prensa, para hacer saber al público que *visitó* á S. M., y que no agrave la ordinariez insolente de tal expresión—agregando la condescendencia de participarle asimismo—que *salió muy satisfecho* de su visita.

No hay tampoco por de contado, fiesta que no rivalice con las que se dan en los palacios más suntuosos, ni comida que no sea un banquete, ni banquete que no sea baltasariano, ni *toilette* de damas que no sea la realización de la mayor de las elegancias, ni joyas que no avergüencen la riqueza y el brillo de la luz del sol.

Ni aun la muerte misma, en fin, de los séres más allegados, logra escapar á la vanidosa insaciable explotación de los vivos, según puede diariamente observarse; de modo que pronto no ha de parecer cosa que deba causar extrañeza, la reproducción en la prensa del anuncio que yo he leído en la del país clásico de esa clase de industrialismo y que literalmente decía así:

"LÁPIDAS MORTUORIAS.

En este establecimiento se hallará á precios convencionales un variado y numeroso surtido de lápidas, en las que constan ya grabados todos los méritos y virtudes que se puedan apetecer sin que falte para su inmediato uso más que el nombre del difunto, á cuya memoria se desea consagrarlas."

*
* *

Todo ello, producto directo de la pasión inmoderada de la exhibición personal, ha sido—doloroso es tener que reconocerlo—en gran manera suscitado por este moderno modo de ser de la prensa periódica, que al par que en otros conceptos presta servicios de tanto valor y que tan absolutamente necesaria es á nuestra vida social, se ha dado incon-

siderada y pecaminosamente á fomentar y á nutrir sin brida con que voluntariamente se contenga, las más deplorables tendencias y las mayores miserias de nuestra flaca humanidad; hallando, es verdad—tampoco podemos negarlo—terreno propicio en la propensión de la vanidad humana de que los españoles hemos participado en todo tiempo tanto y de manera tan característicamente nacional.

Así, á creer lo que todos los días leemos, estamos en el pleno goce de las delicias sin fin de un mundo de superioridad, de cultura, de refinamiento y de distinción, en que las artes, las ciencias, las letras, las virtudes y los atributos más elevados del espíritu, florecen universalmente, realizando entre los mortales satisfechos una igualdad de condición idealmente democrática, aunque con la singularidad de que sean por la pretensión, exclusivamente aristocráticas sus manifestaciones, como que proceden estas de séres superiores; y, nuevos *Cándidos*, vivimos en el mejor de los mundos posibles, en estos tiempos, precursores posiblemente de grandes progresos para el género humano, pero que mientras esos progresos se elaboran, lo son aparentemente de visible desquiciamiento, de predominio de lo vulgar, de tiranía de lo subalterno, de niveladora *cursicracia* triunfante, de aristocracias desvanecidas, de burguesías y democracias dementadas, del anarquismo y la dinamita.

Así también, con esa labor diaria y perseverante, se ha ido incurriendo en la responsabilidad, no muy ligera, de contribuir grandemente á la obra funesta de excitar y desarrollar en las clases á quienes la vida ofrece escasos favores, apetitos y concupiscencias peligrosas, cuyos resultados se van viendo ya todos las días. Poniéndoles constante y como sistemática y deliberadamente delante de los ojos, el espectáculo de tanto goce que les está vedado, se las ha empujado y se las empuja persistentemente, de la resignación al desasosiego, del desasosiego á la envidia, de la envidia á la codicia, de la codicia á la rabia, de la rabia á la resolución de participar á todo trance en el festín universal, y de tal resolución á la guerra á mano armada á la Sociedad. De ser y tenerse simplemente por desgraciadas, se han considerado—bajo el influjo de malvados explotadores de su ignorancia—desheredadas primero, robadas después, determinadas luego á tomar la parte que se les atribuye como legítima, en los bienes de que no disfrutan; y el crimen ha llegado á ser para muchos, entre ellas, la primera de todas las virtudes. Menos mal si siquiera fueran verdad *tanta grandeza,* la grandeza que se les cuenta, que las empuja, y es una de las causas de tan lamentable desmoralización.

Así en fin, se ha llegado al lastimoso resultado—que nunca se deplorará bastante—de que no hay ya palabra, frase, ni estilo elogista

posibles, cuando realmente, de buena fe y por méritos positivos, se desea decir lo que se cree de la excelencia ó de la superioridad de cosa ó persona alguna. Está agotado y desgastado el vocabulario que podría ser aplicable al caso y se corre el riesgo de que los interesados tomen á burla y aun á injuria lo que de ellos se diga y de que no lo crean y lo tomen los que lo escuchan, por la falsa moneda que tan generosa como inconsideradamente se distribuye, en el diluvio de lisonjas que para confusión de todas las nociones caen indistintamente sobre altos y bajos, inteligentes y memos, chicos y grandes, dignos é indignos. Y no se pretenda oponer á esta fundada aseveración que los merecimientos reales los ve y los distingue todo el mundo y no los confunde nadie, del mismo modo que todos, ven la luz del sol y el brillar de las estrellas; porque no tiene, ni puede tener, ojos para ver ni oídos para oir, esa masa de gentes, cuyos ojos y cuyos oídos han sido obliterados por la acción contínua de la corriente de polvo y otros resíduos malsanos que se ha ejercido sobre sus sentidos.

***

Pongo por caso de esta embarazosa situación en que, por virtud de las causas mencionadas, se encuentran los que de buena fe quisieren elogiar lo que tienen por verdaderamente elogiable, lo que me acontece á mí en estos mismos momentos. Hubiera deseado yo en la ocasión de mi presente visita á Cadiz, decir algo acerca de lo que me ha impresionado más satisfactoriamente; y entre otras cosas lo bueno que pienso de mucho de lo que durante ella, he visto impreso en el Diario de Cádiz. Hubiera querido, por ejemplo, decir de este periódico que le tengo, como lo es, por uno de los mejores, más variados, más interesantes de nuestro país; aplaudir su dirección que hace de él tribuna abierta, más que cátedra de partido ó escuela, aunque sus simpatías sean notorias y que pone á lo que procede de su redacción propia, sello de tan recomendable templanza, discreción y sentido práctico. Hubiera deseado decir el deleite que me ha causado, entre otras, la lectura de los numerosos trabajos en él publicados por el Sr. D. José M.ª León y Domínguez, prestarle el debido homenaje como á maestro del bien decir, en quien parecen haberse encarnado, el genio y las más castizas tradiciones de nuestra lengua pátria, y que salpica cuanto en prosa ó verso escribe, con tantas pruebas de vasta instrucción y tan inimitable gracia y donaire; por Cristian que, filósofo, psicólogo y moralista, sociólogo, apologista católico, crítico y erudito, da tan frecuentes y admirables muestras de la variedad y extensión de sus conocimientos y de la amplitud de su en-

vidiable inteligencia; por el Sr. D. Arturo G. de Arboleya, escritor tan correcto y elocuente que, en cuanto da á la estampa pone de manifiesto su mucho saber, la feliz ponderación y alcance de su intelecto y cuyo buen sentido y sereno juicio emulan con los de su lamentado padre; por el Sr. D. Miguel Guilloto y Demouche, la variedad de cuyas aptitudes y aciertos admira, cuyo gusto es tan refinado como lo demuestran desde que comenzó á publicarlas, muchos años hace, sus composiciones poéticas y especialmente el cultivo y profesión que en ellas hace, como muy pocos, de la prosodia de la lengua castellana; por el Sr. Don José M.ª Carpio, escritor de tanta y tan variada ilustración, no ya moderno, sino modernísimo en espíritu y en forma, así como en la versatilidad de su fecundo ingenio; por el maestro de maestros, el Sr. Don Eduardo Benot, eminente en letras y en ciencias, que con cada palabra enseña y deleita, cuya facultad de aplicación acertada y--por decirlo así--victoriosa á todos los estudios y conocimientos humanos desde los más abstrusos hasta los de carácter mas práctico, parece no tener límites, como no ha tenido en nuestro país superior; por otros, en fin, que siguiendo antiguas huellas ó abriéndolas nuevas, mantienen en nuestra ciudad natal las tradiciones y las enseñanzas de los Huerta, de los Flores Arenas, de los A. de Castro, de los Amblard, de los Llorentes, del ilustre Sr. D. Juan José Arbolí, de D. Tomás García Luna, de Alcalá Galiano, del eminente D. José Joaquín de Mora, del gran D. Alberto Lista, y consuelan á los antiguos gaditanos de las lastimosas decadencias de que en tantos otros órdenes de cosas son testigos afligidos.

Y también hubiera deseado lamentarme de que no aparezcan ya, tanto tiempo hace, ante el público, los trabajos de primer orden con que, acerca de asuntos de Administración, Hacienda, Economía pública y otros relativos á intereses materiales, solía ilustrarle uno de nuestros paisanos más realmente inteligentes, más hábiles en el arte de exponer con claridad las cosas y de examinarlas á fondo, más instruídos en aquellas y tantas otras materias; el Sr. D. José M.ª Conte.

Pero ¿cómo aventurarse en tal empresa sin desconfianza y sin el temor de que la mejor intención del mundo se pudiera tomar á mala parte, no ya solo por la incompetencia que humildemente me reconozco para permitirme tales, aunque tan merecidos encomios, sino porque no sería esto en realidad ofrecer ótro homenaje que el de que lo podría considerarse como moneda falsificada por el abuso que de ella se hace? Perdónenme pues lo dicho, los que me he atrevido á nombrar, en gracia de que, si me falta autoridad para juzgarlos, son al menos mis juicios enteramente sinceros.

Si á extremos—de los que no es este más que uno—nos ha reducido ya la desordenada y fomentada y cultivada pasión de la exhibición personal, bien se puede comprender que no haya la experiencia adquirida contribuído á disminuir á mis ojos la prevención con que instintivamente la miré en los principios mismos de su desarrollo; que, por el contrario, haya sido causa de que se robustezca la aversión que le profeso; de que se haya afirmado en mi ánimo la conclusión definitiva que tengo por sana y recomendable, que me aventuro por tanto á recomendar y que se formula en estas sencillas palabras:

No hables jamás de tí mismo
si lo puedes excusar.

*
* *

No es, pues, que á profesar otras ideas ó ser más de mi tiempo de lo que lo soy por lo visto, y va ya siendo por otra parte cosa natural, no pudiera tener yo algo que contar de mi vida, siendo esta ya no nada corta y habiendo participado en asuntos públicos por muchos años. Treinta y seis de ellos he empleado en la carrera diplomática, llegando hasta la más alta de sus jerarquías y teniendo el honor y la responsabilidad de representar á España en el Brasil, en Suiza, cerca de la Confederación Germánica que murió de mano airada en 1866, en Sajonia, en Baviera, en Wurtemberg, en las córtes menores de Alemania, en Berlín, en Viena, en Roma y en Londres. He sido periodista en tiempos en que no era tan fácil ni tan cómodo serlo como lo es hoy; he sido varias veces diputado y senador; he estado en esos diversos conceptos mezclado en asuntos de interés; he vivido mucho en la sociedad europea y cosmopolita; he visto muchas cosas y conocido y tratado muchas gentes, entre ellas la mayor parte de los hombres y las mujeres de más viso y renombre de nuestros tiempos, en nuestro país y en el Extranjero; he hecho otras cosas no faltas de interés é importancia, de alguna de las cuales ha sido Cádiz testigo; he pasado por muchas y variadas vicisitudes; he presenciado muchos y sérios acontecimientos y conflictos; he corrido, en fin, y me han hecho correr no pocas aventuras de diversa clase.........

Escribiendo esto, me viene súbitamente la memoria de una que menciono de paso, solo por la coincidencia de las fechas, iniciada precisamente hace *hoy* cuarenta años y durante la cual—entre otras cosas—tuve el honor de ser acompañado de Madrid á Cádiz por beneméritos individuos de la Guardia Civil; de alojarme temporalmente en el castillo de Santa Catalina y de pasar una larga temporada en el verdadero Paraiso de la isla de Tenerife, donde hice entonces y conservo muchos de mis

mejores amigos, cuyas bondades no olvidaré jamás y á quienes nunca omito la ocasión, y por eso también aprovecho la presente para reiterarles el testimonio de mi perdurable gratitud.

Pero todas esas cosas no son para contadas; las unas, porque, dando de barato—que estoy muy lejos de darlo—que supiera yo contarlas bien, no merecerían la pena y ofrecerían poco ó ningún interés al lector; las otras, porque no son para contadas *inter vivos*, si se han de contar con la necesaria libertad, para que el relato ofrezca alguna enseñanza ó interés digno de memoria; razón por la que solo pueden en realidad tener lugar adecuado en los "*apuntes y recuerdos de cosas y personas*" que acaso se hallen entre mis papeles después de mis días.

* * *

De todo resulta claro, con grande sentimiento mío, que no he cabido en el molde que Vd., con tanta benevolencia como cortesía se sirvió ofrecerme; y que no he cabido, no por grande ni por ninguna otra razón que me enaltezca, sino por falta invencible de inclinación ó habilidad para adaptarme á él y por mal conformado é imperfecto si se quiere; lo cual con toda humildad reconozco y alego—aunque me duela—en demostración de que no he sabido ni podido corresponder á la atenta invitación que se sirvió Vd. dirigirme; y no de modo alguno en son de crítica ó censura de nadie; porque con igual sinceridad reconozco que por caminos diversos, abiertos á unos, vedados á otros, se puede hacer lo bueno, lo agradable y hasta lo útil, según se demuestra con tantos ejemplos en los artículos publicados por el DIARIO.

Pero mi compromiso con Vd., no es, Sr. D. Federico, á pesar de cuanto queda dicho, menos obligatorio, puesto que lo acepté, aunque, á la verdad, sin haberme dado realmente cuenta de la tarea, imposible para mí, que aceptaba. Debo, pues, y quiero satisfacerlo, y lo he de hacer (para justo castigo de mi irreflexión, si bien doliéndome del que, —sin que lo merezcan—infligiré á Vd. y á los lectores del DIARIO) ajustándome á las condiciones mismas por Vd. formuladas. Y me *ejecutaré* refiriendo tan breve y sencillamente como me sea posible un suceso en el que tuve alguna intervención, de que me es lícito hablar porque fué obligatoria por razón de mi oficio, no siendo por tanto para elogiada, y cuyo relato parecerá acaso extraño como conclusión de la presente carta, pero que rebosa de verdadero interés humano y ofrece algún otro atractivo de curiosidad.

* * *

Bastantes años hace, cuando desempeñaba yo una de las Legaciones de España en el Extranjero, llegó á uno de los más concurridos puertos del país en buque procedente del nuestro, un joven español casi imberbe, pequeño de estatura y de ruín apariencia, que había hecho el viaje introduciéndose á bordo sin que nadie lo advirtiese y que apareció ante la tripulación cuando el buque se hallaba ya en alta mar.

Desembarcado no bien llegó éste á su destino, hallóse dicho viajero en las calles de una populosa ciudad, por las cuales comenzó á vagar; y viendo algunos comestibles en la delantera de una tienda, aguijoneado acaso por el hambre, procedió á apropiárselos, por lo cual fué preso *incontinenti*, condenado sin dilación á nueve meses de cárcel y encerrado en ella, prévias las operaciones de uso en el país, que consisten en despojar de sus vestidos, bañar y asear á los encarcelados y ponerles el uniforme del establecimiento.

Cumplida su condena, le devolvieron sus ropas en el punto y hora en que esta fenecía, le abrieron las puertas de la prisión y de nuevo se dió el ex-prisionero á recorrer á la aventura las calles de la ciudad.

Al siguiente día causaba en esta y en toda la comarca, profunda y universal emoción, la noticia de un horroroso crimen cometido en aquellos contornos. En una pobre casa situada no lejos de uno de los caminos contiguos, habitaba un robusto trabajador del campo con su mujer y tres hijos de corta edad. Los cinco habían sido asesinados y se había intentado incendiar la casa.

La pública preocupación era tanto mayor, cuanto que ningún indicio hallaba la policía por donde pudiera procurarse el descubrimiento del autor ó autores del crimen, ni se comprendía este, así porque las víctimas eran gente á quien no se conocían enemigos ni envidiosos, como porque su pobreza notoria parecía ponerlos al abrigo de codicias que no podrían satisfacerse.

Dos días pasaron en ese estado de pública excitación, cuando un agente de policía que estaba de servicio en un pequeño apeadero de camino de hierro, fijó su atención en un hombre que le pareció extraño y que sentado en un banco, aguardaba verosímilmente el paso del tren. Llegándose á él, le dirigió la palabra; y como no le contestase, se resolvió á examinar un bulto que tenía á sus piés el supuesto transeunte y que consistía en un envoltorio de varios objetos, hecho con un pañuelo. El asombro del agente fué el que se puede imaginar, cuando se encontró con que aquellos objetos eran de los que habían pertenecido á los habitantes asesinados de la casa incendiada.

No hay que decir que la prisión del poseedor de dichos objetos fué

inmediata; que se instruyó contra él el consiguiente proceso y que en su vista fué acusado en debida forma de ser el autor del crimen, cuya perpetración había causado tan general espanto. El resultado de la instrucción puso de manifiesto que el acusado no era otro que el mismo español desembarcado nueve meses antes en las circunstancias referidas.

Fué entonces mi deber velar por que no faltasen á éste todos los posibles medios legales de defensa y también procurar sustraerle á los efectos de la indignación popular que contra él se desencadenó, haciendo que se le juzgase por Jurado de comarca distinta de la que había sido teatro del crimen; lo cual pedí y obtuve.

El juicio se verificó; los jueces de hecho declararon autor de los asesinatos y del incendio al ruín y casi raquítico joven de 22 años de edad, que, pareciendo apenas tener energía y fuerza para tenerse de pié, había sin embargo sostenido—así se tenía por demostrado—la tremenda lucha corporal que el crimen suponía; y el veredicto del Jurado fué seguido de la sentencia de muerte, pronunciada según las fórmulas y usos establecidos, por medio de palabras dirigidas por el juez de derecho al reo, y que se pueden resumir en estos términos:

"Fulano de tal: Acaba Vd. de ser convicto de uno de los crímenes más horrorosos, más crueles y más infames que es dado concebir y perpetrar á la perversidad humana; y es mi deber aplicar á Vd. la penalidad que la ley señala para tales crímenes, lo cual hago, mandando que sea Vd. colgado por el cuello hasta que Vd. muera."

Llegado así el trágico desenlace, hube yo de ejercer otra vez la única intervención que estaba en mis manos en favor del condenado, enviándole para que le confortase en sus últimos momentos, un sacerdote, que lo fué un buen fraile español de uno de los conventos establecidos en el país.

Y la sentencia se ejecutó; y nuestro infeliz compatriota fué á comparecer ante el tribunal donde, ni error ni pasiones humanas pueden obscurecer la verdad y donde se sabe si él la decía cuando, por única defensa y sin que se consiguiera nunca obtener que diera explicación alguna que le exculpase, se obstinó puramente en negar los hechos que se le atribuían.

El ejecutor de la justicia, ó sea el verdugo que le ahorcó, fué objeto de dos ovaciones populares; una á su llegada al lugar de la ejecución y otra á su salida, correspondiendo por su parte en la última de esas ocasiones á los aplausos de que era objeto, con un discurso—no por cierto indiscreto ni mal hablado—que dirigió, á los que le aclamaban, desde el coche del camino de hierro en que tomó su asiento.

El interés natural que me inspiraba el lastimoso asunto, me había inducido á pedir á España antecedentes acerca del acusado, que deseaba recibir—y no recibí—antes de la ejecución. Confieso que, á pesar de la confianza que me inspiraban las garantías de acierto y la rectitud del tribunal, me preocupaba la posibilidad de que la obstinada negación del ajusticiado fuese expresiva de la verdad y hubiera muerto inocente.

Por fortuna para la tranquilidad de mi espíritu, llegaron á poco los informes pedidos. El condenado y ejecutado era corneta de un batallón acantonado en las inmediaciones de uno de nuestros puertos, en la última guerra civil. Por robarle cinco duros, había asesinado á su compañero de cama. Había sido sentenciado á muerte y estaba en capilla para ser fusilado, cuando la noche antes, introduciendo una sorpresa del enemigo la confusión en el puesto en que se hallaba, le había permitido ésta evadirse de su encierro, ganar prontamente los muelles cuando no era aún de día é introducirse en el buque que le condujo al país donde tuvieron lugar los hechos referidos.

Si no tenía que expiar el crimen por el cual murió, tenía que expiar el de asesinato de su camarada, que solo Dios en su misericordia infinita podía perdonarle.

*
* *

Y ahora que me he desempeñado como he podido de la obligación que con Vd. contraje, abrigo, Sr. D. Federico, la esperanza de que será Vd. indulgente con este *papel*, que por llamarle de algún modo he llamado *carta confidencial* y al que, en mi apresuramiento, me ha faltado tiempo para darle mejores proporciones y hacerlo mas corto; y le ruego acepte mis más sinceras gracias por el honor que ha dispensado á mi nombre, considerándolo digno de figurar en la especie de *Symposium* á que me invitó, entre los de los distinguidos escritores que han acudido á su llamamiento.

Cádiz Febrero 1894.

LA URNA DESPEDAZADA.



En 1837 ocurrió un suceso en la gloriosa cuna de las libertades patrias digno de memoria, por las circunstancias que le dieron alguna importancia. Cuando se trataba de tropelías electorales, se recordaba con frecuencia por aquellos tiempos y con énfasis, lo de la *Urna de Cádiz*, como caso grave de semejanza y ejemplo de exaltación de las pasiones.

Pudiera aquí consignar remembranzas de motines en Cádiz durante los primeros años de la tercera época constitucional; pero sería empresa larga y que entretendría más de lo necesario á mis lectores, contra mi deseo de trazar una relación sucinta, amena por la variedad de los sucesos y rapidez de la intervención de las personas, y curiosa por lo extraño é inverosímil de los acontecimientos.

Y sin más, entro en materia para no cansar y cansarme. Dios ponga tiento en mi pluma.

Empezaron las elecciones y desde el primer instante se vino á entender que el partido moderado las tenía seguramente ganadas por verse en minoría el progresista. Celebrábanse en la Iglesia Oratorio de San Felipe Neri, que había servido en 1811, 12 y 13, de Sala de Sesiones á las Córtes, así como en las efímeras de 1823.

Quedó de presidente de la mesa, en concepto de elector D. José María Retortillo, Alcalde 1.º constitucional, y de secretarios escrutadores D. Leonardo Talens de la Riva, D. Juan de Urtétegui, D. Manuel Posadillo y D. Manuel Marzan, todas personas pertenecientes al bando de los moderados.

La elección del primero y segundo dia fué de todo en todo favo-

rable á las candidaturas para diputados á Cortes y Senadores del reino.

Como era consiguiente, los del partido progresista llevaron muy á mal esta victoria, que atribuían á la mala formación de las listas electorales como dicen siempre los vencidos.

Amaneció el día 24 de Septiembre. Aquellos se jactaban de que en él (como día festivo) acudiría mayor número de electores, por hallarse libres de sus obligaciones artesanos, mercaderes, etc.

Mas no prestaban fe á lo mismo de que se fingían persuadidos.

Corrieron los trámites de la elección del tercer día, no sin que un D. Tiburcio Campe, antiguo impresor é infatigable y avieso patriota y un médico muy demócrata y persona de no menos ciencia que ingenio y de condición muy festiva se presentasen en San Felipe Neri á protestar para ante el Congreso contra lo mal formado de las listas. Estaban en su derecho si tal creían por lo que no cabe censurar con razón el acto. Pero hé aquí que inopinadamente y cuando acababan de salir del templo, se escuchó en las puertas un grito que decía: *adentro:* palabra que sirvió de aliento para que con el mayor ímpetu y tremendo vocerío asaltasen el colegio electoral como dos docenas de voluntarios nacionales del tercer batallón. Atropellaron al estantigua de un guardia municipal que estaba junto al mamparo como custodiándolo, el cual quedó estupefacto al ver la entrada de aquellas gentes, sable en mano y los acostumbrados é imprescindibles *vivas á la libertad!* con los que quedaban disculpadas todas las tropelías, en aquellas tormentosas calendas.

De paso recordaré que entonces y años después, vulgarmente se llamaban en Cádiz *habitantes de la luna* los guardias municipales, cuya creación coincidió con los tiempos de haber salido á luz por Europa un folleto que se atribuyó graciosamente al célebre astrónomo Juan Herschel, con fingidos descubrimientos de hombres que se asemejaban á animaluchos en la *Luna* (1) con la aceptación y credulidad que los papamoscas prestan en todas edades á los absurdos, y tanto más, cuanto la absurdidad sea subida de punto.

La turba acometedora saludó con los sables desnudos á los presentes. Entre ellos hirió, si bien no de gravedad, á un joven llamado D. Clemente Darhan. El Presidente y Secretarios se vieron obligados á huir en los instantes en que tranquilamente se hallaban leyendo la séptima papeleta que habían sacado de la urna. En cuanto á esta, felizmente

---

(1) En Sevilla se dió este nombre á los vagamundos, esto es, que vivían sin oficio ni beneficio, voz propagada en esta significación por gran parte de las Américas españolas.

para las personas, se le dió la preferencia para destruirla á golpes de sables con los votos emitidos en aquel día.

Los papeles que se encontraban sobre la mesa, entre ellos las actas de los escrutinios anteriores, se hicieron pedazos.

El Alcalde Retortillo refugióse en una casa inmediata que tenía comunicación con la Iglesia. Allí acudieron sus hijos para libertarlo de aquel peligro en que parecía hallarse.

Buscaban los agresores por el templo y edificios contiguos á las nueve ó diez personas que habían visto ó sabido que habían intentado ocultarse.

Aquellas gentes inermes debieron su salvación á una pobre mujer que les prestó auxilio en un estrechísimo departamento de su habitación, cerrándolo con llave, sitio desde donde los albergados oían á los patriotas que juraban su estermin:o por espacio de dos horas y media, sin recibir socorro de autoridades ó persona alguna.

Refirióse entonces que uno de los refugiados se ocultó en el hueco de un muro, debiendo la conservación de su vida á la casualidad de haber quedado una parte de su cuerpo bajo los escombros de un pedazo de tabique derribado por las culatas de los fusiles de los beneméritos patriotas.

La mujer caritativa que auxilió á los fugitivos, disuadió de su empeño á aquellos, asegurándoles que en su departamento nadie se hallaba oculto, y que si estaba cerrado consistía en que su marido antes de salir á la calle con una hija pequeña para librarla de cualquier peligro, se la había llevado.

Todavía entre los gritos de muerte contra el Alcalde Retortillo, hubo algunos que pedían que no le hiciesen mal, porque al fin tenía diez hijos.

Los patriotas, queriendo disculpar el hecho de la herida que se infirió al inofensivo joven Darhán, decían por Cádiz que se le había ocasionado por *inadvertencia*. Como con ella ó sin ella no experimentó sufrimiento, felizmente no pasó á mayores, sin que mediase voluntad contraria por parte de sus causantes.

Esperábase oir la voz de la autoridad civil en reprobación verdadera y terminante de tan desvergonzadas violencias. Y en efecto, no tardó en publicarse una alocución temerosa, empleando el gefe político los medios propios de una elocuencia vacilante, en que sin condenar del todo los actos, procuraba atenuar su importancia. Llamábase este Sr. D. Vicente María Molino, y así el documento se encabezaba: "Á los habitantes de Cádiz el Gefe Político."

Nadie creería encontrarse tras estas palabras el siguiente extraño aforismo:

"Un incidente imprevisto *y no muy raro en las grandes reuniones populares*, ha turbado por unos momentos la tranquilidad que disfrutaba este pueblo heróico y que era admiración de todos sus convecinos."

Dábase el parabién de que hubiesen escapado con el pellejo los que sirvieran de blanco al desahogo de las iras populares.

"Ni una gota de sangre (añadía la alocución) ha costado este ingrato suceso."

Consignaba con las voces de un cordial regocijo que no le hubiesen sacudido alguna pedrada ó algún trastazo mas ó menos perdido de perdidos.

"Yo no tendré expresiones (decía) bastantes para manifestar mi agradecimiento por las consideraciones que os he debido," lo cual venía á ser una bendición de Dios.

"Sin más apoyo (exclamaba desde la cúspide de su admirativa sorpresa) que vuestro patriotismo y virtudes me lancé enmedio de vosotros."

Un documento de este linage de desatentada elocuencia no podía ser más oportuno en los instantes de una tenacísima guerra civil contra el sistema constitucional y en que se decía que el apaleo de los electores y la ruptura de una urna electoral é incendio de las papeletas que encerraba "era un caso no muy raro en las grandes reuniones populares."

¿Y á qué mejor arbitrio pudo acudir el Sr. Molino en su incertidumbre ó más bien dicho, terror patriótico que adular al populacho llamándolo heróico pueblo é invicto vecindario, loándolo con vehemencia porque "había conservado el orden y en resumen, porque después de todo se había contentado ó satisfecho con tan poco ó poca cosa?"

El Gefe político Molino se pasaba de amable ó atento ó deferente con los apaleadores patriotas. Presentóse en San Felipe con algunos guardias municipales y comenzó á predicar á aquellos con el tierno y expresivo acento de un buen misionero á fin de que se retirasen á sus casas. Los municipales hacían en ese trance lo de hacer que hacemos para cubrir las apariencias de que trataban de restablecer el orden público. Entónces uno del pueblo soberano exclamó con extentórea y algo y más que algo aguardentosa voz:

—Señor Gefe político, el pueblo lleva á mal que le vejen los guardias municipales.

Convencido de esta concluyente razón y á fin de que no se molestase á aquellos benditos patriotas, respondió Molino encarándose con los guardias:

—Pues señores, retírense VV.

Así terminó el conflicto sin más disgustos entre los presentes.

Pusieron los amotinados centinelas en la plazuela de San Felipe.

Á las cuatro de la tarde los batallones de la Milicia respondiendo al toque de generala acudieron á aquél sitio y circunvalaron la iglesia.

El General Gobernador Militar don Miguel Araoz acudió antes al templo con algunos soldados y allí cogió se puede decir que en flagrante delito á los perpetradores, contentóse con tomar los nombres y despedir á aquellos.

Entretanto una turba de milicianos de los que habían llegado en apoyo de los agresores del colegio electoral de San Felipe Neri, se dirigieron á la casa de la redacción é imprenta del periódico conservador *El Tiempo* con el designio de destruir la imprenta. (1)

Los propietarios habían ya prevenido sus intentos, y fortificado sus puertas. Así es que los primeros é inútiles golpes de hacha que descargaron sobre ellas y el desconcierto de ver que en su empresa nadie les ayudaba, hiciéronles desistir de su malhadado empeño. Algunos muy pocos, quedaron allí entre confusos y débilmente porfiados. Todavía cuando se presentó el Gefe político con ademanes y palabras de evitar un atropello, un patriota en sus mismas barbas y con insolentes voces arrancó un ejemplar de la antes citada alocución de la misma autoridad, quedando esta no menos impasible que resignada en honra y gloria de Dios.

Después de arengar en San Felipe á los revoltosos alguno de los comandantes de la Milicia Nacional (como don Luís Crosa) y el alcalde don Lorenzo Mendaro,—el oficial Pizarro logró llevarse consigo á los del tercer batallón como el Ayudante de Sanlúcar consiguió lo mismo con algunos de los primeros que habían tomado parte en el motincejo.

Otros sucesos vinieron á agravar el conflicto. El Gobernador Militar Araoz tropezó con don Carlos Azopardo, capitán de granaderos del tercero y hombre tan atrevido en pensamientos como en palabras, á que se agregaban frecuente violencia en sus exaltados deseos, y dificultad casi invencible para moderarlos. Iba acompañado de unos 50 ó 60 hombres con fusiles unos y otros con solo sables. Preguntadas las causas que lo habían impulsado á esta voluntaria ó voluntariosa expedición, respondió que iba á apoderarse del parque de artillería á fin de custodiarlo, no fuera que los enemigos se hiciesen dueños de él con daño de la causa de la libertad. Lo evidente era que preservar el parque no co-

(1) La imprenta de *El Tiempo* estaba en la calle de San José junto á la esquina de la de Jardinillo, hoy de Cervantes. Tenía el núm. 41: hoy tiene 20.

rrespondía á él y á los que habían promovido el tumulto. Araoz les mandó retirarse inmediatamente y con autoridad tal que no obstante la resolución altanera del capitán y sus voces de aparente energía hubo de acatar la orden en previsión de que el jefe militar pudiera acordarse de la ordenanza y sus severidades, en lo que había notorio y trascendental riesgo.

Entretanto mal sufrían los milicianos del motín que en poder de Araoz se encontrase la lista de los que fueron sorprendidos en San Felipe Neri. Unos cubiertos de manchas de tinta, que no de sangre felizmente, estaban en sus prevenciones lamentándose de verse descubiertos en su delito y suplicaban muy cariacontecidos que buscasen el modo de salvarlos.

Los de la brigada de artillería volante acudieron á Araoz para que rompiese la lista de los delincuentes y ofrecieron ayudarle en la restauración del orden inmediatamente. Y la autoridad valiente en el campo de batalla, y débil ante las consecuencias de un motín popular cedió, á las persuasiones, y sin poder asegurar que obedeció, hubo de romper la lista *ad majora vitanda* y Cristo con todos.

A las nueve de la noche todo se había completamente calmado: unos se fueron á dormir á sus casas y pocos al teatro, donde se notaron los vestigios del sobresalto público. A los dos días (el 26 de Septiembre) se anunció que paralizadas las elecciones por el *funesto y criminal suceso del 24*, juzgaban la mesa electoral así como la Diputación de la provincia que *violada como estaba la ley*, no podía continuar el acto ni resolverse con legalidad este punto sin el conocimiento y fallo de la Superioridad competente.

Promovióse causa por aquel tumulto. La primera víctima fué el asendereado é infeliz gefe político, para quien vino la merecida separación. Araoz quedó encargado de la gefatura política que en los momentos de la sorpresa no quería aceptar por delicadeza para con Molino y porque en verdad, allá se fueron uno y otro en cuanto á las disposiciones para cortar el tumulto. Mas al fin, con mejor consejo aceptó el nombramiento, aunque no á gusto de los fautores de la turbulencia.

Desde los principios se comprendió que todos los desórdenes habían de quedar en impunidad absoluta. Pocos, muy pocos de los vecinos de Cádiz tenían verdadero empeño en que se castigase á los que aparecían culpados. Hablóse mucho de lo reprobable del crimen, de la violación patente del respeto al Sufragio, de que ejerciéndose así la Constitución de la monarquía, ésta era imposible. Dijéronse tantas y tantas cosas y todas á cual más bonitas y ciertas, que habría materia para formar un libro de veneranda doctrina constitucional. Pero lo seguro es que todo

no pasaba de lamentaciones sublimes y estériles y que en la práctica nadie tomaba en serio lo sucedido, porque al fin ningún descalabramiento, ó muerte ó herida ó perjuicio grave había resultado del hecho. ¿Por qué, pues, tomar tan en sério el asunto, bueno para teorías, pero no para emprender vindictas públicas? Todo fué ruído y más ruído. Unos por miedo de represalias, fáciles de ocurrir en aquéllos tumultuosos tiempos y otros por la interna convicción de la insignificancia positiva de los sucesos y casi todos por el deseo de cubrir con el manto del olvido aquel desahogo patriótico, dejaban pasar días y días y más días en la confianza de que novísimos y varios acontecimientos distraerían la atención preferentemente.

Las declaraciones jurídicas se tomaron con ardid facilitándose en las preguntas las respuestas explicatorias. En resumen, nadie había visto con exactitud delitos y delincuentes. Y eso que el gobernador militar D. Miguel Araoz y Ordóñez, había hecho públicas y concretas acusaciones por medio de un periódico de la plaza.

El Azopardo con tres ó cuatro oficiales más y cincuenta ó sesenta hombres de su batallón y compañía fueron detenidos en el campo (hoy de las Delicias) en debida forma militar por los artilleros de Marina.

Interrogado Azopardo adónde iba con aquélla gente, respondió que empeñada ésta en salir de su cuartel con el pretexto de unirse á sus compañeros de la artillería volante de la Milicia, se puso él á la cabeza de los de su mando, para impedir que á la desbandada cometiesen desórdenes.

Nadie procedió contra tales milicianos. El mismo Araoz, que había consignado en la prensa que volviéndose á su pabellón encontró al oficial D. Federico Benjumeda que con tres ó cuatro artilleros nacionales iba á informarse de lo que pasaba con los del tercero y que le mandó regresar á su cuartel (baluarte de Candelaria), confesó que sabido por un ayudante de plaza que había grande algazara en el mismo, se presentó á restablecer el orden. Allí formadas las dos compañías, prorrumpieron en quejas contra el Ayuntamiento por lo mal formado de las listas electorales y contra la Diputación provincial por haber restringido la ley. El gobernador replicó que no tenía derecho á intervenir en esos actos civiles; y por tanto, que como ciudadanos y no como fuerza armada acudiesen á defenderlo ante las autoridades ó tribunales correspondientes.

Exigieron entonces al Gobernador que nada se hiciera á los hallados en San Felipe Neri, á lo que Araoz respondió que como asunto que no le incumbía, nada le era permitido asegurar en pro ó en contra. Los buenos Milicianos replicaron *que por gracia se rompiese la lista*, á lo

que se allanó la autoridad, asegurando muy enérgicamente que tan solo á ello se prestaba por conseguir inmediatamente la quietud y el orden de la población.

Con estos precedentes y voluntariedades y deferencias ¿quién podría esperar que se administrase justicia contra los autores de tantos y tales desmanes?

Llegó á su punto más declarado la parcialidad y benevolencia del Juez de la causa. Pública era la parte que había tomado una persona conocidísima. Hablo de Heliodoro Spech, cantante italiano, por cierto muy aplaudido y que se había adquirido grandes simpatías por su excelente voz y buen método, ya ejecutando como tenor la ópera *Tebaldo é Isolina,* de Morlacchi, ya en la *Muta di Porticci* de Auber, ya como barítono en la *Parisina de Este* de Donizetti.

Estos buenos italianos que habían en sus deseos de libertad é independencia, aceptado la Constitución Española de 1812 allá por los años de 20 á 23, de que habían sido despojados por los serviles, se creían con derecho fraternal á mezclarse en nuestros asuntos. Spech que era de condición fogosa, avalentonado y con bríos personales para mostrarlos en favor de la causa de la libertad, mezclóse activamente en las tropelías de San Felipe Neri, sin estar con seguridad enterado de las causas verdaderas del motín, ni si le cumplía ó no en una nación extrangera auxiliar á hombres de un partido con quienes nada le ligaba. Oyó vivas á la libertad y acudió inconscientemente á "repetirlos" creyendo emprender una alta obra meritoria.

Nada resultó contra Spech no obstante la notoriedad de sus actos, que hasta los niños los conocían, como aconteció entonces al autor de estos recuerdos.

Si bien en los primeros momentos no se vió claro el vacilante é inexperto proceder del Gobernador Araoz, llegaron al fin quejas al Ministerio y vínose á comprender que el estado de anarquía de los ánimos gaditanos era más grave de lo que se imaginaba y confióse el mando militar al Conde de Cleonard, sugeto de valor, de energía y de ilustración verdadera, á quien no ofuscaban las vocinglerías de los motines, sabiendo unir la prudencia y la calma á la actividad y la fortaleza de ánimo correspondientes á las ocasiones.

Los mismos progresistas, que tenían evidentes simpatías con los directores temerarios del motín del 24 de Septiembre, recelaban declararse abiertamente por ellos y sobre todo hacer causa común con sus determinaciones perturbadoras.

Seguía dirigiendo el diario *El Defensor del Pueblo* Don Tiburcio

Campe, lleno de preocupaciones y con sus animosidades contra periodistas de opuestas doctrinas. No le faltaba travesura política y sobre todo mala intención, temible entonces más que ahora, porque los tiempos y la experiencia han modificado mucho el ser de los partidos y la índole del periodismo. No le faltaron indiscretos y ciegos adeptos; y así pudo mantener algunos meses los ánimos en la misma intransigente iracundia al considerar que su victoria en el asunto de la urna había sido tan efímera cuando ningunas resultas de importancia se obtuvieron para el partido.

Soñó con que todo el poder que iba consiguiendo el Conde de Cleonard para la causa del orden público, se lograría deshacer con nuevos y fáciles motines. Por eso el día 11 de Diciembre una parte del tercer batallón de la Milicia Nacional que había logrado elegir comandante á D. Carlos Azopardo se sublevó en su prevención, establecida en una parte del convento que fué de religiosos descalzos.

Las compañías de granaderos y cazadores se declararon en rebelión y hasta negaron la obediencia á la autoridad del sargento mayor de plaza D. Mariano de Villalpando en el mismo recinto. Consolóse este señor con que desobedecida su autoridad nadie le infirió injurias ni amenazas que no hubiera tolerado por su propio honor y su dignidad de hombre, por funesto que hubiese sido el desenlace de tal acontecimiento.

Salieron de la prevención los sublevados, desobedeciendo las órdenes de aquel señor. Intentaban que nadie perjudicase al comandante de la Artillería, por haber éste persuadido á romper la lista de los perpetradores del motín de San Felipe Neri, al buen Araoz.

El Conde de Cleonard, aprovechando las circunstancias declaró en estado de guerra la plaza y procedió al desarme y reorganización del batallón tercero y de la Artillería.

Con esto serenóse todo. El Capitán general de Andalucía, Aldama, comunicó al distrito el intento de alterar el orden público y se apresuró á loar la providente actitud del Conde de Cleonard.

Terminó todo ello con que D. Tiburcio Campe fué deportado á la Isla de Cuba y que varios gefes de la Milicia quedaron castigados con largos arrestos y sometidos en sus tremebundos bríos á las vejaciones consiguientes á residir en un castillo privados de su libertad idolatrada.

Desde luego se comprende que la causa de aquel extraño acontecimiento hay que buscarla en el estado de exaltación de los ánimos desde que vinieron los tiempos del Estatuto Real y de las impaciencias por que se restableciese la Constitución de la Monarquía. En Cádiz

llovieron insultos sobre el Subdelegado de Fomento Vidart en el Teatro, por exigirle el pueblo que autorizase el cántico del himno de Riego, cuando la Constitución no había vuelto á regir de nuevo: fué desde allí perseguido con improperios por las turbas. En su domicilio, junto á la torre de Tavira, prosiguieron los ultrages; pero nadie osó subir las escaleras de su casa, cuyas puertas estaban de par en par, con lo que el pueblo no se atrevió á allanarlas, temiéndose una emboscada. En Cádiz se tomó una parte muy activa por la caída del Estatuto y planteamiento de la Constitución, siendo una de las ciudades alzadas por este Código con más denuedo y pertinacia. Obtenido el triunfo por la obligada decisión de Doña María Cristina y los célebres sargentos en la jornada de la Granja, los constitucionales de Cádiz se consideraban con derecho á obtener preferentemente las prendas de la victoria. Así se vió cuán mal se allanaban á sufrir que las elecciones para diputados y senadores las ganasen los del moderantismo, á quienes suponían resueltos parciales del Estatuto Real.

Campe quería explicar los sucesos de San Felipe Neri diciendo que "aquello fué un arrebato imprevisto, una asonada improvisada sin "plan y sin más objeto que manifestar los amotinados que aborrecían "los nombres de los dos apóstatas" aludiendo en esto á los dos ilustres gaditanos D. Francisco Javier Isturiz y D. Antonio Alcalá Galiano.

Y así fué ciertamente, pues el mismo día 24 de Septiembre, mientras se hallaba formado el primer batallón en la plazuela de Viudas salieron de sus filas algunas airadas voces de *¡Muera Isturiz! ¡Muera Alcalá Galiano!* con especialidad de la compañía de cazadores. ¡Gentil manera de obtener victorias políticas! ¡Hacer pedazos la urna y romper y quemar los votos en favor de los individuos que no agradaban á los deseos ó simpatías de los vecinos!

Esto se escribió y esto se dijo de palabra y por esto se alteró el orden público, atropellando actos oficiales los tumultuarios é imponiendo sus caprichos á palos y con los vejámenes que prefirieron ejecutar según su placer y osadía.

Los amotinados recibieron las salpicaduras de tinta en sus caras y pecheras y cuellos de las camisas, y de esta suerte no tuvieron reparo en recorrer la ciudad y visitar autoridades y oficiales de la Milicia, haciendo gala de su braveza irracional.

Todavía transcurrieron algunos años sin que hubiesen desaparecido en el púlpito de San Felipe Neri grandes manchas de tinta que llegaron allí de uno de los apaleados tinteros de la mesa presidencial.

Quizá al verlas más de un extrangero visitador del templo, creyera,

al recordar que allí estuvieron las Cortes generales y extraordinarias, que esas manchas procedieran de tinteros que volaron á las cabezas de algunos diputados en aquellas sesiones célebres contra las que tanto han clamado los absolutistas, calificándolas de tumultuosas y de faltas de libertad.

No sé ante el recuerdo de los sucesos de la despedazada urna, si podrá ocurrirse á algunos que en nuestros días se ha adelantado mucho en la práctica del sistema constitucional. Hoy hemos ganado en hacer las cosas con más finura y buen tono. No se molesta con gritos, palos y otros atropellos mayores ó no. Se suprimen en las listas á los electores adversos ó no se les deja votar con pretestos más ó menos corteses ó atentos, se consigue lo que se desea y se libra de un mal rato á los prójimos. Después de todo es una libertad mejor entendida y no aquella de las groserías del año 1837 en San Felipe Neri y varios sitios de la culta Cádiz y de las predicaciones de aquel inolvidable Gefe político que con toda la candidez de un buen progresista de tan patriarcales tiempos, no consideraba la ruptura de la urna y los papeles electorales sino como *un suceso muy natural en las reuniones populares.*

Y en verdad que quitada la sorpresa desagradable que tuvieron los pacientes ante el desenfreno inesperado de las turbas, la cosa mirada con tranquilidad y desde lejos no dejó de tener gracia, como la tuvo para el que la recuerda desde la edad de catorce años y ojalá sea por muchos.

A. de Gracia Lino

Cádiz 25 de Abril de 1894.

MEMORIAS.



Periodista, he de hablar del periodismo gaditano, con lo cual lleno el tema, que el Diario de Cádiz me impone cortésmente al hacerme el honor de admitirme en sus columnas un artículo, para que sea sombra de otros, que han aparecido en ellas radiantes de luz, debidos á las gallardas y bizarras plumas de preciadísimos escritores de nuestra ciudad.

Voy á contar un hermoso rasgo de una ilustre dama, y el cómo hizo de mí un instrumento de su piedad llevándome de ingenioso modo á la misericordia.

Mi accidentada vida tiene un matiz característico, el de la lucha periodística, y curtido en estas lides, en ellas avezado, no me conmueve fácilmente la ofensa, sobre todo si su temple es agrio, pues sé por experiencia que esas hojas saltan al choque y no hieren, mas sí lastiman á quienes las esgrimen; así, no hay que admirar el que pudiese, allá por los años de 1887, hacer ejercicios de paciencia durante tres ó más años, sufriendo sin murmurar el ser yunque de un semanario político-cómico muy popular, que golpeó en mi honra y fama con chistes, que se decían, y eran máscaras de injurias violentísimas.

Ayudábame á aquel mi ejercicio de humildad el tomar tales agravios por castigo de algunos otros, que mi pluma en cualquier tiempo hubiera inferido; pero llegó un momento en que la medida fué llena, y un suceso tristísimo, que sirvió á mis maldicientes para ofenderme aun más, hízome concluir con mis escrúpulos y con tener en nada los agravios y decidí poner término á mi martirio, rompiendo las puertas de mi purgatorio.

Seis meses todavía estuve en el sufrir, esperando que el injuriar fuese manifiesto, claro, indefendible.

¡Qué malos ratos pasé! Me reía; pero llevaba la desesperación en el alma.

Llegó el momento en que la voz del distinguido letrado, gloria del foro gaditano, Sr. D. Francisco Nicolau, expuso á los jueces aquel mi contínuo sufrir, viéndome objeto de la conmiseración del más amigo, hazmereir de contrarios, repulsivo á indiferentes, largo martirio á que sin piedad había sido condenado y cuando pidió en nombre de la Ley que se me amparase; cuando aquellos adustos y severos magistrados, que atentamente escucharon los debates que se siguieran, hicieron oir la voz de la justicia: cuando más tarde el más alto Tribunal de la Nación, el Supremo, confirmó la sentencia, volvió la tranquilidad á mi conturbado espíritu, la paz á mi corazón y á mi honra su pureza. Entonces, y solo entonces, fuí dueño de mí, sintiéndome vigorizado en mis energías por el reconocimiento solemne de aquellos dos fallos, que declaraban maldicientes á quienes en procurar mi descrédito cebaban sus furores.

Y aquellos momentos de júbilo los turbó un contínuo ir y venir de gentes, para mí de gran respeto, las cuales me pedían ejercicio de virtudes de santo, las de perdonar las injurias.

La negativa al primero que me pidió fué compromiso para mantener tal actitud con los demás; por ello, cual roca que baten las olas sin conmoverla, así resistí al respeto, como resistí á la amistad, como resistí á la familia y antes que acceder á los ruegos parecía que éstos eran espuelas, que hacíanme pedir de insistente modo el cumplimiento de la sentencia.

Por aquellos días había de verificarse el enlace de la distinguida hija de mi ilustre amigo Don Cayetano del Toro, la bella Anita, con otro amigo estimado, Don Manuel Abascal.

El domicilio del afamado doctor estaba convertido en una Babilonia, allí un contínuo llegar de bandejas, y en estas valiosísimos presentes, testimonio verdadero del afecto que goza la familia en Cádiz, pues la población entera quería unirse á sus alegrías, como en otra ocasión reciente se ha juntado con ella en el pesar; allí el entrar y salir visitas de lo más distinguido de la Ciudad y de lo modesto, que sus amistades son generales, y el humilde y el en grandeza encuentran igual cariñoso recibimiento en aquella casa, sólo cerrada al orgullo; allí el recibir nubes de cartas y miriadas de targetas, cédulas de la cortesía.

La Ciudad comentaba los regalos de boda y el gusto que había presidido al escogerlos, así como la riqueza de ellos; el único, quizás, que no los había visto, era yo.

De los íntimos de la casa, andaba retraído de ella, pues había resistido á una petición de perdones á mis maldicientes, que se me hiciera por el afamado doctor del Toro, quien, si con gran caudal de Ciencia, más lo há en bondades, compadecido de aquéllos, me rogaba en toda ocasión, y, como yo no quería ceder, hacía mis visitas relámpagos y sólo obligado por los deberes, que me imponía el ser él Presidente de la Diputación provincial y yo empleado en ésta, y haber de llevarle á la firma oficios y expedientes.

En una de estas ocasiones encontré en el gabinete del padre á su buena cuan hermosa hija.

—Sánchez, me dijo ¿cómo es que no ha venido usted á ver mi trousseau?

Disculpéme torpemente, como cogido infraganti en delito de afecto.

—Nada de disculpas: tengo empeño en mostrarle los regalos. Ningún amigo falta, todos han querido solemnizar este suceso de familia uniéndose á nosotros. Venga usted.

Excuso decir que mi turbación aumentó: yo estaba en falta.

Subí con mi angelical interlocutora al principal de la casa, donde en uno de sus salones estaban colocados en artístico desorden los regalos de boda; y maravillóme tanta riqueza, tanta preciosidad, tanto gusto.

La pedrería quebraba por doquiera los rayos de luz, y parecía que iluminaban el salón con los vivísimos colores del iris: brazaletes, collares, zarcillos, mil dijes cuyo nombre ignoro, cofrecillos de preciosas maderas con incrustaciones diversísimas, jarros de plata de formas bizarras y artísticas, tibores con extrañísimos dibujos, abanicos preciados de todas clases y de toda riqueza, sedas, cachemiras, pinturas, objetos mil, y ante tanta magnificencia hube de decir:

—¡Qué gran riqueza! ¡Cuánto y cuántos objetos! Todos en su diversidad tienen un solo significado, el de la plegaria que se eleva al Altísimo por los corazones de los donantes, para que seais felices vosotros los que el amor une con lazo sagrado.

—Pues, ¡mire usted lo que son las cosas!: no estoy satisfecha.

De todo hay y, sin embargo, fáltame lo principal, lo que ambiciono, lo que habría de hacerme feliz en mi nuevo estado.

—Y... ¿qué falta?

—Algo que puede usted darme y para ello le basta querer.

—¡En mí satisfacer un deseo de usted y no hacerlo! Imposible, Anita. Cuéntelo usted por satisfecho; pero ¿cuál es?

—A todo eso que está ahí falta una buena acción, y esta es la que le pido.

—Buena acción que yo he de hacer? Mándeme usted.

—Deseo que me conceda, como regalo de boda, el perdón de quien le ha ofendido; sé que es un sacrificio y grande; pero, me lo concede?

—Señora ¿qué duda cabe?

—¿De corazón? ¿sin sufrimiento?

—Anita, con toda mi alma, y labrando en mí un deseo, el de que mi hija vea en usted este espejo de virtud.

Y no sé como no caí arrodillado ante aquel ángel, que fundaba la felicidad en ejercicios de Caridad.

El perdonado lo fuí yo.



Era el año de 1868 en su mes de Diciembre y aún los ecos repercutían el estrépito de los disparos de una lucha fratricida en las calles de Cádiz.

Estábamos en el Hospital civil un santo varón, el venerable Fray Félix María de Arriete y Llano, obispo de Cádiz; el distinguido cuan virtuoso Don Vicente Roa, el ilustrado Don Adolfo de Castro, aquel modelo de damas Doña Ana Herrera Dávila, á la que rezo, pues júzgola santa, y yo.

Joven entonces dejaba correr mis entusiasmos no helados aún por las luchas de la vida, ni por los desengaños, nieve que hace duros cual piedras á los corazones.

Monárquico de fe había sufrido horriblemente en aquellos días pasados, llegando á ser obsesión en mí contemplar durante ellos la bandera republicana ondeando y enseñoreándose de la Ciudad en el más alto edificio de ella, en la Torre Tavira, y, sentimiento extraño, gaditano no queriendo que de ella se apoderase la tropa; pues siendo yo contrario al ideal de los alzados en armas, sin embargo, sus honras, sus glorias, sus vidas las tenía por propias.

¿Era esto locura? Loco estaba, pero influía en mí el ambiente que respiraba, el del Hospital, y en éste las víctimas de otras locuras: los heridos. En las salas del piso bajo los militares, en el alto los paisanos, y de éstos más apiadado por ser amigos y conocidos.

No he olvidado todavía al primero de los que sucumbieron. Su nombre José Gándul, carpintero. Entró en el Hospital con una contusión en el vientre, por una bala de un pedrero. Estaba haciendo fuego en la azotea de la casa que en la plaza de San Juán de Dios hace esquina á la de San Antonio Abad. La bala le tocó de rebote. Yo le pregunté

para sentar su entrada en el libro-registro. ¡Qué entereza, qué valor en las respuestas! ¡Cuánta conformidad con el sacrificio de su vida en aras de la República federal! Héroe ignorado, héroe de los del montón de nuestras discordias, recibe este recuerdo, que en tu tumba deposita quien no ha dejado de admirarte en tu sacrificio. La paz sea contigo.

Volveré á mi relato.

Una sabia y cariñosa plática nos tuvo el Obispo aquella noche derramando cristiano bálsamo en nuestros corazones, plática que hizo en mí se arraigasen más aquellas extrañas ideas de monarquismo republicano.

Terminada la plática retirámosnos á buscar el descanso.

Fuera, la lluvia era torrencial, como si las nubes hubieran tomado á empeño el apagar aquel incendio de pasiones, que de continuar hubiera consumido á Cádiz tras horrorosa lucha.

No sonaba el alba, la luz del día apenas asomaba, y más que verse se presentía un cielo gris, cuando ya estaba yo de pie y en la ventana buscando ansioso la bandera de mi obsesión, la republicana enarbolada en la Torre Tavira.

Allí estaba pegada casi al mástil, no pareciendo sino que lloraba su causa perdida.

Salí á la calle sin darme cuenta del objeto que me obligaba, y me dirigí á la Torre Tavira; llegué á ella, pero no pude penetrar, pues no tuve fuerza para derribar la puerta, ni á los golpes que dí acudió nadie.

Hube fortuna, loco estaba.

Convencíme de lo inútil de mi intento y continué la calle del Sacramento adelante, para examinar el teatro de la lucha, la plaza de San Juán de Dios.

Poca gente, poquísima, encontré en mi camino, y armada ninguna. En la plaza tampoco había mucha, si bien formaban corrillos que se engrosaban con los que iban perezosamente acudiendo por todas las calles que á la misma desembocan.

Con curiosidad examinaba la plaza cuando fijé mi vista en una bandera, que ondeaba sobre la muralla en un mástil, emplazado entre los tímpanos de las puertas de entrada y salida de la ciudad al muelle.

Sí, allí estaba la bandera republicana con sus colores rojo, azul y blanco, en franjas á la inversa de la de Francia, la bandera de mi obsesión que parecía llamarme y decirme:

—Ninguno de mí se ocupa y de parar hé en manos de algún soldado, y conmigo irá el testimonio de una derrota de Cádiz, derrota que

no ha sido. Recójeme tú, gaditano y hombre civil: No eres republicano, pero ¿qué importa? De Cádiz eres.

Y aquella voz yo la oía y solo mis oídos era para ella; así como mi vista solo en la bandera estaba fija.

No me detuve, atravesé la plaza, subí la escalera, puse el pié en el paseo de la muralla, lo atravesé, llegando al mástil.

Aquella preciada prenda de mis ambiciones no tenia centinela alguno en su guarda.

Desaté la driza, la arrié, desamarréla, y enrollándola liémela al brazo, volviendo á tomar el camino que había traído; mas acordéme que la cuerda de que pendía la había dejado suelta, volví atrás y la até á la muletilla, y ya definitivamente emprendí el regreso embozándome en mi capa, cubriendo así la bandera.

De la plaza hubieron de verme, y me vieron entre ellos D. Juán Garratón. Los revolucionarios no hicieron alto, quizás juzgándome suyo; mi amigo lleno de terror por aquella mi osadía; así al acercarme á él faltóle tiempo para aconsejarme que me marchara presto, prestísimo.

Regresé al Hospital y mostré la bandera á quienes escucharon la plática del santo Obispo, conservándola en depósito hasta meses más tarde, que la entregué para que estuviera en el Museo de aquel eminente hombre público, político gloria de nuestra patria, D. Antonio Romero Ortíz.

Cuando, juzgando aquellos sucesos, se dice que Cádiz fué presa de Caballero de Rodas, he señalado que algunas horas antes que este general y sus tropas entraran en la Ciudad, ya se había posesionado del Gobierno civil Alcalá Zamora y que la bandera de la insurrección la había un hombre civil, no un militar; por consiguiente, la humillación no fué.

Domingo Pérez del Arco

LAS NARANJAS

DEL

MARQUÉS DE MIRAFLORES.



1848.

—

Después de rodar, con fortuna varia, durante mi noviciado de estudiante por no pocas casas de huéspedes de la coronada villa, allá por el año de 1848, para mí inolvidable, porque en sus meses de Marzo y Mayo ocurrieron los sucesos políticos que ensangrentaron las calles de Madrid, y en los que, sin ser revolucionario ni cosa parecida, recibí el bautismo de fuego y salvé milagrosamente la vida, fuí á vivir en unión de dos amigos, también estudiantes, al número 7 de la travesía de Gitanos, calle que ponía en comunicación la antigua de Peligros (hoy de Sevilla) con la de Cedaceros. Se había establecido en él una familia que conocí en mi anterior alojamiento, por estar allí también de huésped, y á cuya cuidadosa asistencia, unida á la de mis compañeros, debí, hallándome enfermo, el recobrar la salud, pues la dueña de la casa puede decirse que me tenía en el más completo abandono; era ésta una viuda poco ó nada simpática, de color cetrino y carácter poco apropósito para la ocupación á que se dedicaba, siendo todo su afán el imponernos el más severo régimen dietético; digna sucesora y aventajadísima discípula de aquel *clérigo cerbatana*, que tan bien pinta Quevedo en la Vida del Gran Tacaño, y cuyo semblante parecía que se había hecho exprofeso para poner en práctica el refrán de *cara de despedir huéspedes*. Convaleciente aún, acepté el ofrecimiento que aquella buena familia había hecho de su nueva casa, á mis amigos y á mí, y en una

templada mañana de invierno, abandonando con gran alegría de mi corazón aquel triste y sombrío cuarto bajo de la calle de Cervantes, dí gracias á Dios de que podía hacerlo por mis pies, y me trasladé al bonito y alegre de la travesía de Gitanos.

La familia, que con tanta complacencia como agradecimiento recuerdo y menciono, era de Navarra, y se componía de marido y muger, jóvenes aún, y la madre de ella, señora ya de muchos años, pero todavía ágil y fuerte; todos ellos de carácter franco y bondadoso, de lo cual me habían dado pruebas durante mi enfermedad. Hacía poco tiempo que habían regresado de Francia, donde estuvieron emigrados á causa de haber militado el marido en las filas carlistas, creo que con el carácter de capitán: otros varios carlistas, procedentes también de la emigración, vinieron á vivir con nosotros, los más de ellos dedicados á diversas industrias y oficios que habían aprendido en el tiempo que vivieron en Francia: también nos visitaban otros exoficiales carlistas, que constituían por las noches una pequeña tertulia, en la que tampoco faltaban varias paisanas y amigas de los dueños, alguna de rara y arrogante belleza, con ese tipo peculiar de la raza del Norte de España, que tanto difiere de las mugeres que se crían en el invernáculo de la corte, y aun de nuestra región del Mediodía. Por lo dicho se comprenderá que vivía en plena insurrección carlista, lo que nunca fué obstáculo para que reinase entre ellos y nosotros (mis compañeros y yo) una paz octaviana y que, apesar de nuestras ideas liberales, les hubiésemos inspirado grandes simpatías, efecto sin duda, de nuestros pocos años, y acaso, no diré del mío, pero sí del carácter jovial, alegre y decidor de mis dos amigos, como hijos que eran ambos de la poética y hermosa Granada, de cuya Universidad procedían.

Las ventanas de la casa en que vivíamos daban por un lado á un extenso jardín que la separaba del grandioso edificio que forma la esquina de las calles de Alcalá y Sevilla, en cuya planta baja está instalado desde hace muchísimos años el Café Suizo; parte de nuestras habitaciones recibían luz y ventilación del citado jardín, y no digo que tenían vistas, porque estaban á una altura que se necesitaba el auxilio de una silla para poder asomar por ellas la cabeza; apesar de esa incomodidad tenían sus aficionados, sobre todo cuando bajaban á esparcir el ánimo algunas de nuestras jóvenes y bellas vecinas. El balcón de mi cuarto, (una salita y dos dormitorios) estaba en la fachada principal, y, por consiguiente, daba á la travesía de Gitanos, teniendo á su frente una fachada sombría y triste que constituía la espalda del palacio que en la Carrera de San Jerónimo habitaba el marqués de Miraflores: muchos de estos edificios deben haber desaparecido en las reformas de la calle de Sevilla, pero creo que

existe el de la travesía de Gitanos, pues era nuevo y formaba, como he dicho, un edificio con el del Café Suizo.

Siguiendo mi narración, y con objeto de entrar de lleno en el objeto principal de ella, debo decir que tanto mis compañeros como yo, gozábamos á diario, cuando sentados detrás de los cristales de nuestros balcones nos dedicábamos al estudio, ó fumábamos algunos cigarrillos de contrabando de la célebre marca Chicote y compañía, desconocida en el mercado de la Habana, pero de sobra acreditada en la coronada villa, gozábamos, decía, de la vista de las cocinas del Marqués de Miraflores, cuyas ventanas, enfrente de nuestro balcón, al abrir sus cristales, en ocasiones dejaban escapar unos olores gratísimos al olfato, y por deducción lógica y precisa, calculábamos nosotros que debían serlo más al paladar. De mí sé decir que nunca fuí gastrónomo, y mucho menos glotón, ni *gourment* ni *gourmand*, como dice la gente *comme il faut* y nuestros vecinos de allende el Pirineo, apesar de que conozco y aun tengo en mi modesta biblioteca, desde el *Arte Cisoria*, del Marqués de Villena, hasta algunas *Cartas* de D. Angel Muro, pasando por los tratados de Montiño, Juan de la Mata, Altimiras y Brillat-Savarin, que más me han servido de recreo en el bufete, que de utilidad para la mesa, sin olvidar aquellas bien escritas y sabrosas cartas, en el sentido moral se entiende, que publicaron con el título de *La Mesa Moderna* mis excelentes amigos el Doctor Thebussem y el Cocinero de S. M., á las que he destinado lugar preferente entre mis libros; en una palabra, que en los asuntos de cocina, si conozco la teoría desconozco por completo la práctica.

Apesar de cuanto llevo dicho, algunos días, bien por exceso de fuerza digestiva, ó por debilidad de mi estómago de estudiante, que nunca pude averiguar la causa, el agradable olor que despedían los guisos que se confeccionaban en las aristocráticas hornillas, despertaban en mí el deseo de conocer prácticamente los manjares destinados á cubrir la mesa del egregio prócer; todo lo que era objeto de animadas discusiones con mis dos compañeros participantes de la misma ó parecida sensación, llegando por la práctica y el estudio casi constante de aquellas nubes, que nos eran más gratas que si fueran de odorífero incienso, á declarar axioma, que la sola aspiración de los vapores que á veces salían por aquellas ventanas, debía ser más confortable, suculenta y nutritiva, que aquél líquido incoloro, insípido é inodoro, que siendo solo agua caliente, bautizaba nuestra antigua patrona de la calle de Cervantes con el pomposo y seductor nombre de caldo de puchero, acaso sin más motivo para ello que ser un cacharro del vecino pueblo de Alcorcón el que lo contenía. Algunos días se aumentaba el bullicio de las cocinas

y el ir y venir de un lado para otro de oficiales y pinches; y el mayor movimiento de cacerolas y sartenes, y el sonar contínuo de los cazos y tapaderas, eran, á nuestro entender, signos precursores de que á la mesa de los Marqueses se sentaban convidados; algo parecido á cuando señala el almanaque gala con uniforme. Casi me atrevo á asegurar que fué en uno de esos días en que la animación era mayor, cuando pusieron á enfriar, precisamente en la ventana enfrente de nuestro balcón, una magnífica fuente de naranjas en almíbar, á las que tenían gran afición los granadinos, sin que esto sea decir que á mí me desagradasen, antes al contrario, pero justo es confesar que en la terna de pretendientes á ellas ocupaba yo, con toda justicia, el tercer lugar.

Las tales naranjas nos cautivaron la atención y encendieron nuestros deseos á par que nos despertaron el apetito; esto último no reza con uno de los granadinos, cuyo apetito nunca dormía; qué digo yo dormir, pero ni aun dar cabezadas. Cierto es que la vista de aquella fruta tan agradable y seductora, su brillante color rojo oscuro, y la transparencia del dorado almíbar en que se bañaban dentro de riquísima fuente cuyos artísticos bordes les formaban un marco explendente, no solo en nosotros, gente joven, de buen diente y mejor estómago, sino en el convaleciente más desganado, hubiera infundido valor y ánimo para probarlas. ¡Qué dulces debían de ser! ¡Qué delicado y gustoso el almíbar ligeramente impregnado de su ácido! ¡Feliz mortal el que las poseyera, quiero decir el que las comiera! Desgraciadamente, al caer la tarde, un sirviente de cocina, correctamente vestido con mandil y gorra blancos, retiró de la ventana la fuente de naranjas, dejándonos con nuestras reflexiones y comentarios, y es seguro que aquella noche no fué uno solo el que soñó con ellas; de mí puedo decir que ví en mi sueño el suplicio de Tántalo, solo que el rey de Lidia era yo, y el río, en lugar de agua, arrastraba doradas naranjas flotantes en una corriente de rubio y trasparente almíbar.

Desde este día se repitió con una frecuencia, que pudiera llamarse provocativa, la aparición de la misma ó parecidas fuentes, pero todas con igual contenido, lo cual nos hizo reunirnos en consejo de guerra para estudiar el modo y manera de poder coger algunas prisioneras, con las que pudiéramos saciar nuestros deseos y recrearnos con aquél manjar, que debía ser sabroso y exquisito, según opinión de los granadinos, que recordaban con delicia los célebres almíbares del convento de las Comendadoras de Santiago de su ciudad natal.

El apresar algunas naranjas debía ser para nosotros algo más difícil que lo fué á Hércules el apoderarse de aquellas célebres manzanas del jardín de las Hespérides, pues desgraciadamente no éramos semi-dioses,

sino simples mortales, tan faltos de medios de acción, como sobrados de deseos; así es que el resultado del consejo no pudo menos de ser desconsolador, después de bien estudiadas las posiciones del enemigo. Defendía á éste un espeso enrejado de alambre, colocado detrás de los barrotes de hierro que cerraban la ventana, lo cual hacía imposible todo ataque desde las altas posiciones de nuestro balcón, que nunca debíamos abandonar; de no existir el alambrado, y dada la poca anchura de la calle, tengo la casi seguridad de que hubiéramos conseguido nuestro intento por el procedimiento de la pesca, que todos conocen y no pocos habrán practicado. Un hilo fuerte provisto de un pequeño anzuelo, lanzado con tino por una mano segura, cayendo en medio de la fuente sin hacer ruído, pudiera traer consigo una prisionera en cada viage. Pero nada de esto podía hacerse y estábamos reducidos á la impotencia más absoluta, no quedándonos otro consuelo que el distraernos con estudios de gastronomía contemplativa, á no ser que hiciéramos como los gatos, que colocados frente á un manjar, al que no pueden echar la zarpa, sacan la lengua y con ella se lamen y relamen el hocico.

Durante muchos días nos sirvieron las naranjas de *comidilla*, ya que nuestra adversa fortuna impidió que nos sirvieran de comida, y pasados algunos más, el día que volvía á aparecer la fuente de las naranjas en almíbar, decíamos al mirarla *lo que la zorra á las uvas*:—No las quiero comer, no están maduras.—

Por entonces se agravó mi patrón, el excapitán, de una afección pulmonar contraída en campaña, y marchó á su pais, esperando recobrar la salud: esperanza inútil, pues falleció á los pocos días de su llegada. Su muerte parece que fué la señal para la desorganización de la casa y la dispersión de los que en ella vivíamos: mis compañeros, uno dejó la carrera por un empleo en aduanas, y el otro marchó á Francia á realizar una empresa, que pudo costarle bien cara: yo solo quedé en Madrid, viéndome obligado á cambiar de alojamiento, porque la viuda y su madre tuvieron que reducirse á un cuarto más pequeño, en el ínterin se marchaban á su pais; no he vuelto á saber de ellas, pero siempre las recuerdo con gusto y les conservo mi agradecimiento.

1861.

—

A principios de 1861 era yo segundo Médico de Sanidad de la Armada y estaba embarcado en la Goleta *Consuelo*, que había sido destinada á las órdenes del Embajador de España cerca de la Santa Sede, en

previsión, sin duda, de lo que pudiera acaecer en los Estados Pontificios, en los que había buscado refugio, cerca del bondadoso Pío IX, el exrey de Nápoles con toda su familia, después del sitio de Gaeta, que defendió con tesón, y que Víctor Manuel, dueño del antiguo reino de las Dos Sicilias, en virtud de un plebiscito, se había proclamado rey de Italia.

No era ciertamente la Goleta *Consuelo* el buque llamado á desempeñar esta comisión, dado su pequeño porte y la escasez de su artillería, pero el Ministro de Marina lo había dispuesto así, quizás, séame permitido decirlo, sin gran conocimiento de lo que ordenaba, lo cual no es de extrañar porque siendo un valiente y acreditado General de ejército, era mucho exigirle el conocimiento exacto del material flotante de nuestra armada; esta opinión la ví confirmada algún tiempo después en Algeciras, en una visita que dicho Ministro, el General Zabala, hizo á la *Consuelo,* cuando fué á pasar revista á las fuerzas navales allí reunidas bajo el mando del Jefe de Escuadra D. Luís Hernández Pinzón.

Mandaba la *Consuelo* el entonces Capitán de Fragata D. Florencio Montojo, que andando los años había de alcanzar la alta gerarquía de Vicealmirante y el elevado cargo de Ministro de Marina, después de haber desempeñado la Capitanía General del Departamento de Cádiz. Dicho Jefe, á cuyas órdenes servía por vez primera, persona atenta, de trato fino y agradable, se captó pronto el aprecio de sus subordinados, sin dejar por eso de hacerse respetar y exigir á cada uno el cumplimiento exacto de su deber; yo puedo decir que de esa época data el amistoso afecto que le profeso, aumentado en el mucho tiempo que he servido á sus órdenes, tanto en el Apostadero de la Habana, como en este Departamento. Hoy que estoy retirado del servicio, tengo una verdadera satisfacción en consignar estas frases de elogio á un General meritísimo, de quien nada espero, sea dicho de paso, pero cumplo en ellas un deber de justicia haciendo pública esta apreciación imparcial de su carácter y condiciones. Aunque desligado, por completo, de los lazos que me unían á la Armada, siempre veo en el Sr. Montojo á mi antiguo General á par que un distinguido amigo, al que envío en estas lineas la expresión de mi afecto y mi respetuoso saludo.

El 3 de Febrero de dicho año salimos del puerto de Cádiz para el de Civita-Vechia, haciendo un viage fatigoso y lleno de peripecias, casi siempre con tiempos duros y atemporalados, que nos obligaron á ir haciendo escala en Cartagena, Rosas y las Hyéeres, en éstas después de una noche terrible pasada en el golfo de Lyon, y de la cual es difícil que me olvide apesar de que he sufrido algunas parecidas en mis no cortos años de navegación: desde estas islas seguimos á Civita-Vechia, término

de nuestro viage, al que yo califiqué entonces de calvario marítimo, y lo repito ahora, apesar de los años que han trascurrido.

Era Embajador de España cerca de S. S. el anciano y respetable Marqués de Miraflores y primer secretario de la Embajada D. Juan Bautista de Sandoval, mi pariente y paisano, con cuya familia unían á la de mi madre, más que los lazos del parentesco, los de una amistad que parece se heredaba de padres á hijos: había sido mi encargado en Madrid en mi época de estudiante y era persona de mi aprecio y confianza, alegrándome mucho de esta ocasión que me proporcionaba el gusto de volver á verle. Casado en Lisboa con una Señora de apellido Souza, tenía dos hijas pequeñas y vivía con su familia en el Palacio de España, que es la residencia del Embajador; sus habitaciones eran por las noches el punto de reunión de algunos diplomáticos y de muchos españoles, de paso ó residentes en Roma; á ellas acudíamos los Oficiales de la *Consuelo* cuando estábamos en la Ciudad Eterna y entre la conversación, jugar un rato y tomar el te, se pasaba una noche agradable.

El Sr. Embajador Marqués de Miraflores, previa petición á S. S. de una audiencia, presentó al venerable Pío IX al Comandante y Oficiales de la *Consuelo*, que habíamos ido á Roma con ese objeto, y dió en honor de la Marina un banquete de gala con asistencia de todo el personal de la Embajada: no entra en mi propósito el describirlo, ni menos el lujoso aparato de los servicios, ni el decorado de los salones; voy á concretarme solamente á lo concerniente á la segunda parte de esta mal hilvanada narración. Mi sitio en la mesa era á la derecha de mi Comandante, y hasta poco después de empezar la comida, no fijé mi atención en una soberbia fuente de plata llena de naranjas en almíbar, que trajeron á mi memoria un mundo de recuerdos, y me hicieron repetir en voz muy baja el principio de aquel soneto del dulce Garcilaso:

¡O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!

Mi cuarto de la travesía de Gitanos, mis amigos y compañeros los granadinos, las cocinas del ilustre prócer, la primera fuente de naranjas que vimos en la vecina ventana, las que le sucedieron, nuestros proyectos y tentativas de ataque, el convencimiento de la imposibilidad de apoderarnos de ella, y por último, nuestro desengaño, todo en confuso montón se agolpó á mi pensamiento ante el espectáculo inesperado que se presentaba á mis ojos. Las ideas, las reflexiones que cruzaron por mi cerebro ante semejante realidad, fueron infinitas. ¿Y cómo sustraerme

á ellas, al verme sentado á la misma mesa del Marqués de Miraflores, y casi en posesión de un objeto que había sido años atrás causa de mis deseos y de mis ensueños? Algo, sin duda, debió reflejarse en mi fisonomía ó en mi sonrisa, porque el Sr. Montojo, me dijo:—¿Qué le sucede á V.?—Necesidad tenía de explicarle el caso, para que no extrañara mi preocupación, y además el estado de mi ánimo casi me exigía un desahogo, por lo que le contesté en estas ó parecidas razones:—Sepa V. que esa fuente de naranjas en almíbar forma un episodio de mi vida de estudiante, que ha tenido su epílogo hoy, y en esta mesa.—Y en breves palabras le relaté lo que ha sido causa y origen de esta pesada narración, cuyo relato hubo de agradarle por la rara coincidencia de encontrarse enfrente, tras muchos años de intervalo, una representación de aquellas naranjas tan deseadas y uno de los que fueron sus presuntos conquistadores.

Pero lo más raro del caso era que la fuente de hoy con su dulce contenido no engendraba en mi pecho ningún deseo, ni excitaba mi apetito, ni cautivaba mi atención, nada, en fin, de lo que su vista me había hecho sentir en época lejana; todo lo cual me hizo pensar en que la prohibición es causa del apetito y recordar á Garcilaso cuando dice:

Dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ageno.

Tanta fué mi indiferencia hacia las naranjas, que, cuando les llegó su turno, las dejé pasar sin servirme de ellas; fué un desencanto completo que no he podido aún explicarme, pero que me sirvió de severa lección, con la que más de una vez en mi vida, he puesto freno á mis deseos, sobre todo en los yá lejanos años de mi pasada juventud.

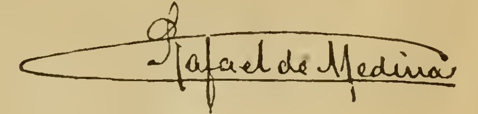
Mi Comandante el Sr. Montojo, en la reunión que siguió á la comida, hubo de contar á los Embajadores la historia de las naranjas, y la Marquesa recordó é hizo recordar á su ilustre esposo el nombre del cocinero en cuya época eran plato frecuente en su palacio de la Carrera de San Jerónimo, y tuvo la bondad de conversar conmigo breve rato sobre el asunto, que le hizo reir no poco, asegurándome que si en una carta humorística se las hubiésemos pedido, hubiese tenido una verdadera complacencia en enviárnoslas. Excuso decir que la dicha historia corrió por la tertulia y fué objeto de conversaciones, de bromas y de comentarios.

A los pocos días marché á Civita-Vechia y de allí, en Abril del mismo año, salí para Cádiz en la *Consuelo*, haciendo un viaje feliz, verda-

dero reverso de la medalla del anterior, llevando gratísimos recuerdos de los días que pasé en Roma.

El presente relato, que he titulado "Las Naranjas del Marqués de Miraflores," es el cumplimiento de una promesa há tiempo hecha á mi buen amigo el Sr. D. Federico Joly, al que ruego encarecidamente me dispense lo árido del episodio y lo desaliñado del estilo.

Cádiz, Junio, 1895.





ÍNDICE.